GUERRAS CIVILES DE GRANADA

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS É INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

GINÉS PÉREZ DE HITA

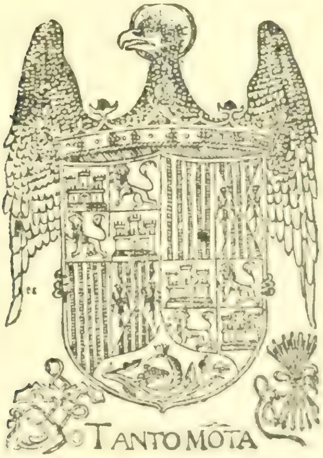
GUERRAS CIVILES DE GRANADA

PRIMERA PARTE

REPRODUCCIÓN DE LA EDICIÓN PRÍNCIPE DEL AÑO 1595

PUBLICADA POR

PAULA BLANCHARD-DEMOUGE



MADRID

IMPRENTA DE E. BAILLY-BAILLIÈRE

Calle de la Cava Alta, núm. [illegible]

1913

INTRODUCCIÓN

I.—INTERÉS DE LA OBRA

Ginés Pérez de Hita compuso su obra *Guerras civiles de Granada*, mezclando hábilmente la historia de los bandos de zegríes y abencerrages, con incidentes novelescos, en prosa unas veces, en verso otras.

Desde su aparición, sobre todo en el extranjero, obtuvo gran éxito, hasta el punto de haber sido el modelo de algunas imitaciones imperfectas, desprovistas del encanto de la originalidad, cuyas imitaciones constituyen el género literario conocido con el nombre de *novelas granadinas* (*«le roman grenadin»*), donde los moros son siempre los protagonistas, y que estuvieron muy extendidas durante el siglo XVII, particularmente en Francia.

Raramente se ocuparon los críticos de Ginés Pérez de Hita, y cuando lo han hecho, ha sido para desdeñar su obra: los literatos por su parte histórica, los historiadores por lo que de literatura tiene. Así no es extraño que el señor Aribáu diga a este propósito: «*En aquella* (la primera parte) *campea libremente la imaginación*»,[1] y del mismo modo tiene explicación que el Sr. Menéndez y Pelayo, refiriéndose a los moros que fielmente retrató Pérez de Hita, exponga: «... galantes, román-

[1] *Biblioteca de autores españoles*, t. III, p. XXXV; ed. Rivadeneyra, Madrid, 1850.

ticos y caballerescos, alanceadores de toros, jugadores de sortijas... son convencionales en gran parte y no dejan de prestarse a la parodia y a la caricatura con sus zambras y saraos, sus marlotas y alquiceles, que allá se van con los cándidos pellicos y zampoñas de los pastores de las églogas». [1]

Por nuestra parte, indagando las fuentes y siguiendo paso a paso el proceso evolutivo de las *Guerras civiles de Granada*, nos propusimos deslindar lo histórico de lo imaginado, sacando en consecuencia tras un detenido estudio que Ginés Pérez de Hita no inventó nada (ya indicaremos más adelante el origen de los episodios novelescos que esmaltan, brillantemente avalorándola, la primera parte de las dos en que está dividida), y en cuanto al tipo fantástico moruno del que hace mención el Sr. Menéndez y Pelayo, podemos afirmar que existió en la realidad, según demostraremos cumplidamente en las relaciones de fiestas á la morisca que insertaremos, fiestas que continuaron celebrándose bajo el reinado de Felipe II; y aun hoy como reminiscencia en Alcoy (Alicante) se celebran anualmente las fiestas de «moros y cristianos».

Precisamente el talento de Ginés Pérez de Hita consistió en recoger tradiciones que corrían de boca en boca, y profundizar en los textos de cronistas e historiadores, despojando de la frialdad y dureza a este género de prosa, poetizándola y vistiéndola con los ricos ropajes de su fértil imaginación, sin que por ello inventara ningún episodio.

Las dos ediciones modernas impresas en Madrid en 1803 y 1847 contienen un texto que no es el del autor. Manos pecadoras le corrigieron y modernizaron, introduciendo pasajes mitológicos inoportunos, alterando en un todo la obra tal y como Ginés Pérez de Hita la escribió. Aparte de la originalidad y belleza de la novela histórica *Guerras civiles de Granada*, pasando por alto la influencia que ejerció en la literatura posterior, bastaría para acometer la empresa de una nueva edición el considerar que por la poca escrupulosidad de algunos, ande

[1] *Nueva biblioteca de autores españoles.* — ORÍGENES DE LA NOVELA: t. I, página CCCLXXXVI; ed. Bailly-Baillière; Madrid, 1905.

de mano en mano un texto falso; por esto, creyéndolo de utilidad científica, publicamos la presente reproducción, fiel y exacta de la de 1595, depurada de intercalaciones y pasajes ajenos a la pluma del autor.

II. — BIOGRAFÍA DE GINÉS PÉREZ DE HITA

Ignórase el lugar exacto de su nacimiento.

Acero y Abad asegura haber visto en la parroquia de San Miguel de Mula (Murcia) la fe bautismal de un Ginés Pérez, nacido en la época que nuestro autor debió nacer (hacia 1544), mas no menciona el día ni la fecha ni los nombres de los padres de este Ginés, como tampoco transcribe el texto del documento.[1]

Según nuestras investigaciones, debió referirse Acero a una partida que figura en el libro primero de bautismos de la citada parroquia, el cual comienza en Agosto de 1558, terminando en 1580. En el folio 58 r. de este libro, aparece registrado el bautismo de un Ginés, hijo de Ginés Pérez y de su mujer legítima (no consta su nombre), en el día 8 de Mayo de 1567. Un simple cotejo de fechas destruye la afirmación de Acero, pues sabido es que en 1560 servía Ginés Pérez de Hita como soldado á las órdenes del Marqués de los Vélez.

El padre Morote,[2] haciendo una descripción del puerto del Conejo, asegura que el primer autor de la narración, Ginés Pérez de Hita, «era natural de Murcia». En el capítulo XVI de la misma parte,[3] describiendo la batalla de los Alporchones, repite que Ginés Pérez es «natural de Murcia». Lo repite, aun cuando confiesa haber referido los sucesos del sitio de Vera[4] «con repetidas citas de Pérez de Hita, y los más con sus mismas voces, porque *siendo el Autor natural de la insigne Murcia*, se le de el asiento, que en este caso pide esta historia»; añade más lejos:

---

[1] Acero y Abad: *Ginés Perez de Hita. Estudio biográfico*; p. 9.

[2] *Blasones de Lorca*, parte II, lib. III, cap. X, p. 340.

[3] *Ob. cit.*, parte II, lib. III, cap. XVI, p. 358.

[4] *Ob. cit.*, parte II, lib. III, cap. XVI, p. 365.

Este discurso histórico no viene bien con lo que dize Hita desta rebelión, siendo Hita ocular testigo desta batalla y *paysano de Cascales* y nada menos interesado que éste en las glorias de su patria.» Son afirmaciones que parecen muy claras y seguras.

Por otra parte, el manuscrito de su poema épico dice: «Libro de la población y hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca, compuesto por Ginés Pérez de Hita, vecino desta ciudad y *natural de la de Murcia*. Año 1572». Si el manuscrito es autógrafo de Hita, esta prueba sería decisiva.

El Padre Morote asegura que en la ciudad de Mula se encontraba una rama de la familia de los Pérez de Hita: «En la villa de Mula —dice— se conservan ilustres caballeros de este apellido»; [1] lo que confirmaría la afirmación de Pérez de Hita cuando dice en el capítulo XVI: «Este Ávalos fué alcaide de la villa de Cúllar, y *otros cavalleros naturales de la villa de Mula*, *llamados Pérez de Hita*, pelearon con los Moros de Baza...» [2] Se podría sobre todo invocar en favor de Mula la predilección que en las dos partes de su obra ha testimoniado por los caballeros de Mula; el placer y orgullo que siente cuando refiere sus altos hechos, y el entusiasmo con que habla de Esperanza de Hita, esclava de la reina de Granada, figura tan poética originaria de esta ciudad.

Lorca reclama también el honor de haber visto nacer al autor de las *Guerras*. La ha dedicado un poema épico, [3] pero nada prueba que efectivamente haya nacido en esta ciudad, y sin duda no ha nacido allí. En un acto de la petición presentada por Ginés Pérez de Hita al Consejo de Lorca, con motivo de su poema épico, él mismo se dice «vecino desta ciudad» (19 de Julio de 1572). Seguramente, si había nacido en dicha población, solicitando la aprobación del ayuntamiento para una obra que tanto celebra a Lorca, no se hubiera designado como vecino, sino como natural de ella.

[1] *Blasones de Lorca*, parte II, lib. I, cap. XIX, p. 212.

[2] Véase la página 274 de nuestra edición.

[3] *Libro de la población y hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca*; 1572.

Su madre era quizá oriunda de Lorca, y muy probablemente Hita debió pasar en ella una parte de su infancia.[1]

Es también probable que haciendo investigaciones en archivos municipales, eclesiásticos o notariales de estas tres ciudades, se podrían encontrar documentos, partida de bautismo, matrimonio, defunción o testamento, que nos permitiría fijar algunas fechas de la vida del autor.

Se ignora la fecha de su nacimiento. ¿Nació hacia 1544, como admiten los que se han ocupado de Pérez de Hita basándose en el hecho, no comprobado, que debía tener veinticinco años en el momento de la guerra contra los moros? ¿Cuál fué su juventud y qué educación recibió? No se sabe nada exacto y no pueden hacerse sino hipótesis. Ginés Pérez era muy instruído, como lo prueba el examen de su poema del «Bello Troyano» y el del poema épico de Lorca. Estudió, sin duda, en uno de los centros de enseñanza que Murcia poseía en aquella época. Probablemente fué D. Luis Fajardo, marqués de los Vélez, quien le envió a una de esas escuelas, como su hijo D. Pedro envió más tarde a un compatriota de Hita, Fray Ginés López Yánez de Quexada,[2] a estudiar al famoso seminario de San Fulgencio, de Murcia.

Dos cosas son particularmente interesantes de la vida de Pérez de Hita: Cuál fué su familia y qué influencia tuvo en él la casa de los Fajardo. Estos dos elementos han preparado y explican su obra.

En el libro de los blasones de Lorca del Padre Morote se encuentra esta mención de la familia de los Hita:

HITA

»De el illustre y generoso apellido de *Hita*, memorable en estos reynos de España, trata el libro del *Becerro y Nobleza Universal*, al folio 63, y continúan sus méritos y nobleza de sangre sus comenta-

---

[1] Por todo lo que toca á la familia de Hita, véase ACERO Y ABAD: *Ginés Pérez de Hita: estudio biográfico*, p. 15, y su *Historia de Mula*, pp. 67, 68 y 302.

[2] Religioso de la Orden de San Francisco, que pasó al Japón á predicar la fe, donde fué martirizado en 1658.

dores, asegurando, que proceden los de este linage de la Estirpe goda, y que primero usaron el patronimio de Fernández, añadiendo despues el apellido de *Hita*, oy señorío de la gran casa de los duques del Infantado, Pastrana, Extremera y Lerma. Algunos siguen la opinión de que Martín Fernández, rico hombre de Castilla, es el primero que hallan con el apellido de Hita, villa a cinco leguas de la ciudad de Guadalaxara, y que sus descendientes le han usado más vezes acompañado con lo de Fernández, y otras solo Hita, en cuya conquista concurrieron y tubieron en honor aquel Señorío. Sus armas son un escudo con campo sangriento, y sobre él un castillo de oro con su torre de omenage, y en torno orla de plata, con ocho cuñas azules; symbolizan éstas al dicho apellido, porque antiguamente las cuñas se llaman hitas. En el libro de la población de Lorca se halla heredada Doña Hermenegilda de Hita. En la villa de Mula se conservan illustres caballeros de este apellido.» [1]

En un manuscrito [2] publicado por el Sr. Baquero, *Breve noticia de la fundación, conquista y población de la villa de Mula y de las familias ilustres que la habitan, barones señalados en armas, letras y virtud que ha tenido y fundación de sus iglesias y conventos*, se encuentran estas indicaciones sobre los Hita de Mula:

«HITA

«Los de este apellido de Hita traen su origen del Reyno de Galicia, en donde tienen su solar conocido, y descienden de Martín Fernández, caballero de Galicia que ganó la villa de Hita; y tuvo por hijo á Fernan García de Hita, general que fué de los asturianos y rico-hombre de Castilla. El primero que vino á la conquista de esta villa con Don Alfonso fué Fernán García de Hita, descendiente de los dichos Martín Fernández y Fernán García de Hita, el cual quedó entre los

[1] *Blasones de Lorca*, parte II, lib. I, cap. XIX, p. 213.

[2] Academia de la Historia, C-12, en folio, sin nombre de autor.

ochenta caballeros hijosdalgo que el dicho Sr. Infante dejó por poblar esta dicha villa, y sus descendientes han estado y están en la posesión de los caballeros hijosdalgo y por tales anotados en todos los padrones y libros de esta villa, confiriéndoles los oficios del estado noble. De esta familia es el Sr. D. José Pérez de Hita, del orden de Calatrava y oidor de la Real Chancillería de Granada, y los demás caballeros Hitas de aquella ciudad. Traen por armas un escudo, y en él un castillo de plata en campo verde y cuatro hitas de plata, á cada lado del castillo dos.»

Hablando de las familias que poblaban el reyno de Murcia, nos dice Hita en su poema épico:

«todos son hijos dalgos montañeses
del reyno de Aragón y burgaleses.»

¿Es ésta verdaderamente la familia de Pérez de Hita? Nada hay de imposible para que pertenezca a esta antigua familia, que se ramificó en los tres centros principales de Murcia.

Se puede afirmar que la casa de los Fajardo tuvo una gran influencia sobre Ginés Pérez, y por consiguiente sobre su obra.

Aunque valientes guerreros, los Fajardo no descuidaban las bellas letras.[1] Desde la época de Juan II y Enrique IV esta ilustre familia figuraba ya en el reino de Murcia como protectora de las letras. Como en todas las grandes familias de España, en las que aquellos ilustres señores ponían su amor propio en no ser vencidos ni en torneos caballerosos, ni en torneos poéticos, los Fajardo unían el ejercicio de las letras al de las armas. Permanecían durante largas temporadas en su castillo de Mula dando fiestas brillantes. En la época de Ginés Pérez, D. Luis, Marqués de los Vélez, abandonaba raramente su castillo. Según toda probabilidad, el que servía como soldado bajo el estan-

[1] Véase en *Estudio sobre la literatura en Murcia desde Alfonso X á los Reyes Católicos*, del Sr. Baquero (Madrid, 1877), el capítulo VII, consagrado á los Fajardo como guerreros y literatos (pp. 85-100).

darte de D. Luis asistía a las fiestas y reuniones de su limitada corte. En la segunda parte de sus *Guerras* nos da su impresión sobre don Luis Fajardo. [1]

Conociendo tan poco sobre Pérez de Hita, es interesante reunir todo lo que el autor nos dice sobre sí mismo en su obra. Sabemos que debió viajar por Murcia, Mula, Lorca, Totana, Alhama y Caravaca, como lo prueban algunos paisajes. Cuál era el objeto de estos traslados lo ignoramos. ¿Seguía al Marqués de los Vélez? Se deduce de su poema épico (segunda parte) que era escudero del Marqués; con este título le sigue á la guerra y se retira con él antes del fin de la lucha.

Cuando estalló la revuelta se encontraba en Murcia. Hablando de D. Fernando Muley, señor de Valor y futuro Rey de Granada, al cual los Reyes Católicos concedieron grandes privilegios por cartas reales, dice: «Las cuales (cédulas) he visto yo en Murcia en poder de Luis Albayar, granadino»; y haciéndonos un retrato del futuro Rey, añade: «Doy tantas señas de él porque le vi vestido de luto en compañía de los demás veinticuatros en las honras de la serenísima reina Doña Isabel de la Paz, muger de nuestro Católico rey D. Felipe II, y entonces supe quién era y cómo se llamaba.» [2]

Sabemos que Doña Isabel de la Paz murió el 3 de Octubre de 1568, lo que nos permite afirmar que a fin de 1568, es decir, al comienzo del levantamiento de los moriscos, Pérez de Hita se encontraba en Murcia.

Él mismo dice que partió para combatir bajo el estandarte del Marqués de los Vélez, [3] contándonos que anduvo más de tres años siguiendo el curso de la guerra. Pero no fueron tres años, sino uno solamente: el Marqués parte el 6 de Enero de 1569 y se retira al fin de Enero de 1570 con las gentes de su casa. [4]

---

[1] Segunda parte, cap. IV.

[2] Idem, cap. I.

[3] Idem, cap. II.

[4] Idem, cap. XIX.

Mármol confirma por su parte la narración de Hita: «y sin apearse (el Marqués), se despidió dél y de todos aquellos caballeros que le acompañaban y se fué de camino a la villa de Vélez el Blanco con la gente de su casa.» [1] El examen de la segunda parte de sus *Guerras* confirma que no asistió a toda la lucha.

¿Qué le sucedió a la vuelta? Sin duda en este momento de su vida (1570-1572) se encontraba en Lorca, según lo prueba su poema épico de la ciudad de Lorca, compuesto como hemos visto en 1572. Hasta la muerte de Luis Fajardo (1572) no parece probable que residiera en Murcia, donde había de escribir sus *Guerras civiles* y su *Bello Troyano*.[2] Todas las ediciones de las *Guerras* mencionan *vecino de la ciudad de Murcia*.

Por su propio testimonio sabemos que después del mes de Agosto de 1585 hizo un viaje seguido de una estancia en Madrid. «De allí adelante el Tuzani se llamó Fernando de Figueroa y anduvo siempre en compañía de D. Lope, hallándose en la Naval, en la de Mastrique y en todas aquellas ocasiones en que se halló su capitán, no dejándole hasta que murió en Monzón. Entonces el Tuzani se vino a Villanueva de Alcardete, donde estaban los moriscos de Vélez el Rubio, porque allí tenía sobrinos, hijos de hermanos, *y yo propio procuré verle yendo a Madrid* en solicitud de un privilegio para un libro mío.» [3] Sin duda por su poema épico de Lorca, que tenía la intención de publicar, pues por un acto que poseemos había preguntado al Ayuntamiento de Lorca de certificar la verdad de los hechos que había relatado en este su poema para pedir licencia y darle a la imprenta; acto fechado a 19 de Julio de 1572.

---

[1] *Rebelión de los Moriscos*, lib. VIII, cap. I, p. 310.

[2] *Los diez y siete libros de Paris del Belo Troyano, agora nuevamente sacado de las antiguas y verdaderas ystorias en verso, por Ginés Pérez de Hita, vecino de la ciudad de Murcia; año 1596.* — Ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid.

[3] Segunda parte, cap. XXIV. — Lope de Figueroa murió en Monzón el 28 de Agosto de 1585 (Martín Fernández de Navarrete: *Vida de Miguel Cervantes Saavedra*; Madrid, 1817; p. 300).

Hizo otro viaje en fecha de imposible determinación a Granada. Esto es lo que se sabe de su vida. Sin embargo, teniendo en cuenta una licencia de la edición de Barcelona (1619) de la segunda parte de las *Guerras*, parece que en esta fecha todavía vivía el autor, y admitiendo su nacimiento en 1544, debía tener setenta y cinco años. [1] Se ignora la fecha de su muerte.

Lo que Ginés Pérez refiere en la segunda parte de su obra, da a conocer mejor su fuero interno que su vida. Hay que rendirle homenaje por sus profundos sentimientos humanitarios. No se contentó con una simple idealización de los enemigos tradicionales de su país, sino que expresó el horror que le inspiraban las crueldades que sus compatriotas hacían sufrir a los enemigos, [2] en hermosas páginas en que su pluma indignada ha dejado una enérgica protesta. [3] Cuánto le asqueaban el pillaje y la desolación, lo prueba la muerte de la pobre madre cuyo hijo él recoge. [4] Protesta también contra la injusticia respecto del vencido á quien no se cumplían las promesas hechas por Fernando é Isabel ni las de Don Juan de Austria; sentimientos poco acordes con el espíritu de su época. Al fin del siglo XVI, D. José Esteve, Obispo de Orihuela, en los comentarios sobre el León de los Macabeos, dedicados al Papa Clemente VIII, declaró que todo cristiano puede y debe quitar la vida á los moros, y que los Reyes de España deben matarlos y expulsarlos aunque haya necesidad de romper los tratados hechos por sus predecesores.

Para comprender toda la distancia que separa á Pérez de Hita de la fanática intolerancia de su tiempo, basta leer una *Relación verdadera de las causas que su Majestad ha hecho aberiguar para echar los Moriscos de España. Comp. por el licenciado Antonio de Salinas. Vallado-*

---

[1] Véase en la edición de Barcelona, segunda parte, 1619, *la comissión* de Fray Onofre de Requeséns.

[2] Segunda parte, cap. VI.

[3] Segunda parte, cap. VIII. — Véase también otro pasaje: Segunda parte, capítulo X.

[4] Idem, cap. VIII.

til, 1610; romances fanáticos a propósito de la total expulsión de los moriscos en tiempo de Felipe III, poco después de la publicación de la segunda parte de la obra de Ginés Perez, expulsión que tuvo lugar en medio de la alegría universal del pueblo español, y hasta las almas animadas por la piedad cristiana consideraron los sufrimientos que se infligía a los moros como un justo castigo del cielo ofendido.[1]

Por algunos pasajes de la segunda parte vemos que no solamente estaba familiarizado con las abruptas montañas y los hermosos valles del reino de Granada, sino que debió tener relaciones personales e íntimas con gran número de familias moriscas que habitaban aun las moradas de sus padres, y continuaban el esplendor de su antigua gloria aun después de la desastrosa derrota sufrida. De este modo pudo estudiar las costumbres (un poco modificadas por la opresión) de los descendientes de los desventurados guerreros moros; recoger sus tradiciones y revestirlas del interés que existe en los corazones nobles al contemplar la desgracia de sus propios enemigos. Las circunstancias le hicieron probablemente escoger el asunto de su obra, al menos le proporcionaron los mejores materiales.

III. — EL POEMA ÉPICO DE LORCA, PRIMER BORRADOR DE LAS "GUERRAS CIVILES"

Cuando una obra perdura al través del tiempo dejando profundas huellas en la literatura universal, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que es de positivo mérito.

Nadie mejor que Hita para representar la literatura pseudomorisca, enteramente sintetizada en él, que era de los ultimos descendientes de una raza heroica. Sus abuelos comenzaron la lucha épica que España

---

1 Véase en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, tomo LI, *Minuta de Carta de Zafra á los Reyes Católicos, fecha en Granada, 28 de Julio (1493)*, p. 67, y otras numerosas cartas.

GARIBAY: *Compendio historial de España*; ed. de Barcelona, 1628, lib. XVIII capítulo XXII, p. 630.

sostuvo contra los musulmanes, y merced a esto pudo recoger recuerdos y tradiciones del pasado glorioso de su nación. Viviendo entre los moriscos, hijos de los valientes guerreros moros, conocía sus costumbres por haber oído sus cantos llenos de penas, quejas y nostalgias, aprendiendo a hacer justicia a sus enemigos, ya que no a amarlos. Por otra parte, habitó en la pequeña corte de Fajardo, asistiendo a las reuniones literarias o a las fiestas caballerescas del castillo de Mula; viéndose el reflejo de estas variadas impresiones en el espíritu de Hita. Apenas vuelto de la guerra contra los moriscos, Ginés Pérez reanuda y acaba, o probablemente escribe de un tirón, el poema intitulado *Libro de la población y hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca.*

Este poema épico, olvidado ya, es interesante por estar íntimamente relacionado con las guerras de Granada. Es como un bosquejo, y dió sin duda al autor la idea de escribir las *Guerras*. Se trata en él de la lucha contra los moros, pero solamente en la parte que Lorca tomó en la lucha. El plan de la obra, convenientemente ampliado, será el de su historia de Granada; consta de dos partes: la primera, que llega hasta la toma de Granada por los Reyes Católicos, se compone de XVI cantos y 382 octavas; la segunda es la historia de la rebelión y de la represión de los moriscos, en XVI cantos y 463 octavas; es, pues, el mismo plan y la misma idea principal, con el aumento de episodios fabulosos y narraciones de los hechos caballerescos; mezcla hábil de fábula e historia que se encuentra en las *Guerras*. Por último, hay intercalada una novela en el XI canto.

Seguramente cuando escribió esta obra se sirvió únicamente de las tradiciones y recuerdos, y no pensó en el recurso de las crónicas de Garibay y de Pulgar. Son prueba de esto los numerosos anacronismos cometidos en el poema.

Desde el primer verso, y aunque Hita no lo ha titulado así, se ve que es un poema épico por la manera de comenzar:

«Canta, pues, musa mía, las hazañas
de Lorca, la ciudad más valerosa
que hoy se haya en todas las Españas,
del arte militar muy más famosa:

Canta las grandezas tan estrañas
de su furiosa gente velicosa
y del estirpe antiguo do ha venido
que estaba sepultada en el olvido:

»Canta, sí de aquel sacro fundamento
....
Canta, pues, del profundo y buen cimiento
que hizo aquel Jano poderoso...
....

El canto II comienza con la misma pretensión épica:

«Canta ya, musa mía, dulcemente
de aquel Rey Don Fernando valeroso,
que santo lo llamó toda la gente
por ser muy recto Rey y muy piadoso:
Canta de su valor tan escelente,
....»

El canto I trata de la «extraña fundación de la ciudad de Lorca»; el canto II, «de la toma de Lorca por Fernando el Santo», pero Fernando III ni sitió ni tomó nunca esta ciudad, que fué tomada por su hijo Don Alfonso X el Sabio, Príncipe entonces, el 23 de Noviembre de 1242. Exclusión hecha del error histórico, son notables la gran exactitud y verdad contenidas en la narración.[1] En el canto III «se levanta Murcia y todo el reino contra el Rey Don Fernando». Ha de notarse otro error histórico. Es en 1262, bajo Don Alfonso, que los moros de Murcia, Valencia y Sevilla se sublevaron con el Rey de Granada. El canto IV, «que trata de la batalla de Velillas que los de Lorca tuvieron con los moros de Granada», es uno de los cantos más hermosos del poema, interesante, además, porque nos muestra a Pérez de Hita recogiendo documentos. El canto está formado según una re-

---

[1] Cascales: *Discursos históricos de la ciudad de Murcia;* Murcia, 1621; «Discurso II», fol. 22.

[2] Idem: «Discurso II», fol. 92.

lación escrita de un testigo de la batalla librada por Don Sancho Manuel al famoso capitán Audalla; relación hecha probablemente por un individuo de su familia. Lo declara Hita indirectamente en los versos:

«Tomó tresmil Audalla de acaballo,
también sacó de allí tresmil peones;
el que lo escribo bien podía contallo,
que tambien se halló envuelto en las cuestiones.»

Recogiendo datos para su poema encontró probablemente materiales que le sirvieron más tarde para las *Guerras*. La descripción de la batalla es hermosa por la vida y el movimiento que en ella palpitan. Véase, por ejemplo:

«..............................
Los Moros, ya que estaban recogidos,
a la batalla vuelven esforzados;
las lanzas, los arneses van rompidos,
también ya los escudos van quebrados.
Resuena todo el campo de alaridos
y estaban los almetos ya abollados;
caballos y sus dueños de tal suerte
andaban, que ya gustan de la muerte.
..............................»

El canto V tiene aún más directa relación con las guerras de Granada. Cuenta un hecho fabuloso que fué escrito sin duda por Hita para celebrar el linaje del Marqués de los Vélez. Es la narración caballeresca de un Fajardo contra cinco musulmanes, de los que mata tres y cautiva los dos restantes. Algunos detalles de este canto recuerdan otros semejantes de las *Guerras*, como, por ejemplo, el combate de Abayaldos y del Maestre, cerca de la Fuente del Pino; y es de notar que Hita cuando quiere describir un combate singular, hace que se verifique en las cercanías de alguna fuente:

«Un día cuando el sol mucho se empina,
y en medio del Oriente se hospedase,
el gran Fajardo, todo valeroso,
llegó a una fuente clara deseoso.

El fuego y el calor tan fatigoso
le daban pesadumbre al buen Fajardo:
suele sin menester tomar reposo,
a aquel mozo tan gentil y tan gallardo
para vever del agua codicioso;
un poco se detiene sin ser tardo,
pone, pues, su vallesta allí en el suelo
y a la fuente se baja por consuelo.»

Análogamente describe en las *Guerras*: «El sol empezaba ya a alumbrar el mundo y con la hermosura de sus rayos... sería una hora salido cuando llegaron a la fresca fuente, la cual cubre una hermosa sombra de un pino... y sentándose junto a la fuente se refrescaron en la cristalina agua...» [1] También cerca de una fuente Abenfarax encontrara la muerte. [2] Tiene semejanzas extraordinarias este canto con el combate de Diego de Cervantes contra los tres Moros de Verja, de los cuales dos son muertos y el tercero conducido como cautivo al Marqués de los Vélez. [3]

Este combate fabuloso y caballeresco es uno de los muchos que constantemente repite en su obra principal.

El canto VI, «que trata cómo Alonso Yanez Fajardo mató a un tirano que tenía husurpada a Murcia», presenta otro error histórico, pues a D. Ruiz Dávalos es a quien todos los historiadores atribuyen esta acción. [4] En su segunda parte hace la genealogía de los Fajardo hasta D. Luis, tercer Marqués de los Vélez, su protector. Se ve que en estos dos cantos Hita se preocupa únicamente de lisonjear la vanidad de los Fajardo, lo cual no es raro en los poetas de la época. Hasta el canto XI es una serie de narraciones de combates históricos: «Batalla que tuvo Lorca con los moros de Almería en las escuchas»; «Batalla que tuvo Lorca con Vera»; «Batalla de Zurgena»; «Batalla del puerto del Conejo»; narraciones a veces vivas y animadas.

---

1 Primera parte, cap. XI, p. [illegible].

2 Segunda parte, cap. XI.

3 Idem, cap. XII.

4 CASCALES: «Discurso IX», cap. IV, fol. [illegible].

El canto XI, «de la batalla de los Cabargadores y lo que en ella sucedió», ofrece un interés particular. Pérez de Hita inserta un romance que canta el príncipe Abenraho, llegado de Buxia, retando para luchar al famoso Piñero, rasgo conforme con los usos de la caballería, siendo como era frecuente que los caballeros fuesen a combatir con algún extranjero y famoso paladín. [1]

Hernando del Pulgar cita el nombre de varios gentiles hombres que marcharon a países extraños «a facer armas». [2] Pérez de Hita conoció a Pulgar y tomó de él varios pasajes de la primera parte de sus *Guerras*.

«..............................
En África vivía un fuerte Moro
en fortaleza mucho aventajado,
pareciόle afrentoso a su decoro
el gran valor de Lorca divulgado;
déjase sus haberes y tesoro
y el mar mediterráneo a atravesado
para mostrar en Lorca ser guerrero
al buen Martín Fernández de Piñero.
..................................»

En este canto se encuentran también elementos semejantes a otros de las *Guerras*.

Varias veces, en la segunda parte, Ginés Pérez cuenta las astucias empleadas por los moriscos para sorprender a sus enemigos, y hay gran analogía entre el pasaje que nos muestra al moro Abenraho cantando en un romance la belleza y gloria de Lorca, y un pasaje del capítulo XI de la segunda parte, en el cual Abenhumeya se sirve de una astucia análoga para perjudicar lo más posible a sus enemigos cristianos, envía al Marqués de Mondéjar un «moro discreto» que con su canto celebra a los cristianos y sus victorias ofreciéndoles guiarlos hasta Valor.

[1] *Crónica de Juan II*, capítulos CCLXVII y CCCXIII.

[2] *Claros varones*, título XVIII.

He aquí el pasaje del poema y el romance a que se ha hecho alusión:

«Con ánimo orgulloso, aficionado
de Lorca y su grandeza aqueste Moro,
como estubiese de ella enamorado
tomó un laúd que trae de fino oro,
tócalo y con acento concertado
un romance acompaña, que de coro
lo trae de Bervería ya aprendido
y así lo cantó el Moro muy sentido.»

ROMANCE DEL MORO.

«Ya te veo, Lorca mía,
la por mí tan deseada,
yo pasé de Bervería
por ver tu gente afamada;
Ahora que estó en tu campo
provaré mi ser y espada
en tus fuertes caballeros,
por quien eres tan nombrada,
De quien hoy la fama suena
por ser la más encumbrada,
a la qual, si Alá quisiere,
haré que no suene nada,
Que si yo los mato a todos,
Lorca, serás ensalzada,
que la Ciudad sin aquéstos
muy prestó será ganada:
Lo qual haré yo muy presto,
empleando bien mi espada,
la cual fué de un deudo mio,
persona muy estimada;
Este fué al fuerte Anníbal
por quien Lorca fué ganada.
O Lorca, cuanto le cuestas
a este Reyno de Granada

Que los Moros tus vecinos
viven vida muy penada,
los cuales yo vengaré,
ya que vengo en tal demanda!

FIN

Después de haber cantado el Moro altivo
aquel romance a Lorca, muy contento,
estubo un poco y quedo pensativo
qué es lo que debe hacer en el reencuentro.
.....................................»

Describe la batalla de los Cabargadores y concluye:

«Fué digna esta batalla de memoria
y así estará estampada eternamente,
pues que tan poca gente hubo victoria
de tanta multitud de brava gente.»

Considerando que en 1572 el poema estaba escrito, se ve que mucho antes de componer las *Guerras de Granada*, Ginés Pérez tenía la idea de servirse de los romances para ornato de su obra. Probablemente este romance es suyo, pues no se encuentra en ningún romancero, y parece haber sido compuesto, al igual del poema, en alabanza de Lorca.

El canto XII, «de las batallas que los de Lorca tuvieron con los Moros de Vélez y otros lugares», y el canto XIII, «de la batalla de las Cabezuelas con los Moros de Granada», no se refieren en nada a las *Guerras de Granada*. Se puede, sin embargo, decir, siguiendo la afirmación del padre Morote, que la narración de la batalla de las Cabezuelas es el primer relato que se posee de este episodio.

El canto XIV es uno de los más hermosos fragmentos y uno de los más hermosos pasajes de las *Guerras*. Es la narración de «la batalla de los Alporchones que tuvo Lorca con los moros del Reyno de Granada». He aquí un fragmento del poema, tan lleno de brío y vida como

la relación en prosa de las *Guerras*, sirviéndose para dar más fuerza de uno de los más hermosos romances fronterizos:

«Los añafiles suenan de una parte,
de otra las trompetas de Dios Marte.
Después que los de Lorca habían llegado
el apellido dan a Santiago:
la rambla de un encuentro la han pasado
y hacen en los Moriscos grande estrago;
del Granadino bando renegado
todos con saña envisten como un drago,
revuelven la gente de manera
que no se ve pendón ya ni bandera.
La polvareda sube al alto cielo,
no se ven caballos ni peones,
comienza a resonar ya muy gran duelo
por medio de los fuertes escuadrones;
de muertos ya se puebla todo el suelo,
caballos salen muchos sin arzones;
ya rueda por el suelo mucha malla,
del todo ya es trabada la batalla.
Ya empieza el crudo asalto á hacer efecto,
anda ya la batalla con ruïna,
de sangre está bañado cualquier peto,
la cota ya se rompe, Alazarina,
ya rueda allí cortado el fino almeto,
la espada allí la corta siendo fina,
ya anda muy revuelto el crudo asalto,
ya muestra el bravo Marte cruel esmalto.
....»

«A esta sazón — dice Hita en las *Guerras* — los valerosos capitanes moros, en especial los Maliques Alabeces, se mostraron con tanta fortaleza, que los cristianos estuvieron á punto de pasar la Rambla contra su voluntad... La batalla estaba tan sangrienta que era admiración, porque había tantos cuerpos de hombres y caballos muertos, que apenas podían andar...» [1] Cuyas palabras son eco fiel del poema épico.

---

[1] Segunda parte, cap. II.

El canto XV nos conduce de nuevo a los episodios caballerescos: «De la batalla de Serón que tuvieron cuarenta hidalgos de Lorca con los moros de Baza.» En donde se refiere la «hazaña llamada de los cuarenta», digna de la caballería andante en tiempos de su mayor gloria, de las novelas caballerescas ó históricas del siglo xv, y de figurar al lado del paso honroso de Suero de Quiñones.—La «Novia de Serón», según el padre Morote, debe situarse en el año 1440.[1]

Con el canto XVI termina la primera parte del poema, que abarca doscientos cincuenta años de gloria del valiente pueblo de Lorca,

«Sus arreos son las armas;
su descanso, pelear.»

También la historia del tránsito del Rey por Lorca la repetirá en el capítulo XVI de las *Guerras civiles:*

«Y en tiempo de una dulce primavera,
por Lorca pasó el Rey y se fué a Vera.
Lorca que vido al Rey y su estandarte
seguir quiso de todo su bandera,
de no dejar al Rey en cualquier parte.
.....................................»

«Luego se puso en camino para Valencia—dice en las *Guerras*—y hallí hizo Cortes el rey Católico; y con grande deseo que tenía de cobrar del todo el reino, se vino a la ciudad de Murcia, y allí fué discurrido cómo la había de entrar por la parte de Vera y Almería, y resuelto en lo que había de hacer, se fué á la villa de Lorca...»

Primera imitación de romances fronterizos:

«Abenámar, Abenámar,
Moro de la Morería;
qué castillos son aquéllos,
altos son y relucían»...;

que encontramos en su poema épico.

---

[1] SUÁREZ: *Historia del obispado de Guadix y Baza*, lib. III, p. 371.—MARIANA: *Historia de España;* Madrid, 1734; lib. XXII, cap. IV, p. 330.—GARIBAY: *Compendio historial de España*, t. IV, lib. XXI, p. 400.

«El Rey volvió á Granada con su gente
a do del pueblo fué bien recibido,
y Ábenámar, el moro más valiente,
por darle al Rey contento muy cumplido,
mostróle la ciudad cumplidamente.
.....................................»

Y Abenámar le enseña la Alhambra, la Mezquita; le enumera los tesoros y trofeos encerrados en Granada.

Esta primera parte acaba con el relato de la opresión ejercida por Felipe II sobre los vencidos:

«La zambra les mandó fuese vedada
y sus bailas y danzas acabados;
que las rópas moriscas se quitasen
y la morisca lengua nunca hablasen
....
Esto lo hizo el Rey con celo tanto
como presto veréis en otro canto.»

La segunda parte de su poema épico nos refiere el levantamiento y la lucha contra los Moriscos, como en la segunda parte de su obra principal, aunque con menos detalle, advirtiéndose que no recurre aún a las fuentes moriscas, al Tuzani y a la *Austriada* de Juan Rufo. No se comprende bien por qué esta parte termina con tres cantos independientes del resto del poema; pero son relacionados en cambio con las *Guerras*. Son brillantes descripciones de fiestas, juegos de cañas y torneos, análogas a las descripciones que proporcionaron el triunfo a la primera parte; se llaman dichos cantos: «Las grandes alegrías que hizo Lorca por el feliz natalicio del Príncipe Don Fernando de Austria.» Y nos prueban que asistió el autor a fiestas semejantes de las que nos describe.

Como se ve, en este poema estaban contenidos los elementos que compondrán su obra; la historia, episodios fabulosos y caballerescos, descripciones de fiestas, todo se encuentra reunido.

Estas dos obras de Ginés Pérez de Hita están íntimamente unidas; convencido probablemente de que su poema no le daría gloria, atraído

por lo interesante del asunto, le amplió, dándole una nueva forma; su *Historia de las Guerras civiles de Granada* salió del poema épico, según hemos visto.

Independientemente considerado, y sólo desde el punto de vista literario, el poema es de poca importancia; los versos son monótonos y los defectos de versificación muchos, tan numerosos que sería curioso averiguar si el único manuscrito que se conoce, y que posee el Ayuntamiento de Lorca, es una copia alterada de un manuscrito anterior; pero si no es de gran importancia literaria, es indudable que en él se reflejan las dotes de Hita y que sirvió de guía a Morote, Suárez y otros serios historiadores que han plagado sus libros, no sólo con citas, sino con largas copias, y muy especialmente Fray Pedro Morote en su *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca e historia de Santa María Real de las Huertas (1741)*, que cita este poema varias veces. Asegura frecuentemente haber seguido al autor para la descripción de un hecho o de una batalla. Por ejemplo, cuando cuenta la batalla de Lorca con los moros de Almería y Vélez (parte II, cap. V, lib. III, p. 332).

A veces copia servilmente a Ginés Pérez de Hita; los casos son numerosos; he aquí algunos: Batalla de los Cabargadores (parte II, capítulo XI, lib. III, páginas 342, 343 y 345) es el canto XI de Ginés Pérez; de la batalla de los Alporchones (parte II, lib. III, capítulos XV, XVI y XVII) copia mucho; e igualmente copia de la descripción de la batalla de la Novia de Serón (parte II, lib, III, cap. XIII, páginas 351-352, y cap. XIV, páginas 353-354).

Mas excepción hecha de Morote, que la ha empleado, esta composición ha caído en el olvido. Sería interesante estudiarla como se estudia un boceto del que ha salido una obra hermosa.

IV.—FUENTES HISTÓRICAS

La historia que compuso Pérez de Hita se refiere a la caída de Granada, vista por dentro en medio de las querellas y discordias de los moros entre sí, más bien que superficialmente, según es uso y costum-

bre considerarla. Comienza su trabajo intentando buscar una base sólida en el origen e historia del reino de Granada. Esta parte de su trabajo, un poco seria y árida, prueba las nociones imperfectas que se tenían en su tiempo sobre lo que podia ser una novela histórica. Inserta al principio la cronología de los Reyes de Granada, el nombre de las ciudades de su jurisdicción y el de las familias más distinguidas del Estado; describe los palacios, jardines, mezquitas y las obras más suntuosas de la capital. La acción empieza en el reinado de Boabdil, último soberano, y a medida que avanza entrando en el objeto principal que que se ha propuesto, el tono cambia. Aun estamos rodeados de personajes que nos son familiares: el gran Maestre de Calatrava o el heroico Muza; Boabdil, último vástago de la larga dinastia de los Reyes moros, que hace guerra cruel a su propio padre en medio de su capital, en tanto que los Reyes Católicos y sus caballeros en el exterior devastan el reino. A estas figuras históricas se añaden otras fabulosas: Reduán, Abenámar, Gazul, con tanta grandeza caballeresca como los caballeros cristianos; los retratos de Zaida, Fátima, tan seductoras, tan hermosas como las damas conducidas a Santa Fe para divertirlo durante la conquista. En esta mezcla de las creaciones de su imaginación con los hechos históricos, Ginés Pérez de Hita patentiza una habilidad excepcional para dar a todo sabor de época. Extiende ante nosotros un lujurioso imperio vacilante amenazado de cercana ruina; mientras en las calles de la capital resuenan los gritos de guerra y se inundan de sangre, los príncipes y la nobleza no interrumpen sus alegres festines, ni sus orgías cuotidianas; las bodas, las fiestas, las danzas nocturnas en la Alhambra, los torneos espléndidos de los juegos en presencia de la Corte, alternan con las querellas y los combates entre las dos grandes y poderosas familias que destroyen el Estado, y las escaramuzas y los combates contra los cristianos, que avanzan. Siguen la cruel acusación de la Sultana, su defensa armada por los paladines moros y cristianos, el horrible asesinato de su hermana Moraima por Boabdil, que despliega subitamente toda la violencia celosa de un déspota oriental. El triste y escandaloso espectáculo de tres Reyes disputándose todos los días el trono en las plazas públicas, en los pa-

lacios de una ciudad destinada a caer algunas semanas después entre las manos del enemigo que rodea ya sus murallas. Hay sin duda en ello mucha ficción, sobre todo en los detalles, pero no es fantástico lo que se refiere á lo interno de los acontecimientos reales sobre los cuales se basa. De esta manera, cuando nos acercamos al fin de la novela recorremos sin dificultad un campo histórico tan vasto como el del comienzo, tan romántico como las descripciones de las discordias o fiestas que acabamos de leer.

Cuando la cautividad temporal de Boabdil y su cobarde sumisión; el sitio, seguido de la rendición, de Alhama, y la caída de Granada, se presentan ante nosotros, no es de una manera inesperada y en desacuerdo con los acontecimientos que las preceden, sino naturalmente. La historia termina con una narración adecuada al tono general, recordándonos el triste destino de D. Alonso de Aguilar.

La edición princeps lleva por título: *Historia de los vandos... agora nuevamente sacado de un libro aravigo, cuyo autor de vista fué un moro llamado Aben Hamin, natural de Granada...*

La primera parte de las *Guerras civiles*, ¿es obra de Pérez de Hita, o es una traducción de un manuscrito árabe? Haciendo un estudio serio de la obra de Ginés Pérez, se sigue perfectamente su gestación, encontrándose las fuentes en las cuales se ha inspirado; por lo que es inadmisible la leyenda de ser una mera traducción. Las *Guerras* le pertenecen originalmente; pero que se sirvió de fuentes árabes y hasta utilizó una fuente escrita, es evidente. La primera y única mención que Hita hace del llamado Aben Hamin se encuentra en el capítulo III:[1] «Y es de saber que de los treinta y dos linages de caballeros que había en Granada, los que sustentaban la Corte eran los que aquí nombraremos, porque hace mucho al caso a nuestra historia así *como lo escribe el moro Aben Hamin, historiador de aquellos tiempos dende la entrada de los moros en España; pero este Abenhamin tuvo cuidado de recoger los papeles y escrituras que trataban de Granada y su fundación primera y segunda.* Dice, pues, el Arábigo que todos los cavalleros que más

[1] Primera parte, cap. III, p. 24.

se estimavan en la ciudad de Granada y en su Reyno eran los siguientes.»

Pérez de Hita insiste sobre la crónica árabe: «*Dize nuestro coronista moro*», o bien: «*nuestro moro coronista nos advierte de una cosa, y es que los caballeros llamados Mazas, que no era éste su propio nombre, sino Abenbices...*»,[1] «y porque la intención del moro coronista no fué tratar de la guerra de Granada, sino de las cosas que pasaron dentro della, y de las guerras civiles que en ella hubo en estos tiempos, no pone aquí la guerra, sino el nombre de los lugares que se rindieron...»[2]

Es de un realismo tan grande la acertada pintura del interior del reino de Granada y de las guerras civiles que desgarraron la ciudad decadente, que es necesario pensar en una fuente árabe, de la cual tomó los hechos que forman la primera parte de las guerras; suposición confirmada en el relato: «Esta batalla que avéys oydo, y prisión deste Mulahazen, escrivió el moro coronista deste libro, y yo doy fe que en Murcia, en la Iglesia Mayor, en la capilla de los Marqueses de los Velez, ay una tabla encima del sepulchro de don Pedro Faxardo en que se cuenta el sucesso desta batalla.»[3]

¿De dónde tomó Pérez de Hita este nombre de Aben Hamin? ¿Es un nombre cualquiera cuya sonoridad árabe agradó a nuestro autor? ¿Ha existido un historiador de este nombre? ¿Es un personaje histórico, o es legendario?

El mismo Hita, en su segunda parte, nos da una indicación. En el capítulo X, después de la sangrienta toma de Ohanez, dice: «Y así se cumplió lo que dijo aquel moro viejo, célebre sabio de Granada, *llamado Aben Hamin*, el mismo que por el ruego del Rey don Pedro de Castilla declaró los pronósticos de Merlín...»

Un personaje de este nombre ha existido, pues, en tiempo de Pedro el Cruel. Véase lo que se encuentra en la crónica de Don Pedro: «Así fue que el Rey Don Pedro despues que la pelea de Najera fue vencida

---

1 Primera parte, cap. XVII, p. 290.

2 Idem, cap. XVI, p. 269.

3 Idem, cap. XVI, p. 251.

por su parte, envió sus cartas á un moro de Granada de quien él fiaba, é era su amigo, é era gran sabidor, é gran filosofo é consejero del Rey de Granada, el qual avia por nombre *Benahatin.*»[1] Y la crónica ha conservado traducida «la carta que el Moro de Granada envió al Rey don Pedro de muchos exemplos e castigos».

Más adelante, en la misma crónica, se encuentra «otra carta que el Moro de Granada, gran sabidor que decían *Benahatin*, envió al Rey don Pedro...»[2] Este moro parece haber sido muy conocido en España. Rodrigo Caro habla de él en su *Memorial de Utrera:* «En este mismo tiempo fué muerto el Rey don Pedro por su hermano Enrique en el castillo de Montiel, segun que se estaba pronosticado por un sabio moro de Granada Aben Hatin, diciendo que moriria dos veces, una en el cuerpo y otra en el alma...»[3] Y por último, Garibay también le menciona: «Desta vitoria dando noticia el rey don Pedro a un filósofo Moro, vezino de Granada, llamado *Aben Hatin* del consejo del Rey de Granada, él le respondió una letra llena de doctrina moral que si el rey...»[4] y algunos capítulos después, dice: «Estando el rey don Pedro adereçando el viaje, recibió otra carta del mesmo filosofo *Aben Hatin* anunciándole su muerte...» De este Aben Hatin, Hita ha hecho Aben Hamin, que es sin duda el mismo. Nicolás Antonio da otra forma á este nombre: la de Aben Hamidi. «Genesius Perez de Hita, Murciae urbis incola, credi voluit ex Arabico *Aben Hamidi* Granatensis libro se Hispanis, hominibus comunicase, quod ad milesiacas referimus sponte mugas, opus, salicet...»

Este Aben Hatin o Benahatin fué muy conocido en el reino de Granada, pues no es otro que el famoso historiador árabe Aben Aljatib, del cual se conserva una colección de cartas escritas hacia 770 (1368),

---

[1] *Crónica del Rey don Pedro,* por D. Pedro López de Ayala. Año décimooctavo, cap. XXII, p. 567

[2] *Idem.* Año décimooctavo, cap. XXII, p. 567.

[3] *Memorial de la villa de Utrera*, publicado por la *Sociedad de Bibliófilos andaluces,* t. 14, lib. II, cap. V, p. 138.

[4] GARIBAY: *Compendio historial de España;* ed. de Barcelona, 1628.

dirigidas por él a los príncipes, llenas de sabios consejos ó refiriendo algunos hechos de la gran lucha de españoles contra musulmanes, entre cuyas cartas se encuentran las dirigidas a Pedro el Cruel; el manuscrito lleva el título de «Yerbas olorosas de los catibes o secretarios y apacentamiento de las cosas que acontecieron».

El pasaje de Aben Aljatib a Aben Hatin se explica fácilmente: un copista árabe español debe traducir probablemente Aben Aljatib y la *b* mal trazada fué tomada después por una *n*, de donde salió la forma Aben Hati*n* de donde Hita formara Aben Hami*n*. Este historiador árabe nació en Loxa hacia 713 (1313) y pasó su juventud en Granada, donde hizo sus estudios bajo la dirección de los más sabios profesores. Fué gran visir del Rey de Granada, y en 1354 participó del poder real. Aprisionado y caído en desgracia huyó al África, donde le amparó el Sultán de Marruecos (1363). A poco tiempo volvió a Granada como secretario del nuevo Sultán. Nuevamente caído en desgracia, en 1372 huyó otra vez al África con su hijo Alí a Tlemcén. Murió estrangulado en su prisión por orden del Sultán de Granada. Ha dejado una historia de los príncipes de Granada hasta el año 1360, titulada: *Esplendor del plenilunio* (que trata) *de la dinastía naserita.*[1]

Su obra principal, conocida bajo el nombre de *Jhata*[2], es una historia de Granada, de sus Reyes, de sus Emires, de sus señores, de todos los que sobresalieron por algo. El prólogo de esta obra contiene una descripción de la ciudad de Granada y de las leyendas sobre su fundación; después se ocupa y enumera los lugares, villas grandes y pequeñas que dependen del reino granadino; expone, en fin, las costumbres y las calidades de los habitantes del reino, sus fiestas y las luchas

---

[1] Véase Francisco Pons Boigues: *Ensayo biobibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigos españoles:* Aben Aljatib, su vida y sus obras. —Madrid 1898, número 294, p. 334.

Aben Jaldun: *Historia de los Berberes*, traducción Slane, t. IV, páginas [illegible] y siguientes, 404 y siguientes, 453 y 551.

[2] El círculo (que versa) sobre la historia de Granada comúnmente se conoce con el solo título de *Jhata*, y según afirma el propio autor, era una obra extensa que constaba de ocho partes ó tomos.

entre los diversos partidos de la capital. Esta obra de Aben Aljatib fué completada, continuada y copiada hasta 1489 (se poseen dos copias fechadas en esta época), y seguramente fué la fuente árabe en la cual se inspiró Pérez de Hita cuando escribió sus *Guerras*.

Ginés Pérez de Hita debió poseer alguna de las copias, sirviéndose de ella; pues, sin duda, conocía la lengua árabe, aprendida en Murcia al hacer sus estudios, ó de los moriscos, entre los cuales vivió, si hemos de creer su propio testimonio.

La *Jhata*, como lo hemos dicho, continuada y copiada hasta 895 (1489), se acaba en esta fecha, y precisamente a partir de este momento la fuente árabe de que se sirvió Hita se acaba también y *copia* a Pulgar, refiriendo rápidamente la toma de Granada, siguiendo a este último cronista y ocupándose casi exclusivamente de los españoles.

Por otra parte, la nomenclatura de las ciudades que dependían del reino de Granada no concuerda con la dada por Garibay, y más bien parece proceder de la puesta por el historiador árabe de Granada en el prólogo de la *Jhata;* igualmente la historia de las diversas tribus árabes: Abencerrages, Zegríes, etc., de que habla apenas el cronista español, y lo que nos dice Hita en el capítulo tercero, ¿no es el plan seguido en esta historia?: «este Aben Hamin tuvo muy solícito cuydado de recoger todos los papeles y escrituras que tratavan estas cosas de Granada...» [1]

No hizo una traducción literal, pero aprovechó la parte interna de la *Jhata*, sirviéndose de ella como se había servido de Garibay y de Pulgar; cuando escribe el nombre de Aben Hamin, le cita como más igual que apela al testimonio de los dos cronistas españoles, y solamente al fin de su obra inventa la existencia de un historiador árabe que no nombra más, y de su nieto Argutarfa, que no son sino una fantasía ingeniosa de su imaginación.

«Nuestro Moro coronista — dice — supo de la sultana, debajo de secreto, todo lo que pasó, y ella le dió dos cartas: la que envió a Don Juan Chacón y la repuesta que le envió a Don Juan Chacón, y la re-

[1] Primera parte, cap. III, p. 24.

puesta que le envió, y así pudo escribir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiese quiénes fueron hasta ahora. Visto por el coronista perdido el reino de Granada, se fué a África y a Tremecén, llevando todos sus papeles consigo: allí murió y dejó hijos y un nieto suyo, no menos hábil que él, llamado Argutaría, el cual recogió todos los papeles de su abuelo y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se le presentó a un judío llamado Saba Santo, que le sacó en libro por su contento, y el original arábigo le presentó a Rodrigo Ponce de León, conde de Bailén. Y por saber lo que contenía, y por haberse hallado su abuelo y visabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradujese en castellano y después el Conde me hizo merced de me le dar.» [1]

Pérez de Hita escribió, en efecto, su obra en la época de D. Rodrigo Ponce de León, cuarto Conde de Bailén, hijo de D. Manuel Ponce de León, llamado «el Fuerte». Murió sin descendencia en 1618. ¿Por qué en los primeros capítulos, cuando le menciona, no nos ha referido esta historia de una traducción, historia que hubiera parecido más verosímil en este momento que en uno de los últimos capítulos?

Por otra parte, Ginés Pérez de Hita no era el único á dar para mayor autoridad un falso origen á su libro; tal era la costumbre de los autores de libros de caballería, declarándose simples traductores de libros escritos en lengua oriental. Y Cervantes mismo, ¿no inventó un Cide Hamete Benengeli? En el siglo XVI ¿qué pensar del triunfo obtenido por la crónica de Abentharick y de la que se han ocupado mucho en Francia en el siglo XVII? [2]

---

[1] Primera parte, cap. XVII, p. 291.

[2] *Histoire de la conqueste d'Espagne par les Mores composée en arabe par Abulcacin Tariff Abentarricq de la ville de Médine, traduite en espagnol par Michel de Luna de la ville de Grenade, interprete de Philippe II en la langue arabe avec une dissertation de celui qui la mise en françois sur la vérité de cette histoire.* — París, 1608. Dos volúmenes in 12.°

En el tomo II el traductor intenta probar que es una novela histórica, «un roman nouvelle espèce, un roman guerrier».

La || verdadera || historia del rey || don Rodrigo, en la || qual se trata de la causa || principal de la perdida de España y la conquista que della hizo Miramolin || Almançor Rey que fue del Africa y de || las Arabias, y vida del rey Jacob Almançor. || Compuesta por el sabio Alcayde Abulcacim Tarif Abentarique || de nacion arabe y natural de la Arabia Petrea. || Nuevamente traduzida de la lengua araviga por Miguel de Luna vezino || de Granada, interprete del Rey don Phelippe nuestro Señor.— Impresso por Rene Rabut en Granada año 1592— In 4.º— (Primera parte.)

Segunda parte de la historia de la pérdida de España y vida del rey Jacob Almançor en la qual el autor Tariff Abentarique prosigue la primera parte.— Granada por Sebastián de Mena, 1599.

Una tercera parte debiera seguir: «la conquista del reyno de Granada por los Reyes Católicos», como se dice en el prólogo de la segunda parte; pero de ella no se encuentran rastros.

Encontramos en Miguel de Luna la misma idea de Ginés Pérez de Hita: «el traduzir una lengua como esta en la nuestra Castellana era muy dificultoso». — «Mais quelque soin que j'aye pris et quelque recherche que j'aye faite en plusieurs bibliothèques, il m'a été impossible jusques à présent de le trouver»; dice uno de los traductores franceses de Abentharick, dándonos cuenta de sus investigaciones del original árabe de Miguel de Luna.

Pedraza, en *Bellezas de España* (cap. VIII), afirma que el manuscrito árabe de Abulcacim Abentharick se encuentra en el Escorial; y Rodrigo Caro, en *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla* (1634), lo confirma. Únicamente Jaime Bleda en su crónica de los Reyes Moros no proclama á Abulcacim como uno de los primeros historiadores árabes que deben seguirse (páginas 132-133). La imitación más célebre que se ha hecho es una cuya traducción francesa se encuentra en la Bibliothèque Nationale de París, intitulada *Vie du roy Almansor écrite par le vertueuse capitaine Aly Abençufian, viceroy et gouverneur des provinces de Denque en Arabia — traduit de l'Espagnol par François d'Abeilh.* (Amsterdam, chez Daniel Eslevier, 1671.— In 12.º); obra novelesca, compuesta siguiendo la de Miguel de Luna,

de quien hasta 1708[1] no se comienza a sospechar que fuese falsificador. Pero a mediados de ese siglo, y aun en 1796, fecha de la publicación en Madrid de las *Cartas para ilustrar la historia de la España árabe*, de Faustino de Borbón, imitador del fingido traductor; el pseudónimo conservaba aún toda su autoridad y se seguía ciegamente al pretendido Abentharick: el crédito concedido a esta obra prueba cómo la historia de los moros era entonces letra muerta para España.

Se hicieron numerosas reimpresiones de esta crónica, así es que bien pudo usurpar Hita a Miguel de Luna la idea de atribuir sus *Guerras civiles* a un cronista moro, poseyendo seguramente documentos árabes.

Sea lo que fuere, y en tanto no se encuentre en alguna biblioteca el famoso relato en castellano del judío Rabbi Santo, a falta de un manuscrito árabe, es preciso desechar la idea de una traducción.

¿Cómo admitir el grave error extendido por Pérez de Hita y adoptado por algunos escritores?: resulta de los testimonios de Hernando de Baeza, de Pulgar, de Bernáldez y de todos los que han escrito de la guerra de Granada, que no son los Abencerrages, ni los amigos de Muley Hassen, los perseguidores de Boadil, sino, por el contrario, los amigos del Rey Chico quienes le han sostenido contra Muley Hassen; y sobre todo, ¿cómo atribuir este error á un testigo de estas luchas de los partidos de Zegríes ó Abencerrages? Es poco admisible.

Por último, hay un episodio que Hita dice traducido del cronista moro, y que está copiado casi servilmente de Pulgar:

TEXTO DE PULGAR[2]	TEXTO DE HITA
«Este día fizo el Rey Moro dos actos de tristeza, e fueron que tienen por costumbre los reyes Moros, quando pasan algun rio de poca agua, que los caballeros moros le cubren los pies e los estrivos con los suyos, y el no lo	«Dice nuestro coronista moro que aquel dia de la entrega de la ciudad, el rey moro hizo sentimiento en dos cosas. La una es que, pasando el rey moro un rio, los moros que iban a la par dél le cubrieron los pies, y el no

[1] *Question curieuse: si l'histoire des deux conquêtes de l'Espagne par les Maures est un roman.* — Paris, 1708. In 12.°

[2] PULGAR: *Crónica de los Reyes Católicos*, parte III, cap. CXXXIII, p. [illegible]

quiso consentir; e quando suben alguna escalera, dexan los alpargates, e gelos lleva el mas principal Moro que alli esta, lo qual el no quiso consentir. E como fue a su casa que era en el alcazaba entro llorando lo que habia perdido, e dixole su madre, que pues no habia seydo para defenderlo como home, que no llorase como muger.»

lo quiso consentir. La otra costumbre es, que subiendo el rey alguna escalera, los zapatos que se descalza, o alpargates, al pie della, los mas principales que van con él se los suben lo qual el no quiso consentir aquel dia. Y así como llegó a su casa el rey moro, que era el alcazaba, comenzo a llorar lo que habia perdido: al qual llanto le dijo su madre que pues no había sido para defenderla como hombre, hacia bien llorarla.»

La forma del libro de Pérez de Hita tiene algo de la usada en las novelas heroicas de los orientales. Desde tiempo remoto los árabes tenían la costumbre de citar algunas poesías en prueba de la verdad de los hechos que referían. Así hay versos intercalados en la prosa del poema de *Antar*, en otros muchos y en la *Jhata*. Igualmente Pérez de Hita intercaló en su relato gran número de romances como ornato y prueba de veracidad. Véase aún el comienzo en prosa rimada de una lamentación en la que un poeta árabe deplora la suerte de Valencia: «Entonces dizen que subio un moro en la mas alta torre del muro de la villa — este moro era muy sabio y muy entendido et fizo unas razones en arabigo que dizen assí»; y sigue el texto árabe de la *Elegía* de Alhuacaxi. [1]

Compárese este fragmento con el de Hita: «Oh Granada! que desgracia te ha ocurrido? que ha sido de tu elevación? que de tu riqueza? que de tu deleite y tu pompa, combates, torneos y juegos de sortija? Donde estan aora tus regocijos y fiestas de San Juan, tus musicos y tus zambras?... que fué por último de tu nobleza toda? Todo lo veo trocado en tristes lamentos, en dolorosos suspiros...» [2]

Argote de Molina nos asegura que en su tiempo, es decir, á media-

[1] Crónica general, *Biblioteca de autores españoles*, t. V, núm. 909, páginas 575-579. — Dozy prueba que toda esta parte de la crónica es una traducción del árabe. *Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne pendant le Moyen-âge*, t. II, p. 30.

[2] Primera parte, cap. XIV, p. 203.

dos del siglo XVI, aun se oían cantar a los moriscos de Granada poesías llenas de desesperación sobre la pérdida de sus reinos y que necesariamente habían de ser escritas en una lengua comprendida por aquellos á quienes querían conmover: «son versos turquescos — dice — amorosos dedicados a la diosa de los amores que los turcos llaman Ašich y *desta quantidad son algunos cantares lastimeros* que oymos cantar a los Moriscos del reyno de Granada sobre la pérdida de su tierra como son:

» Alhambra hanina gualcaçor taphqui
Alamayarali, ia Muley Vuabdili
Ati ni fareci, guaderge ti albayda
vixe nansi nicatar, guanahad Alhambra
ati ni fareci, guaderge ti didi
vixi nansi nicatar, guanahod aulidi
aulidi si Guadix, Vamarati fijo! alfata
ha hati di moni, ya seti o Malfata
aulidi si Guadix, guana fijos alfata
ha hati di uoni, y a seti o Malfata.

» Es cancion lastimosa que Muley Vuabdili, ultimo Rey de Granada, haze sobre la perdida de la real casa del Alhambra quando los catolicos reyes Don Fernando y Doña Isabel conquistaron aquel reyno, lo qual en castellano dize asi:

» Alhambra amorosa, lloran tus castillos,
O Muley Vuabdili, que se ven perdidos.
Dadme mi cavallo y mi blanca adarga
para pelear y ganar la Alhambra.
Dadme mi caballo y mi adarga azul
para pelear y librar mis hijos.
Guadix tiene mis hijos, Gibraltar mi mujer.
Señora Malfata, hicísteme perder.
En Guadix mis hijos y yo en Gibraltar.
Señora Malfata hicísteme errar.» [1]

---

[1] AUT. CIT.: *Discurso de la poesía castellana*, ed. del [illegible] 1575 (fol 95).

Igualmente puede ser objeto de discusión si la elegía de Pérez de Hita ha tenido como modelo un texto árabe, y lo mismo ocurre cuando nos describe el combate en las calles de Granada, cuyo final es el siguiente:

«Al terminar aquella tempestad y civil contienda, un alfaquí o morabito hizo un largo razonamiento en la plaza nueva, razonamiento que por haber salido de los labios de un varón tan respetado entre los de su secta, quiso el coronista árabe poner aquí.» [1] Tales escenas y tales improvisaciones son muy frecuentes en los árabes, y el problema consiste en saber cómo un español que no conocía los escritos orientales, los reproducía con tanta fuerza é insistencia.

¿Cuáles, pues, fueron las fuentes en las cuales se ha inspirado Pérez de Hita para hacer su primera parte? El cronista al que debe más es Esteban Garibay y Zamalloa.

Compendio histórico de || las chrónicas y universal historia de || todos los reynos d'España, donde se escri- || ven brevemente las historias de los Reyes Moros de Granada hasta que esta ciudad y su Reyno vinieron a || poder de Reyes Christianos. Es fin de || todo el discurso suyo. || Compuesto por Esteban de Garibay y Çamalloa, de nación cantabro, vezino de la villa de Mondragón de la provincia de Guipuzcoa. || 1571.

Puede asegurarse que toda la parte técnica de las *Guerras de Granada* ha sido tomada de Garibay, comparándole acaso con el prólogo de la *Jhata*, que sigue el mismo plan que el cronista español:

Libro trigésimonono.

Capítulo II.—De la descripcion d'el Reyno de Granada y ciudades y villas suyas.

Capítulo III.—De la fundacion de la ciudad de Granada y interpretacion verdadera de su nombre y descripcion suya y de su vega.

[1] Primera parte, cap. XVI, p. 258.

Capítulo IV.—D'el grande poder de renta y gente de guerra de los Reyes Moros de Granada.

Capítulo V.—De las devisas y armas reales d'el reyno de Granada y principio de sus reyes Moros.

Esta es la base histórica que Ginés Pérez ha dado a sus *Guerras civiles*. La cronología de los Reyes de Granada, dada por Hita, está compuesta de una manera muy sencilla. Toma de Garibay la primera y la última frase de cada capítulo de su historia de los Reyes Moros, dando la fecha de la subida al trono y la de la muerte de cada rey. Véanse algunos ejemplos:

PÉREZ DE HITA	GARIBAY
El [1] primer rey moro que tuvo Granada se llamó Alhamar. Este reyno en ella treinta y seis años y mas meses; acabo año de mil y docientos y setenta y tres.	El [2] primer rey moro que tuvo Granada se llamó Alhamar. (Suit l'histoire du regne d'Alhamar qui se termine per ces mots): aviendo treynta y seis años y mas meses que reynava y fallecio en Granada, principio del año mil y dozientos y setenta y tres.
El segundo rey de Granada se llamo asi como su padre Mahomad Mir. Este obro el castillo del Alhambra muy rico y muy fuerte, como oy se parece. Reyno veynte y nueve años y quatro meses y murio año de mil trecientos y dos.	El [3] segundo Rey de Granada se llamo asi como su padre Mahomad Myr... (Suit l'histoire de se regne qui se termine per ces mots): hallándose el rey Mahomad Myr vencedor se acercó la fin de sus dias, por que aviendo veinte y nueve años y quatro meses que reynava fallecio en el mes de Mayo d'el año mil trezientos y dos.

También parece inspirado directamente en Garibay el relato del sitio y de la toma de Alhama. Por dos veces: la primera, desde el punto de vista de los cristianos, en el libro XVIII; después, desde el punto de vista moro, en su historia de los Reyes de Granada, Garibay nos-

---

[1] I, cap. I, p. 3.

[2] *Compendio*..., lib. XXXIX, p. 1060.

[3] *Idem*, lib. XXXIV, p. 1068.

refiere la toma de Alhama y el sentimiento de los moros por esta pérdida. Parece la relación de Ginés Pérez el desarrollo del tema suministrado por Garibay.

En el último capítulo, dejando la técnica aparte, Garibay le proporciona un último tema que Hita interpretó a su modo: la conversión de la Sultana después de la toma de Granada; «recibieron de su voluntad nuestra Santa Fe Catolica — dice Garibay — llamándose el mayor don Fernando y el menor don Juan, a cuyo ruego y al de los mesmos Reyes y otros *la reyna Zorayra*, su madre, reconciliándose a la Santa Fe, fue llamada *doña Isabel de Granada*».[1] Pérez de Hita nos refiere el mismo hecho, visto de otra manera; y esto es lógico si se piensa que en su historia de la Sultana es la mujer de Boabdil quien se hace cristiana y toma el nombre de Doña Isabel de Granada.

Es curioso ver cómo Hita se ha servido de los materiales aportados por Garibay, materiales relativos á la fundación de Granada, centro de su obra. Describiendo esta ciudad según Garibay, y hablándonos de su fundación, ¿sigue solamente la leyenda y deja la historia?

«Sobre la fundacion de la ciudad de Granada — dice Garibay —, insigne pueblo en el orbe todo, ay diferentes opiniones entre los auctores, que vacilando en sus imaginaciones, busca cada uno su origen, mediante la propia denominación de Granada por ellos mal entendido; pero a muchos no dando crédito por fabulosos, me allegaré a Vasco y a Rasis, escriptor moro, chronista de Mahomed miramomelín, Rey de Cordoba y Marruecos, que escribe que, en la jurisdicion y termino de la antigua ciudad de Elibêri, que solia ser a dos leguas de Granada, avia un castillo por nōbre Granada que se llamaba ciudad de los judios por aver la fundado ellos...» Él nos refiere la historia de Granada con muchos detalles, y añade: «Con esto puede quedar convēcidas las artificiosas fabulas de los que dizen aver tenido esta ciudad el nombre y fundacion suya de la cueva, por nōbre Gar, y de la donzella llamada Nata.»[2] Fabularon otros... y refiere las leyendas de que Hita se sirvió, y ter-

---

[1] *Compendio...*, lib. XL, cap. XXVII, p. 1139.

[2] *Idem*, lib. XXXIX, cap. III, p. 1033.

mina: «Estas cosas dejado por carecietes de fundameto y credulidad, queda en claro y limpio q̃ la ciudad de Granada fue poblacion de judios...» Se ve que, a pesar de las afirmaciones de Garibay, Hita aprovechó solamente las leyendas, desdeñando la historia, encontrando sin duda demasiado largas y áridas las explicaciones de su modelo.

¿Cuál es esta hija del Rey Hispán de que habla Hita en sus leyendas sobre Granada? ¿Dónde ha podido encontrarla? Ni Garibay ni después Mármol nombran á este Rey Hispán primer fundador de Granada. Es preciso remontarse hasta la *Crónica de España*, del Rey Don Alfonso, para encontrar la explicación: «Este Rey Espán avie una fija fermosa que avia nombre Ilberia y era mucho entendida y sabidora de estrelleria ca la enseñara el que era ende mas sabidor que avia en España a esa sazon: ca lo aprisiera de Ercoles y de Atlas su estrellero...», [1] y más adelante encontramos la leyenda de la fundación: «... que llegaron a una sierra mucho alta y pregunto Pyrros a los omes d'la tierra que logar era aquel: y ello le dixeron que dezien la sierra del Sol porque avie y siempre nieve. Y el porque vio que avia y buenas vegas grandes y muchas aguas, semejol que serie buena tierra par pan y pobro y una cibdad: y por amor de su mujer pusol nombre Ilberia (hija del rey Espán) y así ha nombre oy en dia...» [2]

Para todo lo que se refiere a la antigüedad y fundación de Granada, leyendas, historias, opiniones diversas, es preciso consultar el libro siguiente: *Antigüedad y excelencias de Granada*, por el licenciado Francisco Bermúdez de Pedraza, natural della (Madrid, año 1608: in 4.°), que concluye así: «La primera es que Granada se dice asi no como nombre propio mudado el primitivo de Iliberia, sino como adjetivo suyo por significar que Iliberia era una ciudad fertil, hermosa y rica: y que significa cosa rica, pruevo del antiguo lenguaje del Rey don Alonso el Sabio en sus leyes de Partida, donde por dezir si el pleyto fuere rico,

---

[1] *Las cuatro partes enteras de la Crónica de España que mandó componer el serenissimo Rey don Alonso llamado el Sabio*; Zamora 1541, cap. X, fol. 7.

[2] *Crónica d'Alonso el Sabio*..., cap. XI; cuenta de como poblo Pyrros a Granada y a Osuna; fol. VIII.

dixo, si el pleyto fuere granado: y la inscripcion del sepulcro del Rey don Fernando el Santo en Sevilla por dezir el mas rico le dixo el mas granado: y prevaleció mas el nombre de Granada que el de Iliberia, por ser mas galano y significativo de las excelencias desta ciudad.» [1]

Detalles técnicos de toda esta parte y cronología es lo que Ginés Pérez de Hita debe á Garibay. ¿Ha conocido otras crónicas? Es muy probable, como nos lo prueban, no solamente la mención de la leyenda del Rey Hispán, que sólo se encuentra en la *Crónica de Alonso el Sabio*, sino además los relatos de batallas, tan llenos de vida, que se creerían extraídos de algunas crónicas antiguas. Compárese su narración de la batalla de los Alporchones, narración tan animada en su poema ó en sus *Guerras*, y la misma narración en la *Crónica de Juan II*, y se verá que es, no solamente histórica, sino que parece vivida.

Algunas fuentes pueden invocarse para lo que trata de las discordias civiles que debilitaron el reino de Granada y contribuyeron a la conquista cristiana, discordias que no tienen nada de fabuloso. Si se examina el libro de Müller o el de Eguilaz Yanguas, nos prueban que el relato de Hita es plenamente histórico en cuanto a las querellas, a la decadencia de Granada y a la época que precedió su caída: [2] «*Muy cruda la guerra civil, pues el odio y encono entre ambos bandos llegaron hasta el punto de matar Abulhasan a su propio hijo Yusef*... —dice Eguilaz Yanguas—, por aquel tiempo se suscitaron enemistades y querellas entre los nobles castellanos. Pero no se aprovecho el emir Abulhasan de estas discusiones y revueltas porque desde el funesto dia de la inundacion se vió declinar su poder. *Enrenegado en los deleites*, *entre-*

[1] Véase Eguilaz Yanguas: *Origen de las ciudades de Garnata e Iliberi y de la Alhambra* (en homenaje á Francisco Codera, p. 333). — Dozy: *Recherches sur l'histoire...*, t. I, p. 336. — Simonet: *Descripción del Reyno de Granada*, parte 1.ª, página 27.

[2] Al Maccari: ed. de Leyde, t. II, p. 797. — Hernando de Baeza: *Relaciones de algunos sucesos de los último tiempos de Granada. Sociedad de Bibliófilos españoles*, t. III, p. 6. — Müller: *Die letzten Zeiten von Granada;* München, 1863, página 99. — Eguilaz Yanguas: *Reseña histórica de Granada*, p. 22. — Pulgar: *Tratado de los Reyes de Granada* en el *Semenario erudito*, t. XII, p. 64.

gado a lo continuo a las mujeres y a las zambras, dejó la administración del reino en mano de sus alguaciles... *La decadencia* a que había llegado el estado granadino en los días que precedieron al advenimiento al trono del emir Abulhasan Ali, *era señal cierta de su próximo anonadamiento y ruina...»* [1] La existencia de la tribu de los Abencerrages y su carácter privilegiado, lo mismo que la existencia de otras tribus, son igualmente históricos. Desde los primeros tiempos de la dominación musulmana las tribus establecidas en Granada y su reino se vanagloriaban de descender de «claras estirpes» de Arabia, de Syria, de Egypto o de África. El orgullo aristocrático de los vencedores no fué el que irritó menos a los mozárabes de España. [2]

A pesar de las revueltas, entradas y preponderancia de nuevas razas de África, las genealogías de las tribus orientales se conservaron y la fuerza de las tradiciones era tal que se perpetuaron como un legado de padres a hijos hasta la conquista de Granada. Los historiadores árabes recopilan con prolijidad los títulos genealógicos de algunas familias cuyas proezas han servido de asuntos galantes á los poetas. Todas estas tribus componían la nobleza que aumentaba el esplendor del trono por su magnificencia y contribuyeron á su ruina por sus luchas constantes. Para esta parte puede suponerse una fuente árabe, sin duda, la *Ihata* de Aben Aljatib. Los cronistas e historiadores se han ocupado de la guerra de Granada, exclusivamente desde el punto de vista cristiano, y apenas se han detenido en las discordias y decadencia de Granada, que muy poco ó nada conocían. Ginés Pérez de Hita ¿conoció la narración de Hernando de Baeza, *Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos de Granada*, pintura exacta y llena de expresión de algunas escenas de la corte granadina, como intrigas de harem, desórdenes y crueldad de Muley Hassan? [3] ¿O conoció un original árabe análogo al que encontró en la biblioteca del Escorial Müller (publicado en su li-

---

1 Al Maccari: ed. de Leyde, t. II, p. 860.

2 Idem: ed. de Leyde, t. II, p. 186. — Aben Aljatib: Prólogo á la *Ihata*.

3 Müller: *Die letzten Zeiten von Granada*; Munchen, 1863, p. 65. — *Relaciones de los últimos tiempos de Granada*; Madrid, 1868, p. 15.

bro *Die letzten Zeiten von Granada*), *Relación de la pérdida de Granada*, escrita, según parece, por un testigo? Sabemos por Argote de Molina, en su *Nobleza del Andalucía*, que existían relaciones árabes de los últimos tiempos de Granada; existe aún en el Escorial una narración antigua, desgraciadamente incompleta, pero inapreciable, de los últimos hechos del reino de Granada, escrita por un intérprete de Boabdil, y de la cual el mismo Argote indica la existencia, dando el manuscrito que consultó para su libro. No es imposible ni inverosímil que Pérez de Hita conociera semejantes narraciones. Gayangos nos muestra también la existencia de relaciones árabes análogas, y particularmente una, cuya traducción hizo, relativa a las intrigas de harem y a la degollación de los Abencerrages por Muley Hassán. [1]

¿Qué pensar, en fin, de la leyenda de la degollación de los Abencerrages? Desde el siglo XV éstos se imponían a los sultanes de Granada como una especie de guardia pretoriana, sosteniendo diversos usurpadores o pretendientes. A su vez los sultanes se vengaban cuando encontraban ocasión. Los historiadores más próximos a la conquista, o los mejor informados, atribuyen a Muley Hassan, no sólo uno, sino varios asesinatos de Abencerrages y otros caballeros principales. [2] Müller entre otros, y según el original árabe, dice lo siguiente: «Los Abencerrages que no olvidaban a los perseguidores de su tribu debidas a las intrigas y maquinaciones de Pedro de Vanegas profirieron amenazas. Muley por consejo de sus ministros inmoló algunos alcaydes y señores de ese linage suponiendo que esta severa represión calmaria a los demas, pero no consiguió sino exasperar a esta raza intrepida y despertar en sus espíritus fogosos la sed de ven-

[1] *History of the Mohammedan Dynastics in Spain*; Londón, 1843, pp. 370 y 541. Para la historia de Zoraida é intrigas de Harem, véase MÜLLER: *Die letzten Zeiten von Granada*; pp. 115, 117, 118 y 120.

[2] PULGAR: *Crónica*, parte III, cap. XXXVI, p. 407. — HERNANDO DE BAEZA: *Relaciones de los últimos tiempos de Granada*, pp. 5-9. — MÁRMOL: *Historia de la rebelión y castigo de los Moriscos del reino de Granada*; Málaga, 1600, lib. I, capítulo XII. — AL MACCARI: t. II, p. 806. — SIMONET: *Cuadros históricos de Granada*, p. 113.

ganza». [1] El Sr. Menéndez y Pelayo ha estudiado extensamente la elaboración de esta leyenda histórica: «Dos actos feroces de Abul Hassán—dice—, confundidos en uno solo y transportados al reinado de su hijo: los Abencerrages partidarios de una sultana perseguida; una aventura amorosa atribuída primero a la hermana de Abul Hassán; después a su mujer, y, por último, a su nuera.» [2]

Por lo que toca a los detalles de la degollación de los Abencerrages, es preciso anotar otra fuente histórica que ha tomado un carácter fabuloso. Cuenta Ginés Pérez que los Abencerrages entraban en el Alhambra uno tras otro y sucesivamente eran degollados sobre el borde de una fuente de mármol. Estos detalles son los de la degollación de la tribu de Temin por un rey de Persia. Esta leyenda había penetrado en España por medio de los historiadores árabes, que relatan un hecho semejante sucedido en Toledo en el siglo IX, bajo el reinado de Al Haken. Éste había convidado a los notables de la ciudad en su alcázar para celebrar fiestas y divertirse con regocijos. Se presentaron numerosos a la puerta del palacio en donde no podían entrar sino uno tras otro, y en un patio cerca de una fuente de mármol se encontraban verdugos que los degollaban. Transcurridas algunas horas un toledano advirtió que ninguno de los convidados salían, y sospechando la traición irguió la cabeza y advirtió el vapor de la sangre vertida, que se levantaba encima del alcázar, y previno a los otros notables que quedaban que no entrasen so pena de muerte. Las circunstancias de este relato concuerdan con las de que Hita ha envuelto su leyenda.

El Sr. Menéndez y Pelayo no dice en qué fuente se ha inspirado para aquella leyenda o si la ha compuesto él mismo con esos diversos elementos. Podía conocer Hernando de Baeza y la novela de Antonio de Villegas, pero es poco probable que sea el autor. La fuente pudiera ser sencillamente como para otros muchos episodios novelescos el romancero de Pedro de Moncayo y los romances.

---

[1] *Die lezten Zeiten von Granada*, pp. 64-65.

[2] AUT. CIT.: *Origen de la Novela*, cap. VII, p. CCCLXXXIII.

Existe en la biblioteca de la Academia de la Historia un curioso manuscrito árabe (núm. 168), no catalogado, intitulado así: «Historia que comprende la traición y el falso testimonio que se ha levantado contra la sultana de Granada y contra la tribu de los Abencerrages y cómo se ha encarcelado a la Reina a causa de esta traición y de los cuatro cavalleros Abencerrages que la han protegido y de otras cosas que han pasado.» (Cuaderno de 45 folios, carácter de letra oriental, tosco claro, papel burdo, sin fecha.) Refiere la historia de la sultana de Granada, la acusación de adulterio hecha contra ella por los Zegríes y contiene las cartas de los Abencerrages a Don Fernando el Católico y de éste a aquéllos; las cartas de la Sultana a D. Juan Chacón y la respuesta de éste último. Es, sin duda, una traducción árabe de Pérez de Hita, hecha para el Oriente, y no una fuente de las *Guerras*.

Por último, ¿qué es lo que Ginés Pérez debe a Pulgar? [1] Después de contar la toma de Vélez Málaga, Hita añade: «esta batalla, escribe Hernando del Pulgar, coronista del Rey Don Fernando», [2] es decir, que tomó algo del cronista. No es esto todo; examinando la narración de las *Guerras*, el autor se coloca más frecuentemente del lado de los moros; «y porque la intención del Moro coronista no fué tratar de la guerra de Granada sino de las cosas que pasaron dentro della y de las guerras civiles que en ella hubo, no pongo aquí la guerra?...»; [3] y nos refiere, en efecto, la posición y defensa de los árabes: «No pongo aquí la guerra sino el nombre de los lugares que se rindieron», añade. Este método de referir cuidadosamente las ciudades que se rinden después de la toma de tal ó cual plaza es propio de Garibay, y siempre recurre a él Ginés Pérez de Hita para esta parte técnica. No es aquí donde le cita, igual que en otros relatos de batallas donde debe buscarse la huella de Pulgar en la narración de Hita, sino en el último

[1] La primera edición de la crónica de Pulgar apareció en Valladolid en 1565, y una segunda edición, en Zaragoza, 1567. Existe también de Pulgar un *Tratado de los Reyes de Granada*, publicado en el *Semenario erudito*, t. XII, p. 57.

[2] Primera parte, cap. XVI, p. 274.

[3] Idem, cap. XVI, p. 269.

capítulo de su primera parte, en el cual mezcla lo que toma de Garibay y lo que toma de Pulgar, con pasajes de su viva imaginación. En ningún otro capítulo de su obra como en éste se advierte la incomparable habilidad del autor para fusionar la ficción y la historia. Ha seguido, pues, a Pulgar en los hechos inmediatos a la guerra de Granada; la semejanza de los dos textos es extraordinaria, y a veces copia lisa y llanamente algunos pasajes introduciendo ligeras modificaciones. Véanse ejemplos:

TEXTO DE PULGAR [1]	TEXTO DE HITA [2]
«Sabado a diez e ocho del mes de junio, fue la Reyna a mirar a Granada, e la cerca que tenia, e con ella el Principe y la Infanta doña Juana, e fueron con ella mucha gente. E allego a una aldea que se llamaba la Zubia, que esta junto a la cibdad. La qual la Reyna se paro a mirar desde una ventana de una casa de aquella aldea, y embio a mandar que se escusase escaramuza, porque no muriese gente e no lo pudo escusar tanto que no la oviese. E como los cristianos que andaban con ella eran muchos, para defender los otros ovo de soltar la gente, e ficieron retraer los moros hasta la cibdad, e fueron tras dellos, e mataron mas de seiscientos moros...»	«Otro dia siguiente la reina doña Isabel tuvo gana de ver el sitio de Granada, y sus murallas y torres; y asi acompañaba del Rey y de los grandes, y gente de guerra se fue a un lugar llamada la Zubia, que esta junto a la ciudad, y de alli se puso a mirar la hermosura y amenidad de la ciudad... Mando la reina que aquel dia se escusase escaramuza, mas no se pudo escusar; y asi salieron de Granada mas de mil moros y trabaron escaramuza con los cristianos...»
«La Reyna y el Principe e la Infanta doña Juana se pusieron en un cerro cerca de Granada, y el Rey don Fernando con la gente junto de la cibdad, cabe el rio Genil, a donde salio el Rey Moro, e le entrego las llaves, e se	«El rey don Fernando acompañado de sus grandes de Castilla, se puso por la parte del rio Genil adonde salio el rey Moro, y en llegando le entrego las llaves, y se queria apear para le besar los pies. El rey don Fernan-

[1] «Comienza la tercera parte de la crónica de los muy altos y muy poderosos don Fernando é doña Isabel, rey é reyna de Castilla é de Leon é de Sicilia: en la cual se recuenta la conquista que fizieron contra el reyno de Granada é otras algunas cosas que intervinieron.»—Cap. CXXXIII, R., p. 510.

[2] Primera parte, cap. XVII, p. 284.

quiso apear a besarle los pies. Y el Rey lo uno ni lo otro no le consintio, e le beso en el brazo, e dióle las llaves. Y el Rey dió las al conde de Tendilla a quien habia fecho merced de la alcaydia de Granada, e al Comendador mayor de Leon don Gutiérrez de Cárdenas. Los quales entraron en el Alhambra y encima de la Torre de Comares alzaron la Santa Cruz e luego la bandera real. E dixeron los Reyes de armas en altas voces: Granada, Granada por los reyes don Fernando et doña Isabel. Vista la Santa Cruz por la Reyna los de su capilla que alli estavan cantaron el Te deum Laudamus. Fue tanto el placer que todos lloraban.»

do no consintio que hiciese lo uno ni lo otro, finalmente el moro le beso el brazo y le dio las llaves, las quales dió el Rey al Conde de Tendilla por haberle hecho merced de la alcaydia, y asi entraron a la ciudad y subieron al Alhambra y encima de la Torre de Comares tan famosa se levanto el señal de la Santa Cruz y luego la bandera de los Catolicos Reyes, y los dos reyes de armas dijeron en altas voces: viva el Rey don Fernando por el y por la reyna doña Isabel, su mujer. La católica reina que vio la señal de la Santa Cruz se hinco de rodillas, y puestas las manos dió infinitas gracias a Dios. La música de la capilla del Rey canto luego el Te deum laudamus. Fue tanto el placer que todos lloraban.»

Nótese que estos dos últimos capítulos no son de Pulgar, que no escribió sino hasta 1490 y en el manuscrito del Escorial faltan. Pérez de Hita los utilizó como de Pulgar, lo que prueba que fueron introducidos muy pronto.

Aun podría citarse el pasaje que da del cronista moro y que, sin embargo, tomó a Pulgar. Es extraordinario que Pérez de Hita no haya comprendido el valor del tema que aquél le suministraba y que no haya sacado partido de la bella y popular leyenda «El suspiro del Moro», que ha dado su nombre á un lugar de las cercanías de Granada. [1]

Por consiguiente, la parte histórica de la primera parte de sus *Guerras* se compone de una parte técnica y árida tomada a Garibay o a

---

[1] Para esta leyenda véase Antonio de Guevara: *Epístolas familiares*, Valladolid, 1539 (*Biblioteca de Autores Españoles*, t. XIII).—Dice que esta leyenda le fué contada por un viejo morisco que le acompañaba en el camino del valle de Lerín, mostrándole el famoso lugar conocido con el nombre de «El suspiro del Moro»; y Mármol Carvajal (*Historia de la rebelión y castigo de los Moriscos*, libro I, cap. XX, p. 150) asegura que le fué comunicada igualmente por moriscos.

Aben Aljatib, de una historia interior de Granada, casi desconocida de Garibay y menos conocida aún de Pulgar, y para la cual hay que admitir fuentes árabes, recuerdos o tradiciones escritas, probablemente la *Jhata*. En cuanto a las descripciones de las batallas de Alporchones, toma de Antequera, Alhama, sitios de Baeza y de Cuéllar, Hita, siempre respetando la verdad histórica, se coloca en un punto de vista demasiado morisco para que un cronista cristiano haya podido ejercer influencia y proporcionarle otra cosa que nombres, vivos aún en su época y que todo el mundo conocía. Muchos detalles de los últimos capítulos proceden de esos distintos cronistas. Y por último, en las fuentes históricas no han de olvidarse los romances que contribuyeron a la composición de esta parte. Desde el punto de vista histórico sería necesario estudiar a Boabdil el Rey Chico, al cual su imaginación se entretuvo en describir con negras tintas, como un déspota sanguinario y un cobarde a la vez; tipo que quedará como único de un rey más desgraciado que culpable. [1]

V.—LOS ROMANCES DE LAS GUERRAS

Un estudio sobre la obra de Pérez de Hita sería incompleto si no se estudiara la parte poética: los hermosos romances diseminados en las *Guerras civiles*, que dan a los acontecimientos descritos una viva realidad que tendrían difícilmente con otros procedimientos.

Ginés Pérez de Hita no es el autor de estos romances, es un simple compilador, pero es de rigor reconocerle la habilidad con la cual ha introducido un elemento poético en la historia.

---

[1] Para juzgar serenamente y conocerle bien fuera del tipo casi facticio que Hita nos ha dejado, léase la narración de Hernando de Baeza: *Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos de Granada.* El autor conoció en 1483 al Rey Chico después de la batalla de Lucena, y permaneció cuatro años viviendo en su intimidad.

Hita da su opinión sobre los romances a propósito de los dos que comienzan

«Muy rebuelto anda Jaén»...

y

«Ya repican en Andúxar»...

dice: «desta manera va este romance diziendo: mas éste y el otro passado todos vienen a un punto y a una misma cosa. *Y aunque son romances viejos, es muy bueno traerlos a la memoria, para los que agora vienen al mundo porque entienden la historia porque se cantaron.* Y aunque los Romances son viejos, son buenos para el efecto que digo.»[1] Que es una explicación de la inserción de los romances en su obra.

Según que Pérez de Hita ha seguido la tradición, el gusto de la moda o su propia inspiración poética, encontramos romances fronterizos ó romances compuestos por poetas de su tiempo, del tono pseudo-morisco entonces en boga. Debémosle agradecimiento por haber reunido en su obra los más hermosos romances fronterizos y moriscos, haciendo un nuevo cancionero de un género particular. Él distingue claramente estas dos clases de ramances, los que él llama de «viejo» ó «antiguo» son siempre romances tradicionales, procedentes de antiguas colecciones como el *Cancionero* o la *Silva* de 1550; y cuando por el contrario dice: «no faltó otro poeta que compusiese otro romance», encontraremos siempre romances artísticos, es decir, romances moriscos coloreados por la galanteria caballeresca del siglo XVI. Su tono sentimental, las comparaciones, las descripciones detalladas, el estilo elegante y la versificación artística, los diferencian completamente de los primeros. ¿Es él el autor de los romances moriscos, contribuyendo en gran parte a ponerlos de moda?

Después de la derrota de los moriscos en las Alpujarras, los vencidos se vieron obligados a trasladarse a la Mancha y Castilla; muchos se bautizaron, relacionándose con los Cristianos. Por esta vida pacífica

[1] Primera parte, cap. XIII, p. 169.

en común, los españoles se familiarizaron con las costumbres y tradiciones moriscas, mejor que lo habían hecho durante ocho siglos de lucha; y entre los cortesanos poetas de Madrid, se estableció la moda de celebrar fiestas y torneos o aventuras galantes con disfraces moriscos. Mezclando la alegría del triunfador con una generosa cortesía por el valiente enemigo, los españoles después de haber combatido y aniquilado la civilización morisca, se vestían con sus despojos, y después que tantos moros tomaron nombres cristianos, los españoles adoptaban pseudónimos moriscos, honrando con ellos a los Gazul y Zaide, suspirando por una Fátima o Lindaraja, rompiendo lanzas en torneos caballerescos o poéticos y regocijándose en las zambras. Bien pronto a los romances fronterizos se unieron romances artísticos, obra de poetas eruditos que bajo los nombres moros describían amores y costumbres, falsamente moriscos, romances que fueron muy apreciados y que se extendieron rápidamente. Sin duda, Pérez de Hita fué atacado de esta manía novelesca de su tiempo, pero no los escribió. Muchos de esos romances incluídos en su obra se encuentran en las primeras partes del *Romancero general*, que aparecieron impresas separadamente entre 1585-1595, y que se encuentran todas en el romancero de Pedro de Mancayo de 1589. Si se observa que las colecciones de romances de Valencia (1573) y Barcelona (1578) no contienen ningún romance morisco, se puede fijar el origen y difusión de esta moda, de la que Madrid y Castilla fueren la cuna entre 1575 y 1585.

Por otra parte, Hita confiesa a veces, sin decir que él sea el autor, haber arreglado tal o cual romance para adaptarlo a su narración: por ejemplo, en el romance morisco que comienza «*Sale la estrella de Venus*», declara que quien lo compuso no conocía la historia, y otras veces para adaptarlos les dió una interpretación particular:

«En esta historia de Gazul — dice — se quedó por poner otro romance que era primero que el de San Lucar; mas por no estar bueno, y no haberle entendido el autor que le hizo, se puso al principio para que no causara confusión; y porque no quede con aquella ignorancia diremos la verdad del caso. El romance que digo es aquel que dice «Sale la estrella de Venus» *y el que le compuso no entendió la historia,*

porque no tuvo razón de decir...»[1] Y nos prueba que el autor se ha equivocado. Del que comienza: «*adornado de preseas — de la bella Lindaraxa*», dice: «Este romance dicho y su principio va fuera del blanco de la historia, y ahora, salvo paz de su autor, va enmendando la historia.»[2] De donde resulta que no es él el autor de los romances moriscos insertos en sus *Guerras*.

Pérez de Hita ha tomado sus romances de cuatro cancioneros: *Cancionero de Romances*, de Amberes (sin año, posterior a 1550); *Silva de varios romances en que están recopilados la mayor parte de los romances castellanos que hasta ahora se han compuesto*, Zaragoza, 1550; *Rosa española*, de Juan de Timoneda, Valencia, 1573; para los romances fronterizos; en cuanto a los moriscos, proceden de *Flor de varios romances agora nuevamente recopilados por el Bachiller Pedro de Moncayo, natural de Berja*, Huesca, 1589.[3]

Será, pues, interesante estudiar los romances insertos en las *Guerras civiles*, de dónde procede cada uno de ellos, de qué manera Ginés Pérez le ha utilizado y si ha compuesto alguno.

«*Allá en Granada la rica*
instrumentos oí tocar»...[4]

En Marzo de 1452, Abdilbar, uniendo su poderoso ejército al del gobernador de Almería, Malique Alabez (ejército terrible en el cual iban los feroces montañeses de la sierra de Gador), recorrió las provincias de Murcia ó de Cartagena, recogiendo un rico botín hasta su derrota por el adelantado Alonso Fajardo. A esta batalla de los Alporchones se refiere el romance, que no se encuentra inserto en nin-

---

1 Primera parte, cap. XVII, p. 298.

2 Idem, cap. XVII, p. 302.

3 De esta obra da noticia Hita en la primera parte de sus *Guerras* (cap. XI, página 114). «Desta dama [Lindaraxa] se hace mención en otras partes, y más en una recopilación que anda hecha agora nuevamente por el Bachiller Pedro de Moncayo, a donde la llama Zelinda.» El *Cancionero* completo en tres partes se encuentra en la H. H. Hofbibliotheck de Vienne.

4 Capítulo II, p. 13.

gún cancionero. Entre todos los romances fronterizos es quizá éste el que muestra mejor el estilo de las narraciones contemporáneas y es seguramente uno de los más bellos cantares populares de esta serie.

Seguramente el autor debía asistir a la batalla, porque no se podría explicar de otra manera tanta precisión topográfica y tanta vivacidad en el relato; y nótese que el canto XIV del poema de Lorca, en el que en 1572 Hita nos cuenta ya ese famoso combate, uno de los más hermosos cantos de su poema, encontramos la misma precisión topográfica y no menos vivacidad. Sin duda Ginés Pérez ha tomado el romance de un pliego suelto que conocía antes de escribir su poema, porque es difícil admitir que él sea el autor. Por otra parte, le califica de «romance antiguo», y teniendo en cuenta los romances de la segunda parte, en los que se trata de hechos recientes y de los que él había sido testigo, no puede creerse que sea autor del romance. [1]

«Abenámar, Abenámar
moro de la morería»... [2]

inserto en el *Cancionero* de 1550,

Por Guadalquivir arriba
el buen rey don Juan camina...,

é Hita conserva a este romance de Abenámar su forma primitiva y perfecta. Alegoría poco común en un romance popular; en Oriente se la encuentra con frecuencia en los versos de los poetas árabes:

«Entre las tierras del mundo
Granada no tiene igual:
¿Qué valen junto a Granada
Egipto, Siria é Irac?
Qué cual hermosa novia
con vestidura nupcial,
aquellas otras regiones
todas su dote serán.»

---

[1] Para la batalla de los Alporchones véase Cascales: *Discursos históricos de la ciudad de Murcia;* Discurso X, cap. XXI. — El Padre Morote: [illegible] blasones de la ciudad de Lorca*, lib. III, cap. XV, p. 2, capítulos XVI y XVII. — Lafuente Alcántara: *Historia de Granada*, t. III, p. 279.

[2] Capítulo II, p. 17.

Hablando de Sevilla:

> «*Es una novia Sevilla*,
> Es su novio Aben Abbad,
> Su corona el Ajarafe,
> Guadalquivir su collar.» [1]

Los poetas españoles han imitado estas lindas alegorías. Se encuentran algunas composiciones análogas en el *Cancionero de Baena* (26-31, página 31), sobre todo dedicadas a Sevilla; he aquí un ejemplo:

> «De gran tempo fasta agora
> muchas gentes por fazaña
> vos alaban por Señora
> de las çibdades de España.
> Sevilla gentyl extraña
> de toda lympieza mora,
> quien de vos se enamora
> non tiene enbidia nin saña»...

Estas imitaciones son raras y no se encuentran nunca en la poesía popular. El autor del romance de Abenámar debió haber oído una poesía árabe análoga, si es que no poseyó el original, porque no puede dudarse de su origen oriental.

Introduciendo este bello romance en su obra, Ginés Pérez ha cometido un anacronismo, porque no fué Juan I quien hizo esta petición a Abenámar. Este Rey no vió nunca Granada, sino Juan II, según nos lo prueba Hernando de Baeza:

«Dende a pocos dias fallecio este rrey moro, y alçaron por Rey a Muley Çad, el qual en su reynado, segun dizen, fué rrey muy rriguroso, por lo cual los moros se levantaron contra él, y lo echaron de la çiudad y alçaron otro rrey. Este Muley Çad, saliendo huyendo de la çibdad se vino a la villa de Archidona, que a la sazon aun era de moros, y de ay tomo salvo conducto de los capitanes de la frontera para en-

---

[1] Schak: *Poesía y arte de los Arabes en España y Sicilia;* Madrid, 1893.—Traducción de Juan Valera.

biar al príncipe su hijo llamado Abulhasen, *al dicho rrey don Juan*, el cual entro con ciento y cincuenta de cavallo, que era la flor de la cavalleria que el padre tenia: *entre los quales venia un gran cavallero que dezian Abenamar aquel á quien dice el romance que preguntó el rrey don Juan: ¿ Qué castillos son aquéllos ?...* [1]

Este texto demuestra, no solamente que el personaje ha existido, sino que el romance es muy antiguo, contemporáneo del suceso referido probablemente. Se encuentra además un recuerdo de este romance en el último canto de la primera parte del poema épico de Lorca, de Pérez de Hita:

« Ay Dios qué buen caballero
es el maestre de Calatrava »... [2]

Los diez primeros versos de este romance proceden del inserto en la *Rosa española* de Timoneda; el resto es conforme al original del de la *Silva* de 1550.

« En las huertas de Almería
estaba el Moro Abenámar »... [3]

Hita dice: « este romance lo dicen de otra manera diciendo: Galiana está en Toledo y es falso, porque la Galiana de Toledo fue mucho tiempo antes que los Abenamares »... El romance de « Galiana está en Toledo » se encuentra inserto en las primeras partes del *Romancero general* y en Pedro de Moncayo, y el romance dado por Ginés Pérez no se encuentra en ningún *Cancionero*. Debió componerlo sobre el de Moncayo, o más verosímilmente arreglar este ultimo para adaptarle a su relato, que a su vez procede de Garibay. [4]

---

1 *Relaciones de los últimos tiempos de Granada*, publicada por la *Sociedad de Bibliófilos españoles*; Madrid, 1868; t. III, p. 3.

2 Capítulo IV, p. 34.

3 Capítulo V, p. 36.

4 *Compendio historial de España*, lib. XXXVII: « de los Reyes Moros de Córdova. Cap. XV: de Mahoma, vigessimo primo Rey Moro de España y [illegible] de Cordova y sucession de los Reyes de Toledo, y lo que se puede entender de la Infanta Galiana ».

«Por la calle de su dama
paseándose anda Zaide»... [1]

«Bella Zaida de mis ojos
y del alma bella Zaida»... [2]

Este romance debió ser compuesto, sin duda, por Hita a imitación del precedente que proviene de Pedro de Moncayo (cap. VI, fol. 19); Ginés Pérez nos lo confiesa: «Pues volviendo a las fiestas atrás referidas, trataremos primero de un romance que compuso un poeta en respuesta del pasado.»

«Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle»... [3]

«Di, Zaida, de qué me avisas;
quieres que muera y que calle»... [4]

Romance inserto en Pedro de Moncayo (cap. VI, fol. 21). El romance precedente, que no se encuentra en ningún romancero, debió ser compuesto a imitación de éste:

«Afuera, afuera, afuera,
aparta, aparta, aparta»... [5]

Proviene de Pedro de Moncayo. (Parte I, cap. VII, fol. 69.)

«Ensilleme el potro rucio
del alcaide de los Velez»... [6]

Procedente de Pedro de Moncayo. (Parte I, cap. VIII, fol. III.)

«La mañana de San Juan
al tiempo que alboreaba»... [7]

Fragmento de un romance inserto en la *Silva* de 1550.

---

[1] Capítulo VI, p. 42.

[2] Idem, p. 44.

[3] Idem, p. 49.

[4] Idem, p. 51.

[5] Idem, p. 61.

[6] Capítulo VIII, p. 75.

[7] Capítulo IX, p. 79.

«En el quarto de Comares
la hermosa Galiana»... [1]

Proviene de Pedro de Moncayo. (Parte I, cap. X, fol. 61.)

«Ocho a ocho, diez a diez
Sarracines y Aliatares»... [2]

Inserto en Pedro de Moncayo. (Parte I, cap. X, fol. 66.)

«De tres mórtales heridas
de que mucha sangre vierte»... [3]

No se encuentra este romance en ningún *Cancionero*.

«De Granada sale el Moro
que Aliatar era llamado»... [4]

Se encuentra inserto con conclusión diferente é importantes variantes en la *Silva* de 1550 y en la *Rosa española*, de donde lo extraería Perez de Hita con esta forma diferente y adaptando a su narración el romance que nos da y què fué sin duda compuesto para reanudar el romance precedente de pliego suelto acaso de la muerte de Abayaldos. Aliatar, primo de éste, parte para combatir al Maestre, el cual le corta la cabeza; ahora bien, la historia prueba que D. Rodrigo murió en 1482 en el sitio de Loja, de la que era alcalde Aliatar. [5]

---

1 Capítulo IX, p. 85.

2 Capítulo X, p. 107.

3 Capítulo XI, p. 124.

4 Idem, p. 142.

5 El Alatar, alcaide de Loja, señor de Sagra, cabecera mayor y suegro de Boabdil, como casado con su hija Moraima, murió en Lucena en 1483, en donde su bandera fué tomada. Está reproducida, con las veinte y dos banderas tomadas igualmente en esta batalla, en un libro conservado en los archivos del Conde de Cabra, con sus colores.

«Estando toda la Corte
de Abdili, rey de Granada»... [1]

Procede de Pedro de Moncayo (Parte I, cap. XII, fol. 15), con la siguiente variante:

«Estando toda la Corte
de *Almanzor*, rey de Granada...
con más de treinta en cuadrilla
fijos dalgo Abencerrages»...

Procedente de Pedro de Moncayo. (Parte I, cap. XII, fol. 21.)

«Reduán, si te acuerdas
que me diste la palabra»... [2]

Este romance artístico debió ser compuesto per el propio Hita aprovechando dos romances fronterizos de que no se encuentra ningún rastro en ningún *Cancionero*. El romance de Hita parece inspirado a la vez por el recuerdo de ese Reduán muerto en Jaén y por el recuerdo de la expedición de Lucena, en la cual Boabdil fué hecho prisionero; y a partir de los versos siguientes:

«Reduán pide mil hombres,
el Rey cinco mil le daba»...

Hita parece haber olvidado el fin del romance de Reduán, y tal vez la terminación del suyo sea un fragmento distinto haciendo alusión á la expedición de Boabdil contra Lucena. El Reduán a quien menciona después es Reduán Venegas, uno de los vencedores de la Axarquía de Málaga, que no servía a Boabdil, sino a un tío del Zagal.

Obsérvese además que, según Ginés Pérez, la derrota de Jaén en 1425 fué un triunfo, y coloca la escaramuza en 1491.

«Muy rebuelto anda Jaén,
rebato tocan a priesa»... [3]

[1] Capítulo XII, p. 146.

[2] Idem, p. 165.

[3] Capítulo XIII, p. 168.

Este romance debe ser original de Hita o un romance, de tal manera alterado y añadido, que es imposible reconocerle. Ginés Pérez, insertándole, nos da a conocer que: «Aqueste romance se compuso en memoria de esta escaramuza aunque otros la cantaron de otra suerte», que es:

«Ya repican en Andúxar,
en la guardia dan rebato»... [1]

fragmento muy mutilado del romance del obispo de Jaén, D. Gonzalo de Zúñiga, cuya versión se encuentra en el *Cancionero* ó *Silva* de 1550: «Un día de San Antón», etc. Debe notarse que este romance alude a un suceso que se remonta a 1456, época en la cual el obispo de Jaén fué hecho prisionero (1491) en tiempo de Boabdil.

«En las torres del Alhambra
sonaba gran vocerío»... [2]

«Cavalleros granadinos,
aunque moros hijos dalgo»... [3]

«Muy revuelta está Granada»... [4]

De estos tres últimos romances, correspondientes a hechos que solamente se encuentran en las *Guerras*, es imposible hasta el presente encontrar el origen. No están insertos en ningún *Romancero*, y parecen ser obra de Hita.

«Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada»... [5]

«Se dijo aquel *romance antiguo* — dice Hita — tan doloroso para el Rey, *que dize en arábigo traducido al castellano desta manera*»...

Existe en el *Cancionero* y en la *Silva* de 1550 un romance sobre

---

1 Capítulo XIII, p. 169.

2 Idem, p. 178.

3 Idem, p. 181.

4 Capítulo XIV, p. 205.

5 Capítulo XVI, p. 252.

Alhama, aunque mucho menos lírico que el dado por Hita y que termina por el elogio del Marqués de Cádiz. ¿De dónde ha sacado Pérez de Hita los dos romances que nos da? ¿Los ha compuesto sobre el modelo del *Cancionero?* Es poco probable, porque el primer romance atribuye la degollación de los Abencerrages a su verdadero autor Muley Hassan y no a Boabdil como cuenta largamente Hita en su texto en prosa. Por otra parte, nos afirma el origen árabe del romance después de haberle copiado: « *Este romance se hizo en arabigo*, en aquella ocasion de la pérdida de Alhama, el cual era muy doloroso, y tanto, que vino a vedarse en Granada que no le cantasen porque cada vez que le cantaban en cualquiera parte provocaba a llanto y dolor: después se cantó en lengua castellana de la misma manera que decía »...

Su afirmación merece quizás crédito, en cuanto a la existencia de una elegía árabe; no es imposible que haya sido una lamentación poética de los granadinos por la pérdida de la Alhambra. Los árabes han poseído cantos populares análogos a los romances españoles; cantos populares que no debieron ser escritos como la poesía erudita y que desaparecieron en la tormenta, como quizás hubiesen desaparecido los romances, si a fines del siglo XVI, la nación castellana hubiese sufrido la misma suerte que la nación árabe. Argote de Molina, según vimos, nos asegura que en su tiempo, es decir, a mediados del siglo XVI, se oía aún cantar a los moriscos cantos desolados por la pérdida de su reino. [1]

Por otra parte, el arcipreste Juan Ruiz, en su libro del *Buen Amor*, nos habla también de cantares moriscos, entre los cuales merece citarse el que comenzaba Zaguil hallaco. [2]

«Moro alcayde, moro alcayde,
el de la vellida barba» ... [3]

Hecho a imitación de un romance inserto en el *Cancionero* de romances de 1550, romance muy corto que Hita no hizo más que am-

---

[1] *Discurso de la poesía castellana;* ed. del Conde Lucanor; Sevilla 1575, fol. 95.

[2] Libro del *Buen Amor:* «en quales instrumentos non convienen los cantares de arabigo»; ed. Ducamín, p. 281.

[3] Capítulo XVI, p. 256.

pliar, es sin duda de su composición, el que llama un «sentido y antiguo romance».

«Mensajeros han entrado
al Rey Chico de Granada»... [1]

«Al Rey Chico de Granada
mensajeros le han entrado»... [2]

¿De dónde proceden estos dos romances fronterizos que no encontramos en ningún *Cancionero*? ¿Han sido compuestos por Pérez de Hita?

«Cercado está Santa Fe
con mucho lienço encerrado»... [3]

Procede de Pedro de Moncayo. (Parte I, cap. XV, fol. 57.)

«Por la plaça de San Lúcar
galán paseando viene»... [4]

Procede de Pedro de Moncayo. (Parte I, cap. XVII, fol. 9.)

«Sale la estrella de Venus»... [5]

Procede de Pedro de Moncayo. (Parte I, cap. XVII, fol. 6.)

«Adornado de preseas
de la bella Lindaraxa»... [6]

Inserto en Pedro de Moncayo, (Parte I, cap. XVII, fol. 15.)

«Estando el Rey don Fernando
en conquista de Granada»... [7]

Pliego suelto del siglo XVI del que no es más que una refundición el romance de Pérez de Hita.

---

1 Capítulo XVII, p. 277.
2 Idem, p. 279.
3 Idem, p. 280.
4 Idem, p. 292.
5 Idem, p. 300.
6 Idem, p. 294.
7 Idem, p. 308.

«Río verde, río verde,
tinto vas en sangre viva»... [1]

«Río verde, río verde,
cuanto cuerpo en ti se baña»... [2]

Estos dos romances están formados de otro fronterizo inserto en el *Cancionero* y en la *Silva de romances* de 1550.

Ginés Pérez de Hita, como hábil colector, supo reunir en su obra los más hermosos romances fronterizos y moriscos.

En cuanto a los que no se encuentran en ningún *Cancionero*, son muy pocos, y es probable procedan de pliegos sueltos aun desconocidos, o que hayan sido compuestos por Hita. Puede hacerse una observación, que no es una prueba, y es de que no ha calificado esos pocos romances como lo hace respecto de los que copia.

VI. — FICCIÓN. — INCIDENTES NOVELESCOS. — RELACIONES DE FIESTAS

Ginés Pérez, participando de la manía novelesca de su tiempo a propósito de los romances, era además poeta; muchas poesías líricas evidentemente compuestas por él e insertas en su relato y hasta el tono general de su obra, lo prueban. Escribió la primera parte de su libro, tanto para deleitar como para instruir, y su obra pertenece más al dominio de la Poesía que al de la Historia, lo cual ha sido la causa de su éxito.

Los versos que sirven de prefacio a la muy admirable, muy magnífica y triunfante entrada del muy alto y muy poderoso Felipe I, príncipe de España, año 1549, podrían aplicarse al libro de Hita:

«Amy lecteur, sy tu prendz volupté
Oyr ne veoir chose très mirifique

---

[1] Capítulo XVII, p. 310.

[2] Idem, p. 312.

A che triumphe, sy present n'as esté
De toy che livre soit subit acheté
. . . .
Plus tu voiras (quandt à littérature)
Graves devises, sentences moult subtilles,
Dictons arduz, inscriptions obscures
Quy (quandt au sens) se monstreront très dures,
Che neantmoins a tous humains utilles.
De l'acheter ne t'estime inutille
Car le dicton du proverbe est courant
Science n'a hayneux que l'ignorant.»

Por la poesía apropiada al asunto y por el sabor legendario de las fuentes; por la monomanía caballeresca aun reinante en esta época y también por la aptitud del autor para la poesía, la fantasía tuvo campo libre y la inspiración poética dominó en la primera parte, siendo tal la ficción, que olvidando el carácter histórico y el plan de todo el libro, fué considerado enteramente como una ficción. Ésta se compone de dos elementos distintos: los episodios novelescos, de una parte; las descripciones de fiestas, de otra. Para los episodios novelescos el autor ha recurrido a una fuente única: los romances moriscos insertos en el *Romancero de Pedro de Moncayo*. Sería necesario considerar o estudiar aparte la acusación de adulterio de la reina de Granada, por cuatro caballeros cristianos, de cuyo episodio los romances correspondientes no se encuentran en ningún *Cancionero*; se ignora si son pliegos sueltos o compuestos por Pérez de Hita. El peligro en el cual se encuentra la Sultana, ha nacido probablemente de algunas vagas reminiscencias de las rivalidades de harén, entre las dos mujeres de Abul Hassán; pero es evidente que lo demás pertenece al fondo común de la poesía caballeresca.[1] Excepción hecha de este episodio, tómese por ejemplo la historia de «los amores de Zaide con la mora Zaida», de los cuales, la

[1] Véase en la *Crónica general* la defensa de la Reina de Navarra por su yerno Ramiro.—*Crónica de Desclot*, defensa de la Emperatriz de Alemania por el Conde de Barcelona Ramón Berenguer.—*Crónica de Pedro del Corral*, defensa de la Duquesa de Lorena por el Rey Don Rodrigo.

edición de Lisboa, 1603, lleva en el título mención especial. La historia que nos refiere en prosa, no es más que el desarrollo de los cuatro romances que Pérez de Hita ha introducido en este capítulo, pretendiendo con ellos confirmar un hecho del que son ellos mismos fuentes. Lo mismo ocurre examinando el episodio de los amores de Gazul. Todos los otros incidentes novelescos tienen una fuente única: los romances. Si estos incidentes novelescos son atractivos y dan una nota brillante en la relación contribuyendo al éxito de los romances moriscos, hay una parte de esta ficción más interesante aún porque refleja el espíritu caballeresco de dos siglos y, sobre todo, porque es un retrato de la sociedad de la época. Nos referimos a las relaciones de fiestas y juegos que esmaltan brillantemente la primera parte de las *Guerras civiles*, copilación de un género nuevo en el cual no había pensado hasta entonces ningún autor. Desde antiguo, la historia española estaba revestida como de un barniz caballeresco y legendario, que la hacía más viva y pintoresca que otra alguna. A fines del siglo XV, el espíritu caballeresco se hallaba floreciente y vigoroso como nunca. Es el siglo en que brota con todo su esplendor la caballería; el siglo de los altos hechos de armas, de las locas empresas amorosas, de las justas y de los torneos, del lujo desmedido y extravagante usado en esta época. Aquellos caballeros duros y bravos que no desdeñaban conducir ellos mismos las piedras de las bombardas, como se cuenta en el capítulo XLIII de la *Crónica de Juan II*: «de como el infante ordeno que los grandes que con él estavan mandassen traher en sus carreteras las piedras para las lombardas por que los bueyes del rey estaban muy cansados», aquellos caballeros obraban y escribían como infanzones enamorados. En la *Crónica de Juan II* se cuenta hasta una treintena de torneos y altos hechos caballerescos.[1] Un gran número de ellos se encuentra también en la *Crónica de Álvaro de Luna*.[2] En el paso de armas cerca de Orbigo, en el reinado de Juan II, ochenta caballeros estuvieron dispuestos a arriesgar su vida en un simulacro de galantería

---

[1] Véase los capítulos CCLX, CCLXVI, CCLXVIII, CCCXII, CCCXIII.

[2] Títulos VII, XIV, XLI, XLII, LXXIV.

tan extravagante como los que se refieren en las novelas de caballerías; locura que no es único ejemplo, y de la que dan testimonio varias obras del tiempo.[1] Solamente en el año 1428 se cuentan cuatro grandes torneos en los que hubo varios muertos. En 1440 hubo un paso de armas, menos famoso pero más sangriento que lo de Suero de Quiñones: el «que por espacio de cuarenta dias mantuvo Ruy Diaz de Mendoza con motivo de las bodas del principe Don Enrique».[2] En 1459 se celebró un paso honroso en honor del Embajador de Bretaña, dado por D. Beltrán de la Cueva en el camino del Pardo. Pedro Mejía, en su *Crónica* manuscrita de Carlos V, relata un gran torneo celebrado en Valladolid en el año 1518, en el que combatió «la flor de la nobleza castellana». En los primeros días, siete de los combatientes murieron en la liza, sin que las fiestas se interrumpieran.[3]

Conocido es el lujo extraordinario que existe en tiempo de Carlos V, «lo más espléndido aparato que jamás había vista el sol».[4]

La corte de Castilla fué siempre una de las más célebres, no solamente por su cultura intelectual, sino también por su magnificencia y esplendor. Algunas crónicas francesas mencionan los altos hechos caballerescos de los paladines españoles,[5] y en Francia existen relaciones de fiestas y torneos españoles como el intitulado: «le triumphant

---

1 *Claros varones*, t. XIV; *Crónica de Juan II*, cap. CCLX.—Empresa relatada por Pedro Rodríguez Debua, que fué el escribano que se halló presente.

2 *Crónica de Juan II*, cap. XVI.

3 Libro I, cap. XII.

4 Para darse cuenta hasta dónde llegaba el delirio del lujo é imaginación en este tiempo, léase el *Viaje que el príncipe D. Felipe hizo desde Valladolid hasta los estados de Flandes, con relacion particular que se le hicieron y de otras cosas, por Juan Calvete de Estrella* (Anvers, 1552); ó la relación francesa: *La très admirable, très magnifique et triomphante entrée du très hault et très puissant prince Philipe, prince d'Espagne, fils de l'Empereur Charles V°, ensemble la vraije description des spectacles, theatres, arcs triumphant... Lesquels ont été faicts et bastis à sa très désirée réception en la très renommée florissante ville d'Anvers.* Anno 1549.

5 Como, por ejemplo, la *Chronique de Monstrelet* (Chap. CLXXIX), en la edición de la Sociedad de l'*Histoire de France*, que refiere las hazañas del caballero trovador Juan de Merlo.

tournoy faict aux nopces du prince d'Espaigne et de l'Infante de Portugal en Vailledoly le douzieme jour de Mars mil cinq cent quarante quatre».

Para estos caballeros las damas eran deidades y ellos sus humildes servidores; las dedicaban los trofeos de sus victorias, y este amor a la mujer tan exagerado se encuentra reflejado, no solamente en las composiciones poéticas del siglo xv, sino también en los juegos y los torneos.

Iñigo de Mendoza describe así los caballeros de su tiempo:

Su danzar, su festejar,
sus gastos, justas y galas,
su trovar, su cartear,
su trabajar, su tentar
de noche con las escalas,
su morir noches y días,
para ser dellas bien quistos,
si los vieses, jurarias
que por el dios de Macias
venderán mil Jesucristos.[1]

En la época en que Ginés Pérez escribió y publicó sus *Guerras civiles de Granada*, reinaba aún el mismo espíritu caballeresco, y Eugenio de Salazar, en una «carta a un hidalgo amigo del autor, llamado Juan de Castejon, en que se trata de la corte»[2] traza un cuadro satírico y divertido de la sociedad de su tiempo: «Mucho me importuna vuestra merced sobre que le escriba algo del modo, uso, trato y cosas de la corte... Andan galanes sin número en esta corte, hechos enjundias de amor derritiéndose por cualquier parte, que defenderan la hermosura de sus damas con una espada y una capa al fuerte Brimartes (héroe caballeresco nombrado en una de las partes del Amadís) armado

---

[1] *Cancionero*. Zaragoza, 1492.—WOLF: *Studien zur Geschichte der spanischen Nationalliteratur*.—Berlín, 1859; p. 723.

[2] *Cartas de Eugenio de Salazar*, publicadas por la *Sociedad de Bibliófilos españoles*; t. I, pp. 6 y 11.

de todas armas. Y es lo bueno que se pondran a todo este riesgo por damas que no pondran por ellos un alfiler de los con que se prenden los cabos de la toca... y por acabar con las definiciones de la corte y esta carta digo: que la corte es una universidad grave, autorizada, lustrosa, llena y muy varia... donde los altares del templo de Venus y Cupido estan siempre humeando con sacrificios de necios y de tontos;... y donde la justicia es mas poderosa y rigurosa, y los bellacos mas y mas principales.»

El espíritu caballeresco y galante de dos siglos es el tema de la ficción en Pérez de Hita; no es solamente un aspecto particular de la historia, o solamente el espíritu de su tiempo, sino hasta los detalles que nos da son rigurosamente exactos. Wolf, Circourt y otros le han reprochado los disfraces carnavalescos de sus personajes, inspirados en las novelas de caballerías. Pero en la segunda *Partida* (ley XVIII, titulo XXI) se encuentra ya una interpretación de los colores: «Paños de colores señalados establescieron los antiguos que troxiesen vestidos los caballeros noveles mientra que fuesen mancebos, assi como bermejos o jaldes o verdes o cardenas porque les diessen alegria; mas prietos o pardos o de otra color fea que les ficiese entristecer non tovieron por bien que los vestiessen; et esto fecieron porque las vestiduras fuesen mas apuestas et ellos anduviesen alegres et les cresciesen los corazones para ser mas esforzados.» [1]

En cuanto a las divisas y a los motes con que están adornados escudos, adargas y banderas de los héroes de Hita, esto no es menos conforme a la realidad. En el *Cancionero general* [2] se encuentran divisas, letras y motes, entre las cuales se halla la de un Pedro Fajardo, antepasado del Marqués de los Vélez, protector de Hita: «El adelantado de Murcia Pedro Fajardo traya en el lado izquierdo, encima del cora-

[1] Véase esta interpretación de los colores en el *Cancionero general*, CXVI, edición de Toledo, 1527.

[2] *Cancionero general*, ed. de Toledo, 1527: «Comiençan las invenciones y letras de justadores y también lo que Cartagena dixo a algunos dellos declarando su parecer» (CXXV).

zon, un montón de perlas y una cruz de oro encima de manera que los mojones que ponen en los caminos donde han muerto algun hombre y dezia la letra:

«Aqui yace sepultado
un coraçon desamado.»[1]

Por estos ejemplos se ve que la sociedad brillante que bulle entre las páginas de su libro no es, como ha podido suponerse, un mundo creado por su imaginación, sino, al contrario, una pintura exacta y real.

Si Ginés Pérez ha hecho revivir en esta parte de su obra el espíritu y la sociedad de dos siglos, tenía, independientemente de la influencia de la casa de los Fajardo, ricos documentos que le fueron sin duda alguna fuente preciosa aun sin explotar, y de lo cual, como de los romances, hábilmente se aprovechó; es a saber: relaciones de fiestas históricas y oficiales hechas por asistentes a ellas y muy numerosas en su época.

Alenda y Mira, en su libro *Relaciones de fiestas y solemnidades de España* (Madrid, 1903), nos ha dejado una bibliografía de ellas. Juan Catalina García, en el *Ensayo de una tipografía complutense* (Madrid, 1899), ha intentado hacer una bibliografía de este género.

Examinando estas dos obras y las numerosas relaciones de fiestas que posee la Biblioteca Nacional de París,[2] pueden verse las fiestas que tuvieron lugar en el momento en que Hita comenzó á escribir su libro, y también los juegos usados en semejantes casos. En un fragmento de un *Tratado nuevamente hecho en metro castellano* (1572), encontra-

---

[1] Para ver hasta dónde había llegado esta manía de las divisas y letras, véase LORENZO GRACIÁN: *Agudeza y arte de ingenio.*

[2] Véase D. LUIS DE BAÑUELOS Y DE LA CERDA: *Libro de la Gineta* (Córdova, 1605), en que se trata: «Cap. IV, Como se ha de correr con lança y caña», página 30.—«Cap. V, Como se a de usar del adarga por jugar á las cañas», p. 34.—«Cap. VI, Como se han de tirar los bohordos ó cañas», p. 39.—«Cap. XI, De la manera que en Córdova se hacen fiestas de plaça», p. 60. Tratado publicado por la *Sociedad de Bibliófilos españoles*, t. XIV.

mos un resumen de los diferentes géneros de fiestas usados en España en esta época:

> Y pues vuestras magestades
> estan juntos con sus hijos
> hagan fiesta sin letijos
> vuestros pueblos é ciudades
> con diversos regozijos,
> sacando juegos de cañas
> con invinciones estrañas,
> toros, justas y torneos,
> pues cumplistes los desseos
> de vuestras grandes españas.
> Toquen trompas y atabales,
> sacabuches, chirimias,
> grandes fiestas y armonias
> se hagan universales
> inefables alegrías.

Por algunas de esas relaciones se ve cómo las descritas por el autor de las *Guerras* son semejantes en conjunto y hasta con los menores detalles. Ya en el *Paso Honroso* se encuentra la misma minuciosidad en la descripción de los trajes, y puede notarse la aparición de elementos moriscos: marlota, albornoz, alquicel, atabales y axabebas.

En la relación perteneciente á la Biblioteca Nacional de París, y titulada *La muy señalada fiesta que se hizo en un torneo en Valladolid, primer domingo de quaresma que se contaron dos días de Março. Año* de M. D. X. L. IIII años (sin l.), encontramos las mismas descripciones de trajes, con numerosos detalles, y descripciones de carros, análogos a los descritos en el capítulo IX de las *Guerras*.

En la relación: *Domingo a dos de marços del señor de mil y quinientos y quarenta y quatro se hizo en la corredera de la muy noble villa de Valladolid un torneo de acaballo*..., se encuentra una invención análoga á la de la grande serpiente de Hita; aquí la serpiente es una hidra. «Entro por ella una ydria con alas de raso verde pintado al natural, echando fuego por todas las bocas». Se encuentran también los famosos «salvajes» que pasaron en las armas de los Abencerrages. El Pa-

dre Ménétrier en su *Traité des tournois* (p. 67), asegura que estos personajes figuran frecuentemente en las fiestas de la época, tanto en Francia como en España é Italia. «Tras la ydria — dice el autor de la relación —, entraron tres salvajes vestidos todos al natural con sus celadas y collares y cinturas de yedra con sus mantillas de tafetan encarnado guarnecidas de tafetan blanco, puestas por debaxo d'l braço derecho y atadas al hombro izquierdo encima de sus cavallos encubertados con pieles de leones hechas de raso y seda vedijudaleonados al natural.»

En una *Relación verdadera del recibimiento que la muy noble y muy leal ciudad de Burgos... hizo á la Magestad Real de la Reyna nuestra Señora, doña Ana de Austria...* (1570), encontramos todo el equipo morisco: marlota, albornoz y toca.

«Fué la primera quadrilla de este juego de cañas — dice el autor — la del corregidor, vestida de *marlotas* de terciopelo encarnado, con muchas lavores de franjas de plata: y con *albornozes* de damasco blanco, con la mesma labor de franjas y ropacejos de plata... La quinta quadrilla con *marlotas* de terciopelo azul con muchas franjas y alamares de plata bordadas de unas medias lunas de tela de plata, y *albornozes* de damasco amarillo con la mesma guarnición... Todos estos cavalleros venían en muy hermosos cavallos, muy ricamente enjaezados, con muy lucidas *tocas*»...

En otra relación de Segovia (1572), encontramos los mismos atributos moriscos, con tal riqueza de colores, que deslumbra y hace exclamar al autor: «Dando de sí (las cuadrillas) una muy hermosa y agradable vista, *que era cosa de ver*, así por la buena postura... como por la galania de las libreas y differencia de los colores, quales del arco de Yris dice Virgilio: «*Mille trahens varios adverso sole colores.*» Y qual dize un poeta nuestro: «Que parece el prado por Abril, de flores lleno.»

Y en «*Relaciones de las fiestas que la imperial ciudad de Toledo hizo al nacimiento del principe nuestro señor Felipe III deste nombre*; Madrid, 1605», encontramos la triple vestidura que cambiará los Cristianos en Moros en la obra de Hita. En Zocodover «convenia hazer torneo y juegos de cañas: la segunda quadrilla llevaba *marlotas* y *albornoz-*

zes de raso negro todos bordados de oro, las *tocas* y *plumas* amarillas, con mucha variedad de *cifras*», y el esplendor de todos era tal, que el autor añade: «Parecían los caballeros con tantas diferencias de libreas, colores, *plumas*, *adargas* atravesadas de vandas y adornadas de divisas y pinturas, un jardín ó quadro florido.»

La relación siguiente es interesante porque aparece en ella el mismo detalle de traje que se encuentra en las *Guerras*.

«*Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid*... 1605»; el autor dice: «La reyna nuestra señora llevaba saya entera de gurbion de oro y gorra adereçada con grandísima cantidad de joyas por todo el vestido, y encima de la frente un pinjante con diamantes, con una preciosa perla de extraordinaria grandeza, que como heria el sol en los diamantes hacía lindísima vista.» ¿No es el mismo peinado de la reina de Granada, «y en medio de ello un carbunclo precioso» en lugar de una perla? En esta relación se describen siempre marlota, albornoz, alquicel y «tocas moriscas que yban bien hechas con lindas plumas.»

Léase la «*Reception faicte par les deputez du roy d'Espaigne de la royne leur souveraine Dame à la délivrance qui leur en a été faicte au pays des Navarrois et les triumphes honneurs et solennitez qui y furent faictes et observées*. París, 1559», en la que hallamos minuciosa descripción de los trajes «à la mauresque».

Circourt se burla graciosamente de los pobres moros pintarrajeados y carnavalescos a quien debía sofocar su triple túnica (marlota, albornoz, alquicel) bajo el cálido sol español. Wolf, después reanudando la idea, encuentra inadmisible la tal túnica y casi ridícula. Vemos por estas relaciones que los españoles se vestían a la morisca y que verosimilmente llevaban también la túnica, estos colores, estos plumajes, y que no solamente no se asfixiaban, sino que se movian con infinita gracia y destreza. Pérez de Hita no ha creado ni exagerado nada. Quizás asistió a fiestas semejantes y seguramente poseyó relaciones parecidas.

Un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, «*Relacion de las cosas de España y villa de Madrid corte real de su Mgd. Catolica. Vu-*

de 1611 », trata en el capítulo III de algunas costumbres de España diferentes de otras naciones; y en particular el autor describe torneos y juegos de cañas, explicándolos y afirmando que: *«los habitos que se traen son ordinariamente á lo morisco* y de colores como manda la cabeça de la quadrilla... Otras vezes suele aver juego de cañas de capa y gorra pero pocas veces y entonces lo demas *todo es al uso de los moros el jaez y adarga... y los premios los cavalleros que los ganan suelen publicamente presentarlos a las damas con quien tratan amores* echandoselos desde a cavallo al balcon».

En los libros del siglo XV se encuentran repetidas alusiones al traje morisco, de tocas, albanegas, alcandoras; se puede citar la siguiente de la *Chronica* del famoso Miguel Lucas. Hablando de lo acaecido en el año 1463, dice: «ordenó (el Condestable) que todos los cavalleros de la dicha ciudad (de Jaen) cada domingo y dia de fiesta jugasen las cañas, a fin de que se desenvolviesen y supiesen bien pelear. Y asi por mas incitallos a ello, como porque siempre buscava imbenciones en que les fiziesse mercedes y les diesse de lo suio, cada dia que habian de jugar las cañas mandava de su cámara ciertas joyas, combiene a saber: camisas moriscas de muy finos paños fechos, è borzeguies marroquies»... [1]

La costumbre era ya antigua, pues además de las cofias y almofares citados en el poema del Cid y de los trajes de las miniaturas del *libro de las tablas*, la estatua yacente de Don Enrique II, que decora su sepulcro, se halla ceñido de turbante.

Desde muy remota época, los nobles de Castilla hacían gala de vestirse según la costumbre sarracena, extremándose la imitación en la corte de Enrique IV. La descripción que hacen de esta corte los cronistas del viaje del Conde Bohemio León de Rozmital no deja ninguna duda acerca de este punto: «El rey — dice la relación — estaba sentado sobre una alcatifa á la usanza morisca: nos dio á todos la mano y oyó nuestra embajada... De aquí llevó el caballero á mi señor á otro pueblecillo llamado Gerbino, donde encontramos al Rey. En este lugar la gente

---

[1] *Memorial histórico*; t. VIII, p. 123.

era mahometana. Allí el viejo Rey tiene á los Cristianos despojados de sus tierras y éstas en poder de los paganos moros. El Rey come, bebe, viste y lo hace todo á la musulmana: es enemigo de los Cristianos y en todas sus ideas les es contrario. Al tercer día de su permanencia en aquel detestable lugar dió el rey audiencia á mi señor. Estaba sentado y á su lado la reina, ambos en tierra sobre una rica alfombra...»[1] Ya se hace mención de trajes y cosas moriscos en ciertos inventarios, como en el de los bienes de Gonzalo Palomeque al ser elegido Obispo de Cuenca, año 1273.[2]

Por lo tanto, cuando aparecieron las *Guerras*, existían relaciones análogas, pero esparcidas, elementos de que se sirvió hábilmente Ginés Pérez, aparte de que en España, en su tiempo, aun existía la costumbre de celebrar fiestas y torneos a la morisca. Pedro de Madrazo afirma que esta costumbre existía ya durante los reinados de Enrique III, Juan II, Enrique IV, dando algunos ejemplos.[3]

Desde largos años los moros tomaban parte en las fiestas cristianas, particularmente en la noche de Navidad y en la fiesta de San Juan.[4] Las costumbres de los árabes tomaban carta de naturaleza en el pueblo cristiano, el cual trataba a los muslimes con mayor familiaridad de la que consentía, según la ley histórica de aquella edad, la pureza de su fe religiosa; pues si es indudable que pudiera ser de buen ejemplo la parte que tomaban los Moros en las solemnidades cristianas en la noche de

---

1 *Des böhmischen Herrn Leo's von Rozmital, Ritter-Hof- und Pilger-Reise durch die Abendlande*, 1465-1467. Beschrieben durch Gabriel Tetzel von Nürmberg.—Bibliotek des literarischen Vereins. Band VII. Stuttgart, 1844.

2 Biblioteca arz. de Toledo, A.7.1.1. y Biblioteca Nacional de Madrid. Dd-41.

3 *Recuerdos y bellezas de España*: Madrid, 1855, t. IV, p. [illegible]. —Véanse además: 1.º *Memorias da Academia de Lisboa*; t. V-2, pp. 44-45.—2.º El Padre Menestrier: *Histoire des Tournois*.—3.º *Des böhmischen Herrn Leo's von Rozmital, Ritter-Hof- und Pilger-Reise durch die Abendlande*, 1465-1467, p. [illegible].—4.º *Relaciones historicas del siglo XVI y XVII*, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos españoles; t. XXXII, cap. II, p. 14; cap. VI, p. 50; cap. VIII, p. 52.

4 Ibn Aljatib: *Ihata*. Cod. Escorial, núm. [illegible]

Navidad y otras, hay fundamentos para creer que su presencia en la iglesia durante tales regocijos, convertíanla en campo de grotescas manifestaciones.

Los moros, en la época de Ginés Pérez, aun tomaban parte en los torneos y juegos de sortija. Véase un ejemplo tomado de una relación de fiesta en Alcalá en 1570: «Acabando sus Excelencias de hazer colación y estando a la boca de la plaza doze caballeros en tres quadrillas de quatro en quatro con *marlotas* de terciopelo verde y colorado y el *albornoz* de tafetan naranjado... pasó por mitad de la plaza un *caballero moro á la gineta vestido y tocado a lo morisco muy galan con dos moros* por lacayos, y fuese derecho a los caballeros que ya querian entrar en la plaza y dioles un billete del Alcayde de Tetuan que dezia desta manera:

«Muley Mahomet Alcayde de Tetuan y Xixnan vasallo del Jarife, rrey de fez y de marruecos al señor alcalde mayor de Alcala de los Ganzules... De algunos mis corredores almogabares, he sabido que los Excelentisimos Duques desa villa estan en ella, y que vuestra merced señor, y otros caballeros cristianos les hazeis muchas fiestas, por la merced que su Excelencia me hizo quando fui su prisionero, querria hallarme a le serbir en ellas, dandome liçençia que con mi gente tome un puesto saldré asegurandonos el campo que es lo que aqui os pido sin armas con vosotros salis. Ala sea con vuestra onrrada persona». En recibiendo el corregidor este billete, le dixeron que viniese en ora buena. Partiose el moro apriesa con esta liçençia y dende a poco entraron doze caballeros moros muy bien aderezados y tocados de una mesma manera, a la gineta, *con su lanças y adargas con sus marlotas y albornozes*, y despues de aver los unos y los otros hecho muy regozijada entrada, jugaron las cañas con el mayor concierto que yo nunca vi, jugaron poco menos de una ora. Después de aver jugado andubieron en caracol gran rato y esto con tanto concierto que quisiere mucho que se hallaran presentes cortesanos y sevillanos por su confusion.»

En 1571 se encuentran también moros tomando parte en las fiestas de Toledo, como se menciona en la siguiente: *Memoria del naci-*

miento i del serenissimo principe de España don Fernando hijo del rey don Felipe nro. señor (Toledo, 1571).

Como en los romances vemos que Ginés Pérez de Hita, de gusto exquisito, no crea ni inventa nada, pero sabe fundir y armonizar los elementos dispersos dotados por sí mismos de valor real, de cuya fusión salió la primera novela histórica española.

Intrigas de amor, fiestas, cabalgatas, corridas de toros o torneos nos son descritos con gran riqueza de detalles; todos los personajes llevan la marlota, el albornoz o el alquicel con una riqueza y una profusión de colores extraordinarias. ¿No hay orientalismo de buena ley en Hita? Las descripciones de trajes y el tipo de que se burlan con tanta gracia Circourt, Wolf y Menéndez Pelayo, ¿son falsos y en desacuerdo con los trajes orientales? El espíritu caballeresco era inherente a los árabes. Ya en el poema de Antar se encuentran detalles semejantes a los usos occidentales, y existe una gran analogía entre las aventuras del héroe beduíno, su devoción por su dama, su generosidad protectora de los débiles y las costumbres de la caballería europea en la Edad Media; analogía que hizo pensar a Delécluze que Antar había sido el tipo primitivo de nuestros caballeros. Los cronistas españoles testifican este espíritu caballeresco de los moros, refiriendo numerosos ejemplos que ciertamente Hita debió conocer y que contribuirían a la idealización del enemigo que se encuentra en su obra. Pulgar, a quien Hita conocía tan bien, en su *Crónica* (parte III, cap. 74), reproduce las orgullosas palabras dirigidas a los mensajeros de los Reyes Católicos por Hamete Zeli, gobernador musulmán de Málaga: «Que no le habia sido encomendado aquella ciudad para la entregar como el Rey pedía mas para la defender como veria.» En el capítulo 93 (parte III), Pulgar refiere cómo Hamete se rindió tras cinco meses de dura defensa, y cuáles fueron sus palabras, prisionero y vencido: «Que él habia tomado aquel cargo con obligacion de morir o ser preso defendiendo su ley é la cibdad é la honra del que gela entregó: é que si fallara ayudadores, quisiera mas morir peleando que ser preso no defendiendo la cibdad»; y en la parte III (cap. 124) cuenta el orgulloso discurso de Ali Abenfaliar, alcaide de Purchena, a los

Reyes Catolicos, después de la rendición de Baza, cuando los moros son obligados á devolver castillos y fortalezas: «Yo señores, soy moro é de linage de moros, é soy alcayde de la villa é castillo de Purchena, que me pusieron en ella para la guardar, vengo aqui ante vuestra Real Señoria, no a vender lo que no es mio, mas a entregaros lo que la fortuna fizo vuestro. É crea vuestra Real Magestad, que si no me enflaqueciese la flaqueza que fallo en los que me debian esforzar, que la muerte me seria el precio que recibiese defendiendo la fortaleza de Purchena, e no el oro que me ofreceis vendiéndola. Embiad muy poderosos Reyes a recibir aquella villa que vuestro gran poder fizo ser vuestra. Lo que suplico a vuestro gran poderio es, que hayan en su encomienda a los moros de aquella villa, é a los que moran en su valle, é los manden conservar en su ley y en lo suyo é a mi den seguro, para que con mis caballeros é cosas pueda ir a las partes de África. El Rey é la reyna, oida la razon de aquel moro creyeron que fuese home leal, e notaron aquel su propósito en el grado de virtud que se debia notar.»

Bernáldez, en el capítulo 84 de su *Crónica*, refiere el hecho de Abrahen Cenete de Málaga, dejándonos entrever su admiración por el enemigo: «E allegó Abreahen Senete encima de un caballo a unos mozuelos, donde pudiera matar siete ú ocho dellos, é volvió el encuentro de la lanza é dióles de coscorrones, diciéndoles andar, andar rapaces, a vuestras madres. É los otros caballeros moros desque vieron los muchachos ir huyendo, comenzaron de reñir con él, porque habia llegado a ellos é no los habia matado, é el respondió, no maté porque no vide barbas; é esto le fué contado a gran virtud, *que aunque era moro, fizo virtud como hidalgo.*»

Tales hechos y tales palabras eran dignas del más noble caballero español. Las fiestas dadas por los árabes en Córdoba y en Granada han quedado proverbiales. Sabido es el lujo desplegado: la ciudad iluminada, la calle alfombrada de flores y en los paseos y plazas públicas el son de los instrumentos de música atronando los oídos; la población se entregaba á alegres expansiones y divertimientos.

Mármol, en su libro de la *Rebelión de los Moriscos*, nos habla de las zambras y dice que esta palabra designaba una banda de músicos y la

fiesta en la que se tocaba y danzaba, y que era una costumbre particular de los moriscos de España. En África no se conocía la *Zambra*. En Granada existía un sitio determinado para los juegos, llamado la *tabla*, lugar al aire libre, en la Alhambra, ante la torre de los Siete Suelos, en donde se celebraban los juegos de los caballeros y lucha de fieras salvajes. Después de la caída de Sevilla y Córdoba los moros encuentran en Granada una generosa hospitalidad por Mohamed Alhamar, y el islamismo, manifestándose repentinamente a los españoles, se mantiene vivo en medio de los cristianos durante más de dos siglos.[1]

Es célebre la galantería de los granadinos de esta época. Los torneos y las justas hechos en la capital estaban dedicados siempre a las damas, y el sultán invitaba frecuentemente al pueblo en los acontecimientos solemnes. Recuérdese, por ejemplo, las fiestas referidas por Benavides.[2] Aun hoy, con el nombre de «el djerit», el juego de cañas es diversión favorita de turcos y árabes.

No menos conocidos les eran los duelos y desafíos. Existía en Granada un lugar especial, la *asábica*, ancho campo para estos combates; «en los últimos tiempos del reino de Granada frecuentaba el pueblo, en él que tenían lugar los alardes y donde los caballeros solían ventilar en trance de armas sus agravios».[3] En 1478, el sultán Abul Hassán, padre de Boabdil, ordenó la celebración de juegos y torneos y alarde.

---

[1] Véase Müller: *Die letzten Zeiten von Granada*; München, 1863, p. 107.—Eguilaz Yanguas: *Reseña histórica de los últimos tiempos de Granada*; p. 9.—Ibn Aljatib: *Prólogo á la Jhata*, en la cual se describen las carreras y juegos ordenados por el sultán para celebrar la circuncisión de su hijo.—Al Maccari: t. II, ed. de Leyde, p. 683.—Mármol: *Descripción de África*; lib. I, fol. 26; ed. de Granada, 1573.

[2] «Don Pedro Venegas el Tornadizo, segun los Moros; el Cautivo, segun los Cristianos; hijo de don Egas Venegas, señor de Luque, educado en Granada desde edad de ocho años y casado con *aquella princesa, por la que se quebraron tantas lanzas en la plaza de Bibarrambla*, la famosa Citerien, infanta de Almería (1268). (Antonio Benavides: *Memoria sobre la guerra del reino de Granada*, publicada en las *Memorias de la Academia de la Historia*, t. VIII (1845), p. 27.

[3] Sobre la *asábica*, véase Al Maccari, p. 799-800. t. II, ed. de Leyde.—Eguilaz Yanguas: *Reseña histórica*, etc., p. 4.—Müller: *Die letzten Zeiten von Gra-*

En este alarde hicieron ostentación de sus brillantes galas todos los caballeros, aderezados, como iban, de bruñidas armaduras de acero, de lujosas sobrevestas de seda, jinetes sobre poderosos corceles ricamente paramentados, y luciendo sus primorosas espadas, lanzas y adargas, incrustadas de plata y oro. Asistía á tales fiestas la flor de la caballería andaluza. [1]

Mármol, en su *Descripción de África* (cap. XXXII), «que trata de la vida y costumbres de los árabes y de su manera y orden de pelear», nos da preciosas indicaciones sobre los pasos honrosos y las armas en ellos empleadas: «las espadas que traen son por la mayor parte christianescas y son muy preciadas entre ellos si son buenas, porque las que se hazen en la tierra no tienen tan buen azero». [2]

El autor árabe Aben Aljatib en uno de sus libros describe el traje principal llevado por los habitantes de Granada: «era — dice — el alquicel del tipo persa, con almalafas ostentosas y otros trajes de mucho precio, lana, lino, seda, algodon y pelo de cabra, mantos africanos y vestimientos tunecinos que se hacen de seda gruesa con vistosas labores. En estío visten todos blancos almaizares de suerte que al verlos en las mezquitas los viernes, parecen flores abiertas en un prado fértil bajo la templada atmósfera de la primavera». Más adelante añade: «Los granadinos son amantes de sus Reyes, sufridos y muy generosos. Visten al uso de los Persas, finísimas telas de lana, seda y algodón, rayadas de colores, con sutil artificio: en invierno usan para abrigo la capa africana, ó albornoz tunecino; en la estación calorosa lienzo blanco. De aquí es que al ver sus trajes nos parece admirar la diversidad de flores extendidas en los amenos prados de primavera. Entre los adornos recomendados por el buen gusto de las damas granadinas me-

---

nada, p. 107. — Según Ibn Aljatib: *Prólogo á la Jhata*, era una planicie de la Alhambra, que se hallaba próxima al cementerio de los Reyes de Granada. (Cód. Escorial, núm. 357.)

[1] Eguilaz: *Aut. cit.*, p. 12.

[2] Para las armas musulmanas véase el libro de Reinaud: *Monuments arabes, persans et turcs du cabinet de Mr. le duc de Blacas*, t. II, parte IV, p. 297.

recen especial mención los cinturones, bandas, ligas y cofias, labrados de plata y oro abrillantado con primoroso artificio. El jacinto, el crisólito, la esmeralda y otras muchas piedras preciosas brillan en sus atavíos. Las granadinas son graciosas, elegantes y de estatura tan esbelta que es muy raro encontrarlas desproporcionadas. Nimiamente pulcras, cuidan con esmero sus largas cabelleras y hacen gala de su dentadura de marfil, el aliento de sus labios es dulce como el perfume de las flores»; y más lejos añade: «Es lamentable que alcancemos un tiempo en que los granadinos hayan elevado sus vestidos y adornos á una altura de lujo y magnificencia que raya en delirio. Por desgracia han llegado en nuestros dias á tal extremo en el atavio, el afeite y la ostentación, en el afán por las ricas telas y joyas y en la variedad de los trajes y adornos, que ya es un desenfreno».[1]

Mármol, en su *Descripción general de África* (lib. III, cap. II), refiriéndose a las modas de Fez, dice que son exactamente iguales a las de Granada: «Su vestido más común son unos alquiceles como mantos de lana por batanar, algo más delgados que traen rebueltos al cuerpo. Arrayz de las carnes traen ceñidos unos mandiles de lo mesmo que les cubren de la cinta abaxo hasta medio muslo. No usan traer bonetes ni sombreros en las cabezas sino unas faxas de lana que llaman cursias de un palmo en ancho y tan largas que les dan cinco ó seys bueltas alderredor como tocas... Los alfaquis por ser differenciados de los otros traen *bonetes colorados de los que llevan de Toledo y de Córdoba los mercaderes cristianos* a vender por aquella tierra... Acostumbran también unos albornozes vastos hechos de lana. Los que biven en las ciudades tienen alguna policia mas en el vestir, porque traen jaquetas de paño de color con los faldamentos largos y las mangas cortas hasta medio braço, con muy espessos botones por delante y algunos albornozes mas finos... Las mugeres traen unos alquiceles que llaman hayques de la manera de las almalafas...»[2]

---

[1] Aben Aljatib: *Prólogo á la Ihata* y «*Esplendor del plenilunio* (que trata) de la dinastía naserita»; parte IV.

[2] Dozy: *Diccionario de los nombres de los trajes árabes.*

Los árabes han conocido y llevado blasones.

El Padre Guadix, en su libro de nombres arábigos, refiere un escudo de armas o tarjama morisca de la ciudad y reino de Granada que se encontraba en el Alhambra con: «una vanda que le atreviesse por el medio oblicuamente: sus dos extremidades estan incluidas en las bocas de dos sierpes y en medio de ella, una letra: *Guala galibili alah:* solo Dios es vencedor». Desde el siglo x, tenían escudos que dibujaban en las adargas, en los estandartes, en las armas y hasta sus trajes, y muchas veces en los de sus esclavos. He aquí algunos ejemplos: Una pantera azur en fondo de oro (1438). Águila roja en fondo de oro (1460) ó en fondo de plata con una copa (1475). Dos dragones entrelazados; puñales, inscripciones, etc.; emblemas en un todo semejantes á ciertos blasones simbólicos de Pérez de Hita, del *Cancionero de Baena*, ó de las relaciones de fiestas que hemos examinado, como, por ejemplo: un trono de turqueso azul mar, encima del cual flota una bandera con un sol con una luna encima». [1]

No solamente los árabes conocían el simbolismo de los dibujos y de las divisas, sino también el simbolismo de los colores.

Distinguían cinco colores: Blanco: pureza, luz, y en los caballeros la abnegación hasta el martirio. Amarillo: poder, grandeza, riqueza. Rojo: emblema de la dicha, de la alegría, de la vida feliz. Negro: la destrucción, el aniquilamiento. Verde: símbolo de la renovación y alegría terrenal y de la esperanza; era el color de la familia del Profeta. [2]

La *Crónica de Juan II* y otras crónicas españolas refieren que los árabes emplearon los pendones: [3] E como Fernan Darias vido que

---

[1] Véase Yacoub Artin Pachá: *Contribución al estudio del blasón en Oriente;* Londres, 1902.—*Vierteljarschrift für Heraldick, Sphragistik und Genealogie*, von Ad. M. Hildebrant, XI, Jahrgang, Heft 4, Berlín, 1883; pp. 407-430.—Conde: *Armas y blasones de los Granadinos.*

[2] Yacoub Artin Pachá: *Contribución al estudio del blasón en Oriente;* Londres, 1902.—*The spirit of Islam*, p. 62.

[3] Véase por los estandartes, pendones, etc..., *Mahommedan History*, by Major D. Price; Londón, p. 116.—Schah Nameh: *Libro de Zohak;* Traducción de J. Mohl.

los moros se acercaban mucho: los quales trayan dos pendones, el uno bermejo con una vanda de oro, y el otro blanco con un sol y una luna »... (cap. LXVI).

Y por último todas las crónicas españolas hablan de las riquezas que poseían los árabes y que tras cada derrota les tomaban muy piadosamente los cristianos.[1] En la hoja 398 de la *Crónica de Don Alfonso el Sabio*, se lee: « Repartimiento del despojo de los Moros: Cuenta la estoria que la tienda del Miramomelin era de seda bermeja muy ricamente obrada. E muy grande fue el algo que los cristianos fallaron en el campo, de mucho oro y mucha plata y muchas piedras preciosas y mucho aljofar y muchos paños preciados de oro y de seda y de lana y de lino y muchas otras nobrezas; y muchos cavallos y otras bestias y vianda que alli fallaron que apenas podria ser contada. »

Como puede verse por lo expuesto, encontramos en los árabes de España juegos análogos á los de los españoles, inspirados por un espíritu semejante, la misma galantería y el mismo religioso respeto á las damas.

La situación de las mujeres árabes de España era diferente y más libre que en los otros pueblos mahometanos.[2]

« Las mujeres granadinas—dice Bermúdez de Pedraza—son en general tan fermosas y discretas, que los naturales de otros lugares fingen ser de Granada para abonarse en estas dos calidades... La literatura popular española de los siglos XIV y XV refleja solamente, y de una manera sobria, la ternura doméstica común á todos los tiempos, y más frecuentemente se encuentra respecto a la mujer un sentimiento de desdén en lugar de adoración, mientras que los cantos de amor de

---

[1] Véase la *Cronica de Juan II* y la descripción del tesoro de los Naseritas en Granada, en Al Maccari: ed. de Leyde; t. II, p. 798.

[2] Véase Simonet: *Las mujeres arábigo-españolas*, memoria presentada ante el IX° Congreso internacional de Orientalistas, y el *Ensayo para un estudio de las poetisas musulmanas en España*, de Luis Gonzalvo. (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, año 1905, t. I, pp. 83, 200-374.)

los árabes españoles testimonian la veneración de su culto caballeresco por la mujer.[1]

He aquí algunos ejemplos, tomados en Schack y traducidos por Juan Valera[2]:

Lejos de ti, hermosa,
la pena me causas
que un pájaro siente
si quiebran sus alas.
Sobre el mar anhelo
volar do te hallas,
antes que la ausencia
la muerte me traiga.

Schack cita estos lindos versos del príncipe Izz-Ul-Daula:

Lleno de afán y tristeza
este billete te escribo,
y el corazón, si es posible,
en el billete te envío.
Piense al leerle, señora,
que hasta ti vengo yo mismo,
que sus letras son mis ojos
y te dicen mi cariño.
De besos cubro el billete,
porque pronto tus pulidos
blancos dedos romperán
el sello del sobre escrito.

Y, en la composición siguiente, parece oirse la lamentación de un Zaide o Gazul:

Di á mi amada, mensajero,
que me da muerte su amor,
y que la muerte prefiero
á tan acerbo dolor.

---

[1] Véase ABD EL WAHID MERRAKECHI: *Historia de los Almohades;* traducción Fagnan.—Alger, 1893; pp. 90, 97 y 129.—CONTRERAS: *Recuerdos de la dominación de los Arabes en España.* Granada, 1862; pp. 89-97 y siguientes.

[2] SCHACK: *Poesie und Kunst der Araber in Spanien,* 2.e éd. Stutgard, 1877.

Desdeñosa ó enojada
sólo á morir me convida
mas con su dulce mirada
puede volverme la vida.

Y esta otra composición de Said Ibn-Dscheidi, traducida por J. Valera, no indigna de un minnesänger o de un trovador provenzal. Su autor vivió antes del siglo IX y los sentimientos reflejados en su poesía son idénticos a los que Hita se complace en adjudicar a los moros enamorados en sus *Guerras:*

Desde que su voz oí
paz y juicio perdí;
y su dulce cantilena
me dejó tan sólo pena
y ansiedad en pos de sí.
Jamás á verla llegué,
y en ella pensado vivo;
de su voz me enamoré
y mi corazón cautivo,
por su cantar le dejé.
Quien por ti, Dschejana, llora,
tu nombre, escrito en el seno
pronuncia, y piedad implora
cual un monje nazareno
de aquella imagen que adora.

Los críticos que han estudiado la obra de Pérez de Hita echaron sin duda en olvido el largo tiempo que musulmanes y cristianos convivieron bajo el mismo cielo; no teniendo en cuenta tampoco que del mutuo contacto inevitable nació una comunidad de afectos, siendo idéntico el espíritu caballeresco de las dos razas.

Hernando de Baeza nos dice: «de doscientas mil almas que habia en la ciudad de Granada, aun non eran las quinientas de la nacion africana, sino naturales españoles y godos que se habian aplicado á la ley de los vencedores».[1] Esto explica cómo hacia 1498-1499, los ven-

[1] *Relaciones de los últimos tiempos de Granada*, publicadas en la *Sociedad de Bibliófilos*, t. III, p. 3.

cedores cristianos exigían la conversión de los musulmanes y les daban como pretexto: «tu abuelo era cristiano y se hizo musulman, pues hazte tu ahora.» Los embajadores de Don Jaime II de Aragón al concilio de Viena, aseguraron al Papa Clemente V que la población de Granada estaba compuesta en su mayoría de renegados cristianos. [1]

Los moros de Hita no están tan alejados como se ha dicho de los verdaderos musulmanes de España, porque entre ellos y los españoles había singulares analogías de costumbres, sentimientos y trajes; todo lo cual diferenciaba los moros de España de los otros musulmanes de África y de Oriente. Y si bajo los nombres sonoros de Gazul, Tarfe, Lindaraja o Fátima se agitan personajes de una galantería refinada, que llevan en sus vestidos y sus armas sutiles divisas y sentencias, en las que se pueden reconocer a los galantes españoles y a las damas de la corte de Felipe II, no han de tenerse esos tipos por falsos, ya que no están en desacuerdo con la verdad histórica. Tomando documentos en los cronistas, recogiendo tradiciones moriscas y cristianas, recogiendo romances, inspirándose de varias relaciones de fiestas, Ginés Pérez de Hita, como se ve, compuso la primera novela histórica española, más bien una página de historia que una novela, y su originalidad consistió, no en inventar un tipo nuevo, sino en recoger elementos históricos esparcidos, en juntarlos y armonizarlos.

---

[1] Véase Al Maccari: ed. de Leyde, t. II, p. 813; *Anales de Aragón,* de Zurita, lib. V, cap. XCIII, y Padre Mariana: *Historia general de España;* Madrid, 1736, lib. XXV, cap. XVI, p. 518.

BIBLIOGRAFÍA

La única mención que se encuentra del libro de las *Guerras de Granada*, en obras de la misma época, se encuentra en los *Anales de Granada*, de Francisco Henriquez de Jorquesa, manuscrito de fines del siglo XVI, tres tomos que se encuentran en la Biblioteca Colombina de Sevilla. He aquí el párrafo en que se refiere el analista a Pérez de Hita y a sus *Guerras civiles:* «Pongo aqui la calle de Abenamar por su grande antigüedad desde el tiempo de Sarracenos, por haberla habitado un valiente y caballero moro llamado Abenamar, de quien hace mucha mencion Ginés Perez de Hita en su *libro entretenido* de las civiles guerras de Granada...» (t. I, cap. VII, fol. 25).

Cuál sea la historia de los manuscritos de las *Guerras civiles de Granada*, en qué biblioteca o en qué archivo estén, se ignora; pero puede asegurarse que la primera edición es la de Zaragoza, 1595 «en casa de Miguel Ximeno Sanchez, á costa de Angel Tabano». En un catálago de la Biblioteca Nacional de Paris se encuentra mencionada una edición de Alcalá, 1588: *Catalogue* || *des livres imprimés et manuscrits* || *de la bibliothèque* || *de feu Monseigneur* || *le prince de Soubise* || *Maréchal de France* || *dont la vente sera indiquée par les affiches au mois de Janvier 1789* || *a Paris* || *Chez Leclerc, libraire quai des Augustins* || M . DCC . LXXXVIII. En este catálogo, división *Histoire d'Espagne* (p. 300), con el número 7.573, se halla la *Historia de los caballeros moros de Granada, por Aben Hamin, traduzida por Ginés Perez de Hita.* Alcalá, 1588; in 8.º—*Guerras civiles de Granada, por Fortan Paris;* 1606; in 8.º—*Guerra de Granada, por Diego de Mendoça*, Lisboa, 1627; in 4.º

Por otra parte, la edición de Madrid 1655 lleva esta nota manuscrita en la primera hoja blanca precediendo la portada: «Esta historia fue escrita en árabe por Aben Hamin, y la traducción de Ginés Perez de Hita se imprimió in 8.º en Alcalá *año 1588* y 1604, y en Valencia año 1613, y en Madrid año 1631, y aora 1655.» Los dos textos aluden seguramente a la edición de Alcalá 1598, y esta fecha de 1588 es un error, reproducido en algunas bibliografías.[1]

La edición de Zaragoza de 1595 es la princeps; lo prueba el prólogo de Angel

[1] En particular en el Catalogo de la Biblioteca de Salvá, t. II, p. 17[illegible]

Tabano, que dice: «Y por no perder mi buena inclinacion y uso, sirvo al presente con este [libro], *nunca hasta aora impresso*, que de las cosas acaecidas en diversos tiempos en la ciudad de Granada trata.» La afirmación es rotunda; por otra parte, en las ediciones posteriores no se encuentran privilegio ni dedicatorias anteriores a las de la edición de 1595, que fueron tan frecuentemente reproducidas. Además existe una edición de Valencia de 1597, que dice expresamente *segunda impression*, y la edición de Barcelona de 1604, que es una reproducción fiel de la edición de Valencia de 1597, dice también *segunda impression*. En el libro *Impresores y libros impresos en Aragón en el siglo XVI*, por Juan Manuel Sánchez (Madrid, 1908), se encuentran, a propósito de los impresores zaragozanos, los siguientes datos acerca de la edición princeps de las *Guerras*: «Miguel Ximeno Sanchez, 1592-1595.—Angelo Tavano, 1600-1607»; se encuentra, bajo los números 754-758, una lista de los libros impresos por Juan Tavano hasta el año de 1600, y entre ellos están mencionadas las *Guerras civiles* de Hita.

El libro está dedicado por Angel Tabano al Ilustrísimo Señor Don Juan de Aragón, descendiente legítimo de Fernando el Católico, nieto de Don Fernando de Aragón, arzobispo de Zaragoza. Su padre se llamaba Don Pedro de Aragón, Señor de Ballobar y las Casetas. Don Juan heredó estos dos títulos. Se casó en 1586 con Doña Juliana de Aragón, hija del duque de Villahermosa don Martín de Aragón. Hizo su testamento el 10 de Diciembre de 1598. [1]

El licenciado Berrio, que firmó las primeras aprobaciones de las *Guerras*, tan a menudo reproducidas, era hombre muy conocido y estimado en su época. Nació en Granada al mediar el siglo XVI; su padre, Bartolomé Luis de Berrio, fué un celebérrimo abogado de la Chancillería granadina. Gonzalo Mateo de Berrio cursó la misma carrera que su padre, graduándose de bachiller en leyes el 22 de Abril de 1572, y poco después hízose licenciado. Era asiduo concurrente a las Academias poéticas de Don Pedro de Granada, y en la *Flor de poetas ilustres* de Pedro Espinosa se encuentran dos sonetos suyos. Le mencionan Cervantes, A. Rojas, y, sobre todo, en su *Laurel de Apolo*, Lope (Silva II, página 195).

> Mas ya quejoso el cielo y el decoro
> del cristalino Dauro,
> quiere que tenga oposición el lauro,
> que bastará el doctísimo Berrio,
> jurisconsulto insigne...

Su autoridad fué grande. Residiendo en Madrid en 1596, fueron sometidas a su aprobación la primera y la segunda parte de *Las guerras de Malta y toma de Rodas*, de D. Diego de Santisteban, y residiendo ya en Valladolid en 1602, *Las antigüedades y excelencias de Granada*, de su paisano y compañero de leyes Don Francisco Bermúdez de Pedraza. [2]

La segunda edición de las *Guerras* es la de 1597, en Valencia, «en casa de

---

[1] FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT: *Historia genealógica de los grandes de España*, tomo III, p. 494.

[2] ANGEL DEL ARCO: *Apuntes bio-bibliográficos de algunos poetas granadinos de los siglos XVI y XVII. (Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.* Año 1909, tomo I, páginas 426-430.)

Pedro Patricio, a costa de Juan Angelo Tabano, mercader de libros», muy probablemente el mismo Angelo Tabano que las hizo imprimir por primera vez en Zaragoza, 1595; dicha edición se encuentra en la Königliche Bibliothek de Berlín. Otro ejemplar se encuentra en la Nacional de Madrid, pero éste es «a costa de Felipe Pencipali y Roque Sonzeni, venecianos, en la plaza de Villa rosa». Fué descrita por Gallardo (*Ensayo de una biblioteca española*, tomo III, columna 1.204), y hablando del prólogo al lector de Angelo Tabano, no conociendo la edición princeps, añade «prólogo del impresor creo», es sencillamente el prólogo al lector de la edición de 1595, que no lleva, como la edición de 1604, mencionado el nombre de Angelo Tabano. Los dos ejemplares contienen la licencia de Çaragoça, a tres de Junio del año 1595, y la misma aprobación del D.r Juan Asensio, 10 Junio de 1597. El viaje que Pérez de Hita hizo a Madrid en 1585, como ya hemos dicho en la parte biográfica, acaso fué para solicitar una licencia de publicación, pero no se puede asegurar si fué para las *Guerras*, para su poema ó para otra obra desconocida.

¿Cómo esta obra fué impresa por primera vez en Zaragoza, tan lejos de la provincia donde residió siempre Hita y por Angel Tabano, «mercader de libros», veneciano, que se dice «vecino de la ciudad de Çaragoça» y que por dos veces en Zaragoza, 1595, y en Valencia, 1597, imprime a sus expensas las *Guerras civiles*? ¿Poseyó los manuscritos; y cómo? Sabemos por dos documentos, que se confirman, que un librero, Juan Dorado, *vecino de Murcia*, había comprado el original al autor por la suma de 70 ducados. Uno de esos documentos nos demuestra además que a esta obra tan rápidamente conocida y aceptada y que dejó tan hondas huellas en la literatura universal, le fué rehusada en Castilla la licencia de impresión. Véase el texto:

«Escritura de Miguel Serrano de Vargas, impresor, y Juan Berrillo librero, con poder de Juan Dorado librero, vecino de Murcia, diciendo que por cuanto dicho Dorado habia entregado á Miguel Serrano tres libros originales de las guerras civiles de Granada para que sacase licencia de su Majestad para poderlos imprimir el dicho Dorado y Miguel Serrano en compañia, y habiéndose negado dicha licencia, tiene tratado el Dorado entregarlos á Juan Berrillo, para que este los entregue á Ginés Perez de Hita, ó á sus herederos, y Miguel Serrano dijo que recibia tres ducados por cuenta de Dorado por los gastos ocasionados en las diligencias de sacar la licencia, aunque se gastaron mas de cien reales. Determinaron, por fin, enviar una persona á Murcia con 500 mvs. de salario, para que haga dicha entrega y se traiga la carta de recibo de los mismos y todo esto á costa del Dorado. El concierto con el autor habia sido darle *70 ducados* por los dichos originales. Madrid, 22 de Agosto 1604.—*Juan de Obregón*. (1604, fol. 950; Archivos de Protocolos).

Además este documento dice que constaba de tres libros originales, lo cual confirma el contenido de la aprobación fechada a 10 de Abril de 1610, firmada por «el doctor Molina capellan del Rey: el qual libro tiene tres partes» (aprobación de la edición de Cuenca, 1619, segunda parte).

«Aprobación.

»Por comission del supremo Consejo del Rey, nuestro Señor he visto el libro de las Guerras civiles de Granada y de las batallas particulares que [illegible]

Vega entre Moros y Christianos y de la rebelion de la dicha ciudad y Reyno: el qual libro tiene tres partes, y en los originales que se me entregaron, la primera y tercera parte estan escritas de mano, la primera en 559 hojas y la tercera en 466. y la segunda parte impressa en Alcala de Henares por Juan Gracian, año de 1604. Y es assi que aviendo yo corregido las dichas tres partes, en los lugares que huvo necesidad de correcion, con las dichas emiendas, a mi parecer, no queda en ellas cosa ninguna que sea contraria a nuestra santa Fe Catholica, ni a las buenas costumbres, y assi por esta razon, como porque los libros de Historias, por muchos respetos son utiles a la República, que aunque este interprete algunas fabulosas, no son sin provecho, pues sirve al entretenimiento: me parece sera bien dada la licencia para imprimir las dichas tres partes, y assi lo firmo de mi nombre. En Madrid 10. de Abril de 1610.—*El doctor Molina || Capellan del Rey N. S.*»

El segundo documento es un largo privilegio fechado el 4 de Junio de 1610 y firmado «yo el Rey», de la edición de la segunda parte en Cuenca, 1619.

«El Rey.

»Por quanto por parte de vos Juan Dorado, vezino de la Ciudad de Murcia, nos fue fecha relacion que vos aviades comprado un libro de las guerras civiles de Granada, y vando de los Cegries, y principio y fin de la destruicion del Reyno de Granada, el qual aviades comprado del autor Gines Perez de Yta, vezino de la dicha ciudad, el qual aviéndole presentado con aprovacion del licenciado Verrio, se avia perdido el original verdadero del propio autor de que haziades presentacion y porque al presente avia avido muchas personas que le avian impresso con licencia de los del nuestro Consejo, lo qual avia sido en notable perjuizio vuestro por aver comprado el dicho privilegio, y averos costado *más de ochocientos reales*, nos suplicastes os mandasemos dar privilegio para que de aqui a adelante nadie sino vos le pudiesse imprimir, o como la nuestra merced fuesse; lo qual visto por los de nuestro Consejo, y como por nuestro mandado se hizieron las diligencias que mande la prematica, por nos ultimamente hecha sobre la impression de los libros, fue acordado que deviamos de mandar dar esta nuestra cedula para vos en la dicha razon y nos tuvimos lo por bien, por lo qual os damos licencia y facultad para que por termino de diez años cumplidos primeros siguientes, que corran y se quenten desde el dia de la data desta nuestra cedula en adelante, vos o la persona que para ello poder vuestro tuviere, y no otra alguna, podays imprimir el dicho libro que de suso se haze mencion, y por la presente damos licencia y facultad a qualquier impressor de estos nuestros Reynos que vos nombraredes, para que durante el dicho tiempo le pueda imprimir por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricada cada plana, y firmada al fin del de Diego Gonçalez de Villaroel, nuestro escrivano de Camara de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes nos juntamente con el dicho original para que se vea si la dicha impression esta conforme a el, y traygays fee en publica forma como por el corretor por nos nombrado, se vio y corrigio la dicha impression con el dicho original, y mandamos al impressor que assi imprimiere el dicho libro, no imprime el principio, y primer pliego del ni entregue mas de un solo libro al autor o persona a cuya costa se imprimiere para efeto de la dicha correcion y tassa, hasta que antes y primero de dicho libro

este corregido y tassado por los del nuestro Consejo, y estandolo y no de otra manera pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el que seguidamente se ponga esta nuestra cedula y privilegio, y la aprovacion, tassa y erratas, y no lo podays vender ni vendays, vos ni otra persona alguna hasta que este el dicho libro en la forma susodicha, sopena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha pramatica, y leyes de nuestros reynos que sobre ello disponen, y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no la pueda imprimir ni vender, sopena que el que lo imprimiere o vendiere, aya perdido y pierda qualesquier, libros, moldes y aparejos que del tuviere, y mas incurra en pena de cinquenta mil maravedis, por cada vez que lo contrario hiziere: la qual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Camara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciere, y otra para el que lo denunciare, y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidente e Oydores de las nuestras audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerias y a otros qualesquier iusticias de todas las Ciudades, Villas y Lugares de los nuestros Reynos y señorios y cada uno en su juridicion, assi a los que agora son como a los que ser an de aqui adelante que os guarden y cumplan esta nuestra cedula y Merced que assi os hazemos, y contra ello no vaian, ni passen ni consientan ir ni passar en manera alguna, sopena de la nuestra merced y de diez mil maravedis para la Camara. Dada en Lerma a quatro dias del mes de Junio de mil y seiscientos y diez años.—*Yo el Rey.*

»Por mandado del Rey nuestro || Señor, *Jorge de Tovar.*»

Se ignora la historia rara y misteriosa de esos manuscritos perdidos por el comprador, y después encontrados como lo indica la aprobación, para ver la luz en el reino de Aragón.

En este texto no se trata solamente de la segunda parte, sino de la obra total por la que Juan Dorado pagó 800 reales de plata, que equivalen a los 70 ducados de oro del primer texto, refiriéndose, por consiguiente, a los manuscritos de las tres partes, y hay que suponer que a fines del año 1594 o comienzos de 1595, Juan Dorado compró a Pérez de Hita los manuscritos de su obra, y que estos manuscritos perdidos fueron impresos en Zaragoza, de donde resultaría que las primeras ediciones, Çaragoça, 1595, y Valencia, 1597, a costa de Angel Tabano, fueron ediciones furtivas. La primera licencia concedida a Juan Berrillo lleva la fecha del 17 de Junio de 1598 y está reproducida en la edición de Alcalá, 1601. Es la siguiente:

«Licencia

»Yo Miguel de Ondarça Zavala escrivano de cámara del Rey nuestro señor, de los que en el su Consejo, un libro intitulado las *Guerras civiles de Granada:* impresso con licencia del Rey nuestro Señor, de pedimiento de Juan Berrillo, librero vezino desta villa de Madrid, se dio licencia al susodicho para que por esta vez pueda imprimir el dicho libro por el dicho original que en el dicho Consejo se ha visto, que va rubricado y firmado al cabo del de mi el dicho Miguel de Ondarça Zavala: con que antes que se venda, lo trayga al dicho Consejo, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impression esta conforme a el. Y mandamos al impressor que ansi mismo imprimiere el

dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue mas de un solo libro con el original al autor o persona a cuya costa se imprimiere, y no otra alguna para efeto de la dicha correccion y tassa, hasta que primero este el dicho libro corregido y tassado por los Señores del dicho Consejo, estando ansi y no de otra manera pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y en el seguidamente se ponga este testimonio de la dicha licencia, tassa, y erratas, sopena de caer e incurrir en las penas contenidas en la pregmatica ultimamente fecha sobre la impression de los libros y leyes destos Reynos. Y para que dello conste, de pedimiento del dicho Juan Berrillo, di la presente en Madrid, a diez y nueve días del mes de Abril, de mil y seys cientos años. —*Miguel de Ondarça Çauala.*»

«Aprobacion.

»Por mandado de vuestra Alteza he visto este libro intitulado, *historia de Granada*, traduzido de Arabigo por Gines Perez de Hita, y no he hallado cosa contra nuestra sancta Fe Catolica, ni buenas costumbres. Es libro de entretenimiento y assi podra vuestra Alteza dar la licencia que pide, y este es mi parecer. En Madrid a diez y siete de Junio de mil y quinientos y noventa y ocho años.— *El licenciado Berrio.*»

Por consiguiente, en esta época, uno de los dos libreros en cuestión, editaba las *Guerras civiles*, y nueve años más tarde el Rey concedía una nueva aprobación a Juan Dorado. Pero ha de notarse que en 1595 estaba terminada solamente la primera parte. Las ediciones de Cuenca y Barcelona, 1619, llevan la fecha en la cual la segunda parte fué acabada: «Sacólas en limpio y acabólas Ginés Perez de Hita, vecino de Murcia, año 1597. A gloria y hōra de Dios todo poderoso nuestro Señor en 22. de Noviembre del dicho año». Juan Dorado compró la obra completa, entonces ¿qué debe pensarse acerca de estos dos textos? En las numerosas ediciones de las *Guerras* se puede notar que Ginés Pérez se encuentra mencionado una sola vez. Comisión de la edición de Barcelona 1619, segunda parte: «Y Ginés Pérez de Hita vezino de la ciudad de Murcia autor desta segunda parte ha trabajado bien en ella se le pueden permitir varias impressiones de su libro, 15 de Agosto de 1619.»

¿Cuándo se hizo la edición de la segunda parte? Acaso sea una edición perdida de 1604, mencionada en la aprobación del doctor Molina en Abril de 1610, que dice: «y la segunda parte impressa en Alcala de Henares por Juan Gracian, año de 1604». No es verosímil suponer que Pérez de Hita, habiendo acabado la segunda parte en 1597, esperara seis años para publicarla, cuando la primera parte había sufrido numerosas reimpresiones; hay por lo tanto que suponer la existencia de una edición anterior. Gallardo menciona una sin haberla visto de Madrid 1610, y ciertamente en esta fecha debieron existir ediciones de esta parte, según testimonian los privilegios insertos en las ediciones de 1619; pero la edición se desconoce. Juan Catalina y García menciona a su vez una edición de Alcalá 1612, que tampoco ha visto y cuyas ediciones no se encuentran en parte alguna. La primera edición que se posee es la de Cuenca 1619 reproducida el mismo año en Barcelona.

Wolf, en sus *Studien zur Geschischte der spanische National literatur* (Berlin

1859, p. 334), habla de una edición de Barcelona de 1619, edición de la segunda parte de las *Guerras civiles*, «por Esteban Liberos, a costa de Miguel Manescal».

«Die Ausgabe, von 1619—dice—enthält, wahrscheinlich aus der von 1610, die Widmung des Druckers Andres Miguel in Alonso del Pozo Palomino, und drei Sonette an Miguel gerichtet, worin er gelobt wird, diesen zweiten Theil endlich in Druck gelegt zu haben; denn heisst es in einem dieser Sonette: *En el centro del olvido sepultada... Estuvo un siglo la segunda parte de las guerras civiles de Granada.* Hita sorgt aber selbst an Schlusse seines Werkes dass er es vollendet und in's Reine geschriben den 22. Nov. 1597.»

No he podido encontrar esta edición que, según afirmaban, se hallaba en la Biblioteca Imperial de Viena, y que no existe en ella según el testimonio del Director de la dicha H. K. Bibliothek, no encontrándose tampoco en la de Munich. La Biblioteca Nacional de París y la Biblioteca Mazarine, así como la Nacional de Madrid, poseen una edición de Barcelona de 1619 por Esteban Liberos, a costa de Miguel Manescal; pero se limitan a reproducir con nueva licencia la de Cuenca del mismo año. Existe en la Biblioteca Nacional de Madrid una edición que concuerda en todo con la descripción hecha por Wolf, pero no de Barcelona 1619, sino más bien de Cuenca 1619.

El estudio de estas ediciones es interesante, no solamente desde el punto de vista bibliográfico, sino también desde el literario: Su número nos prueba el éxito de la obra, y su estudio minucioso manifiesta cómo desde muy pronto el texto primitivo fué modificado profundamente, y desde la edición de 1613 de Sevilla nos encontramos con dos tendencias distintas: una formada por las ediciones que siguen el texto de la princeps con el verdadero lenguaje de Hita, muy expresivo, mucho más que correcto; y la otra formada por las ediciones hechas conforme a la de Sevilla de 1613, dándonos un lenguaje modernizado y un texto cuya encantadora sencillez y fuerza de expresión han desaparecido.

He aquí la lista de las ediciones existentes en las Bibliotecas de París y Madrid:

Ediciones hechas sobre Zaragoza, 1595.	Ediciones hechas sobre Sevilla, 1613.
Valencia, 1597.	Málaga, 1613.
Lisboa, 1598.	Sevilla, 1633.
Lisboa, 1603.	Sevilla, 1638.
Alcalá, 1601.	Madrid, 1645.
Alcalá, 1604.	Madrid, 1655.
Barcelona, 1610.	Madrid, 1662.
Alcalá, 1610.	Madrid, 1680.
Alcalá, 1619.	Madrid, 1690.
Barcelona, 1619.	Madrid, 1720.
	Sevilla, 1731.
	Madrid, 1751.
	Madrid, 1757.
	Madrid, 1833.
	Madrid, 1847.

La mayor parte de las ediciones del siglo XVI y XVII están hechas sobre la de 1595, y las del siglo XVIII y XIX, todas sobre la de Sevilla 1613.

Las traducciones francesas del siglo XVII son curiosas de estudiar, no solamente como prueba de que el español era una lengua muy conocida en aquella época, sino también por las ingenuas notas contenidas en la edición de 1608. Los prólogos de estas traducciones enseñan, además, que si la obra fué muy apreciada en la época, la belleza y la importancia de los romances fué desconocida: «il y a aussi quelques romances qui sont desnuez de belles conceptions et n'ont rien qui les rende recommandables, mais il les faut prendre comme les faux tons que les bons musiciens font quelque fois à dessein, afin de relever après la Musique et la rendre plus agréable...», se dice en el prólogo de la edición de París, 1608; y algunos años más tarde, 1681, el traductor añade con desdén: «Je n'ay point traduit les romances parce qu'elles ne font que répéter en vers ce qui a été dit en prose et que celà fait languir l'attention et pû dégoûter le lecteur.»

Lenguaje y estilo de Hita.

Para estudiar el texto, el lenguaje y el verdadero estilo de Hita, es necesario tener en cuenta las ediciones siguientes:

Zaragoza, 1595, que designamos con la letra Z.

Sevilla, 1613, que designamos con la letra S.

Madrid, 1847, que designamos con la letra R.

Hay que rechazar toda suposición de neologismos en el lenguaje de Hita, opinión emitida por Aribáu, que no conoció, sin duda, una edición antigua de las *Guerras civiles de Granada*, sino un texto refundido y modernizado: «Una de las singularidades — dice — que más admiramos en Ginés Pérez de Hita, es que si se toma cualquier pasaje de su obra, nos parecerá escrito modernamente por una diestra pluma, después que el lenguaje ha participado del progreso de los conocimientos en materias ideológicas. Parece que adivinó el modo con que habían de hablar los españoles más de dos siglos después de él». [1]

Siempre siguiendo ediciones modernizadas, dice el señor Menéndez y Pelayo: «Su misma novela indica que no estaba muy versado en la lengua ni en las costumbres de los mahometanos, puesto que acepta etimologías ridículas y llega á atribuir á sus héroes el culto de los ídolos y á poner en su boca reminiscencias de la mitología clásica.» [2] Mitología, ídolos de oro y etimologías ridículas, todo eso no se encuentra en la edición de Zaragoza, 1595; todo eso fué introducido más tarde en la edición de Sevilla, 1613.

Gessner, siguiendo la edición de Rivadeneyra, observa que en la segunda parte de las *Guerras* predomina el plural *quienes*, y *quien* en la primera; lo cual proviene de que ésta fué modernizada. [3]

El estilo y la lengua de Hita no son ni más ni menos modernos que los de sus contemporáneos; el lenguaje es expresivo, y, como ya hemos dicho, más expresivo que correcto; el estilo, algo pesado. Hita no es un literato profesional, sino un soldado que narra sus aventuras, adornándolas con rasgos poéticos engendrados por su fantasía.

---

1 *Biblioteca de autores españoles*, tomo III, discurso preliminar, p. XXXVI.

2 *Origen de la Novela*, p. CCCLXXX.

3 *Zeitschrift für rom. Philologie*, XVII, p. 452.

Sin pretender hacer un estudio profundo de la lengua ni del vocabulario de Ginés Pérez, señalaremos algunas particularidades características; el sujeto precede casi siempre al verbo, y, frecuentemente, va éste precedido del complemento, que viene después del sujeto. Dice Z: «y si el gallardo moro passión en su alma sentía»; frase que aparece con esta forma en S y R: «Y asi como sentía el enamorado moro pasion en su alma...» El pronombre en Z sigue raramente al infinitivo: «En busca de Tarfe para le matar...» Construcción que no respeta S y R, que dan «matarle». Otros ejemplos de Z: «Y no parando hasta para le hallar y para le herir»; «por le acompañar», «para le poder defender», «para le hablar», «sin le saludar», «por le aver negado». El pronombre reflexivo *se* no sigue al infinitivo: «Para se casar», «y para execución de se herir», «no tuvo lugar de se poder apartar», «tuvieron por bien de se apartar», «sin se lo merecer». Emplea con preferencia el pronombre *lo, los* en lugar de *le, les:* «Reduán como los vió». Emplea poco el pronombre conjunto. Tiene gran predilección por los adjetivos, que aplica con mucha frecuencia: «El buen Lison», «el buen Quiñonero», «los honrados» ó «famosos caballeros», «el gallardo» ó «el valiente moro»: muchos de estos adjetivos no aparecen en S y R.

Á menudo los emplea de dos en dos: «La canción que muy delicada y muy nueva era»; «una muy delicada y cortesana lengua». El superlativo, bastante repetido, está formado con *muy:* «muy valiente», «muy hermoso». En algunos casos excepcionales se encuentra el superlativo en *íssimo* y siempre por adverbios: «Abenamar danzó con Galiana hermosissimamente». Á veces usa dos adverbios seguidos: «Muy hermosa y galanamente»; «muy subtil y delicadamente»; «los caballeros jugaron muy hermosa y diestramente». Forma los diminutivos con el sufijo *ico:* «alica», «manico» y «reyezico».

Otra particularidad del estilo de Ginés Pérez son las numerosas repeticiones de una misma palabra, en ocasiones hasta cuatro veces seguidas en una sola frase ó con algunas líneas de intervalo, como por ejemplo: «Muy grande fue la reputacion que cobro el valiente Muza de ser valiente caballero, pues nos quedo del valiente Maestre vencido como lo avian sido otros valientes caballeros»; «y no es de cavalleros adelantarse tanto como os adelantastes y aveys adelantado, y si no fuera...»; «Se dixo aquel Romance que dize»; «Harto tenian que la consolar, mas mal consuelo tenia, que no avia consuelo que la consolasse»; «La gran serpiente dio buelta a toda la plaza y enfrente de los miradores donde estava el Rey y la Reyna, la serpiente se paro lanzando muy gran fuego de si toda la serpiente fue quemada»; «Tocando muy sentidamente en Arabigo dixo esta sentida cancion».

Á cada paso aparecen en el transcurso de la narración oraciones enteras idénticas. «Recebia de le ver grande contento»; «a todas daba de le ver grande contento». Añade después de hacer la descripción de un caballero: «Con tanta gallardia que era cosa de mirar»; «Parecían tan bien con sus adargas que era cosa de mirar»; «que era cosa de mirar»; «que era cosa de ver»; «que era gloria de oyrlas». «La servia en todo quanto podía»; sin omitir: «mas viendo que el desconsuelo no les valía nada»; «mas viendo que el desconsuelo no remediava su pena», con que Moros ó Cristianos se combatían igualmente. Describiendo trajes ú ornamentos, para ponderarles usa la frase «de mucha costa». No habla de armas ó armaduras sin añadir «hecho en Damasco de fino temple»; «y una rica jacerina que el tenia labrada en Damasco».

Es de lamentar que S y R hayan suprimido muchas de esas fórmulas, reflexiones inocentes que parecen resumir toda la belleza y la magnificencia de las cosas entrevistas por el autor y que dan un carácter particular á su estilo.

Estas repeticiones y estas fórmulas hacen decir a un traductor de 1608: «au reste l'on ne peut reprocher a ce livre qu'une grande naïveté qui se voit dans tous les discours des uns et des autres: mais je l'estime beaucoup en cette histoire, de mesme qu'on fait ordinairement plus d'estat des fleurs d'un jardin que de celles que les filles curieuses font d'or et de soye dedans une chambre».

Algunas expresiones y algunas palabras le son familiares; como, por ejemplo, «barahunda», que S y R reemplazan por *cuestion*, *disensión* y *revolución*. Emplea siempre «á la par de si», y no «junto á si» como dicen S y R y que nunca se encuentra en Z. Igualmente dice «á esta sazón» y jamas «á esta hora (S y R). Su expresión favorita, por «cenar», es «tener de mesa», «sentar á mesa»; como, por ejemplo: «aquella noche tuvo el Rey de mesa todos los cavalleros del fuego»...; y no como traducen S y R: «aquella noche cenaron con el Rey todos los del fuego»; «La Reina tuvo de mesa las mas principales damas de Granada» (Z); «con la Reina cenaron...» (S y R); «y sentado á la mesa despues os contare cosa...» (Z); «cenemos y despues os contare cosas...» (S y R). Se encuentran en Pérez de Hita vocablos hoy desusados, como *mesura* y *hacer mesura*, muy frecuentemente empleada en Z y nunca en S y R. Otras locuciones antiguas son: «llorando de sus ojos», «levantándose en pie», «y al cabo de gran pieça fueron venidos», «al cabo de una pieça», «en poca pieça»; y nunca en poco tiempo, «y siendo hora de la una».

Se complace en hacer digresiones para describir las actitudes, describiendo los menores detalles: «La hermosa Daraxa salio todo de azul, su Marlota era de muy fino Damasco; la marlota estava toda golpeada por muy delicado modo y estava aforrada en muy fina tela de plata de modo que por los golpes se parecia su fineza y todos los golpes tornados de lazos de oro» (Z). Y véase en cambio la descripción dada por S y R: «la bella Daraxa salio de azul, la marlota de damasco forrada de tela de plata que descubria por las picadurias la fineza de la tela».

Z tiene trozos dialogados, mientras que S y R reemplazan frecuentemente el discurso directo por el indirecto. En cuanto a la transición del diálogo a la narración, la verifica mediante un gerundio o como en los ejemplos siguientes: «y pues nos viene a cuenta»; o aun «la hermosa Fátima quisiera responder, mas no hubo lugar porque entró en la plaza...»; «Reduan quisiera replicar a la hermosa Dama, mas no tuvo lugar porque entró...»

La edición de Sevilla, 1613, es la primera que se separa del texto de la de Zaragoza, 1595; corrige el estilo, a veces pesado e incorrecto, de Pérez de Hita; suprime la mayoría de los adjetivos, repeticiones, digresiones y detalles, debilitando el encanto y haciendo desaparecer la gracia del original en todo lo que éste tiene de vivo y realista.

EDICIONES

DE LAS

GUERRAS CIVILES DE GRANADA

PRIMERA PARTE

EDICIONES ESPAÑOLAS

Zaragoza 1595.

(Biblioteca Nacional de París; Ob. 58.—Königliche Bibliothek de Berlín; Qn. 4.914.

Valencia 1597.

Historia de los bandos de los Cegries y Abencerrages cavalleros moros de Granada, de las civiles guerras que hubo en ella, y batallas particulares que hubo en la Vega entre Moros y Christianos hasta que el Rey D. Fernando quinto la ganò.

Traducido en castellano por Ginés Perez. Corregida y enmendada en esta segunda impression. Con licencia y privilegio. Impresso en Valencia en casa de Pedro Patricio, año 1597. A costa de Juan Angelo Tabano, mercader de libros.

Aprobación del Dr. Juan Asensio, 10 de Junio de 1597.—Licencia de Çaragoça 1595.—Prólogo de Juan Tabano al lector.—Tabla de los capítulos.—164 hojas sin 4 de principios.—Al fin: Impreso en Valencia en casa de Pedro Patricio, junto á San Martin, año 1597.

(Königliche Bibliothek de Berlín; Qn. 4.924.)

Segunda impresión, hecha como la primera á costa de Juan Angelo Tabano. Gallardo (*Ensayo de una biblioteca española*, t. III, col. 1207) describe otro ejemplar de esta misma edicion, que presenta solamente esta particularidad: en lugar de «a costa de Juan Angelo Tabano», se encuentra: «a costa de Felipe Pencinali y Roque Sonzeni venecianos, a la plaza de Villa Rosa». Describiendo la edición nota el prólogo «al lector» y añade: «Prólogo del impresor

creo»; no es otro dicho prólogo sino el de Angel Tabano de la edición princeps, pero sin el nombre de este último, como se encontrará en la edición de Valencia 1604.

Alcalá de Henares 1598.

(Mencionada en el Catálogo de la Biblioteca de Salvá; t. II, p. 172.)

Madrid 1598.

(Mencionada en GALLARDO: *Ensayo ae una Biblioteca española;* t. III, col. 1.204.)

Alcalá de Henares 1601.

Historia de || los vandos de los Zegries || y Abencerrages Cavalleros Moros de Granada || de las civiles guerras que huvo en ella, y batallas || particulares que huvo en la Vega entre Moros || y Christianos, hasta que el Rey don || Fernando quinto la || ganó. ||

Agora nuevamente saca || do de un libro Arabigo cuyo autor de vista fue un || moro llamado Aben Hamin natural de || Granada. Tratando desde su fundacion. || Traduzido en castellano por Gines Perez de Hita, vezino de la || ciudad de Murcia. Con licencia || en Alcala de Henares || en casa de Juan Gracian, que sea en || gloria, Año 1601.

ERRATAS.—(Á la vuelta de la portada.)

APROBACIÓN.—Por mandado de vuestra Alteza he visto este libro intitulado, historia de Granada, traduzido de Arabigo por Gines Perez de Hita, y no he hallado cosa contra vuestra Sancta Fe Catholica, ni buenas costumbres. Es libro de entretenimiento y assi podra vuestra Alteza dar la licencia que pide, y este es mi parecer. En Madrid a diez y siete de Junio de mil y quinientos y noventa y ocho años.—*El licenciado Berrio.*

LICENCIA.—Yo Miguel de Ondarça Zavala escrivano de camara del Rey nuestro Señor, de los que en el su Consejo residen: doy fe, que aviendose visto por los señores del dicho Consejo, un libro intitulado las Guerras civiles de Granada: impresso con licencia del Rey nuestro Señor, de pedimiento de Juan Berrillo, librero vezino desta Villa de Madrid, se dio licencia al susodicho para que por esta vez pueda imprimir el dicho libro por el dicho libro original que en el dicho consejo se ha visto, que va rubricado y firmado al cabo del de mi el dicho Miguel de Ondarça Zavala: con que antes que se venda, lo trayga al dicho consejo, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impression esta conforme a el. Y mandamos al impressor que ansi mismo imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue mas de un solo libro con el original al autor o persona a cuya costa se imprimiere, y no otra alguna parte efeto de la dicha correccion y tassa, hasta que primero este el dicho libro corregido y tassado por los Señores del dicho consejo, estando ansi y no de otra manera pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y en el seguidamente se ponga este testimonio de la dicha licencia, tassa y erratas, sopena de caer é incurrir en las penas contenidas en la pregmatica ultimamente fecha sobre la impression de los libros y leyes destos Reynos. Y para que dello conste, de pedimiento del dicho Juan Berrillo di la presente en Ma-

drid a diez y nueve dias del mes de Abril de mill y seys cientos años.—*Miguel de Ondarça Çavala.*

Dedicatoria de Angel Tabano Al ilustrissimo Señor don Juan de Aragon.—Angelo Tabano al lector.—Sonetos de la edicion de Zaragoza 1595.—307 hojas sin preliminares y tabla.—En 8.º

(Biblioteca Nacional de Madrid; 2-42.408.)

Alcalá de Henares 1604.

Descrita por Juan Catalina García, *Ensayo de una tipografía complutense.*

Historia de los vandos de los Zegries y Abencerrages Cavalleros Moros de Granada...

Tassa.—Aprobación del licenciado Berrio.—Licencia a Alonso Pérez, librero de Madrid: en Valladolid 15 de Octubre de 1603.—Erratas.—Dedicatoria á Don Juan de Aragón.—Angelo Tabano al lector.—Sonetos.—Tasa.—Texto.—Colofón.

La disposición de ésta y de la anterior edición (1601) concuerdan, así como los tipos, aunque son diferentes, según demuestran, no sólo el año, sino un examen atento; pero á primera vista se confunden muy fácilmente.

En 8.º—Ocho hojas de principios y 307 foliadas de texto.

Unica edición que cita Nicolás Antonio:

Biblioteca Hispana Nova (t. I): Genesius Perez de Hita, Murciae urbis incola, credi voluit ex Arabico Aben Hamidi Granatensis libro De Hispanis hominibus communicasse, quod ad Milesiacas referimus sponte nugas, opus scilicet: Historia de los bandos de los Zegries y Abenzerrages Cavalleros Moros de Granada y las guerras que huvo en ella: Duabus partibus. Compluti 1604 aliud. 8. Matritique anno 1631. in 8. Quod opus tamen allubescit plurimun otiosis et 1655 in 8.º non agentibus.

(Mencionada también en GALLARDO, *Ensayo de una biblioteca española*, tomo III, col. 1.204.)

Barcelona 1604.

Historia || de los vandos || de los Zegries y Aben || cerrages Cavalleros Moros de Granada, de las civi- || les guerras que huvo en ella, y batallas particu || lares que huvo en la Vega entre Moros y Christianos hasta que el Rey Don || Fernando Quinto la ganó. || Agora nuevamente sacada de un libro aravigo, cuyo autor de vista fue un Mo- || ro llamado Aben Hamin, natural de Granada || tratando desde su fundacion. || Traduzida en castellano por Ginés Perez. Cor- || regida y emendada en esta *segunda* || *impression.* || (Escudo) || En Barcelona 1604. || Con licencia.—A costa de Raphael Nogues Librero.—Aprobación de Valencia en 10 días del mes de Junio de 1597.—Imprimatur de Barcelona 1604—Licencia de la edición de Zaragoza 1595.—Dedicatoria de Angelo Tabano á Don Juan de Aragón.—Prólogo al lector.—264 folios sin los preliminares.—En 8.º—Al fin: Impressa en Barcelona en ca || sa de Joan Amello Im- || pressor.—Año || 1604.—Tabla de los capitulos || que se contienen en este libro de la historia de Granada.

(Biblioteca Nacional de Paris, Ob. 58 B.)

Valencia 1604.

Historia || de los vandos || de los Zegries y Aben- || cerrajes Cavalleros Moros de Granada, de las || Civiles guerras que huvo en ella, y batallas || particulares que huvo en la Vega entre Moros y Christianos, hasta que el || Rey don Fernando V || la ganó. || Agora nuevamente sacada || de un libro aravigo, cuyo autor de vista fue un Moro || llamado Haben Hamin natural de Granada. || Tratando desde su fundacion. || Traduzida en Castellano por Ginés Pe- || rez. Y corregida y emendada en esta || ultima impression. || Impressa en Valencia, en casa de Pedro || Patricio, año 1604. || A costa de Miguel Borras, Mercader de libros || delante la puerta de los Apostoles.

En el año de mil quatrocientos y ochenta y || dos, començo la conquista de Granada el Rey || Catholico Don Fernando, y fue tomada de po- || der de Moros a doze dias del mes de Enero, año || de mil quatrocientos y noventa y dos.

Yo Pedro Joā Assensio Doctor en Santa Theologia por comission del Doctor Francisco Virgilio Vicario general y Oficial en el Arçobispado de Valencia, por Don Joan de Ribera Patriarcha de Antiocha y arçobispo de Valencia del consejo de su Magestad: he visto este libro intitulado, Historia de los vandos de los Zegries y Abencerrages Cavalleros Moros de Granada etc... En el qual no he hallado cosa repugnante a nuestra santa fe Catholica, antes es libro curioso para entretenimiento de gente desocupada y ansi digo que se puede imprimir. En fe de lo qual lo firme de mi nōbre en 10. dias del mes de Junio de 1597.— *Petrus Joannes Assensius.*

Prólogo al lector de Angel Tabano.—570 páginas sin los preliminares y tabla. Al fin: Laus Deo || En Valencia || por Pedro Patricio Mey, junto || a San Martin, año de || 1604.

(Biblioteca Nacional de París; Ob. 58-C.)

Málaga 1606.

(Mencionada en el Catálogo de la Biblioteca de Salvá; t. II, p. 172.)

Sin lugar 1606.

(Bristish Museum.)

Alcalá de Henares 1610.

Historia de || los vandos de los Zegris || y Abencerrages Cavalleros Moros de Granada que huvo en ella y batallas || particulares que huvo en la Vega entre || Moros y Christianos hasta que el || Rey Don Fernando Quinto || la ganò. || Agora nuevamente sacada || de un libro arabigo cuyo autor de vista fue un Moro || llamado Aben Hamin, natural de Granada. || Traduzida en castellano por Ginés Perez || de Hita vezino de la ciudad de Murcia. || Con licencia || en Alcala de Henares || en casa de Juan Gracian que sea en gloria, año de 1610.

Licencia.—Don Felipe por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragon, de las dos Sicilias por quanto por parte de vos Manuel Rodriguez, mercader de libros, vezino desta villa de Madrid nos fue fecha relacion que con licencia nuestra se avia impresso un libro llamado Historia de Granada: la qual

dicha licencia se avia cumplido y acabado y avia [illegible] la mandasemos prorrogar por otros diez años mas, o por el que fuessemos servido, o como la nuestra merced fuesse. Lo qual visto por los del nuestro Consejo fue acordado que deviamos de mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razon. Y nos tuvimos lo por bien, por lo qual os damos licencia y facultad para que por una vez podays imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención, por su original, que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin de Alonso de Vallejo nuestro escrivano de Camara, uno de los que en el nuestro Consejo residen, y con que antes que se venda, lo traygays ante ellos juntamente con su original, para que se vea si la dicha impresion esta conforme a el, o traygays fee en publica forma, de como por corrector por nos nombrado, se vio y corrigio la dicha impression por el dicho original y se os taste el precio porque se han de vender so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en las leyes pregmáticas de nuestros Reynos, que sobre ellos disponen. De lo qual mandamos dar, y dimos esta nuestra carta sellada con nuestro sello y librada por los del nuestro Consejo. Dada en Madrid a veynte y tres dias del mes de Mayo de mil seyscientos y nueve años.—*El Patriarca.—El licenciado D. Diego Lopez de Avala.—El licenciado Pedro de Tapia.—El licenciado don Diego Aldrete.—El licenciado Martin Fernandez Portocarrero.*

Yo Alonso de Vallejo escrivano de Cámara del Rey Nuestro señor la fize escrivir por su mandado con acuerdo de los de su Consejo.—*Alonso de Vallejo.*

Aprobación del licenciado Berrio 17 Junio de 1598.—Erratas.—Dedicatoria de Angelo Tabano a Don Juan de Aragon.—Tabano al lector.—Soneto de Juan Ripoli a Tabano.—Otro italiano de un amigo.—Otro al valor de España en armas y letras.—Tabla.—Texto.—Señas de impression.

En 8.° de 307 hojas sin los preliminares.

(Biblioteca Nacional de Madrid, R-13.384.)

Barcelona 1610.

Historia || de los vandos || de los Zegries y Aben || cerrages cavalleros moros || de Granada, de las civiles guerras que uvo en ella y ba- || tallas particulares que uvo en la Vega entre Moros || y Christianos, hasta que el Rey don Fer- || nando Quinto la ganó. || Agora nuevamente sacada || de un libro arauigo, cuyo autor de vista fue un Moro llama- || do Aben Hamin, natural de Granada. Tratando || desde su fundacion. || Traduzido en Castellano por Gines Perez. Corregida y || emendada en esta ultima impression. || (Caballero armado en un caballo enjaezado llevando una grande bandera) Año M . D . C . X. || En Barcelona || en la Emprenta de Sebastian Marevad, y Lorenço Déu || A costa de Geronymo Genoves, Mercader de libros.

Imprimatur de Valencia 1597.—Licencia de 1595.—Dedicatoria de Angelo Tabano á Don Juan de Aragon de la edición de 1595.—Angelo Tabano al lector.—En 8.°, de 283 hojas sin los preliminares.

Siguiendo la hoja 283, cuatro hojas en blanco y: Tabla de los capitulos que se contienen en este libro de la || historia de Granada.

(Biblioteca Nacional de Madrid; 2-42.415.—Biblioteca Nacional de París; Ob. 58-D.—Königliche Bibliothek de Berlin, Qn 4935.—H. H. Hofbibliothek de Viena; * 35, T-94.

Alcalá de Henares 1612.

Historia de los bandos de los Zegries y Abencerrages.
En Alcalá de Henares por Juan Garcian 1612.
En 8.º—Lleva la 2.ª parte y la citan varios bibliógrafos.

(Mencionada en Juan Catalina García: *Ensayo de una Tipografía complutense.*

Madrid 1610.

(Mencionada en Gallardo: *Ensayo de una Biblioteca española;* t. III, col. 1.204.)

Málaga 1613.

Historia de || los vandos de los Ze || gris y Abencerrages Cavalleros Moros de || Granada y las civiles guerras que uvo en || ella y batallas particulares que uvo en la ve || ga entre Moros y Christianos hasta que el Rey don Fernando Quinto la ganò. Impresso en Málaga por Juan Rene || Año de 1613 || A costa de Alonso de Madrid || mercader.

Aprobación del licenciado Berrio 17 de Junio de 1598.

Licencia.—Yo Gonçalo de la Vega escrivano de Cámara del Rey nuestro señor, y uno de los que en su Consejo residen, doy fe que por los señores del dicho su consejo se dió licencia á Maria Ramirez biuda, para que por esta vez pudiesse imprimir y vender por el original un libro, que ante los dichos señores del Consejo presente, que otras vezes con su licencia a sido impresso intitulado Historia de Granada, traduzido de arabigo por Gines Perez de Hita, que va rubricado de mi rubrica y firmado al fin de mi nombre. Con que despues de impresso, antes que se venda, le trayga antes los dichos señores del consejo, juntamente con el original, para que se vea si la dicha impresion esta conforme a el. Y que se trayga fe en publica forma, como por el corretor nombrado por su mandado se vio y corrigio la dicha impression por el dicho original. Y que assi el impressor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego del, ni entregue más de un solo libro con el original al autor ó persona a cuyo coste se imprimiere ni a otra persona para efeto de la dicha corrección y tassa, hasta que dicho libro este corregido y tassado por los dichos señores del Consejo, y estando hecho y no de otra manera pueda imprimir el principio y primer pliego del, en el qual seguidamente ponga esta fe y la aprovacion, tassa y erratas, so pena de caer y incurrir en las penas contenidas en la premactica y leyes destos reynos, que sobre la impression de los libros dispone. Y porque dello conste de pedimiento de la dicha Maria Ramirez biuda, y mandamiento de los dichos señores de la presente. Que es fecha en Madrid a primero dia del mes de Julio de 1597 años.—*Gonçalo de la Vega.*

Tabla.

En 8.º de 302 hojas sin los preliminares.

(Biblioteca Nacional de Madrid; R.-11.917.)

Sevilla 1613.

Historia || de los vandos de || los Zegris y Abencer- || rages cavalleros moros de Granada, y las || civiles guerras que uvo en ella: y batallas || particulares,

q̃ tuvieron en la Vega, entre || Moros y Christianos, hasta que el Rey || don Fernando Quinto la ganó. || Aora nuevamente sacado de un libro Arabigo, cuyo autor de vista fue un Moro || llamado Aben Hamin, natural de Granada || Tratando desde su primera fundacion. || Traduzida en castellano por Gines Perez de Hita, vezino de la Ciu- || dad de Murcia. Y en esta ultima impres- || sion corregida y emendada. || Con licencia || en Sevilla por Matias Clauijo, 1613.

Approbacion.—Por mandado de vuestra alteza e visto este libro intitulado, historia de Granada, traduzido de Arabigo, por Ginés Perez de Hita: y no e hallado cosa contra nuestra santa fe Catholica, ni buenas costumbres. Es libro de entretenimiento, y assi podra vuestra Alteza dar la licencia que pide: y este es mi parecer. En Madrid a diez y siete de Junio de mil y quiñientos y noventa y ocho años.—*El Licenciado Berrio.*

Erratas.

Licencia.—Don Felipe por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de los dos Cicilias, de Jerusalem, de Portugal, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña...

Por quanto por parte de vos Pedro de S. Maria librero, vezino de la Ciudad de Sevilla, nos a sido fecha relacion que con licencia nuestra se auia impresso el libro intitulado Vandos de Grenada, que era el que se presentava; el cual era historia apacible, y digna de saber, y util y provechosa para personas de buen entendimiento nos fue suplicado vos mandassemos dar licencia, para imprimir el dicho libro, o como la nuestra merced fuesse: Lo qual visto, por los del nuestro Consejo, fue acordado que deviamos mandar dar esta nuestra carta para vos, en la dicha razon, y nos tuvimoslo por bien. Y por la presente os damos licencia y facultad, para que por esta vez, vos o la persona que vuestro poder uviere, y no otra alguna, podays imprimir y vender el dicho libro, que de suso se hace mencion, en todos estos nuestros Reynos de Castilla por el original q̃ en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado e firmado a el fin del, de Miguel de Ondarça çauala nuestro secretario de Camara de los que en el nuestro Consejo residen: Con que antes que se venda le traygays ante ellos juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impression esta conforme a el, e traygays Fe en publica forma, en como por corretor por nos nombrado se vio y corrigio la dicha impression por el original. Y mandamos a el impressor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue mas de un solo libro con el original, a la persona a cuya costa le imprimiere. De lo qual mandamos dar y dimos esta nuestra carta, sellada con nuestro sello, y librada por los del nuestro Consejo. Dada en la villa de Madrid a 20. dias del mes de Noviembre de 1612 años.—*Miguel de Ondarça çauala.*

Tassa.—Yo Miguel de Ondarça çauala escrivano de Camara de su Magestad de los que en el su Consejo residen, doy fe que aviendose presentado antes los señores del dicho Consejo y visto por ellos un libro intitulado guerras civiles de Granada que con licencia de los dichos señores a sido impresso por Pedro de Santa Maria, mercader de libros vezino de la ciudad de Sevilla, tassaron cada pliego del dicho libro en papel a tres maravedis y medio, y a este precio y no a mas mandaron que se vendiesse el dicho libro; y que en cada cuerpo dellos se ponga esta tassa para que dello conste, de pedimiento de la parte del dicho Pedro de Santa Maria, y mandado de los dichos señores, di esta fe: en

la villa de Madrid a quatro de Mayo de 1613. años y en fe dello lo firme.—*Miguel de Ondarça çauala.*

Al ilustrisimo || Señor don Juan de Aragon, prólogo de 1595.

Angelo Tabano al lector.

Soneto de Juan Ripoll a Angelo Tabano.—Soneto de un amigo, en italiano.

Soneto al valor de España en armas y letras (sonetos de 1595).

Tabla de || los capitulos que || se contienen en este libro.

En 8.º de 272 hojas sin los preliminares.

Al fin: En Sevilla || por Matias Clauijo || M . DC . XIII.

(Biblioteca Nacional de Madrid; 2-42.412.—Biblioteca Nacional de París; Ob. 58-E.)

Valencia 1613.

(Mencionada en el Catálogo de la Biblioteca de Salvá; t. II, p. 172.)

Alcalá de Henares 1619.

Historia || de los vandos || de los Zegries y Aben- || cerrages, cavalleros moros de Granada || y las civiles guerras que uvo en ella, y batallas || particulares que uvo en la Vega entre Moros y || Christianos, hasta que el Rey don Fer- || nando Quinto la gano. || Agora nuevamente sacado || de un libro arabigo cuyo autor de vista fue un Moro || llamado Aben Hamin natural de Granada. Tratando || desde su fundacion || Traduzido en castellano por Gines Perez || de Hita vezino de la ciudad de Murcia. || Con licencia || en Alcala, en casa de Juan Garcian, que sea || en gloria. Año de 1619 || A costa de Antonio Sanchez, mercader de libros.

Licencia.—Di esta fee en la Villa de Madrid a veynte y cinco de Junio de mil y seycientos y diez y ocho años.—*Pedro Montemayor* || *del Marmol.*

Tassa.—Yo Pedro Montemayor del Marmol, Escrivano de Camara de su Magestad, y uno de los que en su consejo residen, doy fee, que aviendose visto por los señores del dicho real consejo, un libro que con su licencia fue impresso, intitulado Guerras civiles de Granada, tassaron cada pliego del dicho libro á quatro maravedis, el qual parece tiene quarenta pliegos, que al dicho respeto monta cinco reales menos diez maravedis, y al dicho precio, y no mas mandaron se vendiesse cada cuerpo, y que esta fee de tassa se ponga en cada cuerpo del, y para que dello coste de mandamiento de los dichos señores del Consejo: di esta fee en Madrid a seys de Julio de mil y seycientos y diez y nueve años.

Erratas...

con estas emiendas concuerda este libro con su original. Dado en Alcala a 1 de Julio de 1619. años.—*El corrector* || *El. M. Sebastian de Lirid.*

Aprobacion del licenciado Berrio de Madrid 1598 (edición de Sevilla 1613).

Al ilustrissi || mo señor Don Juan || de Aragon (edición de 1595).

Angelo Tabano al lector.

Soneto de Juan Ripoll á Angelo Tabano.

Soneto en italiano de un amigo.

Soneto al valor de España en armas y letras.

Tabla de || los capitulos que se || contienen en este libro de la Histo- || ria de Granada.

En 8.º de 304 hojas sin los preliminares.

Al fin del libro, las palabras: Laus Deo.

A la vuelta de la hoja 304: Con licencia [illegible] en casa de Juan || Gracian, que sea en || gloria año || 1619. || A costa de Antonio Sanchez || mercader de libros.

Se encuentra la misma edición en la [illegible] Madrid (U-2.949), y en la Biblioteca Nacional de París (Ob. 58-F.).—El ejemplar de la Nacional de Madrid perteneció á Francisco de Castro, obispo de la Guardia, 1643, que le encuadernó en becerrillo, grabando en oro sus armas.

Cuenca y Madrid 1619.

(Mencionadas en GALLARDO *Ensayo de una* [illegible]

Valencia 1623.

(Mencionada en el Catálogo de la Biblioteca de Salvá; t. II, pág. 172.

Madrid 1631.

(Königliche Bibliothek de Berlin, Qn. 4.034.—H. H. [illegible] 35, L-41.)

Sevilla 1633.

Historia || de los vandos || de los Zegries y Abencerrages [illegible] Granada.

Con licencia || impresso en Sevilla por Pedro Gomez de || Pastraña. Año 1633.

Aprobación del licenciado Berrio 17 de Junio de 1598.

Tassa.—Suma de la licencia de Madrid 1627.—268 hojas sin los preliminares. Tabla y al fin de la tabla: Con licencia || impresso en Sevilla por Pedro Gomez de Pastraña. Año 1633.

(Biblioteca Nacional de Madrid; 2-42.424.)

Sevilla 1638.

Historia de los vandos de los Zegris y Abencerrages cavalleros moros de Granada.

Impresso en Sevilla por Pedro Gomez de Pastraña.

Aprobación del licenciado Berrio Madrid 1598.

ERRATAS.—268 hojas sin los preliminares.

(Biblioteca Nacional de Madrid; R.-13.379.—Bristish Museum.)

Madrid 1645.

Historia || de los vandos || de los Zegries y [illegible] de Granada: y las civiles guerras que huvo || en ella, hasta que el Rey D. Fernan- || do el Quinto la ganó. [illegible] Hita, vezino de la ciudad || de Murcia. || Dirigida a Don Alexandro || Carmenate. [illegible]

Año 1645. || Con licencia. || En Madrid, en la Imprenta Real, año 1645. || A costa de Francisco Serrano mercader de libros.

Dedicatoria de Francisco Serrano a Don Alexandro Carmenate.

Licencia.—Concedieron licencia los señores del Consejo para que por una vez se pueda imprimir este libro intitulado, Guerras civiles de Granada, fue fecha en treinta y uno de Mayo de mil y seiscientos y quarenta y cinco años, como mas largo consta de su original. En el oficio de Pedro Fernandez Herran.

Fe de erratas.—Tassa.—Tabla de los capitulos.—308 hojas sin los preliminares y tabla.—In 8.°

(Biblioteca de San Isidro.)

Barcelona 1647.

(Biblioteca general de Lisboa.)

Madrid 1647.

(Mencionada en el Catálogo de la Biblioteca de Salvá; t. II, p. 172.)

Madrid 1652.

(H. H. Hofbibliothek de Viena; * 35, X-4.)

Madrid 1655.

Historia || de los vandos || de los Zegries y Abencerrages cavalle- || ros Moros de la ciudad de Granada.

Con licencia. En Madrid. Por Pablo del Val || Año de 1655 || A costa de Juan de Valdes mercader de libros.

Licencia a favor de Juan de Valdes. Madrid 1 de diziembre de 1655.—Tassa. 267 hojas sin preliminares y tabla.

Lleva esta nota manuscrita en la primera hoja blanca, precediendo la portada: «Esta historia fue escrita en arabe por Aben Hamin y la traducción de Ginés Perez de Hita se imprimió in 8.° en Alcala año || 1598 y 1604 y en Valencia año 1613 y en Madrid año 1631 y ahora 1655.»

(Biblioteca Nacional de Madrid; 2-42.433.)

Valencia 1659.

(H. H. Hofbibliothek de Viena; 26.625-A.)

Málaga 1660.

(Bristish Museum.)

Sin lugar 1660.

(Bristish Museum.)

Madrid 1662.

Historia || de los vandos || de los Zegries y Aben || cerrages cavalle || ros moros de la ciu- || dad de Granda. || y las Civiles Guer- || ras que huvo en ella hasta que el || Rey Don Fernando el Quin- || to la ganò. Traduzida en cas-|| tellano por Ginés Perez de Hita || vezino de la ciudad || de Murcia. || Con licencia. En Madrid. Por Pablo del Val. || Año de 1662. || A costa de Juan de Valdes, Mercader de libros.

Licencia de Pedro Hurtiz de Spiña a favor de Juan de Valdes mercader de libros.—Tassa.—Fee de erratas.—263 hojas sin los preliminares.—In 8.°

Faltan los últimos romances:

«Estando el Rey don Fernando
en conquista de Granada»...

y los dos

«Rio verde, rio verde»...

faltan sin duda las hojas. Se termina en la hoja 262 v. por un grabado representando una cesta llena de flores y frutas, con granadas en el medio.

Madrid 1662.

Historia || de los vandos || de los Zegries y Aben- || cerrages, cavalleros moros || de Granada. Y las civiles guerras que huvo en || ella, hasta que el Rey don Fernando el || Quinto la ganò. || Traducida en castellano || por Ginés Perez de Hita, vezino de la ciudad || de Murcia. || Dirigida || Al Excelentisimo Señor Don Gaspar Tellez || Giron y Sandoval, Duque de Osuna, Duque de || Uzeda, Conde de Ureña, Marques de Peñafiel || y de Belmonte, Camarero mayor de su Ma- || gestad, Notario mayor de los Reinos de Castilla. || Clavero de la orden de Calatrava, Thesorero || perpetuo de la Casa Real de la Moneda de || Madrid. Capitan general del Exercito || y fronteras de Castilla la || Vieja ectc... || Con licencia. En Madrid, por Julian de Paredes, || Impressor de libros, en la Plaçuela del Angel, || Año 1662.

Excmo. Señor:

Delito fuera dedicar este libro de las Guerras de Granada, que he impresso, a otro Principe que a V. Exc. tan propio por tantos titulos, pues la principal parte del, le ilustra aquel valeroso heroe, tan decantado en las historias, el Maestre de Calatrava Don Rodrigo Tellez Giron, cuchilla cortante de cabeças barbaras, de la generosa casa de V. Exc. que dio tantas vitorias a los Catolicos Reyes Don Fernando el V. y D. Isabel en la conquista del reino de Granada, a quien han imitado los gloriosos antecessores de V. Exc. ya en los mares, ya en la tierra. Y pues V. Exc. se halla oy con las armas en la mano, siendo rayo de aquel sol, poniendo freno y castigando al Rebel de Portugues, siendo Capitan general de los de nuestro Quarto Monarca Felipe el Grande (que Dios guarde) á cuyo exemplo se disciplinan tantos Cabos, y Soldados que militan debaxo de su baston, con justa razon dedico este libro y consagro mi afecto, suplicando perdone mi atrevimiento, y tenga en su gracia, como al menor criado de su

casa, y ruego á Nuestro Señor le guarde, con las felicidades que sus criados deseamos.

De V. Exc. su menor criado, *Julian de Paredes.*

Tassa.— Erratas.

Licencia.—Luis Vazquez de Vargas, Escrivano de Camara del Rey N. S. de os que residen en su consejo, certifico, y doy fe, que aviendose presentado ante los señores del, por Julian de Paredes, impressor de libros, quatro libros intitulados, Guerras Civiles de Granada, Novelas exemplares de Miguel de Cervantes, Espejo de Cristal fino, y Villacastin, que con licencia de los dichos señores han sido impressos, le dieron licencia para poderlos imprimir por una vez, como mas largamente consta de su original. En Madrid a 6 de Mayo de 1662 años.— *Luis Vazquez de Vargas.*

267 hojas sin los preliminares y tabla.—In 8.º

(Biblioteca Nacional de Madrid; 2-42.433.— Biblioteca de San Isidro.— H. H. Hofbibliothek de Viena; *35, T-93.

Sevilla 1670.

Guerras Civiles de Granada... En Sevilla año de 1670. En 8.º Esta es la edición 22.ª que se conoce de esta obra y la segunda de Sevilla. La primera de esta ciudad es de 1613. Véase. Es libro muy raro que no he logrado ver.

No es la segunda edición de las de Sevilla, pues existen dos ejemplares de Sevilla 1625: el uno, que se encuentra en Nápoles, «con licencia, impresso por Francisco de Lara», y el otro, en la Biblioteca general de Lisboa. Se encuentran, á pesar de éstas, en la Nacional de Madrid, ediciones de Sevilla 1633 y Sevilla 1638.

(Mencionada por Francisco Escudero y Perosso; *Tipografía hispalense;* Madrid, 1894.)

Madrid 1674.

(Mencionada en el Catálogo de la Biblioteca de Salvá; t. II, p. 172.)

Madrid 1676.

(Biblioteca Municipal de Viena.)

Madrid 1680.

Historia || de los vandos || de los Zegries y Aben- || zerrages cavalleros moros || de Granada. Y las civiles guerras que huvo || en ella hasta que el Rey Don Fernando || el Quinto la ganò. || Traducida en Castellano || por Gines Perez de Hita vezino de la || Ciudad de Murcia. || Dirigida || al maximo doctor de || la Iglesia, San Geronimo. || Con licencia. || En Madrid: por Melchor Sanchez y á || su costa. Año de 1680.

Al máximo doctor || de la Iglesia San Geronimo. Si lo liberal cautiva los coraçones, quien no ha de ser vuestro esclavo. Esclavo santo mio, ha que me hallo debaxo del amparo de vuestra proteccion muchos años, y desde aquel instante

que os tome por patron mio, son tantas las liberalidades que recibo cada dia que para numerarlas me hallo falto de guarismos: y si quien esta obligado debe ser agradecido, hallando esta ocasion, no quise dexar de [illegible] mi corto agradecimiento en este corto libro que os dedico que a costa de mi trabajo he costeado en la prensa, suplicoos le admitais, aunque sea todo Guerras de Historia que trata y nadie mejor que vos podrá mejor dar su voto, aviendo sido Maestro en las Historias Sagradas; sagrados son vuestros pies a donde todos se acogen, y yo postrado á ellos mesmos os suplicos perdoneis tan corto agradecimiento, á tantos favores como espero recibir de vuestra piadosa mano, *Melchor Sanchez*.

Licencia á favor de Melchor Sanchez impressor de libros. Madrid. 20 de Mayo de 1680.—Fee de erratas (numerosas).—Tassa.—267 hojas sin preliminares y tabla.

(Biblioteca Nacional de Madrid; 2-42.179.)

Madrid 1681.

(K. K. Hofbibliothek de Viena, *35, X-1.)

Madrid 1690.

Historia || de los vandos || de los Zegris y Aben- || cerrages cavalleros moros || de Granada. Y las civiles guerras que huvo || en ella hasta que el Rey Don Fernando || el Quinto la ganò. || Traducida en castellano || por Gines Perez de Hita vezino de la || ciudad de Murcia || Dirigida || al Maximo Doctor de || la Iglesia San Geronimo || Con licencia || En Madrid: por Juan Garcia Infançon || y a su costa año de 1690.

Dedicatoria al Maximo Doctor de la Iglesia San Geronimo.—Licencia a favor de Juan Garcia Infançon Madrid a 20 de Mayo de 1690.—Fee de erratas.—Tassa.—509 hojas sin los preliminares.—En 8.°

(Biblioteca Real.—Bristish Museum.)

Pamplona 1706.

Historia || de los vandos || de los Cegries y Abence- || rrages, Cavalleros Moros de Grana- || da. Y las civiles guerras que huvo || en ella hasta que el Rey Don Fernan || do el Quinto || la ganò. || Traducida en castellano por || Gines Perez de Hita vecino de la ciudad || de Murcia.

Dirigida || al Maximo Doctor de la Iglesia || San Geronimo. || 32 pls. ||

Con licencia en Pamplona: por || Martin Gregorio de Zavala año 1706.

Dedicatoria al Maximo Doctor de la Iglesia San Geronimo firmada Martin Gregorio de Zavala. 1706.—Licencia a favor del mismo. Madrid a 20 de Mayo de 1690.—Fe de erratas a Junio 9 de 1690.—Tassa, á Junio 18 de 1690.—503 páginas sin preliminares y tabla.

(Biblioteca Universitaria de Granada; núm. 2; 1-1.576.)

Sevilla 1707.

(Bristish Museum.)

Barcelona 1714.

(Mencionada en el Catálogo de la Biblioteca de Salvá; t. II, p. 172.)

Madrid 1724.

(Bristish Museum.)

Madrid 1727.

(Biblioteca Real.)

Madrid y Sevilla 1731.

(Biblioteca Nacional de París; Ob. 58-G.)

Barcelona 1756.

(Biblioteca general de Lisboa.)

Barcelona 1757.

Historia || de los vandos || de los Cegries y Abencerrages || caballeros moros de Granada y las || Civiles guerras que huvo en ella || hasta que el Rey don Fernando || el Quinto la ganò. Traducida en castellano || por Gines Perez de Hita || vecino de la ciudad de Murcia || Primera parte || dedicada || al Maximo Doctor || de la iglesia || San Geronimo || Con licencia. || Barcelona: en la imprenta de Lucas de Bezares || en la calle de nuestra Señora del Carmen. || Año 1757.

Dedicatoria semejante á la de la edición de Madrid de 1680, pero firmada Lucas de Bezares y Urrutia.

Licencia á favor de Lucas de Bezares impressor en la ciudad de Barcelona à 15 de Setiembre de 1756.—Fee de erratas.—Tassa.—578 hojas sin preliminares y tabla.

(Biblioteca Nacional de Madrid; 2-42.157.—Biblioteca Universitaria de Granada; número 4, 9-1.270.—Bristish Museum.)

Sevilla 1779.

(Bristish Museum.)

Sin lugar 1805.

(Bristish Museum.)

Madrid 1833.

Madrid 1847.

Sevilla sin año.

Historia || de los vandos || de los Zegries, y Abencerrages, cavalleros Moros de || Granada || y las civiles guerras, que || huvo entre ellos y batallas particulares || que huvo en la Vega entre Moros || y Christianos, hasta que el Rey Don || Fernando el Quinto lo ganó. || Aora nuevamente sacada de || un libro Arabigo, cuyo autor de vista fue un Moro llamado Abenhamin, natural de la Ciudad de Granada, tratando desde || su primera fundación. Traducida en castellano || por Gines Perez de Hyta, vezino de la ciudad de Murcia, y en esta ultima Impression corregida y emendada. || Con licencia: En Sevilla por Pedro Joseph || Diaz Impressor y mercader de libros || en calle Colcheros.

En 8.º, de 456 páginas, tabla inclusa, sin ninguna licencia o aprobacion.

Al fin de la tabla estas palabras: Laus Deo, y un grabado representando una cesta de frutas y flores, en el centro de la cual se advierte una granada.

(Biblioteca Nacional de Madrid; 2-42.174.—Por José Díaz: Biblioteca Nacional de París; Ob. 58-G.—Por Pedro Segura (con privilegio del 18 de Enero de 1670); en la Königliche Bibliothek de Berlín; Qn, 4.945.)

EDICIONES EXTRANJERAS

Lisboa 1598.

Hystoria || de los vandos de los || Zegris, y Abencerrages, || cavalleros Moros de Granada de las civiles || guerras que uvo en ella, y batallas particulares || que uvo en la Vega entre Moros, y Christianos, hasta q̃ el Rey Don Fernando Quin- || to la ganó. || Y al fin de cada historia se || ponen los Romances conformes a || ella: y los amores de Zay || de con la Mora || Zayda.

Agora nuevamente sacado || de un libro arauigo, cuyo autor de vista fue un Moro || llamado Aben Hamin, natural de Granada. Tra- || tando desde su fundacion. Traduzido por || Ginez Perez de Hita.

Dirigido a Don Fernando de Castro || Con licencia de la Santa Inquisicion. En Lisboa || Impresso por Pedro Crasbeck 1598. || A costa de Domingues Martines mer || cader de libros.

Licencia, en Lisboa 9. de Junho de 1598.

A Don Fer- || nando de Castro.

Conseio es de los naturales, averse de plantar el arbol pequeño, y tierno que por su pequeñez, y baxeza no puede resistir á los torvellinos de los vientos, y tempestades, junto a la sombra de un arbol grande, fuerte, y copado para que le defienda, y ampare de los contrastes, y infortunios del tiempo. Pareciome bueno y acertado, este conseio. Y ansi queriendo yo a mi costa, y trabajo plantar el pequeño arbol deste mi livro en el campo, y plaça publica del mundo, he mirado con mucha consideracion para los altos arboles, que con su sombra le podrian amparar, y defender, pues el por su pequeñez no podia sin gran tiempo

resistir a los torvellinos, y tempestades del vulgo: y no he podido hallar arbol tan alto, fuerte, y copado, quiero dezir una persona tan eminente en virtud y nobleza como la de V. M. Qual sea la grandeza deste arbol que he escogido, no es menester mostrar la con la pluma, porque seria esclarecer el Sol, y aclarar lo que de si es muy claro, pues es cosa bien notoria, y sabida, que el tronco de los verdaderos Castros, de donde V. M. tan dignamente procede, es uno de los más ilustres que ay en todas las Españas, assi en antiguidad, como en sangre y nobleza. Y bien echara de ver esta verdad, el que supiere quantas Coronas reales se han visto en las cumbres de los ramos que han salido deste hermoso tronco: las quales si mucho le han adornado y ennoblecido, no menos le orna y hermosea V. M. con su nobleza, y excelentes virtudes de que nuestro Señor le ha doctado, que puedē a los grandes servir de exemplo, y ymitacion, a los pequeños de admiracion y alabança. Muy justa razon era luego que buscasse yo tan buen abrigo, y acogimiento á mi arbolito tierno, y pequeño, como es ponerlo debaxo la sombra, y amparo de V. M. Moviome tambien a esto, el saber quan afficionado es V. M. a los libros de hystorias y quan buena parte de tiempo gasta en la licion dellas: que es una ocupacion muy digna de personas generosas, y de alta sangre pues es cierto q̄ a unos provoca a emprēder cosas grādes, y heroycos hechos, y a otros anima a ymitar las virtudes de aquellos esclarecidos varones que en ellas mas se señalaron y aventajeron. Y ansi me parece le dara a V. M. no pequeño gusto la leccion deste libro quando esté libre de otras mas importantes ocupaciones por ser la hystoria dulce y que trata de la cōquista del Reyno de Granada por los Reyes Catholicos. Do se declaran tambien los intentos o propositos a que se hizieron los Romances que van enxeridos en el discurso de la misma hystoria, que la hazen (a mi ser) aun mas gustosa y agradable. Suplico a V. M. sea servido de aceptarla debaxo su protection, y amparo, y sera esto animarme a que con otras cosas mayores procure como desseo servir á V. M. A quien nuestro Señor guarde.—*Domingo Martinez.*

330 hojas sin los preliminares.—In 8.º

(Biblioteca Nacional de Madrid; R-12.028.)

Lisboa 1603.

Hystoria || de los vandos || de los Zegries y Abencerrages || cavalleros Moros de Granada de las civiles || guerras que uvo en ella, y batallas particulares || que uvo en la Vega entre Moros, y Christianos hasta que el Rey Don Fernando Quin- || to la ganò || Y al fin de cada historia se || ponen los romances conformes a || ella: y los amores de Zay- || de con la Mora || Zayda.

Agora nuevamente sacado || de un libro aravigo, cuyo autor de vista fue un Moro || llamado Aben Hamin, natural de Granada. Tra- || tando desde su fundacion. Traduzido por || Ginez Perez de Hita.

Dirigida a Don Fernando de Castro || en Lisboa || Con licencia de la Santa Inquisicion || Impresso por Antonio Alvarez. Año de 1603 || A costa de Domingo Martinez || Mercader de Libros.

Este livro, cujo titulo he, Hystoria de los vādos de los Zegris y Abencerrages de Granada, Não tem cousa algũa contra a nossa Sancta Fe, et bõs costumes

antes he livro curioso, et la Hystoria muyto pera ler: la foy impresso algũas vezes, et he digno que se imprima muytas mais.— *F. Manoel Coelho.*

Vista a informação, podese imprimir este Livro, et depois de impresso, torne a este Conselho, pera se conferir, et se dar licẽça pera correr, et sem ella não correrã. En Lisboa, 25 de Feuereiro, de 603.—*Marcos* || *Teixeira.* || *Ruy Pirez da* || *Veyga.*

Dos grabados: el grabado superior representa dos caballeros a cavallo, con celadas empenachada que luchan con lanças. El grabado inferior representa lo mismo dos caballeros armados que luchan con espadas.

Dedicatoria a Fernando de Castro.—Grabado representando el escudo heraldico de España.—Tabla || de los capitulos que se contienen en || este libro de la Hystoria de || Granada.

Escudo rodeado de llamas conteniendo el monógramo del Christo y los instrumentos de la Pasión con esta letra: Mundi Salvator.

330 hojas sin los preliminares. In 12.°

(Biblioteca Nacional de París; ob. 58-A.)

Edición española de Paris 1606.

En la primera página se encuentra una estampa con un cartucho en que se lee: Historia || de las || Guerras || civiles de || Granada. Estampa curiosa que presenta varias cosas acompañadas de divisas latinas reproducidas otra vez á la vuelta desta manera:

Essas divisas eran el sugeto de mi tratado, algun curioso las querra leer, por sacarle de pena, las he puesto aqui mas distintamente.

En el Sol. || Non tepidum ad solem. || En el cielo || Mox coelo properanda sereno. || En el pico del aguila || Queda quedo. || A los pies del Aguila || Ardens evexit ad aethera virtus. || En el frontispicio del Altar || Aut aris feruare sacris || En la cumbre. || Per alta cacumina regnat || En el Olympo. || Alto nequicquam spectat olympo. || En el arco del cielo. || Vicit durum pietas. || Jupiter ablandado || Pacato Joue non fulgurat aether. || En el tronco de la palma. || Erit || En los ramos de la palma sobre los tropheos de guerra. || Meritaeque expectent proemia palmae. || En el tronco del cypres se ha de juntar el Erit de la Palma || (Erit) altera merces. || En la copa del Cypres, sobre los tropheos de amor. || Occultum inspires ignem. || Tempestad y un hombre en tierra que habla. || Unde haec tan clara repente tempestas. || En el Torrente. || Ut rapidus montano flumine torrens. || En el Pavellon || Inclyta fama gloria. || Un navio en alta mar. || Quo dura vocat fortuna sequamur. || En el arbol del navio. || Parce pio generi. || Neptuno que libra un navio de anegarse. || Crudeli morte sodalis excepit. || En el puerto se habla con los marineros. || Ferum mare nauta caneto.

A || la Marquesa || de Vernoeil || mi señora.

Es cosa cierta (Excellentisima Señora) que en todo negocio, se han de guardar dos cosas, la una el conocerle, y la otra el tenerle aficion conociendo que la obra que avia començado, y comunicado a V. Ex.ª del estado de Dios y del hombre; negocio que es tan arduo y dificil, y que no está en mi manipulirlo á sazon: assi la grande aficion que le tengo ha suspendido mi ánimo, por ahora

pues no puede yr junta con estas guerras civiles segun lo avia deliberado, viendo assi mismo que falta a mi desseo tiempo, lugar y fortuna: y considerar el tuerto que les hago despues de impressas de tantos años dilatar su parto, y que se desplazen mis señores y amigos de ver se privados del contento deste libro, y lo que mas es, que V. Ex.ª me manda, que lo saque a luz, y como la obediencia sea la prueva de la verdad del servicio, y del amor, no quise ni pude mas dilatarlo. Y assi los desuni, determinado de hazer un libro aparte. Suplico muy humildemente á V. Exa, sustenga por agora mi atrevimiento, permitiendo que esse ligero trabajo passe dessa guissa debaxo de su amparo, y assi illustrado viendo que va a tan gran Señora dirigido, y de su nombre y virtud favorescido, quien lo lea en mas lo estime, y su lengua se detenga. Y prometo que no sera V. Exc.ª frustada de la obra començada, que tambien tomara buelo debaxo de su sombra, y alas, y en esso no pienso hazer nada por su servicio, pues le tengo todas mis obras ofrecidas, como tan obligado a las infinitas mercedes, que de mano de V. Exa.ª he recibido, y aunque digan que he sentido algun daño, en él estava la medicina, y en Dios el consuelo, á quien suplico que despues de muy larga y alegre vida en la tierra, sea servidor dar a V. Exc.ª la eterna en el cielo. || Fortan || de Paris a 9. de Agosto de 1606.

Al lector qual- || quier que sea el Andante de || fortuna, S.

Essas adiciones en la margen te muestran la significacion de los vocablos, que no tienen simpatia, o correspondencia unos con otros, quisso señalarlos para que se divisen mejor quando ay muchos juntos, y que no responden a la linea: pero viendo que aquello afeava la impression, mude de parecer. Empieça lector desde el principio, y veras que todo va con orden, y nota que muchas vezes me guardo de no repetir, en una hoja un mismo vocablo algunas vezes se encuentran en un renglon dos dificiles y en la margen no pongo la declaracion sino del uno, y es porque mas arriba se puso el otro, en todo te has de reglar a discrecion. Quando veras que ay en la adicion un 2, quiere dezir que el vocablo tiene muchas significaciones. Emprendi este libro y otros, sirviendome como de modelo por bolver estas dos lenguas mas intelligibles, y facilitar el trabajo, y tambien para ayudar a mi intencion, que era imprimir un Dicionario, o por mejor dezir Dicionarios, ya sabes la calamidad que me sobrevino tan trocado sali del laberinthio de mi miseria, que yo mismo no me conozco, y lo que mas me admira y siento es, que he perdido casi toda mi memoria, que tan fecunda era, y aun algo mas con ella, y en caso de Dicionarios, ya ves que falta sea si Dios me la restaura, y me veo con mas contento del que agora tengo, yo te hare este servicio, que es darte el fructo que me costo doze años de cultivar, A Dios, amigo lector, o qualquier que tu seas, el te pague la hospitalidad que he recibido de tí en mi passagera y andante fortuna.

In 8.º de 456 hojas sin las 4 de preliminares.

La hoja 1 lleva este título: Historia de || los vandos de los || Zegries y Abencerrages || Cavalleros moros de Granada, de || las civiles guerras que uvo en ella y || batallas particulares que se dieron || en la Vega entre Christianos y Mo- || ros hasta que el Rey don Fernan- || do Quinto gano esse reyno. || Capitulo primero...

En ninguna parte se encuentra mencionado el nombre del autor.

A la vuelta de la hoja 456 se encuentra: Extraict du privilège du Roy.

Par lettres patentes du Roy, données à Roüen le 27 iour d'Aoust 1603, signées Henry et plus bas Par le Roy, Potier, et scellées du grand seau en cire iaune, il est permis au sieur Fortan de faire imprimer et mettre en lumière par tel imprimeur qu'il nommera et choisira, un livre intitulé Las guerras civiles de Granada, avec les additions françoises en marge.

(Con licencia en Rouen, 1603, existen muchas ediciones semejantes en diversas Bibliotecas.—Biblioteca Nacional de Madrid; R-12-374.—Biblioteca Nacional de París; Ob. B-59.)

París 1660.

Las ediciones de París 1660 se encuentran semejantes á la de 1606, con la misma dedicatoria, prólogo al lector, licencia.

1.° Historia || de las || guerras || civiles || de || Granada || en Paris || en la tienda de Iago Cotinet en la caille de San Victor, al cabo de San Dionis, cerca la plaza Maubert || M . DC . LX.

2.° En Paris || en la tienda de Pedro Lamy, en la sala grande del Palacio, al secondo pilar, al grande Cesar || M . DC . LX.

3.° En Paris || en la tienda de Guillaume de Luyne, librero iurado, en el Palacio, en la sala de los Merceros, a la iusticia. M . DC . LX.

Un ejemplar de la biblioteca del Arsenal lleva: En Paris || a costa de Godofredo de Mercado || *en la caille Santiago, en la cyudad de Roma.* M . DC . LX.

Están con las mismas «additions françaises en marge» que la edición de 1606.

(Biblioteca Nacional de París; Ob. 59, A-B-C.—Biblioteca Nacional de Madrid; R-11.065, y en diversas Bibliotecas.

Amberes 1714.

Historia || de las || Guerras || civiles || de || Granada. || Nueva impression corregida de muchas || faltas y erratas ¶ Escudo con un leon. || En Amberes || por Henrico y Cornelio Verdussen, || Mercaderes de libros. M . D . CC XIV.

Prólogo de la edición de París 1606.—Licencia || del || ordinario. En Amberes 29 de Agosto de 1711 años firmada Pablo de Halmole archidiacono de la Cathedral de Amberes y corregidor de libros.

Reproduce la edición francesa de 1606 con las notas.—680 páginas, sin los preliminares.

Al fin: Suma || del || privilegio á favor de Henrico y Cornelio Verdussen. Fecho en Bruselas a 7 de Octubre de 1711 años, firmada Loyeus.

En la primera hoja, en blanco, ante la portada, se lee la curiosa nota manuscrita que sigue:

Cet ouvrage a une grande autorité en histoire: il est romanesque dans une partie des détails mais Lainez de Zurara qui en est l'auteur y a inséré du romance historique qu' on retrouve dans le romancero espagnol. Il peint en outre avec grande fidélité les moeurs de Grenade, je ne connais guère que l'ouvrage très récent de Conde qui vaille mieux pour faire connaitre l'empire more. Firmada que no se puede leer.

(Biblioteca de San Isidro.—Biblioteca pública de Amberes.)

Traduction française anonyme de 1608.

L'histoire || des guerres civi || les de Grenade || Traduite d'Espa- || gnol en françois. || A Paris || Chez Toussaincts, du Bray, rüe S. || Jacques, et en sa boutique au Pallais || en la galerie des prisonniers || M . DC . VIII . || Avec privilège du roy.

A MONSEIGNEUR || MONSEIGNEUR LE DUC D'EPERNON || PAIR ET COLONNEL GENERAL DE || FRANCE.

«... Je vous apporte simplement un livre Espaignol que le curiosité de beaucoup de personnes m'a fait rendre françois, afin que ceux qui estaient privez de l'intelligence de ses paroles, ne le fussent pas de sa substance...»

PRÉFACE AU LECTEUR.

Davantage je crois que je mérite beaucoup de louanges puisque ma première intention a été de profiter autant que de plaire, car j'estime que les combats particuliers et la façon et la courtoisie qu'on y voit pratiquer ordinairement, peuvent servir de modèles en pareilles actions à ceux qui liront cette histoire et les guerres civiles qui furent cause de l'entière perte des Maures servirait d'advertissement aux autres nations de fuir ce point comme extrêmement préjudiciable à tous les états qui désirent de se conserver en repos, aussi bien qu'en assurance. Et quant aux impostures des Zegries, on voit que l'innocence triomphe toujours de la calomnie et qu'elle peut bien périller mais non périr au milieu des plus violents orages. Et pour ce qu'il faut par necessité donner quelques relâches à l'esprit, les amours et galanteries des uns et des autres viennent à s'égayer de telle sorte, qu'il faut être hors du monde, ou de soi mesme si l'on ne gouste et n'approuve ce discours, puisque s'il a quelque vanité, elle se rend excusable par la gentillesse. Au reste l'on ne peut reprocher à ce livre qu'une grande naïveté qui se voit en tous les discours des uns et des autres: mais je l'estime beaucoup en cette histoire de mesme qu'on fait ordinairement plus d'estat de fleurs d'un jardin que de celles que les filles curieuses font d'or et de soie dedans une chambre; il y a aussi quelques romances qui sont desnuez de belles conceptions et n'ont rien qui les rende recommandables: mais il les faut prendre comme les faux tons, que les bons musiciens font quelquefois à dessein, afin de relever aprés la Musique et la rendre plus agréable. Et puis si tu veux, il t'es permis de les passer, sans crainte de rompre le fil de l'histoire, si ce n'est bien peu souvent el je te diray pour conclusion, que puisque j'ay eu la peine de les escrire, tu peux bien prendre celle de les lire, et les ayant leuz tu peux bien me garantir de celle de les excuser, veu mesme que tu seais assez qu'on doibt retenir les medisans au rang de lasches mastins, qui clabaudent plus et valent moins que les autres. C'est tout ce que je te vouloy dire touchant ce subject. Je ne veux plus que ce discours arrete tes yeux; j'ayme bien mieux que tu les employe a voir cette histoire, dont la beauté te doibt empêcher d'en médire, de mesme qu'elle me détourne de l'entretenir plus longuement sur ses excuses. Adieu donc et prens

autant de plaisir à la voir qu'elle a de mérite pour se faire désirer à tout le monde.

Histoire des guerres civiles de Grenade || Donné à Paris l'an de grâce 1608 || Chez Toussaincts du Bray — rue St Jacques. || avec privilège du roy.

In 8º de 432 feuillets sans les feuillets préliminaires.

A la fin: Fin || Quien acaba assi || nunca acaba.

En la primera hoja, que no lleva texto, se encuentra esta indicación:

Voici le titre du livre espagnol sur lequel cette traduction a été faite: historia de los vandos... traduzida d'un libro aravigo de moro Aben Hamin, natural de Granada, por Gines Perez de Hita. — Barcelona 1604. — El libro encuadernado en pergamino se encuentra en la Biblioteca del Arsenal. Otro ejemplar se encuentra en la Biblioteca Nacional.

La traducción literal fué hecha por alguien que conocía bien la lengua española; muchos romances son traducidos en verso.

(Biblioteca Nacional de París; Ob. 60.)

Traduction de Mlle. de la Roche Guilhén 1683.

Histoire || des || guerres || civiles || de || Grenade || Traduite d'Espagnol || en François || Premiére partie || A Paris || chez Claude Barbin, au || Palais sur le second Perron || de la Sainte Chapelle || M . DC . LXXX III || Avec privilège du roy.

A très haut et très Puissant seigneur || Monseigneur Don Gaspar de Teves et || de Cordoue || Tello de Gusman || comte de Benazura || Marquis de la Fuente || Seigneur de Larena, des isles de Guadalupe et de Mataleon || Patron perpétuel de la victoire; grand || Prevost perpetuel et premier secrétaire || de la ville de Séville; Gentil-homme de || la Chambre et de tous les conseils || de sa Majesté catholique; son Capitaine || general de l'Artillerie: et son ambassadeur || extraordinaire auprés de sa Majesté || très chrétienne.

Préface au lecteur

Ceux qui liront cette traduction et possèderont la langue Castillane, jugeront bien que je n'ay pas laissé quelques noms propres pour ne les avoir point entendus. Il m'a semblé plus doux de dire la montagne Nevada, que de mettre la montagne neigeuse; la tour de la Campana au lieu de celle de la cloche, la maison des Galinas pour celle des Poules ectc... Je n'ay point traduit les romances parce qu'elles ne font que répéter en vers ce qui a été dit en prose, et que cela aurait fait languir l'attention et pû degoûter le lecteur. J'ay aussi retranché des noms de Villes qui auraient mieux remply un chapitre de Geographie, qu'une histoire agréable et des endroits inutiles au sujet qui ne servaient qu'à rompre l'ordre de l'ouvrage...»

Extraict du Privilège du Roy. || Donné à Chaville le 30. jour d'Octobre 1681.

Table || des chapitres || contenus en cette || première partie.

Es una adaptación más bien que una traducción. De los diez y siete capítulos de Hita quedan solamente diez.

(Biblioteca Nacional de París; Ob. 61.)

París 1683.

(Anónima.—Biblioteca Nacional de París; Ob. 61-A.)

Londón 1803.

(The civil wars of Granada and the history of the Zegries and Abencerrages... by Thomas Rodd.—Bristish Museum.)

París 1809.

(Por Sané.—Biblioteca Nacional de París; Ob. 62.)

Berlín 1821.

(Aus dem Spanischen von Karl Aug. Wilh Spalding: Geschichte der bürgerlichen Kriege in Granada.—Königliche Bibliothek de Berlín; Qn. 4.950.)

TEXTO

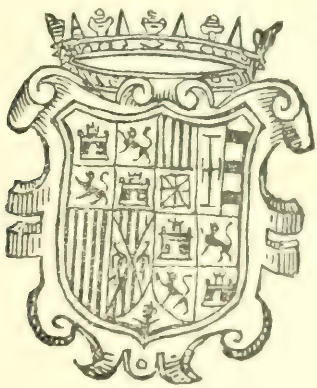
HISTORIA

DE LOS VANDOS DE LOS

Zegries y Abencerrages Caualleros Moros de Granada, de las Ciuiles guerras que huuo en ella, y batallas particulares que huuo en la Vega entre Moros y Chriſtianos, haſta que el Rey Don Fernando Quinto la ganò.

AGORA NVEVAMENTE SACADO DE vn libro Arauigo, cuyo autor de viſta fue vn Moro llamado Aben Hamin, natural de Granada. Tratando deſde ſu fundacion.

TRADVZIDO EN CASTELLANO POR Gines Perez de Hita, vezino de la ciudad de Murcia.



Con Licencia y Priuilegio.

EN ÇARAGOÇA.
Impreſſo en caſa de Miguel Ximeno Sanchez.
M.D.LXXXXV

A coſta de Angelo Tabano.

El doctor Pedro Reves, Canónigo de la sancta metropolitana Iglesia del Asseo de la ciudad de Çaragoça y en lo spiritual y temporal Vicario general en la dicha ciudad y su Arçobispado, por el Illustrissimo y Reverendíssimo Señor don Alonso Gregorio por la gracia de Dios y de la sancta Sede Apostólica Arçobispo de dicha ciudad y Arçobispado y del Consejo del Rey nuestro señor, &. Damos licencia para que se pueda imprimir un libro intitulado Historia de los vandos de los Zegríes y Abencerrages, traduzida en lengua Castellana por Ginés Pérez de Hita, por quanto nos consta no aver cosa que contradiga a nuestra sancta Fe Cathólica ni a buenas costumbres.

Dat. en Çaragoça a tres de Junio del año mil quinientos noventa y cinco.

V. Doctor Petrus Reves, Vicarius generalis,

De mandamiento de dicho señor Vicario general,
por Braulio Gil, Notario.

Francisco Salvador, Notario.

DON PHILIPPE, POR LA GRACIA DE DIOS REY DE CASTILLA, DE ARAGÓN, DE LAS DOS SICILIAS, DE HIERUSALEM, &.

Don Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque, Marqués de Cuéllar, Conde de Ledesma y Huelma, Lugarteniente y Capitán general por su Magestad en el presente Reyno de Aragón. Al amado y fiel de su Magestad Ángelo Tabano, mercader de libros, vezino de la Ciudad de Çaragoça. Por quanto por vuestra parte se nos ha suplicado os diéssemos licencia para imprimir y vender y hazer imprimir y vender un libro intitulado Historia de los vandos de los Zegríes y Abencerrages, compuesto por Ginés Pérez de Hita, vezino de la ciudad de Murcia, el qual ha sido visto y examinado por el Ordinario de Çaragoça, y por personas de letras, de sciencia y consciencia a quien lo ha remitido y aprobado por ellas. Por tanto, por tenor de las presentes os damos y concedemos licencia, permisso y facultad para que vos o quien vuestro poder tuviere, y no otra persona alguna, podáys imprimir y vender el dicho libro y todos los cuerpos que quisiéredes en una o más vezes: con esto que en el principio de cada uno dellos seáys tenido y obligado inserir y poner esta nuestra licencia. Mandando a qualesquier Justicias, Bayles, Jurados y otros qualesquiere Officiales mayores y menores, vassallos y súbditos de su Magestad en dicho Reyno, que no os lo impidan ni estorven, impidir ni estorvar hagan en manera alguna: y que nadie lo pueda imprimir ni vender en dicho Reyno de Aragón, sin orden vuestra, por tiempo de diez años, del día de oy contaderos (atento que es libro que nuevamente se imprime), si la gracia de su Magestad les es cara, y en su yra e indignación, y en pena de mil florines de oro de Aragón, de los bienes de los contravinientes irremissiblemente exigideros y a los Reales Cofres aplicaderos dessean no incurrir: y a más desto los que lo imprimieren sin orden o licencia

vuestra, tengan perdidos los moldes y todos los cuerpos que huvieren impresso, y incurran en otras penas por Fuero estatuydas. Dat. en Çaragoça, a seys días del mes de Setiembre del año del Nascimiento de nuestro Señor Jesu Christo de mil quinientos noventa y cinco.

El Duque de Alburquerque, lugarteniente y Capitán general.
V. Ram Regens.

Dominus Locumten. generalis mandavit mihi Joanne Escartin, visa per Ram Regentem.

AL ILLUSTRÍSSIMO SEÑOR DON JUAN DE ARAGÓN.

Tres cosas, según Eliano, enseñavan los Cretenses a sus hijos. La primera, saber las Leyes de coro, y que con instrumentos las cantassen. La segunda, los hymnos y alabanças de los dioses. La última que leyessen las Historias y heroycos hechos de los famosos e Illustres Varones. En todas ellas se han estremado los antecessores de v. m., pues como Reyes Cathólicos, no sólo en este fidelíssimo Reyno, más en otros han fundado cathólicas Leyes, quitando de rayz las profanas: y donde tantos Prelados y en tan principales Iglesias de la Casa Real de Aragón ha avido, notorio es que se estremaron en servir a Dios con aumento de la adoración latria a él solo devida. Y no sólo entendieron los célebres hechos de los famosos varones, mas nos han dexado muchos suyos dignos de imitación y memoria eterna. Y por no entrar en el profundo piélago de notorias alabanças, que sería affirmar que el sol da lumbre, quiero antes callar que dezir poco. A v. m. humilmente suplico lea, quando esté desocupado de las cosas militares que tanto professa, esta Historia que de las del Reyno de Granada ganada por los Cathólicos Reyes trata: que en ella verá successos varios, tratos cortesanos y señaladas proezas dignas de ser entendidas. Y el aceptarla baxo su amparo y nombre será animarme para que con otras mayores a v. m. sirva. Y Dios, como desseo, largos años a v. m. felicite.

De Çaragoça a 6 de Setiembre 1595.

Ángelo Tabano.

ÁNGELO TABANO AL LECTOR.

El desseo que de dar gusto a los curiosos tengo, me desvela a que sin mirar a interés ni a peligros assí de mar como de tierra procuro (*sic*) regalar a los afficionados con diversidad de libros, en differentes lenguas y sciencias. Y por no perder mi buena inclinación y uso, sirvo al presente con éste, nunca hasta aora impresso, que de las cosas acaescidas en diversos tiempos en la ciudad de Granada trata. Y pues la obra dirá lo que es y merece, y por differentes opiniones ha de ser juzgada, a todos suplico acepten la voluntad que de servirles tengo, que con desseo de perpetuarme en ella he tomado assiento en esta ciudad donde pueden sin ceremonia mandarme. VALE.

DE JUAN RIPOLL A ÁNGELO TABANO.

SONETO.

Si al padre de Jason Circe dió vida
En la vejez decrépita y cansada,
Y al antiguo vigor de la passada
Su fuerça le es por ella reduzida,
Entre sus obras ésta es preferida
Y a todas las demás aventajada,
Tanto por ser de todos desseada
Quanto por ser la más esclarecida.
Al Veneciano Ángelo se debe
Eterno lauro y lybica corona,
Pues con ser estrangero ensalça a Iberia;
Y su industria tal premio justo es lleve
Pues de España los hechos nos pregona,
Olvídando los grandes de su Esperia.

DE UN AMIGO.

Ben poi, Adria gentil, co le chiare onde
Bagnar le herbose tue et fresche rive
Et dir: superba et lieta per me vive
Chi tutte infiora le piu verde sponde.
Questo è l'Angel divin che gratia infonde
De Apollo et de le altre excelse dive
Che le tempie coronan non di olive,
Ma d'altre sacre et onorate fronde.
Il Ganje, il Nil, il Histro, il Tago, il Tebro,
Il Arno, il Ren, Danubio et l'onde Hircane
Invidian Adria di si caro pegno:
Per che per lei i fatti excelsi d'Hebro
Risonan nella Hesperia alti et soprani,
Degni sol di tan nome ilustre et degno.

AL VALOR DE ESPAÑA EN ARMAS Y LETRAS.

SONETO.

Dorado siglo del Hispano estado
que ansí con tanta gloria ya produzes
valor tan levantado que reluzes
como el dorado Febo en lo estrellado.
Por béllico de Marte coronado
estás, pues en las letras tanto luzes
que de tu clara luz produzes luzes
que hazen tu renombre eternizado.
Y del Museo estilo el alto Coro,
que vive en lo felice de Parnasso
con gloria soberana de su fuente,
Augmenta tu grandeza y tu thesoro,
vertiendo sobre ti el sabroso vaso
que Alcides arrancó de la ancha frente.

TABLA

DE LOS

CAPÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO

DE LA

HISTORIA DE GRANADA

Páginas.

Páginas.

Páginas


TANTO MŌTA

HISTORIA
DE LOS VANDOS DE LOS
ZEGRÍES Y ABENCERRAGES CAVALLEROS MOROS DE GRANADA, DE LAS CIVILES GUERRAS QUE HUVO EN ELLA, Y BATALLAS PARTICULARES QUE HUVO EN LA VEGA ENTRE MOROS Y CHRISTIANOS, HASTA QUE EL REY DON FERNANDO QUINTO LA GANÓ

CAPÍTULO PRIMERO, EN QUE SE TRATA LA FUNDAción de Granada, y de los Reyes que huvo en ella, con otras cosas tocantes a la historia.

La ínclyta y famosa ciudad de Granada fué fundada por una muy hermosa donzella, hija o sobrina del Rey Hispan. Fué su fundación en una muy hermosa y espaciosa vega, junto de una sierra llamada Elvira, porque tomó el nombre de la fundadora Infanta, la qual se llamava Ilibiria, dos leguas de donde agora está, junto de un lugar que se llamava Albolote, que en Arávigo se dezía Albolut. Después, andando los años, les pareció a los moradores della que no estavan alli bien; por ciertas causas fundaron la ciudad en la parte donde agora está, junto a la Sierra nevada, en medio de dos hermosos ríos, llamados el uno Genil, y el otro Darro. Los quales ríos no nacen de fuentes, sino de las derretidas y deshechas nieves que ay todo el año en la sierra neuada. Del río Darro se coge oro muy fino, y del río Genil plata muy fina. Y no es fábula, que yo el autor desta Relación lo he visto coger. Fundóse aquí esta insigne ciudad encima de tres collados o cerros, como oy se parece, a donde se fundaron tres hermosas y fuertes fuerças o castillos. El un castillo está a vista de la hermosa vega y del río Genil, la qual vega tiene ocho leguas de largo y quatro

de ancho, y por ella atrauiessan otros dos ríos, aunque no muy grandes: el uno se dize Veyro, y el otro se dize Monachil. Comiénçase la vega desde la halda de Sierra nevada, y va hasta la fuente del Pino, y passa más adelante de un gran soto llamado el Soto de Roma; y esta fuerça se nombra las Torres bermejas. Hízose allí una grande población llamada el Antequeruela. La otra fuerça o castillo está en otro cerro junto déste, aunque un poco mas alto, la qual se llamó el Alhambra, cosa muy fuerte y hermosa: y en esta fuerça hizieron los Reyes su morada y Casa Real. La otra fuerça se hizo en otro cerro no muy lexos deste del Alhambra, la qual llamaron Albayzín, y aquí se hizo una muy grande y no pensada población. Entre el Albayzín y el Alhambra passa por lo hondo el río Darro, haziendo una muy hermosa ribera de árboles y de álamos. A esta fundación no llamaron los moradores della Ilibiria como a la otra, sino Garnata, respecto que en una cueva que estava junto al río Darro fué hallada una hermosa donzella que se dezía Garnata, y ansí le pusieron nombre a la ciudad, y después corrompido el vocablo se llamó Granada. Otros dizen que por la muchedumbre de las casas y la espessura que avía en ellas, que estavan pegadas unas con otras a modo de los granos de la Granada, le nombraron ansí. Fuése esta ciudad haziendo muy insigne, y famosa y rica, hasta el tiempo que fué destruyda, que nunca perdió su nobleza, antes yva más en aumento, hasta el infelice y desdichado tiempo que se perdió España en tiempo del Rey don Rodrigo, Rey de los Godos. La causa de su perdición no ay para qué traella aquí, que harto es notoria *(sic)* ser por la Cava, hija del Conde don Julián: como otros autores tratan desto no me alargo yo a más. Sólo diremos cómo después de toda España perdida hasta las Asturias, siendo toda ella ocupada de Moros, traydos por aquellos dos bravos caudillos y Generales, el uno llamado el Tarif, y el otro Muça, ansimismo quedó la famosa Granada de Moros ocupada y llena de aquellas Africanas gentes. Mas hállase una cosa que de todas las naciones Moras que vinieron en España, los mejores y mas principales y los mas señalados cavalleros se quedaron en Granada de aquellos que siguieron al General Muça, y la causa fué su grande hermosura y fertilidad y riqueza, pareciéndoles demasiadamente bien su riqueza y assiento y fundación: aunque el Capitán Tarif estuvo muy bien con la ciudad de Córdova, y su hijo Balagis con Sevilla de do fué Rey, como dize la Chrónica del Rey don Rodrigo. Mas yo no he hallado que en la ocupación de Córdova, ni Toledo, ni Sevilla, ni Valencia, ni Murcia, ni de otras ciudades populosas poblassen tan nobles ni tan principales cavalleros, ni tan buenos linages de Mo-

ros como en Granada. Para lo qual es menester nombrar algunos destos linages, y de dónde fueron naturales algunos dellos en particular, aunque no se diga ni declare de todos, por no ser prolixo en esta nuestra narración, como adelante diremos. Poblada, pues, Granada de las gentes mejores de África, no por esso dexó la insigne ciudad de passar adelante con sus muy grandes y sobervios edificios, porque, siendo governada de Reyes de valor y muy curiosos que en ella reynaron, se hizieron grandes mezquitas y muy ricas cercas de muy fuertes muros y torres; porque los Christianos no la tornassen a ganar y cobrar de su poder hizieron muy fuertes Castillos y los reedificaron fuera de las murallas muy fuertes torres, como oy en día parecen. Hizieron el Castillo de Vivataubín fuerte con su cava y puente levadiza: hizieron las Torres de la puerta de Elvira y las del Alcaçava, y plaça de Vivalbulut, y la famosa torre del Azeytuno, que está camino de Guadix: y otras muchas cosas dignas de memoria, como se dirá en nuestro discurso. Y muy bien pudiera yo traer aquí los nombres de todos los Reyes Moros que governaron y mandaron esta insigne ciudad, y los Califas, y aun de toda España: mas por no gastar tiempo no diré sino de los Reyes Moros que por su orden la governaron y fueron conocidos por Reyes della, dexando a parte los Califas passados y señores que tuvo, siguiendo a Estevan Garibay Çamalloa.

El primer Rey Moro que Granada tuvo se llamó Mahomad Alhamar. Éste reynó en ella treynta y seys años y más meses: acabó año de mil y docientos setenta y tres años.

El segundo Rey de Granada se llamó assí como su padre Mahomad Mir Almuzlemin. Éste obró el Castillo del Alhambra, muy rico y fuerte, como oy se parece. Reynó veynte y nueve años, y murió año de mil y trecientos y dos.

El tercero Rey de Granada se llamó Mahomat Abenalhamar: a éste un hermano suyo le quitó el Reyno y lo puso en prisión, aviendo reynado siete años: acabó año de mil y trecientos y siete.

El quarto Rey de Granada fué llamado Mahomad Abenaçar: a éste Rey le quitó un sobrino suyo el Reyno, llamado Ismael, año de mil y trecientos y treze: reynó seys años.

El quinto Rey de Granada se llamó Ismael: a éste mataron sus vasallos y deudos suyos: mas fueron degollados los matadores: reynó éste nueve años: acabó año de mil y trecientos y veynte y dos.

El sexto Rey de Granada se llamó Mahomad: y a éste también le mataron los suyos a trayción: reynó onze años: murió año de mil y trecientos y treynta y tres.

El séptimo Rey de Granada se llamó Juçeph Aben Hamete: también fue muerto a trayción: reynó onze años: acabó año de mil y trecientos y cincuenta y quatro.

El octavo Rey de Granada fué llamado Mahomad Lagus. A éste le despojaron del reyno a cabo que reynó doze años: y acabó año de mil y trecientos y sesenta por aquella vez el reyno.

El noveno Rey de Granada se llamó Mahomad Abenal Hamar, séptimo deste nombre. A éste mató el Rey Don Pedro en Sevilla sin culpa, aviendo este Rey ydo a pedirle amistad y favor: matóle el mismo Rey Don Pedro por su mano con una lança: y mandó matar a otros que yvan con este rey, aviendo reynado dos años: acabó año de mil y trecientos y sesenta y dos: fué embiada su cabeça en presente a Granada.

Tornó a reynar Mahomad Lagus en Granada, y reynó en las dos vezes veynte y nueve años: doze la primera vez, y diez y siete la segunda: acabó año de mil y trecientos y setenta y nueve años.

El dezeno Rey de Granada se llamó Mahomad Guadix: reynó tres años pacífico: acabó año de mil y trecientos y noventa y dos.

El onzeno Rey de Granada se llamó Juçeph, segundo deste nombre: el qual murió con veneno que el Rey de Fez le embió puesto en una aljuba o marlota de brocado: reynó quatro años: acabó año de mil y trecientos noventa y seys.

El dozeno Rey de Granada fué llamado Mahomad Aben Balba: reynó doze años: acabó año de mil y quatrocientos y ocho años. Su muerte fué de una camisa que se puso emponçoñada con veneno.

El trezeno Rey de Granada fué llamado Juçeph, tercero deste nombre: reynó quinze años, murió año de mil y quatrocientos y veynte y tres.

El catorzeno Rey de Granada fué llamado Mahomad Abenaçar, el izquierdo: aviendo reynado quatro años le desposseyeron del reyno, año de mil y quatrocientos y veynte y siete.

El décimoquinto Rey de Granada fué llamado Mahomad el pequeño: a éste le cortó la cabeça Abenaçar el izquierdo, arriba dicho, porque le tornó a quitar el reyno por orden de Mahomad Carrax, cavallero Abencerraje. Reynó este Mahomad el pequeño dos años: acabó año de mil y quatrocientos y treynta.

Tornó a reynar Abenaçar izquierdo, el qual fué otra vez despojado del Reyno por Juçeph Abenalmao su sobrino: reynó este Rey treze años la última vez: acabó año de mil y quatrocientos y quarenta y cinco años.

El décimoséptimo Rey de Granada se llamó Abenhozmin el coxo. En tiempo déste sucedió aquella sangrienta batalla de los Alporchones. Reynava en Castilla el Rey Don Juan el segundo. Y pues nos viene a cuenta, trataremos desta batalla antes de passar adelante con la cuenta de los Reyes Moros de Granada. Es de saber, según se halla en las Chrónicas antiguas, assí Arábigas como Castellanas, que este Rey Hozmin tenía en su corte mucha y muy honrada cavallería de Moros: porque en Granada avía treynta y dos linages de cavalleros muy ahidalgados, como adelante diremos: donde eran Gomeles, Maças, Zegrís, Vanegas, Abencerrajes, éstos eran de muy claro linage; otros Maliques Alabezes, descendientes de los Reyes de Fez y Marruecos, cavalleros valerosos, de quien los Reyes de Granada siempre hizieron mucha cuenta, porque estos Maliques todos eran Alcaydes en el Reyno de Granada, por ser muy buenos cavalleros y de mucho valor y confiança, y ansí en las fronteras y partes de mayor peligro eran Alcaydes. Y porque sea notorio a todos, diré algunas dellas. En Vera era Alcayde Malique Alabez, bravo y valeroso cavallero. En Vélez el Blanco estava un hermano suyo, llamado Mahomad Malique Alabez. En Vélez el Rubio avía otro hermano déstos, Alcayde muy honrado y valiente, y muy amigo de Christianos. Otro Alabez avía Alcayde en Giquena, y otro Alabez era Alcayde en Tirieça, fronteras de Lorca y muy cercanas en Orce y Cúllar, Benamaurel, y Castilleja, y Caniles, y en otros muchos lugares del Reyno. Estos Maliques Alabezes eran Alcaydes, por ser, como avemos dicho, todos cavalleros de gran valor y de mucha confiança. Sin éstos, como tengo dicho, avía otros cavalleros en Granada muy principales, de quien los Reyes de Granada hazían gran cuenta: entre los quales avía un cavallero llamado Abilbar, del linage de los Gomeles, cavallero valeroso y Capitán de la gente de guerra. Y como era hombre de grande esfuerço, y no sabiendo estar holgando, sino siempre en guerras contra Christianos, le dixo un día al Rey: «Señor, holgaría mucho que tu Alteza me diesse licencia para hazer una entrada en tierra de Christianos, porque no es razón que la gente de guerra esté ociosa sin exercir las armas. Y si tu Alteza me da licencia, entraré en el campo de Lorca y Murcia y Cartagena, que son tierras de muy grandes haziendas y ganados. Y yo me offrezco, con ayuda de Mahoma, venir cargado de muy ricos despojos y cautivos de allá.» El Rey le dixo: «Mira, Abidbar, muy bien conozco tu valor, y grandes días ha que se concede licencia para yr a entrar: yo la daré porque la gente de guerra se exercite en las armas; mas para essas partes que dizes, temo de te la dar, porque

la gente de Lorca y Murcia y toda essa tierra tiene bravas gentes y pelean bravamente, y no querría que te sucediesse mal por quanto vale mi Corona.» «No tema vuestra Alteza—respondió Abidbar—de peligro, que yo llevaré comigo tal gente y tales Alcaydes, que sin temor ninguno ose entrar, no digo yo en el campo de Lorca y Murcia, mas aún hasta Valencia me atrevería a entrar.» «Pues, sus, si ésse es tu parecer, sigue tu voluntad, que mi licencia tienes.» Abidbar le besó las manos por ello, y luego se fué a su casa, que la tenía en la calle de los Gomeles, y mandó tocar sus añafiles y trompetas de guerra: al qual belicoso son se juntó grande copia de gente, toda bien armada, para ver qué era la causa de aquel rebato. Abidbar, quando vido tanta gente junta y tan buena armada, holgó mucho dello, y les dixo: «Sabed, mis buenos amigos, que avemos de hazer una entrada en el Reyno de Murcia, de donde, plaziendo al sancto Alhá, vendremos ricos; por tanto, cada qual con ánimo siga mis vanderas.» Todos respondieron que eran contentos. Y assí Abidbar salió de Granada con mucha gente de cavallos y peones, y fué a Guadix: y allí habló con el Moro Almoradi, Alcayde de aquella ciudad, el qual le ofreció su compañía con mucha gente de cavallo y de pie. También vino otro Alcayde de Almería, llamado el Malique Alabez, con mucha gente de cavallo y de pie muy diestra en la guerra. De allí passaron a Baça, donde estava por Alcayde Benaciz, el qual también le oftreció su ayuda con gente de cavallo y de a pie. Aquí en Baça se juntaron onze Alcaydes de aquellos lugares a la fama desta entrada del campo de Lorca y Murcia. Y con toda esta gente se fué el valeroso Capitán Abidbar hasta la ciudad de Vera, donde era Alcayde el bravo Alabez Malique, adonde se acabó de juntar todo el exército de los Moros y Alcaydes que aquí se nombrarán.

El General Abidbar.
Abenaciz, Capitán de Baça.
Su hermano Abencazin, Capitán de la Vega de Granada.
El Malique Alabez, de Vera.
Alabez, Alcayde de Vélez el Blanco.
Alabez, Alcayde de Vélez el Rubio.
Alabez, Alcayde de Almería.
Alabez, Alcayde de Cúllar.
Otro Alcayde de Guéscar.
Alabez, Alcayde de Orce.
Alabez, Alcayde de Purchena.

Alabez, Alcayde de Giquena.
Alabez, Alcayde de Tiricça.
Alabez, Alcayde de Caniles.

Todos estos Alabezes Maliques eran parientes, como ya es dicho, y se juntaron en Vera, cada uno llevando la gente que pudo. También se juntaron otros tres Alcaydes; el de Mojácar, y el de Sorbas, y el de Lobrín: todos estos Alcaydes juntos se hizo reseña de toda la gente que se havía juntado, y se hallaron seyscientos de cavallo; aunque otros dizen que fueron ochocientos, y mil y quinientos peones; otros dizen que dos mil. Finalmente se juntó grande poder de gente de guerra, y determinadamente a doze o catorze de Março, año de mil y quatrocientos y cincuenta y tres entraron en los términos de Lorca, por la marina llegaron al campo de Cartagena, y lo corrieron todo hasta el rincón de san Ginés, y Pinatar, haziendo grandes daños. Tomaron mucha gente y grande copia de ganado, y siendo hecha esta presa los Moros se tornaron muy gallardos y ufanos. Y en llegando al puntarón de la sierra de Aguaderas, los Moros entraron en consejo sobre si yrían por la marina por donde avían venido, ó si passarían por la vega de Lorca á escala vista. Sobre esto uvo grandes pareceres y dares y tomares. Y muchos dellos affirmavan que fuessen por la marina, que era camino más seguro: otros dixeron, que sería grande covardía y menoscabo de honra, si no passavan por la vega de Lorca a pesar de sus vanderas. Y deste parecer fué Almalique Alabez, y juntamente con él todos sus deudos Alcaydes que allí yvan. Pues visto los Moros que aquellos bravos Capitanes estavan determinados de passar por la vega de Lorca, huvieron de no contradezir más aquel parecer; y assi a vanderas tendidas, puesta la presa en medio del bravo esquadrón, començaron de marchar la buelta de Lorca arrimados a la sierra de Aguaderas. En este tiempo los de Lorca ya tenían noticia desta gente que avía entrado en sus tierras, y don Alonso Fajardo, Alcalde de Lorca, avía escrito a Diego de Ribera, corregidor de Murcia, lo que passava, que luego viniesse con la más gente que pudiesse. El corregidor no fué perezoso, que con grande brevedad salió de Murcia con setenta cavallos y quinientos peones, toda gente de valeroso ánimo y esfuerço; se juntó con la gente de Lorca, donde avía docientos cavallos y mil y quinientos peones, toda gente valerosa. También se halló con ellos Alonso de Lisón, cavallero del hábito de Santiago, que era a la sazón Castellano en el Castillo y fuerça de Aledo. Llevó consigo nueve cavallos y catorze peones, que del castillo no se pudieron sacar

más. En este tiempo los Moros caminavan a gran priessa con sobrado ánimo y gallardía, y assí como llegaron en derecho de Lorca, cautivaron un cavallero della, llamado Quiñonero, que avía salido a requerir el campo. Y como ya la gente de Lorca y Murcia a gran priessa viniesse, y los Moros viessen las vanderas que contra ellos venían, se maravillaron en ver tanta cavallería junta, y no podían ellos creer que de Lorca se pudiesse juntar tanta gente de cavallo y de a pie. Y assí el Malique Alabez, Capitán y Alcayde de Vera, le preguntó a Quiñonero, aviéndole quitado el cavallo y las armas, esta pregunta que se sigue en verso.

ALABEZ. Anda, Christiano cautivo,
tu fortuna no te assombre,
y dinos luego tu nombre
sin temor de daño esquivo.

Que aunque seas prisionero,
con el rescate y dinero,
si nos dizes la verdad,
tendrás luego libertad.

QUIÑONERO. Es mi nombre Quiñonero,
soy de Lorca natural,
cavallero principal,
y aunque me sigue fortuna
no tengo pena ninguna
ni se me haze de mal.

Que en la guerra es condición
que oy soy tuyo, yo confío
mañana podrás ser mío
y sugeto a mi prisión.

Por tanto pregunta y pide,
porque en todo a tu pregunta
satisfaré sin repunta,
pues el temor no me impide.

ALABEZ. Trompetas se oyen sonar
y descubrimos pendones,
y cavallos, y peones,
junto de aquel olivar.

Y querría, Quiñonero,
saber de ti por entero
qué pendones y qué gente

es la que vemos presente
con ánimo bravo y fiero.

QUIÑONERO. Aquel pendón colorado
con las seys Coronas de oro,
muy bien muestra en su decoro
ser de Murcia y es nombrado.

Y el otro que tiene un Rey
armado por gran blasón,
es de Lorca y es pendón
que lo conoce tu grey.

Porque como es frontero
de Granada y de su tierra,
siempre se halla en la guerra
de todos el delantero.

Traen la gente belicosa
con gana de pelear:
si quieres más preguntar,
no siento desto otra cosa.

Apercíbete al combate,
porque vienen a gran priessa
para quitarte la presa
y darán fin en tu remate.

ALABEZ. Pues, por priessa que se den,
ya querrá nuestro Alcorán
la rambla no passarán,
porque no les yrá bien.

Y si con valor estraño
la rambla pueden romper,
muy bien se podrá entender
que ha de ser por nuestro daño.

Sus, al arma, que ellos vienen
y en nada no se detienen,
tóquese el son y la zambra,
porque llegue a nuestra Alhambra
nuestras famas y resuenen.

CAPÍTULO SEGUNDO, EN QUE SE TRATA LA MUY SANgrienta batalla de los Alporchones, y la gente que en ella se halló de Moros y Christianos.

Apenas el Capitán Malique Alabez acabó estas palabras de dezir, quando el esquadrón Christiano arremetió con tanta braveza y pujança que, a los primeros encuentros, a pesar de los Moros que lo defendían, passaron la rambla. No por esso los Moros mostraron punto de covardía, antes con mas ánimo se mostravan en la batalla. El buen Quiñonero que vido la batalla rebuelta, de presto llamó un Christiano que le cortasse la cuerda con que estava atado, y siendo libre, al punto tomó una lança de un Moro muerto, y un cavallo de muchos que andavan ya sueltos por el campo, y una adarga, y con valor muy crecido, como era valiente cavallero, hazía maravillas. A esta sazón los valerosos Capitanes Moros, especial los Maliques Alabezes, se mostravan con tanta fortaleza que los Christianos ayna tornaran a passar la rambla mal de su grado: lo qual visto por Alonso Faxardo y Alonso de Lisón y Diego de Ribera y los principales cavalleros de Murcia y Lorca, hizieron tanto, peleando tan bravamente, que los Moros fueron rompidos, y los Christianos hizieron muy notable daño en ellos. Los valientes Alabezes y Almoradí, Capitán de Guadix, tornaron a juntar su gente con grande ánimo y valentía; dieron en los Christianos con bravo ímpetu y fortaleza, matando muchos dellos y hiriendo. Quién viera las maravillas de los Capitanes Christianos? Era cosa de ver la braveza con que matavan y herían en los Moros. Abenaciz, Capitán de Baça, hazía gran daño en los Christianos; y aviendo muerto a uno de una lançada, se metió por la priessa de la batalla, haziendo cosas muy señaladas. Mas Alonso de Lisón, que le vido matar aquel Christiano, de cólera encendido, procuró vengar su muerte. Y assí con gran presteza fué en seguimiento de Abenaciz, llamándole a grandes vozes que le aguardasse. El Moro bolvió a mirar quién le llamava, y visto, reconoció que aquel cavallero era de valor, pues traya en su escudo aquella Cruz y Lagarto de Santiago. Y pensando llevar dél muy buenos despojos a Baça, le acometió con grande braveza por le herir; mas el buen Lisón, que no era poco diestro en aquel menester, súpose defender y offender al contrario: de manera que en dos palabras le dió dos

heridas. El Moro, viéndose herido, como un León bramava de coraje, y procurava la muerte al contrario; mas muy presto halló en él la suya, porque Lisón le cogió en descubierto del adarga un golpe por los pechos, tan bravo que no aprovechando la fuerte cota, le metió la lança por el cuerpo: luego cayó el Moro del cavallo y fué muerto brevemente entre los pies de los cavallos. El cavallo de Lisón quedó mal herido, por lo qual le convino con presteza tomar el cavallo del Alcayde de Baça, que era muy estremado, y con él se metió por la mayor priessa de la batalla, diziendo a vozes: «Santiago y a ellos». Alonso Faxardo andava muy rebuelto con los Moros, y el Corregidor de Murcia. Y tanto hizieron los de Murcia y los de Lorca, que los Moros fueron segunda vez rompidos; mas el valor de los cavalleros Granadinos era grande y peleavan muy fiera y crudamente, y como llevavan muy buenos caudillos, se mantenían en la batalla muy bien. Mas era el valor y esfuerço de Alabez tan grande, que en un punto tornó a juntar su gente, y bolvió a la batalla tan furioso como si no fueran rompidos ninguna vez, y andava la batalla muy sangrienta: ya se hallavan muchos cuerpos de hombres y cavallos muertos, la vozeria era muy grande, los alaridos crecidos, la polvoreda era terrible, que a penas se podían ver los unos a los otros: mas no por esso se dexava de mostrar la batalla muy sangrienta y rebuelta; de manera que era tan grande la barahunda y gritería que no se oyan ni veyan los unos a los otros. El valiente Alabez hazía por su persona maravillas y grande estrago en los Christianos, de manera que delante dél no parava hombre con hombre. Lo qual visto por Alonso Faxardo, valeroso Alcayde de Lorca, arremetió con él con tanta braveza que Alabez se espantó de verle con tanta pujança; mas no morando en él punto de covardía, con bravo ánimo resistió á Faxardo, dándole muy grandes golpes de lança, que a no yr bien armado el buen Alcayde, allí muriera a manos de Alabez, por ser el Moro de gran fortaleza, aunque aquella vez muy poco le valió, por ser la bondad de Alonso Fajardo de muchos quilates más que la suya; aviendo el Alcayde quebrado su lança, en un punto puso mano a la espada y arremetió con Alabez con tanta presteza que no tuvo lugar de aprovecharse de la lanca, y fuéle necesario perderla y poner mano a su alfange para herir a Alonso Faxardo; mas el valeroso Alcayde, no parando mientes al peligro que de allí se le seguía, cubierto de su escudo muy bien, se pegó con Alabez tanto, que dándole un golpe sobre el adarga, que muy fina era, cortándole della gran parte, tuvo lugar con la mano izquierda, aviendo puesto el escudo a trás pendiente de su cuello, de asille de la

misma adarga, con tal fortaleza que estuvo en punto de sacársela del braço. Alabez que a Faxardo vido tan cerca de sí, como aquel que lo conocía muy bien, le tiró un golpe con el alfange a la cabeça, pensando de aquel golpe acabar la guerra con él: y sin duda Alonso Faxardo lo passara mal, por no tener el escudo en el braço, sino que el Moro fué desgraciado en aquel punto, porque su cavallo se dexó caer en el suelo, porque estava mal herido, y por esto no tuvo lugar de hazer aquel golpe. Apenas Alabez fué en el suelo, quando los peones de Lorca le cercaron, hiriéndole por todas partes. Visto Alonso Faxardo al Moro en aquel estado, en un punto se apeó y se fué á él, echándole los braços encima, con tanta presteza y fuerça que Alabez no pudo ser señor de sí. Los peones de presto le echaron mano, porque muchos le conocían, como aquellos que cada día recebían dél notables daños: y assí le prendieron, mandando Alonso Faxardo que lo sacassen de la batalla; los peones lo hizieron ansí. En esta sazón todavía andava la batalla muy rebuelta y sangrienta, y de los capitanes de los Moros no parecía ninguno: lo qual visto por ellos andavan muy desmayados, y no peleavan como solían, ni con tanta fortaleza; mas con todo esso hazían su poderío. Mostróse la gente de Lorca aqueste día muy brava, haziendo grandes cosas en la batalla, y no siendo menos que ellos los de Murcia llevavan lo mejor del campo. El Capitán Abidbar, como no veya ningunos de los demas Alcaydes y Capitanes, maravillado dello, se salió de la batalla y se puso en un alto, por ver en el estado que estava, y algunos que le vieron salir le siguieron y le dixeron: qué aguardava, que no quedava Alcayde Moro a vida, y Alabez de Vera estava presso. Lo qual oydo por Abidbar, de todo punto perdido el ánimo y del todo desmayado, tomó por consejo huyr, y escapar algunos de sus cavalleros, y luego mandó tocar a recoger. Los Moros, oyendo la señal, dexaron el pelear, y parando mientres por su general y sus vanderas, vieron cómo Abidbar yva huyendo por la sierra de Aguaderas: luego ellos hizieron lo mismo, siguiéndole huyendo y atemorizados. Mas los Christianos les siguieron, matando y hiriendo muchos dellos, que no se escaparon de todos trecientos. Siguióse el alcance hasta la fuente de Pulpi junto de Vera. Quedaron los Christianos con singular victoria. Fué esta batalla día de S. Patricio. Y las dos ciudades, Lorca y Murcia, celebran este día en memoria desta batalla. Los Christianos victoriosos se bolvieron a Lorca, yendo cargados de despojos, de armas y cavallos, y otras cosas. Alonso Fajardo se llevó a su casa al Capitán Malique Alabez, y queriéndolo meter por un postigo de un huerto del mismo Faxardo, dixo Alabez: «Que él

no era hombre de tan baxa suerte, que avía de entrar preso por postigo, sino por la real puerta de la ciudad.» Y porfió en esto tanto en no querer entrar por el postigo, que enojado Alonso Faxardo lo hirió de muerte. Esta fué la fin de aquel valeroso y famoso Alcayde de Vera y Capitán. Murieron en la batalla doze alcaydes Alabezes, parientes de Alabez de Vera, y dos hermanos suyos, Alcaydes de Vera, el Blanco y el Rubio, y más murieron ochocientos moros. Christianos murieron quarenta. Huvo docientos heridos. Quedaron los de Lorca y Murcia con grande gloria con tal vencimiento a gloria de Dios nuestro Señor y de su bendita madre. Bolvamos al Capitán Abidbar, que fué huyendo de la batalla. Como a Granada llegasse y el Rey supiesse lo que passava, le mandó degollar, porque no avía muerto como cavallero en la batalla, pues él les avia llevado a esta batalla. Passó siendo en Castilla Rey Don Juan el segundo, y en Granada Abenhozmin décimo séptimo, como está dicho; el qual reynó ocho años, y fué despojado del Reyno año de mil y quatrocientos y cincuenta y tres. Por esta batalla de los Alporchones se hizo aquel romance antiguo que dize desta manera:

Allá en Granada la rica
instrumentos oy tocar,
en la calle los Gomeles,
á la puerta de Abidbar,
El qual es moro valiente
y muy fuerte capitán;
manda juntar muchos Moros
bien diestros en pelear,
Porque en el campo de Lorca
se determina de entrar;
con él salen tres Alcaydes
aquí les quiero nombrar:
Almoradí de Guadix,
éste es de sangre Real;
Abenaciz es el otro
y es de Baça natural;
Y de Vera es Alabez,
desfuerço muy singular
y en qualquier guerra su gente
bien la sabe caudillar.
Todos se juntan en Vera
para ver lo que harán;
el Campo de Cartagena
acuerdan de saquear.
Alabez, por ser valiente,
lo hazen su general;

otros doze Alcaydes Moros
con ellos juntados se han,
Que aquí no digo sus nombres
por quitar prolixidad;
ya se partían los Moros,
ya comiençan de marchar,
Por la fuente de Pulpé,
por ser secreto lugar,
y por el puerto los Peynes
por orilla de la Mar.
En el Campo Cartagena
con furor fueron á entrar,
cautivan muchos Christianos
que era cosa despantar.
Todo lo corren los moros
sin nada se les quedar;
el rincón de San Ginés
y con ello el Pinatar.
Quando tuvieron gran presa,
hacia Vera buelto se han,
y en llegando al Puntarón,
consejo tomado han,
Si passarían por Lorca
ó si yrían por la mar;
Alabez, como es valiente,
por Lorca quiere passar,
Por tenerla muy en poco
y por hazerle pesar;
y ansí con toda su gente
començaron de marchar.
Lorca y Murcia lo supieron,
luego los van a buscar,
y el Comendador de Aledo
que Lisón suelen llamar,
Junto de los Alporchones
allí los van alcançar;
los Moros yvan pujantes
no dexavan de marchar;
Cautivaron un Christiano,
cavallero principal,
qual llamavan Quiñonero
que es de Lorca natural.
Alabez que vió la gente
comiença de preguntar:
Quiñonero, Quiñonero,
digas me aora la verdad,
Pues eres buen cavallero
no me la quieras negar:

¿qué pendones son aquéllos
que están en el olivar?
Quiñonero le responde,
tal respuesta le fué a dar:
Lorca y Murcia son, señor,
Lorca y Murcia que no más,
Y el Comendador de Aledo,
de valor muy singular,
que de la Francesa sangre
es su prosapia Real.
Los cavallos trayan gordos,
ganosos de pelear.
Allí respondió Alabez,
lleno de rabia y pesar:
Pues por gordos que los traygan,
la rambla no passarán,
y si ellos la rambla passan,
¡Alhá y quán mala señal!
Estando en estas razones
allegara el Mariscal
y el buen Alcayde de Lorca
con esfuerço muy sin par.
Aqueste Alcayde es Faxardo
valeroso en pelear;
la gente traen valerosa,
no quieren más aguardar.
A los primeros encuentros
la rambla passado han,
y aunque los Moros son muchos,
allí lo passan muy mal.
Mas el valiente Alabez
haze gran plaça y lugar:
tantos mata de Christianos
que dolor es de mirar.
Los Christianos son valientes,
nada les pueden ganar;
tantos matan de los Moros
que era cosa de espantar.
Por la sierra de Aguaderas
huyendo sale Abidbar
con trecientos de a cavallo,
que no pudo más sacar.
Faxardo prendió a Alabez
con esfuerço singular;
quitaron la cavalgada
que en riqueza no ay su par.
Abidbar llegó a Granada
y el Rey le mandó matar.

Este fin es el que tuvo esta sangrienta batalla de los Alporchones. Vamos aora a la cuenta de los Reyes Moros de Granada. Ya hemos dicho de Abén Hozmin, que fué el décimoséptimo, en tiempo del qual passó la batalla de los Alporchones: éste reynó ocho años; fué despojado del Reyno año de mil y quatrocientos y cincuenta y tres años.

El Rey décimoctavo de Granada fué Ismael, y éste le quitó el Reyno a Aben Hozmin, como está dicho. En tiempo deste Ismael murió Garcilasso de la Vega, en una batalla que los Moros tuvieron con los Christianos. Reynó este Ismael doze años: acabó año de mil y quatrocientos y sesenta y cinco.

El décimonono Rey de Granada se llamó Muley Hazen: otros le llamaron Albo Hazen. Éste fué hijo de Ismael passado. En tiempo déste passaron grandes cosas en la vega de Granada y en la misma ciudad de Granada. Tuvo éste un hijo llamado Boavdilin; y tuvo, según cuenta el Arávigo, otro hijo bastardo llamado Muça: éste dizen que lo huvo en una Christiana cautiva. Tuvo éste un hermano llamado Boavdilin, assí como el hijo del Rey. Éste Infante Boavdilin era muy querido de los cavalleros de Granada, y muchos dellos por estar mal con el Rey su padre le alçaron por Rey de Granada, a cuya causa le llamaron el Rey Chiquito. Otros cavalleros siguieron la parte del Rey; de manera que en Granada avía dos Reyes, padre y hijo, y cada día tenían y avía grandes pesadumbres entre los dos Reyes y sus vandos: y assí unas vezes amigos y otras enemigos se governava el Reyno, y no por esso se dexava de continuar la guerra y entradas contra Christianos. Este Rey padre del Chico estava siempre en el Alhambra, y el Chico en el Albayzín: y en el ausencia del uno mandava y governava el otro: mas el viejo fué el que adornó y hizo muy magníficas las cosas de Granada, y muy grandes y sobervios edificios, por ser muy poderoso y rico. Éste hizo labrar de todo punto la famosa Alhambra a mucha costa suya, por ser obra la que en ella hizo de mucha riqueza. Hizo la famosa torre de Comares, y el quarto de los Leones: llámase ansí, porque en medio de un quarto descubierto, muy ancho y largo, ay una fuente de doze Leones de alabastro, muy ricamente obrada: todo el quarto está losado de muy luzidos azulejos a lo Moro labrados. Ansí mismo hizo este Rey muchos estanques de agua en la misma Alhambra, y los affamados Algives del agua, tan nombrados. Hizo la torre de la Campana, de la qual se descubre toda la ciudad de Granada y su vega. Hizo un maravilloso bosque junto del Alhambra, debaxo de los miradores de la misma casa Real, donde se parecen oy

en día muchos venados y conejos y otros géneros de caça. Mandó labrar los muy famosos Alixares con obras maravillosas de oro y azul de maçonería, todas a lo Moro. Era esta obra de tanta costa, que el Moro que la labrava y hazía, ganava cada día cien doblas. Mandó hazer encima del cerro de Sancta Elena (que assí se nombra oy aquel cerro) una casa de plazer muy rica. Hizo la casa de las Gallinas, una legua de Granada, que no ay tal casa para el effecto en España. En la misma orilla del río Genil tenía este Rey, encima del río Darro, una huerta y jardín, llamado Generalife, que no avía Rey que tal tuviesse, que oy en día vive: en la qual huerta ay diversos géneros de frutas, muchas y muy bien labradas fuentes, muchas plaças y calles hechas de un fino y menudo arrayán. Tiene esta huerta una casa rica y bien labrada, en la qual ay muchos aposentos y salas y ricos quartos. Tiene muchas y muy ricas ventanas, todas labradas de fino oro, y en la sala más principal pintados por grandes pintores todos los Reyes Moros de Granada hasta su tiempo, y en otra sala todas las batallas que avían avido con los Christianos: todo tan al bivo que era cosa de admiración. Por estas obras y otras tales que avía hecho en la ciudad de Granada de tanta hermosura adornadas, hizo el Rey Don Juan el primero aquella pregunta al Moro Abenámar el viejo, estando en el río de Genil, que dize ansí:

Abenámar, Abenámar,
Moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales avía.
Estava la mar en calma,
la luna estava crecida;
Moro que en tal signo nace
no deve dezir mentira.
Allí le responde el Moro,
bien oyréys lo que dezía:
no te la diré, señor,
aunque me cueste la vida,
Porque soy hijo de un Moro
y de una Christiana cautiva,
siendo yo niño y muchacho
mi madre me lo dezía
Que mentira no dixesse,
que era grande villanía;
por tanto pregunta, Rey,
que la verdad te diría.
Yo te agradesco, Abenámar,

aquessa tu cortesía:
¿qué Castillos son aquellos,
altos son y reluzían?
El Alhambra era, señor;
y la otra la Mezquita;
los otros los Alijares,
labrados a maravilla:
El Moro que los labrava
cien doblas ganava al día,
y el día que no las labra
otras tantas se perdía:
El otro el Generalife,
huerta que par no tenía;
el otro Torres Bermejas,
castillo de gran valía.
Allí habló el Rey Don Juan,
bien oyréys lo que dezía:
Si tu quisiesses, Granada,
contigo me casaría;
dar te he yo en arras y dote
a Córdova y a Sevilla.
Casada soy, Rey Don Juan,
casada soy que no viuda,
el Moro que a mi me tiene
muy grande bien me quería.

Mostravan en sí tanta grandeza y pesadumbre los sobervios edificios de Granada y de su Alhambra, que era cosa de espanto, que hasta oy día se muestran. Estava este Mulahazen tan rico y próspero y de fortuna bien andante, què no avía Rey Moro que tan bien estuviesse como él, después del gran Turcò, si fortuna después no rebolviera sobre él, como adelante se dirá. Estava muy acompañado y servido de muy ricos y preciados cavalleros y de claros linages, todos de gran nombradía, porque se hallavan en Granada treynta y dos linages claros de cavalleros Moros, sin otros muchos que avía muy ricos y de grande estima: todos los quales descendieron de aquellas gentes Moras que ocuparon a España en tiempo de su perdición. Y porque me parece que será justa razón nombrarles a todos por sus nombres, se dirá: y ansí mismo de dónde vinieron, y de qué tierras y Provincias.

CAPÍTULO TERCERO, EN QUE SE DECLARAN LOS NOMbres de los Cavalleros Moros de Granada de los treynta y dos linages, y de otras cosas que passaron en Granada: ansí mismo pondremos todos los lugares que en aquel tiempo estavan debaxo de la corona de Granada.

Ya que avemos tratado de algunas cosas de la ciudad de Granada y de sus edificios, diremos de los preciados cavalleros que en ella vivían, y de las Villas y Lugares y Castillos y Ciudades que estavan sujetos a la Real Corona de Granada. Para lo qual començaremos por los Cavalleros desta manera, nombrándolos por sus nombres.

Almoradís,	*de Marruecos.*
Alagezes,	*Alarbes.*
Benarages,	*Alarbes.*
Alquifaes,	*de Fez.*
Gazules,	*Alarbes.*
Barragís,	*de Fez.*
Vanegas,	*de Fez.*
Zegrís,	*de Fez.*
Maças,	*de Fez.*
Gomeles,	*de Vélez de la Gomera.*
Bencerrages,	*de Marruecos.*
Albayaldos,	*de Marruecos.*
Abenamares,	*de Marruecos.*
Alatares,	*de Marruecos.*
Almadanes,	*de Fez.*
Audallas,	*de Marruecos.*
Almohades,	*de Marruecos.*
Hazenos,	*de Fez.*
Langetes,	*de Fez.*
Azarques,	*de Fez.*
Alarifes,	*de Vélez de la Gomera.*
Abenhamines,	*de Marruecos.*

Zulemas,	*de Marruecos.*
Sarrazinos,	*de Marruecos.*
Mofarix,	*de Tremecén.*
Abenchohares,	*de Tremecén.*
Almançores,	*de Fez.*
Abidbares,	*de Fez.*
Alhamares,	*de Fez.*
Reduanes,	*de Marruecos.*
Adoladines,	*de Marruecos.*
Alducarines,	*de Marruecos.*
Adoradines,	*de Marruecos.*
Alabezes Maliques,	*de Marruecos, descendientes del Rey Almohabez Malique, Rey de Cuco.*

Los lugares del Reyno y Vega de Granada son éstos:

Granada.
Alhendín.
Gabia la grande.
Gabia la chica.
Alfacar.
Pinos.
Albolote.
Monte frío.
Alcalá la Real.
Moclín.
Colomera.
Iznalloz.
Malacena.
Cogollos
Los padules.
Alhabia.
La çubia.
Alhama.
Loxa y Lora.
Guadahortuna.
Cardela.
Yllora.
Famala.
Güelma.

Los lugares de Baça:

Baça.
Zújar.
Freyla.
Bençalema.
Castril.
Benamaurel.
Orce.
Galera.
Cúllar.
Caniles.
Vélez el Blanco.
Vélez el Rubio.

Castilleja.
Guéscar.
Xiquena.
Tirieza.

Los del río Almançora:

Serón.
Tíjola.
Bayarque.
Almuña.
Purchena.
Ulcila.
Urraca.
Jumuytin.
Ovora.
Santopetar.
Guércal.
Las Cuevas.
Portilla.
Vera.
Mojácar.
Turre.
Benitagla.
Albanchez.
Cantoria.
Eria.
El Box.
Alboreas.
Partaloba.
Zurgena.
Cabrera.
Teresa.
Antas.
Sorbas.
Lobrín.
Uleyla del Campo.
Serena.
Guebro.

Los lugares de Filabres:

Filabres.
Vacares.
Sierro.
Gégal.
El Volodúy.

Los lugares del río de Almería:

Almería.
Enix.
Felix.
Vicar.
Guércal.
Pichina.
Alhama la seca.
Terque.
Sancta Fe.
Abiater.
Rioja.
Ylar.
[illegible]
Ragul.

Guécija.
Gineja.
Sancta Cru
Ohanez.
Almancata.
Esfincion.
Cangiyar.
Micles.
Marchena.

La Tala de Andárax y Oxícar:

Andárax.
Oxícar.
Berchul.
Lanjarón.
Murtal.
Turón.
Berja.
Las Albuñuelas.
Las Guajaras altas.
Las Guajaras baxas.
Valor el alto.
Valor el chico.
Cadiar.
Castillo del hierro.
Carriles Azcytún.
Dalaas.
Inox.
Tavernas.
Potrox.
Alcudia.
Guadix.
Lapeca.
Veas.
Fiñana.
La Calahorra.
Burriana.

Éstos y otros muchos Lugares de las Alpuxarras y Sierra Bermeja, y Ronda, que no ay para qué traellos, estavan debaxo la Real Corona de Granada. Y pues avemos tratado de los Lugares, es menester tratar de los Cavalleros Moros Maliques Alabezes, el qual linage en Granada era muy claro y muy tenido por su valor de los reyes della. Para lo qual es de saber, que como el Miramamolín de Marruecos convocasse á todos los Reyes del África para passar en España, quando totalmente fué destruyda hasta las Asturias, vino un Rey llamado Abderramén, y éste truxo tres mil hombres de pelea. Vino otro llamado Muley Aboaly, y en compañía déste vinieron otros veynte y cinco Reyes Moros: todos los quales truxeron muy grande poder de gentes, y entre estos Reyes vino uno llamado Mahomad Malique Almohabez, el Reyno de Cuco era suyo: traya con él tres valerosos hijos llamados Maliques Almohabezes. Todos estos Reyes, con sus gentes, passaron en España, y anduvieron en las guerras que se travaron contra Don Rodrigo. Y en aquella grande batalla en que se perdió el Rey

Don Rodrigo y la flor de los Cavalleros de España, a manos del Infante Don Sancho, murió el Rey Malique Almohabez. Sus tres hijos anduvieron en las guerras todos los ocho años que duraron las guerras hasta ser passadas tódas y España puesta en poder de Moros. Acabada la guerra, el mayor de los hermanos se passó en África, bien cargado de Christianos despojos, y se fué al Reyno de su padre, donde reynó, y aun después sus hijos déste vinieron a ser Reyes de Fez y Marruecos: y ansí uno de los Reyes de Fez tuvo un hijo llamado el Infante Abomelique, el qual passó en España en tiempo que los Reyes de Castilla tenían guerras con los Reyes de Granada, y este Infante Abomelique fué Rey de las Algeziras, y Ronda, y Gibraltar; respecto que fué ayudado de los parientes suyos que avían quedado en Granada, descendientes de aquellos hijos del Rey Almohabez, que como arriba es dicho, el uno se bolvió a su tierra y Reyno; los otros dos quedaron en Granada, por parecerles la tierra bien. Quedaron muy ricos de los despojos de la guerra de España. Fuéronles dadas grandes partes y haziendas en Granada, sabiendo cúyos hijos eran: y especialmente por el valor de sus personas, que era grande el linage destos Maliques Almohabezes en Granada. Emparentaron con otros claros linages de la ciudad que se dezían Aldoradines. Sirvieron a sus Reyes muy bien en todas las ocasiones. Finalmente, en Granada, ellos y los Abencerrages eran los más claros linages, aunque también avía otros tan buenos como ellos: donde eran Zegrís, Gomeles, Maças, Vanegas, y otros muchos Almoradís, y Almohades, Merines, y Gazules, y otros que no digo. Finalmente, con el favor de estos cavalleros Maliques Alabezes, que assí fueron llamados, el Infante Abomelique de Marruecos alcançó en el Reyno de Granada a ser Rey de Ronda, y de las Algeziras, y Gibraltar, como está dicho. Bolviendo al propósito de nuestra Historia, como dize el Arávigo: el Rey de Granada, Mulahazen, de quien agora tratamos, se servía de todos estos linages de estos principales cavalleros que arriba avemos contado, con los quales el Rey Mulahazen tenía su corte próspera y bien andante, y sus tierras pacíficas, y hazía guerras á los Christianos, y era en todas cosas muy estimado, hasta que su hijo Aboavdili fué grande, y entre él y el padre huvo grandes pesadumbres y contiendas. Y finalmente fué el hijo fué alçado por Rey con favor de los cavalleros de Granada, que estavan mal con su padre, por ver los agravios que dél avían recebido; otros seguían la parte del padre. Desta manera andavan las cosas de Granada, como atrás dexamos tratado: y no por esso dexava Granada de estar en su punto, siendo bien governada y regida, mas

el Rey que más metía la mano era el Chico, que al padre no se le dava mucho dello, atento que era su heredero, y passava, aunque contra su voluntad, por lo que el hijo hazía. Y es de saber, que de los treynta y dos linages de cavalleros que avía en Granada, y de cada linage avía más de cien casas, los que llevavan la Corte en peso en aqueste tiempo eran los que aquí diremos, porque haze al caso a nuestra historia, assí como lo escrivió el Moro Abenhamin, historiador de todos aquellos tiempos, dende la entrada de los Moros en España: porque este Abenhamin tuvo muy solícito cuydado de recoger todos los papeles y escrituras que tratavan estas cosas de Granada, dende su fundación primera y segunda. Dize, pues, el Arábigo que los cavalleros que más se estimavan en la ciudad de Granada y en su Reyno eran los siguientes:

Alhamares.	*Llegas.*
Almoradís.	*Maças.*
Alabezes.	*Zegrís.*
Abencerrages.	*Abenamares.*
Gomeles.	*Gazules.*
Vanegas.	

Los cavalleros Abencerrages eran muy estimados por ser de muy claro linage, descendientes de aquel valeroso Capitán Abenraho que vino con Muça en el tiempo de la rota de España: y de éste, y de dos hermanos que tuvo, descendieron estos valerosos cavalleros Abencerrages, de muy clara y Real sangre, y assí lo affirma el Arábigo en su escritura; y también se hallaron los hechos de estos valerosos cavalleros en las Chrónicas de los Reyes de Castilla, a las quales me remito. Y quien seguía la mayor amistad destos valerosos cavalleros eran los Maliques Alabezes: y el valeroso Muça, hijo bastardo del Rey Mulahazen, como atrás queda dicho y declarado. Este Muça era cavallero robusto y muy valiente, como adelante diremos, y como se halla en las Chrónicas de los Christianos Reyes. En este tiempo, la ciudad de Granada andava puesta en grandes fiestas, assí de cañas, sortijas y torneos, como de otras qualesquier fiestas: y esto mandava hazer el Rey Chico, por aver recebido Corona del Reyno, aunque como es dicho, contra la voluntad de su padre, el qual vivía en el Alhambra, y el Rey Chico en el Albayzín y Alcaçava, visitado de los cavalleros más principales de Granada, por quien avía recebido la Corona, assí

Abencerrages como Gomeles, Zegrís y Maças: entre todos éstos se hazían grandes fiestas, y Muça las solennizava por ser cavallero gentil y gallardo. Passando estas cosas, el muy valeroso Maestre de Calatrava Don Rodrigo Tellez Girón, con mucha gente de cavallo y de pie, entró a correr la Vega de Granada, y la corrió y hizo algunas presas. Y no contento con esto, quiso saber si avria en Granada algun cavallero que con él quisiesse escaramuçar lança por lança. Y sabiendo cómo en Granada se hazían fiestas por la nueva eleción del Rey Chico, acordó de embiar un escudero con una letra suya al Rey. El escudero fué con el recaudo del Maestre a Granada, y supo cómo el Rey estava en Generalife con muchos cavalleros tomando plazer: y como el escudero llegó, aviendo tomado licencia para entrar, entró. Y siendo delante del Rey, haziendo su acatamiento como al Rey se devía, le dió el recaudo del Maestre. El Rey lo tomó y leyó públicamente alto, que todos lo entendían, y dezía la carta lo siguiente:

Poderoso señor: su Alteza goze la nueva Corona que por tu valor se te ha dado, con próspero fin que dello suceda. De mi parte he sentido grande contento, aunque diversos en leyes; mas confiando en la grande misericordia de Dios que al fin tú y los tuyos vendréys en claro conocimiento de la Sancta Fe de Christo, y querrás el amistad de los Christianos; mas agora en tiempo de tus fiestas, que son grandes, como es razón que lo sean, por tu nueva Coronación, es justo que los cavalleros de tu corte se alegren y tomen plazer, probando sus personas con el valor que dellos por el mundo se publica y es notorio. Y ansí por este respecto, yo y mi gente avemos entrado en la Vega, y la avemos corrido: y si acaso alguno de los tuyos quisiere en passatiempo salir al campo a tener escaramuça, uno a uno, o dos a dos, o quatro a quatro, dé les tu Alteza licencia para ello, que aquí aguardo en el Fresno gordo, harto cerca de tu ciudad. Y para esto doy seguro que de los míos no saldrán más de aquellos que salieren de Granada para escaramuçar. Cesso besando tus reales manos. El Maestre don Rodrigo Téllez Girón.

Leyda la carta, el Rey, con alegre semblante, miró a todos sus cavalleros, y viólos andar alborotados y con gana de salir a la escaramuça, qualquiera dellos, pretendiendo la empresa de aquel negocio. Y el Rey, como los vido ansí, les mandó que sossegassen, y preguntó si era justo salir á la escaramuça que el Maestre pedía, y todos respondieron y dixeron que era cosa muy justa salir. Porque haziendo lo contrario, serían reputados por cavalleros de poco valor y cobardes

Y para esto huvo muchos pareceres, sobre quién saldría a la escaramuça, o quántos. Y fué acordado que no fuesse aquel día más de uno a uno la escaramuça, que después saldrían más; y sobre quién avía de ser, huvo grandes diferencias entre todos. De modo que fué necessario que entrassen en suertes doze cavalleros, y el que saliesse primero de una vasija de plata su nombre escripto, que aquél saliesse. Assí acordado, los que fueron escriptos para las suertes fueron los siguientes:

Mahomad Abencerrage.	*El valiente Muça.*
El Malique Alabez.	*Mahomad Maça.*
Mahomet Almoradí.	*Albayaldos.*
Vanegas Mahamet.	*Abenámar.*
Mahoma Gomel.	*Almadán.*
Mahomad Zegrí.	*El valiente Gazul.*

Todos estos cavalleros fueron señalados y sus nombres escriptos y puestos dentro de una cántara de plata; y bien rebueltas las suertes, la Reyna con su mano las sacó, que allí estava con sus damas, y la suerte dezía el nombre de Muça. ¡Quién os diría el gran plazer de Muça en aquella hora, y el pesar de todos los demás cavalleros señalados! Porque cada uno dellos holgara en estremo y de voluntad ser el contenido en las suertes, por provar el valor y esfuerço del Maestre. Y aunque después desto, entre todos los cavalleros fué después muy conferido y debatido que mejor fuera salir quatro a quatro, o seys a seys, no se pudo acabar con Muça. Y ansí luego se escrivió al Maestre una letra, y dandola al escudero del Maestre en respuesta de la que avía traydo, le embiaron. El escudero bolvió adonde el Maestre aguardava, y le dió en su mano el recaudo del Rey Chico, y abierta la carta, dezía ansí:

Valeroso Maestre: Muy bien se muestra en tu valeroso pecho la nobleza de tu sangre, y no menos que de tu nobleza pudiera salir el parabien de mi elección y recebimiento de mi Real Corona. Todo lo qual me ha puesto en obligación de te acudir a todo aquello que al amistad de un verdadero y leal amigo se deve tener, y ansí me obligo a todo aquello que de mí y mi Reyno huvieres menester. Con muy comedidas razones embías a pedir a mis cavalleros escaramuça en la Vega, diziendo que por alegrar mi fiesta, lo qual te agradezco grandemente. Entre los más principales cavalleros de mi corte se echaron suertes, para ver quál dellos saldría a verse con-

tigo; porque qualquiera dellos quisiera salir. Finalmente la suerte le cayó a Muça, mi hermano. Mañana, siendo Mahoma servido, le verás contigo solo, debaxo de tu palabra que no será de ninguno otro de los tuyos offendido. Bien sé que la escaramuça será de ver; por ser hecha entre dos tan buenos cavalleros, la qual será mirada de las Damas de las torres del Alhambra. No más. Quedo, para lo que te cumpliere, en Granada. Audala, Rey de Granada.

Alegre fué el buen Maestre con la respuesta del Rey. Y aquella noche se retiró buen rato la Vega a dentro, mandando a su gente que tuviesse aquella noche con vigilancia y con grande recato, con recelo que los Moros no le hiziessen algún daño. La mañana venida, se acercó a la ciudad, llevando solos cincuenta cavalleros de los suyos para su guarda; dexando el resto dellos muy grande trecho apartados, con aviso que aprestados estuviessen, por si los Moros quisiessen hazer alguna cosa no devida, rompiendo la palabra en aquel caso puesta. Y ansí estuvo aguardando a Muça que de la ciudad saliesse, para hazer con él la batalla.

CAPÍTULO QUARTO, QUE TRATA LA BATALLA QUE el valiente Muça tuvo con el Maestre, y de otras cosas que más passaron.

Assi como el mensagero del Maestre fué partido con la carta, siendo el desafio aceptado, los Moros cavalleros y el Rey quedaron hablando en muchas cosas, principalmente en el desafio del valeroso Maestre. La Reyna y las damas que allí estavan no holgaron mucho dello, porque ya sabían bien que el valor del Maestre era grande y diestro en las armas. Y a quien más en particular este desafío pesó, fué a la muy hermosa y discreta Fátima, que amava a Muça de muy firme amor; después que dexó los amores del valiente Abindarráez, visto que Abindarráez los tratava con la hermosa Xarifa. Esta Fátima que digo era muy hermosa, y era Zegrí, y dama de muy grande aviso y discreción, estava muy aficionada al valiente Muça y sus cosas, dándose lo algunas vezes a entender, con un sabroso y dulce mirar. Mas de Muça digo que estava muy fuera deste propósito, porque amava de todo coraçón a la hermosa Daraxa, hija de Hamat Alagez, cava-

llero de muy gran cuenta, y hazía por ella y en su servicio muy grandes y señaladas cosas. Mas esta dama Daraxa no amava a Muça, porque tenía todo su amor puesto en Abenhamete, cavallero Abencerrage, hombre gentil y gallardo y de muy grande valor. Y assí mismo el Abencerrage amava a la hermosa Daraxa, y le servía en todo quanto podía. Pues bolviendo a nuestro Muça, aquella noche siguiente adereçó todo lo necessario para la batalla que avía de hazer con el buen Maestre, y la hermosa Fátima le envió con un paje suyo un pendoncillo de una muy fina seda para la lança, el medio morado y el otro medio verde, todo recamado con muy ricas labores de oro, y por él sembradas muchas FF, en que declaravan el nombre de Fátima. El paje lo dió a Muça diziendo: «Valeroso Muça, Fátima mi señora os besa las manos y os suplica que pongáys en vuestra lança este pendonçillo en su servicio, porque será muy contenta si lo lleváys a la batalla.» Muça tomó el pendón, mostrando muy buen semblante, porque era para con las damas muy cortés, aunque cierto más quisiera que aquella empressa fuera de la hermosa Daraxa que de ninguna otra dama del mundo. Mas como era tan discreto como valiente, lo recibió, diziéndole al paje: «Amigo, di a la hermosa Fátima, que yo le tengo en grande merced el pendoncillo que me embía, aunque en mí no aya méritos para que prenda de tan hermosa dama lleve conmigo. Y que Alhá me dé gracia para que yo lo pueda servir, y que yo le prometo de poner lo en mi lança y con él entrar en la batalla. Porque tengo entendido que con tal prenda, y embiada de tan hermosa señora, será muy cierta la victoria de mi parte.» El paje se fué con esto, y en llegando a Fátima, le dixo todo lo que con el valiente Muça passara; que no fué poco alegre Fátima con ello. Pues el alva aun no era bien rompida, quando el buen Muça ya estava de todo punto muy bien adereçado para salir al campo. Y dando dello aviso al Rey, se levantó y mandó que se tocassen las trompetas y clarines, al son de los quales se juntaron gran cantidad de cavalleros, de los más principales de Granada, sabiendo ya la ocasión dello. El Rey se puso aquel día muy galán, conforme a su persona Real convenía. Llevava una marlota de tela de oro tan rica que no tenía precio, con tantas perlas y piedras de valor que muy pocos Reyes las pudieran tener tales. Mandó el Rey que saliessen docientos cavalleros adereçados de guerra, para seguridad de su hermano Muça, los quales se adreçaron muy presto. Todos los demás salieron muy ricamente vestidos, que no huvo ningun cavallero que no vistiesse seda y brocado. Bolviendo al caso, aun no eran los rayos del sol bien tendidos por la her-

mosa y espaciosa vega, quando el Rey Chico y su cavallería salió por la puerta que dizen de Bibalmaçan, llevando a su hermano Muça al lado, y todos los demas cavalleros con él, con tanta gallardía que era cosa de mirar la diversidad de los trajes y vestidos de los Moros cavalleros. Y los demas cavalleros que yvan de guerra no menos parecer y gallardía llevavan: parecían tan bien con sus adargas blancas y lanças y pendoncillos, con tantas divisas y cifras en ellos, que era cosa de mirar. Yva por capitán de la gente de guerra Mahomad Alabez, valiente cavallero y gallardo, muy galán, enamorado de una dama llamada Cohayda, en grande estremo hermosa. Llevava este valiente Moro un listón morado en su adarga, y en él, por divisa, una corona de oro, y una letra que dezía: «De mi sangre.» Dando a entender que venía de aquel valeroso Rey Almohabez, que passó en España en tiempo de su destruycion, el qual mató el Infante don Sancho, como arriba es dicho. La misma divisa llevava este gallardo Moro en su pendoncillo. Ansi, pues, salieron de Granada estas dos quadrillas, y anduvieron hasta donde estava el buen Maestre con sus cinquenta cavalleros aguardando, no menos adereçados que la contraria parte. Assí como llegó el Rey, se tocaron sus clarines, a los quales respondieron las trompetas del Maestre. Cierto que era cosa de ver assí los de una parte como los de la otra. Despues de averse mirado los unos a los otros, el valeroso Muça no veya la hora de verse con el Maestre, y tomando licencia de su hermano el Rey, salió con su cavallo passo a passo con muy gentil ayre y gallardía, mostrando en su aspecto ser varón de gran esfuerço. Llevava el bravo Moro su cuerpo bien guarnecido, sobre un jubón de armar una muy fina y delgada cota, qual dizen jacarina, y sobre ella una muy fina coraça, toda aforrada en terciopelo verde, y encima della una muy rica marlota del mismo terciopelo, muy labrada con oro, por ella sembradas muchas DD de oro, hechas en arábigo. Y esta letra llevava el Moro por ser principio del nombre de Daraxa, a quien el amava en demasía. El bonete era ansí mismo verde con ramos labrados de mucho oro, y laçadas con las mismas DD arriba dichas. Llevava una muy fina adarga, hecha dentro en Fez, y un listón por ella travessado ansí mismo verde, y en medio una cifra galana, que era una mano de una donzella, que apretava en el puño un coraçon, tanto al parecer que salía del coraçon gotas de sangre, con una letra que dezía: «Más merece.» Yva tan gallardo Muça que qualquiera que lo mirava recebía de verle grande contento. El Maestre, que venir lo vido, luego coligió que aquel cavallero era Muça, con quien avía de hazer la batalla, y ansí

luego mandó a sus cavalleros que ninguno se moviesse en su socorro, aunque le viessen puesto en necessidad, y lo huviesse menester. Y dando de las espuelas al cavallo se fué passo ante passo hacia la parte que venía el Moro Muça, con no menos ayre y gallardía que el enemigo. Yva el Maestre muy bien armado, y sobre las armas, una ropa de terciopelo azul muy ricamente labrada y recamada de oro. Su escudo era verde y el campo blanco, y en él puesta una cruz roja, hermosa, la qual señal también llevava en el pecho. El cavallo del Maestre era muy bueno, de color rucio rodado. Llevava el Maestre en la lança un pendoncillo blanco, y en él la cruz roja como la del escudo, y baxo de la cruz una letra que dezía: «Por ésta y por mi Rey.» Parecía el Maestre tan bien, que a todos daba de verle grandíssimo contento. Y dixo el Rey a los que con él estavan: «No sin causa este cavallero tiene gran fama, porque en su talle y buena disposición se muestra el valor de su persona.» En este tiempo llegaron los dos valientes Cavalleros, cerca el uno del otro. Y después de averse mirado muy bien, el que primero habló fué Muça, diziendo: «Por cierto, valeroso Cavallero, que vuestra persona muestra bien claro ser vos de quien tanta fama anda por el mundo, y vuestro Rey se puede tener por bien andante en tener un tan preciado cavallero como vos a su mandado. Y por sola la fama que de vuestro valor buela por todo el mundo, me tengo por muy bien andante Moro entrar con vos en batalla, porque si Alhá quisiesse y Mahoma lo otorgasse que yo de tan buen cavallero alcançasse victoria, todas las glorias dél serían mías, que no poca honra y gloria sería para mí y todo mi linage. Y si al contrario fuesse que yo quedasse vencido, no me daría mucha pena serlo de la mano de tan buen cavallero.» Con esto dió Muça fin a sus razones. A las quales palabras respondió el valeroso y esforçado Maestre muy cortésmente, diziendo: «Por un recado que ayer recebí del Rey, sé que os llaman Muça, de quien no menos fama se publica que de mí vos avéys dicho, y que soys su hermano, descendientes de aquel valeroso y antiguo capitán Muça, que en los passados tiempos ganó gran parte de nuestra España. Y ansí lo tengo yo en mucho hazer con tan alto cavallero batalla. Y pues que cada uno de su parte dessea la honra y gloria della, vengamos a ponerla en execución, dexando en las manos de la fortuna el fin del caso, y no aguardemos que mas tarde se nos haga.» El valeroso Moro que assí oyó hablar al Maestre, le sobrevino una muy grande vergüença, por aver dilatado tanto la escaramuça, y sin responder palabra alguna, con mucha presteza rodeó su cavallo, el qual era de gran bondad, y apretándose el bonete bien en

la cabeça, debaxo del qual llevava un muy fino y azerado caxco, se apartó un gran trecho: lo mismo avia hecho el Maestre. A este tiempo la Reyna y todas las damas estavan puestas en las torres del Alhambra, por mirar desde allí la escaramuça. Fátima estava junto a la Reyna, muy ricamente vestida de damasco verde y morado, de la color del pendoncillo que le embiara a Muça. Tenía por toda la ropa sembradas muchas MM griegas, por ser primera letra del nombre de su amante Muça. El Rey, como vido los cavalleros apartados y que aguardavan señal de batalla, mandó tocar los clarines y dulçaynas, a las quales respondieron las trompetas del Maestre. Siendo la señal hecha, los dos valientes cavalleros arremetieron sus cavallos el uno para el otro, con grande furia y braveza, con la qual passaron el uno por el otro, dándose muy grandes encuentros; mas ninguno perdió la silla, ni hizo desdén ni mudança que mal pareciesse. Las lanças quedar[on] sanas, el adarga de Muça fué falsada, y el hierro de la lança tocó en la fina coraça, y rompió parte della, y paró en la jacerina sin hazerle otro mal. El encuentro que dió Muça, tambien passó el escudo del Maestre, y el hierro de la lança tocó en el fuerte peto, que a no serlo tan bueno, fuera por el duro hierro falsado, por ser muy fino y hecho en Damasco. Los cavalleros sacaron las lanças muy ligeramente, y con gran destreza començaron a escaramuçar, rodeándose el uno al otro, procurando de se herir; mas el cavallo del Maestre aunque era de gran bondad, no era tan ligero como el que llevava Muça, a cuya causa el Maestre no podía hazer golpe a su gusto, por andar Muça tan ligero con el suyo. Y ansí Muça entrava y salía quando quería con grandíssima ligereza, dándole algunos golpes al Maestre. El qual, como viesse que el cavallo de Muça era tan rebuelto y ligero, no sabiendo qué se hazer, acordó, muy confiado en la fortaleza de su braço, de tirarle la lança. Y ansí aguardando que Muça le entrasse, como le viesse venir contra él con tanta furia como un rayo, con gran presteza terceó la lança, y levantando sobre los estribos, con gran furia y fortaleza le arrojó la lança. Muça, que venir lo vido, quiso con gran ligereza hurtarle el cuerpo; y ansí en un pensamiento bolvió la rienda al cavallo por apartarse del golpe. Mas no lo pudo hazer tan presto que primero la lança del Maestre no llegasse, la qual dió al cavallo por la hijada un duro golpe, que lo passó de una banda a otra. El cavallo de Muça, viéndose tan malamente herido, començó a dar tan grandes saltos, y a hazer tales cosas, dando muy grandes corcobos, que era cosa de espanto. Lo qual siendo de Muça entendido, porque de su mismo cavallo algún daño no le viniesse, saltó de la si-

lla en el suelo, y con ánimo de un león, se fué para el Maestre por desjarretalle el suyo. El Maestre que venir le vido, luego entendió su intención, y porque no le desjarretasse el cavallo, saltó dél tan ligero como un ave. Y embraçando su escudo, aviendo dexado la lança, puso mano a su espada y se fué para Muça, el qual ya venía lleno de cólera y saña contra el Maestre, por averle ansí tan malamente herido su cavallo, y con una hermosa cimitarra se fué a herir al Maestre de muy grandes golpes; el qual de muy buena gana le recebió. De esta suerte, en pie, començaron a pelear los dos fuertes cavalleros, dándose muy crecidos golpes, tanto que se deshazían los escudos y las armas; mas el valeroso Maestre, que era más diestro en ellas que Muça, puesto que Muça fuesse de bravo coraçón y ánimo invencible, quiso mostrar do llegava su valor, y ansí affirmando su espada sobre la cimitarra de Muça, hizo señal y muestra que le quería tirar por baxo al muslo. Y ansí dexando passar la espada por baxo la cimitarra, apuntó y señaló aquel golpe; Muça con presteza fué al reparo, porque su muslo no fuesse herido. El Maestre con una presteza increyble bolvió de mandoble a la cabeça, de modo que el valiente Muça no pudo yr al reparo tan presto como fuera necessario: y ansí el golpe del Maestre hizo effecto de tal manera, que la mitad del verde bonete cortó, do el penacho vino al suelo, quedando el caxco descubierto, que si tan fino no fuera y de tan estremado temple, Muça lo passara muy mal; mas con todo esso no dexó de quedar Muça medio aturdido de aquel pesado golpe. Y reconociendo el mal estado en que estava, acudió con su cimitarra con gran presteza y fuerça, y descargó un desaforado golpe; el Maestre lo recibió en su escudo, el qual por la fuerça de aquel golpe vino, cortado el medio, al suelo: y siendo rota la manga de la loriga, el Maestre recebió una herida en el braço, aunque pequeña, de a do le salía mucha sangre. Causa fué esta herida que el Maestre se encendiesse en viva saña, y determinando vengar la herida, acometió un golpe a la cabeça de Muça, el qual con presteza fué al reparo, por no ser en ella herido. El Maestre, viendo el reparo hecho, se dexó caer con la espada de revés por baxo, y le dió una herida en el muslo, que no le prestó la loriga que encima llevava, para que la fina espada del Maestre no hallasse carne. Desta manera los dos cavalleros andavan muy bravos y encarnizados, dándose grandes golpes. Quien a esta hora mirara a la hermosa Fátima, bien claro conociera el amor que a Muça le tenía: porque assí como vido aquel bravo golpe que el Maestre le diera y le derribara el bonete y penacho en el suelo, ella entendió y tuvo por cierto que Muça quedava mal he-

rido. Y más viendo el buen cavallo ya tendido muerto en el suelo, no lo pudo sufrir más; de todo punto perdido su color, con desmayo cruel que le dió, se le cubrió el enamorado coraçón y cayó sin ningún sentido en el suelo a los pies de la Reyna. La qual maravillada de tal acaecimiento, le mandó echar agua en el rostro, con cuyos fríos Fátima tornó en sí, y abriendo los ojos todos llenos de agua, dió un grande suspiro diziendo: «O Mahoma, y ¿por qué no te dueles de mí?» Y tornándose a amortecer, estuvo ansí una gran pieça. La Reyna la mandó llevar a su aposento, y que le hiziessen algunos remedios. Xarifa y Daraxa y Cohayda la llevaron a su aposento, con harta tristeza del mal tan repentino de Fátima, por ser dellas en estremo amada. Estando en su aposento la desnudaron y acostaron en su cama, haziendole los remedios necessarios, hasta tanto que la hermosa Fátima tornó en su acuerdo. Y tornada, les dixo a Daraxa y a Xarifa que la dexassen allí sola un poco, para que reposasse. Ellas assi lo hizieron, y se tornaron a donde estava la Reyna mirando la batalla de Muça y el Maestre, que en aquella sazón andava mas encolerizada y encendida. Mas bien claro se mostrava el Maestre llevar grande ventaja a Muça, atento ser mas diestro en las armas; puesto caso que Muça fuesse de muy bravo coraçón y no mostrasse punto de cobardia en aquel punto, antes con mayor ánimo redobla sus golpes, hiriendo al Maestre muy duramente, que no menos de su parte estava y con ventaja, como es dicho. A Muça le salía mucha sangre de la herida del muslo, y tanta que ya no se podía dexar de sentir que Muça no anduviesse algo desfallecido. Lo qual visto por el Maestre, considerando que aquel Moro era hermano del Rey de Granada, y que era tan buen cavallero, desseando que fuesse Christiano, y que siéndolo se podría ganar algo en los negocios de la guerra, en provecho del Rey Don Fernando, determinó de no llevar la batalla adelante, y de hazer amistad con Muça. Y ansí luego se retiró a fuera, diziendo: «Valeroso Muça, paréceme que para negocios de fiestas hazer tan sangrienta batalla como hazemos, no es justo; demos le fin si te pareciere, que a ello me mueve ser tú tan buen cavallero, y ser hermano del Rey, de quien tengo offrecidas mercedes. Y no digo esto porque de mi parte sienta yo aver perdido nada del campo, ni de mi esfuerço, sino porque desseo amistad contigo, por tu valor.» Muça, que vido retirar el Maestre, muy maravillado dello, también se retiró, diziendo: «Muy claramente se dexa entender, valeroso Maestre, que te retiras y no quieres fenecer la batalla, por verme en mal estado y en término que della yo no podía sacar sino la muerte, y tu de compassión movido de

mi mala fortuna me quieres conceder la vida, de la qual yo muy bien conozco que me hazes merced. Mas sé te dezir que si tu voluntad fuere que nuestra lid se fenezca, de mi parte no faltaré hasta morir: con el qual pagaré lo que a ser buen cavallero devo. Mas si, como dizes, lo hazes por respecto de mi amistad, te lo agradezco grandemente, y lo tengo por merced que un tan singular cavallero se me dé por amigo. Y assí prometo y juro de serlo tuyo hasta la muerte, y de no yr contra tu persona, agora ni en ningun tiempo, sino en todo quanto fuere mi poder servirte.» Y diziendo esto, dexó la cimitarra de la mano, y se fué para el Maestre, y lo abraçó. Y el Maestre hizo lo mismo; que el ánimo le dava que de aquel Moro avía de salir algún notable bien a los Christianos. El Rey y los demás, que estavan mirando la batalla, espantados de aquel espectáculo, se maravillaron mucho y no sabían qué se dezir. Y al cabo, entendiendo que eran amistades, el Rey con seys solos cavalleros se llegó a hablar al Maestre, y después de averse tratado cosas de grandes cortesías, sabiendo el Rey las amistades del Maestre y de su hermano, aunque, a la verdad, no holgó mucho dello, dió orden de entrar en Granada, porque Muça fuesse curado, que lo avía menester. Y ansí se partieron los dos valerosos cavalleros, llevando en sus coraçones el amistad muy fixa y sellada. Y este fin tuvo esta batalla. Buelto el Rey a Granada con los suyos, no se hablava en otra cosa sino en la bondad del Maestre y de su valor y esfuerço y cortesía, y con mucha razón, porque todo cabía en el buen Maestre. Y por él se dixo aquel famoso romance, que dizen:

¡Ay, Dios, qué buen Cavallero
el Maestre de Calatrava!
y quán bien corre los Moros
en la Vega de Granada,
Desde la Fuente del Pino
hasta la Sierra Nevada,
y en essas puertas de Elvira,
mete el puñal y la lança:
Las puertas eran de hierro,
de parte a parte las passa.

Siendo ya fenecida la batalla del Maestre y del fuerte Muça, el Maestre, con los suyos, se salió de la Vega, llevando muchas cosas de ganancia della. Dexemos lo a él que se fué a su casa a descansar, y hablemos de lo que passó en la ciudad de Granada, después que el Rey entró en ella, y fué sano Muça de sus heridas, que tardó más de un mes.

CAPÍTULO QUINTO, QUE TRATA DE UN SARAO QUE se hizo en palacio, entre las damas de la Reyna y los cavalleros de la corte, sobre el qual huvieron pesadas palabras entre Muça y Çulema Abencerrage, y lo más que passo.

Muy grande fué la reputación que cobró el valiente Muça de ser valiente cavallero, pues no quedó del Maestre vencido, como lo avían sido otros valientes cavalleros de quien se tenía muy grande noticia aver sido vencidos en aquella vega, y muertos por la mano del Maestre. Y entró en Granada, acompañado de toda la más principal cavallería, y assí mismo su hermano el Rey. Entraron por la puerta de Elvira, y por las calles donde passavan todas las damas le salían a mirar, y otras muchas gentes, ocupando las ventanas, que era cosa de ver, salían dándole mucho loor por la batalla que con el Maestre avía hecho. Desta suerte llegaron hasta el Alhambra, donde fué Muça puesto en su aposento, y curado con gran diligencia por un grande maestro Moro que sabía muy bien aquel arte de la cirugía. Estuvo Muça en sanar bien casi un mes. Despues de estar sano, fué a Palacio a besar las manos al Rey: el qual con su vista tuvo grande contento, ansí mismo todos los demás cavalleros y damas de la corte. Quien más con su vista se alegró, fué la hermosa Fátima, porque lo amava mucho, aunque él muy fuera estava de aquel cuydado. La Reyna le hizo sentar a la par de sí, donde le preguntó cómo se sentía, y qué le avía parecido del esfuerço del Maestre. Muça le respondió: «Señora, el valor del Maestre es en demasía muy grande, y él me hizo merced que la batalla no passasse adelante, por escusar el notable daño que estava de mi parte; que ya estava muy conocido. Y por Mahoma juro que en lo que yo pudiere, le tengo de servir.» «Mahoma lo confunda —respondió Fátima—, que en tal sobresalto nos puso a todos, especialmente a mí: que assí como vide que de un golpe que os dió os derribó la mitad de buestro bonete con todo el penacho, no me quedó gota de sangre; y faltándome de todo punto el aliento, me cay en el suelo medio muerta.» Fátima dixo esto, parándose muy colorada, como la fina rosa; de manera que todos echavan de ver que amava al valeroso Muça. El qual respondió: «A mí me pesa que tan hermosa dama por mi respeto viniesse a tan mal estremo. Alhá me dexe pagar tan alta mer-

ced como ésta.» Y diziendo esto, bolvió los ojos a Daraxa, mirándola afficionadamente, dándole a entender que la amava en su coraçón; mas Daraxa abaxava su ojos sin mostrar ni hazer mudança alguna. Ya era hora de comer, y el Rey mandó que se truxesse la comida, y se assentassen a la mesa todos los cavalleros más principales de Granada, porque después de aver comido se hiziesse gran fiesta y zambra. Las mesas fueron puestas, y con el Rey fueron de mesa los cavalleros siguientes, que eran mas principales. Quatro cavalleros Vanegas. Otros quatro Almoradís. Dos Alhamares. Ocho Gomeles. Seys Alabezes. Doze Abencerrages. Y entre ellos algunos Aldoradines, y Abenámar y Muça. Todos estos cavalleros eran de grande estima, y por su valor el Rey se holgava de ponerlos a su mesa. Assí mismo con la Reyna comían muy hermosas damas y de grande estima. Las quales eran: Daraxa, Fátima, Xarifa, la Cohayda, la Zayda, Sarrazina, Alboraya. Todas éstas eran de los mejores linages de Granada: Daraxa de los Alagezes, Fátima de los Zegrís, Xarifa Almoradí, Alboraya de los Gomeles, Sarrazina de los Sarrazinos, Cohayda de los Vanegas. También estava allí la linda Galiana, hija del Alcayde de Almería, que avía venido a las fiestas, y era parienta de la Reyna. Y por esso avía venido a Granada, con licencia de su padre. Y todas, como digo, hermosas y muy discretas. Desta hermosa Galiana andava enamorado Abenámar, valeroso cavallero, y por ella avía hecho cosas muy estrañas en escaramuças, y por ésta se dixo aquel romance, que dize:

En las huertas de Almería
estava el Moro Abenámar,
frontero de los palacios
de la Mora Galiana.
Por arrimo su albornoz
y por alhombra su adarga,
la lança llana en el suelo,
ques mucho allanar su lança;
En el arçon puesto el freno
y con las riendas travada
la yegua entre dos linderos
porque no se pierda y pazca;
Mirava un florido almendro
con la flor mustia y quemada
por la inclemencia del cierço
a todas flores contraria, etc.

Este romance lo dizen de otra manera, diziendo que Galiana estava en Toledo. Y es falso, porque la Galiana de Toledo fué grandes tiem-

pos antes que los Abenamares viniessen al mundo, especialmente este de quien agora tratamos; y el otro, de la pregunta del Rey Don Juan; porque en tiempos déstos Toledo era de Christianos, y assí queda la verdad clara. La Galiana de Toledo fué en tiempo de Carlos Martel, y fué robada de Toledo, y llevada a Marsella por Carlos. Esta Galiana de quien aquí tratamos, era de Almería, y por ella se dize el romance, y no por la otra. Y este Abenámar era nieto del otro Abenámar, de quien atrás avemos hablado. Bolviendo a nuestro caso, el Rey con sus cavalleros, y la Reyna con sus damas comían con grande contento, al son de diversas músicas ansi de menestriles como dulçaynas, harpas, laúdes, que en la Real sala avia. Hablavan los cavalleros y el Rey de muchas cosas, especialmente de la batalla del Maestre y de Muça, y del gran valor del Maestre y de su cortesia, que era muy grande, de todo lo qual le pesava al Moro Albayaldos que allí estava, que sentía gran despecho porque la batalla no se avia acabado, que le parecía a él que el valor del Maestre no era tan grande como dél se dezia, y que si él peleara con él, que le llevara la batalla a un glorioso fin. Y assí tenía puesto en su pensamiento que la primera vez que el Maestre entrasse en la Vega se avía de probar con él, por ver si su esfuerço y valentía era del modo que se dezia. Desta manera las damas también en su comida hablavan de la batalla passada, y del ánimo de Muça y de su buen donayre. Abenhamete no partia los ojos de Daraxa, que la amava en estremo, y no vivia el Moro engañado, que ella lo adorava; mas avía partes en Abenhamete Abencerrage para que fuesse amado, por ser muy bien tallado y valiente por su persona, y era Alguazil mayor en Granada: que este cargo y officio no se dava sino a hombres de grande valor y estima. Y por la mayor parte no salía este officio de los cavalleros Abencerrages, como se podrá ver en los Compendios de Estevan de Garibay Çamalloa, Chronista de los Reyes Christianos de Castilla. Pues si Albayaldos estava con desseo de probar el valor del Maestre, no menos lo tenia su hermano Alatar, que se preciava de valiente, y quisiera ver si el esfuerço y valentía del Maestre era tanta como dél se publicava. El valeroso Muça ya no curava desto, más de tener al Maestre por amigo: que más le yva en mirar a la hermosa Daraxa que en todo lo demás, y tanto la mirava que muchas vezes se olvidava el comer. Su hermano el Rey paró mientes en ello, y entendió que Muça amava a Daraxa, y dello le pesó mucho, porque también él la amava de secreto; y muchas vezes le avía descubierto su coraçón, aunque Daraxa todas sus razones las echava por alto y no hazia caudal ni caso dellas, ni le queria

dar oydo ni menos lugar a que el Rey pudiesse salir con su intento. También Mahomad Zegrí mirava a Daraxa: éste era cavallero de mucha cuenta, y sabía que Muça la desseava servir; mas por esso no desistió de su propósito: de todo lo qual Daraxa no se le dava cosa ninguna, por tener ella puestos los ojos en Abenhamete, valeroso cavallero Abencerrage, hombre gallardo y bien dispuesto. La Reyna tratava con las damas en cosas de los cavalleros y sus bizarrías, y entre todos, de los Abencerrages y Alabezes, los quales dos linages se tocavan en deudo por casamientos que andavan de por medio. Estando la Reyna hablando, como es dicho, con sus damas, aviendo ya acabado de comer el Rey y todos los demás, y aviéndose començado algunas danças entre damas y cavalleros, llegó un page de parte de Muça, y hincando las rodillas en el suelo, le dió a Daraxa un ramo de muy hermosas y exquisitas flores y rosas, diziendo: «Hermosa Daraxa, mi señor Muça os besa las manos, y os suplica que recibáys este ramillete que él mismo hizo y compuso por su mano, para ponerlo en la vuestra, y que no miréys el poco valor del ramillo, sino la voluntad con que se os da; y que advirtáys que dentro de essas flores viene su coraçón, y que ansí ni más ni menos lo pone en vuestras manos.» Daraxa miró a la Reyna y se puso muy colorada, y no sabía qué se hiziesse, si lo tomasse o no: y visto que la Reyna la miró y no le dixo cosa ninguna, tomó el ramillete por no serle mal mirada a Muça, y por ser muy buen cavallero y hermano del Rey, considerando que en tomar el ramillete no offendía a su honestidad ni a su querido Abencerrage, el qual muy bien vido cómo lo tomó; diziendo al page que ella agradecía el presente que le embiava. Quien en aquella hora mirara a Fátima, muy bien entendiera lo mucho que le pesó porque Muça avía embiado el ramillete; mas dissimuló quanto pudo. Y llegándose a Daraxa le dixo: «Finalmente no se puede negar que no es vuestro amante Muça, pues delante de todas las damas y cavalleros os lo ha embiado: y ansí vos no podéys negar que no lo queréys bien, pues lo recebistes.» Daraxa casi affrentada por lo que Fátima le dixera, le respondió: «Amiga Fátima, no os maravilléys si el ramillo recebí; que por Mahoma juro que de mi gana no lo recibiera, sino por no serle aquí delante de tantos cavalleros mal mirada; que si por esto no fuera, delante de todos el ramillete hiziera mil pedaços.» Con esto dexaron de hablar más en aquel caso, porque mandó el Rey que dançassen las damas y cavalleros; lo qual fué hecho que Abenámar dançó con Galiana hermosíssimamente: el Malique Alabez dançó con su dama Cohayda y muy bien; porque Alabez era cavallero en todo muy estremado. Abinda-

rráez dançó con la hermosa Xarifa, y Vanegas dançó con la hermosa Fátima. Almoradí, un bizarro cavallero y valiente pariente del Rey, dançó con Alboraya; un cavallero Zegrí dançó con la hermosa Sarrazina, y muy bien. Alhamín, Abencerrage, dançó con la linda Daraxa. Y en acabando de dançar, al tiempo que el cavallero Abencerrage le fué a hacer mesura, ella, haziéndole una hermosa reverencia, le dió el ramillete: el qual tomó el valeroso Abencerrage muy contento, por ser cosa de su mano. El valeroso Muça, que mirando estava la dança, como aquel que no quitava los ojos de su señora Daraxa, visto que le avía dado el ramillete que él le avía embiado, ardiendo en viva cólera, ciego del enojo y passión que recibió por ello, sin guardar respecto al Rey ni a todos los demas cavalleros que en la Real sala estavan, se fué para el Abencerrage, con una vista tan horrible que parecía que echava fuego por los ojos, y con una voz sorbervia le dixo: «Di, vil y baxo villano, descendiente de Christianos, mal nacido, sabiendo que esse ramillete fué por mi mano hecho, y que yo lo embié a Daraxa, lo osaste tú tomar, sin mas considerar que el ramillete era mío? En punto estoy de castigar tu sobrado atrevimiento, y si no fuera por lo que al Rey devo, ya te huviera castigado.» Visto el bravo Abencerrage el mal término de Muça, y el poco respecto que a su antigua amistad tenía, no menos encendido que él, ansí ni más ni menos, perdiéndole todo respecto, le respondió diziendo: «Qualquiera que dixere que soy villano y mal nacido, miente mil vezes, que yo soy muy buen cavallero, y hijo de algo; y despues del Rey mi señor, no es ninguno tal como yo.» Y diziendo esto, los dos bravos cavalleros pusieron mano a las armas para se offender con ellas: lo qual hizieran ellos muy bien, si el Rey a gran priessa no fuera a ellos y se pusiera en medio y los demas cavalleros. Y el Rey muy enojado contra Muça, porque avía sido el promovedor de la causa, le dixo muy pesadas palabras, y que luego se saliesse desterrado de la Corte, pues tan poco miramiento avía tenido. Y Muça le dixo que él se yría, y que sería posible que algun día en alguna escaramuça que tuviesse con Christianos le hallaría menos, y diría: «A Muça, ¿dónde estás?» Y diziendo estas palabras bolvió las espaldas para yrse fuera del Real Palacio: mas todos los cavalleros y las damas asieron dél y lo tuvieron, y suplicaron al Rey que se le quitasse el enojo y alçasse el destierro a Muça. Y tanto pudieron los cavalleros y las damas, juntamente con la Reyna, que lo perdonó, y hizieron amigos a Muça y a Abencerrage; después le pesó a Muça de lo hecho por ser, como era, amigo de los Abencerrages. Passada esta barahunda se movió otra casi peor, y fué la causa que un

cavallero Zegri, que era la cabeça dellos, le dixo a Abenhamete Abencerrage: «Señor Cavallero, el Rey mi señor echó la culpa a Muça su hermano, y no paró mientres a una razon que vos dixistes, que después del Rey no avia cavalleros tales como vos, sabiendo que aquí en Palacio los ay tales y tan buenos como vos; y no es de cavalleros adelantarse tanto como vos os adelantastes y avéys adelantado, y si no fuera por alborotar el Real Palacio, yo os digo que huviérades comprado caro lo que aquí delante de tan honrados cavalleros avéys dicho.» El Malique Alabez, que era muy cercano deudo de los Bencerrages, como hombre valiente y muy emparentado en Granada, se levantó en pie y respondió al Zegrí, diziendo: «Más me maravillo yo de ti, en sentirte tú solo a donde ay tantos y tan preciados cavalleros; y no avía para qué agora tornar a renovar nuevos escándalos y alborotos, porque lo que dixo Abenhamete dixo muy bien, porque todos los cavalleros que ay en Granada son muy conocidos, quién son y de dónde vinieron; y no penséys vosotros los Zegrís, que porque soys de los Reyes de Córdova venidos y de su sangre, que soys mejores ni tales como los Abencerrages, que son naturales de Marruecos y de Fez, decendientes de los Reyes de aquellas partes que digo y del gran Miramamolín: pues los Almoradís ya sabes que son desta casa Real de Granada, tambien de linages de Reyes de África. Pues nosotros los Maliques Alabezes, ya sabes que somos descendientes del Rey Almohabez, señor de aquel famoso Reyno del Cuco, y deudos de los famosos Malucos: pues donde están todos estos que digo y avían callado, para qué tú querías remontar nuevos pleytos y passiones?; pues sábete que lo que digo es verdad, que después del Rey nuestro Señor no ay ningunos cavalleros que sean tales como los Abencerrages, y quien dixere al contrario miente, y no lo tengo por hidalgo.» Como los Zegrís y Gomeles y Maças, que eran todos unos, oyessen lo que Alabez dezía, encendidos en saña se levantaron para él, para dalle la muerte. Los Alabezes y Abencerrages y Almoradís, que eran otro vando, viendo su determinación se levantaron para resistillos y offendellos. El Rey, que tan alborotado vido su palacio y en peligro de se perder toda Granada y aun el Reyno, se levantó dando vozes diziendo: «Pena de traydor qualquier que aquí se moviere, sacare armas.» Y diziendo esto echó mano de Alabez y del Zegrí, y a grandes vozes llamando la gente de su guarda les mandó llevar presos. Los demas cavalleros se estuvieron quedos por no caer en la condenación de traydores. Alabez fué preso en el Alhambra y el Zegrí a las Torres Bermejas, y puestas guardas los tuvieron a buen recado: los demas cavalleros de Granada trabaja-

ron mucho por hazer las amistades, y al fin se hizieron, y el mismo Rey fué en hazellas. Y siendo hechas, los cavalleros presos fueron libres. Y para confirmación dellas, fué acordado que se hiziesse una fiesta pública de torneos y toros y cañas. Y quien lo concertó fué Muça y el mismo Rey: la qual fuera mejor que no se concertara, como adelante se dirá.

CAPÍTULO SEXTO, CÓMO SE HIZIERON FIESTAS EN Granada, y cómo por ellas se encendieron más las enemistades de los Zegríes, y Abencerrages, Alabezes y Gomeles: y lo que más passó entre Zayde y la Mora Zayda acerca de sus amores.

Antes de passar adelante con la concertada fiesta, diremos del valeroso Zayde, Moro gentil y gallardo, y de la hermosa Zayda a quien el valeroso Zayde servía tan de veras, que no se hablava de otra cosa en toda Granada. Y tanto que su padre de la hermosa Zayda y su madre, determinaron de la casar, o dar fama dello, porque Zayde perdiesse la esperança de sus amores, y dexasse el passearle la puerta tan a menudo: porque la fama de la hermosa Zayda no fuesse tan rotamente publicada. Y con este intento, pusieron en Zayda mucho recato, no dexándola salir a las ventanas, porque con Zayde no hablasse: mas poco aprovecharon semejantes remedios, porque Amor es de tal calidad que nada de tales recatos no permite, que no por esso Zayde dexava de passear la calle, ni ella le dexava de amar con más fervor que de antes; mas la fama del casamiento de Zayda como andava tan derramada por toda la ciudad, que sus padres la casavan con un gallardo Moro de Ronda, poderoso y rico, el bravo Zayde no podía reposar sola una hora de noche ni de día, ocupado en mil varios pensamientos, procurando estorvar el tratado casamiento con dar muerte al desposado. Y ansí no cessando punto ni hora de passear la calle de su dama, por ver si la podría ver y hablarla, para saber de ella su parecer y voluntad, porque se espantava el gallardo Moro que su Zayda viniesse en tal casamiento: porque entre los dos estava tratado que se casarían. Y ansí con este cuydado de noche y de día le aguardava que saliesse a un balcón como lo solía hazer. La hermosa Zayda con no menos pena y cuydado que su galán andava muerta por hablalle y darle cuenta de lo que sus padres tenían acordado. Y con este pensa-

miento en tiempo oportuno salió al balcón, y de allí vido a Zayde que se andava passeando solo sin ningún criado, con semblante triste y melancólico: el qual, alçando los ojos al balcón y viendo a la hermosa Zayda tan gallarda y hermosa, se le antojó ver un Sol resplandeciente delante de sí. Y llegándose al balcón, casi temblando la voz, a su Zayda habló desta manera: «Dime, Zayda hermosa, ¿es verdad eso que se suena por Granada que tu padre te casa? Si es verdad dímelo, no me lo encubras ni me traygas suspenso; porque si es verdad, vive Alhá, que tengo de matar al Moro que te pretende, porque no goze de mi gloria.» La hermosa Zayda le respondió, los ojos llenos de lágrymas: «Ansí me parece, Zayde, que mi padre me casa: consuélate, que ansí haré yo; busca otra Mora a quien servir, que por tu valor no te faltará. Ya es tiempo que nuestros amores tengan fin; Dios sabe las pesadumbres que a tu causa tengo recebidas con mis padres.» «O cruel — respondió el Moro —; ¿pues éssa es la palabra que me tienes dada de ser mía mientras vivieres?» «Vete, Zayde, que no puedo hablarte más — dixo la Mora —, porque mi madre viene en mi busca, y ten paciencia.» Diziendo esto, la Mora se quitó del balcón llorando, dexando al valeroso Zayde en tinieblas, ocupado en mil pensamientos, sin saberse determinar qué haría para su pena. Al fin no sin falta della se fué a su posada, con acuerdo de no dexar de servir a su Zayda hasta ver el fin de su casamiento. Y por esto que passó Zayde con su dama se dixo este romance:

Por la calle de su dama
passeando se anda Zayde,
aguardando que sea hora
que se assome para hablalle:
Desesperado anda el Moro
en ver que tanto se tarde,
que piensa con solo verla
aplacar el fuego en que arde:
Vióla salir a un balcón,
más bella que quando sale
la Luna en la escura noche
y el Sol en las tempestades:
Llegóse Zayde diziendo,
«Bella Mora, Alhá te guarde,
¿si es mentira lo que dizen
tus criadas y mis pages?
Dizen que me quies dexar
porque pretendes casarte
con un Moro ques venido
de las tierra de tu padre:

Si esto es verdad, Zayda bella,
declárate, no me engañes,
no quieras tener secreto
lo que tan claro se sabe.»
Humilde responde al Moro:
«Mi bien, ya es tiempo se acabe
vuestra amistad y la mia
pues que ya todos lo saben:
Que perderé el ser quien soy
si el negocio va adelante;
Alhá save si me pesa
y quánto siento en dexarte:
Bien saves que te he querido
a pesar de mi linage,
y saves las pesadumbres
que tenido con mi madre,
Sobre aguardarte de noche
como siempre venías tarde,
y por quitar ocasiones
dizen que quieren casarme:
No te faltará otra Dama
hermosa y de galán talle
que te quiera y tú la quieras,
por que lo mereces, Zayde.»
Humilde responde el Moro,
cargado de mil pesares:
«No entendí yo, Zayda bella,
que conmigo tal usasses:
No entendí que tal hizieras,
que ansí mis prendas trocasses
con un Moro feo y torpe
indigno de un bien tan grande:
Tú eres la que dixiste
en el balcón, la otra tarde:
«tuya soy, tuya seré,
»tuya es mi vida, Zayde?»

Aunque la hermosa Zayda passó con su Zayde lo que avéys oydo, no por esso le dexava de amar en lo íntimo de su coraçón, y el valeroso Zayde por lo semejante la amava, y aunque la Mora le despidió como avemos dicho, muchas veces se tornaron a hablar como solían, aunque no con tanta libertad, porque los padres y deudos de Zayda no lo sintiessen, haziéndole la bella Mora todos los favores que solía; aunque el valeroso Moro por quitar escándalo no acontinuava passar la calle como solía de su dama; mas no era esto tan secreto que no fuesse sentido del Moro Tarfe amigo de Zayde, el qual [illegible]

bidia mortal dentro de su alma, porque de secreto amava a la hermosa Zayda; el qual como viesse que jamás Zayda dexaría de amar a Zayde, acordó de rebolverlos, poniendo zizaña entre los dos, aunque esta su pretension le costó la vida, como adelante se dirá; porque en semejantes casos ansí suele acontecer a los que no guardan amistad a sus amigos. Pues viniendo agora al caso de la fiesta atrás referida, es a saber que nos conviene primero tratar de un romance nuevo, que un poeta hizo en repuesta del passado, y por ser tan bueno se pone aquí; y después diremos lo que en las fiestas passó; el romance es éste:

Bella Zayda de mis ojos
y del alma bella Zayda,
de las Moras la más bella
y más que todas ingrata:
De cuyos bellos cabellos
enreda amor mil laçadas,
en quien ciegas de tu vista
se rinden mil libres almas:
Que gusto, fiera, recibes
de ser tan mudable y varia,
y con saber que te adoro
tratarme como me tratas.
Y no contenta de aquesto,
de quitarme la esperança,
porque del todo la pierda
de ver mi suerte trocada:
¡Ay quán mal, dulce enemiga,
las veras de amor me pagas!
pues en cambio dél me offreces
ingratitud y mudança:
Quán presto hizieron buelo
tus promessas y palabras,
pero bastavan ser tuyas
para que tuviessen alas.
Acuérdate que algún día
davas de amor muestras claras
con mil favores tan tiernos
que por ser tanto ya faltan:
Acuérdate, Zayda hermosa,
si aún aquesto no te enfada,
el gusto que recebías
quando rondava tu casa:
Si de día luego al punto
salías a las ventanas,
si de noche en el balcón
o en las rexas te hallava:

Si tardava o no venía
mostravas celosa rabia;
mas agora, que te offendo,
que acorte el passar me mandas.
Mandas me que no te vea
ni escriva villete o carta
que a un tiempo tu gusto fueron,
mas ya tu disgusto cansan.
Ay Zayda, que tus favores,
tu amor, tus palabras blandas
por falsos se han descubierto,
y descubren que eres falsa.
Eres muger finalmente,
a ser mudable inclinada,
que adoras a quien te olvida
y a quien te adora desamas.
Mas, Zayda, aunque me aborreces,
por no parecerte en nada,
quanto de yelo tu fueres,
más sustentaré mi llama;
Pagaré tu desamor
con mil amorosas ansias,
que el amor fundado en veras
tarde se riende a mudança.

Por ser este romance bueno, y acudir al passado, se puso aquí, y por adorno de nuestra obra. Pues tornando a nuestro Moro Zayde, valeroso Abencerrage, quedó tan apassionado por lo que la bella Zayda le dixo, que vino a gran descaecimiento de su persona, sólo en pensar si sería verdad que los padres de Zayda la querían casar; y ansi con este cuydado muy affligido y pensativo andava el gallardo Moro, y muchas vezes passeava la calle de su dama, como solía; mas ella no salía a las ventanas, como otras vezes solía hazer, si no era alguna vez al cabo de muchos días, aunque la dama le amava en su coraçón muy ahincadamente; pero por no dar enojo a sus padres se escusava todo lo que podía de hablar con su cavallero Zayde, el qual muchas vezes mudava trages y vestidos conforme la passión que sentia. Unas vezes vestía negro solo; otras vezes, negro y pardo; otras, de morado y blanco, por mostrar su fe; lo pardo y negro por mostrar su trabajo. Otras vezes vestía azul, mostrando divisa de rabiosos celos; otras, de verde, por significar su esperança; otras vezes, de amarillo, por mostrar desconfiança, y el día que hablava con su Zayda se ponía de encarnado y blanco, señal de alegría y contento. De suerte que muy claro se echava de ver en Granada los effectos de su causa y de sus amores.

Pues desta manera andava el valeroso Zayde tan amartelado, que vino a enflaquecer y estar mal dispuesto, y por consolarse, lleno de amorosas ansias, una noche muy escura, escogida a su propósito, muy bien adereçada su persona, tomó un rico laúd y se fué a la calle de su señora a la hora de la media noche, y començó a tocar muy estremadamente, como aquel que lo sabía muy bien hazer, y tocando muy sentidamente, en arábigo dixo esta sentida canción:

CANCION.

Lágrymas que no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo los bolveré a la mar
pues que de la mar salieron.

Hizieron en auras peñas
mis lágrymas sentimiento,
tanto que de su tormento
dieran unas y otras señas:

Y pues ellas no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las bolveré a la mar
pues que de la mar salieron.

No sin faltar lágrymas el enamorado Zayde dezía esta canción al son del sonoroso laúd, acompañadas de muy ardientes suspiros que dava de quando en quando, con que acrecentava más las ansias de su passión. Y si el gallardo Moro passión sentía en su alma, como allí mostrava, no menos lo sentía la bella Zayda, la qual ansí como vido y sintió el laúd, y que su Zayde era él lo que tañía, como ya de antes lo conociesse, se levantó muy queda y se fué a un balcón que tenía baxo, donde muy atentamente oyó la canción y los suspiros que dava su amante, enternecida le acompañava en su mismo sentimiento con lágrymas, traxendo a la memoria la sentencia de la canción y por la causa que el Moro la dezía. La qual es de saber que la primera vez que Zayde vido a la hermosa Zayda fué en Almería un día de San Iuan, siendo Zayde Capitán de una fusta, con la qual hazía el Moro grandes entradas y robos por la Mar: y a caso la mañana de San Juan llegó Zayde con su baxel a la Playa de Almería, a la sazón que la bella Zayda estava en ella, que sus padres la avían llevado a holgar allí con ciertos parientes que tenían. Y como el navío llegó a la playa cargado de despojos christianos, y con el alegría dello tendidas muchas flámulas y vanderas y gallardetes, cuyas hermosas vistas fue-

ron parte para que la bella Zayda y su padre y ciertos parientes suyos entrassen en la mar a ver aquel hermoso navío y a su capitán, el qual era dellos muy conocido. Y entrando en el navío el valeroso Zayde los recibió muy alegremente, poniendo los ojos en la hermosa Zayda muy ahincadamente, a la qual le presentó muchas y muy ricas joyas; y con esto descubriéndole en secreto su coraçón, siendo tan pagado della, que la imprimió para siempre en su alma. No menos la Mora bella fué pagada del valeroso Moro. Finalmente se trató entre ellos, que si Zayde fuesse a Granada, ella le amaría y le tendría por su cavallero: y él con este concierto determinó de dexar la mar y yrse a Granada, dexando su galera a un deudo suyo. Y estando en Granada el gallardo Zayde, sirvió a su Zayda, como avéys oydo, hasta aquel punto. Y visto el disfavor de los padres de la bella Mora, y como ella ya no se le mostrava como solía, teniéndole por muy grande disfavor, sintiéndose lleno de amorosa passión, aquella noche cantó la canción que avéys oydo, trayendo a la memoria la primera vista de su dama. Pues como la hermosa Mora oyó la canción y sintió la pena con que su amante la decía, no pudo dexar de hazer el mismo sentimiento que su amante: y ansí no pudo estar sin que le llamasse, muy a passo por no ser sentida. El gallardo Moro se llegó muy contento al llamado de su Dama y ella le dixo desta manera: «¿Todavía, Zayde, perseveras en darme pena y enojos?; no sabes que pones mi nombre por tierra, y que toda Granada tiene ya que dezir. Advierte que mis padres me tienen por tu causa en estrecha vida, y no me dan la libertad que solía; anda, vete antes que seas sentido de mis padres, que han jurado si te sienten o te veen por esta calle, que me han de embiar a Coyn en casa de un tío mío, hermano de mi padre, que sería para mí la muerte. No pienses, mi Zayde, que no te amo como a mi misma; dexa correr el tiempo, que él como maestro curará las cosas. Y quédate con Alhá, que no puedo mas aguardar». Diziendo esto se quitó del balcón llena de lágrymas, dexando al fuerte Moro como en tinieblas, faltándole su luz; el qual, metido en varios pensamientos, se fué a su posada, no sabiendo en lo que avía de parar el fin de su amorosa passión, ni el remedio que avía de tener en ella. Pues bolviendo agora al passado sarao y a las prometidas y concertadas fiestas, las quales fuera mejor que no se concertaran para lo que della sucedió, como adelante se verá. Dezimos, que en este sarao y fiesta se halló el valeroso Zayde, cavallero Abencerrage, el qual amava a la hermosa Zayda, la qual Zayda era de tanta hermosura que pocas le ygualavan, y ésta hazía gran favor al Moro Zayde, assí por su valor como por

su gentil talle y gracia; porque en toda Granada no avía cavallero de tan lindo parecer, ni tan dotado de todo como él, ansí en ginete como en dançar, tañer, cantar, y otras cosas de que los cavalleros moços se arrean. Y allegó a tanto, que el demasiado amor que Zayde le tenía, se le bolvió en cruel aborrecimiento, cosa propia de mujeres, amigas de novedades. Y fué la causa, que la dama como tanto le amase, un día, de sus mismos cabellos, que eran como hebras de oro, le puso en el turbante una rica trença, texida con seda encarnada y oro, con la qual trença el Moro Zayde quedó el más ufano y gallardo cavallero del mundo; y como el bien recebido, si no es comunicado, parece que dél no se goza, Zayde lo comunicó con Audalla Tarfe, su grande amigo, y le mostró el turbante y la trença hermosa de los cabellos de su dama tan querida, diziendo la gloria que dello le resultava. El Moro Tarfe, lleno de mortal y venenosa embidia, viendo el alteza en que estava puesto su amigo Zayde, determinó de dezírselo a la bella Zayda; y ansí un dia hablando con ella en su casa le dixo: «Que mirasse a quien amava, porque estuviesse muy cierta que sus prendas las andava mostrando a todos los que se le antojava, ansí cavalleros como no cavalleros.» La hermosa Zayda, llena de enojo y tristeza, viendo que sus causas andavan de aquella manera, determinó darle de mano a Zayde. Y para esto estando advertida que Zayde con toda la instancia possible preguntava a los criados y criadas de su casa, qué era lo que ella hazía, y con quién hablava, y quién la visitava, y qué color vestía, determinó de le embiar a llamar. Y él, siendo venido con aquel contento que siempre solía, la dama, de cólera encendido el rostro, le habló desta suerte: «Holgaré en extremo, Zayde, y mira que te aviso, que por mi calle no passes, ni hables con mis criados ni esclavos, porque no es mi voluntad que más me sirvas, pues tienes tan poco pecho que tus secretos no guardas. Yo estoy informada que la trença que te di de mis cabellos la has mostrado al Moro Tarfe, y a quien a ti te ha dado gusto, poniendo mi honra en detrimiento. Ya sé que eres galán, valiente cavallero de linage, gentil hombre, dotado de gracias; mas, empero, tus labios y tu boca te descomponen. Yo holgara que nacieras mudo, que si lo fueras yo te adorara. No tengo más que dezirte; vete en buena hora, y lo passado sea passado; y no esperes ya hablarme más desta vez.» Y diziendo esto, llorando, se metió en un aposento, que no bastaron las disculpas del Moro para hazerla estar queda, diziendo: que todos mentían quantos lo avían dicho: y con esto juró de matar al Moro Tarfe. Y por esto se hizo un galán romance, que dize:

«Mirá, Zayde, que te aviso
que no passes por mi calle,
ni hables con mis mugeres,
ni con mis captivos trates,
Ni preguntes en qué entiendo,
ni quién viene a visitarme,
ni qué fiestas me dan gusto,
ni qué colores me aplazen;
Basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen
corrida de aver mirado
Moro que tan poco sabe.
Confiesso que eres valiente,
que rajas, hiendes, y partes,
y que has muerto más Christianos
que tienes gotas de sangre:
Que eres gallardo ginete
y que danças, cantas, tañes,
gentil hombre, bien criado,
quanto puede imaginarse:
Blanco ruvio por estremo,
esclarecido en linage,
el gallo de las bravatas,
la gala de los donayres:
Que pierdo mucho en perderte
y gano mucho en ganarte
y que si nacieras mudo
fuera possible adorarte:
Y por este inconveniente
determino de dexarte:
que eres pródigo de lengua,
y amargan tus libertades.
Y avrá menester ponerte
quien quisiere sustentarte,
un alcáçar en el pecho
y en los labios un Alcayde.
Mucho pueden con las damas
los galanes de tus partes,
porque los quieren briosos
que hiendan y que desgarren.
Y con esto, Zayde amigo,
si algún banquete les hazes,
el plato de tus favores
quiere que comas y calles;
Costoso fué el que hiziste,
venturoso fueras, Zayde,
si conservar me supieras
como supiste obligarme:

Pero no saliste apenas
de los jardines de Tarfe
quando heziste de la tuya
y de mi desdicha alarde:
Y a un morillo mal nacido
me dixeron que enseñaste
la trença de mis cabellos
que te puse en el turbante;
No pido que me la des
ni que tampoco la guardes,
mas quiero que entiendas, Moro,
que en mi desgracia la traes.
También me certificaron
cómo le desafiaste
por las verdades que dixo
que nunca fueron verdades:
De mala gana me río;
qué donoso disparate!
no guardas tú tu secreto,
¿quieres que otro te lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
otra vez buelvo avisarte,
ésta será la postrera
que me veas y te hable.»
Dixo la discreta Mora
al altivo Abencerrage,
y al despedirse replica:
«quien tal haze que tal pague.»

Este romance se hizo por lo que atrás avemos dicho, y viene muy bien a la historia. Pues bolviendo a ella, quedó Zayde tan desesperado viendo el desdén cruel de su dama, siendo mentira todo aquello que le increpava, que saliendo de allí fué casi perdido el juyzio en busca de Tarfe para le matar, al qual halló en la plaça de Bivarambla, dando orden en algunas cosas de las fiestas que se esperavan hazer. Y llamándole, a parte le dixo: «¿que porqué le avía rebuelto con su dama Zayda, tan sin razón?» A lo qual Tarfe respondió, «que estava inocente de aquéllo, que él no avía hablado tal cosa». De palabras en palabras se vinieron a rebolver de tal modo, que las armas huvieron de andar de por medio; y de la pendencia quedó malamente Tarfe herido, que no vivió sino seys días. Y como era Tarfe amigo de los Zegrís, quisieron matar a Zayde, el qual valerosamente se defendió dellos, y en su favor acudieron muchos Abencerrages; y si no fuera porque a la sazón el Rey Chico se andava passeando por la plaça de Bivarambla, que a gran priessa acudió al ruydo, aqueste día se per-

diera Granada; porque Gomeles, y Maças, y Zegrís, y todos los que eran de su vando, se avían armado para romper con los Abencerrages, y Gazules, y Vanegas, y Alabezes. Mas el Rey Chico, acompañado de muy principales cavalleros de otros linages, hizieron tanto que los apaziguaron, y Zayde fué preso al Alhambra. Hecha la averiguación del caso, se halló que Tarfe tenía culpa dello, y porque la fama de la hermosa Zayda no quedasse quebrada, hizo el Rey que Zayde se casasse con ella, quedando perdonado de la muerte de Tarfe, por aver tenido él la culpa. Y por esto quedaron los Zegrís muy enojados; mas no por esso las fiestas que se avían de hazer pararon, que el Rey mandó que todavía se hiziessen. No ha faltado que en acerca desto y del passado romance hiziesse otro en respuesta dél, que ansí dize:

Di, Zayda, de que me avisas,
quieres que mire y que calle;
no des crédito a mugeres
no fundadas en verdades:
Que si pregunto en qué entiendes
o quién viene a visitarte;
son fiestas de mi contento
las cóleras que te salen:
Si dizes son por mi causa,
consuélate con mis males,
que mil vezes con mis ojos
tengo regadas tus calles:
Si dizes que estás corrida
de que Zayde poco sabe,
no supe poco, pues supe
conocerte y adorarte:
Conoces que soy valiente
y tengo otras muchas partes;
no las tengo, pues no puedo
de una mentira vengarme:
Mas ha querido mi suerte
que ya en quererme te canses,
no pongas inconvinientes
más de que quieres dexarme:
No entendí que eras muger
a quien novedad aplaze;
mas son tales mis desdichas
que aun lo impossible hazen:
Han me puesto en tal estrecho,
que el bien tengo por ultraje
y acabas me por hazer
la nata de los pesares:

Yo soy quien pierdo en perderte
y gano mucho en amarte
y aunque hablas en mi offensa
no dexaré de adorarte:
Dizes que si fuera mudo
fuera possible adorarme;
si en mi daño yo lo he sido
enmudezco en disculparme:
Hate offendido mi vida
quieres señora matarme;
basta dezir que hablé
para que el pesar me acabe:
Es mi pecho calaboço
de tormentos inmortales;
mi boca, la del silencio
que no ha menester Alcayde:
El hazer plato y banquete
es de hombres principales,
mas de favores hazerlo
solo pertenece a infames:
Zayda cruel, han me dicho
que no supe conservarte;
mejor supe yo quererte
que tú supiste gozarme:
Mienten los Moros y Moras
y miente el villano Atarfe,
que si yo lo amenazara
bastara para matarle:
Este perro mal nacido
a quien yo mostré el turbante,
no le fío yo secretos
que en baxo pecho no caben:
Yo he de quitarle la vida
y he de escrivir con su sangre,
lo que tú Zayda replicas:
«quien tal haze que tal pague.»

Ésta es la historia del valeroso Moro Zayde Abencerrage; por la qual se han hecho dos romances, a mi parecer buenos: donde nos dan a entender, cómo no es bueno rebolver a nadie, porque dello no se espera sino el galardón de Tarfe, que murió a manos de su amigo Zayde. Y si es caso que fué mentira que Tarfe no avía hablado, tomaremos exemplo en la liviandad de Zayda, que por creerse de ligero, fué causa de la muerte de Tarfe. Finalmente por esto, y por las palabras que el Malique Alabez avía hablado en el sarao, y Zulema Abencerrage, todos los Zegrís y Gomeles y Maças y los de su vando

quedaron mal enojados y con malos propósitos, propuesta la vengança dello, como adelante yrá ello pareciendo en el discurso de nuestra historia: y con grande razón, por las sobervias y arrogancias de los Alabezes y sus presumpciones; y por esto muy enojados y confusos quedaron los Cavalleros Zegrís, por las razones que avía hablado el Malique Alabez y el Abencerrage; mas como ya eran hechas las amistades, no se trató más en lo passado; aunque dentro de sus coraçones quedó muy sellada una eterna malquerencia y enemistad: la qual dissimulada con mucha discreción no dexavan de comunicarse con los Abencerrages y los Alabezes, como que ya no se acordavan de las passadas pesadumbres; mas propuesto tenían todos los del linage Zegrí vengarse, como después pareció. Estando un dia todos los Zegrís en el castillo de Bivataubin, morada de Mahomad Zegrí, cabo y cabeça de los Zegrís, tratando en las cosas passadas, trayendo a la memoria las palabras de Alabez, y en los casos que convenía para las fiestas que se esperava, ansí de los torneos como del juego de las cañas, Mahomad Zegrí habló a todos los demás que allí se hallaron de su linage desta manera: «Muy bien sabeys, illustres cavalleros Zegrís, cómo nuestro Real y antiguo linage es en toda España muy conocido, y no tan solamente en España, sino dentro de Áffrica, donde nuestro linage vive: y bien sabéys en la reputación que siempre ha sido tenido en Córdova y en las demas partes por mi agora referidas: y como siempre avemos sido tenidos por gente de Real y clara sangre, y agora como avéys visto hemos sido menospreciados y en poco tenidos de los Alabezes y Abencerrages; y aun contra nosotros se han buelto los Almoradís: de todo lo qual tengo tan grande pesar, que el coraçón se me quiere romper y deshazer en el pecho, y pienso que de enojo he de venir a morir si dello no me vengo. Y pues a todos nosotros toca la vengança de aquesta deshonra, que por tal la tengo, todos somos obligados a la vengança della: y pues fortuna nos offrece tan buena ocasión de nuestra vengança, no la dexemos perder, antes gozar della con toda diligencia, y el aparejo que se nos ofrece es en este juego de cañas ó en los torneos hazer de manera que todos quedemos muy bien vengados, procurando de matar al Malique Alabez, o al sobervio Abencerrage: que si estos dos echamos del mundo, tendremos dos enemigos mortales menos, y despues el tiempo nos yrá mostrando y dando ocasiones cómo vamos acabando todo este pérfido linage de los Abencerrages, que tan estimado es en Granada y todo el Reyno, y tan querido de toda la común gente. Y para esto estemos todos advertidos, que el dia

del juego de las cañas vamos todos muy bien adereçados de armas y jacos fuertes debaxo de nuestras libreas; y pues el Rey me ha hecho quadrillero, de la una parte saldremos treynta Zegrís, y llevaremos todos libreas roxas y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua divisa de los Bencerrages, para dalles toda la pesadumbre que se pudiere: y provaremos si por este respecto se quieren rebolver con nosotros. Y si saliere bien lo que digo, haremos con presteza nuestro hecho con valeroso ánimo, pues somos todos no menos valientes que ellos, de modo que quando se venga á entender no se pueda el daño suyo remediar. Y no tengamos duda, sino que saldremos con lo que digo, aunque no sea sino matar uno o dos dellos: y pues tenemos de nuestra parte Maças y Gomeles, no ay de qué temer cosa alguna. Y si caso fuere que por la divisa azul nada se les diere en el juego de las cañas, a las segundas bueltas por cañas les tiraremos agudas lanças, que harto de mal será si algún Abencerrage no cayere. Éste es mi parecer. Querría agora saber el vuestro si está conforme con el mío.» Assí como acabó Mahomad sus razones, todos a una dixeron que les parecía muy bien aquel acuerdo: y quedando assi concertado este modo de trayción para su vengança, cada uno se fué a su posada. En este tiempo Muça y los cavalleros Abencerrages ordenavan su quadrilla, siendo por mandado del Rey Muça su hermano quadrillero de aquella quadrilla, en la qual yva el buen Malique Alabez arriba nombrado. Acordaron de sacar todos sus libreas de damasco azul, afforradas en tela de fina plata, con penachos azules, y blancos, y pagizos, conforme a las mismas libreas; los pendoncillos de las lanças blancos y azules, recamados con mucho oro en las adargas; todos llevavan por divisas unos salvajes; sólo el Malique llevava su misma divisa: en el listón morado una corona de oro, con su letra, que dezía: «De mi sangre», como ya tenemos contado. Muça llevava la misma divisa que sacó el día que hizo batalla con el Maestre, que era un coraçón puesto en el puño de una dama; el coraçón distilava sangre, con la letra que dezía: «Por gloria tengo mi pena.» Todos los demas cavalleros Bencerrages sacaron listones y çifras, cada uno a su modo. Y entiendan que los listones yvan puestos de manera en las adargas, que no perturbavan la divisa de los salvages. Concertada esta quadrilla de Muça deste modo, acordaron de llevar yeguas blancas, encintadas las colas con cintas azules de seda y oro. Llegado ya el día de la fiesta, que era por el mes de Setiembre, quando ellos guardavan su Romadán, acabados los días de su cuenta de su ayuno, mandó el Rey traer veynte y quatro toros de la sierra de

Ronda, muy estremados; y puesta la plaça de Bivarambla como avía de estar para la fiesta, el Rey, acompañado de muchos cavalleros, ocupó los miradores Reales, que para aquel effecto estavan diputados. La Reyna con muchas damas se puso en otros miradores de la misma orden que el Rey. Todos los ventanajes de las casas de Bivarambla estavan poblados y llenos de muy hermosas damas. Y tantas gentes acudieron del Reyno, que no se hallavan tablados ni ventanas donde poder estar, que tanto número de gente jamás se avia visto en fiestas que en Granada se hiziessen. Porque de Sevilla y Toledo avian venido muchos y muy principales cavalleros Moros a verlas. Començáronse a correr los toros por la mañana. Los cavalleros Abencerrages andavan a cavallo por la plaça, corriendo los toros con tanta gallardia y gentileza, que era cosa de espanto. No avia dama en todos los balcones ni ventanas que no estuviessen muy afficionadas a los cavalleros Abencerrages. Mas teníase por muy cierto que no avía Abencerrage en Granada, o en su Reyno, que no fuesse favorecido de damas y de las más principales; y ésta era la causa mas principal por donde los Zegrís, y Gomeles, y Maças, les tenían mortal odio y embidia; y ansi era la verdad, que no avía dama en Granada que no se preciasse de tener por amante un Bencerrage; y por desdichada se tenía y por menos que otra la que no lo tenía, y en esto tenían grande razón, porque jamás huvo Abencerrage que tuviesse mal talle ni mal garbo, y no se halló Bencerrage que covarde fuesse, ni de mala disposición. Eran estos cavalleros todos a una mano muy affables, amigos de la gente común. No se halló jamás que a qualquiera dellos llegase alguno con necessidad que no lo socorriesse y cumpliesse su necessidad. Eran, finalmente, amigos de Christianos: ellos mismos en persona se halla que yvan a las mazmorras a visitar los Christianos cautivos, y les hazían bien, y les embiavan de comer con sus criados. Y a esta causa eran de todo el Reyno bien quistos y muy amados, y sobre todo valientes y buenos ginetes. Jamás en ellos se halló temor, aunque se les offreciessen muy arduos casos. Davan tanto contento allí en la plaça donde andavan, que se llevavan tras si los ojos de toda la gente y más los de las damas. No menos que ellos andavan los Alabezes aquel día, que eran bizarros cavalleros. Los Zegrís también se mostraron ser de mucho valor; porque aquel día alançearon ocho toros muy diestramente, sin que ningun Zegri mostrasse aver recibido desdén en la silla; y los toros, que eran muy bravos, fueron alanceados de tal suerte, que no huvo necessidad de dejarretallos. Y sería la una del día quando estavan doze toros corridos, y el Rey mandó tocar

los clarines y dulçaynas, que era señal que todos los cavalleros de juego se avían de juntar allí en su mirador. Y assí con esta señal todos se juntaron; y el Rey con grande contento les mandó dar una muy rica colación: tal como persona Real la podía dar. Lo mismo hizo la Reyna a sus damas, las quales aquel día estavan muy ricamente adereçadas, y con tanta belleza, que era cosa de admiración. Salieron todas muy costosas. Salió la Reyna con una marlota de brocado de tres altos, con tantas y tan ricas labores, que no tenía precio su valor; porque la pedrería que por ella tenía sembrada, era mucha y rica. Tenía un tocado estremadamente rico, y encima de la frente hecha una rosa encarnada, por maravilloso arte, y en medio engastado un carbunclo que valía una ciudad. Cada vez que la Reyna meneava la cabeça a alguna parte, dava de sí aquel carbunclo tanto resplandor, que a qualquiera que lo mirava privava de la vista. La hermosa Daraxa salió toda de azul, su marlota era de un muy fino damasco; la marlota estava toda golpeada por muy delicado modo, y estava aforrada en muy fina tela de plata; de modo que por los golpes se parecía su fineza, y todos los golpes tomados con lazos de oro. Su tocado era muy rico, tenía puestas dos plumas cortas al lado, la una azul y la otra blanca, divisa muy conocida de los Abencerrages. Estava con este vestido tan hermosa, que ninguna dama de Granada le hazía ventaja, aunque a la sazón allí las avía muy hermosas, y tan ricamente adereçadas como ella. Galiana de Almería salió aquel día vestida toda de un damasco blanco, muy ricamente labrado, de una labor hasta entonces no vista. La marlota estava acuchillada por muy gran orden y concierto, estava aforrada en brocado morado, su tocado era estraño. Muy bien se dexava entender en su vestido estar libre de passión enamorada, aunque bien sabía que el valiente Abenámar la amava mucho; mas a Muça ella le avía dado muy demasiados favores. Aquel día no era Abenámar de juego. Fátima salió vestida de morado; no quiso salir de la librea de Muça, porque ya estava desengañada que Muça tenía puesta su affición en Daraxa. La ropa de Fátima era muy costosa, por ser de terciopelo morado, y el aforro de tela blanca de brocado; el tocado rico y costoso; al lado puesta sola una garçota verde. Estava tan hermosa como qualquiera de las que allí estavan. Finalmente, Cohayda y Sarrazina, y Arbolaya y Xarifa, y las demás damas que estavan con la Reyna, salieron con grande bizarría y costosas maravillosamente, y tan hermosas, que era cosa de grande admiración ver tanta hermosura allí junta. En otro balcón estavan todas las damas del linage Abencerrage, que no avía más que

ver ni dessear, ansí en trages como en riqueza de vestidos, y en hermosura, especialmente la hermosa Lindaraxa, hija de Mahamete Abencerrage, que a todas sobrepujava en hermosura. Y con ella avia otras damas de su linage, tan hermosas que le yguala van. A esta hermosísima dama Lindaraxa servía y amava el valeroso Gazul, y por ella hizo cosas muy señaladas estando en San Lucar, como adelante se dirá. Pues bolviendo a nuestro propósito, serian ya las dos de la tarde quando los cavalleros y damas acabaron de comer las colaciones; y quando soltaron un toro negro, bravo en demasia, que no salía tras hombre que no lo alcançava, tanta era su ligereza; y no avia cavallo que por uña se le fuesse. «A este tal toro, dixo el Rey, fuera bueno alancear, por ser muy bueno.» El Malique Alabez se levantó y le suplicó que le diesse licencia para yrse a ver con aquel bravo toro. El Rey se la dió, aunque bien quisiera Muça salir a él y alancearlo; mas visto que Alabez gustava de salir, suffriósse. Alabez, haziendo reverencia al Rey, y a los demas cavalleros cortesía, se salió de los miradores y se fué a la plaça, donde sus criados le tenian un muy hermoso cavallo rucio rodado, de muy gran bondad, el qual cavallo le avía embiado un primo hermano suyo, hermano de su padre. Éste su tío era Alcayde de Vélez, el Ruvio y el Blanco, hombre de mucha suerte. A su padre deste Alcayde mataron a trayción unos Moros cavalleros llamados Alquifaes, de embidia que le tenian, por ser tan bueno, y que el Rey lo quería mucho: mas el Rey vengó muy bien su trayción, porque de siete hermanos que eran los Alquifaes no escapó ninguno que no fuessen todos degollados. Y este buen Alcayde Alabez, que agora tratamos, puesto en la tenencia de Alcaydia de Velez el Blanco, al qual quería mucho el Rey Audalla, que aqui llamamos el Chico; éste, pues, como digo, embió al sobrino el cavallo arriba nombrado, por ser hijo de su tío, hermano de su padre. Alabez subió en él, y dió una buelta a la plaça, mirando todos los balcones a donde estavan las damas, por ver a su señora Cohayda. Y passando por junto del balcón, hizo que el cavallo pusiesse las rodillas en el suelo, y el valeroso Alabez puso la cabeça entre los arçones, haziendo grande acatamiento a su señora y a las demas damas que con ella estavan. Y hecho esto, puso las espuelas al cavallo, el qual arrancó con tanta furia y presteza, que parecía un rayo. El Rey y todos los demas que en la plaça estavan, se maravillaron en ver quán bien lo avia hecho Alabez, sólo a los Zegrís pareció mal, porque lo miraron con ojos llenos de mortal embidia. En esto se dió en la plaça una grande griteria, y era la causa, que el toro avia dado buelta por toda la plaça, aviendo de-

rribado más de cien hombres y muerto más de seys dellos, y venía como una águila a donde estava Alabez con su cavallo. El qual, como vido venir el toro, quiso hazer una grande gentileza aquel día, y fué que, saltando del cavallo con gran ligereza, antes que el toro llegasse, le salió al encuentro, con el albornoz en la mano izquierda. El toro que lo vido tan cerca, se vino a él por le coger: mas el buen Malique Alabez, acompañado de su bravo coraçón, le aguardó, y al tiempo que el toro baxó la frente para executar el bravo golpe, Alabez le echó el albornoz con la mano yzquierda en los ojos, y apartándose un poco a un lado, con la mano derecha le asió del cuerno derecho tan rezio, que le hizo tener; y con grande presteza le echó mano del otro cuerno, y le tuvo tan firmemente, que el toro no pudo hazer golpe ninguno. El toro, viéndose asido, procurava desasirse, dando grandes saltos, levantando cada vez al buen Alabez del suelo. Puesto andava el bravo Moro en notable peligro, y por poco se huviera arrepentido por aver començado aquella dudosa y peligrosa prueva. Mas como era animoso y de bravo coraçón, no desmayó un punto; mas antes con gran valor y esfuerço (como aquel que era hijo del bravo Alabez, Alcayde de Vera, que murió en Lorca quando aquella sangrienta batalla de los Alporchones, como está dicho) se mantenía contra el toro, el qual bramava por cogerlo entre los cuernos; mas era la ligereza del Moro tanta, que el toro no podía salir con su intento. Alabez, pareciéndole vergüença andar de aquella manera con tal bestia como aquella, se arrimó al toro al lado yzquierdo, y usando de fortaleza y maña, torzió de los cuernos al toro, de tal manera y con tal fortaleza, que dió con él en el suelo, haziéndole hincar los cuernos en tierra. El golpe fué tan grande, que pareció que avía caydo un monte, y el toro quedó quebrantado, que no se pudo mover de aquel rato. El buen Malique Alabez, como assí lo vido, lo dexó; y tomando su albornoz, que de fina seda era, se fué a su cavallo, que sus criados lo guardavan, y subió en él con gran ligereza, sin poner pie en el estribo, dexando a todos los circunstantes embelesados de su bravo acaecimiento y valor. A cabo de rato, el toro se levantó, aunque no con la ligereza que solía. El Rey embió a llamar a Alabez, el qual fué a su llamado, con gentil continente, como si tal no huviera hecho. Y llegado, el Rey le dixo: «Por cierto Alabez vos lo aveys hecho como valiente y esforçado cavallero, y de oy más quiero que seáys Capitán de cien cavallos; y teneos por Alcayde de la fuerça de Cantoria, que es muy buen Alcayde y de buena renta.» Alabez le besó las manos por la merced que se hazía. En este tiempo serían las quatro de la tarde y el Rey man-

dó que se tocasse a cavalgar. Oyda la señal, todos los cavalleros de juego se fueron a adereçar para salir quando tiempo fuesse. Los toros acabados, començaron muchos instrumentos de trompetas y atabales y añafiles, siendo la plaça desocupada; por la calle del Zacatín entró el valeroso Muça, quadrillero de una quadrilla. Entraron de quatro en quatro, con tan lindo ayre y con tanta presteza, que era cosa de ver. Después de aver passado todos por la orden ya dicha, arrancaron todos juntos de tropel, tan ligeros qual el viento. Eran todos los desta quadrilla treynta, todos cavalleros Abencerrages, famosos; sino sólo Alabez que no era del linage; mas por su valor le tomaron por acompañado. Arriba ya tratamos de las libreas y divisas, que eran azules y telas de plata, y por divisas salvages. Entraron todos tan bien y con tanta gracia, que no avía dama que los viesse, que no quedasse amartelada. Por cierto que era cosa de ver la quadrilla de los Abencerrages, todos sobre yeguas blancas como una nieve: pues si bizarros y galanes entraron los Abencerrages, no menos bizarros y galanes entraron por otra calle los Zegrís. Todos de encarnado y verde, con plumas y penachos azules, y todos en yeguas bayas de muy hermoso parecer; y todos trayan una misma divisa en las adargas, puesta en ricos listones azules. Las divisas eran unos leones encadenados por mano de una donzella; la letra dezía: «Más fuerça tiene el amor.» Desta manera entraron en la plaça de quatro en quatro, y después todos juntos hizieron un gallardo caracol y escaramuça, con tanta bizarría y concierto, que no menos contento dieron que los Abencerrages. Y tomando las dos quadrillas sus puestos, y apercibidas de sus cañas, aviendo dexado las lanças, al son de las trompetas y dulçaynas se començó a travar el juego con mucha bizarría y bien concertado, saliendo las quadrillas de ocho en ocho. Los Abencerrages, que avían parado mientres, como los Zegrís llevavan plumas azules, divisa dellos muy conocida, procuravan en quanto podían por derribárselas con las cañas: mas los Zegrís se cubrían tan bien con sus adargas, que los Abencerrages no pudieron salir con su pretensión. Y assí andava el juego muy travado y revuelto, aunque muy concertado, que verlo era grande contento. Y huvieran las fiestas muy buen fin, si la fortuna quisiera; mas como sea mudable, hizo de manera que aquellos cavalleros, assí de la una parte como de la otra, siguiessen eternas enemistades, hasta que fueron todos acabados, como adelante diremos. Començando muy de veras, desde este desdichado día de estas fiestas, fué la causa de todo el mal Mahomad Zegrí, que como tenía pensado y tratado con los suyos de dar la muerte al buen Alabez, y a

alguno de los Abencerrages, por las palabras passadas, como arriba diximos: y como estava assi concertado, Mahomad Zegrí dió orden que Alabez saliesse de la parte contraria y cayesse en su quadrilla, teniendo, como digo el Zegrí, intelligencia para que él con sus ochos rebolujessen sobre Alabezes y los suyos. Y aviendo ya corrido seys cañas, el Zegrí dixo a los de su quadrilla: «Agora es tiempo, que el juego va encendido.» Y tomando a su criado una lança con un hierro muy agudo y penetrante hecho en Damasco, de fino temple, aguardó que Alabez viniesse con los ocho cavalleros de su quadrilla, rebolviendo sobre los de la contraria parte, como es uso del juego, al tiempo que Alabez bolvía cubierto muy bien con su adarga contra él y los suyos; salió el Zegrí, y llevando puesto los ojos en Alabez, mirando por donde mejor le pudiesse herir, le arrojó la lança con tanta fuerça que le passó el adarga de una parte a otra, y el agudo hierro prendió en el brazo de tal suerte, que la manga de una fuerte cota que Alabez llevava no fué parte para resistir que el agudo hierro no la rompiesse y el brazo fué passado de parte a parte. Grande dolor sintió Alabez deste golpe, y en llegando a su puesto se miró el braço, y como se halló herido y lleno de sangre, a vozes le dixo a Muça y a los demás: «Cavalleros, grande trayción hay contra nosotros, porque a mí me han herido malamente.» Los Abencerrages, maravillados de aquel caso, al punto todos tomaron sus lanças para estar apercebidos. A esta hora ya bolvía el Zegrí con su quadrilla para yrse á su puesto, quando Alabez con grande furia se atravessó de por medio, sabiendo que lo avía herido. Y como llevasse una muy ligera yegua, muy presto le alcançó y le tiró la lança, diziendo: «Traydor, aquí me pagarás la herida que me diste»; le passó el adarga, y la lança no paró hasta que passó la fuerte cota que llevava el Zegrí, y entró por el cuerpo más de un palmo de lança y hierro. Fué el golpe de tal suerte, que luego cayó el Zegri de su yegua medio muerto. En este tiempo, como ya de la una parte y de la otra estuviessen apercebidos de sus lanças, entre las dos partes se començó una brava escaramuça y muy sangrienta batalla. Mas los Zegrís llevavan lo mejor, por yr más bien adereçados que los Abencerrages. Mas con todo ello, los bravos cavalleros Bencerrages, y Muça, y el valiente Alabez, hazían en ellos muy notable daño. La vozería era muy grande y el alboroto sobervio. El Rey, que la escaramuça sangrienta vido, no sabiendo la causa dello, a muy gran priesa se quitó de los miradores y fué a la plaça, subiendo sobre una hermosa y bien adereçada yegua, dando vozes: «a fuera, a fuera»; llevando un bastón en la mano, se metió entre los bravos cavalleros que andavan

muy encendidos en la batalla que hazian. Acompañaron al Rey todos los más principales cavalleros de Granada, ayudando a poner paz. Aquí estuvo en muy poco no perderse Granada; porque de la parte de los Zegrís acudieron los Gomeles y Maças, y de la parte de los Abencerrages, los Almoradís y Vanegas. Y a esta causa andava la cosa tan rebuelta, que no tenía remedio de ponerse paz. Mas tanto hizo el Rey, y los demas cavalleros que no eran tocantes a estos vandos, que los pusieron en paz. El valeroso Muça y su quadrilla se fué por el Zacatín arriba, y no pararon hasta el Alhambra, llevando consigo todos los Almoradís y Vanegas. Los Zegrís se fueron por la puerta de Bivarambla, al Castillo de Bivataubin, llevando a Mahomad Zegrí ya muerto. Todas las damas de la ciudad y la Reyna se quitaron de las ventanas, dando mil gritos, viendo la barahunda y rebolución que passava. Unas lloravan hermanos, otras maridos, otras padres, otras a sus amantes cavalleros. De suerte que era de muy grandissimo terror y espanto, y por otra parte de grande compassión, ver las damas las lástimas que hazían. Especialmente la hermosa Fátima, que era hija de Mahomad Zegrí el que mató Alabez. Harto tenian que consolarla, mas mal consuelo tenía, que no avía consuelo que la consolasse. Este triste fin tuvieron estas fiestas, quedando Granada muy rebuelta. Por estas fiestas se compuso aquel romance que dize:

A fuera, a fuera, a fuera;
aparta, aparta, aparta,
que entra el valeroso Muça,
quadrillero de unas cañas.
Treynta lleva en su quadrilla
Abencerrages de fama
conformes en las libreas
azul y tela de plata:
De listones y de cifras
travessadas las adargas,
yeguas de color de cisne
con las colas encintadas:
Atraviessan qual el viento
la plaça de Bivarambla,
dexando en cada balcón
mil damas amarteladas:
Los cavalleros Zegrís
también entran en la plaça;
sus libreas eran verdes,
y las medias encarnadas.
Al son de los añafiles
travan el juego de cañas,

el qual anda muy rebuelto,
parece una gran batalla:
No ay amigo para amigo,
las cañas se buelven lanças,
mal herido fué Alabez
y un Zegrí muerto quedava:
El Rey Chico reconoce
la ciudad alborotada,
encima de hermosa yegua
de cabos negros y baya:
con un bastón en la mano
va diziendo: «aparta, aparta.»
Muça reconoce al Rey,
por el Zacatín se escapa:
con él toda su quadrilla
no paran hasta el Alhambra;
a Bivataubin los Zegrís
tomaron por su posada:
Granada quedó rebuelta
por esta quistión travada.

Quedó por lo arriba contado la ciudad de Granada muy llena de escándalo y rebuelta: porque la flor de los cavalleros estava metida en estos vandos y passiones. El Rey Chico andava el más atribulado hombre del mundo, y no sabía qué se hazer con tantas novedades como cada día sucedían en la corte. Y procurava con todas veras hazer las amistades destos cavalleros; y para ello mandó se hiziesse pesquisa por qué ocasión se avían rebuelto. Finalmente se halló en claro y limpio, cómo Mahomad Zegrí, muerto en el juego, fué el aggressor del negocio; y se supo de la trayción que tenía urdida contra los Bencerrages y Alabez. Por lo qual el Rey quiso proceder contra ellos; mas los cavalleros de Granada hizieron tanto, que el Rey no trató en ello. Y por esta causa, con mas facilidad fueron estos vandos hechos amigos, y Granada puesta en grande sosiego, como se estava de antes.

CAPÍTULO SÉPTIMO: QUE TRATA DEL TRISTE LLANTO que hizo la hermosa Fátima por la muerte de su padre, y cómo la linda Galiana se tornava a Almería si su padre no viniera, la qual estava vencida de amores del valeroso Sarrazino; y de la pesadumbre que Abenámar tuvo con él una noche en las ventanas del Real Palacio.

Grandes y tristes llantos hazía la hermosa Fátima por la muerte de Mahomad Zegrí, su padre; y tantos eran sus desconsuelos, que no era parte la Reyna, ni ninguna de las señoras de la Corte, a poderla consolar. Y como llorasse contino y con tanto dolor, se vino a descaecer y parar tan flaca y debilitada, que grande parte perdió de su hermosura. Lastimávase tanto y hazía tantos estremos de dolor, que fué necessario sacalle de Granada y llevarla a Alhama, donde era Alcayde un pariente suyo, el qual tenía una hija muy hermosa, para que allí en su compañía perdiesse algo de su tristeza. La hermosa Galiana, que hasta aquella hora siempre avía sido libre de passión de amor, se halló tan presa de Hamete Sarrazino, y de su buena disposición y talle, que no sabía qué se hazer. Y como se le acabava la licencia que de estar en Granada tenía, acordó de embiar a llamar al fuerte Sarrazino con un page de su secreto. Siendo llamado, el fuerte Moro no puso ninguna dilación en cumplir el mandato de tal señora, y assí con el mismo page se fué a palacio, y entrando en el aposento de la hermosa Galiana, la halló sola sin ninguna compañía. La dama, quando lo vido, se levantó toda mudada la color; y el fuerte Sarrazino, haziéndole un muy grande acatamiento, le dixo: «qué era lo que mandava que en su servicio hiziesse.» La hermosa dama le mandó sentar encima de un estrado muy rico que estava puesto sobre una alcatifa de seda, de estraña manera labrada, rica y costosa, y ella no muy lexos dél. Començaron de hablar en las fiestas passadas, y muerte del Zegrí, y bandos remontados por tan pequeña ocasión. Sarrazino, que muy de veras mirava a Galiana y su grande hermosura, satisfaziéndole a ciertas preguntas que le hizo acerca de lo dicho, passó más adelante diziendo: «Hermosa Señora, de mayor braveza y más áspera batalla es la que vuestra hermosa vista causa a qualquiera que alcança ver vuestra estremada beldad: y Alhá quisiesse que yo fuesse para vuestro servicio algo de provecho; que por Mahoma juro, que toda mi vida gastasse en solo

procurar vuestro contento. Avéys me embiado a llamar y no sé si ha sido por darme con vuestros hermosos ojos la muerte, y si ansí es, yo doy mi muerte por bien empleada, en morir a manos de tan alta Princessa.» Y diziendo esto, no pudo dexar de mostrar un apassionado sentimiento que sentía dentro de su alma; y dando un profundo suspiro calló. Galiana holgó mucho de ver muestra y señal de tan crecido amor en Sarrazino: porque ya ella le amava de todo coraçón, por ser gentil y gallardo y de muy principal linage. Y ansí, con un semblante alegre, le respondió: «No es cosa de maravilla que los hombres a la primera vista de una dama se rindan y luego descubran su pena; lo que más era de maravillar, que luego perdían la fe a los primeros días prometida: de modo que de los hombres no avía que tomar ni tener crédito de sus hablas ni promesas.» Sarrazino respondió: «El alto cielo Mahoma me niegue, si de todo punto no es vüestro mi coraçón; mientras el alma mandara de las carnes, no se empleara mi vida sino sólo en tu servicio; que esto será grande gloria para mí. Y juro como cavallero y hijo de algo, que no falte un solo punto en lo que aquí digo hasta la muerte.» «Muy bien entiendo yo que soys tan buen cavallero — dixo Galiana —, que cumpliréys lo que avéys dicho; y assí yo soy contenta de recebiros por mi cavallero; mas ya sabéys que mañana me tengo de yr a Almería, porque tengo cartas de mi padre que no esté más en Granada: por agora no podemos tratar más en este caso, porque no tenga el Rey de Granada noticia de esto: mas esta noche os pondréys debaxo de los balcones desta sala, a hora que no os pueda ver ninguno, y podremos yo y vos hablar algunas cosas más de espacio que agora: y por tanto yd os luego, y Alhá vaya con vos.» El fuerte Sarrazino le tomó las manos y por fuerça se las besó: y despidiéndose della, se salió del aposento el más contento Moro del mundo. Desseando que la noche viniesse, haziéndosele la hora un año, maldezía al sol que tanto se tardava en su curso: parecíale al Moro que más se tardava en hazer su jornada aquel día que otro ninguno. Y ansí anduvo todo el resto del día, sin hallar lugar cómodo a su contento donde reposasse. Venida la noche harto desseada del bravo Moro, se adereçó muy bien, recelando no le sucediesse algún peligro, especialmente estando Granada tan rebuelta entre los cavalleros como se ha tratado. Y siendo hora de la una, en tiempo que la gente está con sosiego, se fué a la parte donde la bella Galiana le dixera: y siendo cerca de los balcones, oyó tañer un laúd muy suavemente, y juntamente oyó cantar una voz muy delicada. Y estando Sarrazino atento y receloso por ver en qué parava aquella música, entendió muy bien la canción, que

muy delicada y nueva era, y en muy delicada y cortesana lengua Arábiga, començando con un profundo y doloroso suspiro, que parecía salir de lo íntimo de las entrañas, ansí dezía:

CANCION.

Divina Galiana:
es tal tu hermosura,
que yguala con aquella que al Troyano
le diera la mançana:
por quien la guerra dura
le vino al fuerte muro de Dardano.
O rostro soberano,
pues tienes tal lindeza,
el que podrá gozarte
dirá que nunca Marte
gozó, quando fué preso, tal belleza:
ni el que se llevó de Argos
la causa de la guerra de años largos.

Y pues sube de punto
tan alto tu belleza,
que no ay su ygual acá en todo este suelo,
no muestres el assiento
tan lleno de aspereza,
como Anaxarte hizo al sin consuelo
amante, que de buelo
el cuello puso al lazo
por salir de tormento,
o duro sufrimiento,
pues quiso que llegasse tan mal plazo:
muéstrate piadosa,
pues eres en beldad divina Diosa.

Con una ravia intrínsica, el bravo Sarrazino estava oyendo la enamorada canción, y no pudiendo más suffrir, a passo tirado fué a aquella parte, con intento de conocer quién era el que cantava. El qual como sintió que venía gente, dexó el tañer y el cantar, apercibiendo su persona, para si algo se le offreciesse. Y avéys de saber que el que dava la música era el fuerte Moro Abenámar, que ya avéys oydo arriba andava muy amartelado por amores de Galiana, y aquella noche le quiso dar aquella música, como hombre que sabía muy bien hazerlo. El fuerte Sarrazino llegó y dixo: «Qué gente?» Fuéle respondido que un hombre. «Pues, qualquiera que vos seáys, lo hazéys mal en dar a

tal hora música a las ventanas del Real Palacio» (porque dormían en aquella parte la Reyna y sus damas, y podría el Rey concebir alguna sospecha de aquesse negocio). «No se os dé a vos nada de esso — respondió Abenámar — ni ay para qué vos queráys pedir lo que podrá resultar de mi cantar y tañer; sino passa vuestro camino, y no curéys de más palabras.» «Villano — respondió Sarrazino —, pues no queréys de grado yros de aquí, yo os haré por fuerça y a mal de vuestro grado que os vays.» Y diziendo esto, embraçó una fuerte rodela que traya, y poniendo mano a un damasquino alfange, se dexó yr para Abenámar, que no menos valiente y desembuelto le halló. El qual, embraçando otra rodela y echando mano a su alfange, que traya muy bueno, aviendo puesto el laúd en el suelo, se començaron a dar muy grandes golpes, sin conocerse el uno al otro. Era tan grande el ruydo que hazían con sus golpes, que algunos cavalleros Moros mancebos, que buscavan sus pretensiones, acudieron al ruydo: y queriendo ponerse en medio, no huvo necessidad, porque como Abenámar y Sarrazino sintieron que acudía gente, ellos de su voluntad, por no ser conocidos se apartaron, echando cada uno por su parte, tomando Abenámar su laúd, quedando herido en un muslo, aunque no mucho. Esto fué de manera que no pudieron ser de nadie conocidos. La hermosa Galiana muy bien vido todo lo que passava y las palabras que passaron, porque ya ella estava puesta en el balcón quando començó Abenámar a tañer y cantar. Y como vido la rebuelta, llena de temor se retiró a su aposento, con demasiada pena por lo sucedido, imaginando que alguno dellos quedaría mal herido. Este negocio no pudo ser tan secreto, que no lo supiesse el Rey por la mañana, y muy pesante dello, mandó hazer pesquisa a su alguazil mayor: mas no pudo jamás sacar rastro dello, ni quién fuessen los de la passión. Passado esto se dió orden como la hermosa Galiana fuesse a Almería. Y para ello mandó que se adereçassen cincuenta cavalleros que llevasse en su compañía. Y estando todo a punto para la partida entró en el Real Palacio Mahomad Mostafá, Alcayde de Almería y padre de la hermosa Galiana. Traya en su compañía una hija menor que Galiana y tan hermosa como ella y aún más, la qual se llamava Zelima. El Rey se levantó y abraçó al Alcayde, diziendo: «Qué buena venida es ésta mi buen amigo Mostafá: que con tu venida me has dado grande contento. Ya tu hija Galiana estava de partida para yrte a ver, y todo estava adereçado y con tal compañía como era razón que con ella fuesse.» Mostafá le respondió: «Bien tengo yo entendido que tu Alteza me hará grandes mercedes siempre, aunque yo no te las aya servido.» «Dexaos desso, Mosta-

fá—dixo el Rey—, que yo os tengo buena voluntad.» Y diziendo esto fué a abraçar a la hermosa Zelima y ella le besó las manos. Todas las damas de la Reyna y la Reyna se levantaron a recebir a Zelima, la qual besó las manos a la Reyna y abraço a su hermana Galiana y a las demás damas que con la Reyna estavan, las quales se maravillaron de la grande hermosura de Zelima, y ella ansimismo maravillada de la hermosura de todas se sentaron en el estrado de la Reyna. El Alcayde Mostafá siendo recebido de todos aquellos principales cavalleros, el Rey le mandó sentar á la par de sí, y le preguntó diziendo: «Mucho he holgado, valeroso Alcayde Mustafá, con tu venida y de tu hija, y querría saber la causa della, si a tú te parece dezirmela.» «Muy poderoso Señor—dixo Mustafá—, la principal causa de mi venida no es otra cosa, después de besar tus reales manos, sino traer a mi hija Zelima para que sirva a su Alteza de mi señora la Reyna, y esté en compañía de su hermana Galiana; porque en Almería no se halla sola: especialmente que siendo temerosa de los rebatos que muchas vezes nos dan los Christianos, por esso me pareció que estaría mejor en Granada, por agora, que en Almería.» «Tú has hecho muy bien en traerla—dixo el Rey—: porque aquí estará en compañía de su hermana, y gozará de muchas fiestas que se hazen en Granada: aunque unas que se han hecho, han causado harto escándalo.» Estando en esto, entró un Moro viejo a gran priessa, diziendo cómo un cavallero Christiano passeava por la vega, muy bien adereçado, y sobre un poderoso cavallo, el qual no para de revtar, de forma que ponía temor a quien lo oya. «Valas me tú, Mahoma, y quién podrá ser el cavallero—dixo el Rey—. Díme, Moro, tú no lo conoces por señas, es por ventura el Maestre?» «Señor, yo no lo conozco—dixo el Moro—; sé dezir que es cauallero de muy buen talle, y muestra en su persona ser de grande valentía.» Luego el Rey y los demas cavalleros, y la Reyna y sus damas se subieron a la torre de la campana, que es la más alta del Alhambra, por ver al cavallero Christiano quién era. A esta sazón el Rey Chico estava en el Alhambra, porque tenía amistad con su padre, aunque no posava en la Casa Real sino de por sí en la Torre de Comares. La Reyna y sus damas tenían su mirador de por sí, para ver lo que passava en la vega. Mirando el Rey y los demas cavalleros al cavallero Christiano, le vieron passearse sobre un hermoso cavallo de color tordillo; los relinchos del qual muy claramente se oyan en el Alhambra. No podían conocer quién fuesse, porque llevava una Cruz roja en el escudo y en el pecho: mas bien se dava a conocer no ser el Maestre de Calatrava. Y estando en esto, vieron cómo el cavallero hizo mesura

a la Reyna y a las damas, ansí como se pusieron al mirador: también la Reyna le hizo mesura, y las damas le hizieron reverencia. El cavallero luego puso un pendoncillo rojo en la punta de su lança, que era señal de pedir batalla. El Rey dixo: «Por Mahoma juro, que holgara de saber quién es este cavallero Christiano, que ansí pide batalla.» El valeroso Gazul, que estava junto del Rey, le dixo: «Señor, sepa vuestra Alteza, que el cavallero Christiano que aguardava escaramuça es Don Manuel Ponze de León, que yo lo conozco muy bien, y es de bravo coraçón y valentía, y no tiene el Rey Christiano otro tal como éste, en todo y por todo.» «Mucho holgara — respondió el Rey — de verle pelear, que ya tengo de su fama muy larga noticia.» Mostafá, Alcayde de Almería, dixo: «Si tu Magestad me da licencia, yo me yré a verme con el Christiano: porque me acuerdo, que a un tío mío, hermano de mi padre, éste le dió muerte; querría probar si fortuna me haría tanto bien, que por mi mano alcançasse la vengança de la muerte de mi tío.» «No cures desso — dixo el Rey —, que en mi Corte ay quien pueda muy bien hazer esta escaramuça.» Todos los cavalleros que allí estavan pidieron de merced al Rey que les diesse licencia para yr a verse con el Christiano que estava en la vega. Un paje del Rey dixo: «Señores cavalleros, no os apressuréys tanto en demandar licencia al Rey para la batalla, que ya un cavallero ha salido del Real Palacio, para yrse a ver con el Christiano.» «¿Y quién le dió licencia a esse cavallero para yr a verse con el enemigo?» El paje respondió: «Señor, mi señora la Reyna se la dió, porque se la pidió muy ahincadamente.» «Y quién es el cavallero?» — dixo el Rey —. «El Malique Alabez» — respondió el paje —. «Pues si esso es — dixo el Rey —, muy bien avrá que ver en la batalla; porque Alabez es muy buen cavallero y de grande valor por su persona. Y siendo tan valientes los dos competidores, brava será la escaramuça.» A algunos cavalleros les pesó porque yva el Malique a la batalla: mas a quien más le pesó fué a la hermosa Cohayda, que lo amava en estremo, como ya os avemos contado. Y no quisiera ella que su amante se pusiera en semejante peligro: y assí, pidiendo liciencia a la Reyna, se quitó del mirador por no ver la batalla, y se fué a su aposento, con harta pena y cuydado del successo que podría aver. El Rey y los demás cavalleros aguardavan que el Malique Alabez saliesse al campo: y assí ni más ni menos toda la ciudad de Granada sabía cómo un cavallero Christiano aguardava batalla. Y muy presto se pusieron en miradores y ventanas para poderla ver, sabiendo que el valeroso Alabez salía a la Vega a verse con el Christiano. El Rey mandó que se adereçassen de presto cien cavalleros

para que estuviessen en guarda de Alabez, no se le hiziesse alguna trayción. Ansí fué hecho, que todos ciento se adereçaron y se pusieron en la puerta de Elvira, aguardando a que el valeroso Alabez saliesse a hazer batalla con el Christiano, para yr en su guarda, assí como el Rey lo avía mandado, y por ser de todos querido.

CAPÍTULO OCTAVO: QUE TRATA LA CRUDA BATAlla que el Malique Alabez tuvo con Don Manuel Ponze de León en la Vega de Granada.

A malas penas Don Manuel Ponze de León avía puesto el Pendón rojo en su lança, que era señal de batalla, como está dicho, quando el valeroso Malique Alabez se quitó del mirador donde estava con el Rey y con los demás cavalleros. Sin que nadie lo entendiesse, fué al mirador donde estava la Reyna y sus damas. Y hincando la rodilla en el suelo, le suplicó que le diesse licencia para yrse a ver con aquel Christiano que estava en la Vega: porque en servicio de las damas él quería hazer la escaramuça. La Reyna alegremente se la dió, diziendo: «Plega al gran Alhá y a nuestro Mahoma, que de tal manera os suceda, amigo Alabez, que alegréys nuestra Corte, y vos quedéys con grande honra y gloria de la batalla que agora vays a hazer.» «Yo confío en Alhá del cielo que assí será»—dixo Alabez; y besando las manos a la Reyna, se despidió della y de las demas damas. Y al partirse, pusó los ojos en su dama Cohayda, que muy turbada estava por ello; assí se salió del Real Palacio. Y en llegando a su posada, mandó que le ensillassen el potro rucio, que su primo el Alcayde de los Vélez le avía embiado, y que le diessen una adarga fina, hecha en Fez, y una rica cota jacerina que él tenía, labrada en Damasco. Los criados le dieron todo recaudo assí como lo pedía. Púsose encima de las armas una aljuba de terciopelo morado, toda guarnecida de [illegible] de oro, que valía muchos dineros; y encima de un fuerte caxco se puso un bonete assi morado como el aljuba, en el qual puso un penacho de plumas pagizas y blancos martinetes, y con él unas ricas garçotas pardas y verdes y azules. Apretó el bonete y caxco en la cabeça con una riquíssima toca azul de muy fina seda, con oro entretexida, dando muchas bueltas a la cabeça, haziendo della un muy hermoso turbante, en el qual assentó una muy rica medalla de fino oro

trayda del Arabia. La medalla era labrada a la maravilla, toda de montería, con unos ramos de un verde laurel, las hojas de los quales eran de muy finissima esmeralda, y en medio la medalla, esculpida la figura de su dama muy al natural: la medalla era de mucho valor y estima. Y estando el valeroso Moro adereçado a su contento, tomó de la lancera una lança con dos hierros hechos en Damasco, de un fino y azerado temple. Y subiendo sobre su poderoso y rucio cavallo, a grande priessa salió de su posada y se fué a la calle de Elvira, por la qual passó con tal ayre y bizarría, que a todos los que lo miravan dava muy grande contento con su buena dispusición. Y llegando a la puerta de Elvira, halló los cien cavalleros que el Rey mandara que salieran con Alabez: y ansí todos salieron de la ciudad, arremetiendo los Moros sus yeguas por el campo y escaramuçando unos con otros. Fueron a passar todos juntos por delante de los miradores del Rey, y en llegando, el buen Alabez hizo que su cavallo se arrodillasse, y él puso la cabeça encima del arçón delantero, haziendo una grande mesura y acatamiento al Rey y a las damas. Y hecho esto se fué donde el valeroso Don Manuel aguardava. Y assí como llegaron cerca, los cien cavalleros se quedaron atrás, y Alabez passó adelante: y siendo junto a Don Manuel, le dixo: «Cierto, cavallero Christiano, que si tú estás tan dotado de valentía como tu parecer muestra, que en balde ha sido mi venida: porque respecto de tu buen talle y gracia, yo no puedo valer nada; pero ya que he salido, holgaré de provarme contigo en escaramuça. Y si Mahoma quiere que yo sea tan corto de suerte que muera a tus manos, lo tendré por muy bueno morir a manos de un tan buen cavallero como tú; porque tal me pareces. Y si yo llevasse lo mejor, me sería reputada una eterna gloria. Y querría, si no te estuviesse mal ni hubiesses dello pesadumbre, tu nombre me dixesses; porque querría saber con quién tengo de escaramuçar, que holgaré sabello.» Muy atento estava el valeroso Don Manuel, que él mismo era, de las palabras del Moro, y muy pagado de su cortesía y buen talle y juzgávalo por hombre valiente y rico: porque el traje tan bizarro que usava y aquel día llevava, lo dava a entender. Y por satisfazerle, le dixo: «Moro, qualquiera que tú seas, has me parecido tan bien, que por fuerça movido de tus buenas palabras te avré de dezir quién soy. Sabrás que a mí me llaman Don Manuel Ponze de León: Y por provar si hay en Granada algún cavallero que quiera comigo escaramuçar, he venido aquí: Y a fe de hidalgo, que me has parecido tan bien, que entiendo que ay en ti tanta bondad como tu buen talle promete. Y pues ya sabes mi nombre, será muy bueno y justo que

yo sepa el tuyo, y luego podremos hazer nuestra batalla del modo y manera que a tí te diere gusto.» «Mal lo haría — dixo Alabez — si mi nombre a tan buen Cavallero yo negasse: mi nombre es el Malique Alabez, si por ventura lo avrás oydo dezir: mi linage es tal, que no te despreciarás de hazer comigo batalla. Y pues por los nombres tenemos ya noticia de quién y quién somos, sera razón que nos conozcamos agora por las obras, pues para esso avemos venido.» Y diziendo esto, bolvió su cavallo en el ayre. Lo mismo hizo el buen Don Manuel. Y tomando del campo aquello que les pareció ser necessario, y rebolviendo el uno sobre el otro, assí como dos furiosos rayos. Y siendo los cavallos muy buenos, con la velozidad de su correr muy presto fueron juntos; los dos bravos cavalleros se dieron grandes golpes de lanças, y tales, que no huvo ninguna defensa en los escudos para que no fuessen falsados: mas con singular ligereza tornando a boltear sus cavallos, teniendo las lanças firmes en los puños, las sacaron de los escudos, donde con grande violencia avían sido metidas. Y dando muy gallardas bueltas por el campo, comencaron a escaramuçar el uno contra el otro. Y para execución de se herir, se acercavan y se hería cada uno por donde podía, mostrando su esfuerço y maña en aquel menester. Assí escaramuçavan los dos valerosos guerreros el uno contra el otro tan gallardamente, que era cosa de maravilla. Mucho se holgavan los que miravan la escaramuça, de ver quán diestramente se mantenían el uno contra el otro. Dos horas grandes eran passadas, que los dos valientes cavalleros andavan en su batalla, sin que se pudiessen herir el uno al otro: porque aunque se alcançavan a dar algunos golpes de lança, estavan ellos tan bien armados, que no se podían herir. A esta hora el cavallo de Don Manuel andava un poco más cansado que el del Moro, y Don Manuel bien lo sentía, y le pesava mucho dello; porque no podía dalle alcance al Moro a su gusto. El Moro, conociendo que el cavallo del Christiano andava con menos furia que antes, alegróse mucho; porque por allí pensava alcançar victoria de su enemigo. Y assí se dava muy grande priessa a rodear a Don Manuel: para que su cavallo se acabasse de cansar. Y acercándose una vez mas que solía, muy confiado en su buen cavallo, hirió a Don Manuel de una mala lançada en descubierto del escudo; y fué tal, que rota la loriga, le hirió en el lado yzquierdo de una mala herida. De la qual començó a correr mucha sangre. Mas no se fué el Moro sin su pago; porque al tiempo de rebolver el Moro su cavallo, pensando hazer aquel golpe franco, no lo pudo hazer con tanta presteza que el buen Don Manuel no se lo hallasse muy cerca. Y como yva [illegible]

viendo, le dió en descubierto por un lado un golpe tan bravo, que no prestando la fina jacerina cosa alguna, fué rota, y la cuchilla del agudo hierro entró hasta llegar a la carne, donde abrió una peligrosa herida. No huvo serpiente ni áspide tan ponçoñoso aviéndole pisado alguno, como lo fué aquel valeroso Moro, que sintiéndose herido y tan mal, con una insana furia, casi frenético de cólera, rebolvió su cavallo, y fué sobre Don Manuel, y a toda furia lo envistió, dándole una gran lançada que le passó el escudo, y Don Manuel fué segunda vez herido. El qual como sintiesse la mala burla, lleno de enojo porque un Moro le avía herido dos vezes, arremetió su cavallo con tanta presteza, que el Moro no tuvo lugar de se poder apartar, y ansí fué herido de otra mala herida: de la qual y de la primera le salía mucha sangre. No por esso en el Moro se hallava punto de menoscabo; antes más colérico y encendido hazía su batalla, entrando y saliendo todas las vezes que hallava oportunidad para herir al Christiano. Ya andavan los dos cavalleros heridos en tres o quatro partes, y no se conocía ventaja alguna, y por esto muy enojado Don Manuel, por tanta dilación, que avía quatro horas grandes que andavan en la plaça, y no se hazía nada, pensando que en su cavallo estuviesse la falta, se apeó dél con grande ligereza. Y cubierto de su escudo, aviendo dexado la lança, puso mano a su espada, que era de grande estima, se fué para el Moro. El qual, como le viesse a pie, muy maravillado dello, le tuvo por hombre de bravo coraçón. Y porque no se le reputasse a villanía estando el contrario a pie, estar él a cavallo, se apeó. Arrojando la lança, se fué al Christiano muy confiado en su fuerça, que era grande, con un alfange muy rico y bueno, labrado en Marruecos. Y cubierto bien de su adarga, que era buena, los dos cavalleros se començaron a dar muy grandes golpes, cada qual por donde más podía. La fortaleza del Moro era grande, y la destreza del Christiano, mayor; la qual tenía acompañada de un singular suffrimiento, con lo qual hazía muy notoria ventaja en la batalla al Moro; porque cada vez que se juntavan, el Moro salía herido; porque la espada del valeroso Don Manuel era la mejor del mundo, y no le alcançava vez con ella que no lo hiriesse. Lo qual era muy al contrario del Moro; porque aunque con demasiado esfuerço entrasse y hiriesse a su contrario, lo hallava de tal manera reparado, que no le podía herir: de suerte que ya el Moro andava fatigado y pressuroso, lleno de sangre y sudor, del cansancio que tenía: mas no se mostrava en su valor punto de desfallecimiento. A esta hora el bravo cavallo de Alabez, como sintiesse tener la silla vacía y estar libre, dando grandes saltos se fué al cavallo de

Don Manuel, y entre los dos començaron una brava pelea, y tal que ponía espanto; porque los bocados eran tantos y las cozes que se davan tantas, que no se puede escribir. El cavallo del Moro llevava lo mejor y mordía mas cruelmente, porque su amo le tenía enseñado a aquéllo. De forma que las dos batallas de los cavalleros y cavallos eran crueles; quien a esta hora mirara bien la batalla que los dos cavalleros hazían, bien claro conociera la grande ventaja que el buen Don Manuel tenía al Moro. Y muy presto fuera la batalla fenecida, con harto daño del valeroso Malique Alabez; mas fuéle en esta hora favorable la fortuna: y fué que estando combatiendo, como os avemos dicho, cavallos y cavalleros, allegaron ochenta cavalleros que Don Manuel avía dexado atrás: los quales venían para ver en qué estado estava la batalla de su valeroso Capitán con el Moro. Los cien Moros que estavan en guarda de Alabez, como vieron venir aquel esquadrón de cavallos, y que llegavan tan cerca donde los dos cavalleros hazían su batalla, lo tuvieron por mala señal, y pensando que venían en favor del Christiano, todos juntos, dando un grande alarido, arremetieron al esquadrón Christiano, a toda furia de los cavallos. Los Christianos, entendiendo que era trayción, por guardar a su señor, les salieron al encuentro: y entre las dos partes se travó una brava escaramuça, y muy sangrienta: andava la rebuelta de tal suerte, que muchos de una parte y de otra cayan muertos. Los dos cavalleros que hazían su batalla, en aquel punto mas cruda y sangrienta, visto la grande rebuelta, movida sin saber porqué, tuvieron por bien de se apartar, y cada uno acudir a su parte para hazerlos retirar si possible fuesse, porque su batalla fuesse al cabo. Don Manuel se fué a su cavallo, por ver si lo podría tomar: lo mismo hizo Alabez, por ver si podría tomar el suyo: mas todavía andavan los cavallos tan puestos en su pelea, que no avía quien a ellos osasse llegar. Los Moros cavalleros que andavan rebueltos con los Christianos, acudieron donde Alabez estava, por darle su cavallo: los Christianos assi ni más ni menos acudieron por socorrer a Don Manuel. Aquí fué la priessa de los unos y de los otros: unos por favorecer al Moro, otros por favorecer al Christiano, andavan apeados más de cincuenta cavalleros, haziendo grande batalla los unos con los otros. El bravo Don Manuel hizo tanto, que llegó a los cavallos, que ya se avían apartado espantados del tropel de los otros. Y el primero que halló a la mano, fué el cavallo de Alabez, y echándole mano de las riendas, forçado de la necesidad en que se vía, no guardó el decoro que era obligado a tomar el suyo y dexar el ageno; aunque no era objeto notable, porque en la guerra todo

se suffre. Y saltando como un ave sobre la silla, le fué dada su misma lança. Y como la tuvo, luego se metió en medio de los enemigos, con tal furia, que un rayo parecía entre ellos. A esta sazón, ya el bravo Alabez estava a cavallo; porque le avían dado el de Don Manuel, que muy poco falta le hazía el suyo; salvo que el suyo era más ligero: mas el cavallo de Don Manuel era cavallo de grande fuerça y suffrimiento. Pesóle a Alabez del trueco, mas viendo que no podía ser menos, tomó lo que fortuna en aquella sazón pudo dalle. Y aviéndole también dado su lança, se metió por entre los Christianos, tan furioso, que un león dañado parecía, derribando y matando muchos dellos. El Rey Chico de Granada, que la cosa vió tan rebuelta, quitándose de los miradores, dando muy grandes vozes, mandó que saliessen mil cavalleros al socorro de los suyos: para lo qual fué necessario que se tocasse arma. La qual se tocó tan rezia y tan apriessa, que los que estavan en la Vega haziendo su batalla muy claro la oyan. Y el valiente Alabez, con diligencia discurriendo por la batalla, buscó a Don Manuel, y no parando hasta le hallar: assí como lo vido se fué para él, y haziéndole señas que saliesse de tropel de la gente, se salió de la batalla, y Don Manuel empós del, con harto contento, por ver si podría acabar la batalla començada. Mas quando estuvo apartado de la gente, que con grande furia todavía peleava, Alabez se llegó a Don Manuel y le dixo: «Valeroso cavallero, tu bondad me obliga a que yo haga algo por ti: advierte que en Granada anda grande alboroto, y se toca arma a priessa, para que seamos socorridos. Y por lo menos saldrán más de mil cavallos; haz que tu gente se recoja con presteza, y en buena orden desamparen la vega: porque son pocos, respecto del socorro que verná, y lo passarán muy mal. Y toma este mi consejo, que aunque soy Moro, soy hidalgo, y soy obligado en ley de cavallero, aunque enemigo, a darte aviso. Agora haz a tu parecer, que si quieres, otro día daremos fin a nuestra batalla: que yo te doy mi palabra, que para fenecerla yo te busque do quiera que estuvieres.» Don Manuel respondió: «Yo te agradezco, cavallero, el aviso, y tomaré tu consejo, porque me parece bueno; y para obligarte a que me busques, llevaré tu cavallo, y tú lleva el mío, que es tan bueno como él; que quando otra vez nos veamos destrocaremos.» Y diziendo esto, tocó un cuerno de plata, que al cuello llevava, a recoger. Los cavalleros Christianos, oyendo la señal de recoger, al punto dexaron la batalla y fueron recogidos en un punto. Los Moros hizieron lo mismo, y cada esquadrón se fué por su parte, dexando de cada banda hartos muertos, y llevando hartos heridos. Alabez y los suyos llegaron a Granada, y al tiempo

que por las puertas de Elvira salía el socorro, Alabez hizo que se tornassen. El Rey en persona salió a recebir a Alabez y otros muy principales cavalleros, y no pararon hasta la casa de Alabez: el qual, siendo desarmado, fué echado en un rico lecho y curado con gran diligencia de sus heridas, que eran peligrosas. Bolvamos a Don Manuel, que yva con su gente por la Vega adelante, tan enojado y colérico, por no aver acabado aquella batalla, que no hablava ni respondia a cosa que le fuesse preguntado. Dava mucha culpa a los suyos, por aver llegado a esta sazón donde él estava peleando con el Moro; que si ellos no llegaran, él diera fin glorioso a la batalla; y era ansí la verdad, que si los suyos no fueran, los Moros no se movieran de un lugar. Assí huvo fin esta batalla, llevando el buen Don Manuel ganado aquel famoso cavallo del Alcayde de los Vélez, por el qual y por esta batalla, se levantó aquel romance que dizen:

Ensilléys me el potro rucio
del Alcayde de los Vélez,
déysme el adarga de Fez
y la jacerina fuerte:
Y una lança con dos hierros,
entrambos de agudos temples,
y aquel azerado caxco
con el morado bonete,
Que tiene plumas pagizas
entre blancos martinetes,
garçotas verdes y pardas,
antes que me vistan denme:
Tráyganme la toca azul
que me dió para ponerme
la muy hermosa Cohayda
hija de Llegas Hamete:
Y la muy rica medalla
que mil ramos la guarnecen,
con las hojas de esmeraldas
por ser los ramos laureles:
Y dezilde a mi señora,
que salga si quiere verme
hazer muy cruda batalla
con Don Manuel valiente:
Que si ella me esta mirando,
mal no puede sucederme.

CAPÍTULO NOVENO, EN QUE SE PONE UNAS SOLENnes fiestas y juego de sortija, que se hizo en Granada, y cómo los vandos de los Zegrís y Abencerrages se yvan más encendiendo.

Ya sabía el valeroso Moro Abenámar cómo era el valiente Sarrazino, aquel con quien avía tenido la rebuelta en las ventanas de Palacio, y baxo de los miradores de la Reyna, andava muy de mal propósito con él, respecto de aver aquella noche estorvado la música, y averle herido, aunque la herida no fué mucha. Y parando mientres en el Real Palacio, vió cómo la hermosa Galiana le hazía muy grandes favores, de lo qual el valeroso Moro sentía muy estraña pena y dolor. Y visto que la ingratitud de Galiana era tanta, que no se acordava que en los passados tiempos le avía servido, y ella le avía hecho muy señalados favores en Almería y en Granada, y que él para ella avía hecho muy señaladas cosas, determinó olvidarla y poner los ojos en la hermosa Fátima, que ya estava en Granada y la avían traydo de Alhama, sabiendo que Muça no curava de sus amores, sino de los de Daraxa. Y començóla de servir en todo y por todo, y Fátima lo recibió por su cavallero, haziéndole grandes favores, porque Abenámar era muy principal cavallero, valiente y gentil hombre y muy amigo de los Abencerrages, aunque ella no estava muy bien con este linage por las cosas ya passadas, atrás dichas. Mas considerando el valor de Abenámar, puso todo lo demás en olvido. En este tiempo, Daraxa y Abenhamín Abencerrage estavan ya para casarse, por lo qual el valeroso Muça avía puesto los ojos en la hermosa Zelima, hermana de la linda Galiana. Todos los demás cavalleros principales amavan aquellas damas que estavan en Palacio, y con esto andava la Corte tan alegre y con tantas fiestas, que era cosa de espanto. El bravo Audalla amava a la hermosa Axa, y como era cavallero principal y Abencerrage, siempre ordenava juegos y fiestas. De modo que la ciudad de Granada toda andava llena de fiestas y plazer. El valeroso Abenámar, por vengarse de la linda Galiana, y por hazerle tiro al valiente Sarrazino, ordenó con el Rey que se hiziesse una fiesta muy solenne, el día de San Juan, que venía muy cerca, de un juego de cañas y de sortija, y que él quería ser el mantenedor della. El Rey, como amigo de fiestas, y por tener alegre su corte, dixo que era muy

bien que se hiziesse aquella solenne fiesta: especialmente porque avía salido Alabez tan bien librado de las manos del bravo don Manuel Ponze de León, que no fué poca maravilla escapar assí de sus manos, y porque estava ya bueno de sus heridas. Avida la licencia del Rey, mandó pregonar por toda la ciudad la fiesta de la sortija y juego de cañas, diziendo: «que qualquiera cavallero que quisiesse correr tres lanças con el mantenedor, que era Abenámar, saliesse y truxesse el retrato de su señora al natural, y que si las tres lanças el mantenedor ganava, el aventurero avía de perder el retrato de su dama; y si ganava el cavallero venturero, ganasse el retrato de la dama del mantenedor, y con ella una cadena de oro, que pesasse mil doblas.» Todos los cavalleros enamorados holgaron mucho del pregón, por mostrar el valor de sus personas lo uno, y porque las hermosuras de sus damas fuessen vistas. Y todos con esperança de ganarle al mantenedor su dama y cadena de tan subido precio. El valeroso Sarrazino, muy bien entendió la causa porque se avía movido a Abenámar a ser mantenedor de aquella fiesta, y holgó dello; porque por aquella vía entendía el darle a entender a su señora Galiana su valor y destreza. Y luego él y todos los demás cavalleros principales que pretendían correr la sortija, hizieron retratar a sus damas, cada uno lo mejor y más principalmente que podía, adornando el retrato de su señora como mejor pareciesse, y con aquellos vestidos y ropas que más acostumbravan llevar, porque fuessen conocidas de todos. El día de San Juan venido, fiesta que todas las naciones del mundo celebra, todos los cavalleros de Granada se pusieron galanes, assí los que eran de juego como los que no lo eran, salvo que los del juego se señalavan en las libreas; y todos se salieron a la ribera del muy fresco Genil, y hechas dos quadrillas para el juego, la una de Zegrís, la otra, su contraria, de Abencerrages, hízose otra quadrilla de Almoradis y Vanegas, y contraria désta se hizo otra de Gomeles y Maças. Al son de muchos instrumentos de añafiles, y dulçaynas, y atabales, se començaron dos juegos de cañas riquíssimos. La quadrilla de los Abencerrages yva toda de tela de oro y leonado, con muchas y muy ricas labores; llevavan por divisas unos Soles; todos sus penachos eran encarnados. Los Zegrís salieron de verde; todas sus libreas con muchos texidos de oro y estrellas, sembradas por todas sus divisas medias lunas. Los Almoradis salieron de encarnado y morado, muy ricamente puestos. Los Maças y Gomeles salieron de morado y pagizo, muy costosos. Era ver las quatro quadrillas destos cavalleros un espectáculo bravo y de grande admiración; todos corrían por la vega, de dos

en dos, de quatro en quatro. Y al salir del sol parecían tan bien, que era cosa de mirar. Y entonces se començó el juego, porque ya en aquella hora se podía muy bien ver de las torres del Alhambra. El mismo Rey andava entre ellos muy ricamente vestido, porque no huviesse algún alboroto o escándalo. La Reyna y todas sus damas miravan de las torres del Alhambra el juego, el qual andava muy bien concertado y gallardamente jugado. Finalmente, los cavalleros Bencerrages y Almoradis fueron los que más se señalavan aquel día. El valeroso Muça, y Abenámar, y Sarrazino, hizieron aqueste día maravillas. Acabado el juego por orden del Rey, porque ya los Zegrís y Abencerrages se yvan encendiendo, todos los cavalleros corrían y escaramuçavan, abolançando mil cañas por el ayre, tan bien, que las perdían de vista. El gallardo Abindarráez se señaló bravamente aqueste día; mirávalo su dama, que estava con la Reyna en las torres del Alhambra. La Reyna le dixo: «Xarifa, bravo y gallardo es tu cavallero.» Xarifa calló, parándose colorada como rosa. Fátima, no menos, tenía los ojos puestos en su Abenámar, pareciéndole tan bien, que estava dél y de sus cosas muy pagada, aunque Xarifa entendía que mirava a su Abindarráez, y llena de celos le habló desta manera: «Grandes son las maravillas del amor, hermana Fátima, que jamás donde predomina y reyna no puede estar encubierto. A lo menos no me podrás tú negar, Fátima amiga, que no estás tocada de esta passión, porque realmente tu hermoso rostro da dello clara señal. Porque solías ser assí colorada y hermosa, como la fresca rosa en el rosal, y agora te veo triste, melarchica y amarilla, y éstas son evidentes señales que el amor causa; y, poco más o menos, bien diría yo que el valor de Abindarráez te tiene puesta en esse tan acabado estremo. Y si esso es ansí, a mí no se me deve negar ni celar cosa alguna, pues tú sabes quán leal y verdadera amiga te soy. Y en ley de hija de algo te juro, que, si de mí has menester qualquiera cosa, que por el amor que te tengo, en todo te haré muy buen tercio.» Fátima, que muy discretíssima era, luego entendió el tiro de Xarifa, y como ya ella sabía que tratava amores con Abindarráez, no quiso resolutamente dárselo a entender. Mas dissimuladamente le respondió desta manera: «Si las maravillas de amor son grandes, no han llegado a mi noticia sus effectos, ni dellos tal experiencia tengo; el no tener color como de antes, y andar de talle melancólico, la causa tengo en la mano, siendo tan reciente y fresca la muerte de mi buen padre, y el ver los bandos que andan todavía entre Zegrís y Abencerrages. Y puesto caso que yo huviesse de estar en estremo, siendo dello la causa amor, yo te

certifico, amiga Xarifa, que no me causará esse daño Abindarráez como tú dizes, que allí en el juego de las cañas ay cavalleros que son de tanto valor como él y de tanta gallardía. Y para esto, el día en que estamos, allá en la tarde, verás de lo que digo claro testimonio en el juego de la sortija; pues allí han de parecer los retratos de los más famosos y principales cavalleros de Granada, y entonces tú verás quién son las damas servidas y los cavalleros sus amantes.» Con esto calló, que no dixo más, sino parando mientes en los cavalleros que andavan escaramuçando en la vega, Fátima no partía los ojos de su Abenámar, que aquel día hizo maravillas, y muy bien lo conocia Fátima por las señas de un pendoncillo morado que Abenámar llevava en su lança, con una F. de plata, y encima una media luna de oro: armas y divisa de la hermosa Fátima. El Rey y los demás cavalleros, aviendo escaramuçado desde antes que el sol saliera hasta las onze del día, se tornaron a la ciudad, sólo por adereçar cada uno lo que avía de sacar en el juego de la sortija. Por este día de San Juan, y por este juego de cañas que avemos contado, se dixo aquel antiguo romance que dizen:

La mañana de San Juan,
al punto que alboreava,
gran fiesta hazen los Moros
por la vega de Granada.
Rebolviendo sus cavallos,
jugando van de las lanças
ricos pendones en ellas
labrados por sus amadas.
Ricas aljubas vestidas,
de oro y seda labradas;
el Moro que amores tiene
allí bien se señalava.
Y el Moro que no los tiene,
por tenerlos trabajava;
míranlos las damas Moras
de las torres del Alhambra;
Entre la quales avía
dos de amor muy lastimadas;
la una llaman Xarifa,
la otra Fátima se llama.
Solían ser muy amigas,
aunque agora no se hablan;
Xarifa, llena de celos,
a Fátima le hablava:
«¡Hay Fátima, hermana mía,
cómo estás de amor tocada;

solías tener color,
veo que agora te falta;
Solías tratar amores,
agora estás decallada,
pero si los quieres ver
assómate a essa ventana;
Y verás a Abindarráez
y su gentileza y gala!»
Fátima, como discreta,
desta manera le habla:
«No estoy tocada de amores
ni en mi vida los tratara;
si se perdió mi color
tengo dello justa causa
Por la muerte de mi padre
quel Malique Alabez matara;
y si amores yo quisiera,
está, hermana, confiada,
Que allí veo cavalleros,
en aquella vega llana,
de quien pudiera servirme
y dellos ser muy amada,
De tanto valor y esfuerço
como Abindarráez alabas.»
Con esto, las damas Moras
pusieron fin a su habla.

Bolviendo a nuestra historia, el Rey y los demás cavalleros de su Corte ocuparon los miradores que estavan en la plaça nueva, por ver los cavalleros que avían de jugar la sortija. Vieron en el cabo de la plaça, junto de la hermosa fuente de los Leones, una muy rica y hermosa tienda de brocado verde, y junto de la tienda un alto aparador, con un dosel de terciopelo verde. Y en él puestas muy ricas joyas, todas de oro; y en medio de todas ellas estava asida una hermosíssima y rica cadena que pesava mil escudos de oro; y ésta era la cadena del premio, sin el retrato de la dama que con ella juntamente se ganava. No quedava en toda la ciudad de Granada que no uviesse venido a ver aquella fiesta, y aun de fuera de la ciudad, de todos los lugares, sabiendo que el día de San Juan siempre se hazían en ella grandes y galanas fiestas; por ser su cavallería muy grande y rica. No tardó mucho espacio de tiempo, quando se oyeron muy dulce son de menestriles que salía por la calle del Zacatín. Y la causa era, que el valeroso Abenámar, mantenedor de aquella sortija, venía a tomar su puesto, y la forma de su entrada era la siguiente: Primeramente, quatro hermosas azémilas de recámara,

todas cargadas de lanças para la sortija, con sus reposteros de damasco verde todo sembrados de muchas estrellas de oro; llevavan las azémilas muchos pretales de cascaveles de plata, y cuerdas de seda verde. Éstas fueron, con hombres de guarda, de pie y de cavallo, sin parar, hasta donde estava la tienda del mantenedor, y allí junto fué armada otra muy rica tienda, también de seda verde, y por su orden fueron puestas todas aquellas lanças, que era cosa muy de ver. Luego fueron llevadas de allí las azémilas, que ver el adereço dellas dava grandíssimo contento, según las testeras y plumas que llevavan. Tras esto venían treynta cavalleros muy ricamente adereçados de libreas verdes y rojas, con muchos sobrepuestos de plata, todos plumas blancas y amarillas: quinze venían de una parte y quinze de otra, y a la postre, en medio dellos, el valeroso Abenámar, vestido de brocado verde, de mucha costa, marlota y capellar de gran precio. Traya una muy hermosa yegua rucia rodada, los paramentos y guarniciones de la yegua eran del mismo brocado verde; testera y penacho muy rico, verde y encarnado; y assí mismo lo llevava el valeroso Abenámar. Llevava el Moro gallardo, sembradas por todas sus ropas, muchas estrellas de oro, y en el lado yzquierdo, sobre el rico capellar, un sol muy resplandeciente, con una letra que dezía:

«Solo yo, sola mi dama;
ella sola en hermosura,
yo solo en tener ventura
más que ninguno de fama.»

Esta misma letra se echava por la plaça; tras del valeroso Abenámar venía un hermoso carro triumphal, de ricas sedas adornado. El qual traya seys gradas muy hermosamente puestas; y por encima de la más alta grada se hazía un arco triumphal, de estraña hechura y riqueza; y debaxo del arco puesta una rica silla, y en ella sentado y puesto por tan sutil arte y primor el retrato de la hermosa Fátima, que no dixeran sino que era el mismo original. Estava tan hermosa y tan ricamente adornada, que no avia dama que la mirasse que no quedasse muerta de embidia, ni caballero amartelado. Su vestido era turquesco, de muy estraña y no vista hechura: la mitad empajado y la otra mitad morado, y todo sembrado de estrellas de oro y con muchos texidos y recamos de oro. Toda la ropa era cortada por mucho concierto; el aforro era de tela azul de plata muy rica; el tocado, galán; sus cabellos, sueltos como una madexa de oro. Sobre ellos, una guirnalda de rosas blancas y rojas, tan naturales que parecía que en

aquel punto se cortaron del rosal. Sobre su cabeça parecía el dios de Amor, desnudo niño como lo pintan los antiguos, con sus alicas abiertas, las plumas de mil colores. Este niño parecía estar poniendo la hermosa guirnalda a la linda imagen, a los pies de la qual estava el arco y aljava de Cupido como por su despojo. Llevava la hermosa imagen un manojo de violetas muy hermoso, que en aquel mismo punto parecía averlas cogido en la huerta de Generalife. Deste modo yva esta hermosa imagen de Fátima, haziendo un espectáculo con su vista no visto. El hermoso carro en que yva, que ya avemos contado ser rico y hermoso, tiravan quatro hermosas yeguas, blancas como la nieve. El carretero yva vestido de la misma librea de los cavalleros. Tras del carro yvan treynta cavalleros, de libreas verdes y encarnadas, con penachos de las mismas colores. De esta forma entró el valeroso Abenámar, mantenedor de la justa: y al son de los menestriles y otras músicas que llevava, dió buelta por toda la plaça nueva, passando por baxo de los miradores y balcones del Rey y de la Reyna, dexando a todos tan admirados de su traça y buena entrada, que no pudiera ser más en el mundo: porque no huviera tal Príncipe, por rico que fuera, que saliera en tal trance, ni para tal effecto, mejor. Assí como llegó el carro a los miradores de la Reyna, las damas y ella quedaron espantadas de ver el retrato de la hermosa Fátima tan al natural. Fátima estava junto de la Reyna, y con ella Daraxa y Sarrazina, y la hermosa Galiana, y su hermana Zelima, Cohayda y Arbolea, y otras muchas y muy hermosas damas. Y holgando con ella, le dezían: que le era en grande obligación al buen cavallero Abenámar. Y que assí sabía servirla y defenderla en el juego de la sortija, como la avía acertado a sacar tan triumphante, que ella se podía tener por la más feliz y dichosa dama del mundo.

Fátima satisfizo a todas, diziendo: aquella de aquel negocio no sabía cosa ninguna, que libre estava dello; y que si Abenámar avía querido hazer aquéllo, que a ella ninguna cosa se le dava, y que la defendiesse o no la defendiesse, que ella lo tenía en muy poco. «Ora, pues, no sin mysterio — dixo Xarifa — el cavallero Abenámar se ha puesto a hazer tal bravata y ha sacado vuestro retrato.» «Esse motivo de Abenámar — respondió Fátima — él solo lo entiende y cada uno haze a su gusto o deshaze; sino miraldo por vuestro Abindarráez, que por vos, o por lo que a él le está bien, tiene hechas cosas muy grandes y dignas de memoria.» «Lo de Abindarráez para conmigo — dixo Xarifa — es cosa muy pública, y saben todos que es mi cavallero; pero agora lo de Abenámar nos parece a todos cosa muy nueva, y en verdad que

me pesaría si oy Abindarráez y Abenámar fuessen competidores.» «Y que lo sean o no lo sean, ¿qué pena os da a vos?» —dixo Fátima. «Dame pena— dixo Xarifa—que no querría que vuestro retrato, que oy ha entrado con tanto toldo, viniesse a mis manos.» «Pues ¿por tan cierta tenéys la buena ventura de vuestro Abindarráez —dixo Fátima— que ya me tenéys por vuestra? Pues no os fatiguéys agora tanto, ni tengáys en tanto el valor de vuestro cavallero, que ya podría la fortuna dar la buelta al contrario de lo que vos agora pensáys; que en casos de cavalleros, no tenemos de qué tener ninguna confiança, por estar sugetos al arbitrio de fortuna.» La Reyna, que muy bien entendió las razones, dixo: «¿De qué importancia es tratar cosas de que se sacan muy poco fruto?; entrambas soys yguales en hermosura, oy veremos quién lleva la palma y gloria de hermosura, y callemos agora, y paremos mientres en lo que para la fiesta, que a la fin se canta la gloria.» Con esto dieron fin a sus razones. Y parando mientres vieron cómo Abenámar, aviendo dado buelta a la plaça, llegó a donde estava la hermosa tienda. Y aviendo puesto su rico carro junto del muy rico aparador donde estavan muchas y muy ricas joyas, mandó poner el retrato de la muy hermosa Fátima, al son de muchas dulçaynas y menestriles, cosa que dava a todos grandíssimo contento. Hecho esto, se apeó de su cavallo, y dándole a sus criados, se sentó a la puerta de su rica tienda, en una hermosa y rica silla, aguardando que entrasse algún cavallero aventurero. Todos los cavalleros que avían acompañado al valeroso Abenámar se pusieron por su orden arrimados a una parte, haziendo todos una larga y vistosa carrera. Estando ya los Juezes puestos en un tablado, en lugar y parte que pudiessen muy bien ver correr las lanças, todo el mundo aguardava que entrassen algunos ventureros. Los Juezes eran dos cavalleros Zegrís muy honrados, y otros dos cavalleros Gomeles, y un cavallero Abencerrage llamado Abencarrax. Éste era Alguazil mayor de Granada, officio y cargo que no se dava sino a un cavallero de gran cuenta y de mucho valor y estima, y como hombre tal, éste al presente lo era. No tardó, pues, mucho, que por la calle de los Gomeles se oyó gran ruydo de musica de añafiles y trompetas, y todos pararon mientres en lo que podría ser; y vieron entrar una hermosa quadrilla de cavalleros, todos puestos de una hermosa y rica librea de Damasco, encarnado y blanco, con muchos fresos y tegidos de oro y plata. Todas las plumas y penachos eran blancos y encarnados. Tras desta hermosa quadrilla venía un cavallero muy bien puesto, a la turquesca vestido, sobre un hermoso cavallo tordillo; paramentos y cimeras eran de brocado en

carnado, con todas las bordaduras de oro; penachos de las mismas colores, de gran precio; la marlota y capellar sembrada de grande pedrería. Luego el cavallero fué conocido de todos ser el valeroso Sarrazino, tan valiente como gallardo; tras dél venía un hermoso y rico carro, labrado de mucha costa, encima del qual se hazían quatro arcos triumphales de estraña hermosura, en ellos labrados todos los assaltos y batallas que avían passado entre Moros y Christianos en la vega de Granada, por tal arte, que era cosa de admiración; entre las quales batallas estava dibuxada galanamente aquella que tuvo el famoso Garcilaso de la Vega con el valiente Audalla, Moro de gran tama, sobre el Ave María que llevava en la cola de su cavallo; y sin éstas, otras muchas por muy diestra mano entalladas y entretalladas. Debaxo de los quatro arcos triumphales se hazía un throno en redondo, que por todas partes se podía muy bien ver, el qual throno parecía de un muy blanco y fino alabastro; en él, entretalladas, grandes y ricas labores. Encima del trono una ymagen venía puesta de mucha hermosura, vestida de brocado azul, con muchos recamos y franjas de oro, cosa muy rica y costosa. A los pies desta hermosa ymagen venían grandes despojos de militares trofeos, y allí el mismo dios de Amor, vencido y atropellado, quebrado su arco y rota su aljava y saetas; las plumas muy hermosas de sus alas, esparzidas en muchas partes. El bravo Sarrazino llevava una divisa de un mar, y en ella un peñasco combatido de muchas ondas, y una letra que dezía:

Tan firme está mi fe como la roca
que el viento y la mar siempre la toca.

Esta letra se derramava por la plaça para que a todos fuesse manifiesta. Assí entró el valeroso Sarrazino, con su carro no menos rico y hermoso que el del mantenedor. El qual tiravan quatro cavallos vayos, hermosos y muy ricamente enjaezados, con paramentos y sobreseñales encarnados. Tras el carro venían una muy gentil quadrilla de cavalleros, con las mismas libreas encarnadas. Y assí, con solenne música, dió el Sarrazino buelta a la plaça, dando grande contento a todos los que lo miravan. Luego fué el retrato de la dama por todos conocido ser el de la linda Galiana, que admirava su hermosura a todos quantos la miravan. Todos dezían: bravo competidor tiene el mantenedor. La Reyna miró a Galiana, que estava junto de sí, y le dixo: «Desta vez, hermosa Galiana, no se puede escusar ni encelar vuestros amores; yo huelgo mucho que supistes escoger un tan prin-

cipal y valeroso cavallero, aunque, en la verdad, no le faltava nada al valeroso Abenámar, y fué por vos desdeñado; pero gustos son». La hermosa Galiana calló, parándose muy colorada de vergüença. Y el Rey dixo a los demás cavalleros: «Oy avemos de ver grandes cosas, porque los cavalleros del juego son de grande valor y muy estremados, y cada uno ha de procurar llevar lo mejor.» Atendamos a ver qué es lo que hará el valeroso Sarrazino; y assí, parando mientes, vieron cómo aviendo dado buelta a la plaça, mandó arrimar su carro a un lado, junto del carro del mantenedor, y passo entre passo se fué a la rica tienda del valeroso Abenámar, y le dixo: «Sábete, cavallero, que vengo a correr tres lanças de sortija, guardando en todo lo que tú tienes mandado pregonar. Y si mi suerte fuere tal, que todas tres lanças te gano, he de llevar el retrato de tu dama, y la cadena que tienes señalada, que pesa mil doblas. Y si caso fuere que tú me ganares, llevarás el retrato de mi dama; juntamente con él llevarás esta manga labrada de su mano, que vale quatro mil doblas; y los señores Juezes lo determinarán, conforme vieren lo que es de derecho». Verdad dezía el valiente Sarrazino, que la manga que traya en el braço derecho, era de grande estima, y la avía labrado la linda Galiana a mucha costa. Y por esta manga se dixo aquel romance, que tan agradable ha sido a todos:

En el quarto de Comares,
la hermosa Galïana,
con estudio y gran destreza
labrava una rica manga
Para el fuerte Sarrazino
que con ella juega cañas;
la manga es de tal valor
que precio no se le halla.
De aljófar y perlas finas
la manga yva esmaltada,
con muchos recamos de oro
y lazos finos de plata.
De esmeraldas y rubís
por todas partes sembrada;
muy contento vive el Moro
con el favor de tal dama.
La tiene en el coraçón
y la adora con el alma;
si el Moro mucho la quiere,
ella mucho más le ama.
Sarrazino lo merece
por ser de linage y fama,

y no le ay de más esfuerço
en el reyno de Granada.
Pues si el Moro es de tal suerte,
bien merece Galïana,
que era la más linda Mora
que en grandes partes se halla.
Muchos Moros la sirvieron,
nadie pudo conquistalla,
sino el fuerte Sarrazino
que ella dél se enamorara,
Y por los amores dél
dexara los de Abenámar;
contentos viven los dos
con muy llenas esperanças.
Que se casarán muy presto
con regozijo y con zambra,
porque entiende el Rey en ello
y tiene ya la palabra.
Del Alcayde de Almería,
padre de la Galïana,
y ansí en Granada se dize
que ello se hará sin falta.

Finalmente, la manga no tenía precio su valor. Y el fuerte Sarrazino, confiado en su gallardía y destreza, quiso poner la manga en condición de perderla, no considerando el bravo competidor que delante tenía. El qual, como assí oyó hablar al fuerte Sarrazino, dixo: «Que aquélla era la postura del juego, y que con tres lanças se avía de perder o ganar el premio señalado.» Y diziendo esto, pidió que le diessen un cavallo, del qual luego fué servido, de ocho que allí tenía enjaezados y puestos para el effecto, cubiertos con la librea que ya se ha dicho; y ansí ni más ni menos fué servido de una gruessa lança de sortija. En el cavallo subió sin poner el pie en el estribo, y tomando la lança se fué passeando por la carrera, con tan gentil gracia y apostura, que a todos los que lo miravan dava gran contento de sí. Dixo el Rey a los cavalleros que con él estavan: «Agora no se le niegue a Abenámar que no es muy gallardo y gentil hombre de cavallo, y Sarrazino no le va atrás, que también es muy gallardo y buen cavallero, y oy avemos de ver grandes cosas en el juego de la sortija.» En este tiempo llegó el valeroso Abenámar al cabo de la carrera, y haziéndole dar a su cavallo una buelta en el ayre, dió un salto muy grande, que se levantó del suelo más de tres varas de medir: y luego partió assí como si fuera un rayo, siendo governado y guiado por la mano

de un tan buen ginete como lo era el valeroso Abenámar, el qual en medio de la carrera, con grande gallardía, tendió su lança sin hazer calada con ella, ni cosa que mal le pareciesse. Y en llegando a la sortija hizo un muy galán golpe, que con la punta de la lança dió en la sortija por la parte de arriba, que no faltó medio dedo para embocalla, y dió tan por derecho como si fuera una vira. De modo que si no fuesse llevando la sortija, no se podía ganar; y ansí passó muy gallardamente adelante, con harto pesar por no aver llevado la sortija. Y parando su cavallo, passo a passo se tornó para su tienda, aguardando lo que haría el fuerte Sarrazino en su carrera. El qual estava muy confuso y descontento aviendo visto el golpe que avia hecho el valeroso Abenámar; mostrando muy buen ánimo, confiado en su grande destreza, pidió una lança, de la qual luego fué servido. Y poniéndose en la carrera, con muy gentil ayre y continente, la passeó hasta llegar al cabo: y luego, bolviendo su cavallo con una presteza no vista, arrancó con tanta velozidad como si fuera un rayo. Y tendiendo la lança, la llevó tan bien y tan sossegada, como si su cavallo en el curso de su carrera no hiziera ningún movimiento: y llevándola bien enristrada, la metió por medio de la sortija. Y passando como un viento, se la llevó metida en la lança. Toda la gente de la plaça y todos los que miravan dieron una gran voz, diziendo: «Abenámar ha perdido el premio por el puesto.» Muy ufano quedó el valeroso Sarrazino por aver llevado la sortija, y dixo que él avía ganado. Mas el valeroso Muça, que era padrino de Abenámar, replicó que no avía ganado, por quanto se avían de correr tres lanças, y aun faltavan dos. El padrino de Sarrazino, que era un cavallero Azarque, dixo que ganado era el premio con aquella lança. Con esto començaron a dar grandes vozes, cada uno alegando de su justicia: los jueces mandaron que callassen, que ellos lo determinarían, y assi fué determinado que no avía ganado, atento que quedavan dos lanças aun por correr. En viva cólera ardía el fuerte Sarrazino, porque no le dava el premio, y no tenía razón; mas como era cavallero de bravo coraçón, la passión le predominava. Mas si el fuerte Sarrazino estava mohíno y colérico, no lo estava menos Abenámar, que se quería dexar morir de pesar y enojo por aver perdido la primera lança. Quien a esta hora mirara a la hermosa Galiana, muy bien conociera en su rostro la demasiada alegría que morava dentro de su coraçón, por aver ganado su cavallero aquella lança. Lo contrario era en Fátima, aunque con su discreción disimulava la pena que tenía; pero no podía ser tanta, que en algo no se dexasse de ver. Xarifa, como burlona y dama de palacio,

le dixo: «Amiga Fátima, mal le va a vuestro cavallero a las primeras entradas; si assí va hasta el fin, no le arriendo la ganancia.» «No tengo cuenta con eso — respondió Fatima —; pero si agora le ha ydo mal, después le podría yr bien: y tanto, que a vos os pesasse de su buena andanca: porque ya os tengo dicho que al fin se canta la gloria.» «Agora bien dezís — dixo Xarifa —; aguardemos el fin de la aventura.» Y mirando el juego, vieron cómo el valeroso Abenámar fué servido de otro cavallo y lança: y ardiendo de enojo tomó la carrera, y muy dissimuladamente, como que no llevasse passión alguna, la passó passo entre passo, con admirable donayre y gracia. Y al cabo bolvió su cavallo con una presteza increyble, y arrancando a toda furia, parecía un ave, y tendiendo la lança, la llevó tan seguida y derecha como una vira, y passando por la sortija, assí como un pensamiento, se la llevó metida en la lança. La gente dió grande grita, diziendo: «De esta vez ganado tiene el mantenedor.» El fuerte Sarrazino, siendo servido de lança, se puso en el cabo de la carrera, y rebolviendo en el ayre como un viento, llevando su lança muy bien puesta, passó la carrera; mas no tocó a la sortija con la lança, y passando adelante, paró muy gallardamente. El fuerte Abenámar dixo: «Cavallero, otra carrera nos queda para que se concluya nuestro pleyto, corramos la luego.» Y diziendo esto, pidió una lança, la qual le fué dada; y puesto en el cabo de la carrera, bolvió su cavallo a toda furia, assí como si fuera un rayo; y llevando su lança bien puesta, passó por la sortija, llevándosela de camino, con tanta presteza que a penas se la vieron llevar: á que la gente movió un grande rumor y bozería, diziendo: «De todo punto ha ganado Abenámar.» A esta hora muy bien se parecía en la hermosa Galiana no estar tan contenta y alegre como de antes lo estava, viendo que su Sarrazino yva de pérdida. El qual, ya muy desconfiado de ganar, tomó una lança y se puso en el puesto, y rebolviendo como un ave, arrancó á toda furia, y en llegando a la sortija, le dió con la punta de la lança en un lado, de modo que la derribó al suelo, y passó adelante como un passador. Y aviendo parado, luego los juezes le llamaron y le dixeron como avía perdido, que prestasse paciencia. «Si agora he perdido en la sortija — respondió el fuerte Sarrazino —, algún día seré de ganancia en verdadera escaramuça con lança que tenga dos hierros; y lo que agora pierdo, entonces lo cobraré.» Abenámar, que con él estava amordaçado, por lo que atrás avemos dicho, respondió: «Que si por vía de escaramuça pensava cobrar algo de lo perdido, que para luego era tarde, y que sino quería luego, que quando le pareciesse le diesse aviso, que él

cumpliría de justicia.» Los Juezes y padrinos se pusieron en medio y no consintieron que más en aquel caso se tratasse. Y ansí el fuerte Sarrazino y su padrino, con los demás cavalleros que le avían acompañado en la entrada, se salieron de la plaça, aviendo dexado perdido el retrato de la hermosa Galiana y la rica manga. Todo lo qual, al son de muchos menestriles y otros instrumentos, fué puesto a los pies del retrato de la hermosa Fátima, la qual no tenía poco contento, aunque no lo dava a entender. Muy descontento y melanchólico salió el fuerte Sarrazino de la plaça, aunque bien acompañado de muy principales cavalleros de la Corte, por ser Sarrazino muy buen cavallero y rico hombre por su persona, de mucho valor y esfuerço.

CAPÍTULO DÉCIMO, EN QUE SE CUENTA EL FIN QUE tuvo el juego de la sortija, y el desafío que passo entre el Moro Albayaldos y el Maestre de Calatrava.

Ya avéys oydo cómo el bravo Sarrazino salió de la plaça, lleno de enojo y coraje por averle ydo tan mal en el juego de la sortija, y en él aver perdido el retrato de su señora, que esto le llegava al alma. Assí, acompañado de todos aquellos cavalleros que con él avían salido, llegó a su posada, y aviendo despedido toda la cavallería que con él yva, se apeó del cavallo, y poniendo mano a la cabeça, se quitó las sobreseñales y cimera y plumas, que muy ricas eran, y con una saña cruel, dió con todo en el suelo, y assí mismo se quitó la librea, y la arrojó, y subiéndose a su aposento se dexó caer encima de una cama, tan lleno de yra, que parecía una cruel serpiente; se començó a quexar de sí mismo y de su corta ventura, diziendo: «Di, cavallero baxo y ruyn, de poco valor, ¿qué cuenta o qué descargo darás, a la hermosa Galiana, de su retrato y manga, perdido por tu poco valor? ¿Con qué cara osarás parecer ante ella? ¡O Mahoma traydor, perro pérfido engañador; y en el tiempo que avías de favorecer mis esperanças me faltaste! Di, perro, falso Propheta, ¿yo no te avía prometido hazerte de oro todo, si me davas victoria en tal jornada como ésta, y de quemar grande cantidad de incienso en tus arras? ¿Porqué, pérfido, me desamparaste? Pues vive Alhá, don falso Mahoma, que por oprobrio tuyo que me tengo de tornar christiano; porque es mejor su fe, que tu secta mala y llena de engaños, y esto yo

lo cumpliré como cavallero, y do quiera que oyere tu nombre he de blasphemar dél.» Éstas y otras cosas dezía el bravo Sarrazino, quexándose de su poca suerte y de Mahoma. Pues si él estava lleno de venenosa yra y saña, no menos estava la hermosa Galiana, y muy bien se le echava de ver la passión que sentía en su alma. Mas como muy discreta, sabía dissimular su pena, hablando con la Reyna y con las demás damas, las quales la consolavan diziendo: «que no por que su cavallero huviesse perdido su retrato, ella no estava en toda su libertad; que se riyesse dello.» «Ninguna pena me da — dezía la hermosa Galiana —; que essos negocios son de cavalleros.» Mas aunque esto dezía, otro le quedava en el coraçón. Y dezía entre sí: «¡Ay cavallero Abenámar, y cómo te has vengado a manos llenas de mi ingratitud! Pues agora, con gloria tuya, mi retrato y manga labrada por mí, con tanta costa mía, lo entregarás a tu dama, quedando ella muy ufana, viéndose triumphadora por el valor de su cavallero.» Esto dezía la hermosa Galiana entre sí, y no sin tanta passión que sus ojos no diessen algún testimonio dello, siendo arrasados de agua. Su hermana Zelima, consolándola quedo, le dezía: «que para qué hazía allí aquel sentimiento; que mirasse la Reyna no lo sintiesse.» Galiana, dissimulando lo más que pudo, se mostrava alegre y de buen semblante, enxugando los ojos con un pañizuelo, al descuydo. Estando en esto, se oyó un ruydo por la plaça, y, parando todos mientes en lo que sería, vieron cómo por la calle de Elvira entrava una muy grande serpiente, lançando de sí mucho fuego; tras della venían treynta cavalleros, vestidos de una librea morada y blanca, con penachos de la misma color ellos y sus cavallos, cuyas cubiertas y paramentos eran de lo mismo. En medio dellos venía un cavallo sin cavallero, con paramentos y guarniciones de brocado morado y blanco, con testura y penachos de lo mismo. Venía con ellos una concertada y sonora música de menestriles y dulçaynas. La gran serpiente dió buelta a toda la plaça, y enfrente de los miradores donde estava el Rey y la Reyna y toda la Corte, la serpiente se paró, lançando grandíssimo fuego de sí, de mucha cohetería y piulas, que davan muy grandíssimos cruxidos y estampidos. Toda la sierpe fué quemada y consumida; dexándose caer la media a un cabo, y la media a otro, pareció en medio della un cavallero vestido de una librea de brocado morado y blanco, con muchos recamos de oro y tegidos de plata; el penacho era de plumas blancas y moradas. Con él estavan quatro salvages muy al natural, los quales tenían una rica silla, guarnecida de terciopelo morado, con toda la clavazón de oro, en la qual estava el retrato de la hermosa

Xarifa, el qual fué de todos luego conocido, y ansimismo el cavallero ser el valeroso Abindarráez. El hermoso retrato de la dama venía adornado de un riquíssimo atavío de brocado blanco y morado, todo recamado de fino oro, todo sembrado de muchos luzeros de oro. El tocado no tenía precio: estava tan hermoso el retrato, que ygualava al natural. El Rey y la Reyna y todos los demás miraron á la hermosa Xarifa, que se avía puesto muy colorada de una honesta vergüença que sintió, y con aquella hermosa color aumentó en estremo su hermosura. La Reyna le dixo: «Agora, hermosa Xarifa, llegado ha la hora en que se ha de ver el valor de vuestro cavallero y el de Abenámar; y ansí, ni más ni menos, quál de los dos retratos queda con gloria de su vencimiento.» «Haga la suerte lo que quisiere —dixo Xarifa— y disponga a su gusto, que tan buen cara le haré a lo uno como a lo otro.» Con esto callaron, por ver lo que haría el valeroso Abencerrage, del qual se espantaron todos, viendo que él ni los quatro salvages, ni el hermoso retrato de Xarifa, el fuego de la gran serpiente no les avía empecido cosa ninguna. El valeroso cavallero luego pidió su cavallo, el qual le fué dado muy hermoso, todo blanco como la nieve, y en él subió como una ave, y fué dando una buelta por toda la plaça, siendo acompañado de los cavalleros que con él avían venido, llevando los quatro salvages en medio, con la hermosa y rica silla, y en ella puesto el hermoso retrato de Xarifa, con tanta hermosura, que admiraron a todos los que los miravan. Y en llegando a donde estava el valeroso Abenámar, los quatro salvajes se arrimaron a los dos carros que estavan junto del muy rico aparador de las joyas. Y levantando la hermosa silla en alto sobre sus hombros, porque su retrato fuesse bien visto, se estuvieron quedos. El valeroso Abindarráez se llegó al mantenedor y le dixo: «Valeroso cavallero, si soys servido, con las condiciones puestas del juego corramos tres lanças, que para esso soy venido.» «Para esso estoy aquí — dixo Abenámar —: corramos las en muy buena hora.» Y diziendo esto, tomó una lança, que ya estava a cavallo, y se puso en la carrera; y en llegando al cabo, bolvio su cavallo con grande furia, y fué la carrera tan bien passada, que el buen mantenedor llevó en su lança la sortija, passando por baxo de la cuerda como un rayo. Y luego, bolviendo passo a passo, mandó que la sortija se tornasse a poner en su lugar. Y siendo hecho, el valeroso Abindarráez, no espantado de aquello, fué servido de lança, y passando la carrera con muy buen continente y gallardía, al cabo bolvió su cavallo con tanta velozidad como un águila, y llevando su lança bien puesta, en llegando a la sortija también se la llevó como

el mantenedor avía hecho. La gente movió un gran ruydo y vozería, mas luego se puso un grande silencio, para ver en qué pararían las otras dos lanças. El mantenedor, enojado por tal acaecimiento, tornó a la carrera, y, arrancando con su cavallo, assí ni más ni menos se llevó en la lança la sortija, como la primera vez. El fuerte Abindarráez, puesto en el fin de la carrera, bolvió su cavallo, y en llegando a la sortija, también se la llevó de buelo. Grande grita se movió en la plaça, diciendo: «Hallado ha el mantenedor forma de su medida.» Quien parara mientes a esta sazón en el gesto de Xarifa y Fátima, muy claro conociera estar llenas de temor, por lo que se aguardava de la tercera lança, y ninguna dellas quisiera que su cavallero la perdiera por quanto valía todo el mundo. Dezían todos: «¡O santo Alhá, y en qué ha de parar esto!» Luego cayó un profundo silencio, tanto como si persona viva no estuviera en la plaça. Y el fuerte Abenámar, tomando otra lança, se puso al cabo de la carrera, y muy de espacio, bolviendo su cavallo, le puso las espuelas, y, arrancando como un viento, se tornó a llevar la sortija, no con poca gloria suya y de la hermosa Fátima; la qual, viendo que el fin de las tres lanças fué con tan buena suerte, mirando a Xarifa la vió de todo punto mudada su hermosa color, y, riéndose con una hermosa gracia, le dixo: «Hermana Xarifa, no ay para qué mudar de color tan presto, que aun le queda a vuestro cavallero una lança por correr, y ser podría sucedelle de suerte que no perdiesse nada de su derecho.» «En duda pongo esso yo — dixo la Reyna —; grande maravilla sería si Abindarráez esta vez llevase la sortija.» Y parando mientes en lo que hazía el valiente Abindarráez, vieron cómo tomó una lança, y, puesta al cabo de la carrera, dando un gran grito, arremetió su cavallo, y assí como un passador disparado de una fuerte verga de azero, passó la carrera; mas su fortuna no fué tan buena como las otras dos vezes, porque desta vez no se llevó la sortija, aunque la tocó con la punta de la lança, y ansí passó adelante. Luego sonaron los menestriles y música del mantenedor, mostrando grande alegría por la victoria. Los Juezes llamaron a Abindarráez y le dixeron como avía perdido. El qual, con alegre semblante, dixo: «que claro era que el uno de los dos avía de perder, y que, pues Mahoma avía querido que él fuesse el perdidoso, que no avía más que replicar en ello.» Mas aunque el fuerte Abindarráez esto dezía, otro le quedava en su pecho, que no quisiera él aver perdido el retrato de su Xarifa por quanto valía todo el mundo. Con esto, al son de mucha música, el retrato de Xarifa fué puesto a los pies del retrato de Fátima, junto con el de Galiana. La Reyna, que junto de

Xarifa estava, riyendo le dixo: «Dime, amiga Xarifa, ¿recelas agora que el retrato de Fátima venga a tus manos? ¿No te dezía yo que a la fin se cantava la gloria?; mira, pues, tu retrato a los pies del retrato de Fátima. ¿No sabes tú que Abenámar es uno de los buenos cavalleros que ay en la Corte, y que Abindarráez ni ningún otro se la puede ganar? Pues aguarda un poco, que no pienses que estos dos retratos han de ser solos, que más ha de aver de los que tú piensas.» «Basta —dixo Xarifa—, que la ventura de Abindarráez ha sido corta en esto; mas consuélome que en otras ha sido larga.» Con esto el valeroso Abindarráez se salió de la plaça, llevando consigo todos los de su guarda y los quatro salvages; mas antes que saliesse, los Juezes le mandaron llamar, porque avían tratado entre ellos que de invención y galán ganasse joya. Y siendo buelto Abindarráez, los Juezes le dixeron cómo avía ganado joya de invención y de galán. Y luego uno de los Juezes, que fué Abencarrax, Abencerrage, descolgó dos axorcas de oro muy ricas y se las dió, las quales valían doscientos ducados. El valeroso Abindarráez las tomó alegremente y las puso en la punta de la lança al son de mucha música. Fué llevado a los miradores de las damas do estava la Reyna, y llegando, haziendo el devido acatamiento, tendió la lança hazia la hermosa Xarifa, su señora, y le dixo: «Hermosa dama, do queda el original no me da mucha pena el ausencia del retrato; ya yo hize lo que pude, fortuna me fué contraria, y esto no porque en vuestra hermosura aya punto de falta, sino que en mi poco valor estuvo el perderse vuestra justicia. De invención y galán se me ha dado esta joya, sed servida de recebilla, siquiera para memoria de que no supe defenderos.» La hermosa Xarifa, riendo con alegre rostro, tomó las ricas axorcas diziendo: «Con esto me contento, pues ha sido ganado por galán, que si mi retrato se perdió, vale que cayó en buenas manos, que le tratarán bien.» La hermosa Fátima quisiera responder, mas no huvo lugar, porque entró en la plaça por la calle del Zacatín una grande peña tan naturalmente hecha como si fuera quitada de una sierra, toda cubierta de muchas y diversas yerbas y flores. Dentro de la peña se oyan muchas differencias de musicas, que gran contento dava a quien lo oya. Al rededor de la peña venían doze cavalleros muy bien puestos, de una librea parda de brocado muy fino y muy bien labrado; los paramentos de los cavallos eran de lo mismo; la tela estava toda acuchillada de escaramuça, de unas cuchilladas grandes, y por ella se parecía un afforro verde de brocado que parecía estremadamente de bien. Todo yva lleno de laçadas de oro, tomadas las cuchilladas, y sin esto otros muchos recamos y laços por

muy buena orden puestos, y tanto, que dava de sí esta librea grandíssimo contento; sobre señales y penachos y testeras eran de plumas verdes y pardas de mucho valor. Muy atentos estuvieron todos en la peña para ver el fin de su aventura, la qual, assí como llegó junto de los miradores del Rey y de la Reyna, se paró; y luego, de los doze cavalleros vieron cómo el uno se apeó de su cavallo, y éste parecía el más dispuesto y gallardo y el que más ricamente venía adereçado; y parando mientes todos en su persona, le conocieron ser el famoso Reduán. Todos holgaron mucho con su vista y con su galana invención; y, parando mientes en lo que haría, vieron cómo puso mano a un hermoso alfange, que llevava damasquino, y con gentil ayre y meneo se fué para la peña; y apenas estuvo della tres passos, quando en la peña se abrió una grande puerta y por ella salía grande llamarada de fuego, y tanta, que al buen Reduán le convino retirarse dos o tres passos atrás. Siendo la llama del fuego consumida, por la misma puerta de la cueva salieron quatro demonios muy feresticos y feos, cada uno con una bomba de fuego en las manos, y todos quatro envistieron al valeroso Reduán; mas él, con su alfange, dellos se defendía, y peleó tanto con ellos, que los encerró en la peña. Apenas fueron entrados, quando salieron quatro salvages con sus maças en las manos y començaron a pelear con el famoso Reduán y él con ellos, y al cabo de gran pieça fueron los salvages vencidos, y por fuerça tornados a encerrar en la peña, y tras ellos el buen Reduán. Apenas huvo Reduán entrado dentro en la peña, quando la gran puerta fué cerrada, y dentro se oyó grande estruendo y vozería; después mucha diversidad de música, que era gloria oyrlas. Todas las gentes estavan elevados y abobados, viendo y oyendo cosas semejantes que aquéllas. No tardó mucho quando la puerta de la peña se tornó a abrir, y por ella salió el valeroso Reduán, y tras dél los quatro salvages, los quales trayan entre todos quatro un caracol riquíssimo hecho en quatro partes. El arco parecía todo de oro, y por él dos mil follages y pinturas, y debaxo puesta una silla de grande valor, la qual era toda de marfil blanco como una nieve, y en ella dos mil historias antiguas dibuxadas y hechas de talla, y en la silla venía un retrato de una dama estremadamente hermosa, y de grande belleza, toda vestida de azul, de un brocado de un singular precio. Toda la ropa era cortada por gran concierto, aforrada de una rica seda naranjada, la qual se parecía por todas las cortaduras. Todos los golpes tomados con finos alamares de oro; el tocado era en supremo grado riquissímo, puesto a lo greciano; parecía tan bien, que a todos dexava amartelados el retrato. Fué luego conocido

ser de la hermosa Lindaraxa, del linage famoso de los Abencerrages. Tras los salvages y la dama venían todos aquellos que hazían la música, tañendo muy dulcemente. Tras esto venían los demonios, puestos en una cadena, al parecer de plata. Aviendo salido toda aquesta compañía de la hermosa y grande peña, en un proviso començó la peña a disparar de sí grande cantidad de fuego, del qual fué toda la peña consumida. Luego le fué dado un poderoso cavallo al buen Reduán, todo encubertado, como tenemos dicho atrás, en el qual Reduán subió sin poner pie en estribo, y, haziendo grande mesura al Rey y a la Reyna, passó dando buelta a toda la plaça hasta llegar donde estava el mantenedor; y en llegando, el bravo Reduán llegó su cavallo más hazia la tienda y dixo: «Valeroso cavallero, paréceme que la ley puesta en el juego es correr tres lanças; mas de parecer estoy, si vos gustáys dello, que no corramos más de una, porque no cansemos en ydas y venidas.» «Si vuestro gusto es — dixo Abenámar — correr sola una lança, también yo gusto dello.» Y diziendo esto, tomó una lança y passando con buen donayre por toda ella. Al cabo bolvió su cavallo a toda furia, tan rezio como un viento, y el golpe que hizo no fué tal como pensava, que entendió llevarse la sortija, assí como otras vezes solía; mas no le avino assí, que dió un poco alto, en buena parte, y bien difficultosa de ganar. Passó adelante y bolvió a su tienda con buen continente, aguardando que corriesse el contrario; el qual, aviendo tomado una lança, con gallardo donayre llegó al cabo de la carrera, y, bolviendo assí como un pensamiento, llegó do la sortija estava; mas al tiempo de executar el golpe, fué más desgraciado que galán, porque la erró por alto, y, aviendo passado luego, bolvió con buen semblante diziendo: «Tan desdichado soy en lo uno como en lo otro: no puede más de pesarme.» «Vos avéys perdido — dixeron los Juezes —; mas de invención y gallardo llevaréys una joya luego.» Luego le fueron dadas unas arracadas turquescas de fino oro y de grande obra, que valían docientas doblas, y esto fué al son de mucha musica, que se tocava de todas partes. Y el arco triumphal, de quatro partes hecho, y silla y retrato de la hermosa Lindaraxa, fué puesto a los pies del retrato de la hermosa Fátima, que no poco alegre y contenta estava con la buena ventura de su cavallero, y con harta imbidia de Galiana y Xarifa, en la qual se estavan deshaziendo. Reduán, dissimulando el pesar de sus entrañas, tomó las arracadas, y puestas en la punta de la lança, siendo acompañado de muchos cavalleros y música, lo llevaron a los miradores de las damas donde estava la hermosa Lindaraxa, y, alargando la lança, le dixo: «Vuessa merced sea

servida de recebir este pequeño servicio, aunque harto caro me cuesta; pero no mirando mi poca suerte, en lo que toca al juego de la sortija, soys, señora, obligada, respecto lo mucho que yo os deseo servir, a recebir el pequeño presente que los Juezes me han dado; no porque yo lo mereciesse, sino entendiendo que tuve los pensamientos altos en ser vuestro cavallero. Recebid las joyas por vos ganadas en el juego de la sortija.» «Uso es de damas — respondió la hermosa Lindaraxa —, sólo por no ser mal mirada; y como lo que digo sea costumbre, por esso las recibo; pero avéys de saber, señor Reduán, que me ha pesado mucho en que vos, sin consentimiento mío, assí ayáys sacado mi retrato; y si lo avéys perdido, yo no lo doy por perdido, pues no ay consentimiento mío de por medio, y sabé que no reconozco ninguna ventaja en cosa ninguna a Fátima, aunque sea del linaje de los Zegrís, porque yo ya se sabe que soy Abencerrage; de modo, Reduán, que yo muy libre me hallo de vuestra pérdida.» Y diziendo esto, tomó las joyas de la punta de la lança, haziéndole el acatamiento que una dama suele en tales casos hazer a un cavallero. Reduán quisiera replicar a la hermosa dama, más no tuvo lugar, porque entró en la plaça una muy hermosa galera, tan bien hecha y tan bien puesta como si anduviera por el agua; toda llena de ricas flámulas y gallardetes morados y verdes, todos de brocado muy fino, toda la flocadura de muy subido valor. La chusma de la galera venía con sus armillas por quarteles puestas, los unos de damasco morado, los otros de damasco verde. Toda la palamenta, y árboles, y entenas, parecían ser hechos de fina plata, y toda la obra de popa, de fino oro, con un tendalete de brocado encarnado, sembrado de muchas estrellas de oro, y assimismo era la vela del bastardo y trinquete; las quales venían tendidas con tanta magestad y pompa, que jamás se vió galera de Príncipe de mar que tan rica y vistosa fuesse. Traya tres fanales riquíssimos que parecían ser de oro. La divisa de la galera era un salvage que desquixalava un león, señal y divisa de los claros Abencerrajes. Todos los marineros y proeles venían vestidos de damasco rojo, con muchos texidos y guarniciones de oro; toda la xarcia, de fina seda morada. En el espolón venía puesto un mundo, hecho de crystal muy rico, y en torno una faxa de oro, en la qual avía unas letras que dezían: «Todo es poco.» Bravo blasón, y solamente digno que el famoso Alexandro o César le pusieran; aunque después por él les vino grande y notable daño a todos los del linage claro de los Abencerrajes, del qual venían dentro de la galera treynta cavalleros mancebos Abencerrages, muy galanamente puestos de libreas de brocado encarnado,

todas hechas de riquíssima obra de texidos y recamos de oro. Los penachos eran encarnados y azules, poblados de mucha argentería de oro, cosa brava de ver. Por capitán de todos venía un cavallero llamado Albín Hamete, de mucho valor y rico. Venía arrimado al estanterol de la galera, el qual estanterol parecía de oro fino. Desta manera entró en la plaça la muy rica y bizarra galera, con mucha música de chirimías y clarines, tan suave, que se elevavan los entendimientos. El ingenio con que navegava la galera era estraño y de grandíssima costa, que parecía que yva en el ayre, parecía bogar; de cinco en cinco, las velas, todas tendidas, de modo que yva a remo y vela, con tanta gallardía, que era cosa de grande admiración. Y en llegando enfrente de los miradores reales, la galera disparó el cañón de crugía y las demás pieças que llevava, con tanta furia que parecía hundirse toda la ciudad de Granada. Acabada el artillería gruessa, luego docientos tiradores que venían dentro de la galera dispararon mucha escopetería, con tanto estruendo y ruydo, que no se veyan los unos a los otros. Toda la plaça estava escura, por la mucha humareda de la pólvora. Assí como la galera hizo su salva, respondió toda la artillería de la Alhambra y Torres Bermejas, que assí estava ello concertado. Todo el mundo parecía hundirse. Grandíssimo contento dió a todos tan bravo spectáculo y ruydo, y assí dixo el Rey, «que no se avía hecho mejor entrada que aquélla.» De mortal ravia y embidia ardían los Zegrís y Gomeles, en ver que los Abencerrages huviessen hecho semejante grandeza como aquella de aquella galera. Y assí un Zegrí le dixo al Rey: «No sé dónde han de parar los pensamientos deste linaje, destos cavalleros Abencerrages y sus pretensiones, que tan altos andan que casi van escureciendo las cosas de vuestra Casa Real.» «Antes no tenéys razón — dixo el Rey —; que mientras más honrados y valerosos cavalleros tiene un Rey, más honrado y en más es tenido un Rey; y estos cavalleros Abencerrages, como son claros de linaje y de casta de Reyes, se estreman en todas sus cosas, y hazen muy bien.» «Bueno fuera — dixo un cavallero de los Gomeles —, si sus cosas fueran endereçadas a un llano y buen fin; mas passan por muy alto sus pensamientos. Hasta agora no han parado en ningún malo, ni dellos se puede presumir cosa que mala sea, porque todas sus cosas se arriman a demasiada virtud.» Con esto se puso fin a la plática, aunque los Gomeles querían passar adelante con dañada intención contra los Abencerrages; mas porque la galera se movió, paró su intento. La galera, acabado de jugar su artillería, dió buelta por toda la plaça, con tanto contento de todas las damas, que no pudo ser más, porque

todos los cavalleros fueron conocidos ser Abencerrages, de cuyas proezas y fama estava el mundo lleno. Llegada la galera junto del mantenedor, todos los treynta cavalleros saltaron en tierra, donde les fueron dados muy poderosos cavallos, todos encubertados del mismo brocado encarnado, y adornados de grandes penachos y testeras riquísimas. Apenas los treynta cavalleros salieron de la galera, quando ella, haziendo ciaescurre, al son de su rica música, y, disparando toda su artillería, se salió de la plaça; y a ella, respondiendo el Alhambra, dexó a todos embobados y llenos de contento. Agora será bueno bolver al famoso Reduán y Abindarráez, que toda vía avían estado en la plaça por ver lo que passava. Reduán, muy descontento y triste por lo que Lindaraxa le avía dicho, aviéndose encontrado con Abindarráez, le dixo desta manera: «¡O mil vezes Abindarráez bien afortunado, que vives contento con saber que tu señora Xarifa te ama, que es el mayor bien que puedes tener! Y yo cien mil vezes mal afortunado, pues claramente sé que a quien amo no me ama, ni me estima, y oy en este día muy agramente me ha despedido y desengañado.» «Sepamos — dixo Abindarráez — quién es la dama a quien estás rendido tan de veras, y tan poco conocimiento tiene de tu valor.» «Es tu prima Lindaraxa» — respondió Reduán. «Pues ¿no ves que vas muy engañado, que ella ama a Hamete Gazul, por ser bizarro y gentil cavallero? Da orden de olvidarla y no pienses más en ella, porque sabrás que será tu cuydado perdido, y no has de sacar fruto dello — dixo Abindarráez —; no porque no llevas brava insignia de tu passión, y muy bien lo has publicado; mas no hay de qué hazer caso de mugeres, que muy brevemente buelve la veleta a todos vientos.» Esto dezía Abindarráez sonriéndose, y dezía verdad, que Reduán sacó aquel día una muy avisada insignia de su pena, que era el monte Mongibel, ardiendo en vivas llamas, muy al natural dibuxado, con una letra que dezía: «Mayor está en mi alma.» Reduán, viendo que Abindarráez se sonreya, dixo: «Bien parece, Abindarráez, que vives contento; quédate a Dios, que no puedo suffrir más la pena de mi dolor, y nada me da contento.» Y diziendo esto, picó a priessa y salió de la plaça él y sus cavalleros; lo mismo hizo Abindarráez, despidiéndose de su Xarifa. Los treynta cavalleros de la galera, ya puestos en orden para la sortija, el capitán dellos llegó al mantenedor y le dixo: «Señor cavallero, aquí no traemos retratos de damas para poner en competencia; sólo queremos correr cada uno de nosotros una lança, como es uso y costumbre de cavalleros. Abenámar dixo que él gustava dello. Y ansí, por cuitar prolixidad, todos los treynta Abencerrages

corrieron cada uno una lança muy gallardamente, y tan bien, que al mantenedor le fué desta vez muy mal; porque todos los treynta cavalleros le ganaron joya, las quales les fueron dadas; y los cavalleros, al son de mucha música de menestriles, las fueron dando y repartiendo por todas las damas a quien ellos servían. Hecho esto, con muy gentil ayre, entre todos hizieron una travada y gallarda escaramuça y caracol, con lanças y adargas, que para aquel caso avían proveydo. Y assí, escaramuçando, se salieron de la plaça, dexando a todos muy contentos. A penas huvieron salido, quando entró en la plaça un muy hermoso castillo, disparando mucha artillería, todo lleno de banderas y pendones. Dentro se oya mucha y muy dulce melodía de diversos instrumentos de música. Encima de la torre del homenaje venía puesto el fiero y sangriento Marte, armado de unas armas muy ricas. En la mano derecha traya un estoque dorado muy rico, y en la otra mano, un pendón de brocado verde, con unas letras de oro en él muy talladas, que dezían:

Quien del humor sangriento gusta, y baña
el azerado hierro y temple duro,
con inmortal renombre, que no daña,
se queda eternizando un bien futuro:
Del Gange al Nilo y lo que ciñe España,
de Polyfemo el padre tan escuro,
de fama queda lleno, pues de Marte
conviene que se siga el estandarte.

Esta letra llevava el Dios Marte en su pendón, dando a entender que el valor de las armas es inmortal, y por él se alcança inmortal renombre y gloria. Todos los demás pendones del hermoso castillo eran de brocado de diversas colores. Los de la una parte eran de brocado verde, con fluecos y cordones morados, muy ricamente hechos. Estos pendones verdes eran ocho, todos tenían una misma letra, que dezía ansí:

No es muerte la que por ella
se alcança gloria crecida,
sino vida esclarecida.

De la otra parte del castillo contrario de los ocho pendones verdes, avía otros ocho pendones de damasco azul muy ricos, con la flocadura y cordones de oro muy fino. Tenían todos una misma letra, que dezía ansí:

Cante la fama las glorias
de Granada, pues son tales
que se hazen inmortales.

En el otro lienço del castillo avía puestos otros ocho pendones de brocado encarnado, con la flocadura de oro muy fino y cordones. Los pendones eran de muy gran precio y de muy hermosa vista, con una letra todos de una misma suerte, que dezía ansí:

La verdadera nobleza
está en seguir la virtud;
si acompaña rectitud
gana renombre de alteza.

En el quarto y último lienço del hermoso castillo avía otros ocho pendones muy riquíssimos, de brocado morado, con fluecos de oro y cordones, todos sembrados de medias lunas de plata, que era cosa hermosa de ver. Todos tenían una misma letra, que dezía:

Toque la famosa trompa
y todo silencio rompa,
publicando la grandeza
desta nuestra fortaleza
que sale con tanta pompa.

Si rica y hermosa entró la galera, no menos rico y hermoso entró este castillo. No sabía nadie atinar de qué fuesse fabricado, sólo que parecía todo de oro, con mil labores y follages y otras muchas historias: y con aquellos treynta y dos pendones tan ricos, hazía un bravo y vistoso espectáculo. Disparava mucha artillería, sonava dentro mucha y dulce música de dulçaynas y menestriles y trompetas bastardas y trompetas italianas, que era cosa de oyr. Anduvo este castillo hasta ponerse en medio de la plaça, y allí paró. Venían tras del castillo muchos cavalleros, todos vestidos de muy ricas libreas, los quales trayan de diestro treynta y dos cavallos muy ricamente adornados de paramentos de brocado de diversas colores, como adelante diremos. Pues aviendo parado el castillo en medio de la plaça, vieron que por la una parte, donde estavan los pendones de brocado verde, se abrió una grande puerta; y sin ésta, el castillo tenía otras tres tan ocultas, que no se divisavan, y cada puerta estava a la parte de los pendones. Pues siendo abierta la primera puerta de los pendones verdes, por ella salieron ocho cavalleros muy ricamente adereçados, con libreas del mismo brocado de los pendones, con ricos penachos verdes. A estos cavalleros, luego les fueron dados ocho cavallos muy poderosos, todos encubertados de brocado verde; los penachos de las testeras eran

ansí mismo verdes. Los cavalleros subieron en los cavallos, sin poner pie en los estribos, los quales luego fueron conocidos ser cavalleros Zegrís, todos de mucho valor y ricos, y todos holgaron con su vista, por ser muy buenos cavalleros y muy diestros en la cavallería. Los Zegrís se llegaron al mantenedor, y le dixeron: «Señor cavallero, aquí somos venidos ocho cavalleros aventureros, a probar vuestro valor en la carrera de la sortija; sed contento que corramos cada una lança.» «De muy buena voluntad—dixo Abenámar—, que para esto estoy aquí, aunque no venís conforme el pregón del juego de mi sortija.» Y diziendo esto tomó una lança y se fué al cabo de la carrera y la passó muy gallardamente. Un cavallero Zegrí corrió, mas no ganó joya. Finalmente, de ocho cavalleros que eran, los cinco dellos ganaron joyas, y los tres no, por su descuydo; los que las ganaron, al son de mucha música, dieron a sus damas sus joyas. Luego todos ocho fueron al castillo y se apearon de sus cavallos y los dieron a quien los avía traydo, y ellos se entraron por la misma puerta que avían salido; siendo recebidos con grande música y mucha artillería, que disparava el castillo. En acabando de entrar los ocho cavalleros verdes, luego fué abierta la puerta de los pendones azules, y por ella salieron otros ocho cavalleros, muy gallardos, vestidos de libreas de damasco azul, sembradas de muchas estrellas de oro, los penachos assí mismo azules, llenos de argentería de oro fino. Luego fueron los ocho cavalleros azules conocidos ser Gomeles: parecían tan bien que davan de sí grande contento a todos los que los miravan. Luego fueron servidos de ocho ricos cavallos, encubertados de brocado azul, conforme a las libreas; las testeras y penachos, de muy ricas plumas azules adornadas. Estando a cavallo, todos fueron a do estava el mantenedor, y todos corrieron cada uno una lança, como hizieron los otros cavalleros verdes. Y de todos ocho no ganaron más de tres joyas: y dadas a sus damas, se metieron en su castillo, con la misma magestad que los otros. Estos cavalleros azules, entrados en su castillo, luego salieron otros ocho cavalleros por la puerta donde estavan los pendones de brocado morado, y assi mismo de aquella tela tan rica y costosa, los ocho cavalleros, adornados con penachos morados. Luego fueron servidos de sus cavallos, los quales estavan emparamentados de lo mismo, que era una cosa hermosa de mirar esta librea morada, rica y costosa. Pues llegados los morados cavalleros a la carrera, por la misma orden de los otros corrieron y ganaron siete joyas, las quales siendo repartidas al son de mucha musica a sus damas, se tornaron a su castillo. Estos cavalleros eran Vanegas, varones muy

principales y ricos, y en Granada muy señalados en todo y por todo. Luego, por la última puerta de los pendones encarnados, salieron otros ocho cavalleros con libreas encarnadas, del mismo brocado, y penachos encarnados llenos de muy rica argentería de oro. Los cavallos que les dieron venían emparamentados del mismo brocado. Estos ocho cavalleros eran Maças muy principales. Grande contento dió esta librea encarnada al Rey y a todos los demás que la miravan. También estos cavalleros encarnados corrieron cada uno la lança, y todos ocho ganaron joya, con grande contento de todos los circunstantes. El Rey también holgó mucho dello, que le pesara si alguno perdiera lança. Dadas las ganadas joyas a sus damas, con grande contento se metieron en su castillo. A penas huvieron entrado, quando dentro del castillo se oyó gran música de chirimías y dulçaynas. Acabada esta música, se oyeron trompetas, que tocavan a cavalgar. Al punto, en cada una de las quatro puertas, parecieron ocho cavalleros con ocho lanças y ocho adargas muy hermosas. Las puertas del castillo todas fueron abiertas, y por cada una salieron los mismos cavalleros que salieron de antes. Y subiendo cada uno en su cavallo, se juntaron todos treynta y dos cavalleros, y entre todos hizieron una muy galana entrada y escaramuça. La qual siendo acabada, los cavalleros fueron repartidos en quatro quadrillas: y en un punto fueron todos de cañas servidos, y començaron a jugar muy hermosa y galanamente un travado juego de cañas. El qual siendo acabado, haziendo un muy hermoso caracol, se salieron de la plaça; también se salió el hermoso castillo, sonando en él siempre gran música y artillería, dexando a todos muy contentos de su braveza y riqueza: y dezían todos, que si la galera avía entrado bien, no menos que ella avía entrado el castillo, ni menos contento avía dado. De muchos cavalleros que estavan con el Rey tratando lo bien que el castillo lo avía hecho, uno del linage de los Zegrís dixo: «Por Mahoma juro, que tengo grande contento, porque los Zegrís y Gomeles han sacado tan buena invención; porque con ella han hecho brava punta a los cavalleros Bencerrages, y a no aver salido el castillo tan bueno, no uviera quien con los Abencerrages se averiguara, según de altivos pensamientos estavan adornados. Mas, a lo menos, desta vez entenderán que los Zegrís y los Gomeles son cavalleros y tienen partes tan subidas de punto como ellos.» Un cavallero de los Abencerrages, que allí junto del Rey estava, respondió: «Por cierto, señor Zegrí, que en lo que avéys hablado no tenéys ninguna razón; porque los Abencerrages son cavalleros tan modestos, que por próspera fortuna que tengan no se alçan, ni por

adversa que la tengan se abaxan; siempre se están de un ser, y siempre viven de una manera con todos, siendo affables con los pobres, magnánimos con los ricos, amigos sin doblez ni maraña ninguna. Y assí hallaréys en Granada y en todo su reyno, que no ay Abencerrage mal quisto, ni de nadie mal querido, sino son de vosotros los Zegrís y Gomeles. Y sin aver porqué, ha muchos días que les odiáys y les soys odiosos.» «¿No os parece — respondió el Zegrí — que ay razón bastante para ello, pues en el juego de las cañas mataron la cabeça de los Zegrís?» «¿Pues no os parece a vos — respondió el Abencerrage — que los Abencerrages tuvieron mucha razón, pues todos los Zegrís salieron con mano armada, vestidos fuertes cotas y fuertes jacos para offenderlos y matarlos, y por cañas arrojávades blandientes varas de fresno de dos cuestas, en ellas engastados finos y damasquinos hierros, de muy duros temples, con filos muy penetrantes; de tal modo, que no avía adarga de Fez, por fina y fuerte que fuesse, que no la passasse ansí como si fueran hechas de muy débiles y flacos cartones? Y si no digo verdad, dígalo el Malique Alabez, que ni le bastó el adarga fina, ni la jacerina fuerte, que el braço no fuesse passado de una parte a otra. Assí que manifiestamente se ha parecido estar en los Zegrís la culpa del negocio. Y aun no contentos con esto, siempre odiáys y malqueréys los Abencerrages, y les buscáys mil modos de calumnias.» «Pues que ansí culpáys a los Zegrís — respondió el Zegrí —, y dezís que ellos fueron aggressores de la trayción, ¿a qué causa el Malique Alabez yva armado y llevava jacerina? ¡O Mahoma!, dígase la verdad.» «Yo os la diré — dixo el Abencerrage —: avéys de saber, que uno de vuestra quadrilla le dió aviso de lo que todos temades concertado, y si fuera lícito a cavalleros, yo os dixera quien dió el aviso; pero no lo siendo, no quiera Mahoma que yo diga quién es. Y el Malique fué tan buen cavallero, que ya que sabía del mal que contra él se conjurava, no dió parte a los cavalleros Abencerrages, hasta tanto que se vió mal herido; de donde resultó la barahunda passada, y el Malique quedó muy bien vengado.» «Si quedó bien vengado, querrá Alhá sancto que lo pague — dixo el Zegrí — algún día.» Muchos cavalleros Alabezes que allí estavan con el Rey, mostrando muy mal semblante, quisieron responder al Zegrí; mas el Rey, que atento avía estado a las razones passadas, viendo la alteración que se movía y los muchos cavalleros que avía de ambos vandos, les mandó callar, poniéndoles pena de la vida si más allí hablassen. Y assí callaron todos, quedando mal enojados los Alabezes y Abencerrages contra los Zegrís y Gomeles que allí avía, y con pensamientos de se

vengar los unos de los otros. Estando en esto, entró en la plaça un carro muy hermoso y muy rico, más que ninguno de los que hasta allí avían entrado. Parecía todo de muy fino oro de martillo, en cada vanda dibuxadas todas aquellas cosas que avían passado desde la fundación de Granada hasta la hora que estava, y todos los Reyes y Califas que la avían governado; cosa de grande admiración. Sonava dentro del carro muy hermosa y dulce música de todos instrumentos. Encima del hermoso y rico carro venía una grande nuve, por tan subtil ingenio puesta, que nadie alcançava el cómo venía. Venía tan al natural, que parecía que la traya el ayre. Echava de sí infinidad de truenos y relámpagos, que su braveza ponía terror y espanto a quien la mirava. Tras esto, llovía una muy menuda gragea de anís, por tal concierto, que a todos ponía espanto. Toda la plaça anduvo desta manera; y luego, como fué junto de los reales miradores, subtil y muy delicadamente y con gran presteza, la grande nuve fué abierta en ocho partes, descubriendo dentro un cielo azul muy hermosísimo, adornado de muchas estrellas de oro muy reluzientes y hermosas. Estava puesto por su arte un Mahoma, de oro muy rico, sentado en una muy rica silla, el qual tenía en las manos una hermosa corona de oro, que la ponía sobre la cabeça de un retrato de una dama mora, en estremo hermosa, la qual mostrava traer sus cabellos sueltos como hebras de oro. Venía vestida de brocado morado muy rico, toda la ropa acuchillada por su orden, de modo que se parecía un afforro de brocado blanco por dentro. Todos los golpes venían tomados con unos broches de finos rubís y diamantes y esmeraldas. La dama luego fué conocida de todos, ser la hermosa Cohayda. A la par della, un grada más baxo, venía sentado un gallardo cavallero, vestido de la misma librea de la dama, de brocado morado y blanco, y plumas moradas y blancas, con mucha argentería de oro. Venía puesto al cuello una larga cadena de oro, y el remate della puesto en la mano del hermoso retrato de Cohayda, de modo que parecía venir preso. Conocido fué luego también el cavallero, ser el famoso Malique Alabez, que siendo sano de las grandes heridas que avía recebido, en la vega, del valeroso Don Manuel Ponze de León, quiso hallarse en estas fiestas de tanta fama, y poner en condición el retrato de su señora, confiado en la destreza de su braço y valor de su persona. Luego, al son de mucha música, le fué quitada la cadena del cuello, y por ciertas gradas baxó de lo alto del carro, y a poca pieça le vieron salir a cavallo por una puerta grande que el carro secreta tenía. El cavallo era poderoso, que era aquel del famoso Don Manuel Ponze de León, que

ya avéys oydo cómo los cavallos se trocaron. Salía el cavallo todo encubertado del mismo brocado morado y blanco, testera y penachos de la misma color. Grande contento dió a todos en ver lo, por ser muy gentil y gallardo cavallero, y de mucho valor. Todos dezian: «Grandes lanças se han de correr agora; porque Alabez es muy diestro y valiente.» El qual se fué delante de su carro, poco a poco y muy de espacio, por ser bien visto de todos. Y en llegando a donde estava el buen Abenámar, le dixo: «Cavallero, si os agrada, corramos, conforme a la condición de vuestro juego, tres lanças; que aqui traygo este retrato, que si me lo ganáys, lo podréys poner con los demás que avéys ganado.» «Desso soy yo muy contento» —respondió Abenámar. Y diziendo esto, tomó una gruessa lança y corrió su carrera, de modo que se llevó el argolla de passo. El buen Alabez corrió y hizo lo mismo. Todas tres lanças se corrieron, y todas las vezes que corrieron, se llevaron el argolla. Grande ruydo se movió entre la gente, diziendo: «Encontrado ha Abenámar lo que avía menester. Bravo cavallero es el Malique y de gran destreza, pues no ha perdido lança: por cierto que es digno que se le dé muy buena joya.» En este tiempo los Juezes avían consultado, que los dos retratos, el de Abenámar y el de Malique Alabez, se pusiessen juntos ygualmente, pues que sus cavalleros eran también yguales. Y que al Malique se le diesse una rica joya de sutil invención, por su valor aver sido tan bueno. Y para esto llamaron al Malique y se lo dixeron. A lo qual respondió, que su retrato él se lo quería llevar consigo: que viessen si avía otra cosa más que hazer. Los Juezes respondieron que no. Y levantándose uno dellos, quitó del aparador una joya muy rica, que era una pequeña navezilla de oro con todos sus adereços, sin que le faltasse cosa alguna, y se la dió al Malique, el qual la tomó, y al son de mucha música, dió buelta por la plaça, y en llegando adonde estava Cohayda, su dama, que estava en compañía de la Reyna, le dió la rica nave, aunque pequeña, diziendo: «Tome vuessa merced essa nave, que aunque pequeña, sus velas son grandes, porque se llenan de esperança.» La hermosa dama la tomó, haziéndole aquella mesura que era obligada. La Reyna tomó la nave en sus manos, y la miró muy de espacio, y dixo: «Por cierto que es muy rica vuestra nave, y que si las velas della las lleva la esperança, ella y vos haréys buen puerto en compañía de tan buen piloto como es el Malique.» La hermosa Cohayda calló, llena de verguença, parándose muy encendida de color. El Malique se fué a su carro, donde siéndole la puerta abierta, assi a cavallo como estava, se metió dentro, aviendo hecho grande mesura al Rey y a todas las da-

mas y cavalleros. Y subiendo a lo alto dél, se sentó en su silla, como antes estava. Y al son de muy dulce música, le fué puesta la cadena al cuello, assí como la truxo. Y apenas le fué puesta, quando la gran nuve se cerró como de antes, començando a echar de sí grandes truenos y relámpagos y rayos, con grandes estampidos, llenando de fuego toda la plaça, poniendo grande terror y espanto en toda la gente. Desta manera el rico carro y nuve se salió de la plaça, dexando a todos muy espantados de tal aventura, y muy contentos de tan buena entrada como avía hecho. El Rey dixo a los demás cavalleros: «Por Mahoma juro, que de todas las invenciones que oy han entrado en la plaça, ninguna espero ver mejor que ésta ni tal.» Todos los cavalleros la loaron por muy buena y de mucha subtileza y gasto. En estando la nuve fuera de la plaça, al punto entraron quatro quadrillas de cavalleros muy bizarros y galanes, y todos de muy ricas libreas vestidos. La una quadrilla, que era de seys cavalleros, venía de librea rosada y amarilla, de finísimos brocados: los paramentos de los cavallos, de la misma manera, con plumas y penachos de la misma color. La otra quadrilla, que era de otros seys, venía adornada de una vistosa librea de brocado verde y roxo, en estremo rica y costosa: los cavallos venían de lo mismo, y las plumas, de la misma color. La tercera quadrilla venía de librea azul y blanco, de unos brocados riquíssimos, toda recamada de muchos recamos de plata y de oro: los cavallos venían adornados de lo mismo, y los penachos, de los mismos colores, y mucha argentería de fino oro; cosa muy vistosa y gallarda. En la quarta y última quadrilla venían otros seys cavalleros, de librea naranjada y morada, de brocados finíssimos, con muchos laços y recamos de oro y plata: los cavallos encubertados de los mismos brocados, y plumas naranjadas y moradas, de tanta vista y gala, que era cosa de ver su hermosura. Todos estos veynte y quatro cavalleros entraron con lanças y adargas, en las lanças sus pendoncillos de la misma color de sus libreas. Y entre todos començaron un muy hermoso caracol, tan bien hecho y rebuelto, como se podía hazer en el mundo. El caracol acabado, hizieron una brava escaramuça doze a doze, muy rebuelta y reñida, assí como si fuera y passara en verdad. La escaramuça passada, dexaron las lanças y fueron brevemente proveydos de cañas; los quales, los cavalleros, jugaron muy hermosa y diestramente, puestos en quatro quadrillas, seys a seys. Jugaron tan bien, que a todos davan grandíssimo contento. El juego acabado, todos por su orden fueron passando por delante los miradores del Rey, haziéndole su acatamiento devido, y assimismo a la Reyna y a las demás

damas. Aviendo passado, se llegaron al mantenedor y pidieron si querría correr con cada uno una lança; el buen Abenámar respondió que sí, de muy buena voluntad. Finalmente, todos veynte y quatro cavalleros corrieron cada uno una lança. Y de todos ellos se ganaron quinze joyas, las quales, aviéndolas dado a sus damas al son de mucha música de añafiles, por la misma orden que entraron en la plaça se salieron della, dexando al Rey y todos los demás muy contentos de su bizarría y gallardía. Agora es bien que sepáys quién eran estos valerosos y gallardos cavalleros, que será mucha razón dezir quién eran y de qué linages. La una quadrilla eran Azarques, y la otra, Sarrazinos; la tercera, Alarifes; la quarta quadrilla eran Aliatares: todos gente principal y rica y de mucho valor. Los antepassados destos cavalleros, aguelos y visaguelos, fueron vezinos de Toledo, y allí pobladores y gente en mucho tenida, y florecían en Toledo estos claros linages en tiempo del Rey Galafio, que reynó en Toledo. Éste tenía un hermano, que era Rey de un lugar que se dezía Bilchid, junto a Çaragoça, en Aragón, al qual le llamavan Zayde, y éste tenía grandes competencias y guerras con un bravo Moro llamado Atarfe, deudo muy cercano del Rey de Granada. Y aviendo hecho pazes entre Zayde, Rey de Bilchid, y el Moro Atarfe, granadino, el Rey de Toledo hizo una muy solemne fiesta, en la qual se corrieron toros y se jugaron cañas. Y quien jugó las cañas fueron estos quatro linages de cavalleros: Sarrazinos, Alarifes, y Azarques, y Aliatares, aguelos de los cavalleros aquí nombrados en este juego de sortija. Dizen otros, que las fiestas que el Rey de Toledo hizo no fueron sino por dar contento a una dama muy hermosa, llamada Zelindaxa; y para ello tomó por achaque las pazes que Zayde su hermano hizo con el granadino Atarfe. Séase por lo que se fuere, que al fin ellas se hizieron como está dicho; y estos cavalleros eran de aquella prosapia y sangre de aquellos quatros linages nombrados. La causa de bivir en Granada éstos fué, que, como se perdió Toledo, se retiraron a Granada, y allí quedaron vezinos por su valor y nobleza. Y de aquellas fiestas ya dichas, y de aquel juego de cañas que se hizo en Toledo, quedó grande memoria, por ser las fiestas notables de buenas, y por ellas se dixo aquel romance que dize:

Ocho a ocho, diez a diez,
Sarazinos y Aliatares,
juegan cañas en Toledo
contra Alarifes y Azarques.

Publicó fiestas el Rey
por las ya juradas pazes
de Zayde, rey de Belchite,
y del granadino Atarfe.
Otros dizen que estas fiestas
sirvieron al Rey de achaques,
y que Zelindaxa ordena
sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarrazinos
en cavallos alazanes,
de naranjado y de verde
marlotas y capellares.
En las adargas trayan
por empressas sus alfanges,
hechos arcos de Cupido,
y por letra, fuego y sangre.
Iguales en las parejas
les siguen los Aliatares
con encarnadas libreas,
llenas de blancos follages.
Llevan por divisa un cielo
sobre los ombros de Athlante,
y un mote que assí dezía:
« Tendrélo hasta que canse.»
Los Alarifes siguieron,
muy costosos y galanes,
de encarnado y amarillo
y por mangas almayzales.
Era su divisa un ñudo
que le deshaze un salvage,
y un mote sobre el bastón,
en que dize: « Fuerças valen. »
Los ocho Azarques siguieron
más que todos arrogantes,
de azul, morado y pagizo
y unas hojas por plumajes.
Sacaron adargas verdes
y un cielo azul en que se asen
dos manos, y el mote dize:
« En lo verde todo cabe ».
No pudo suffrir el rey
que a los ojos le mostrassen
burladas sus diligencias
y su pensamiento en balde.
Y mirando a la quadrilla
le dixo a Selín, su Alcayde:
« Aquel sol yo lo pondré,
pues contra mis ojos sale.»

Azar, que tira bohordos
que se pierden por el ayre,
sin que conozca la vista
a do suben ni a do caen.
Como en ventanas comunes,
las damas particulares
sacan el cuerpo por verle,
las de los andamios reales.
Si se adarga o se retira,
del mitad del vulgo sale
un gritar: «¡Alhá te guíe!»,
y del Rey un «¡Muera, dalde!»
Zelindaxa, sin respecto,
al passar, por rocialle,
un pomo de agua vertía,
y el Rey gritó: «¡Paren, paren!»
Creyeron todos que el juego
parava por ser ya tarde,
y repite el Rey celoso:
«¡Prendan al traydor de Azarque!»
Las dos primeras quadrillas,
dexando cañas a parte,
piden lanças, y ligeros,
a prender al Moro salen.
Que no hay quien baste
contra la voluntad de un Rey amante.
Las otras dos resistían,
sino les dixera Azarque:
«Aunque amor no guarda leyes,
oy es justo que las guarde.
Riendan lanças mis amigos,
mis contrarios lanças alcen,
y con lástima y victoria
lloren unos y otros callen.
Que no hay quien baste
contra la voluntad de un Rey amante.»
Prendieron al fin al Moro,
y el vulgo para libralle,
en acuerdos differentes
se divide y se reparte.
Mas como falta caudillo
que los incite y los llame,
se deshazen los corrillos
y su motín se deshaze;
Que no hay quien baste
contra la voluntad de un Rey amante.
Sola, Zelindaxa grita:
«¡Libralde, moros, libralde!»,

y de su balcón quería
arrojarse por librarle.
Su madre se abraça della,
diziendo: «Loca, ¿qué hazes?;
muere sin darlo a entender,
pues por tu desdicha sabes,
Que no ay quien baste
contra la voluntad de un Rey amante.»
Llegó un recaudo del Rey,
en que manda que señale
una casa de sus deudos
y que la tenga por cárcel:
Dixo Zelindaxa: «Digan
al Rey, que por no trocarme
escojo para prisión
la memoria de mi Azarque,
y avra quien baste
contra la voluntad de un Rey amante.»

Ansí que estas mismas divisas, motes y cifras, sacaron las quatro quadrillas de los cavalleros ya nombrados, como aquellos que les avían heredado de sus antepassados, y siempre se preciaron dellas. Pues aviendo salido como avemos dicho de la plaça, con tanta bizarría, dexando toda la Corte muy contenta de su gallardía y divisas y buen proceder, entró un Alcayde de las puertas de Elvira, a gran priessa, y no parando hasta donde estava el Rey, aviendo hecho su acatamiento, dixo: «Sepa vuestra Magestad, que a las puertas de Elvira ha llegado un cavallero Christiano, y pide licencia para entrar y correr tres lanças con el mantenedor; vea vuestra Magestad si ha de entrar.» «Entre — dixo el Rey —; que en tal día como el de oy, a nadie se le ha de negar la entrada, ni se le puede negar la licencia, especialmente aviendo fiestas reales». Con esto el mensagero bolvió a gran priessa, y no tardó mucho quando vieron entrar un cavallero muy gallardo y bien dispuesto, sobre un poderoso cavallo rucio rodado, de la librea del cavallero; era toda de brocado blanco, ansí como nieve, y toda bordada con muchos laços de oro, estremadamente rica; los penachos eran ansí mismo blancos, de plumas finísimas, con mucha argentería de oro; el cavallo venía adornado de paramentos y guarniciones de lo mismo; testera y penachos del cavallo, ansí mismo blancos, de muy gran precio. Mostrávase tan gallardo, que era cosa de ver: no quedó dama ni cavallero en toda la plaça que no pusiesse los ojos en él, quedando todos contentos de su buen talle y donayre. A la parte yzquierda del capellar traya una cruz colorada, con la

qual adornava en sumo grado el valor de su persona. El estraño cavallero, poniendo los ojos a todas partes, dió buelta a toda la plaça, siendo de todos muy mirado. Y en llegando a los miradores del Rey y de la Reyna, les hizo grande acatamiento, y inclinando la cabeça entre los arçones. Lo mismo hizo el Rey, conociendo que aquel cavallero era de gran suerte. Las damas todas se levantaron en pie, y la Reyna con ellas, le hizieron grande mesura. Luego, el Christiano cavallero fué de muchos conocido ser el Maestre de Calatrava, de cuya fama el mundo estava lleno; de que no poco se alegró el Rey, que un tal cavallero viniesse a su Corte en semejante ocasión. Aviendo, pues, el Maestre passado toda la plaça, mostrando una honrosa presencia y un vulto y simulachro del Dios Marte, llegó donde estava el mantenedor, y le dixo: «Buen cavallero: ¿seréys contento de correr conmigo un par de lanças, a ley de buenos cavalleros, sin que aya apuestas de retratos de Damas?» Abenámar, mirando atentamente al cavallero que le hablava, se bolvió a Muça, su padrino, y le dixo: «Si no me engaño, éste es el Maestre de Calatrava, porque su presencia lo muestra y la cruz de su pecho, y miradlo bien que él mismo es sin falta, de quien vos quedastes amigo en la batalla, si os acordáys.» Muça puso los ojos en el Maestre, y luego le conoció, y sin más aguardar, assí, a cavallo como estava, le fué a abraçar, diziendo: «Buen Maestre, flor de Christianos, seáys muy bien venido, que yo entiendo que, aunque Christiano, avéys dado grande contento en la Corte del Rey; por que todos los que en ella viven os conocen por vuestra bondad. El Maestre le abraçó, agradeciéndole lo que en su loor avía dicho. Y el buen Abenámar, llegándose cerca, con semblante alegre, le dixo: «Que él holgava de correr tres lanças con él, y aunque quedasse perdidoso, lo tenía a muy buena dicha y ganancia, por aver corrido la sortija con tan buen cavallero. Y diziendo esto, tomó una lança y la corrió estremadamente de bien; mas por bien que la corrió, la corrió mejor el Maestre. Finalmente se corrieron todas tres lanças, y todas tres las ganó el buen Maestre. Todo el vulgo dezía a vozes: «Nunca en el mundo se vió tal cavallero; desta vez perdido ha el mantenedor su gloria.» Aviendo corrido y aviendo el Maestre ganado, los Juezes dieron por premio la rica cadena, que pesava dos mil doblas, pues no avía traydo retrato en competencia; que si lo truxera, el del mantenedor se llevara. El buen Maestre recibió su cadena, y al son de muy grande música, acompañado de muy principales cavalleros, yendo el bravo Muça a su lado, dió buelta a la plaça. Y en llegando a los miradores de la Reyna, puestos los ojos en ella, como el balcón no estu-

viesse muy demasiado de alto, tomó la cadena y, puesto sobre los estribos, alargó la mano, diziendo: «No ay a quien con mayor justo se deva dar esta cadena de oro, que a vuestra Magestad; por tanto vuestra Magestad la reciba de buena voluntad, que aunque diversos en las leyes, muy bien se puede dar una joya en tal ocasión como ésta, y de qualquiera señora ser recebido.» La Reyna se paró muy colorada y hermosa, y atajada de verguença, no sabiendo lo que se haría, bolvió a mirar al Rey, el qual le hizo señas que la recibiesse. Y ansí la Reyna levantándose en pie, y con ella todas las demás señoras que con ella estavan, le hizo una grande mesura y tomó la cadena de la mano del Maestre, poniéndosela en la boca y después al cuello; haziendo una grande reverencia se tornó a sentar. El Maestre hizo una mesura muy grande al Rey y a la Reyna. Y bolviendo riendas al cavallo se fué passeando con Muça y con otros principales cavalleros Moros que le querían bien por su valor. En esta sazón, el valeroso Albayaldos, que gran desseo tenía en su coraçón de verse con el Maestre y de aver con él batalla, respecto que el Maestre avía muerto a un deudo suyo muy cercano, se quitó del lado del Rey dissimuladamente, descendió a la plaça, sobre una hermosa yegua tordilla. Y passeando acompañado de algunos cavalleros amigos y criados, llegó donde estava el buen Maestre hablando con Muça y con otros cavalleros; aviendo hecho su mesura de buena criança, puso los ojos en el Maestre, contemplándolo muy bien de arriba a baxo, considerando su valor. Y después de averle muy bien mirado, habló desta manera: «Por Mahoma juro, Christiano cavallero, que tengo grande contento y plazer en verte puesto galán y de fiesta; por que armado y de guerra ya te he visto otras vezes en la vega, y esto era lo que yo al presente más desseava; porque la fama de tu valor hinche toda la tierra y atemoriza todos los Moros deste Reyno. Y si he holgado con tu vista, más me holgara verme contigo en la Vega haziendo batalla; porque a ello me llama y incita, lo uno tu valor, lo otro averle dado cruda muerte a Mahamet Bey, primo hermano mío. Y aunque murió a tus manos en justa batalla, parece que su sangre vertida por tu mano me llama a la vengança; por tanto, buen cavallero, tente desde agora por desafiado para conmigo hazer batalla mañana en la vega con tus armas y cavallo, que assí saldré yo a verme contigo, y sólo llevaré un padrino conmigo. Y para que lo sea, señalo al valeroso Malique Alabez, sin llevar otra persona alguna.» Muy atento estuvo el buen Maestre a las razones de Albayaldos; mas nada atemorizado, con alegre semblante, sonriyéndose, respondió de aquesta suerte:

«Por cierto, valeroso Albayaldos, que no menos plazer y contento tengo de verte, que dizes tener de averme visto; porque el nombre de tu fama suena entre los Christianos como el del famoso Héctor entre los Griegos. Dizes que te incita y llama a tener batalla conmigo mi valor. Otros cavalleros ay Christianos de mayor valor que el mío, con quien pudieras emplear el tuyo que mejor te estuviera. Si dizes que la vertida sangre de Mahamet Bey, primo hermano tuyo, se te dezir, que él murió, como valeroso cavallero, peleando, donde mostró el gran valor de su persona; por donde no ay para qué tomar vengança de su muerte. Mas si toda vía quieres verte conmigo, a solas, como dizes, con solo un padrino, que sea el que has señalado; a mí me plaze de te dar esse contento. Y ansí mañana te aguardo una legua de aquí o dos, que será en la fuente del Pino, solo con otro padrino que yo llevaré, que será Don Manuel Ponze de León, cavallero que se puede fiar dél todo lo del mundo. Y para que seas cierto, que lo que digo será ansí, toma éste mi gaje en señal de batalla.» Y diziendo esto le dió un guante de la mano derecha, el qual tomó el Moro, y sacando una sortija del dedo, de oro muy rica, que era con la que sellava, se la dió al Maestre. Y ansí quedó aceptado el desafío entre los dos. El valeroso Muça y los demás cavalleros mucho quisieran escusar a aquella batalla, mas no pudieron con ninguna de las partes recabarlo. Y ansí quedó hecho el desafío entre los dos bravos cavalleros para el día siguiente.

CAPÍTULO ONZE, DE LA BATALLA QUE EL MORO Albayaldos tuvo con el Maestre de Calatrava, y cómo el Maestre le mató.

El desafío de los dos valerosos cavalleros aceptado fué muy tarde, que ya se quería poner el sol. El Maestre se salió de la plaça, y por la calle de Elvira se fué hasta salir fuera de la ciudad. Al qual dexaremos yr su camino, y bolveremos a fin de nuestro juego de sortija, que, siendo puesto el sol, ya no venía ningún cavallero venturero; los Juezes mandaron a Abenámar que dexasse la tela, que muy bien la podía dexar, pues no venían cavalleros aventureros a correr lanças, que él lo avía hecho muy gallarda y valerosamente, y avía ganado assaz harta honra en aquel día. El valeroso Abenámar, muy

alegre, mandó quitar el muy rico aparador de las joyas, que aun quedavan muchas y muy ricas. Los Juezes baxaron del tablado, acompañados de los más principales de la Corte, y llevando al valeroso Abenámar y a su padrino, el fuerte Muça, en medio, les llevaron por toda la plaça, con mucha honra, al son de muchos menestriles y atabales y otros géneros de músicas de la ciudad, que davan de sí grande contento. Llevando los retratos ganados aquel día, mostrándolos a todas partes, con honra del ganador dellos, por orden maravillosa, hasta el mirador de las damas, donde estava la Reyna, y a la hermosa Fátima los presentó el valeroso Abenámar, con no poca gloria de la hermosa dama, y no poca embidia de la bella Galiana y Xarifa. Estava la hermosa Galiana la más confusa y arepentida muger del mundo, que bien entendía ella que aquellas fiestas avía hecho Abenámar por respecto de averle ella desdeñado. Y ella, en su ingrata memoria, rebolvía mil quimeras y mil vanas esperanças. Y más que no avía parecido el valeroso Sarrazino más en la plaça después que corrió y perdió su retrato. En estas confusiones y en otras estava su memoria ocupada. El Rey a esta hora, viendo que era muy tarde, se quitó de los miradores, y en una hermosa carroça metido se subió al Alhambra. Lo mismo hizo la Reyna y sus damas, yendo acompañada. Aquella noche tuvo el Rey de mesa a todos los cavalleros del juego; sólo faltó Sarrazino que, fingiéndose indispuesto, se desculpó con el Rey, y no se halló en aquella Real cena. La Reyna tuvo de mesa las más principales damas de Granada, haziéndoles toda la honra del mundo, en la qual cena se hizieron muy alegres fiestas y danças, y mil modos de juegos, y se hizo una muy singular zambra, y se tuvo grande y libertado sarao. Dançaron todas las damas y cavalleros, assí con las libreas que avían jugado la sortija; sólo Galiana no dançó, por estar mal dispuesta por el ausencia de su cavallero. Bien sentía la Reyna su mal de qué procedía, mas dissimulávase. La hermosa Zelinda harto dezía á su hermana que no tuviesse pena, y la consolava; mas poco aprovechavan sus consuelos para ella. Finalmente, toda aquella noche se passó en fiesta; mas el que dançó muy estremadamente sobre todos fué el valeroso Gazul con la hermosa Lindaraxa, a quien él amava mucho, y ella a él ni más ni menos. De lo qual el gallardo Reduán sentía demasiada passión viéndose desamado de quien él tanto amava. Y de celos ardiendo, propuso en su coraçón de matar al valeroso Gazul; mas no le avino ansí como lo pensó, como adelante diremos, en una batalla que tuvieron los dos sobre la hermosa dama Abencerrage. Desta dama se haze mención en otras partes, y más en una recopilación que anda

hecha agora nuevamente por el Bachiller Pedro de Moncayo, a donde la llama Zelinda. Llamáronla ansí por su hermosura y lindeza, mas su propio nombre era Lindaraxa o Lindarraxa, por ser Abencerrage. Y adelante trataremos della y del valeroso Gazul, después de la muerte de los cavalleros Abencerrages por gran trayción. Pues tornando a nuestra historia, siendo gran parte de la noche ya passada, aviéndole el Rey hecho al valeroso Abenámar y a los demás cavalleros del juego mucha honra, mandó que todos se fuessen a reposar a sus posadas. La hermosa Fátima restituyó todos los retratos ganados por Abenámar a las damas cuyos eran, passando entre ellas muchos donayres. Assi despedidos, todos los cavalleros del Rey se fueron reposar a sus posadas, y las damas lo mismo. Solamente quedaron con la Reyna las que eran de su Palacio y continas. Solamente no reposó el resto de la noche el bravo Albayaldos, el qual, saliendo de la Casa Real del Alhambra, aguardó al buen Malique Alabez que saliesse, y en llegando le dixo: «Tarde avemos salido de la fiesta.» «Assí me parece — dixo el Malique — , que salimos tarde; pero mañana reposaremos todo el dia del trabajo passado de oy y desta noche.» «Antes será al revés — respondió Albayaldos — ; porque si esta fiesta avéys andado galán y de librea, mañana avéys de andar forçosamente armado.» «Pues ¿porqué causa?» — respondió Alabez. «¿Porqué causa? Yo os lo diré — dixo Albayaldos. Avéys de saber que tengo batalla aplaçada mañana con el Maestre de Calatrava, y a vos os tengo señalado por mi padrino.» «¡Válame Mahoma! — dixo Alabez — ; ¿que con tal cavallero tenéys aplaçada batalla? Plégale al sancto Alhá que os suceda bien, porque avéys de saber que el Maestre es muy buen cavallero, y muy experimentado en las armas, y muy valeroso en ellas. Y pues que assi es, y por padrino me avéys señalado, vamos muy en buena hora y Mahoma nos guíe. Y por la Real Corona de mis antepassados, que me holgaria que bolviéssemos con victoria del desafío. ¿Y el Rey sabe algo desto?» «Yo entiendo que no lo sabe — respondió Albayaldos — , si caso es que Muça no se lo ha manifestado, que se halló presente a nuestro desafío.» «Ahora, sea como fuere, sépalo o no lo sepa, tomemos la mañana — dixo Alabez — , y sin que el Rey ni nadie lo entienda, salgamos a la vega a vernos con el Maestre. Y sepamos: ¿el Maestre señaló padrino?» «Sí — dixo Abayaldos — , a Don Manuel Ponce de León.» «Si assí es, vive Alhá que las tenemos, porque yo y Don Manuel no podemos de dexar de venir a las manos; porque ya sabéys la batalla que tuvimos — dixo Alabez — , y él tiene allá mi cavallo, y yo tengo acá el suyo; y quedó, que cuando nos viéssemos otra

vez, daríamos fin a nuestra batalla.» «No os dé pena esso, que si algo quisiere —dixo Albayaldos—, hombres somos que, plaziendo a nuestro Mahoma, nos daremos buen recaudo.» Dixo el Malique: «Vamos, que se nos haze tarde, y esta noche no ay dormir, sino adereçar bien nuestras armas, de modo que no nos falte hevilla.» Con esto se fueron los dos valientes cavalleros a sus posadas, y cada uno adereçó sus armas muy bien y todo lo demás que avían de llevar, sin que les faltasse cosa alguna. Y una hora antes del día se juntaron, y sobre sus cavallos se fueron a la puerta de Elvira. Las guardas de la puerta a aquella hora ya la tenían abierta, para que saliesse la gente al campo a sus labranças. Y ansí salieron los dos cavalleros sin ser conocidos, y tomaron el camino de Albolote, un lugar que era dos leguas de Granada, para de allí yr a la fuente del Pino, do estava señalado que se avían de ver Albayaldos y el Maestre. El sol rayava, mostrando sus hermosos resplandores variados, haziendo dos mil visos, bastantes a privar la vista a qualquiera que lo quisiera mirar, quando los dos valerosos Moros, Albayaldos y el Malique Alabez, llegaron a la villa de Albolote. Y passando, sin parar, se fueron a la fuente del Pino, tan nombrada y celebrada de todos los Moros de Granada y su tierra; y sería una hora salido el sol, quando llegaron a la hermosa y fresca fuente, la qual cubría una hermosa sombra de un pino donzel muy grande, y por esso tenía aquella fuente el nombre de la fuente del Pino. Llegados allí los Moros valerosos, no hallaron a nadie, ni vieron cavallero alguno. Y apeándose de sus cavallos, colgando las adargas de los arçones, a las sillas arrimadas sus lanças, se fueron a la clara fuente; y sentándose al la par della, se lavaron y refrescaron sus caras; y sacando de las mochilas alguna cosa de comer, comieron, tratando cómo no avía llegado el Maestre, no sabiendo la causa de su tardança. Dixo Albayaldos: «¿Mas si nos hiziesse burla el Maestre en no venir?» «No digáys esso—dixo el Malique Alabez—, que el Maestre es buen cavallero y no dexará de venir, que aun es muy de mañana, y a fe que no tarde, almorzemos a nuestro plazer, que Alhá proveerá lo que ha de ser en nuestro favor o en nuestro daño.» Con esto, almorzaron a su contento, tratando en varias cosas. Y aun no avían acabado de almorzar, quando vieron venir dos cavalleros, muy bien puestos sobre sus cavallos, con lanças y adargas, entrambos vestidos de una misma suerte, de vestido pardo y verde, plumas de lo mismo. Luego fueron conocidos, porque en la adarga del uno se parecía la cruz de Calatrava, roxa, que en lo blanco del adarga se divisava mucho, aunque de lexos. El otro cavallero también traya en su adarga

otra cruz roxa, mas era diferente, por ser de Santiago. «¿No os dixe yo—dixo Alabez—que el Maestre no tardaría?; mirad si ha tardado.» «Señor, a buen tiempo nos cogen—dixo Albayaldos—, que avemos dado refación a nuestros cuerpos.» «De essa manera por vos se puede dezir—dixo Alabez—: Muera Marta y muera harta.» «¿Pues ya sabéys vos—respondió Albayaldos—que tengo de morir? Pues aun tengo confiança en nuestro gran Mahoma, que hoy tengo de poner la cabeça del Maestre en una de las torres del Alhambra.» «Alá quiera que assí sea»—dixo Alabez. Estando en esto llegaron los dos valerosos cavalleros, flor de la valentía christiana, y en llegando saludaron a los dos Moros. Y aviéndolos saludado, dixo el Maestre: «A lo menos hasta agora no avemos ganado nada, antes somos perdidosos, pues tanto nos avemos tardado.» «Muy poco haze esso al caso—respondió Albayaldos—, que a la fin se canta la gloria. Apeaos de los cavallos, que bien lo podéys hazer seguramente, y refrescaros heys en el agua desta fuente fría, que ya avrá harto tiempo en que demos fin a lo que avemos venido.» «Sino es mas de esso y dello gustáys—respondió Don Manuel—que nos plaze de muy buena voluntad, que en muy poco nos puede agraviar la fortuna, estando en compañía de dos tan buenos cavalleros.» Y diziendo esto, ambos a una se apearon de sus cavallos y los arrendaron a unas ramas baxas que estavan al tronco del pino, y colgando las adargas en los arçones, y arrimando las lanças al pino, se asentaron junto de la fuente, en la qual se refrescaron manos y cara, y después se pusieron a hablar en muchas cosas, todas tocantes de la guerra, y en el valor de los Moros de Granada, y los claros linajes que en ella avía. Y assi hablando, dixo el Maestre: «Por cierto, señores cavalleros, que a lo menos de mi parte holgara que tales dos varones, como vosotros soys, viniérades en conocimiento de nuestra sancta fe cathólica, pues se sabe claramente ser la mejor de todas las leyes del mundo y la mejor religión.» «Bien puede ello ser—dixo Albayaldos—; mas como nosotros no tenemos conocimiento alguno della, no nos damos nada por ser christianos, hallándonos tan bien con nuestra secta. Assi que no ay para qué tratemos agora nada desto; possible sería después, andando el tiempo, venir en este verdadero conocimiento de essa vuestra fe, porque muchas vezes suele Dios tocar los coraçones de los hombres, y sin su voluntad no ay cosa buena.» Aviendo acabado de dezir Albayaldos estas razones, el cavallo del Maestre relinchó, bolviendo el rostro la vía de Granada. Los quatro cavalleros bolvieron la cabeça a aquella parte, por ver la causa del relinchar de aquel cavallo, y vieron venir

un cavallero al galope de su cavallo; venía vestido de marlota y capellar naranjado, y en el adarga, que era azul, un sol entre unas nuves como negras que parecía escurecerlo, y en torno del adarga unas letras roxas que dezía: «Dame luz o escóndete.» Atentamente fué mirado, y de Albayaldos y Alabez conocido ser el valeroso Muça. El qual, como otro día de la fiesta echasse menos Albayaldos y Alabez, entendió que avían salido de Granada a la batalla aplaçada con el Maestre; y sin dar cuenta a nadie se adereçó y subió en un poderoso cavallo, y salió de la ciudad a toda priessa por hallarse a tiempo y por ver si la podía escusar, y ansí llegó a la sazón que estavan los quatro cavalleros en lo que avéys oydo hablando. Y assí como llegó, se alegró en demasía porque no avían començado la batalla, y en llegando dixo: «Bien pensávades vosotros, señores cavalleros, que avíades de hallaros sin mí en este concierto; pero por Alhá sancto que sólo por hallarme aquí do me veo le he dado muy mal rato a mi cavallo; porque dende que salí de Granada he venido a media rienda sin parar un solo punto. Y diziendo esto saltó del cavallo, colgando su adarga de un ramo del pino que allí estava, y arrimando su lança se fué a assentar en compañía de los quatro cavalleros. ¡O valor de cavalleros, que aunque diversos en leyes, y contrarios unos de otros, y viniendo a pelear y a matarse, hablavan en conversación, assí como si amigos fueran! Jamás en ningún tiempo en aquel lugar tales cinco cavalleros se juntaron como aquel día. Aviéndose sentado el valeroso Muça junto del buen Maestre, habló desta manera: «Mucho holgaría, valerosos cavalleros, que la batalla aplaçada se dexasse, pues della no puede resultar sino muerte de uno o de entrambos; y pues no ay ocasión tan bastante que a ello os fuerce, me parece que sería gran mal que tales dos cavalleros muriessen, y la causa de mi venida es ésta con tanta priessa. Y ansí, de merced a todos dos, lo suplico y ruego y demando, principalmente al señor Maestre, y querría que mi venida no fuesse en valde y sin ningún provecho.» Con esto el valeroso Muça dió fin a sus razones, a las quales el valeroso Maestre respondió desta manera: «Por cierto, valeroso Muça, que de mi parte soy contento hazeros esse pequeño servicio, porque desde el día que quedamos amigos os prometí hazer por vos qualquier cosa, y como Albayaldos quiera dar de mano al desafío, de mi parte no hablaré más en ello, aunque sé que me ha de su mal contado.» «Gran merced — respondió Muça —, señor Maestre, no menos que esto esperava yo de un tan honrado cavallero.» Y bolviéndose a Albayaldos, le dixo: «Y vos, señor Albayaldos, ¿no me haréys merced que pare este ne-

gocio?» Albayaldos dixo: «Señor Muça, delante de mis ojos tengo la sangre vertida de mi primo hermano por la violencia del hierro penetrante del Maestre, que está presente, y esto solamente me obliga a no dexar la batalla, aunque supiesse morir en ella. Y si muriesse yo a manos del Maestre, honrosa muerte sería la mía; y si acaso yo al Maestre matare, o le venciere, todas sus glorias serán mías. Y en esto que agora digo estoy resuelto para siempre jamás.» El valeroso Don Manuel Ponze de León no gustava de tantas arengas ni largas, y assí respondió: «Señores cavalleros, yo no sé para qué se buscan medios de aplacar la cólera del señor Albayaldos. Él quiere vengar la muerte de Mahamet Bey, su primo; no es menester dilatar más la vengança que dessea, sino ya que han salido aquí para el effecto, resumillo con la muerte del uno o de entrambos. Y aquí el señor Alabez y yo quedamos concertados de dar fin a una batalla que tenemos començada. Y pues oy viene a pelo y coyuntura, pelearemos padrinos y ahijados, y todos saldremos de deudas prometidas.» «Á la mano de Mahoma —dixo Alabez—, ello está bien concertado, y Muça será el padrino de todos quatro; y esto no se resfríe más, ni se nos passe el tiempo en balde; y sean las obras más que las palabras, pues palabras no hazen al caso. Sola una cosa querría que se hiziesse, si ha lugar, y es que mi cavallo, que tiene el señor Don Manuel, me lo diesse, y él tome el suyo, que yo tengo, y anden luego las armas, y a quien Mahoma se la diere, Malique se la bendiga.» «No quedará por esso desta vez —dixo Don Manuel—; soy contento, dadme mi cavallo, y tomá el vuestro, que antes de mucho serán los dos del uno de nosotros.» Y diziendo esto, se levantaron todos en pie, y Don Manuel tomó su buen cavallo, y Alabez el suyo, el qual relinchó conociendo a su señor. El valeroso Muça, visto que nada avía podido en aquel caso, se levantó y subió sobre su cavallo; lo mismo hizieron todos, tomando sus lanças y adargas. ¡O quán bien parecían a cavallo todos los cinco cavalleros! El Maestre, en torno de su adarga, llevava unas letras rojas, assí como la cruz, que dezían: «Por ésta morir pretendo.» Don Manuel llevava por la orla de su adarga otra letra que dezía: «Por ésta y por la fe.» El Malique y Albayaldos yvan de una misma librea azul, de damasco, marlota y capellar, con muchos fresos de oro. Alabez llevava en su adarga su acostumbrado blasón y divisa: en campo rojo una banda morada, y en la banda una media luna, los cuernos arriba, y encima de las puntas de los cuernos una hermosa corona de oro con una letra que dezía: «De mi sangre.» Albayaldos llevava por divisa en su adarga, en campo verde, un dragón de oro, con una letra que dezía en ara-

bigo: «Nadie me toque.» Parecían tan bien todos, que era maravilla de ver sus libreas y divisas, debaxo de las quales llevavan muy fuertes armas y jubones bien estofados. Pues estando ya todos a cavallo, el valeroso Albayaldos, lleno de cólera, movió su cavallo por el campo con gran velozidad, escaramuçando, llamando a la batalla al Maestre. El qual, haziendo la señal de la cruz, movió su cavallo a media rienda, poniendo los ojos en su enemigo con gran diligencia. El bravo Malique Alabez, como se vido sobre su buen cavallo, que le embió el Alcayde de los Velez, su tío, ansí como si fuera un Marte, lo arremetió por el campo; lo mismo hizo el buen Don Manuel, en aquel valeroso y famoso cavallo suyo, y desta manera los quatro valerosos cavalleros començaron a escaramuçar, acercándose los unos a los otros, tirándose golpes de lança muy bravos y con mucha destreza. El valeroso Albayaldos, viendo al Maestre muy junto de sí, arremetió de buelo lançado para él, ansí como un dañado león, pensando de herille, de manera que fuesse la batalla de aquel encuentro fenecida. Mas no le vino ansí como lo pensó, porque assí como el Maestre le vido venir tan abalançado, hizo semblante de le aguardar; mas al tiempo del envestir, con mucha destreza picó al cavallo, haziéndole dar un gran salto en el ayre, y le hurtó el cuerpo; de modo que el encuentro del Moro no hizo effecto, y el Maestre, con gran destreza y fortaleza, hallándole tan junto, como un pensamiento fué sobre él. Y en descubierto del adarga le dió un golpe de lança tan duro, que la fuerte cota que el Moro llevava fué rompida y el estofado jubón passado, y el Moro bravo, herido muy malamente. No uvo áspide ni serpiente, pisada al descuydo del rústico villano, que tan presta fuesse a la vengança de su daño, ni embravecido león sobre onça que le uviesse herido, como rebolvió el bravo Moro sobre el Maestre, bramando como un toro. Y como tan cerca de sí le hallasse, lleno de empoçoñada cólera le envistió con tanta presteza que el Maestre no tuvo lugar de usar de la primera maña ni destreza, y assí el Moro le hirió tan poderosamente, que el adarga del Maestre fué aportillada, que no le prestó su fineza para que no lo fuesse, y la cruda lança, no parando allí, llegó a romper un duro y azerado jaco que el Maestre llevava, y el Maestre fué herido malamente. Aquí rompió el Moro su lança, y arrojando en tierra el troço della, con gran presteza bolvió su cavallo, para tener lugar de echar mano a su alfange; mas no pudo rebolver tan presto como lo pensó, de manera que el Maestre tuvo lugar de arrojalle la lança por que no se fuesse. La lança fué arrojada antes de tiempo, porque passó por delante de los pechos del cavallo de Albayaldos, con tanta furia como si fuera

una asta salida de la corvada ballesta. De modo que gran parte de la dura asta fué hincada en el suelo. Y esto a tiempo que el cavallo del moro llegava, el qual se embaraçó y tropeçó en el asta, que quedava retemblando. De suerte que de todo su poder vino de hocicos en el suelo. El bravo Moro, como en tal aprieto vido su cavallo y su vida, le aguijó con las espuelas, para que de todo punto no cayesse; mas no lo pudo el Moro hazer tan presto que el bravo Don Rodrigo no fuesse sobre él con la espada desnuda, y antes que el cavallo del Moro se acabasse de levantar, le dió de punta una brava herida, aviéndole rompido toda la cota. El Malique Alabez, que con Don Manuel andava en brava escaramuça, acertando a bolver los ojos a esta sazón a donde Albayaldos y el Maestre lidiavan, como lo viesse en tan notorio peligro, dió buelta con su cavallo para aquella parte, dexando a Don Manuel por socorrer a su amigo y ahijado Albayaldos. Y assí como si fuera una ave, llegó a donde el Maestre estava, a tiempo que el Maestre tenía el braço levantado para tornalle a herir, y de través le hirió de un golpe de lança tan duro, que el Maestre, no embargante ser malamente herido, estuvo en términos de caer del cavallo, y al fin cayera, sino se abraçara con el cuello dél. Aquí rompió el Malique la lança, aviendo hecho aquel bravo golpe. Y avía puesto mano a su cimitarra para segundarle otro golpe, quando llegó el buen Don Manuel, tan sañudo como una serpiente, que a no llegar a tan buen tiempo, el Maestre corría notable peligro de muerte, la qual allí sin duda ninguna recibiera a manos del Malique Alabez, si Don Manuel no llegara a aquella sazón, como digo, tan furioso como una serpiente. Aviendo arrojado la lança, viendo a su enemigo sin ella, con la espada, que era mejor que cavallero ceñía, le dió al Malique un tan duro golpe sobre la cabeça, que casi sin acuerdo ninguno el Malique vino al suelo. Mas fué venturoso que la espada se bolvió medio de llano, de suerte que, aunque quedó herido, no fué grande la herida, que si la espada no se bolviera, allí el Malique acabara, mas quedó medio aturdido. Y ansí como estava, reconociendo su peligro, como fuesse de bravo coraçón, se quiso levantar; mas Don Manuel no dió lugar para ello, que aviendo saltado de su cavallo, fué sobre él, y con gran furia le dió otro golpe por encima de un hombro, tal que le hizo una mala herida. De aquel golpe, el Malique tornó a caer en el suelo, y Don Manuel fué sobre él por cortalle la cabeça; mas el Malique, como se viesse en tal estremo, aviendo recobrado todo su natural acuerdo, puso mano a un puñal muy agudo que tenía, y, con grande fuerça, le dió a Don Manuel dos grandes heridas, una tras de otra. Don Manuel,

viéndose tan mal herido, puso mano a una daga que llevava, y, levantando el poderoso y vencedor braço, le fué a dar por la garganta. Mas estorvóselo el valeroso Muça, que avía estado mirando hasta aquella hora la batalla, que como viesse al Malique en tal aprieto, aguijó muy presto, y, arrojándose del cavallo, tuvo el braço poderoso de Don Manuel, diziendo: «Señor Don Manuel, suplico os me hagáys merced de la vida deste vencido cavallero.» Don Manuel, que hasta entonces no le avía visto ni sentido, bolvió la cabeça por ver quién se lo pedía, y, conociendo ser Muça, hombre de tanto valor, y viéndole tan mal herido, recelándose, sino le diesse, de aver con tan bravo cavallero batalla, en tal mal sazón dixo que le plazía hazerle aquel pequeño servicio. Y levantándose de encima del Malique, con grande trabajo, por ser las heridas que tenía penetrantes, le dexó libre. El Malique estava medio muerto, perdiendo mucha sangre; y Muça, dándole la mano, le ayudó a levantarse del suelo; dándole a Don Manuel las gracias, llevó al Malique a la fuente. Don Manuel, mirando el estado de la batalla del Maestre y Albayaldos, vió cómo Albayaldos andava muy desmayado y por caer, porque tenía tres mortales heridas que el Maestre le avía dado: una de lança y dos estocadas. El Maestre, viendo que Don Manuel avía quedado vencedor de un tan buen cavallero como Alabez, cobró grande ánimo, y lleno de vergüença porque tanto se dilatava su victoria, arremetió con toda furia para Albayaldos. Y dándole un golpe muy pesado sobre la cabeça, no podiéndose ya el Moro amparar, malamente herido, dió con él en el suelo sin ningún acuerdo, quedando también el Maestre herido de tres grandes heridas. El fuerte Muça, que vido caydo a Albayaldos, fué al Maestre y le pidió de merced que no passasse más adelante la batalla, pues Albayaldos más era muerto que vivo. El Maestre dixo que era muy contento dello. Y tomando Albayaldos de las dos manos, para llevarlo a la fuente donde estava Alabez, no lo pudo levantar, que estava casi muerto. Y llamándolo por su nombre, Albayaldos abrió los ojos, y con boz muy débil y flaca, como hombre que se le acabava la vida, dixo que quería ser christiano. Mucho holgaron los Christianos cavalleros dello, y tomándolo todos en peso lo llevaron a la fuente. Y allí el Maestre le echó del agua sobre la cabeça, en nombre de la Sanctissima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritusancto, le llamó Don Juan. Y muy pesantes de verlo tan malamente herido, le dixeron a Muça: «Señor Muça, poned este cavallero en cobro, y mirad por él, que nosotros nos vamos a curar, que también estamos malamente heridos, y tenemos necessidad de ser curados.» «Alhá sancto os guíe — respon-

dió Muça—, y él querrá que algún tiempo os pague las mercedes que de vosotros tengo recebidas.» Los Christianos cavalleros subieron en sus cavallos y se fueron donde su gente les aguardava, que era una legua de allí, en el soto de Roma que dizen, por do passa el río Genil. Allí fueron con toda diligencia curados. Bolvamos al valeroso Muça, que avía quedado en la fuente del Pino con los dos valerosos Moros heridos. El Malique, ya buelto en todo su acuerdo, y no tan mal herido como se pensava, le dixo a Muça qué es lo que pensava hazer. Muça dixo: «Lo que pienso es aguardar; veamos en qué para el buen Albayaldos, y vos, si traéys con qué curaros, yo os curaré, y curado subí sobre vuestro cavallo y partíos para Albolote, y allí os podréys curar despacio.» «Pues mirad en mi mochila—dixo Alabez—, que allí hallaréys lo necessario.» Luego Muça fué al cavallo de Alabez y halló en la mochila paños y ciertos unguentos para curar, lo qual tomó, y con los unguentos curó al Malique, y con los paños le apretó las llagas. Y curado el Malique, subió en su buen cavallo y se partió para Granada, yendo considerando el valor del buen Don Manuel y del Maestre, y le vino al pensamiento ser Christiano, entendiendo que la fe de Jesu Christo era mejor y de más excelencia, y por gozar de la amistad de tan valerosos cavalleros como aquéllos y como otros, de cuya fama el mundo estava lleno. Con estos pensamientos llegó a Albolote, y en casa de un amigo suyo se apeó, do fué curado de manos de un buen cirujano, donde lo dexaremos por bolver al buen Muça, que quedó solo con Albayaldos, que, aunque se tornó Christiano, no lo quiso desamparar, antes procuró de le curar; y queriéndole desnudar, le halló tres heridas crueles y penetrantes, sin otra mala herida que tenía en la cabeça, que fué la postrera que el Maestre le dió. Y viendo que era mortal, no quiso curarlo; antes, por no darle pena, le dexó diziendo: «No dirás, buen Albayaldos, que no te aconsejé que dexasses la batalla, fuyste pertinaz en seguilla, y por ella te halló la muerte.» En este tiempo, el nuevo Christiano Don Juan, los ojos abiertos mirando al cielo, con el ansia del morir que ya le estava muy cerca, dezía: «¡O buen Jesús, avé merced de mí, que siendo Moro te offendí persiguiendo tus Christianos: mirá tu grandíssima misericordia, que es mayor que mis pecados, y mira, señor, que dixiste por tu boca que en qualquiera tiempo que el pecador se bolviere a ti sería perdonado!» Más quería dezir el buen Don Juan, mas no pudo, porque se le travó la lengua y començó agonizar y rebolcarse a un cabo y a otro, por un lago de sangre que de sus llagas salía, de la qual estava todo bañado, que era grande compassión de verle. Y por

esto se dixo aquel romance que agora nuevamente ha salido, que dize ansí:

De tres mortales heridas,
de que mucha sangre vierte,
el valeroso Albayaldos
herido estava de muerte.
El Maestre le hiriera
en batalla dura y fuerte;
rebolcándose en su sangre,
con el dolor que le advierte.
Los ojos puestos al cielo
dezía de aquesta suerte:
«plegua a ti, dulce Jesús,
que en este tránsito acierte
Acusarme de mis culpas,
para que yo pueda verte.
y tú, madre piadosa,
mi lengua rija y concierte,
Porque Satanás maldito
mi alma no desconcierte.
¡O hado duro y acerbo,
o estrella muy más que fuerte,
O Muça, buen cavallero,
si yo quisiera creerte,
no me viera en tal estado
ni viniera assí a perderme!
El cuerpo doy por perdido,
que el alma oy no se pierde,
porque confío en las manos
de aquel que pudo hazerme
Que usara de piedad
este día por valerme.
Lo que te ruego, buen Muça,
si en algo quieres socorrerme,
Que aquí me des sepultura,
debaxo este pino verde,
y encima pon un letrero
que declare ésta mi muerte;
Y dirás le al Rey Chiquito,
cómo yo quise bolverme
christiano en aqueste trance,
Porque no pueda offenderme
el fementido alcorán,
que assí quiso escurecerme.»

Muy atento avía estado el valeroso Muça a las palabras del nuevo Christiano, y tanto sentía su mal, que no pudo dexar, con las lágrymas

en los ojos, de hazer un muy tierno sentimiento, considerando el valor de un tan buen cavallero y las grandes victorias por él alcançadas contra Christianos, las riquezas que dexava, el brío, la gallardía y fortaleza de su persona, y la grande estima en que era tenido, y la reputación en que estava puesto, y verle allí al presente tan malamente herido, tendido en el duro suelo, rebolcándose en su sangre, de la qual avía un lago, y sin poderle dar remedio, y queriéndole hablar se llegó a él por le consolar; mas no huvo necessidad de hablalle, porque siendo ya el ánima llegada a los dientes, vió cómo el valeroso cavallero de Christo hizo la señal de la cruz en su frente y boca, y con las manos juntas, los dos pulgares puestos en Cruz, llegados a su boca, dió el alma a su Criador. Como el buen Muça viesse ya los ojos quebrados, traspillados los dientes, la color pálida y del todo punto muerto, de puro dolor y compassión soltó las riendas al llanto, diziendo sobre el Christiano cavallero mil lástimas, y esto le duró una gran pieça, sin poderse consolar; porque Albayaldos era grande amigo suyo. Y visto que el llorar ni hazer sentimiento doloroso hazía nada al caso, se consoló, dexando el llanto, y procuró cómo le podría dar sepultura en aquel lugar tan desierto; y estando ansí con este cuydado, Dios le socorrió en tal necessidad, para que el Christiano cavallero fuesse sepultado, y no quedasse su cuerpo en aquel campo desierto a las aves. Y fué que quatro rústicos yvan por leña allí a la sierra Elvira, con sus vagajes y herramientas para cortalla, y açadones para sacar las rayzes y cepas. El buen Muça que los vido, fué muy alegre y los llamó, los quales vinieron luego, y Muça les dixo: « Amigos, por amor de mí que me ayudéys a enterrar el cuerpo deste cavallero, que aquí está muerto, que Dios os lo pagará. » Los villanos respondieron que lo harían de muy buena voluntad. Y luego, aviendo señalado Muça el lugar donde se avía de hazer la sepultura, los villanos con diligencia la hizieron, al mismo pie del pino. Y tomando el cuerpo del cavallero muerto, le quitaron la marlota y capellar, y le desarmaron de las armas que tenía puestas, tan poco provechosas a los agudos filos y temple de la espada y lança del Maestre. Y tornándole a poner su marlota y capellar sobre el estofado jubón, lo enterraron, no sin lágrymas del buen Muça. Y aviéndolo enterrado, los villanos se despidieron, espantados de las mortales y penetrantes heridas del cavallero muerto. El valeroso Muça luego sacó de su muchila una escrivanía y papel, que siempre como hombre curioso, para si algo se le offrecía, yva dello apercibido. Y escriviendo, puso en el mismo tronco del pino un epitafio que assí dezía:

EPITAFIO DE LA SEPULTURA DE ALBAYALDOS.

Aquí jaze Albayaldos,
de cuya fama el suelo estava lleno;
más fuerte que Reynaldos,
ni el paladino Conde, aunque fué bueno.
Matóle el hado ageno
de su famosa vida,
embidia conocida,
de aquel sangriento Marte
que pudo tan sin arte,
ponerlo al hierro duro,
por bivir en su cielo más seguro.

Este epitafio puso el buen Muça en el tronco del pino, sobre la sepultura del buen Albayaldos. Y lleno de lágrymas, tomó la fuerte jazerina y caxco, y bonete y plumas, todas llenas de argentería, y el adarga finíssima hecha en Fez. Y haziendo de todo, con el alfange en medio, y el troço de la lança, un honroso tropheo, lo colgó en una rama del pino y encima dél puso este letrero:

EPIGRAMA AL TROPHEO DEL VALEROSO ALBAYALDOS.

Es el tropheo pendiente
del ramo de aqueste pino,
de Albayaldos Sarrazino,
de Moros el más valiente
del estado granadino.
Si aquí Alexandro llegara,
a este sepulchro, llorara
con más embidia y más fuego
que lloró en aquel del Griego
quel gran Homero cantara.

Assí como el buen Muça acabó de poner el tropheo con las letras ya dichas, viendo que ya no avía allí más que hazer, subió en su cavallo, y tomando el de Albayaldos de la rienda, se partió camino de Granada, riñiendo con el cavallo de Albayaldos, diziendo: «Vámonos; maldito seas, mal cavallo; Mahoma mil vezes te maldiga, pues tú fuyste la causa de la muerte de tu señor, que si tú no tropeçaras y cayeras en la lança que arrojó el Maestre, tu señor no fuera tan malamente herido, ni la batalla feneciera tan a su daño como feneció. Mas

no te quiero culpar tanto, que no fué más en tu mano, que ya heziste lo que pudiste; ello estava ya ordenado del cielo, que avía de ser ansí, no ay para qué formar contra ti querellas ni contra nadie, sino es contra el duro hado; el qual no se puede contrastar en manera alguna. Yendo ansí razonando, aun no avía andado tres millas, quando vió venir dos cavalleros, entrambos de muy buen talle, el uno venia vestido con una marlota amarilla y el capellar amarillo, bonete y plumas de lo mismo; el adarga, la media amarilla y la media azul, y en la media azul pintado un sol, metido entre unas nuves negras, y debaxo del sol, una luna que lo eclypsava, con una letra que dezía en arávigo desta suerte:

Ya se eclypsó mi esperança
y se aclaró mi tormento;
ageno soy de contento
pues no hay rastro de mudança.

La lança deste cavallero era toda amarilla; todo el jaez y adorno del cavallo, amarillo, y la vanderilla de la lança, también amarilla. Muy bien mostrava este cavallero vivir en estado desesperado, y por la letra, sin remedio de esperança. El otro cavallero venía vestido de una marlota, la mitad roxa y la mitad verde: capellar, bonete y plumas de lo mismo; la lança, verde listada con rojo, y la vanderilla della, verde y roja, y todo el adereço y guarniciones del cavallo, de la misma color; el adarga, la media roja y la media verde, y en la parte roja, unas letras de oro muy bien cortadas que dezían ansí:

Mi luzero no escurece,
antes esclarece el día,
y esto me causa alegría
porque mi gloria más crece.

Debaxo destas letras de oro avía un gran luzero también de oro, con los rayos muy largos; y quando le dava el sol, resplandecía de manera que privava de la vista a quien lo mirava. Muy bien mostrava este cavallero vivir contento y alegre, según lo dava a entender las colores de su librea y blasón, y señal de su adarga. Las marlotas de los dos cavalleros eran de damasco muy rico. El cavallo del cavallero del Sol era castaño claro, andaluz, y parecía ser muy bueno. El cavallo del cavallero del Luzero era tordillo, muy poderoso y también andaluz. Entrambos cavalleros venían razonando y caminando a buen passo. El valeroso Muça los estuvo mirando por ver si los po-

día conocer; mas no pudo conocellos hasta que llegaron muy cerca. Entonces fueron los dos conocidos; que avéys de saber que el cavallero de lo amarillo era el buen Reduán, y vestía de aquella manera de amarillo, porque lo desamava Lindaraxa Abencerrage. Y el otro cavallero de lo roxo y verde era el animoso Gazul, y vestía de aquella manera, porque Lindaraxa lo amava. Y los dos venían desafiados sobre quién avía de llevar la hermosa dama. Maravillóse Muça de verlos, y ellos de ver a Muça con aquel cavallo de las riendas, y sin ningún escudero que le acompañasse. Y en llegando los unos a los otros, saludándose según su costumbre, después de averse saludado, el que primero habló fué Muça, diziendo: «Por nuestro Mahoma juro que me espanto en veros yr a los dos por este apartado camino, y que vuestra venida no es sin algún mysterio, y me haríades gran plazer si me diéssedes cuenta desta vuestra venida.» Reduán respondió: «Más razón ay de maravillarnos nosotros en veros venir ansí solo y con esse cavallo del diestro, y no es menos sino que vos avéys tenido alguna batalla con algún cavallero Christiano, y lo avéys muerto, y le avéys quitado esse cavallo. Yo holgara que fuera dessa manera.» Respondió Muça: «Mas dezidme, señor Reduán, ¿es possible que vos no conocéys este cavallo?» Reduán, mirando el cavallo, dixo: «O me engaña la vista, o este cavallo es de Albayaldos, y suyo es ciertamente; ¿su señor do queda?» «Pues me lo preguntáys—respondió Muça—, yo os lo diré. Avéys de saber, que ayer en el juego de la sortija, aviendo corrido el Maestre de Calatrava sus tres lanças y aviéndole ganado al mantenedor, Albayaldos vino a la plaça y acerca de la muerte de su primo Mahamete, porque sabiendo que el Maestre le matara, delante de mí le desafió a mortal batalla. Y quedó que se avían de ver oy en la fuente del Pino, llevando Albayaldos por su padrino al Malique Alabez, y el Maestre señalando por el suyo a Don Manuel Ponze de León; se salió de la plaça y se fué. Esta mañana, como fuy a palacio, eché menos a Albayaldos y al Malique Alabez, y acordándome del passado desafío, sin dar cuenta a nadie, vine por la posta a la fuente del Pino, y allí hallo a los quatro cavalleros ya nombrados. Y harto trabajé porque el desafío no passara adelante, y lo tenía recabado del Maestre; mas Albayaldos estuvo tan pertinaz en ello, que al fin huvieron de venir a hazer armas. El Malique y Don Manuel tenían antes de agora començada una batalla, y por cierta ocasión no fué fenecida; oy también los dos la quisieron fenecer; de modo que los padrinos y los ahijados hizieron armas muy cruelmente. Y al cabo, por la culpa deste cavallo, fué Albayaldos mal herido, por-

que cayó con su señor aviendo tropeçado en la lança del Maestre. Finalmente, Albayaldos, vencido y á punto de muerte, dixo quería ser Christiano. El Malique también quedó mal herido y vencido de Don Manuel, y sino fuera por mí allí muriera. Pedilo de merced a Don Manuel, y él me la hizo como honrado cavallero. Al Malique le apreté las heridas y se vino, y entiendo que está curándose en Albolote. Albayaldos, buelto Christiano por la mano del mismo Maestre, y puesto por nombre Don Juan, de allí a poca pieça murió, llamando a Jesu Christo. Antes del morir me rogó muy ahincadamente que le diesse sepultura allí, baxo de aquel pino. Yo ansí lo hize, y de sus armas hize un honroso tropheo, y lo colgué encima de su sepultura. Esto passa como lo digo. Agora hazed me placer, me digáys a dónde es vuestro camino, que holgaré de sabello; porque si yo os puedo servir en algo, lo haré de muy buena voluntad.» «Obligación ay — dixo el valeroso Gazul — dar os cuenta de nuestra venida; pues vos, señor Muça, nos la avéys dado de lo que ha passado. Mas, respondiendo primero a la mala fortuna de Albayaldos y del Malique, digo que me pesa en el alma, por ser los dos tan buenos cavalleros, y en quien el Rey Chico tiene sus ojos puestos por su valor, y aun todo el Reyno. De nuestra venida os diré lo que passa: Aquí el señor Reduán me trae desafiado y sin porqué, y la causa es, porque Lindaraxa no le ama, y porque a mí me haze favor; dize que me ha de matar porque soy robador de su gloria. Y para esto vamos a la fuente del Pino, por ser lugar apartado, porque nadie nos estorve la batalla.» Maravillado Muca del caso, mirando a Reduán, le dixo: «¿Pues cómo, señor Reduán, assi por fuerça queréys que la dama os ame?; mal amores por fuerça. De manera que si ella quiere a otro que le dé más gusto, queréys vos por ello venir en competencia y batalla con quien no os deve nada, donde arriscáys perder la vida. Si ella no os quiere, buscad otra que os quiera. Que no soys tan despreciado cavallero en el Reyno de Granada, que no seáys tan bueno como otro qualquiera, assi en valor de persona como en bienes y linage. Harto bueno sería, por cierto, que los cavalleros más preciados que el Rey tiene, cada día se saliessen a matar a la vega, y quedasse el Rey sin que hallasse cavallero en su Corte de quien pudiesse echar mano a una necessidad si le viniesse, teniendo cada día los enemigos a la puerta como los tenemos. Mirad en qué ha parado Albayaldos por no tomar mi consejo. No es menester passar de aquí, sino todos bolvamos a Granada; que muy bien sabéys vos, señor Reduán, que yo amava de todo corazón a la hermosa Daraxa, y de principio me hizo favores, tantos como a cavallero

se pudieron hazer; después bolvió la hoja, y puso su amor en Zulema Abencerrage, y no hizo caso de mí. Quando yo vide aquéllo, aunque luego lo sentí gravemente, me consolé, entendiendo que las voluntades de las mugeres y sus firmezas son como velilla de torre, que a todos vientos se buelve; y le di de mano y mudé mi voluntad a otra parte. Luego bueno fuera que, porque Daraxa me aborreció y puso su affición en Zulema Abencerrage, que matara yo al cavallero que culpa no tenía. Mi parecer es, señores cavalleros, que nos bolvamos a Granada y se den de mano a rencores y pesadumbres, por cosa que sin ellas muy fácilmente se puede remediar.» Con esto dió fin a sus razones el valeroso Muça, a las quales respondió Reduán, diziendo: «Es tan gravíssimo mi tormento y tan grande el infierno que arde en mis entrañas, que no me dexa reposar un solo punto; porque de noche en mi pecho arde un Mongibelo, de día me enciende un Vulcano y un Estróngalo, sin jamás cessar un solo punto de encenderme. De modo que para aplacar fuego tan crudo, que en mis entrañas arde, no hallo otro remedio sino la dura muerte, que con ella todo avrá fin.» «Quiero os preguntar, señor Reduán—dixo Muça—, ¿qué remedio pensáys sacar, después de muerto, de todos vuestros males?» «Descanso—respondió Reduán.»—«Y sepamos—dixo Muça— si caso es que en la batalla que pensáys hazer salís victorioso y matáys a vuestro competidor y todavía la dama os aborrece, ¿qué remedio avréys alcançado?, especialmente si ella luego pone el affición en otro cavallero: ¿avéys de matar también al otro?» «No sé qué me diga—dixo Reduán—; por agora yo querría dar fin a la batalla que tenemos aplaçada, que después el tiempo dirá lo que se ha de hazer.» «¡Alto, no dilatéys más el negocio!—dixo el valeroso Gazul—; que mientras más lo dilatáremos será peor.» Y diziendo esto picó el cavallo para yr adelante; lo mismo hizo Reduán. El valeroso Muça, vista la determinación de los dos cavalleros y que no podía aplacar a Reduán ni traello a la razón; visto que se partían para la fuente del Pino, aguijó tras ellos, por ver en qué parava la cosa, y por ver si podría apaziguar aquel negocio. Tanto anduvieron, que muy brevemente llegaron a la fuente del Pino; y en llegando, Muça arrendó el cavallo de Albayaldos al pino, y de nuevo tornó a rogar a Reduán que se dexasse de aquella empressa; mas Reduán, sin le responder palabra, dixo contra Gazul: «Ea, robador de mi gloria, agora estamos en parte donde se ha de acabar de perder mi esperança.» Y diziendo esto, lançó el cavallo por el campo, escaramuçando, llamando a Gazul, que saliesse a la escaramuça. El valeroso Gazul, ya mohíno y enfadado de

las cosas de Reduán, poniéndosele delante, como pretendía privarlo de su bien, encendido en cólera assi como una serpiente, abalançó el cavallo por el campo, y sin aguardar floreos de escaramuça, en un punto se juntó con Reduán, y Reduán se acercó a él, y con gran destreza se començaron a tirar grandes botes de lança. Reduán fué el primero que aportilló el adarga del competidor, y la lança llegó a romper un fino jaco que el buen Gazul llevava. El qual quedó herido de aquella vez en el lado yzquierdo, de una herida no muy grande, mas della salía sangre en abundancia, la qual parecia luego en los arçones y en el borzeguí, que era bayo. Gazul, viéndose herido assi a los primeros golpes, como muy diestro en aquel exercicio, tuvo mucha cuenta al tiempo que Reduán bolviesse el cavallo de lado, para con presteza executarle un golpe en descubierto; y le avino anssi como lo pensó; porque Reduán, que sintió que avía herido a su contrario, muy gozoso quiso segundarle otro golpe, y para esto fué rodeando al buen Gazul, acercándose lo más que pudo. Quando Gazal le vido tan cerca, arremetió su cavallo con tanta presteza, que quando Reduán pensó escaparse de aquel encuentro, ya lo tenía recebido, que no tuvo otro lugar sino de presto poner el adarga delante, por recebir el golpe en ella; mas no le valió su adarga ser muy fina, para que no fuesse rota por la fuerça de los duros azeros del hierro de la lança que llevava el buen Gazul, y passada llegó a la jacerina, y aunque también era fuerte, también fué falsada y Reduán malamente herido. Y saliendo el fuerte Gazul fuera con su cavallo, dando una buelta en el ayre, tornó sobre Reduán assí como una águila, a tiempo que Reduán venia sobre él. Y los dos se encontraron sin poder hazer otra cosa, tan poderosamente, que fueron las dos lanças rotas, y ellos quedaron malamente heridos en los pechos. Y como se hallassen tan cerca el uno del otro, se juntaron, y con gran braveza se abraçaron, cada uno procurando sacar al otro de la silla. Y ansi anduvieron gran pieça asidos, sin poderse derribar el uno al otro. Los cavallos, como se vieron tan juntos, alborotados, relinchando, abrieron las bocas para morderse, y empenándose, a pesar de sus señores, se rebolvieron de ancas para hazerse guerra con las herraduras de los pies. Y al tiempo del rebolverse, como los cavalleros estavan afferrados el uno con el otro, de necessidad huvieron de venir entrambos al suelo assi abraçados como estavan. Mas Reduán, que era cavallero de más fuerça, se llevó tras sí al buen Gazul, cayendo Reduán debaxo. Los cavallos, viéndose sueltos, començaron a pelear entrambos bravamente. Mas Reduán, aunque se vido en aquel peligro, no perdió su buen ánimo, que haziendo gran

fuerça a la una parte, estribando con los pies en el suelo, pudo tanto, que bolcó a Gazul a un lado, quedando la pierna derecha de Reduán sobre él. Gazul, con sobrado ánimo, affirmó la mano derecha con gran fuerça por cobrar lo perdido, mas no pudo; porque Reduán tenía en su mano yzquierda ya firme con que hizo resistencia, y ansí bregando el uno con el otro se huvieron de levantar del suelo. Y en levantándose, con gran presteza tomaron sus adargas. Y poniendo mano a sus alfanges, se començaron de herir cruelmente, dando golpes a diestro y a siniestro; de tal manera que en poca pieça no les quedó adarga en los braços, que hechas mil pedaços andavan por el suelo, y ellos y a cada uno con más de seys heridas. Mas el que más herido estava era Reduán; porque de lança tenía dos heridas. Finalmente entrambos andavan mal heridos; mas ventaja no se conocía alguna hasta entonces entre los dos cavalleros. Estando sin adargas, se hazían mayor daño. Ya de sus libreas y penachos quedava muy poco. Patentemente se mostravan las armas de que venían armados; de modo que reconocían la parte por donde mayor daño se podían hazer. Los alfanges eran damasquinos y de muy finos temples; no tiravan golpe que las armas no fuessen rompidas y ellos heridos. Y ansí, antes que huviessen passado dos horas, andavan tales, que ya de los dos no se esperava que vivo quedasse alguno. Reduán llevava la peor parte de la batalla; porque aunque Reduán era de mayores fuerças, Gazul le aventajava en ligereza, y entrava y salía más a su salvo, y hería como quería; lo que no hazía Reduán, a cuya causa andava mal herido. Mas Reduán el golpe que acertava en lleno, las armas y la carne al suelo lo embiava. Mal heridos andavan los dos, mucha sangre vertían; lo qual visto por Muça, entendiendo que si la batalla passasse adelante, aquellos dos tan buenos cavalleros avían de morir, de compassión que dellos tuvo, se apeó de su cavallo y se fué a poner en medio de entrambos, diziendo: «Señores cavalleros, hazedme merced que paréys y no llevéys al fin vuestra batalla. Porque si adelante passa, a entrambos os llamará la muerte.» Gazul, como cavallero mesurado, luego se apartó; lo qual Reduán no quisiera, pero húvolo de hazer, parando mientes, que estava Muça de por medio y era hermano del Rey. Y ansí apartados, Muça les hizo curar y él mismo les apretó las llagas. Y subiendo sobre sus cavallos, tomando el de Albayaldos del diestro, se partieron la buelta de Albolote. Y sería las cinco de la tarde quando llegaron, y preguntando dónde estava Alabez, le hallaron mal herido en una cama; mas curado con gran diligencia por un buen maestro que allí estava, que se le entendía muy bien de aquel menester.

Luego los dos cavalleros, Reduán y Gazul, también fueron puestos en sendos lechos, y allí muy bien curados y proveydos de todo lo necessario. Mucho se maravilló Alabez en verlos ansí venir de aquella suerte, y le pesó mucho, porque entrambos eran sus amigos. Mas dexaremos los aquí curándose, y ya amigos, y bolveremos a contar de Granada, de algunas cosas que en ella sucedieron aquel día que passaron estas dos batallas.

CAPÍTULO DOZE, EN QUE SE CUENTA UNA PESAdumbre que los Zegrís tuvieron con los Abencerrages, y cómo estuvo Granada en punto de se perder.

Puestos los cavalleros a recado y a toda diligencia curándose, el valeroso Muça se partió para Granada, llevando el cavallo de Albayaldos consigo. Sería la hora que el sol se acabava de poner, quando Muça entró por las puertas de Elvira, cubierta la cara con el cabo del capellar, por no ser de nadie conocido. Y ansí, desta manera, se fué hasta que llegó a la Casa Real del Alhambra, a la hora que el Rey su hermano se sentava a la tabla para cenar. Y como llegó, luego fué conocido de la gente de servicio, y apeado de su cavallo, mandó que a los dos se les diesse buen recaudo, y él se entró hasta el Real aposento, sin que de las guardas del Rey fuesse defendido, porque lo conocieron. Maravillóse el Rey de verle assí venir de camino, y sentado a la mesa, siendo por el Rey preguntado cómo aquel día no avía parecido, y que dónde avía estado, Muça le dixo: «Señor, cenemos agora, que después os contaré lo que oy ha sucedido, que os espantaréys.» Con esto cenaron muy bien, y con harta gana de Muça, que en todo aquel día no avía comido. La cena acabada, luego Muça satisfizo al Rey de su pregunta, contándole todo muy por extenso lo que avía passado: la muerte de Albayaldos y la batalla de Gazul y Reduán; de todo lo qual fué el Rey muy maravillado y enojado. Luego se supo por todo el Real palacio la nueva de la muerte de Albayaldos, y no faltó quien se lo fué a dezir al Moro Alatar, primo hermano suyo, el qual hizo muy grande sentimiento por la muerte del primo: y juró a Mahoma, de le vengar o morir en la demanda. Otro día por la mañana se supo esta nueva por toda la ciudad, de la qual pesó a todos los cavalleros della. Y como Alatar fuesse su primo hermano, y tan cercano deudo, se juntaron en su posada muchos cavalleros por darle

el pésame. Los primeros que fueron, fueron los Zegrís, Gomeles, y luego Vanegas y Maças, Gazules y Abencerrages, y otros muy principales cavalleros de la Corte, y a la postre fueron Alabezes y Abencerrages. Y puestos todos en sus assientos, como en casa de tan principal cavallero, después de averle dado el pésame, se trató si sería bueno hazer por él el devido sentimiento, que por semejantes cavalleros se suele hazer. Por esto huvo grandes pareceres, porque unos dezían que no; por quanto siendo Albayaldos Moro, al tiempo del morir se tornó Christiano. Los Vanegas dezían que no le importava aquéllo, que toda vía era bueno, que sus deudos y amigos hiziessen señal de alguna tristeza, assí por lo uno como por lo otro. Los cavalleros Zegrís dezían que, pues Albayaldos se avía tornado Christiano, que no holgaría Mahoma que por él sentimiento se hiziesse, y que esto era guardar derechamente el rito del Alcorán. Los cavalleros Abencerrages dezían que el bien que se ha de hazer, se avía de hazer por amor de Alhá; y que si Albayaldos se avía tornado Chiristiano en el tiempo del morir, que aquel secreto sólo Dios lo sabía, y que para él lo dexassen, y que no por esso se dexasse de hazer sentimiento por él. Un cavallero Zegrí, llamado Albin Hamad, dixo: «O el Moro, Moro; o el Christiano, Christiano. Dígolo porque aquí en esta ciudad ay cavalleros que cada día del mundo embían limosna a los captivos Christianos que están en las mazmorras del Alhambra, y les dan de comer, y los cavalleros que digo son todos los Abencerrages.» «Dezís verdad—dixo Albin Hamad, Abencerrage—; que todos nos preciamos de hazer bien y charidad a los Christianos y a otras qualesquier gentes que sean; por que los bienes el sancto Alhá los da para que se haga bien por su amor, sin mirar leyes: que también los Chistianos dan limosna a los Moros en nombre de Dios, y por su amor la hazen: y yo, que he estado captivo, lo sé, y lo he visto muy bien, y a mí me han hecho algún bien: y por esto yo y los de mi linage hazemos el bien que podemos a los pobres, y más a los Christianos que están captivos, que no lo sabemos quándo lo estaremos, pues tenemos los enemigos a la puerta. Y qualquiera cavallero que le pareciere mal, es muy ruyn cavallero y siente poco de charidad, y siéntase quien se sintiere. Y qualquiera que dixere que hazer bien y limosna a quien se quisiere, no es bueno, miente, y lo haré bueno donde fuere menester.» El cavallero Zegrí, ardiendo en saña, viéndose assí desmentido, sin responder palabra alçó la mano, de enojo lleno, y quiso herir en el rostro al cavallero Abencerrage. El qual, como vió venir el golpe, le reparó con el braço yzquierdo: mas no fué tan bueno el reparo que

el Zegrí no le alcançasse en la cara con los estremos de los dedos. Lo qual sentido por el Abencerrage, como león hircánico, en viva cólera y saña ardiendo, puso mano a una daga que llevava, y en un punto envistió con el Zegrí; y antes que se pudiesse poner en defensa, le dió dos puñaladas, una empos de otra, y tan penetrantes, que el Zegrí luego cayó a sus pies muerto. Otro cavallero Zegrí arremetió al Abencerrage por le herir con un puñal; mas no pudo, porque con grande presteza el Abencerrage le envistió, haziéndole presa en el braço derecho por la muñeca, con tanta firmeza, que el Zegrí no pudo hazer a su voluntad lo que pensava. Y el bravo Abencerrage lo hirió de una mala herida por el estómago, de la qual luego el Zegrí cayó en tierra muerto. Todos los cavalleros Zegrís que allí avía, visto lo que passava, que eran más de veynte, pusieron mano a las armas, diziendo: «¡Mueran los traydores de casta de Christianos!» Los cavalleros Abencerrages se pusieron en defensa; los cavalleros Gomeles vinieron en favor de los Zegrís, los quales serían más de veynte, y los Maças con ellos, que serían otros tantos. Lo qual visto por los Alabezes y Vanegas, fueron en favor de los Abencerrages, y entre estos seys linages de cavalleros se començó una rebuelta tan brava y reñida, que en un momento fueron otros cinco Zegrís muertos y tres Gomeles y dos cavalleros Maças. Y entre estos tres linages, no más de catorze heridos. De los Abencerrages no huvo muerto, mas huvo casi todos heridos, que passaron de diez y siete, y a uno le cortaron un braço acerce. De los cavalleros Alabezes murieron tres y huvo ocho mal heridos. Algunos Vanegas salieron heridos, y dos, muertos. Y más huviera de todas partes de muertos y heridos, sino que Alatar y otros muchos cavalleros se pusieron en medio, y algunos dellos también salieron heridos. Con esta barahunda, que parecía hundirse Granada, se salieron todos a la calle, sin dexar el reñir unos con otros. Mas los cavalleros que ponían paz eran muchos y de mucho valor, que eran Alageces y Benarages, Gazules, Almohades, Almoradis. Y tanto hizieron que los pusieron en paz, aunque con gran difficultad, porque los de la pendencia eran muchos y avía muertos de por medio. En este tiempo el Rey Chico fué avisado de lo que passava, y al punto salió del Alhambra y fué donde era la quistión, y aun halló el negocio no del todo apaziguado. Los cavalleros de la rebuelta, assí como reconocieron al Rey, se apartaron cada uno por su parte. Hecha la averiguación del caso, mandó prender los cavalleros Abencerrages, y les dió por cárcel la Torre de Comares; y a los Zegrís mandó poner en las Torres bermejas; y a los Gomeles, en el

Alcaçava; y a los Maças, en el Castillo de Bivataubin; a los Alabezes, en la casa y palacios de Generalife; a los Vanegas, en una torre fuerte de los Alijares. Y muy enojado, el Rey se tornó para el Alhambra, diziendo: «A fe de Rey que yo acabe estos vandos con quitar a cada uno dellos seys cabeças, y no se tardará, juro por Mahoma.» Los cavalleros que acompañavan al Rey, viéndolo tan ayrado, le suplicavan que no hiziesse tal, porque sería alborotar a Granada, que eran todos emparentados; sino que se diessen orden de hazer los amigos, y los mismos cavalleros lo tomaron a su cargo. Finalmente, aplacado el Rey, los Abencerrages y Alagezes y Almoradís hizieron tanto que de allí en quatro días todos los cavalleros de la passión fueron amigos y las muertes perdonadas, llevándoles la justicia del Rey a algunos gran cantidad de dineros. Esto passado, los cavalleros presos fueron sueltos, quedando los Zegrís muy lastimados y quebrados, assí mismo los Gomeles, y siempre procurando la vengança de tan gran daño y deshonra. Y para esto un día se juntaron todos los Zegrís y Gomeles en una casa de plazer que estava junto a Darro, que era muy hermosa, donde avía muy hermosa huerta y jardines. Y después de aver comido y holgado, estando todos juntos en una hermosa sala, sentados por su orden, un cavallero Zegrí, a quien todos los demás respectavan por mayor y cabeça dellos, hermano de aquel Zegrí que mató Alabez en el juego de las cañas, començó a hablar, mostrando grande tristeza, y a dezir ansí: «Valerosos cavalleros Zegrís, deudos míos, y amigos vosotros los Gomeles: advertí muy bien lo que agora os quiero dezir con lágrymas de sangre distiladas del coraçón. Ya tendréys entendido dónde llega el punto de la honra y quánto se deve mirar por ella; porque si el hombre una vez la pierde, jamás la cobra. Dígolo porque en Granada, nosotros los Zegrís, y vosotros los Gomeles, estamos puestos en el cuerno de la luna, de riquezas y honras bien abastados y del Rey tenidos en gran estimación; y estos cavalleros mestizos Abencerrages procuran de despojarnos della y abatirnos. Ya nos tienen muertos a mi hermano y agora otros tres o quatro deudos, y ansimismo de los cavalleros Gomeles; haziendo de todos nosotros infame menosprecio y befa: todo lo qual pide una eterna vengança; porque sino la procuramos, presto harán los Abencerrages que no seamos nadie y que nadie nos estime. Y para el reparo desto, es menester, por todas las vías y modos que ser pudiere, que busquemos cómo seamos vengados y nuestros enemigos aniquilados y destruídos: porque nosotros nos quedemos en nuestra honra permanecientes. A lo menos ello no se puede hazer por fuerça

de armas, respecto que el Rey puede proceder contra nosotros. Mas yo tengo pensado una cosa que nos saldrá muy bien, aunque es contra ley de cavalleros: pero del enemigo se ha de buscar, de cualquier modo que sea, la venganza.» Un cavallero de los Gomeles respondió: «Señor Zegrí Mahavid, ordenad a vuestro gusto como os pareciere; de qualquiera manera que sea, os seguiremos en todo y por todo.» «Pues avéys de saber, mis buenos amigos—dixo el Zegrí—, que tengo pensado de poner mal a los Abencerrages con el Rey, de modo que ninguno quede a vida: diziendo, que Albin Mahamete, que es cabeça de los Abencerrages, haze adulterio con la Reyna: y esto lo tengo de verificar con dos cavalleros de vosotros, señores Gomeles; por tanto, quando yo hable con el Rey sobre este negocio, me tercearéys diziendo que lo que yo digo es gran verdad, y que lo defenderemos en el campo, a qualquiera que nos contradixere, con las armas en las manos. Y también añadiremos que los Abencerrages pretenden de le matar y quitar el reyno. Y con esto, yo os doy mi palabra que el Rey los mande degollar a todos: y para ello dexadme el cargo, que yo daré la orden. Esto es lo que tengo pensado, mis buenos amigos y parientes. Agora dadme vuestro parecer, y esto ha de ser con todo secreto, porque ya veys lo que importa.» Acabando el Zegrí su razón diabólica y mal pensada, todos a una mano dixeron que ello estava muy bien acordado, que se hiziesse ansí, que todos favorecerían a su intención. Luego fueron señalados dos cavalleros Gomeles, para que ellos y el Zegrí pusiessen el caso ante el Rey. Acabado de concertar esta tan solenne trayción, se fueron a la ciudad, donde estuvieron con su dañado pensamiento aguardando tiempo y lugar para ponerle en execución. Y assí los dexaremos a ellos y bolveremos al Moro Alatar, que muy confuso y enojado estava por lo que en su casa avía sucedido; y triste por la muerte de su buen primo Albayaldos, juró de le vengar a todo su poder: y ansí propuso de yr a buscar al Maestre y le matar si pudiesse. Y para esto no quiso poner más dilación en le yr a buscar; y adereçándose muy bien de un jaco azerado sobre un muy estofado jubón, y sobre él una marlota leonada, sin otra guarnición alguna por ella, y un muy azerado caxco, y sobre él un moro bonete leonado, y en él puesto un penacho negro, mandó adereçar un muy poderoso cavallo negro, que passava de diez años, el qual mandava a tres captivos Christianos que lo curassen, y él por su mano le dava cevada. Y puesto el cavallo todo de un jaez negro, y lança y adarga negra, sin otra señal ni divisa salió de su posada, tan furioso y gallardo, que ningún cavallero de los afamados

le ygualara. Y en llegando a la Plaça Nueva, con la yra que llevava, no bolvió a mirar a Darro al tiempo del passar la puente, y assí desta manera se salió de Granada, camino de Antequera, en busca del Maestre, o de otros cavalleros Christianos, para vengar la muerte de su primo Albayaldos. Y estando de essa parte de Loxa, vido un esquadrón de Christianos que venía para entrar en la vega, los quales trayan un pendón blanco y una señal roxa, la qual era la cruz de Santiago. Y por caudillo desta gente venía el buen Maestre de Calatrava, que ya estava sano de sus heridas por avérselas curado con precioso bálsamo. El valeroso Alatar luego conoció ser aquella seña del Maestre, porque muchas vezes la avía visto en la vega de Granada. Y llegándose con un bravo ánimo hazia el esquadrón de los Christianos, quando estuvo junto, sin temor alguno, dixo en alta voz: «Por ventura, cavalleros, ¿viene entre vosotros el Maestre de Calatrava?» El Maestre, que lo oyó, se adelantó a su gente un buen trecho hazia donde estava el Moro, y siendo cerca, le dixo: «¿Para qué demandáys por el Maestre, señor cavallero?» «Demando por él sólo por le hablar—respondió el Moro.» «Sino es para más, yo soy: hablad lo que os pareciere.» Alatar, parando mientes en el Maestre, luego le conoció, y más por la señal del lagarto que traya en el pecho y en el escudo. Y llegándose a él sin temor alguno, le dixo, sin le saludar, desta suerte: «Por cierto, valeroso Maestre, que con razón os podéys llamar bien afortunado en este mundo, pues por vuestra mano avéys muerto tantos y tan buenos cavalleros como avéys muerto, especialmente agora, que murió a vuestras manos mi primo hermano Albayaldos, honor y gloria de los cavalleros de Granada, que con sola su muerte, dada por vuestra mano, casi queda escurecida toda la corte de mi Rey. Y yo, lleno de gran pesar y tristeza, y con obligación de vengar su muerte, y sólo para esto soy venido. Y pues Mahoma ha permitido que os aya hablado, holgaré que los dos hagamos batalla; y si yo en ella muriere, yré consolado de morir a manos de un tan buen cavallero como vos lo soys, y por hazer compañía a mi amado primo Albayaldos.» Con esto calló. A lo qual el buen Maestre respondió desta suerte: «Holgara, buen Alatar, que ya que me havéys hallado aviéndome buscado, que fuera para cosa en que yo os pudiera servir; que juro como cavallero que en mí hallarades entera amistad; y me holgaría que comigo no hiziéssedes batalla, que os doy mi palabra que vuestro primo Albayaldos hizo el dever como valeroso cavallero. Quiso Dios llevárselo al cielo, porque en el tiempo de su muerte le conoció y pidió agua de baptismo, y allí se tornó Christiano. Bien-

aventurado él, pues de Dios agora está gozando. Por esto querría vuestra amistad, y que no viniéssemos a reñir sin aver para qué, sino ved de mí si puedo serviros en algo, que lo haré tan de veras como por mi hermano carnal.» «Gran merced, señor Maestre — respondió Alatar —; por agora yo no he necessidad de otra cosa sino de vengar la muerte de mi primo Albayaldos; y para esto no es menester dilatar más el caso, sino hazed, como honrado cavallero, en assegurarme el campo de vuestra gente, porque yo no sea offendido sino de vuestra propia persona.» «Mucho holgara —dixo el Maestre— que no passárades adelante con vuestro intento; mas pues es éssa vuestra voluntad, hágase lo que quisiéredes. En lo demás, de mi gente yo os asseguro que no os enojará ninguno de los míos.» Y diziendo esto, alçó las manos a su gente, haziendo señas que se retirasse de allí; y ésta era bastante señal de seguro. La gente luego se retiró; lo qual visto, el Moro dixo al Maestre: «Ea, cavallero, que ya es tiempo de començar nuestra batalla.» Y diziendo esto movió su bravo cavallo por el campo a media rienda, escaramuçando con una muy linda gracia. El buen Maestre, haziendo la señal de la cruz, alçó los ojos al cielo, diziendo: «Por vuestra Sanctíssima Passión, Señor mío Jesu Christo, que me deys victoria contra este pagano.» Y diziendo esto, con ánimo de un león arremetió su cavallo por el campo, escaramuçando contra el Moro. Y aun no estava bien sano de las heridas que Albayaldos le diera, las quales le hazían grande estorvo y le impedían; mas con su bravo coraçón todo lo passava, mostrando grande esfuerço, usando de su acostumbrado valor. Y notando la bravosidad del Moro Alatar y su denuedo, y la ligereza de su escaramuçar, dixo entre sí: «A mí me conviene andar muy sobre aviso para que este Moro no salga victorioso este día, lo qual Dios no permita.» Y diziendo esto sossegó su cavallo, yéndose poco a poco, los ojos siempre puestos en su enemigo, para ver lo que haría. El Moro, que assí vido al Maestre andar tan floxo, no sabiendo la causa del mysterio, se fué rodeándolo y acercándoselele para hazerle algún daño si pudiesse. Y viéndose muy cerca dél, confiado en el vigor de su poderoso braço y en la destreza de su tirar, pensando que el Maestre no estaría en el caso advertido, levantándose sobre los estribos le arrojó la lança con tanto ímpetu y braveza, que el hierro y vanderilla yvan rechinando por el ayre. El valeroso Maestre, que entonces no dormía, assí como vido desembraçar la lança y que el asta venía rugendo por el ayre, con gran presteza arremetió su cavallo a una parte, hurtándole el cuerpo. De suerte que la lança no hizo golpe, passando adelante con aquella

violencia que suele llevar un passador; y dando en el suelo, entró por él más de dos palmos, quedando corvada casi toda en el suelo. El Maestre, aviéndole hurtado el cuerpo con la presteza que el falcón suele assaltar a los astutos gorriones, arremetió al Moro por le herir. El qual, como viesse venir al Maestre tan determinadamente, no le osó aguardar que le envistiesse. Y ansí, bolteando su ligero cavallo por el campo, se dexó yr como un pensamiento para donde estava su lança hincada. Y en llegando a la par della se dexó colgar de los arçones con tanta presteza como un ave, la tomó y sacó del suelo donde estava hincada, passando adelante como un viento. Y rebolviendo para el Maestre, lo halló tan cerca de sí, como le venía a los alcances, que no se pudo hazer otra cosa sino envestirse el uno al otro, poniéndolo todo en las manos de la fortuna, y se dieron dos grandes encuentros. El Moro hirió al Maestre por medio de su escudo, y se lo falsó y hirió en el braço, y, rompiendo las armas, le hirió en los pechos de una mala herida. El golpe que el Maestre hizo fué bravo, porque rompió el adarga del Moro, aunque dura y fuerte, y no paró el hierro hasta dar en el jaco azerado, con tanto ímpetu, que no le prestaron nada sus azeros para que no fuesse roto, y con él la carne de una mala herida que llevava a lo hueco, de la qual començó a salir grande copia de sangre. Bien sintió el Moro que estava muy mal herido; mas no por esso mostró punto de desmayo: antes con más ánimo y esfuerço que primero arremetió al Maestre, blandiendo la lança como un junco. El Maestre usó de maña con él al tiempo que se huvieron de encontrar los dos; ladeó el Maestre un poco su cavallo a un lado, de suerte que Alatar le hirió a soslayo en el adarga; y aunque la passó de vanda a vanda, el hierro no encarnó en las armas del Maestre, por yr a soslayo como digo. Mas el Maestre le hirió sobre mano al través tan duramente, que el Moro fué otra vez malamente herido, y más ésta, porque fué el golpe en descubierto de la adarga. Bramava el valeroso Moro viéndose herido tan malamente sin poder aver vengança de su contrario, y assí, desatentadamente, como ya perdido, arremetía al Maestre por le herir. Mas el Maestre se guardava dél, y, a su salvo, le hería siempre de través. Visto el Moro la gran destreza del Maestre, maravillado della, paró su cavallo y le dixo: «Cavallero Christiano, mucho plazer recebiría si tú quisiesses que diéssemos fin a nuestra batalla a pie, pues que ya ha gran rato que combatimos a cavallo.» El Maestre, como era tan diestro en las armas a pie y más que a cavallo, dixo que le plazía. Y ansí los dos bravos guerreros se apearon de sus cavallos a una, y embraçando bien sus

escudos, con la cimitarra el Moro y con la espada el Christiano, se acometieron con tanta braveza como dos sañudos leones; mas poco le valió al Moro su braveza, que tiene bravo enemigo. Començaron de se herir por todas partes muy cruelmente, procurando cada uno dar la muerte a su contrario, y assí andavan ambos a dos muy encarnizados. Llevava el Moro lo peor, aunque él no lo sentia; porque de sus dos llagas distilava larga vena de sangre; y tanta, que donde Alatar ponía los pies quedava lleno de sangre. Blanco tenia el rostro y descolorido por la falta de la sangre que le yva faltando. Mas como era hombre de tan grande coraçón, no lo sentía, y assí se mantenía en su batalla valerosamente. Quien a esta hora viera los cavallos de los cavalleros pelear, se espantara de ver los saltos, las cozes, los bocados que se davan. Finalmente, avía que mirar en las dos batallas que a una se hazían valerosamente reñida. En este tiempo el buen Maestre, de un revés que le tiró a su enemigo, le cortó la mitad de la adarga, tan fácilmente como si fuera hecha de cosa blanda, y esto lo causó la fineza de su espada y el valor de su braço. Lo qual visto, el Moro, muy sañudo, dió un golpe tan bravo al Maestre por encima de su escudo, que grande parte dél vino al suelo. Y como el Maestre lo alçó por defender la cabeça, la punta del alfange le alcançó sobre ella con tal valor, que el azerado caxco del Maestre fué roto y él en la cabeça herido. La herida no fué grande, respecto que el alfange le tocó con los estremos dél; mas salíale tanta sangre, que le bañava la vista, de modo que le turbava. Y si a esta sazón el Moro no anduviera tan desangrado y lacio por la falta de su sangre, el Maestre corria peligro; porque como el Moro viesse tanta sangre por el rostro del Maestre, cobró ánimo pujante y le començó de herir bravamente. Mas como ya estuviesse desangrado, no pudo acometer al Maestre como él quisiera, ni mostrar el valor de que el Moro era dotado: pero con todo esso ponía en aprieto al Maestre. El qual, como se viesse tan aquexado del Moro, y viesse que tanta sangre le salía de la herida de la cabeça, de todo punto enojado, poniendo su vida en todo riesgo, cubierto de su escudo con aquella parte que dél quedava, arremetió con Alatar llevando su espada de punta. El Moro, que lo vido venir, no le rehusó, que también le envistió, pensando con aquel golpe fenecer la batalla. El Maestre, con gran fuerça, hirió al Moro de punta con tal fuerça, que, las armas rotas, la espada le buscó lo más secreto de sus entrañas. Mas no pudo el Maestre hazer tan a su salvo este golpe que el no quedasse malamente herido de otro en la cabeça; de tal suerte, que, atordido dél, vino a tierra, derramando grande abundancia de

sangre. El Moro, que en el suelo vido al Maestre lleno de tanta sangre, piensó que ya era muerto, y fué sobre él con intento de le cortar la cabeça; mas, quando quiso moverse para ello, cayó de todo su estado en el suelo por el daño de la mortal herida que el Maestre le diera de punta. Y, en cayendo, no movió más pie ni mano por ser la herida tan penetrante. A esta sazón el Maestre tornó en su acuerdo; y viéndose puesto en tal estado, receloso que el Moro no viniesse sobre él, con gran presteza se levantó, y mirando por Alatar, le vió muerto tendido en el suelo; y hincando las rodillas en tierra, dió muchas gracias a Dios por la victoria que le avía dado. Y levantándose, se fué al Moro y le cortó la cabeça y la arrojó en el campo. Luego tocó un cuerno que consigo traya, al son del qual vino toda su gente a gran priessa; y como le hallaron tan mal herido, les pesó grandemente. Y tomando los cavallos sueltos, que toda vía se andavan peleando, le dieron al Maestre el suyo; y tomando de la rienda el otro, y la cabeça de Alatar puesta en el pretal, siendo el cuerpo del Moro despojado de ropa y armas, se bolvieron donde el Maestre fuesse curado, el qual quedó desta batalla con gran honra; y por ella se cantó aquel antiguo Romance, que dize ansí:

De Granada sale el Moro
que Alatar era llamado,
primo hermano del valiente
que Albayaldos fué nombrado,
El que matara el Maestre
en el campo peleando;
sale a cavallo este Moro
de duras armas armado;
Sobre ellas una marlota
de damasco leonado;
leonado era el bonete,
negro el plumage, azulado.
La lança también es negra,
adarga negra ha tomado,
también el cavallo es negro,
de valor muy estimado;
No es potro de pocos días,
de diez años ha pasado.
Tres Christianos se lo curan
y él mismo le da recaudo;
Sobre tal cavallo, el moro
se sale muy enojado,
llegando a la Plaça Nueva,
hacia Darro no ha mirado,

Aunque passó por la puente,
según va colerizado;
Sale por la puerta Elvira
y por la vega se ha entrado.
Camino va de Antequera
en Albayaldos pensando,
hallar desea al Maestre
para hazerle vengado.
Y en llegando junto a Loxa,
un esquadrón ha encontrado,
todo de luzida gente,
y por seña un pendón blanco,
En medio una cruz muy roxa
del Apóstol Santïago.
Llegándose al esquadrón
Sin temor ha preguntado:
si venía allí el Maestre
que Don Rodrigo es llamado.
El Maestre allí venía,
De su gente se ha apartado,
y dixo: «¿qué buscas, Moro?,
yo soy el que has demandado.»
Conócele luego el Moro
Por la cruz que traya al lado,
y también en el escudo
que lo tiene acostumbrado.
«Dios te guarde, buen Maestre,
Buen cavallero estimado,
sabrás que soy Alatar,
primo hermano de Albayaldos,
a quien tu diste la muerte,
Y lo bolviste Christiano;
y agora yo soy venido
solamente por vengallo.
Apercíbete a batalla
Que aquí te aguardo en el campo»;
el Maestre, que esto oyó,
no quiso más dilatallo.
Vase el uno para el otro,
Muy grande esfuerzo mostrando,
dávanse grandes heridas
reziamente peleando.
El Maestre es valeroso,
El Moro no le ha durado;
finalmente le mató
como varón esforçado:
Cortárale la cabeça
Y en el pretal la colgado.

Bolvióse para su gente
muy malamente llagado,
y su gente lo llevó
donde fué muy bien curado.

Al cabo de quatro días que passó esta dura batalla se supo en Granada cómo fué muerto Alatar a manos del Maestre. De lo qual no sintió poca pena el Rey, en ver en quán poco tiempo le avían faltado dos tan buenos cavalleros y tan valientes como eran Alatar y Albayaldos su primo. También lo sentía Granada, y todo lo que la ciudad avía estado alegre los passados días, se avía buelto en tristeza y pesar por la muerte destos cavalleros y por los vandos y pesadumbres que avía entre los cavalleros Zegrís y Abencerrages. Lo qual visto por el Rey, acordó él y su consejo que la ciudad se tornasse a alegrar, y para ello ordenó el Rey que todos los cavalleros enamorados que avían corrido lanças en la passada fiesta del juego de la sortija se casassen con sus damas, y que se hiziesse sarao público, y se cantasse y dançasse la zambra (que era entre moros fiesta muy estimada y en mucho tenida), y que se corriessen toros y hubiesse juego de cañas. Y para esto dió el Rey las vezes al valeroso Muça, su hermano. El qual tomó a cargo de hazer las quadrillas del juego y de hazer traer los toros. Grande contento sintieron todos los cavalleros mancebos que tenían damas; y assí toda la ciudad se tornó tan alegre como de antes y más. Porque luego los cavalleros començaron a ordenar juegos y máscaras de noche por las calles, mandando hazer grandes hogueras y poner luminarias por toda la ciudad, de suerte que la noche parecía día. Será bueno dezir quién fueron los cavalleros y damas que se casaron. El fuerte Sarrazino con la linda Galiana, Abindarráez con la hermosa Xarifa, Abenámar con la hermosa Fátima, Zulema Abencerrage con la hermosa Daraxa, el Malique Alabez con la hermosa Cohayda, que ya lo avían traydo de Albolote y estava sano de sus heridas; Azarque con la hermosa Alborahaya, un cavallero Almorabí con la hermosa Sarrazina, un cavallero Abenarax con la hermosa Zelindora. Todos estos cavalleros y damas nombrados fueron casados en la misma sala Real, en la qual huvo más de dos meses de fiestas y zambra. Y como los cavalleros y damas que se casaron era gente principal y rica y la flor de Granada, se hizieron muy grandes gastos, ansí en comidas como en ropas, oros y sedas. De manera que la ciudad de Granada estava a esta sazón la más rica y opulenta y la más alegre y contenta del mundo: y gran bien le fuera a Granada que fortuna la tuviera siempre en este estado; mas como su rueda es muda-

ble, presto bolvió lo de arriba a baxo, y dió con todo en el suelo, convirtiendo tantos plazeres y regozijos en tristes llantos y tristeza, como adelante diremos. El valeroso Muça, como hombre á quien avían hecho cargo de las fiestas, presto concertó las quadrillas del juego. Él, tomando el un puesto con treynta cavalleros Abencerrages, el otro puesto tomó un cavallero Zegrí, hermano de la hermosa Fátima, mancebo de mucho valor y valiente; y éste señaló otros treynta cavalleros Zegrís, deudos suyos, para el juego, el qual avía de ser en la gran plaça de Bivarambla, donde se avían de correr los toros. Los quales ya traydos, un día señalado los corrieron, con grande alegría de toda la ciudad, estando el Rey en sus miradores y la Reyna y sus damas en los suyos. No avía ventana ni balcón en toda la plaça de Bivarambla que no estuviesse ocupado de mil gentes, de damas y cavalleros y de mucha gente forastera, que avía venido de todo el Reyno a ver aquellas fiestas. Ya se avían corrido quatro toros muy bravos, y avían soltado el quinto, quando pareció en la plaça un gallardo cavallero sobre un poderoso cavallo ruando; su marlota y capellar era verde, como hombre que vivía con esperança; sus plumas eran verdes, con mucha argentería de oro; con él salieron seys criados con la misma divisa de su librea verde, y cada uno traya un rejón en la mano, negro, con unas listas de plata. Gran contento dió el cavallero a todos los que estavan mirando las fiestas, y más á la hermosa Lindaraxa, porque luego conoció el cavallero ser aquel valeroso Gazul que con el bravo Reduán hizo aquella cruda batalla que atrás avéys oydo, que ya estava sano de sus heridas. Ni más ni menos lo estava Reduán, el qual no quiso aquel día hallarse en las fiestas por estar tan mal contento con los desabrimientos de Lindaraxa. Y por no verla, por no traer a la memoria sus penas, aquel día se salió a la vega armado, por ver si hallaría algún Christiano con quien pelear. Pues como el valeroso Gazul entró tan gallardo y vido que todo el vulgo le mirava, se passó en medio de la plaça, y muy sossegadamente aguardó que el toro viniesse por aquella parte; el qual no tardó mucho que, aviendo muerto cinco hombres y derribado y atropellado más de ciento, no llegasse. Y ansí como vido el cavallo, con una furia como de serpiente, dando un gran buñido, arremetió al valeroso Gazul y su cavallo, el qual, puesto en aviso, le aguardó, y al tiempo que el toro quiso hazer su golpe, el bravo Gazul se lo impidió, dándole un golpe con el rejón, que ya lo tenía en la mano, tan cruel, por medio de los hombros, que el toro vino redondo a tierra sin hazer mal al cavallo. Y tanto dolor sentía el toro, que, bueltos los pies arri-

ba, se rebolcava bramando en su sangre. Admirado quedó el Rey y toda la Corte de ver el golpe del bravo Gazul y de ver cómo aquel toro tan bravo en demasía quedó tendido en tierra. Con esto, el gallardo Gazul andava por la plaça con gran contento, lidiando con gran destreza los toros que se corrían, aguardándolos hasta llegar muy cerca, y después con el rejón los lastimava de suerte que no bolvían más á él. Y porque aquel día el gallardo Gazul lo hizo tan bien, se le hizo este romance que se sigue:

Estando toda la corte
de Abdilí, Rey de Granada,
haziendo una rica fiesta,
aviendo hecho la zambra,
Por respecto de unas bodas
de gran nombradía y fama,
por lo qual se corren toros
en la plaça Bivarambla.
Estando corriendo un toro
que su braveza espantava,
se presenta un cavallero
sobre un cavallo en la plaça.
Con una marlota verde
de damasco vandeada,
el capellar de lo mismo,
muestra color de esperança.
Plumas verdes y el bonete
parecen de una esmeralda;
seys criados van con él
que le sirven y acompañan.
Vestidos también de verde,
porque su señor lo manda,
como aquel que en sus amores
esperança lleva larga.
Un rejón fuerte y agudo
qualquier criado llevava;
negros eran de color
y vandeados de plata.
Conocen al cavallero
por su presencia bizarra,
que era Gazul el muy fuerte,
cavallero de gran fama:
El qual, con gentyl donayre,
se puso en medio la plaça
con un rejón en la mano,
que al gran Marte semejava.
Y con ánimo invencible

al fuerte toro aguardava;
El toro quando lo vido,
al cielo tierra arroxava,
con las manos y los pies,
cosa que gran temor dava,
Y después con gran braveza
hazia el cavallo arrancava
por herirle con sus cuernos
que como aleznas llevava;
Mas el valiente Gazul
su cavallo bien guardava,
porque con el rejón duro,
con presteza no pensada,
al bravo toro hería
por entre espalda y espalda.
El toro, muy mal herido,
con sangre la tierra baña,
quedando en ella tendido,
su braveza aniquilada.
La Corte toda se admira
en ver aquella hazaña,
y dizen que el cavallero
es de fuerza aventaxada.
El qual, corridos los toros,
el cosso desembaraça
haziéndole al Rey mesura
y a Lindaraxa su dama;
lo mismo hizo a la Reyna
y a las damas que allí estavan.

Bolviendo al propósito, el fuerte Gazul corrió en la plaça los demás toros que quedavan, en compañía de otros cavalleros que los corrían. Y siendo los toros corridos, se salió de la plaça, haziendo al Rey y a la Reyna grande acatamiento, y a su señora Lindaraxa, dexando a todos muy contentos de su gallardía y valentía. Luego se tocó a cavalgar para que entrasse el juego de cañas. Los cavalleros del juego se fueron a adereçar; y no tardó mucho que al son de militares trompas entró el valeroso Muça con su quadrilla, con tanta bizarría, gala y gentileza, que no avía más que ver. Toda su librea era blanca y azul, con girones y vandas pagizas, plumas encarnadas y blancas, con mucha argentería de oro; por divisa en las adargas un salvage, que con un bastón deshazía un mundo (esta divisa era de los Abencerrages muy usada), con una letra a los pies del salvage, que dezía ansí:

Abencerrages, levanten
oy sus plumas hasta el cielo,
pues sus famas en el suelo
con la fortuna combaten.

Desta forma entró el Granadino Muça, gallardo y bizarro, con toda su quadrilla, que serían hasta treynta Abencerrages, todos cavalleros de mucho valor. En entrando hizieron todos un caracol muy hermoso, escaramuçando unos con otros; y acabado el caracol tomaron su acostumbrado puesto. Luego el vando de los Zegrís entró muy gallardo, y no menos vistoso que los Abencerrages: su librea era verde y morada, quarteada de color jalde, muy vistosa; todos venían en yeguas vayas muy poderosas y ligeras; los pendoncillos de las lanças eran verdes y morados, con borlas jaldes. Y si los Abencerrages hizieron buena entrada y caracol vistoso, no lo hizieron menos de ver y hermoso los cavalleros Zegrís. Trayan por divisa en las adargas unos alfanges sangrientos, con una letra que dezía ansí:

Alhá no quiere que al cielo
oy suba ninguna pluma,
sino que se hunda y fuma
con el azero en el suelo.

Y aviendo hecho su caracol muy gallardamente, tomaron su puesto, y al punto todos dos vandos se apercibieron de cañas para el juego. El Rey, que ya tenía vistas las divisas y letras de los cavalleros, y por ellas entendió que estava la passión en las manos, porque no resultasse algún escándalo en tiempo de tan grandes regozijos, muy presto, acompañado de muchos cavalleros de la Corte, se quitó de los miradores y baxó a la plaça antes que se començassen las cañas. Y puesto al un lado de la plaça, mandó que se jugassen luego. Al son de muchos instrumentos de añafiles y dulçainas y atabales, se començaron de jugar las cañas, hechos los cavalleros en quatro quadrillas, de quinze a quinze. Las cañas se jugaron muy bien, sin aver desconcierto alguno, aunque cierto le huviera muy grande si el Rey no descendiera a la plaça; porque los Zegrís venían de mala contra los Abencerrages, los quales no estavan menos apercibidos para su daño que ellos; mas la sagacidad del Rey fué grande en estar advertido en lo que podría suceder. Aviendo visto los motes de los contrarios vandos, quando al Rey le pareció que era tiempo de dar fin al juego, mandó ponerlos en paz. Y ansí se acabaron las fiestas de aquel día

bien y sin pesadumbre, que no fué poco mysterio. Y por esta fiesta de toros y juego de cañas se hizo este romance que se sigue:

Con más de treynta en quadrilla
hidalgos Abencerrages,
sale el valeroso Muça
a Bivarambla una tarde,
Por mandado de su Rey
a jugar cañas, y sale
de blanco, azul y pagizo,
con encarnados plumages.
Y para que se conozcan,
en cada adarga un plumage,
acostumbrada divisa
de Moros Abencerrages.
Con un letrero que dize:
«Abencerrages, levanten
oy sus plumas hasta el cielo,
pues dellas visten las aves.»
Y en otra quadrilla vienen,
atravessando una calle,
los valerosos Zegrís
con libreas muy galanes.
Todos de morado y verde
marlotas y capellares,
con mil jaqueles gualdados,
de plata los açicates.
Sobre yeguas bayas todos,
hermosas, ricas, pujantes,
por divisa en las adargas
unos sangrientos alfanges.
Con una letra que dize:
«No quiere Alhá se levante,
sino que caygan en tierra
con el azero pujante.»
Apercíbense de cañas,
el juego va muy pujante;
mas por industria del Rey
no se rebuelven ni hazen
los Zegrís un mal concierto
que ya pensado le traen.

Acabado el juego de las cañas era ya tarde. El Rey y los demás cavalleros principales de la Corte, la Reyna y las damas con los novios, se retiraron a la Real Casa del Alhambra; donde el Rey con todos hizo rico gasto en la cena, y muy contento porque aquél no avia

avido rebuelta entre los cavalleros del juego. Aquella noche huvo real sarao y los desposados dançaron con las desposadas, y el mismo Rey dançó con la Reyna y muy bien, y Muça con la hermosa Zelima, con no poco contento de ambos. El gallardo Gazul allí se halló aquella noche y dançó con la hermosa Lindaraxa, haziendo cuenta los dos que estavan en la gloria. Ya quería amanecer quando se fueron á reposar los desposados. La hermosa Galiana, como se vido en los braços del valeroso Sarrazino, de quien ella tanto amava, aviendo passado mil amores, ella le habló desta suerte: «Dezidme, amigo y señor, ¿qué fué la causa que el día de San Juan, aviendo corrido con el valeroso Abenámar las tres lanças en el juego de la sortija, luego os salistes de la plaça y no parecistes más en aquellos quatro o seys días? ¿Fué por ventura porque perdistes la joya, ó por qué? Que lo desseo saber.» «Querida esposa y amada señora: la causa fué quedar menguado, aviendo perdido vuestro retrato y la hermosa y rica manga labrada tan á vuestra costa. Y por saber de muy cierto que Abenámar hizo y ordenó aquel juego de sortija por vengarse de vos y de mí. De vos porque lo desdeñastes, y de mí porque una noche le herí debaxo de vuestros balcones, estando él dandoos una música, que bien creo tendréys noticia dello. Y viendo que la fortuna le favoreció tan á medida de su desseo, y en verme assí en una tan importante ocasión desfavorecido de la fortuna, cay en una grande tristeza y desesperación; de suerte, que de mal melancólico estuve en un lecho algunos días maldiziendo mil veces mi fortuna y al falso de Mahoma, pues tan contrario me fué aquel día. Y avéys de saber, bien mío, que juré como cavallero de ser Christiano, y lo tengo de cumplir ó morir, porque cierto que tengo por mejor la fe de los Christianos, que no la burlería de los ritos y secta de Mahoma. Y si vos, bien mío, me queréys tanto como avéys significado, también avéys de ser Christiana, que no perdréys nada en ello; antes ganaréys muy mucho en serlo; y yo sé que el Rey Don Fernando nos hará grandes mercedes por ello.» Con esto calló Sarrazino, aguardando lo que la hermosa Galiana sobre aquéllo respondería. La qual, sin pensar mucho en ello, respondió: «Señor, no puedo yo huyr en ninguna manera de vuestra voluntad; antes seguirla en todo y por todo; vos soys mi señor y marido, a quien yo di mi coraçón; no podré hazer menor que seguir vuestros motivos y passos. Quanto más yo que sé que la fe de los Christianos es mejor que el Alcorán; y assí yo prometo de ser muy buena Christiana.» «Acrecentado me avéys las mercedes de todo punto — respondió Sarrazino —, y no menos de tan leal y firme pecho se espe-

rava.» Y diziendo esto, la tomó entre sus braços, y con mil blanduras y dulçuras passaron aquella noche, y assimismo todos los demás desposados. La mañana venida, todos los grandes de la Corte se juntaron y ordenaron que Abenámar, pues era tan buen cavallero, se casasse con la hermosa Fátima; pues en su nombre avía hecho tantas y tan grandes cosas. Los cavalleros Zegris quisieron que aquel casamiento no se hiziesse: porque Abenámar tenía amistad con los cavalleros Abencerrages. Todo lo qual no fué parte para que el Rey y los demás cavalleros no hiziessen que el valeroso Abenámar se casasse con la hermosa Fátima. Hecho este casamiento, las fiestas se aumentaron, haziendo cada día zambra, muchas dançaş y juegos, de modo que la Corte andava cada día puesta en fiestas y máscaras y mil invenciones, donde los dexaremos, por contar lo que al buen cavallero Reduán le sucedió yendo por la vega de Granada, aborrecido y desesperado, porque Lindaraxa no le hazía favores y se los dava á Gazul. Pues es de saber que como salió de Granada y no quiso ver la fiesta de los toros y cañas, tomó la vía de Genil abaxo, y en llegando al soto de Roma, que era una grande espesura de arboledas que allí se hazía, quatro leguas de Granada, vió una batalla muy reñida entre quatro Christianos y quatro Moros. Y era la causa que los Christianos querían quitar una hermosa Mora que los Moros trayan; y los Moros yvan a mal andar, por ser los Christianos muy buenos cavalleros. La Mora estava mirando la batalla de los ocho cavalleros, toda bañada en lágrymas. Reduán como los vió aguijó su cavallo a gran priessa para favorecer á los Moros. Mas por gran priessa que se dió, ya los Christianos tenían muertos a los dos Moros, y los otros dos andavan mal parados, de tal suerte que forçados del temor de morir, bolvieron las riendas a sus cavallos, desamparando la hermosa Mora que llevavan por salvar las vidas. En este tiempo llegó el buen Reduán, y como vió la hermosa Mora tan llorosa y que sus guardas la desamparavan, movido de compassión por librarla de los Christianos, sin hablar palabra, arremetió su cavallo con gran braveza para los Christianos. Y del primer encuentro hirió al uno malamente en descubierto del adarga, de modo que vino a tierra. Y rebolviendo con gran belozidad su cavallo, se apartó de los tres Christianos, escaramuçando un gran trecho. Y luego rebolvió assí como una ave sobre ellos, y de otro encuentro derribó otro cavallero malamente herido del cavallo. Los dos cavalleros Christianos que quedavan envistieron a Reduán entrambos a una, y el uno dellos le dió una gran lançada, de suerte que lo hirió, aunque no fué mucho; el otro cavallero, aunque lo encontró [illegible]

le hirió y rompió su lança. Reduán, apartándose dellos, viéndose herido, con ánimo de un león, les tornó a envestir, de suerte que al que se le avía roto la lança derribó del cavallo en tierra de un bravo golpe que le dió. El otro cavallero Christiano le tornó a herir, aunque no cruelmente; mas no por esso el valeroso Reduán desmayó, antes como un bravo toro arremetió para el Christiano por le herir, el qual no le osó atender, por no tener compañía, que sus compañeros estavan mal heridos en el suelo, y sus cavallos sueltos por el campo. Los dos Moros que avían ydo huyendo se pararon por ver en lo que parava la batalla, y visto cómo el valeroso Reduán tan brevemente los avía desbaratado, bolvieron muy espantados a do avían dexado la Mora. Reduán estava hablando con ella, muy maravillado de su estraña beldad y hermosura, que le parecía a Reduán que ni Lindaraxa, ni Daraxa, ni quantas avía en la Corte de Granada le ygualavan en hermosura. Y assí era la verdad, que esta Mora de quien tratamos era muy hermosa, y tanto que ninguna en el Reyno de Granada le hazía ventaja. Quedó Reduán tan preso de sus amores, que ya no se acordava de Lindaraxa, ni aun si la viera, y tanto que la preguntó quién era y de dónde. En este tiempo llegaron los Moros, y dándole las gracias del socorro, le dixeron: «Señor cavallero, el gran Mahoma os truxo por aquí a tal tiempo, que sin duda si vos no viniérades, del todo éramos perdidos y muertos a manos de aquellos Christianos cavalleros; y de lo que más nos pesara fuera perder esta dama que llevamos a nuestro cargo. Y porque nos parece que estáys herido, según lo manifiesta la sangre que de vos sale, vamos hazia Granada, adonde nosotros yvamos, y en el camino os diremos lo que avéys preguntado; y mirad si destos cavalleros Christianos se ha de hazer alguna cosa.» «No — dixo Reduán —, que harto en su daño se ha hecho; sino que les tomemos los cavallos y se los demos, porque se vayan donde ellos quisieren.» Desto se maravillaron más los Moros; y entendieron que aquel cavallero era dotado de mucha virtud; y assí tomaron los cavallos de los Christianos y se los dieron; y ellos tomaron la vía de Granada, yendo Reduán siempre junto de la hermosa Mora. La qual no menos pagada yva de Reduán que él della. Yendo por su camino él, un Moro començó a decir desta suerte: «Vos avréys de saber, señor cavallero, que éramos quatro hermanos y una hermana, que es la que presente veys. De los quatro hermanos ya avéys visto cómo quedan allá los dos muertos a manos de los Christianos, y aun avemos sido tan para poco los dos que quedamos, que aun no los dimos sepultura: mas querrá el Sancto Alhá, que encontremos algunos villanos que quieran, pagándoselo, ponerlos en

sus sepulturas. Nuestro padre es Alcayde de la fuerça de Ronda, llamado Zayde Hamete, y como supimos que en Granada se hazían tan grandes fiestas, pedimos licencia para venir a verlas. Pluguiera a Mahoma que no huviéramos venido, pues tan caro nos ha costado, pues nos han muerto dos hermanos, como vos, señor, avéys visto; y si no viniérades, muriéramos nosotros como ellos y nuestra hermana Haxa corriera muy notable peligro su honra. Esto es, señor cavallero, nuestra historia. Y pues avéys ya entendido nuestro viaje, recibiremos muy grande merced que nos digáys quién soys, o de dónde, porque sepamos a quién tenemos de dar las gracias del bien recibido.» «Holgado he, señores caballeros—dixo Reduán—, de saber quién soys y de dónde; porque yo conozco muy bien a vuestro padre Zayde Hamete, y a vuestro aguelo Almadán, bravo hombre en su tiempo y por su valor le mató Don Pedro de Sotomayor. Y he holgado mucho de aver podido serviros en algo, y en todo tiempo que yo fuere de provecho os serviré de muy buena voluntad. Y assimismo holgaré deziros quién soy y de dónde. Á mí me llaman Reduán; soy natural de Granada. Bien entiendo que por mi nombre soy conocido: a Granada vamos, donde mi posada será vuestra, muy á vuestro contento; en ella se os hará todo el regalo posible.» «Gran merced, señor Reduán —respondieron ellos—, por el ofrecimiento que nos hazéys; deudos tenemos en Granada, donde podemos yr a posar, quanto más que por la desgracia sucedida no pararemos mucho en la ciudad, especialmente siendo ya quando lleguemos tarde para poder gozar de la fiesta.» En esto yvan hablando los dos hermanos de Haxa y Reduán, quando vieron venir unos leñadores que yvan por leña al monte que avemos ya contado; y como llegaron junto, dixeron los dos Moros hermanos a Reduán: «Á muy buen tiempo vienen estos villanos por aquí, que podría ser querer dar sepultura a aquellos dos hermanos nuestros, pagándoselo.» «Yo seré en se lo rogar»—dixo Reduán. Y diziendo ésto, salió á ellos, porque se apartavan del camino, y les dixó: «Hermanos, por amor del Santo Alhá, que nos hagays charidad de dar sepultura a dos cavalleros que quedan allí baxo muertos, y os será bien pagado.» Los villanos, que conozían a Reduán, le respondieron: «Que lo harían de grado, sin interes de paga.» Los dos Moros hermanos dixeron a Reduán: «Señor Reduán, ya que nos avéys començado a hazer buena amistad, os suplicamos que mientras nosotros vamos a dar tierra a nuestros hermanos, nos atendays aquí, en compañía de nuestra hermana Haxa, que quedando en tan buena guarda, vamos nosotros bien seguros que estará bien guardada ella y

su honra. Yremos a tomar los cavallos, que andarán por allí perdidos; que más valdrá que seamos dellos aprovechados, que no que se pierda, se los lleven Christianos.» «Mucho quisiera — dixo Reduán — acompañaros: mas, pues holgáys que aquí os atienda y guarde a vuestra hermana, soy contento de os complazer.» Los Moros se lo agredecieron y se fueron con los villanos para dar sepultura a sus hermanos y cobrar los cavallos perdidos, y Reduán quedó en compañía de la hermosa Haxa. El qual, ardiendo en llamas de amor, le habló desta suerte: «¡O fué ventura, o fué gran desventura mía aver acertado este día un tal encuentro como éste: en un punto vi muerte y vida, cielo y suelo, tempestad y bonança, paz y guerra! ¡Y lo que más siento es no saber el fin de tan estraña aventura, como es la que oy el cielo me puso delante! De modo estoy en esto, hermosa Haxa, que ni sé si estoy en el cielo, si en el suelo, si voy ni vengo, temeroso de lo que por mí a passado, animoso por provar ventura que estable en mi desseo fuesse. Acovárdome, sin osar declarar lo que mi coraçón siente; ardo en vivas llamas, siéntome más frío que los Alpes de Alemaña, no sé lo que por mí passa, ni sé si me hable, o si me calle, ni el medio que tengo de tomar para poder aclararme, descubriendo un Mongibelo que arde en mis entrañas, un Estróngalo, un Vulcano ó un mar furioso y tempestuoso hasta el Cielo levantado, una Sylla y Caribdes de ponçoña llenos. Tomé al fin por remedio de mis males callar lo que siento y morir callando. Sólo diré, hermosíssima señora, que tú sola has sido la causa de mi vida o muerte en este día.» Y diziendo esto calló, quedando tan sin acuerdo de lo que avía dicho, como si fuera hecho de un duro bronze: sus ojos baxos, la color mudada. A lo qual la hermosa Haxa respondió (la cual muy atentamente escuchava lo que Reduán dezía), no menos ella pagada dél que él lo manifestava estar della; y contemplando su gallardía y buen talle y garbo, gentil disposición y hermosura de rostro, le respondió en breves razones lo que en muchas le pudiera dezir, guardando lo que devía al decoro de su honestidad; mas como hallase tiempo oportuno y breve (porque aguardava a sus hermanos), resolvióse en pocas y breves razones, diziendo de esta suerte: «Aunque tus razones, valeroso Reduán, han sido casi como por metáphora dichas, luego las comprehendí, dando en el blanco de tu motivo. Dizes (dexando a parte todas las demás arengas) que me quieres, que me amas y que yo fuy la causa de tu daño, y que por mí estás hecho un Mongibelo y un Estróngalo, Sylla y Caribdes, y que en tu alma está un tempestuoso mar de bramadoras olas lleno. Todo te lo quiero conceder ser ansí, por no bol-

ver tu palabra atrás; mas con mis pocos años sé y alcanço, que es propio dezir de los hombres por alcançar lo que apetecen, y que debaxo de aquellas lisonjas ay otras cosas ocultas en daño de las tristes mugeres que de ligero se creen. Quiero resumirme, porque parece que veo venir mis hermanos — y respondió —: que si me amas, te amo; si en poco tiempo te rendiste, en poco tiempo me rendí, si bien te parezco, bien me pareces; si quieres conseguir tu desseo como dizes, presto me hallarás con palabra de esposa; pídeme a mis hermanos y a mi padre Zayde Hamete por muger, que yo te doy palabra, como hija de algo, que si dellos alcanças el sí, que de mi parte no falte la voluntad. Y porque mis hermanos vienen cerca, no se trate más en ello agora, sino tu negocio; solicita y pide, que harto de mal será que siendo tú tan buen cavallero te rehusen la parada, y queda satisfecho, que si ellos negaren a tu demanda algo que no convenga a tu desseo, me offrezco que de mi parte no avrá falta para que no sea cumplido. Y porque más seguro vayas de mi palabra, toma esta mi sortija en señal que la cumpliré.» Diziendo esto sacó del dedo una sortija muy rica con una piedra de una esmeralda muy fina y se la dió á Reduán, el qual, muy alegre, la tomó, y besándola mil veces, la puso en su dedo, quedando el más contento Moro del mundo. Quisiera hablar á la hermosa Haxa; mas el tiempo no dió lugar á ello, porque llegaron sus dos hermanos, todos bañados en lágrimas; los quales avían enterrado a sus dos hermanos y trayan sus cavallos del diestro. La hermosa Haxa no pudo estar que no llorasse como ansí los vido venir. Reduán los recibió muy bien, consolándolos lo mejor que él pudo. Desta manera hablando en muchas cosas llegaron á Granada. Ya era noche y passada la fiesta; los cavalleros Moros y su hermana dixeron a Reduán que se querían yr a apear en casa de un deudo suyo, hermano de su padre, cavallero principal y de estima en Granada, de los Almadanes. Reduan les dixo que hiziessen a su gusto, y él los acompañó hasta la posada, que era en la calle de Elvira. Y despidiéndose dellos se bolvió para su casa, que estava en los Arquillos del Alcaçava. Mas al tiempo del despedirse, los dos nuevos amantes no quitaron los ojos el uno del otro, de tal manera, que quando se apartaron, quedaron como sin almas, llenos de mil varios pensamientos; y ansí ninguno dellos en toda aquella noche no pudieron dormir ni reposar. Los estrangeros cavalleros y su hermana fueron del tío bien recebidos y muy pesante por la muerte de sus sobrinos. Otro día por la mañana Reduán se levantó y vistió muy bizarro y galán y fué al Real Palacio por besar las manos al Rey. el qual en aquella hora se acabava de levantar y vestir para yr a la Mez-

quita mayor a ver el Açala, que se hazía por un Moro de su secta, llamado Cidemahajo. Y como viesse a Reduán tan bien adereçado y vestido de marlota y capellar de damasco verde y de la misma color las plumas, alegróse grandemente con su vista, porque avía muchos días que no le avía visto, y preguntándole dónde avía estado y cómo le avía ydo en la batalla con el valeroso Gazul. Reduán le satisfizo diziendo: «Que Gazul era bravo cavallero y noble, y que ya Muça los avía hecho amigos.» Con esto el Rey y los demás cavalleros de palacio que le solían acompañar, que por la mayor parte eran Zegrís y Gomeles, se fueron á la Mezquita mayor, que era en la ciudad. Y allí con grande aplauso se hizo el Çala, y acabadas las alcoranas ceremonias, se tornaron al Alhambra. Y entrando en el Palacio Real hallaron á la Reyna y sus damas, que era costumbre del Rey Chico, y assí lo tenía mandado, que en qualquiera tiempo que el saliesse de Palacio, a la buelta avía de hallar a la Reyna y a sus damas en su sala, que dezía que en ello recebía gran contento. Y a mi parecer no era ello, sino como era moço y enamorado, se holgava de ver las damas de la Reyna, y más a Zelima, hermana de Galiana, que la amava en alto grado; por la qual él y el capitán Muça tuvieron grandes pesadumbres, como adelante diremos. Entrando, pues, en palacio con todos los cavalleros de su Corte, todas las damas se pararon a mirar al bizarro Reduán, muy maravilladas de su gallardía y muy buena disposición y librea, llena de toda esperança. La hermosa Lindaraxa le mirava muy de propósito, y se maravillava de ver cómo no la mirava ni hazía caso de mirarla, y dezía entre sí: Gran dissimulo tiene Reduán: no piense, pues, que por su desdeño en no mirarme se me dará mucho, que todavía me quiere a mí Gazul. La Reyna se llegó a Lindaraxa y passando le dixo: «Lo verde de Reduán ¿es por ventura a causa vuestra?» «Que lo sea o no lo sea, ninguna pena me da» —dixo Lindaraxa. «Pues por Mahoma juro —respondió la Reyna—, que Reduán tiene gallardo parecer, y que qualquiera dama puede tenerse por dichosa en amarle» «Sí por cierto —respondió Lindaraxa—, que qualquier bien merece Reduán, y me holgara de no aver puesto en otra parte mi affición, porque a no averla puesto, él fuera señor della.» Con esto callaron, porque no echassen las otras damas de ver en lo que hablavan. En este tiempo le dixo a Reduán el Rey: «Bien te acordarás, amigo Reduán, que una vez me diste palabra de darme a Jaén ganada en una noche; pues si tú la cumples, como la prometiste, doblarte he el sueldo de capitán; y si no lo cumples, me has de perdonar que yo te pondré en una frontera y te tengo de privar de la

vista de lo que más amas. Por tanto apercíbete a la empresa, que yo tengo de yr contigo en persona; porque ya me enfadan estos Christianos de Jaén, que cada día nos corren la tierra y talan la vega; y pues ellos me vienen a buscar tantas vezes, yo los quiero yr a buscar una y hazerles todo el mal que pudiere: veamos si cada día me han de venir a dar sobresaltos.» Reduán, mostrando buen continente y alegre semblante, respondió diziendo: «Si en algún tiempo di palabra de darte á Jaén ganada en una noche, agora de nuevo te la torno a dar: dame solos mil hombres de pelea, que sean escogidos a mi modo, y verás si te la cumplo mejor que te la doy.» «No te dé esso pena —dixo el Rey—; que no digo yo mil hombres, pero cinco mil te prometo dar; y aunque yo vaya contigo, tú solo has de ser caudillo de toda la gente que saliere.» «Gran merced a vuestra Magestad —dixo Reduán—; pues aunque no sea sino morir con tan honroso cargo de general, me sigue gran gloria. Pues tu Magestad ordene la partida quando sea servido, que presto estoy para servirte y seguir en todo tu voluntad.» «No se espera menos de tan honrado cavallero como vos; no perderéys nada conmigo: con vos yrán todos los cavalleros Abencerrages y Zegrís, y Gomeles, Maças, Vanegas, Maliques, Alabezes, que son tales para la guerra como vos bien sabéys. Y sin éstos yrán otros muchos principales cavalleros en la jornada; que basta yr yo allá para que ningún bueno quede.» El Rey estava diziendo esto quando llegó un portero del Real Palacio a dezir que allí avía dos cavalleros Moros estrangeros y una dama, y que pedían licencia para entrar a le besar las manos. «Sancto Alhá, y ¿quién serán? —dixo el Rey—; dezidles que entren.» El portero bolvió y no tardó mucho quando por la sala Real entraron dos cavalleros de muy buen talle, vestidos con marlotas y capellares negros, borzeguís y çapatos de lo mismo: en medio dellos venía una dama, también de negro, tapado el rostro con un cabo de almayzar, que solamente se le descubrían los ojos, que dos luzeros parecían, por la vista de los quales muy bien mostrava ser de grande hermosura. Maravillado el Rey de ver aquella aventura, preguntó: «Dezid, cavalleros, ¿qué es lo que buscáys?» Los dos cavalleros, haziéndole al Rey grande acatamiento y a la Reyna y damas que allí a la sazón se hallaron en sus estrados, el uno dellos habló de esta manera: «Poderoso Rey, tu Magestad sabrá que lo que nosotros buscamos no es otra cosa sino venir a besar tu Reales manos y las de mi señora la Reyna, y luego partirnos para nuestra tierra. Nosotros somos nietos de Almadán, Alcayde que fué de Ronda, y agora nuestro padre también lo es; y como tuvimos noticia de las

fiestas que se hazían en esta insigne ciudad de Granada por los altos casamientos que en ella se han hecho, acordamos de venir a verlas. La fortuna no permitió que llegássemos a tiempo, ni dellas pudiéssemos gozar; y fué la causa que quatro leguas de aquí, el día de las mismas fiestas, en un lugar de grandes espesuras, qual se llama el Soto de Roma, de improviso fuymos salteados de quatro Christianos cavalleros muy valerosos, y tanto, que aunque nosotros nos pusimos en defensa por amparar esta donzella, que es nuestra hermana, pudieron tanto, que de quatro hermanos que éramos, nos mataron los dos, y nosotros llenos de temor de la muerte ya queríamos desamparar a esta nuestra hermana, y sino fuera por el valor de esse buen cavallero que está a la par de vuestra Magestad, y porque nuestro gran Mahoma assí lo quiso, todos fuéramos perdidos — (Y diziendo esto señaló con el dedo al gallardo Reduán.); y assí, señor, replicando, ya son passadas las fiestas sin provecho para nosotros, antes con harto daño inventadas, pues nuestros dos hermanos quedan en la vega muertos, nos queremos tornar a Ronda, y nos pareció que no sería justo yrnos sin venir a besar vuestras Reales manos y a despedirnos del señor Reduán, de quien tan buen socorro recebimos. Y os certificamos, señor, que tenéys en él un tan buen cavallero como lo ay en vuestra Corte y de tanto valor, que por el gran Mahoma juro que le vi envestir él solo a quatro cavalleros, y de dos golpes derribó dos dellos en tierra, heridos para morir, pues que no fueron señores de tomar más las armas. Y los otros dos por tener buenos cavallos se escaparon. Agora que tengo a vuestra Magestad contada nuestra venida, pedimos licencia para partirnos a Ronda, a dar cuenta a nuestro padre desta nuestra mala fortuna.» Con esto el cavallero calló, mostrando gran tristeza en su semblante; lo mismo mostraron el otro su hermano y la donzella. Muy maravillado quedó el Rey de tal aventura y muy pesante por semejante desgracia, y bolviendo a Reduán le dixo: «Por cierto, amigo Reduán, si hasta agora mucho te quería, agora te quiero mucho más. Y pues tal valor en ti mora, tente desde oy por Alcayde de la fuerça y castillo de Tíjola, que está junto a Purgena. Todos los cavalleros tuvieron á Reduán por cavallero muy esforçado y le davan grandes loores. Todo lo qual eran clavos para Lindaraxa, que ya estava casi arrepentida por le aver negado su favor. El Rey les dixo á los dos hermanos: «Pues gustáys, amigos, de yros, yd a la buenaventura, que la licencia es vuestra: mas gran plazer me haréys a mí y a todos estos cavalleros y a mi señora la Reyna que vuestra hermana quite el reboço y antifaz de la cara; porque no

será razón que dexemos de ver su hermosura, que yo entiendo que no deve de ser poca, según tengo de su talle colegido.» Los dos hermanos le dixeron a su hermana que se descubriesse. La qual assí lo hizo, quitando del almayzar un prendedero que traya descubrió el rostro, que no menos que el de Diana era. Assí pareció a todos los de la Real sala, como quando sale el sol por la mañana dando mil resplandores de sus rayos; no menos estendía la hermosa Haxa los de su hermosura mirando a todas partes; matando a los cavalleros de amor y a las damas de embidia. Mucho quedaron todos maravillados, assí cavalleros como damas, de ver la gran beldad de la hermosa Haxa; y no huvo allí tal cavallero que no la desseasse por muger, ó por hermana o parienta, para poder gozar de su hermosa vista. Unos dezían que más pudo ser Diana. Otros dezían que más pudo ser Venus. Otros que más por quien se perdió Troya; quién más por quien perdió la vida Achiles Griego. De suerte que todo esto passava entre todos aquellos cavalleros. La Reyna, que no menos maravillada estava de tal beldad, le dixo al Rey: «Señor, sea vuestra Magestad servido de darnos parte de essa dama, porque podamos todos gozar de su hermosura.» «Vaya en buena hora, que yo os doy mi palabra que más de dos de las que están a vuestro lado le han de tener embidia.» La Reyna con el guante la llamó. La hermosa Haxa hizo una gran mesura al Rey y a los cavalleros y se fué a la Reyna; hincando las rodillas en el suelo le pidió las manos para besarlas. La Reyna no se las quiso dar, antes le hizo sentar junto della. Todas las damas que allí avía estavan admiradas de ver tanta belleza, y con razón; porque aunque estavan allí Daraxa, Sarrazina, Galiana, Fátima, Zelima, Arbolahaya, Cohayda y todas las demás damas desposadas y otras de grande hermosura, no ygualavan con la hermosura de Haxa. Y si alguna llegava a ygualar era muy poco; porque assí se mostrava Haxa entre todas como el sol entre las demás estrellas. Reduán la mirava y ardía en vivo fuego contemplando su hermosura: estava dudoso no bolviese su amada Haxa la hoja y la palabra prometida. La hermosa dama mirava a Reduán, y si bien le pareció en la vega a cavallo armado y con la lança y el adarga, no menos le parecía en palacio entre los cavalleros: si en la vega un Marte, en palacio un Adonis. Mostraváse le grata, amorosa, con un semblante alegre, que no poco consuelo le causava a Reduán; de manera que en su rostro se conocía lo muy alegre y contento que estava. Y ansí el Rey le dixo: «Amigo Reduán, mucho holgara de verte en batalla con el valeroso Gazul, porque siendo tú tan buen cavallero y Gazul tan esforçado y valiente, sería vuestra batalla

muy reñida y peligrosa.» «Pregunten me lo a mí — respondió Muça —, que no aviéndolos podido poner en paz estuve mirando la batalla, y tanto valiera ver dos sañudos leones como a los dos; finalmente quedaron con ygual victoria.» «¿Quién les movió a hazer aquella batalla, o porqué ocasión?» — dixo el Rey. «Son cuentos largos — respondió Muça —; no ay para qué traerlos a la memoria; no refresquemos viejas llagas. Sé dezir que dentro de tu Real Palacio está la causa de su enojo.» «Ya entiendo lo que puede ser — respondió el Rey —, y bien sé yo que agora Reduán no bolviera a hazer batalla con Gazul sobre lo passado por ninguna cosa del mundo.» «Vuestra Magestad está en lo cierto — dixo Reduán —, porque ya de aquella causa no me acuerdo, ni me curo della. Verdad es que en aquella sazón por ella perdiera yo mil vidas, si mil vidas tuviera; mas el tiempo buelve las cosas y las muda.» «Deve de aver otra causa nueva — dixo el Rey —, que menos no puede ser.» Cuando el Rey dezía estas palabras, los dos cavalleros hermanos de la hermosa Haxa se avían sentado junto de Mahardin Hamete, cavallero Zegrí de muy buen talle, y valiente, y rico, y de los Zegrís principales; el qual, aviendo visto la hermosura de Haxa, estava tan preso de su vista, que no se hartava de mirarla, y no quitava della los ojos, y tan aquexado se hallava que no pudo sufrir su demasiada pena, a que no se lo dixesse a sus hermanos que a la par dél tenía, diziéndoles desta manera: «Señores cavalleros, ¿conocéys me?» «Señor, para os servir — respondieron ellos —; que como seamos forasteros, no conocemos particularmente los cavalleros Granadinos; mas pues estáys en compañía de tan alto Rey y en su Real Palacio, bien tenemos entendido que no debéys ser de los que menos valen en Granada, sino de los más principales della.» «Pues avéys de saber, señores cavalleros, que yo soy Zegrí, descendiente de los Reyes de Córdova, y en Granada no valgo tan poco que no se haze larga cuenta de mí y de los de mi linage; y querría, si tuviéssiedes por bien, que emparentássedes conmigo, dándome por muger a vuestra hermana Haxa, que me ha parecido tan bien que yo me holgaré mucho ser vuestro cuñado y pariente. Y en ley de Moro hidalgo juro, que yo pudiera en Granada estar muy delanteramente casado y en lo mejor della, mas no he querido casarme hasta agora que he visto a vuestra hermana, que me ha robado mi libre voluntad.» Con esto calló el Zegrí, aguardando la diffinitiva sentencia de su bien o de su mal. Los forasteros cavalleros hermanos de Haxa se miraron el uno al otro y se comunicaron en breves razones, y al fin considerando el valor de los Zegrís, de cuya fama estava todo el mundo lleno, le dieron

luego el sí, confiando que su padre haría lo que ellos hiziessen y lo tenía por muy bueno. El cavallero Zegrí, con la respuesta de su gloria, sin más aguardar se levantó delante el Rey, hincadas las rodillas le habló desta suerte: «Alto y poderoso Rey, suplico a vuestra Magestad, que ya que nuestra insigne ciudad de Granada está puesta en fiestas por los altos casamientos en ella hechos, que el mío juntamente con los demás se celebre. Porque vuestra Magestad sabrá que yo, vencido de los amores de la hermosa Haxa, la demandé en casamiento a sus dos hermanos; los quales, sabiendo quién yo soy, lo han tenido por bien y me la han dado por muger. Por lo qual suplico a vuestra Magestad sea servido de que nuestros desposorios, conforme a nuestros ritos, ayan lugar; pues tal ocasión a tan buen tiempo se nos ofrece.» El Rey, mirando la dama y a sus hermanos, maravillado de tan repentino acuerdo dellos, dixo: «Que si ellos querían y la dama consentía en ello que él holgava grandemente de tales bodas.» Todos quedaron maravillados del caso, y callaron por ver en qué parava la cosa. Mas el valeroso Reduán, assí como mordido de sierpe venenosa, se levantó en pie y dixo: «Señor, este casamiento que pide el Zegrí no ha lugar, aunque sus hermanos de la dama lo ayan prometido. Porque la dama es mi esposa desde el punto que yo la libré de los cavalleros Christianos, y entre los dos estamos ya dadas palabras, y ay dadas prendas de Fe el uno al otro, y nadie me impida mi casamiento, si no quiere morir a mis manos; y si agravio se me hiziese, por el mismo caso se avía de perder Granada. Y porque se sepa y entienda la verdad, la dama puede dezir lo que passa en este caso.» El Zegrí respondió muy alborotado que ella no se podía casar sin licencia de sus hermanos y padre, y que suya era y la defendería hasta la muerte. Reduán que aquello oyó, ardiendo en saña se fué para él assí como un león; los cavalleros de palacio se levantaron todos, los Zegrís a favorecer su deudo, y los parientes y amigos de Reduán de otra parte, y en su favor todos los cavalleros Abencerrages y Muça con ellos. Visto el Rey el grande escándalo que se esperava, manda a pena de muerte a qualquiera que más hablasse en el caso; que él determinaría lo que avía de ser. Con esto se sossegaron todos, aguardando la determinación suya. Y visto el Rey estar todos sossegados, se levantó y fué al estrado de la Reyna y las damas, que todas estavan alborotadas, y tomando de la mano a la hermosa Haxa, la sacó en medio de la sala y le dixo «que tomasse de aquellos dos cavalleros el que más quisiesse.» Para lo qual mandó a Reduán y al Zegrí que se pusiessen juntos. Y esto hecho ansí, la dama hermosa se

halló muy atajada y confusa, y visto que no podía hazer otra cosa, pues lo mandava el Rey, aunque se le puso delante el aver sus hermanos dado palabra al Zegrí, como ella amasse a Reduán, determinóse de le cumplir la palabra que le avía dado en la vega el día que la librara: y ansí, passo ante passo, siendo llevada del Rey por la mano hasta llegar a los dos cavalleros, y en llegando, haziendo mesura al Rey, echó mano de Reduán, diziendo: «Señor, éste quiero por marido.» Muy corrido y avergonçado quedó el Zegrí de aquel caso, y no pudiendo soportar su dolor se salió de palacio con intento de se vengar de Reduán, del qual se celebraron aquel día las bodas y otro siguiente, haziendo en el Real Palacio grandas fiestas y zambra. Y estando toda la Corte en estas fiestas, vino nueva como muy gran quantidad de Christianos corrían la vega y la talavan, de suerte que fué necessario dar de mano á las fiestas por salir a la vega a pelear con los Christianos. El valeroso Muça, como capitán general, salió muy presto al campo acompañado de grande cavallería y peonage, que passavan más de mil de cavallo y dos mil peones. Y en llegando al esquadrón de los Christianos, travaron batalla con ellos muy sangrienta, en la qual murieron muchos de ambas partes. Mas al fin, siendo el poder de los Moros más con tres tanta gente que los Christianos, quedaron vencedores y ganaron dos vanderas Christianas y captivaron muchos Christianos; aunque les costó bien cara esta victoria, porque murieron más de seyscientos Moros en la batalla. Este día hizieron los cavalleros Abencerrages y Alabezes grandes cosas en armas; y si no fuera por su valor y ſortaleza, no se venciera la batalla. Bolvió Muça con esta victoria, de que no poco holgó el Rey con ella. También se señaló este día el buen Reduán, á quien el Rey abraçó con grande amor, y por la victoria tornaron a las fiestas de los casamientos, que duraron más de otros ocho días. Los quales passados, el Rey determinó hazer entrada en tierra de Christianos, porque avía grandes días que no salían a corredurías; y assí determinó de salir la buelta de Jaén, que era la ciudad que más daño hazía a la ciudad de Granada y su vega; y dando cargo a Reduán, como estava tratado y atrás avemos dicho, se partió de Granada como agora oyréys y lo que les sucedió contaremos.

CAPÍTULO TREZE, QUE CUENTA LO QUE AL REY Chico y su gente sucedió yendo a entrar a Jaén, y la gran traición que los Zegrís y Gomeles levantaron a la Reyna Mora y a los cavalleros Abencerrages, y muerte dellos.

El último y postrero día de las fiestas, aviendo acabado el Rey de comer con los más principales cavalleros de su Corte, a todos habló de esta manera: «Bien sé, leales vassallos y amigos, que ya os será ociosa la vida passada, en tantas fiestas como avemos passado, y que a bozes os está llamando el fiero y sangriento Marte, de cuyo exercicio siempre fuystes ocupados. Agora, pues, que Mahoma nos ha dexado ver las fiestas tan solennes que avemos hecho en nuestra antigua y insigne ciudad de Granada, y los casamientos tan principales como en nuestra Real Corte se han celebrado, será muy justo que bolvamos a la guerra contra los Christianos; pues ellos nos vienen a buscar hasta dar en vuestros muros. Y para esto ya sabéys, mis buenos amigos, que los días passados le pedí a Reduán una palabra que me dió en que me daría ganada a Jaén en una noche. Y él de nuevo me la tornó a confirmar, pidiéndome solos mil hombres; mas yo quiero que sean cinco mil, y que me la cumpla. Y para esto doy a mi hermano Muça cargo de hazer la gente del número que digo; dos mil cavallos y tres mil peones, y que sean todos expertos en las armas, y que Reduán vaya en esta jornada su General; y demos vista a la ciudad de Jaén, de quien tantos daños avemos recebido y recebimos. Que si a Jaén yo veo a mi poder rendida, por mi real corona juro, que yo ponga en aprieto a Úbeda y Baeça, con todo lo demás de su redondez. Y para esto quiero que luego me digáys vuestro parecer.» Calló con esto el Rey, aguardando respuesta de sus varones. Reduán se levantó en pie y dixo que él cumpliría su palabra. Luego el valeroso Muça dixo que él daría la gente en tres días, hecha y puesta en la vega. Todos los demás cavalleros que allí estavan respondieron que hasta la muerte le ayudarían con sus personas y haziendas. El Rey se lo agradeció mucho a todos por su ofrecimiento. Los dos hermanos cavalleros, hermanos de la hermosa Haxa, con licencia del Rey se bolvieron a Ronda, adonde fueron de sus padres bien recebidos, y por una parte alegres con el casamiento de su hija con Reduán, y

por otra llenos de pesar y tristeza por la muerte de sus dos hijos. Mas viendo que el desconsuelo no les valía nada para su pena, se contentavan con tener tan buen yerno como era Reduán. En este tiempo mandó el Rey a Zulema Abencerrage que se fuese a ser Alcayde a la fuerça de Moclín; el qual se fué luego, llevando consigo a su querida Daraxa. El padre de Galiana se tornó a la ciudad de Almería, dexando a la hermosa Zelima en compañía de su hermana. Otros muchos cavalleros se fueron a sus Alcaydías por mandado del Rey, encargándoles la guarda y custodia de ellas. El valeroso Muça, con mucho cuidado, hizo cinco mil hombres de pie y de cavallo, toda gente muy luzida y valerosa para la guerra, y al cabo de quatro días los tuvo todos en la vega de Granada. Y por mandado del Rey vino Muça con la gente a la ciudad donde se hizo reseña de la gente toda. Y visto el Rey la bizarría y gallardía della, luego quiso con ella partirse la buelta de Jaén, dando a Reduán la conduta de capitán por aquella vez. De lo qual Muça holgó mucho que Reduán la llevasse; porque hazía él cuenta que la llevaba, sabiendo que Reduán era muy buen cavallero. Y assí por las puertas de Elvira salió toda la armada muy concertada, que era cosa de ver; la gente de cavallo yva repartida en quatro partes y cada parte llevava un estandarte. La una parte llevava el valeroso Muça, y en su compañía yvan ciento y sesenta cavalleros Abencerrages, y otros tantos Alabezes; cavalleros muy escogidos, y con ellos todos los Vanegas. Su estandarte era rojo y blanco, de un muy rico damasco, y en lo rojo por divisa un bravo salvaje que desquixalava un león, y en la otra parte llevava otro salvaje que con un bastón deshazía un mundo, con una letra que dezía: «Todo es poco». Este vando de cavalleros yva todo muy ricamente adereçados y bien puestos de cavallos y armas; todos vestían marlotas de escarlata y grana, y todos calçavan acicates de oro y plata. La segunda quadrilla era de cavalleros Zegrís, y Gomeles, y Maças, y esta quadrilla yvan de batalla, no menos rica y pujante que la quadrilla referida de Muça, la qual yva de vanguardia. El estandarte de los Zegrís era de damasco verde y morado; llevava por divisa una media luna de plata muy hermosa con una letra que dezía: «Muy presto se verá llena, sin que el Sol eclypsar la pueda.» Todos estos cavalleros Zegrís, y Maças, y Gomeles, eran docientos y ochenta, todos gallardos y bizarros, todos con aljubas y marlotas de paño tunezí, la mitad verde y la mitad de grana; también éstos llevavan acicates de plata. La otra tercera quadrilla llevavan los Adoradines, cavalleros muy principales; con ellos yvan Gazules y Azarques; el estandarte déstos era leonado y amari-

llo; llevavan por divisa un dragón verde, que con las crueles uñas deshazía una corona de oro, con una letra que dezía: «Jamás hallé resistencia». Esta quadrilla yva muy gallarda y hermosa y muy bien encavalgada y armada: serían todos ciento y quarenta. La quadrilla era de Almoradís y Marines y Almohades, cavalleros de gran cuenta; éstos llevaban el Real pendón de Granada; era de Damasco pagizo y encarnado, con muchas bordaduras de oro, y en medio por divisa una hermosa granada de oro, por un lado abierta y por el abertura se mostravan los granos rojos, hechos de muy finíssimos rubís. Del peçón de la granada salían dos ramos bordados de seda verde con sus hojas, que parecían que estavan en el árbol, con una letra al pie que dezía: «Con la Corona nací». En esta rica quadrilla yva el mismo Rey Chico de Granada, cercado de muchos cavalleros, deudos y amigos. Era cosa de ver toda esta cavallería, su riqueza tan grande y bizarría; tanta penachería, tanto blanquear de adargas, tanto relucir de hierros, tantos de buenos cavallos, tantas de bayas yeguas, tantos de pendoncillos en las lanças y tan diversos en colores. Pues si la cavallería salió tan pujante y hermosa, no menos salió la infantería, hermosa y bizarra y bien armada y todos tiradores de arcos y ballestas. Con esta pujança salió el Rey Chico de Granada y tomó el camino de Jaén. Mirávanlo todas las damas de Granada, y más la Reyna su madre, y su mujer la Reyna con sus damas de las torres del Alhambra. Por esta salida que hizo el Rey, se levantó aquel buen romance, aunque antiguo, que dize desta suerte:

«Reduán, si te acuerda,
que me diste la palabra
que me darías a Jaén
en una noche ganada;
Reduán, si tú lo cumples
daréte paga doblada,
y si tú no lo cumpliesses
desterrar te de Granada
y echar te en una frontera
do no gozes de tu amada.
Reduán le respondía,
sin demudarse la cara:
«si lo dixe no me acuerdo,
mas cumpliré mi palabra.»
Reduán pide mil hombres
y el Rey cinco mil le dava.
Por essa puerta de Elvira
se sale gran cavalgada:

quánto del Moro hidalgo,
quánta de la yegua baya,
quánta de la lança en puño,
quánta del adarga blanca,
quánta de marlota verde,
quánta aljuba de escarlata,
quánta pluma y gentileza,
quánto capellar de grana,
quánto bayo borzeguí,
quánto laço qual esmalta,
quánta de la espuela de oro,
quánta estribera de plata.
Toda es gente valerosa
y experta para batalla;
en medio de todos ellos
el Rey Chico de Granada.
Miran los las damas Moras
de las torres del Alhambra;
la Reyna Mora, su madre,
desta manera hablava:
«¡Alhá vaya contigo, hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
y te buelva de Jaén
con mucha honra a Granada!»

No pudo ser tan secreta esta salida del Rey de Granada para Jaén, que en Jaén no se supiesse; porque los de Jaén fueron avisados de las espías que avía suyas en Granada. Otros dizen que el aviso fué dado de unos captivos que se salieron de Granada. Otros dizen que lo dieron los Abencerrages o Alabezes, y esto entiendo que es lo más cierto; porque estos caballeros Moros eran amigos de Christianos. Séase como se fuere, que al fin Jaén tuvo aviso desta entrada de los Moros en su tierra, y ansí de presto se dió aviso a Baeça y a Úbeda, Caçorla y Quesada, y a los demás pueblos allí vezinos. Los quales luego fueron alistados y apercibidos para resistir los enemigos de Granada. Los quales llegaron con la pujança que avéys oído a la puerta de Arenas, donde hallaron gran número de gente que se avían juntado para estorvar aquel passo, por que por allí no hiziesse entrada el enemigo. Mas poco valió, que al fin los Moros, aviendo corrido todo el campo de Arenas, entraron por su puerta, a pesar de los que la guardavan, y corrieron todo el campo de la Guardia y Pegalajara hasta Jódar y Belmar. Los cavalleros de Jaén, con gran presteza, salieron a los enemigos; porque fueron avisados que en la Guardia andava el rebato. De Jaén salieron quatrocientos hijos de algo, todos muy bien adereça-

dos; de Úbeda y Baeça salieron otros tantos; y hechos todos un cuerpo de batalla salieron con gran valor a buscar al enemigo que les corría la tierra; llevando por caudillo y capitán al obispo Don Gonçalo, varón de gran valor. Juntáronse las dos batallas de la otra parte de Río Frío, en un llano, y allí se travaron los unos y los otros, haziendo cruel y sangrienta batalla, la qual fué muy reñida y porfiada. Mas era el valor de los cavalleros Christianos tal y tan bueno, que les convino a los Moros yr retirados hasta la puerta de Arenas, de la qual avían rompido una cadena que la atravessava, y allí fueron los Moros vencidos de todo punto, sino fuera por el valor de los cavalleros Abencerrages y Alabezes que peleavan valerosamente; pero al fin huvo de quedar por los Christianos el campo; mas los Moros, con todo esso, llevaron gran presa de ganados, ansí vacunos como cabríos, de modo que no se señaló de ninguna parte aver demasiada ventaja. El Rey de Granada quedó maravillado en ver la prevención tan repentina de los Christianos, y preguntando a unos Christianos cautivos que allí trayan, qué avía sido la causa de haberse juntado tanta gente en Jaén, le respondieron: «que Jaén avía sido avisado, muchos días avía, de aquella venida, y por esta causa estava toda la tierra puesta en arma y tan presta. Lo qual fué bastante disculpa para Reduán, porque no pudo cumplir su palabra al Rey de darle ganada a Jaén en una noche como dezía. El Rey, enojado y maravillado de aquel aviso, no pudo jamás entender de dónde avía salido, ni quién lo avía dado; mas Reduán muy bien sabía que Jaén no se podía ganar tan fácilmente, ansí más como hombre robusto y valeroso tenía determinado llegar a Jaén y envestirla con el poder de su gente, y cierto que lo hiziera si Jaén no tuviera el aviso que tuvo. Bolvióse el Rey a Granada, llevando gran presa que avía tomado en el camino, donde fué muy bien recebido él y su gente, y Granada hizo fiestas por su venida. Los de Jaén quedaron gloriosos por aver resistido tanta Morisma y muerto muchos dellos. El Rey Chico de Granada, como venía fatigado del camino, ordenó de yr se un día a holgar a una casa de plazer que llamavan los Alixares, y con él fué poca gente, y ésta eran Zegrís y Gomeles; ningún cavallero Abencerrage ni Gazul, ni Alabez fué con él; porque el valeroso capitán Muça los avía llevado a un rebato de Christianos que avían entrado en la vega. El Rey estando en los Alixares holgándose, un día, aviendo acabado de comer, començó a hablar en la jornada de Jaén y del valor de los cavalleros Abencerrages, como por ellos y por los Alabezes avían ganado gran despojo. Un cavallero Zegrí, que era el que tenía cargo de armar la trayción

a la Reyna y a los Abencerrages, dixo: «Por cierto, señor, si buenos son los Abencerrages, muy buenos y mejores son los cavalleros de Jaén, pues por su valor nos quitaron gran parte de la presa y nos hizieron retirar mal de nuestro grado por fuerças de armas.» Y el Zegri dezía la verdad en esto, que el valor de la gente de Jaén fué muy grande y aquel día quedó con gran nombradía y fama. De aquella batalla y por esso se cantó aquel romance tan antiguo y famoso que dize desta suerte:

Muy rebuelto anda Jaén,
rebato tocan a priessa
porque Moros de Granada
les van corriendo la tierra;
Quatrocientos hijos de algo
se salen a la pelea,
otros tantos han salido
de Úbeda y de Baeça,
de Caçorla y de Quesada,
también salen dos vanderas.
Todos son hidalgos de honra
y enamorados de veras;
y juramentados salen
de manos de las donzellas,
De no bolver a Jaén
sin dar Moro por empresa,
y el que linda dama tiene
quatro le promete en cuerda.
Á la Guardia han allegado
a donde el rebato suena,
y junto del Río Frío
gran batalla se comiença;
Mas los Moros eran muchos,
les hazen gran resistencia,
porque Abencerrages fuertes
llevavan la delantera,
Con ellos los Alabezes,
gente muy brava y muy fiera;
mas los valientes Christianos
furiosamente pelean,
De modo que ya los Moros
de la batalla se alexan,
mas llevaron cavalgada
que vale mucha moneda.
Con gloria quedó Jaén
de la passada pelea,
pues a tanta muchedumbre

de Moros ponen defensa,
grande matança hizieron
en aquella gente perra.

Este romance se compuso por memoria de aquella batalla, aunque otros lo cantaron de otra manera. De la una o de la otra, la historia es la que se ha contado. El otro romançe se començava desta suerte:

Ya repican en Andúxar,
en la Guardia es el rebato,
ya se salen de Jaén
quatro-cientos hijos de algo
Y de Úbeda y Baeça
se salieron otros tantos;
todos son mancebos de honra
y los más enamorados;
De manos de sus amigas
todos van juramentados
de no bolver a Jaén
sin dar Moro en aguinaldo.
Y el que linda amiga tiene
le promete tres y cuatro.
Por Capitán se lo llevavan
al obispo Don Gonçalo.
Don Pedro Caravajal
desta manera ha hablado:
«¡Adelante, cavalleros,
que me llevan el ganado,
Si de algún villano fuera
ya lo uviérades quitado;
alguno va entre nosotros
que se huelga de mi daño,
Yo lo digo por aquel
que lleva el roquete blanco.»

Desta manera va este romance diziendo; mas éste y el otro passado, todos vienen a un punto y a una misma cosa. Y aunque son romances viejos, es muy bueno traerlos a la memoria para los que agora vienen al mundo; porque entiendan la historia porque se cantaron. Y aunque los romances son viejos, son buenos para el effecto que digo. Sucedió esta batalla en tiempo del Rey Chico, de Granada, año de mil y quatrocientos y noventa y un años. Bolvamos agora al Rey Chico, de Granada, que estava en los Alixares, como avemos dicho, donde el cavallero Zegrí le dixo que los cavalleros de Jaén eran de más valor que los Abencerrages; pues les avian hecho retirar

a pesar suyo. A lo qual respondió el Rey: «Bien estoy con esto, pero si no fuera el valor de los cavalleros Abencerrages y Alabezes, no fuera mucho no bolver ninguno de nosotros a Granada; mas ellos hizieron tanto por su valor, que salimos a nuestro salvo, sin que nos quitassen la cavalgada del ganado que truximos y de algunos captivos». «O qué ciego que está vuestra Magestad—dixo el Zegrí—, y cómo buelve por quien son traydores a la real Corona, y lo causa la demasiada bondad y confiança que vuestra Magestad tiene deste linage de los Abencerrages, sin saber en la trayción en que andan. Muchos cavalleros ay en Granada que lo han querido dezir y no se atreven, ni han osado, respecto del buen crédito que contigo, señor, este linage tiene. Y en verdad que yo no quisiera dezirlo; mas soy obligado a bolver por la honra de mi Rey y señor. Y assí digo a vuestra Magestad, que de ningún cavallero Abencerrage se fíe de oy más, en ninguna manera, sino quieres perder el Reyno». Turbado el Rey, le dixo: «Pues dime, amigo, lo que sabes; no me lo tengas cubierto, que yo te prometo grandes mercedes». «No quisiera ser yo el descubridor deste secreto, sino que otro lo fuera; mas pues vuestra Magestad me lo manda, lo avré de dezir; dándome palabra real de no descubrirme: porque ya vuestra Magestad sabe que yo y todos los de mi linage estamos mal puestos en las voluntades de los Abencerrages, y podrían dezir que de embidia de su nobleza y próspera fortuna y fama los avemos revuelto con vuestra Magestad, lo qual yo no querría por todo lo del mundo». «No receléys tal cosa—dixo el Rey—, que yo doy mi Real palabra que nadie lo entienda de mí, ni por mí sea descubierto». «Pues manda vuestra Magestad llamar a Mahandin Gomel, que también sabe este secreto, y a mis dos sobrinos Mahomad y Alhamuy, que ellos son tales cavalleros que no me dexarán mentir, según lo que éstos han visto, y otros quatro cavalleros Gomeles, primos hermanos del Mahandín Gomel, que digo.» El Rey, sin más, sosiego, los mandó llamar, y siendo venidos todos en secreto, sin que más cavalleros uviesse, el Zegrí començó a dezir desta suerte (como que le pesava mostrando en su aspecto): «Sabrás, poderoso Rey, que todos los cavalleros Abencerrages están conjurados contra ti para matarte por quitarte el Reyno. Y este atrevimiento ha salido dellos, porque mi señora la Reyna tiene amores con el Abencerrage llamado Albinhamad, que es uno de los más ricos y poderosos cavalleros de Granada. Qué quieres, o Rey de Granada que te diga, sino que cada Abencerrage es un Rey, es un Señor, es un Príncipe: no ay en Granada suerte de gente que no lo adore: más preferidos son que vuestra

Magestad. Bien tendréys en la memoria, señor mío, quando en Generalife hazíamos Zambra, que el Maestre embió a pedir desafío, y salió Muça por suerte: pues aquel día, yendo paseando yo y este cavallero Gomel que está presente por la huerta de Generalife, por una de aquellas calles que están hechas de arrayhán, de improviso, debaxo de un rosal, que haze rosas blancas, que es muy grande, yo vide a la Reyna holgar con Albinhamad. Y era tanta la dulçura de su passatiempo, que no nos sintieron: yo se lo mostré a Mahandín Gomel, que está presente, que no me dexará mentir, y muy quedo nos desviamos de aquel lugar y aguardamos en qué parava la cosa: y a cabo de rato vimos salir a la Reyna sola por allá debaxo, junto de la fuente de los Laureles, y poco a poco se fué a donde estavan las damas muy dissimuladamente. De allí á una gran pieça vimos salir Albinhamad, muy de espacio, dissimulado, dando bueltas por la huerta, cogiendo rosas blancas y rojas, y dellas hizo una guirnalda y se la puso en la cabeça. Nosotros nos fuymos hazia él como que no sabíamos nada, y le hablamos preguntando en qué se passa el tiempo. A lo qual Albinhamad nos respondió: «Ando tomando plazer por esta huerta, que es muy rica y tiene mucho que ver». Y diziendo esto nos dió a cada uno de nosotros dos rosas, y ansí nos venimos hablando hasta llegar donde vuestra Magestad estava con los demás cavalleros. Quisimos darte aviso de lo que passava y no osamos, por ser cosa de tanto peso, por no disfamar a la Reyna y alborotar tu Corte, porque entonces eras aún nuevo Rey. Y esto es lo que passa, y abre el ojo y mira que ya que has perdido la honra no pierdas el Reyno y despues la vida, que es más que todo. ¿Es posible que no has advertido ni caydo en las cosas de los Abencerrages? ¿No te acuerdas, en el juego de la sortija, de aquella Real Galera que el vando Abencerrage metió, cómo en el espolón traya un mundo hecho de cristal, y al torno dél unas letras que dezían «Todo es poco»? En esto ellos dan á entender que el mundo es poco para ellos: y en la copa della, en lo alto del fanal, trayan un salvage que desquixalava un león. Pues ¿qué quiere ser esto, sino tú el león y ellos quien te acaba y aniquila? Buelve, señor, sobre ti, haz castigo que assombre el mundo, mueran los Abencerrages y muera la descomedida y adultera Reyna, pues assí pone tu honra por tierra». Sintió tanta pena y dolor el Rey en oyr cosas tales como aquel traydor Zegrí le dezía, que dando crédito a ellas se cayó amortecido en tierra gran espacio de tiempo. Y al cabo de tornar en sí, abriendo los ojos, dió un profundo sospiro, diziendo: «O, Mahoma, y en qué te offendí; ¿éste es el pago que me das por los bienes y

servicio que te he hecho, por los sacrificios que tengo offrecidos, por las Mezquitas que tengo en tu nombre hechas, por la copia de incienso que he quemado en tus altares? A, traydor, cómo me has engañado. No más traydores; vive Alhá que han de morir los Abencerrages y la Reyna ha de morir en fuego. Sus, cavalleros, vamos a Granada y préndase la Reyna luego, que yo haré tal castigo que sea sonado por el mundo.» Uno de los cavalleros traydores, que era Gomel, dixo: «Esso no, que no lo acertarás; porque si a la Reyna se prende, todo es perdido y pones tu vida y Reyno en condición de perderse: porque si la Reyna se prende, luego Albinhamad sospechará la causa de su prisión y recelarse ha, y convocará a todos los de su linage que estén alistados para tu daño y en defensa de la Reyna. Y sin esto, ya sabes que son de su vando y parcialidad los Alabezes y Vanegas y Gazules, que son todos la flor de Granada. Mas lo que se ha de hazer para tu vengança es que muy sossegadamente y sin alboroto mandes un día llamar a los Abencerrages que vengan a tu Palacio Real, y esta llamada a de ser uno a uno, y ten veynte o treynta cavalleros muy adereçados de armas, de quien tú, señor, te fíes, y en entrando que entre el cavallero Abencerrage, mándale luego degollar. Y siendo assí hecho uno a uno, quando el caso se venga a entender ya no quedará ninguno de todos ellos: y quando se venga a saber por todos sus amigos, y ellos quisieren hazer algo contra ti, ya tendrás el Reyno amedrentado y en tu favor a todos los Zegríes, y Gomeles, y Maças, que no son tan pocos ni valen tan poco que no te sacaran a paz y a salvo de todo peligro. Y esto hecho, mandarás prender a la Reyna, y pondrás su negocio por justicia, haziéndole su acusación de adúltera, y que de quatro cavalleros que entren con otros quatro que le acusaron a hazer batalla. Y que si los cavalleros que la defendieren vencieren a los quatro acusadores, que será la Reyna libre; y que si los cavalleros de su parte fueren vencidos, que muera la Reyna. Y desta forma, todos los del linage de la Reyna, que con Almoradís, y Almohades, y Marines, no se mostrarán tan esquivos ni se moverán assí tan ligero, pensando que está la justicia de tu parte, y lo tendrán por muy bueno. Y en lo demás, dexa, señor, hazer a nosotros que todo lo allanaremos, de modo que quedes vengado y tu vida y Reyno seguro.» «Bien me aconsejáys, o cavalleros leales míos—dixo el Rey—. Mas ¿quién serán los quatro cavalleros que harán el acusación á la Reyna y entrarán por ello en batalla, que sean tales, que salgan con su pretensión?» «No cure vuestra Magestad desso—dixo el traydor Zegrí—, que yo seré el uno; y Mahardón, mi

primo hermano, el otro; y Mahandín, el tercero; y su hermano Alyhamete, el quarto. Y fía en Mahoma, que agora en toda tu Corte no se hallarán otros quatro que tan valientes sean ni de tanto valor, aunque se ponga Muça en cuenta». «Pues, sus—dixo el engañado y desventurado Rey—, hágase assí; vamos a Granada y daremos orden en tomar justa vengança. ¡O, Granada, desaventurada de ti, y qué vuelta se te apareja, y qué cayda has de dar tan grande, que jamás no te puedas levantar ni cobrar tu nobleza ni riqueza!» Con esto se fueron los traydores y el Rey á Granada, y entrando en el Alhambra se fueron a la Real Casa del Rey, a donde la Reyna con sus damas le salieron a recebir hasta las puertas del Real Palacio. Mas el Rey no quiso poner los ojos en la Reyna, sino passar de largo, sin detenerse con ella como solía, de que no poco maravillada la Reyna se recogió a su aposento con sus damas, no sabiendo la causa de aquel no usado desdén del Rey. El qual passó aquel día dissimuladamente con sus cavalleros hasta la noche, que muy temprano cenó y se fué a recoger a su cámara, diziendo que se sentía indispuesto. Assí todos los cavalleros se fueron a sus posadas. Toda aquella noche el desventurado Rey passó occupado en mil pensamientos; no podía reposar; dezía entre sí. ¡O, sin ventura Audillí, Rey de Granada, quán a punto estás de perderte a ti y a tu Reyno. Si yo mato estos cavalleros, gran mal a mi y a mi Reyno se apareja; y si no los mato y es verdad lo que me han dicho, también soy perdido: no sé qué remedio tome para salir de tantas tribulaciones! ¿Es possible que cavalleros de tan claro linage pensassen hazer tal trayción? No me puedo persuadir a creer tal. ¿Y es possible que mi muger, la Reyna, hiziesse tal maldad? No lo creo; porque jamás he visto en ella cosa que no deva a recatada muger. Mas ¿a qué propósito y a qué causa los Zegrís me han dicho esto? No sin mysterio me lo han dicho. Si ello es ansi, vive Alhá poderoso, que han de morir los Abencerrages y la Reyna. En esto y en otros diversos pensamientos passó el Rey toda aquella noche, sin poderla dormir, hasta la mañana, que se levantó y salió a su Real Palacio, donde halló muchos cavalleros que le aguardavan, todos Zegrís, y Gomeles, y Maças, y con ellos los cavalleros traydores; todos se levantaron de sus assientos y hizieron grande mesura al Rey, dándole los buenos días. Y estando en esto entró un escudero que dixo al Rey cómo la noche passada avía venido Muça y los cavalleros Abencerrages de la vega de pelear con los Christianos, y trayan dos vanderas de Christianos ganadas y más de treynta cabeças. El Rey mostró holgarse dello, mas otra le quedava. Y llamando a parte al traydor Zegrí le

dixo que luego pusiesse treynta cavalleros muy bien adereçados en el Quarto de los Leones, y que tuviesse apercebido un verdugo con todo lo necessario para lo que estava tratado. Luego el traydor Zegrí salió del Real Palacio y puso por obra lo que el Rey le mandara. Y estando todo puesto a punto, el Rey fué avisado dello y se fué al Quarto de los Leones, a donde halló al traydor Zegrí con treynta cavalleros Zegrís y Gomeles, muy bien adereçados, y con ellos un verdugo. Y al punto, con un page suyo mandó llamar a Abencarrax, su alguazil mayor. El page fué y lo llamó de parte del Rey: Abencarrax fué luego al Real llamado. Y ansí como entró en la quadra de los Leones le echaron mano sin que pudiesse hazer resistencia; y allí, en una taça de alabastro muy grande, en un punto fué degollado. Desta suerte fué llamado Albinhamad, el que fué acusado de adulterio con la Reyna, y también fué degollado como el primero. Desta suerte fueron degollados treynta y seys cavalleros Abencerrages de los más principales de Granada, sin que nadie lo entendiesse. Y fueran todos sin que quedara ninguno, sino que Dios nuestro Señor bolvió por ellos: porque sus obras y valor no merecieron que todos acabassen tan abatidamente por ser muy amigos de Christianos y averles hecho muy buenas obras. Y aun quieren dezir los que estavan allí al tiempo del degollar, que morían Christianos, llamando a Christo Crucificado que fuesse con ellos, y en aquel postrer trance les favoreciesse: y ansí se dixo después. Bolviendo al caso, no quiso Dios que aquella crueldad passasse de allí, y fué que un pagezillo, a caso de uno destos cavalleros Abencerrages, se entró sin que nadie lo echasse de ver con su señor, el qual vido cómo a su señor degollaron, y vido todos los demás cavalleros degollados, los quales él conocía muy bien. Y al tiempo que abrieron la puerta para yr a llamar a otro cavallero, el pagezillo salió, y todo lleno de temor llorando por su señor, junto de la fuente del Alhambra, donde agora está el alameda, encontró con el cavallero Malique Alabez y con Abenámar y Sarrazino, que subían al Alhambra para hablar con el Rey. Y como allí los encontrasse, todo lloroso y temblando les dixo: «¡Ay, señores cavalleros, que por Alhá sancto, que no passéys más adelante, sino queréys morir mala muerte!» «¿Cómo ansí?» —respondió Alabez. «Cómo, señor—dixo el page—, avréys de saber que dentro del Quarto de los Leones ay grande cantidad de cavalleros degollados, todos son Abencerrages, y mi señor con ellos, que yo lo vi degollar; porque yo entré con él y no pararon mientes en mí, porque el sancto Alhá ansí lo permitió; y quando tornaron a abrir la puerta falsa del Quarto de los Leones me salí: por

Mahoma sancto que pongáis cobro en esto.» Muy maravillados quedaron los tres cavalleros Moros; y mirándose los unos a los otros no sabían qué se dezir, si lo creyessen o no. Abenámar dixo: «que me maten sino ay gran trayción, si esto es». «¿Pues cómo lo sabremos?» —dixo Sarrazino—. «Cómo, yo os lo diré» —dixo Alabez—. Quedaos, señores, aquí vosotros, y si viéredes que sube algún cavallero al Alhambra, sea Abencerrage o no lo sea, no le dexéys subir; decid que se detengan un poco, y tan en tanto yo me llegaré a la Casa Real y sabré lo que passa; yo seré aquí brevemente». «Guíe os Alhá —dixo Abenámar—; aquí aguardaremos». El Malique salió a toda priessa al Alhambra, y al entrar por la puerta della encontró con el page del Rey que a gran priessa salía. El Malique le preguntó: «¿A dónde bueno con tal priessa?» «A llamar voy un cavallero Abencerrage»—, respondió el page. «¿Quién le embía a llamar?» —dixo el Malique. «El Rey mi señor—el page le respondió—; no me detengáis, que no me cumple parar nada. Mas si vos, señor Malique, queréys hazer una buena obra, abaxad a la ciudad, y a todos los Abencerrages que encontréys les diréys que se salgan luego de Granada, porque ay grande mal contra ellos.» Y diziendo esto el page, no paró allí un punto, sino a gran priessa se fué a la ciudad. El valiente Malique Alabez, estando satisfecho y cierto de algún gran mal, bolvió a donde avía dexado a Sarrazino y al buen Abenámar, y les dixo: «Buenos amigos, ciertamente ay gran mal contra los cavalleros Abencerrages; porque un page del Rey, si acaso lo avéys visto passar a priessa por aquí, me dixo que a todos los Abencerrages que encontrasse les diesse aviso que se saliessen de la ciudad, porque ay grande mal contra ellos.» «Válame Alhá—dixo Sarrazino—, que me maten sino andan los Zegrís en esto: Vamos presto a la ciudad y demos aviso de lo que passa, porque a tan gran mal se ponga algún remedio.» «Vamos—dixo Abenámar—que en esto no quiere aver descuydo.» Y diziendo esto, todos tres, a gran priessa, se bolvieron a la ciudad, y antes de llegar a la calle de los Gomeles encontraron con el Capitán Muça y con más de veynte cavalleros Abencerrages, de los que avían ydo a la Vega a pelear con Christianos, y le yvan a hablar al Rey para darle cuenta de aquella jornada. Alabez, como los vido, les dixo todo alborotado: «Cavalleros, poneos en cobro, que una gran trayción ay armada contra vosotros, y sabed que el Rey ha mandado matar más de treynta cavalleros de vuestro linage.» Los Abencerrages espantados y atemorizados no supieron qué se decir; mas el valeroso Muça les dixo: «A fe de cavallero, que si trayción ay, que en ella andan Zegrís y Go-

meles; porque yo he parado mientes y no parecen en la ciudad, que todos deven de estar en el Alhambra con el Rey.» Y diziendo esto bolvió atrás diciendo: «Vénganse todos conmigo, que yo pondré remedio en este caso.» Ansí todos se bolvieron con el valeroso Muça a la ciudad, y en llegando a la Plaça Nueva, como fuese Muça Capitán general de la gente de guerra, en un punto mandó llamar un añafil: y siendo venido mandó que tocase a recoger a priessa. El añafil, haziéndolo assí, siendo el añafil oydo, en un punto se juntó grande cantidad de gente, assí de cavallo como de a pie, y los capitanes que solían acaudillar las vanderas y gente de guerra. Juntáronse muchos cavalleros de mayor cuenta y todos los más principales de Granada; sólo faltaron Zegrís, y Gomeles, y Maças, por donde se acabaron de enterar y satisfacer que los Zegrís andavan en aquella trayción. Quando estuvo toda esta gente junta, al valeroso Malique Alabez, como no le cogía el coraçón en el cuerpo, començó a decir a voces: «Cavalleros y gente ciudadana valerosa que estáis presentes, sabed que ay gran trayción, que el Rey Chico ha mandado degollar gran parte de los cavalleros Abencerrages, y si no fuera descubierta la traición por orden del santo Alhá, ya no quedara ninguno a vida; vamos todos a la vengança; no queremos Rey tyrano, que assí mata los cavalleros que defienden su tierra.» Apenas el Malique Alabez uvo acabado, quando todo el tumulto de la gente plebeya començó a dar grandes bozes y alaridos apellidando toda la ciudad, dixiendo: «Trayción, trayción, que el Rey a muerto los cavalleros Abencerrages. Muera el Rey, muera el Rey; no queremos Rey traydor.» Esta boz y confuso ruydo començó a correr por toda Granada con un furor diabólico, y todos tomaron armas a gran priessa y començaron a subir al Alhambra, y en un improviso fueron juntos más de quarenta mil hombres, ciudadanos, oficiales, mercaderes, labradores y otros géneros de gente, que era cosa de espanto y admiración ver en tan breve punto junta tanta muchedumbre de gente, sin la cavallería que se juntó, que era grande, de Abencerrages que avían quedado, que passaban de más de docientos cavalleros: con ellos Gazules, Venegas y Alabeces, Almoradis, Almohades, Azarques y todos los demás de Granada. Los quales dezían a bozes: «Si esto se consiente, otro día matarán a otro linage de los que quedan». Era tanta la bozería y rumor que andava, y un conflito confuso que a toda Granada assordava, y muy lexos de allí se oyan los gritos de los hombres, los alaridos de las mugeres, el llorar de los niños. Finalmente, passava una cosa que parecía que se acabava el mundo; de tal manera, que muy claro se oya en el Alham-

bra. Y recelando lo que era, el Rey, muy temeroso, mandó cerrar las puertas del Alhambra, teniéndose por mal aconsejado en lo que avía hecho y muy espantado como se avía descubierto aquel secreto. Llegó, pues, aquel tropel y confusión de gente al Alhambra, dando alaridos y bozes, diziendo: «Muera el Rey, muera el Rey». Y como hallassen las puertas cerradas, de presto mandaron traer fuego para quemarlas, lo qual fué luego hecho. Por cuatro o seys partes pusieron fuego al Alhambra, con tanto ímpetu y braveza, que ya se començava a arder. El Rey Mulahazen, padre del Rey Chico, como sintió tan gran revuelta y ruydo, siendo ya informado de lo que era, muy enojado contra el Rey, su hijo, desseando que le matassen, mandó al punto abrir una puerta falsa del Alhambra, diziendo que él quería salir a apaciguar aquel alboroto. Mas apenas fué la puerta abierta, quando avía mil hombres para entrar por ella. Y como reconocieron al Rey viejo, arremetieron a él, y levantándolo en alto dezían: «Este es nuestro Rey y no otro ninguno, viva el Rey viejo Mulahazen». Y dexándolo puesto en buena guarda, por la puerta falsa entraron gran cantidad de cavalleros y peones; los que entraron eran Gazules, Alabezes y Abencerrages, con algunos peones, que passavan de más de docientos. El Rey viejo cerró presto la puerta falsa, mandando a muchos que con él avían quedado que la defendiessen, porque no uviesse dentro del Alhambra más mal de lo que podía aver con la gente que avía dentro. Mas poco aprovechó esta diligencia, porque la gente que estava dentro era bastante a destruyr cién Alhambras. Y la otra corría por todas las calles dando vozes, diciendo: «Muera el Rey y los demás traydores». Y con este ímpetu llegaron á la Casa Real, donde hallaron sola a la Reyna y sus damas como muertas, no sabiendo la causa de tan grande alboroto y novedad. Y preguntando dónde estava el malo Rey, no faltó quien dixo que estava en el Quarto de los Leones. Luego, todo el golpe de la gente de tropel fué allá, y hallaron las puertas cerradas con fuertes cerraduras; mas poco les aprovechó su fortaleza, que allí las hizieron pieças y entraron dentro, a pesar de muchos cavalleros Zegrís que allí avía, que defendían la entrada. Y entrando los cavalleros Abencerrages, y Gazules, y Alabezes, y viendo la mortandad de los cavalleros Abencerrages que avía en aquel patio, que el Rey avía mandado degollar, quién os dirá la saña y corage que los Abencerrages vivos uvieron y sintieron de aquel cruel espectáculo, y con ellos todos los demás que los acompañavan. No pudiera aver tigres tan crueles como ellos; y assí, dando bozes, arremetieron a más de quinientos cavalleros Zegrís, y Gomeles, y Maças,

que estavan en aquel ancho y gran patio por defender al Rey Chico, diziendo: «Mueran los traydores que tal trayción han hecho y aconsejado». Y con ánimo furibundo dieron en ellos a cuchilladas. Los Zegrís y los de su parte se defendían muy poderosamente, porque estavan muy bien adereçados y apercebidos para aquel caso. Mas poco les valía su apercibimiento, que allí les hacían pedaços: porque en menos de una hora ya tenían muertos gran número de cavalleros Zegrís, y Gomeles, y Maças. Y siguiendo su porfía, yvan matando y hiriendo más dellos: allí era el ruydo y bozería; allí acudía toda la gente que avía subido de la ciudad, y siempre diziendo: «Muera el Rey y los traydores». Fué tal la destruyción que los cavalleros Abancerrages, y Alabezes, y Gazules, hizieron, y tal fué la vengança de los Abencerrages muertos, que de todos los Zegrís que allí se hallaron, y Gomeles, y Maças, quedaron pocos en vida. El desaventurado Rey se escondió, que no podía ser hallado. Esto hecho, los cavalleros muertos a trayción, que eran treynta y seys de los más ricos y principales, los baxaron a la ciudad, allí, en la Plaça Nueva; sobre paños negros los pusieron para que toda la ciudad los viesse y la moviesse a compassión, viendo un tan doloroso y triste espectáculo lleno de crueldad. Toda la demás gente andava por toda el Alhambra buscando el Rey con tal alboroto que se hundían todas aquellas torres y casas, resonando el eco de lo que passava por todas aquellas montañas. Y si tempesta y ruydo había en el Alhambra, no menos tumulto y llanto avía en la desdichada ciudad. Todo el pueblo en común llorava los muertos Abencerrages. En particulares casas lloravan a los muertos Zegrís, y Gomeles, y Maças, y otros cavalleros, que murieron á vueltas de ellos en la borrasca. Y assí por este conflicto y alboroto desventurado se dixo este romance, que assí comiença y dize:

En las torres del Alhambra
sonava gran bozería,
y en la ciudad de Granada
grande llanto se hazía,
Porque sin razón el Rey
hizo degollar un día
treynta y seys Abencerrages
Nobles y de grande valía,
a quien Zegrís y Gomeles
acusan de alevosía.
Granada los llora más,
con gran dolor que sentía,
que en perder tales varones
es mucho lo que perdía.

Hombres, niños y mugeres
lloran tan grande perdida;
lloravan todas las damas
quantas en Granada avía.
Por las calles y ventanas
mucho luto parecía;
no avía dama principal
que luto no se ponía;
Ni cavallero ninguno
que de negro no vestía,
sino fueran los Gomeles
do salió el alevosía,
Y con ellos los Zegrís,
que les tienen compañía.
Y si alguno luto lleva
es por los que muerto avían
los Gazules y Alabezes
(por vengar la villanía)
en el Quarto de los Leones,
con gran valor y osadía.
Y si hallaran al Rey
le privaran de la vida
por consentir la maldad
que allí consentido avía.

Bolviendo agora al sangriento y pertinaz motín de la granadina gente contra el Rey Chico y sus valedores, es de saber que el valeroso Muça, como vido poner fuego al Alhambra, con gran presteza puso remedio en aplacar sus furiosas llamas. Y sabiendo que el Rey Mulahazen, su padre, avía mandado abrir la puerta falsa del Alhambra, luego se fué para allá, acompañado de una gran tropa de cavalleros y peones. Y en llegando halló al Rey Mulahazen acompañado de más de mil cavalleros que le guardavan, y a grandes vozes dezían: «Viva el Rey Mulahazen, al qual reconocemos por señor, y no al Rey Chico, que a tan gran trayción a muerto la flor de los cavalleros de Granada.» Muça dixo: «Viva el Rey Mulahazen, mi padre, que assí lo quiere toda Granada.» Lo mismo dixeron todos los que con él venían; y diziendo esto, entró en el Alhambra y se fueron derechos a la Casa Real, y buscándola toda, no hallaron al Rey. De lo qual se maravillaron mucho, y passando al Quarto de los Leones vieron el gran estrago que allí avía de cavalleros muertos, Zegrís, y Gomeles, y Maças, por las manos de los Abencerrages, y Gazules, y Alabezes. Y Muça dixo: «Si trayción se hizo a los Abencerrages cavalleros, ella se ha vengado bien, aunque la trayción no tiene recompensa ni satisfactión. Y pe-

sándole de lo que veya, salió de allí y fué a la cámara de la Reyna, a la qual hallaron toda llorosa y turbada, acompañada de todas sus damas, y con ella la muy hermosa Zelima, a quien Muça amava grandemente. La Reyna le dixo a Muça temblando: «¿Qué es esto, amigo Muça; qué desaventura es ésta que suena en la ciudad y en el Alhambra, que no puedo dar en lo que sea?» «Cosas son del Rey—dixo Muça—, que sin mirar más de lo que deviera, fué en consentir una notable trayción contra los cavalleros Abencerrages, de quien él ha recebido muy grandes y señalados servicios. Y en pago dellos, oy ha muerto treynta cavalleros, y más ay dentro en el Quarto de los Leones. Éste es el buen recaudo que el Rey mi hermano y vuestro marido oy ha hecho, o permitido que se hiziesse, por lo qual el reyno tiene perdido, y él está, si parece, a punto de se perder, porque ya toda la gente de Granada, assí cavalleros como los demás estados, han recebido a mi padre el Rey Mulahazen por Señor y su Rey. Y a esta causa anda el alboroto y motín que vos, señora, oys.» «Sancto Alhá —dixo la Reyna—, ¿que esso passa? ¡Ay de mí!» Y diziendo esto se cayó amortecida en el suelo, en los braços de la hermosa Galiana, hermana de Zelima. Todas las damas lloravan amargamente el caso doloroso acontecido, y llorava á su triste Reyna, puesta en tal calamidad. La hermosa Haxa y la hermosa Zelima se hincaron de rodillas delante del valeroso Muça, y Zelima, como aquella que lo amava de coraçón, le habló desta manera: «Señor mío, no me levantaré de vuestros pies hasta que me deys palabra de hazer en este hecho tanto que quede apaziguado, y el Rey vuestro hermano quede en su possessión como solía. Que aunque él ha andado descomedido con vos procurando mi amistad, no se ha de mirar en tal tiempo a pagar mal, sino por mal hacer bien; porque de aquí adelante tenga cuenta de no offenderos en este ni en otro cosa alguna, y en esto me haréys á mí muy particular merced.» La hermosa Fátima, que ya sabía el amor de los dos, le terceó, suplicándolo mucho. El gran Muça, como vido a su sol a sus pies postrado, y acompañado de tan hermosa luna, como era Haxa, no pudo dexar de darles palabra que él apaziguaría todo aquel alboroto, y al Rey pornía en possessión de su Reyno. Lo qual dió gran contento a la hermosa Zelima, y en pago dello, Muça le tomó una mano y se la besó, que dama ninguna lo vido sino la hermosa Haxa, porque las damás estavan ocupadas en echar agua en el rostro de la Reyna. La qual tornó en sí llorando, y Muça la consoló lo más que pudo. Y porque se hazía tarde para negociar tanto como avía prometido, se despidió de la Reyna y sus damas, y se salió de la

Casa Real y fué a donde estava el Rey su padre, y le dixo: «Señor, manda que toda la gente se sossiegue y dexe las armas, sino pena de la vida.» Luego el Rey lo mandó assí con pregón Real, por toda el Alhambra y por la ciudad se fué pregonando, y Muça yva mandando como Capitán general de la gente de guerra que todos se recogiessen a sus casas, y a otros rogando. De forma que bien presto se apaziguó el pertinaz motín y rebelión, llevando unos intento de seguir a Mulahazen, otros de segurar al Rey Chico. Para esto ayudavan a Muça todos los más principales de Granada, y los linages desapassionados, que eran Alagezes, Benarages, Laugetes, Azarques, Alarifes, Aldoradines, Almoradís, Almohades y otros muchos señores y cavalleros de Granada. Desta suerte fué todo apaziguado, y Muça rogó a todos que no quitassen a su hermano la obediencia, sino que Granada bolviesse al estado que antes estava; que si traydores y malos cavalleros no huviera que aconsejaran al Rey tan mal como le aconsejaron, no passara assí aquel negocio. Todos los cavalleros le dieron palabra a Muça de no quitar la obediencia a su hermano el Rey, sino fueran los Abencerrages, y Gazules, y Alabezes, y Aldoradines; estos quatro linages, poderosos y ricos, no quisieron estar a la obediencia del Rey Chico, pues que admitió un consejo tan lleno de trayción. Y ansí era la verdad, que el Rey, siendo mal aconsejado, no avía de admitir tan mal consejo, y si lo admitía, llevar el negocio por otro orden, que menos daño a la ciudad y su república le viniera. Y assí, por este mal y traydor consejo, se dixo aquel romance, aunque antiguo bueno, que dize ansí:

Cavalleros granadinos,
aunque Moros hijos dalgo,
con imbidiosos intentos
al Rey Chico van hablando;
gran trayción se va ordenando.
Dizen que los Bencerrages,
linage noble, affamado,
pretenden matar al Rey
y quitarle su reynado;
gran trayción se va ordenando.
Y para emprender tal hecho,
tienen favor muy sobrado
de hombres, niños y mugeres,
todo el granadino estado;
gran trayción se va ordenando.
Y a su Reyna tan querida
de trayción la han acusado,

que en Albín Abencerrage
tiene puesto su cuydado;
gran trayción se va ordenando.

Desta suerte va procediendo este romance antiguo, declarando la historia que avemos contado y la trayción; y porque me aguardan otras cosas de más importancia no se acaba. Pues bolviendo al valeroso Muça, que con gran diligencia procurava aplacar los ayrados pechos de los principales cavalleros y la demás gente, para ponellos bien con el Rey Chico, su hermano, como antes estavan, y ansí truxo muchos a su voluntad, salvo los quatro linages que avemos dicho, y algunos más cavalleros que no quisieron estar a la obediencia del Rey Chico, sino a la del rey Mulahazen. Y ansí siempre huvo en Granada grandes differencias entre los dos Reyes, padre y hijo, hasta que Granada fué perdida; y la causa porque los Gazules, y Alabezes, y Abencerrages, y Aldoradines, no quisieron ser de la parte del Rey Chico, aunque Muça lo trabajó mucho, fué porque ya tenían tratado todos de bolverse Christianos y passarse con el Rey Don Fernando, como adelante oyréys. Pues como viesse Muça la mayor parte o toda de la ciudad a su voluntad reduzida, para que Granada bolviesse a lo que solía, y el Rey Chico fuesse vuelto a su Real silla como solía, dió orden de saber a donde estava el Rey Chico, su hermano; el qual como vido aquel grande alboroto y escándalo, movido en su daño, y que los Abencerrages, y Gazules, y Alabezes avían entrado en el Quarto de los Leones, con tanta braveza matando y destroçando a los Zegrís y Gomeles, no osando aguardar el fin del repentino ímpetu, se salió de la Casa Real por una puerta falsa que salía al bosque de la Alhambra, acompañado de hasta cincuenta cavalleros Gomeles y Zegrís, yendo con ellos los traydores que el mal consejo le avían dado; se subió a una Mezquita que estaba en el cabeço o cerro del Sol, que agora llaman el cerro de Sancta Helena, y allí se retraxo maldiziendo a su corta ventura y día en que avía nascido, quexándose del Zegrí que le avía aconsejado hazer tal trayción como aquella que avía cometido contra los cavalleros Abencerrages. Los traydores Zegrís y Gomeles le dixeron: «Señor, no te fatigues tanto, ni tomes tanta passión, que aun tienes de tu parte casi quinientos Zegrís y otros tantos Gomeles que morirán por ti. Y el consejo que te dimos bueno fué sino lo descubriera algún diablo, que lo huvo de descubrir.» Estando en esto vieron cómo Muça subía el cerro, sobre un buen cavallo, y dello dieron aviso al Rey. El qual, escandalizado y lleno de temor, preguntó si venía de guerra ó de paz. «De paz viene — respondió un Zegrí — y

sólo él viene en tu busca sin ninguna duda.» «Plegale Alhá que por bien venga —respondió el Rey— y que no venga para acabarme la vida.» Dezía esto el Rey, porque se temía de Muça respecto de Zelima. «No vendrá para esso —le respondió un Gomel—, sino para tu favor y remedio, que al fin, señor, es tu hermano.» «Plega á Alhá que ansí sea y que mi pensamiento salga vano» —dixo el Rey. En esto llegó Muça, y preguntando si estava allí el Rey, le fué dicho que sí. Entonces Muça se apeó del cavallo y entró dentro de aquella Mezquita, a donde halló al Rey acompañado de Zegris y Gomeles. Y haziéndole la mesura y acatamiento como solía, le habló desta manera: «Por cierto, Rey de Granada, que desta vez avéys dado mala cuenta de aquello que un Rey está obligado a darla muy buena. ¿Assí se permite degollar tales cavalleros como los que a mandastes degollar, y alborotar una ciudad como la de Granada, aviendo otro rey vivo, que es vuestro padre, contra cuya voluntad alcançastes la corona y cetro, poniendo en condición perder la vida y que se pierda un Reyno? Cierto, hermano, que no lo mirastes como verdadero Rey, sino como tirano, y que avéys sido digno y merecedor que se os quite la obediencia sólo por creer vos malos consejeros. Ello ya es hecho; mas holgaría muy grandemente saber qué fué la causa que assí os movió a hazer tal crueldad y tyranía, que holgare de saberla. Y si justa causa os movió, de otra manera se pudiera hazer mejor; porque si en algo eran culpados los Abencerrages, el Rey tiene justicia para poder castigar a quien lo mereciere, y no de aquella suerte alborotando un mundo.» «Hermano Muça, ya que me has preguntado la causa de mi determinada yra, yo te la diré aquí en presencia destos cavalleros que están presentes —respondió el Rey—. Tú sabrás que los cavalleros Abencerrages tenían determinado de matarme y quitarme el Reyno; y sin esto Albinhamad Abencerrage con mi muger la Reyna hazía trayción de adúltero quitándome la honra. Pues mira tu agora si yo avía de tener paciencia para tan gran maldad, estando esto que te digo claramente provado y fulminado processo.» Muça, que aquello oyó, maravillado de tal caso, dixo: «No tengo yo a la Reyna por muger que haría tal maldad, ni los cavalleros Abencerrages les passaría tal por el pensamiento.» «Pues si quieres salir de tal duda, pregúntalo a Hamete Zegrí, y a Mahandín, y a Mahardón, que están presentes, que ellos te dirán la verdad de todo.» Luego, los traydores nombrados dixeron al valeroso Muça lo que le avían dicho al Rey. Lo qual Muça no quiso creer, ni a ello se persuadió jamás; porque conocía que la Reyna era de mucho valor y muy honesta y llena de toda virtud y

bondad. Y ansí les dixo: «Por cierto, señores, que yo no creo que tal será, ni avrá cavallero que ose sustentar esto ser verdad; porque qualquiera que lo sustentare, será desmentido y quedará por infame.» «Pues aquí lo sustentaremos — dixo Mahardón — a qualquiera cavallero o cavalleros que lo quisieren contradezir.» Ya enojado, Muça respondió diziendo: «Pues aunque no sea sino bolver por la honra del Rey mi hermano, he de hazer que esta causa y la de los Abencerrages se siga por justicia, pues quedáys a defenderla por las armas, que yo sé que avéys de quedar muertos o desmentidos en el campo. Y sino fuera por no acabar de romper el negocio que tenemos entre las manos, el qual yo voy apaziguando, doy mi palabra, como cavallero y hijo de Rey, que antes que saliéramos desta Mezquita ello quedara en limpio y conocida vuestra maldad y manifiesta a Dios y al mundo vuestra trayción; pero lo que digo y llevo entre las manos lo impide.» Los Zegrís se començaron a alborotar, diziendo: «Que ellos eran tales cavalleros; que lo que avían dicho lo sustentarían contra otros quatro cavalleros en el campo armados.» «Esso — dixo Muça — se verá muy presto.» Y bolviendo al Rey le dixo: «Vamos al Alhambra, que ya lo tengo apaziguado todo y el motín ha parado; solos quedavan quatro linages de cavalleros que no os quieren dar la obediencia, sino a vuestro padre; passen agora algunos días, que yo lo haré llano con el favor de Alhá. Y vosotros, Zegrís y Gomeles, advertí una cosa que os quiero dezir: que si por vuestro respecto han sido muertos quarenta o cincuenta cavalleros Abencerrages, de vuestra parte ay más de quinientos cavalleros muertos, Zegrís y Gomeles. Id luego al Alhambra y mandad que los saquen del Quarto de los Leones y les den sepultura, que ansí han hecho los Abencerrages a sus deudos muertos sin culpa.» Con esto salió Muça de la Mezquita y con él el Rey, confiado en su palabra, y le dixo: «Di, Muça, ¿quién te dió aviso como yo estava aquí en esta Mezquita?» «Quien os vido venir — dixo Muça — me dió aviso.» Diziendo esto, todos juntos se baxaron del cerro y se metieron en el Alhambra. Los Zegrís dieron orden de sepultar los cuerpos muertos y para esto los llevaron a sus casas, yendo Muça y otros cavalleros con ellos por evitar algún escándalo. Los muertos fueron enterrados, assí los unos como los otros, y todo aquel día no se oya por Granada sino tristes llantos y gemidos. El Rey, assí como entró en el Alhambra rodeado de su guarda, se metió en su aposento y mandó que a nadie diessen lugar de entrar por todo aquel día. Lo qual fué assí hecho, que no dexaron entrar ni a la misma Reyna ni a sus damas. De lo qual la Reyna cobró mala espina, no sa-

biendo la causa de aquel nuevo encerramiento, pues todo estava ya apaziguado; que assí lo avía embiado a dezir Muça con un page suyo que no tuviesse su Alteza pena, que todo estava llano y podía el Rey estar seguro. Con esto la Reyna se recogió a su aposento, muy triste y pensativa, que el coraçón le dava ya lo que avía de ser.

CAPÍTULO CATORZE, QUE TRATA EL ACUSACIÓN que los cavalleros traydores pusieron contra la Reyna y cavalleros Abencerrages, y cómo la Reyna fué presa por ello y dió quatro cavalleros que la defendiessen, y lo que más passó.

Los muertos ya enterrados de la una parte y de la otra, y sossegados ya los llantos por ellos hechos, y la mayor parte de los cavalleros de Granada bueltos a la obediencia del Rey Chico por orden del valeroso capitán Muça, aviéndose passado aquel cruel día, tan detestable para Granada, luego otro siguiente dió orden que fuessen al Alhambra para hablar con el Rey. Y ansí se juntaron todos los más principales y le fueron a ver, aunque muchos de muy mala gana; más yvan por dar contento a Muça. Y siendo juntos en la Real sala, todos se sentaron assí como solían, aguardando que el Rey saliesse de su aposento. El qual, como le fué dicho que allí estava Muça y muchos de los más principales cavalleros de Granada, salió á la sala, todo vestido de negro, mostrando el semblante muy apassionado y triste; se assentó en su Real silla y, mirando a todas partes, començó a hablar desta suerte: «Muy leales vassallos y amigos, y principales cavalleros de mi Granada: Bien sé que avéys estado contra mí odiosos, y con voluntad de quitarme vida y Reyno, por lo que ayer passó en el Alhambra, y esto por no saber vosotros la causa y fundamento del daño. Verdad es que yo bien pudiera llevar la causa de otro modo, porque tanto escándalo se evitara; mas algunas vezes viene la ocasión acompañada con pujança de cólera, de suerte que cerrando las puertas a la razón, tanto que, dexando su término a parte, se toma otro que más repentina haga la vengança. Alhá os guarde de Rey injuriado, que no aguarda en su vengança ninguna dilación. Y para satisfación de mi poca culpa y muy sobrada justicia, pedida y demandada de mi crecido agravio, avéys de saber, o nobles cavalleros granadinos, que los Abencerrages, de cuya fama el mundo está lleno, avían conspirado

y hecho conjuración para matarme y quitarme el Reyno; y desto tengo fulminado processo, con bastante información, por donde son dignos de muerte. Y sin esto Albinhamete Abencerrage hizo y puso una grande mancha contra mi honra, siendo adúltero con Sultana mi mujer, tratando con ella secretos y deshonestos amores, aunque no lo fueron tanto que no fuessen descubiertos; y dentro desta Real sala ay cavalleros testigos de vista que lo dirán y lo sustentarán; y a esta causa hize ayer lo que visteys, queriendo por mi mano tomar la vengança de tan grande injuria y deshonra a mí hecha; y si mi intento no fuera descubierto, oy no huviera en Granada vivo ningún Abencerrage; mas quiso mi mala suerte que fuesse descubierto, no sé yo por quál vía. De lo passado a mí me pesa, sólo por el alboroto de la ciudad y por la muerte de tanto buen cavallero como murió a manos de los Abencerrages que quedaron vivos y de los Gazules y Alabezes; y la sangre vertida de los Zegrís y Gomeles por mi respeto pide justíssima vengança, la qual yo prometo hazer por Mahoma, en quien adoro; y dende aquí digo y doy por sentencia que los Abencerrages que son culpados en esto, por tener atrevimiento de entrar con mano armada en mi Casa Real, que sean desterrados de Granada y dados por traydores y confiscados sus bienes a mi Real Cámara, para que dellos yo haga a mi voluntad. Y los que no son tan culpados, y que estavan fuera de Granada, assí Alcaydes como no Alcaydes, siendo sin culpa, que se queden en Granada privados de Real officio. Y que si tuvieren hijos varones, que los embíen a criar fuera desta ciudad; y si fueren hijas, que las casen fuera del Reyno. Y esto mando que sea públicamente pregonado por toda Granada. Y de lo que toca a la Reyna Sultana mi muger, mando que los cavalleros que han de poner su acusación la pongan luego; porque siendo assí hecho, se apresa y puesta a buen recaudo con la guarda que convenga, hasta que se vea su justicia, por la orden que mejor le fuere conforme al derecho señalado. Que no es justo que un Rey tan principal como el de Granada viva assí tan deshonrado, sin hazer castigo de tan pesado agravio. Esto fué la causa, buenos y leales cavalleros, del alboroto que uvo ayer. Agora meta cada uno la mano en su pecho y vea si de mi parte está la razón, puesta a pedir vengança de mi injuria, y respóndame luego.» Assí como dixo el Rey lo que avéys oydo, todos los cavalleros que estavan allí ayuntados se miravan los unos a los otros muy maravillados de todo aquello que el Rey avía dicho. Y no sabían qué se respondiessen a lo dicho por el Rey, porque ninguno de todos los que allí avía dió crédito a ello, assí en lo que tocava á los Abencerrages, como a

lo de la Reyna, y luego se les encaxó ser aquello todo gran trayción. Y assí todos los cavalleros Almoradís y Almohades, y sin éstos otros, todos los quales eran parientes de la hermosa Sultana, hizieron entre sí grande movimiento y entre ellos se comunicaron. Y al cabo de una pieça que el Rey aguardava respuesta de alguno de los que en la sala estauan, un cavallero Almoradí, tío de la Reyna, hermano de su padre, habló desta suerte: «Atentos avemos estado, Rey Audilí, a tus razones, con las quales no menos pesadumbre y alboroto que ayer se espera; porque en lo que has hablado manifiestamente parece ser averiguada trayción, assí en lo que toca a los cavalleros Abencerrages, como en lo que dizes de tu muger la Reyna; porque los cavalleros Abencerrages son nobles, y en ellos no puede aver trayción, ni tal dellos se puede presumir; porque de su bondad y nobleza siempre han dado verdadero testimonio de sus obras, por las quales tú y tu Reyno han resplandecido y resplandece. Y si agora les manda desterrar, tu reyno de oy más lo puedes dar por ninguno; quanto más que aunque tú los destierres, si ellos de su bella voluntad no se salen de Granada, tú no les puede hazer fuerça, atento que tú sólo no eres Rey della, siendo tu padre Mulahazen vivo, el qual aun se estima por Rey, y él precia mucho a los Abencerrages y a todos los que son de su parcialidad. Sino, mira agora en tu palacio y verás cómo en él faltan todos los Alabezes, linage de gran fama y nobleza. Mira cómo aquí no ay cavalleros Gazules, ni están aquí los Aldoradines, linage muy antiguo y estimado en Granada; tan poco verás aquí Vanegas; pues si éstos que tengo referidos te faltan, y tras dellos se va toda la demás gente de Granada, y todo el común, ¿qué has de hazer tú, y los que tu parte siguen; cómo podrás desterrar a los Abencerrages? Repórtate, Audilí, y no te ciegue la cólera recebida por malos consejos en tu daño; esto es en quanto a los Abencerrages. Y en lo que dizes de la Reyna, es falso; porque en ella jamás se ha hallado falta ninguna, y es muger de gran honra, y deve ser en mucho tenida y estimada por su valor. Y desde agora te digo, que si contra Sultana la Reyna te mueves y le hazes algún agravio que sin razón sea, yo y todos los Almoradís y Almohades, y otros que a éstos están allegados, te avemos de quitar la obediencia y tornarnos a la de tu padre. Y qualquiera cavallero que pusiere falta o dolor en Sultana la Reyna, miente y no es hidalgo, y lo provaré a do quiera que él quisiere.» El traydor Zegrí, y Mahandin Gomel, y Mahardón su hermano, y su primo Alí Hamete, con saña se levantaron y dixeron: «Que lo que ellos dezían era verdad, y que estavan a punto de hazer lo bueno por la honra de su Rey, dos a dos y

quatro a quatro; y quien lo contradezia mentía.» Los Almoradís se levantaron poniendo mano a las armas; los Zegrís y Gomeles, lo mismo; se fueron los unos a los otros, moviendo grande alboroto y escándalo en el Real Palacio. Mas los cavalleros Azarques y Alarifes, y el buen Muça y Sarrazino, y el bravo Reduán, y el mismo Rey hizieron tanto, que no les dexaron juntar, antes les hicieron sossegar y tornarse a sentar. Y siendo todos sossegados, Muça habló deste modo: «Señores cavalleros: Yo holgaré que se ponga a Sultana el acusación y por ella sea presa; porque yo confío en Alhá que su inocencia ha de hazer que los que la acusaren sean muertos y confessada por su misma boca la maldad. De adonde le resultará a la Reyna mayor gloria, y juntamente a todos los de su linage; y para esto salga aquí la Reyna, para que por ella responda y dé y señale cavalleros que la defiendan.» Todos estuvieron bien en lo que el valeroso Muça avía dicho, y ansí luego fué llamada la Reyna, la qual salió acompañada de sus damas con semblante muy sereno y alegre. Todos los cavalleros de la sala se levantaron y le hizieron grande acatamiento, salvo los traydores, que se estuvieron quedos. Y antes que la Reyna se assentasse en su estrado, como solía, Muça le habló de aquesta suerte: «Hermosa Sultana, hija del famoso Morayzel, de nación Almoradí por la descendencia del padre y Almohades por la de madre, descendientes de los famosos Reyes de Marruecos: sabrás, Reyna de Granada, por tu daño, cómo en esta Real sala ay cavalleros que abominan y ponen falta en tu castidad, diziendo que no has guardado las leyes conjugales como era razón a tu marido el Rey; antes dizen que has adulterado y hecho gran trayción con Albinhamete Abencerrage, por cuya causa ayer fué degollado con los demás Abencerrages que murieron. Y si esto es ansí, lo qual yo ni los demás cavalleros de la sala creemos, ni le damos crédito alguno porque ya tenemos conocida tu bondad ser grande, has caydo en notoria pena y castigo. Por tanto, da razón de tu persona porque no aya más escándalo de lo que por tu causa ha avido. Y sino, no dando la tal qual convenga a un honroso descargo para ti y a tu marido, morirás quemada como nuestras leyes lo disponen. Yo te lo he querido dezir porque ningún cavallero de la Real sala se atrevía; y no entiendas que yo tuve atrevimiento para dezir te lo por gana de ofenderte ni porque te soy en cosa alguna odioso, sino porque te repares con tiempo de tan miserable golpe de fortuna; que yo, de mi parte te digo, que como hombre que está muy bien satisfecho de tu bondad, seré en tu favor en quanto yo pudiere y el alma durare en este cuerpo.» Con esto Muça calló y se assentó en su

assiento, aguardando que la Reyna respondiesse. La qual, como oyesse tal cosa a Muça, hermano de su marido, y mirasse por todos los cavalleros de la sala y todos callavan, tuvo por veras lo que luego al punto entendió que Muça le dezía burlando. Y reportándose en sí un poco, sin mudar color del rostro ni hazer mudança mugeril, respondió desta suerte: «Qualquiera que en mi honestidad y fama pura y limpia alguna falta pusiere, miente, y no es cavallero ni aun buen villano, sino algún mestizo de ruyn casta y gente, mal nacido, indigno de entrar en Real Palacio: y sea quien se fuere y luego aquí delante de mí ponga el acusación falsa, que no me dará pena ninguna, porque mi inocencia me assegura y mi castidad y limpieza me haze libre. Y jamás con pensamiento ni obra hize ofensa al Rey, mi marido, ni la pienso hazer en tanto que mi marido fuere ni después que no lo sea, ora sea por separación de muerte, por repudiación de su parte hecha. Mas estas cosas y otras tales no pueden salir sino de Moros de quien no salen sino maldades y novedades como hombres de poca fe y mal inclinados. Benditos sean los Christianos Reyes y quien los sirve, que nunca entre ellos ay semejantes maldades, y lo causa estar fundados en buena ley. Pues una cosa os sé dezir, Audili, Rey de Granada, y a vosotros, cavalleros della: que mi innocencia y limpieza ha de parecer, y Alhá ha de ser en mi ayuda, y la maldad confessada en público de aquellos que tal trayción me han levantado. Y doy mi palabra que yo daré de mi parte quien con justa justicia me libre de tal infamia; de la qual, siendo yo libre, y hallándome puesta en mi libre poder, para siempre jamás el Rey Audili se verá conmigo en poblado ni fuera dél. Y esto que agora digo yo lo sustentaré assí como lo digo.» Diziendo la hermosa Reyna esto, no pudo tanto su corazón varonil que no començasse a llorar, y con ella todas sus damas y donzellas. De tal manera, que a todos los cavalleros que allí estavan movían a gran compassión, y con lágrymas les ayudavan a celebrar su pena y llanto. La hermosa Lindaraxa se hincó de rodillas delante de la Reyna, pidiéndole licencia para yrse a San Lucar en casa de un tío suyo, hermano de su padre, diziendo: «Pues que su padre era muerto por mandado del Rey, sin culpa, y el Rey mandava que los Abencerrages fuessen desterrados, que ella se quería yr fuera de Granada y no aguardar a ver cosas de tanta compassión, como era ver a su Reyna puesta en tan desigual deshonra.» La Reyna la abraçó llorando, diziendo que se fuesse en buena hora; y quitándose una rica cadena del cuello, que era la que el Maestre le diera quando el juego de la sortija, le dixo: «Toma, amiga, y perdona, que yo más que esto te

pensava dar por tus buenos y fieles servicios; mas ya ves cómo fortuna tan cruelmente me amenaza, y no sé en qué me tengo de ver ni lo que será de mí.» Y diziendo esto la abraçó muy estrechamente. Aquí se acrecentó el llanto de todas las donzellas, porque las yva abraçando y despidiéndose de todas. Estava la hermosa Lindaraxa vestida de negro por la muerte de su padre. Gran compassión sentían todos los circunstantes cavalleros de ver aquella dolorosa despedida de Lindaraxa y de la Reyna; y no pudiéndolo sufrir, todos los Almoradís y los Almohades y otros de su parcialidad se salieron llorando de la Real sala, diziéndole al Rey: «Abre, Audilí, los ojos y mira lo que hazes, y ten nos por tus enemigos de aquí adelante.» La hermosa Lindaraxa, despidiéndose del Rey, se salió de Palacio acompañada de su madre y de algunos cavalleros que quisieron acompañarla; se baxó a la ciudad, y otro día se partió para San Lúcar, y en su compañía el valeroso Gazul, que era el que la servía, como atrás avemos dicho; y a su tiempo hablaremos dellos; dexándolos yr su camino, por hablar del Rey y acusación de la Reyna, la qual llorava muy esquiva y dolorosamente, y con ella sus donzellas. El Rey mandó al traydor Zegrí que pusiesse el acusación, el qual se levantó en pie, diziendo deste modo: «Por la honra de mi Rey, digo que la Reyna Sultana hizo adulterio con Albín Abencerrage; Mahandin y yo la hallamos en la huerta de Generalife junto de la fuente grande, debaxo de un rosal blanco que allí está, tomando plazer deshonesto con el Abencerrage que tengo dicho. Y esto lo defenderemos los quatro que aquí estamos a otros quatro cavalleros, qualesquiera que sean, y sobre ellos moriremos defendiendo la verdad en el campo.» Diziendo esto calló. A las quales palabras respondió la Reyna: «Tú mientes como traydor, perro, descreydo; y fía de mí, que me la tienes de pagar, y no passarán muchos días que Alhá no me dé la vengança de mi parte.» Entonces el Rey dixo: «Reyna Sultana, mirad que dentro de treynta días deys cavalleros que buelvan por vos y os defiendan; donde no, se procederá contra vos conforme a la ley.» El bravo Sarrazino no pudo sufrir más la cólera, y ansí dixo: «Yo me offrezco de defender la causa de la Reyna; y quando no aya otros tres que me acompañen, yo solo me offrezco a la batalla.» Reduán dixo: «Yo seré el segundo, y cumpliré por el tercero y quarto.» El bravo Muça dixo: «Pues yo ayudaré a la Reyna con mi persona; y no faltará otro cavallero que nos ayude porque se haga la batalla pareja. Y vea la Reyna si nos quiere admitir, que juramos como cavalleros hazer en ello todo nuestro poder.» La Reyna dixo entonces: «Gran merced a vosotros, señores

cavalleros, por la que me hazéys tan grande; yo pensaré en ello y veré lo que más a mi negocio cumple de espacio, pues tengo treynta días de término para responder y buscar quien me defienda.» Entonces el Rey mandó que la llevassen presa a la Torre de Comares, y que estuviessen con ella la hermosa Galiana y su hermana Zelima para que la sirviessen. Luego Muça y otros cavalleros llevaron a la Reyna a la hermosa Torre de Comares y la pusieron en un muy rico aposento, y a la puerta de la Torre doze cavalleros de guarda, con orden que si no fuesse Muça, otro ninguno no pudiesse entrar a hablar con la Reyna. Esto hecho, todos los cavalleros se despidieron del Rey, muy mal contentos con él por lo que avía passado. Todas las damas de la Reyna se fueron; las que eran donzellas, en casas de sus padres; y las casadas, a sus casas con sus maridos. Reduán se llevó á su querida Haxa; Abenámar se llevó a Fátima, la qual estava muy triste por lo que sus parientes avían hecho. Todas las demás, como digo, se fueron, quedando la Casa Real como saqueada, triste y sola. Quedaron con el Rey Zegrís, Gomeles y Maças por le acompañar, y muchos dellos avía que les pesava por lo que avían començado, que bien sabían ellos que aquellas cosas no podían tener sino un triste y doloroso fin. Luego fué pregonado por toda la ciudad de Granada que los Abencerrages saliessen della desterrados dentro de tres dias: sino, pena de las vidas. A lo qual aquel mismo día los Abencerrages pidieron dos meses de término para salir, porque su voluntad era yrse del reino. Y fueles concedido los dos meses a ruego del valeroso Muça; porque entre él y los Abencerrages se trató lo que adelante se dirá. Este pregón y mandato del Rey Chico se tendió por toda Granada, de suerte que estava la ciudad la más triste del mundo; porque, como avéys oydo, estos cavalleros Abencerrages eran de todos muy queridos y amados por su valor y virtud, y todos de muy buena voluntad pusieran sus vidas y haziendas en riesgo de perderlas por favorecerles. Pues como el pregón se tendiesse por toda la ciudad y viniesse a noticia de una hermana del mismo Rey Chico, llamada Morayma, la qual estava casada con Albinhamad Abencerrage, que fué acusado por adúltero con la Reyna, que por ser tan principal cavallero la uvo en casamiento; llena esta dama de enojo por una parte y de temor por otra, porque le avían quedado dos niños varones de Albinhamad, su marido, uno de tres años y otro de cinco, se fué a la Alhambra y entró acompañada de quatro cavalleros Vanegas, llevando consigo sus dos hijos vestidos de luto y ella por lo semejante. Entró en la casa del Rey, su hermano, para le hablar; al qual

halló solo en su aposento, porque ya todos los cavalleros se avían salido de Palacio por ser hora de sentarse a la mesa; sólo quedavan los de la guarda del Rey. Los quales, como conociessen a Morayma, hermana del Rey, le dieron puerta franca. Y entrando dentro, quedándose los quatro cavalleros fuera, aviéndole hecho la mesura debida, le habló desta manera, los ojos llenos de lágrymas salidas del coraçón: «¿Qué es esto, Rey de Granada? Rey te digo, no te digo hermano, aunque es nombre de más piedad; mas porque no entiendas que soy de los conjurados contra ti, como tú dizes, por esto te llamo Rey. Pues dime agora: ¿qué cielo es éste que nos cerca tan cruel? ¿Qué hado tan rigoroso es éste y sangriento? ¿Qué estrella tan cruel y caliginosa y mortífera corre predominando tantas desventuras? ¿Qué cometa llena de fuego es ésta que assí abrasa y dissipa el claro linage de los Abencerrages? ¿En qué te han ofendido que assí totalmente los quieres destruyr? ¿No ha bastado que casi la mitad del linage has degollado, sino que agora de nuevo los mandas desterrar con un edito cruel? ¿Que qualquiera que estuviere sin culpa de los Abencerrages, si tuviere hijos varones que los lleven a criar fuera de Granada y que más no vuelvan a ella? ¿Y que si tuvieren hijas las casen fuera del Reyno? Duro pregón, cruel sentencia, acerbo mandato; dime de qué sirven estas crueldades; y yo, mezquina hermana tuya, por mi mal, ¿qué haré con estos dos niños, reliquias de aquel buen cavallero Albinhamete Abencerrage, por tus manos degollado sin culpa? ¿No bastó la muerte del padre sino agora desterrar los hijos? ¿Á quién los encomendaré fuera del Reyno que los críe? Si a ellos destierras, ¿no vees que destierras también a mí, que soy su madre y tu hermana? Á tu sangre tratas mal; repórtate, por Alhá te lo ruego; mira que has sido mal aconsejado, no passe más adelante tu crueldad, que no es cosa decente a un Rey ser tan cruel por mal consejo.» Con esto calló la hermosa Morayma, no dexando toda vía de derramar lágrimas en abundancia, dando sospiros llenos de gran sentimiento arrancados de lo más íntimo de su coraçón. Por todo lo qual, el Rey no se aplacó un punto, antes, lleno de colérica yra contra su hermana, el rostro encendido en vivo fuego, con los ojos encarnizados y el aspecto cruel, assí le respondió: «Di, Morayma infame, sin conocimiento ninguno de la Real sangre donde vienes, indigna de ser hija de Rey, pues tan poco conocimiento tienes de su valor, ¿esso me dizes? Di, ¿no consideras la gran mancha que puso en mi honra el falso y desleal de tu marido? Si tú fueras otro de lo que eres, avías de atropellar todas las cosas del mundo por bolver por mi manchada y maculada honra, y dar muerte a aquel

falso de tu marido tan digno della; y a estos sus hijos los devias aver echado en un pozo, porque no quedara de tan mal padre simiente, porque después serán tan malos como él. Y pues tan poco miramiento has tenido y no has hecho el dever como hermana, aguarda, que yo haré lo que tú no hiziste.» Y diziendo esto arremetió al niño mayor, de cinco años, y tomándolo en peso le puso debaxo el braço yzquierdo, y en un punto puso mano a una daga que tenia en la cinta, y en un punto se la metió por la garganta, que no fué la madre bastante ni tan presta para le poder defender. Y dexando el cruel Rey aquél, asió del otro, y a pesar de su madre, le metió la daga por la garganta, dexándole a la madre las manos segadas de la daga porque se puso a defenderlo. Esta crueldad ansí hecha, dixo: «Acabese de todo punto la mala casta de Albinhamad, destruydor de mi honra.» La madre, visto el espectáculo y muerte de sus tiernos hijos, dando gritos como muger sin seso, arremetió al inhumano Rey, trabajando de le quitar la daga para le matar con ella; mas el Rey la defendia fuertemente. Y visto que no podía por fuerça ni por via alguna defenderse della, lleno de enojo le dió dos mortales heridas por los pechos, de las quales luego la hermosa Morayma cayó muerta en el suelo con sus hijos. El Rey, viéndola ansí, le dixo: «Allá yrás con tu marido si tanto le amavas: que tan gran traydora eras tu como él.» Y llamando algunos de la guarda, mandó que sacassen aquellos cuerpos muertos y los enterrassen en la sepultura de los Reyes. Lo qual hizieron con brevedad, quedando espantados de tal acaecimiento. Los cavalleros Vanegas, sabiendo el caso atroz que el Rey avia hecho, luego salieron del Alhambra y se fueron a la ciudad, donde contaron el cruel caso a otros cavalleros. Y assí luego se supo por toda Granada aquella crueldad del Rey, y muchos determinaron de le matar, sabiendo también la injusta prisión de la Reyna. Mas vivía el Rey con tal recato y guarda, que no uvo lugar de le poder matar, porque la puerta del Alhambra la guardavan mil cavalleros y de noche la cerravan muy bien, y por los baluartes y muros sus guardas puestas con gran cuidado, guardando la fortaleza y entrada del Alhambra. Aunque la gente que tenía el Rey Mulahazen también guardava su parte y quartel, que era la Plaça de los Algives del agua, y la famosa torre que agora dizen de la Campana y las demas torres que están junto della, con todas sus barbacanas y baluartes. Finalmente, que lo mejor de la fuerça del Alhambra tenia Mulahazen, y su hijo, el Rey Chico, tenia la Casa Real antigua, y Quarto de los Leones, y Torre de Comares, y miradores del bosque a la parte de Darro y Albayzin. Y aunque la

guardas y gente de ambas partes estavan separadas y apartadas y cada uno seguía la parte de su Rey, jamás entre ellos avía passión ni alborotos, porque Mulahazen mandava a los suyos que los escusassen, y también porque Muça se lo tenía suplicado. Desta suerte estava el Alhambra repartida en dos partes, aviendo en ella dos Reyes; mas la gente que era más principal y se hazía más caso en Granada de ella, era la que seguía la parte del Rey viejo. Porque le seguían Alabezes, Gazules, Abencerrages, Aldoradines, Laugetes, Atarfes, Azarques, Alarifes y todo el común ciudadano, respecto de estar bien con los cavalleros Abencerrages y sus valedores. Al Rey Chico seguían Zegrís y Gomeles, Maças, Alagezes, Benerages, Almoradís, Almohades, y otros muchos linages y cavalleros de Granada. Aunque agora después de la prisión de la Reyna se avían passado los Almoradís, y Almohades, y Vanegas en favor del Rey viejo. Deste modo estava Granada divisa y llena de vandos y escándalos cada día, y más se acrecentaron quando los cavalleros Vanegas, que avían acompañado a la sin ventura de Morayma, hermana del Rey Chico, dieron noticia de la crueldad que el Rey Chico avía hecho en le matar los hijos y después a ella. Lo qual fué de todo punto causa que los Almoradís, y Almohades, y Marines, y otros muchos cavalleros, lo desamparassen de tal manera, que casi toda Granada estava apercebida en su daño. Sólo le tenían fe Zegrís, y Gomeles, y Maças; y como estos tres linages eran grandes, siempre le sustentaron en su estado hasta perderlo, como adelante se dirá. Bolviendo, pues, a la muerte de los hijos de la hermosa Morayma y a la suya, huvo en Granada gran sentimiento del doloroso caso: unos le dezían cruel, otros tyrano, otros enemigo de su sangre, otros enemigo de la patria, otros le dezían indigno del Reyno, y ansí estos nombres y otros de este modo, de suerte que de todos era aborrezido y mal quisto. Y sobre todos, quien más lo sintió fué el capitán Muça, hermano de Morayma y tío de los niños degollados; y juró muy de veras que aquella crueldad avía de ser muy bien vengada y antes de muchos días. Y si Muça sintió mucho el caso cruel y grave, también le sintió el Rey Mulahazen, que al fin se lo dixeron. Y después de aver hecho gran llanto por la muerte de la amada hija y nietos, lleno de cólera ardiente, entró en su aposento y se armó de un muy fino jaco, adornando su cabeça con un azerado caxco, poniendo sobre las armas una aljuba de escarlata, tomó una tablachina en braço izquierdo, y llamando a su alcayde le dixo que muy presto juntasse la gente de su guarda, que eran más de quatrocientos cavalleros. El Alcayde luego les juntó y los dixo cómo el Rey

Mulahazen, su señor, les mandava juntar; que estuviessen apercebidos para todo lo que les mandasse. Ellos dixeron que de buen grado lo harían. Ansí, pues, visto el Rey Mulahazen que los de su guarda estavan juntos y bien apercebidos, salió a una plaça que estava frente de su torre y palacio, donde la gente ya estava recoxida, y les habló desta manera: «Gente fiel y valerosa, gran deshonra es nuestra tanto tiempo tener otro Rey nuestra antigua Alhambra. Ya no quiere el sancto Alhá que más se dissimule ni se suffra. Muy bien sabéys cómo, a mi pesar, mi hijo se hizo llamar Rey, con ayuda de los traydores Zegrís y Gomeles y Maças, diziendo que yo era ya viejo y inútil para la guerra y governación del Reyno. Y por esta causa muchos cavalleros de Granada siguieron su partido y me dexaron contra toda razón. Que muy bien se sabe, que ningún hijo puede ser heredero del Reyno, ni de hazienda de sus padres, hasta su muerte y fin. Y assí lo mandan expressamente las leyes, las quales mi hijo tiene quebrantadas, y el Reyno usurpado, y procede tan mal en la governación, que en lugar de llevarlo adelante en paz y sossiego, guardando a todos recta justicia, lo haze al contrario, como claro avéys visto. Mirad cómo degolló a los nobles cavalleros Abencerrages, sin tenelle culpa alguna, por lo qual sucedieron tantos escándalos y muertes. Mirad, pues, también cómo agora, sin se lo merecer, tiene presa a la hermosa Sultana su muger, levantándole tan gran testimonio y maldad; y agora de nuevo ha degollado a mis dos nietos, y a la triste Morayma, mi hija, sin avérselo merecido. Pues si éste haze agora tan grandes crueldades siendo yo vivo, después que yo sea muerto, ¿qué se espera dél? Bien podéys todos desamparar vuestra querida ciudad, y buscar nuevas tierras donde podáys seguros vivir de la tyranía de un tyrano como éste. ¿Qué Nerón en el mundo fué tan cruel como es éste que al presente tenemos? Ya no quiere Mahoma que tal hombre se consienta; y ansí, por esto, estoy dispuesto a la vengança de mi amada hija Morayma y de mis queridos nietos, dando muerte a este tyrano. Por tanto, amigos y leales vasallos, vuestra ayuda pido para la tal vengança, que más vale perder un mal Príncipe, que no se pierda por sus tyranías un tal Reyno como el de Granada. Por tanto, luego seguidme, y mostrad vuestro valor acostumbrado; pongamos en libertad nuestra antigua ciudad.» Y diziendo esto, mandó a su Alcayde que guardasse muy bien su fortaleza, y se partió para la Casa Real, donde estava el Rey Chico, su hijo, diziendo él y todos los suyos: «Libertad, libertad, libertad; mueran los tyranos y quien los sirve, no queda ninguno a vida.» Y diziendo esto, dieron tan de improviso en la guarda del Rey Chico,

que casi no les dieron lugar de tomar las armas, y entre ellos se movió una batalla cruel y sangrienta, cayendo muchos muertos de ambas partes. Quién viera al buen Rey Mulahazen dar golpes con su cimatarra a un cabo y a otro. No dava golpe que no derribasse cavallero muerto o mal herido; porque avéys de saber que Mulahazen siempre fué hombre de gran valor y fortaleza en su mocedad, y de grande ánimo. Y no era aún tan viejo que no pudiesse hazer armas tan bien como un moço, porque no llegava el Rey a sesenta años, y aun tenía madre viva, que no llegava a los ochenta. Finalmente, el buen viejo andava entre sus enemigos tan ardiente como un rayo, lo qual, visto por los suyos, también hazían maravillas, matando y hiriendo en los contrarios, que era cosa de espanto. Y aunque eran más que ellos doblado, les hizieron perder la plaça, y los metieron, a su pesar, dentro de la Casa Real, adonde era tanta la gritería y bozes que no se oyan los unos a los otros, salvo el apellido de libertad. El Rey Chico, que oyó tal tropel y ruydo, muy espantado y atemorizado salió a ver lo que era, y vió a su padre andar entre la gente de su guarda como un león hambriento. Y sospechando lo que podía ser, entró de repente y se armó lo más presto que pudo, y salió para que los suyos, con su vista, tomassen y cobrassen ánimo, al tiempo que el capitán de su guarda llegó a él dando bozes y muy mal herido diziendo: «Sal, señor, a socorrer los tuyos, que mueren a manos de la gente de tu padre; sal y anímalos, que con tu vista cobrarán ánimo, que yo no soy parte para ponérselo, porque como veen a tu padre todos desmayan delante de su presencia.» El Rey Chico salió a priessa a socorrer los suyos, dando bozes, diziendo: «A ellos, amigos, a ellos, que aquí está vuestro Rey: mueran y no quede ninguno a vida.» Diziendo esto començó de herir en la gente del Rey su padre, con tal denuedo y ánimo, que puso a los suyos grande ardimiento y voluntad de pelear. Y tanto fué el esfuerço que cobraron, que hizieron bolver gran pieça atrás a la gente de Mulahazen. Lo qual visto por el buen viejo, dando vozes diziendo: «No os retiréys de estos traydores y vil canalla: a ellos, a ellos, que yo solo basto.» Y con éste animólos de la una parte, y de la otra peleavan como leones. Mas poco les valió a los del Rey Chico su ardimiento, por ser mejor gente la del viejo Rey, que del todo perdida la esperança de cobrar lo perdido, se fueron retirando hasta los mismos aposentos del Rey Chico, y allí hizieron rostro y començaron a pelear los unos con los otros cruelmente. De tal suerte, que todo el Palacio estava poblado de cuerpos muertos y bañado de sangre, assí de los muertos como de los heridos. La vozería era muy

grande de los unos y de los otros. Y estando la batalla en este estado, se encontraron el padre y el hijo, y el viejo, quando lo vido, con un alfange en la mano, haziendo gran daño en los suyos, sin mirar que era su hijo, y sin ponérsele delante el paternal amor, para que no arremetiesse a él con una furia de hircánica serpiente, diziendo: «Aquí pagarás, traydor, usurpador de mi honra, la muerte de Morayma y sus hijos.» Y diziendo esto, le dió un tan grande golpe con la cimitarra sobre una rodela en que fué recibido, que toda fué hendida en dos partes, y el Reyezillo herido en el braço. Y si por la rodela no fuera, allí acabara el triste la vida. Lo qual fuera muy gran bien para Granada si allí muriera, por que no huviera tantos males después por su causa como huvo; porque quedando él con vida, huvo después muchas muertes y muchas desaventuras. Bolviendo al caso, como el Rey Chico se vido desembraçado de su rodela y herido en el braço yzquierdo, lleno de venenosa cólera serpentina, no respetando las canas de su viejo padre, ni teniéndole aquella reverencia ni obediencia que los hijos han de tener a sus padres, alçó el braço para le herir con el alfange, mas no tuvo lugar su mal propósito, porque a aquella sazón acudieron muchos cavalleros, assí de una parte como de la otra, cada uno por favorecer a su Rey. Aquí se dobló la gritería, y se renovó la civil batalla sangrienta, de tal manera, que era muy gran compassión ver la mortandad de aquella mal considerada canalla y bestial gente, que tan sin piedad se matavan y herían, como si en ellos de antigüedad huviera algún mortal odio y civil guerra. Allí eran hermanos contra hermanos, padres contra hijos, deudos contra deudos, amigos contra amigos, sin guardar el decoro al parentesco y amistad, no más de guiados por passión y affición de los dos Reyes, cada uno favoreciendo donde más affición tenía. Y ansí, con estos motivos, de cada parte andava la cosa tan sangrienta, como si fuera batalla travada entre dos enemigos exércitos. Mas como la gente y guarda del Rey Chico eran más que los de Mulahazen, les tenían ventaja; lo qual, reconocido por un Moro de la parte de Mulahazen, hombre de buen ardid y buen soldado, por salir con la victoria de aquel hecho, començó a dezir a grandes vozes, que todos lo oyan: «¡A ellos, a ellos, Rey Mulahazen, que en tu favor y socorro vienen muchos cavalleros Alabezes, y Gazules, y Abencerrages; mueran estos traydores, pues de nuestra parte está la victoria!» Esta voz, oyda por el Rey Chico, assí desmayó como si ya tuviera la muerte cercana; lo mismo hizieron todos los suyos, que en aquel punto todos desmayaron, que jamás no pudieran sustentar las armas en las manos. Y por evitar el notorio

peligro que les amenazava, todos determinaron desamparar la Casa Real por no verse despedaçados a manos de los cavalleros Alabezes, y Gazules, y Abencerrages. Y assí, con ánimo crecido, una tropada dellos arremetió al Rey Chico, por no dexalle en poder de sus enemigos, y se salieron del Real Palacio, quedando a sus espaldas otra gran parte de cavalleros que le defendían de sus contrarios. Los del Rey Mulahazen los seguían con grande osadía, entendiendo que ansí era verdad que tenían socorro. De manera que los unos retirándose, los otros siguiéndoles, unos defendiendo, otros offendiendo, llegaron á las puertas del Alhambra, las quales hallaron abiertas, porque los que tenían a cargo las llaves, sintiendo el gran alboroto y rebuelta que dentro del Alhambra passava, desampararon la guarda de la puerta y baxaron a la ciudad a dar aviso a los Zegrís y Gomeles de lo que passava. Y allí, en la Plaça Nueva, hallaron muchos dellos ayuntados, los quales, como supieron el caso, a gran priessa subieron al Alhambra; mas llegaron a mal tiempo, que al punto que llegaron ya el Rey Chico y su gente estavan fuera del Alhambra, todos llenos de temor, y las puertas della ya muy bien cerradas con gruessas alamudes de hierro y puestas guardas en las partes necessarias. Los Zegrís y Gomeles y Maças y otras gentes de su parcialidad, como vieron al Rey Chico fuera del Alhambra, de aquella suerte herido en el braço, y la mayor parte de su guarda malamente tratada, se escandalizaron. Y tomando al Rey Chico le llevaron al Alcaçava, antigua casa de los Reyes, la qual casa siempre tenía su Alcayde y gente de guarda, y era muy fuerte y buena. En ésta se aposentó el Rey, donde con grande diligencia fué curado por muy buenos cirujanos. Y poniendo la guarda necessaria para la seguridad del Rey, los Zegrís todo aquel día y otro le acompañaron, muy pesantes de lo pasado, que no quisieran ellos que el Rey Chico perdiera ansí el Alhambra. Y muy llenos de saña, procuravan la vengança della contra el Rey Mulahazen. El qual, como vido su Alhambra libre de sus enemigos, muy alegre mandó que todos los muertos de los contrarios fuessen echados fuera de la Alhambra por encima de las murallas, y a los que fueran de su vando los mandó enterrar en la misma Alhambra, haziéndoles honradas sepulturas. Todas las torres de la Real Alhambra fueron llenas de vanderas y estandartes, mostrando grande alegría, donde se tocaron los añafiles y dulçaynas del Rey. En toda Granada luego se supo el caso y cómo Mulahazen quedava solo señor del Alhambra, de que no poco se holgó, porque el Rey Chico era de todos mal quisto. Estas cosas muy bien las entendieron los Alabezes, y los Gazules, y Abencerrages, y Vanegas,

y Aldoradines; mas sabiendo el buen sucesso del Rey Mulahazen, se alegraron dello, y no quisieron hazer movimiento en nada, pues no avía necessidad de su ayuda. Y también porque Muça se lo rogó, porque no se moviesse toda Granada. Y ansí el mismo Muça fué luego con todos estos quatro linages de cavalleros a ver al Rey viejo, ofreciéndole de nuevo su favor, lo qual el Rey les agradeció mucho. El valeroso Muça, siempre su intento fué de hazer pazes entre su padre y su hermano, y ansí lo procuró siempre; mas era tan grande el odio del viejo Rey para con su hijo, que no quiso aceptar cosa que Muça le pidiesse; antes dezía que no avía de parar hasta verle del todo destruydo. Muça no quiso importunarle por ser aquel caso tan fresco, y dexó que el tiempo le curasse, como suele a todas las cosas. Dexemos a Mulahazen en su Alhambra, y al Reyezillo, su hijo, en el Alcaçava, siguiendo sus civiles guerras y pesadumbres, y tratemos de los Almoradís, y Almohades, y Marines, linages poderosos y ricos, y parientes de la hermosa Reyna Sultana, tan sin culpa presa. Ya oystes atrás cómo estos cavalleros Almoradís y Almohades se salieron de Palacio amenazando al Rey Chico por lo que hazía con su muger la Reyna, diziéndole que abriesse el ojo en lo que hazía. Pues ansí como del Real Palacio le salieron, todos se conjuraron, contra el Rey Chico, de matarle, o a lo menos de privarle del Reyno, pues tan sin causa tenía presa a su muger la Reyna, pariente suya. Y ansí ni más ni menos se conjuraron contra los Zegrís por la maldad que contra la Reyna avían cometido. Y para esto acordaron de tomar amistad con los cavalleros Abencerrages y sus valedores, sabiendo que por éstos tenían de su vando a toda Granada. Con este acuerdo se fueron una noche a casa de un hermano del Rey Mulahazen, llamado Aboavdilí, ansí como se llamava el Rey Chico, donde le hallaron recogido, muy pesante de las cosas que passaron en Granada; triste por la muerte de los Abencerrages y destruyción de los Gomeles y Zegrís; lastimado por la muerte de su sobrina la hermosa Morayma y de sus tiernos hijos, y porque no sabía en qué se avían de parar todas aquellas cosas. Y como entrassen los Almoradís, que eran doze cavalleros, los quales llevan comissión y cargo de negociar con el Avdilí, se maravilló de verles a tal hora; y no sabiendo a lo que yvan les preguntó ¿qué buscavan? Los cavalleros Almoradís le dixeron que no se recelasse, que no avía de qué, que antes venían por su provecho que por su daño; que le querían hablar de espacio. Avdilí les mandó sentar en un estrado a su usança, y estando sentados, uno de los Almoradís le habló desta modo:

«Bien sabes, soberano Príncipe (que assí puedo llamarte, pues eres

hijo de Rey), las cosas tan insolentes que passan en Granada y guerras civiles tan crudas, con aquellas tan memorables de Silla y Mario. Y si bien tienes cuenta en ello, no ay calle en Granada que no brolle sangre de nobles cavalleros, derramada con la violencia de las armas, y esto causa tu sobrino el Rey, siendo mal considerado y mal aconsejado, pues sin culpa mandó degollar tantos nobles Abencerrages, por cuya causa murieron muchos cavalleros Zegrís, y Maças, y Gomeles. Y no contento con esto, mató por su propia mano a su misma hermana Morayma y a sus dos hijos, niños y de muy poca edad. Pues estas cosas tales no son cosas de Rey, sino de cruel tyrano, derramador de humana sangre. Agora nuevamente con su padre ha tenido una cruel pendencia, que ya lo sabrás, en la qual han sido muertos muchos cavalleros. Y al fin Mahoma fué de la parte de tu hermano, de suerte que ya tu sobrino está expelido y arrojado de la Real Alhambra, y está apoderado de la casa antigua del Alcaçava, con favor de los Zegrís, y Gomeles, y Maças, que siempre le favorecen estos linages. Nosotros, los Almoradís y Almohades, le avemos quitado la obediencia, porque sin culpa tiene a Sultana, la Reyna, su muger, en cruel cárcel, teniendo puesta su honra en juyzio de fortuna, siendo nuestra tan cercana parienta como lo es. Y él aviendo sido Rey, como lo es, por nuestra causa, forçando la voluntad de su padre para que él lo fuesse. Pues viendo que tan mal lo ha mirado y tan tyranamente procede, parece que con razón nos retiramos de su servicio, sin le guardar ningún respecto; antes pretendemos de le destruyr y aniquilar, y deste parecer están los Almoradís, y Almohades, y Marines, Abencerrages, Gazules, Alabezes, Aldoradines y Vanegas, y con éstos toda la mayor parte de los ciudadanos de Granada, que morirán porque los Abencerrages vivan y passe su valor adelante. Por lo qual, considerando que tu hermano es ya viejo y cansado de las guerras que con los Christianos ha tenido, no puede governar el estado como era de razón, y que presto le llamará la muerte, y que ha de quedar por Rey su hijo Avdilí, el qual ha de perseverar, siendo sólo señor del Estado, en hazer crueldades y tyranías, todos avemos determinado que tú seas Rey de Granada, pues tu valor lo merece, para que en paz y sossiego el Reyno se govierne y los cavalleros sean tratados benévolamente, como de tu bondad se espera. Y a esto sólo avemos venido los doze Almoradís que aquí estamos, por comissión dada de todos los demás cavalleros que te avemos referido. Agora danos tu parecer luego, porque si no quieres admitir el sceptro y corona, lo daremos a tu sobrino Muça; porque aunque él, hijo de Christiana, al

fin es hijo de tu hermano, y su valor merece mucho.» Con esto dió el Almoradí fin a sus razones, aguardando que Avdilí le respondiesse; el qual, pensando un poco, le dixo: «Por cierto que agradezco mucho, señores cavalleros, la voluntad que me avéys tenido y favor que me prometéys. El caso es muy pesado, que qualquier que ha de governar un Reyno toma muy pesada carga sobre sí: y a mí me parece que nombrarme agora por Rey de Granada, siendo mi hermano vivo, no sería razón, porque sería de nuevo renovar nuevas guerras civiles y nuevos escándalos y pesadumbres, porque yo sé que a mi hermano obedecen muchos y muy principales cavalleros. Mas será desta manera, yo sé que mi hermano está muy mal con su hijo, y al fin de sus días no le ha de dexar el Reyno, antes lo dexará a mí o a uno de mis hijos; hablémosle mañana diziendo que ya es viejo, que me dé la governación del estado, para que yo, con tal cargo, le pueda ayudar y le descargue de los trabajos que causa la governación del Reyno. Y si mi hermano me pone en este officio, muy fácilmente se podrá hazer esso que me pides; y al fin dirán que por consentimiento de mi hermano avrá sido.» A todos pareció muy bien lo que Avdilí respondió, y lo tuvieron por hombre de claro juyzio; y assí quedó determinado por el siguiente día se tratasse aquel caso con el Rey Mulahazen, lo qual otro día se trató con él, yendo para ello muchos cavalleros Abencerrages, y Alabezes, y Vanegas, y Gazules. Y estando todos con el Rey en su Palacio, un cavallero de los Vanegas, hombre poderoso y rico, habló al Rey desta suerte: «Noticia muy larga tenemos, Rey Mulahazen, de todos nuestros passados, de que todos los Reyes de Granada han sido para sus vassallos benévolos y apazibles, y siempre les han tenido muy crecido amor. Lo qual agora ha sido al contrario, pues tu hijo, en lugar de hazer mercedes a sus súbditos, les quita las vidas, sin aver ocasión. Muy bien sabrás ya lo que ha passado en estos días y el alboroto y escándalo de Granada por la muerte de los Abencerrages, de lo qual resultó, y ha resultado, y resultará, muy civiles guerras y passiones entre tus ciudadanos, y mil muertes de una parte y de otra. Y si adelante passan estas pasiones, yo te digo que Granada será despoblada; porque los moradores della se yrán a buscar tierras adonde vivan, y te digo, Rey Mulahazen, que de tu vida y condición nadie está quexoso, y todos te desseamos servir como a señor natural; mas tenemos recelo de tu hijo, que tan mal procede en el govierno de su estado; que si tú agora, que eres viejo, nos faltas por tu edad, y si la muerte te llamasse y tu hijo quedasse por Rey, gran mal sería para todos nosotros. Y assí querríamos que tú, señor, pusiesses de tu

mano un Governador, para que en tu compañía governasse el Reyno y a ti te quitasse de cuydado y carga tan pesada como el governar. Y si a caso tú faltasses, podrías dexar el Reyno al Governador, si tan bueno fuesse. Y para esto, tenemos todos puestos los ojos en tu hermano Avdilí, que es muy buen cavallero. Y estando él puesto en tal officio y governación, será possible que tu hijo se enmendasse en las costumbres crueles y tyránicas que tiene, por donde mereciesse que le diéssemos la obediencia que al Rey se deve. Y para esto sólo avemos venido a darte cuenta de nuestra pretensión, lo qual le suplicamos por ti nos sea otorgado. Y te damos fe de cavalleros, hijos de algo, que mientras tú vivieres, servirte bien y fielmente, como leales vassallos tuyos, como siempre avemos hecho, si aquesto que te pedimos nos otorgas.» Atento estuvo el Rey Mulahazen a las palabras del cavallero Vanegas, y pensando sobre ello qué haría en aquel caso, se le ponía delante que las leyes disponían que el hijo heredasse del padre. Mas también se acordava de la gran desobediencia que su hijo avía tenido con él, y los daños que por su causa avían sucedido, y al fin, recelando que más daños no sucediessen, acordó de dar contento a tantos cavalleros, viendo ser sano lo que pedían para el Reyno. Y ansí dixo: «Que era muy contento que su hermano fuesse Governador del Reyno en su compañía, y que después dél muerto, si su hijo Avdilí fuesse el que deviesse, se le diesse el Reyno.» Todos los cavalleros uvieron desto gran plazer, y luego todos le dieron el para bien al hermano de Mulahazen. Y al son de mucha música de menestriles, le dieron el cargo, aviendo él jurado que haría lo que era obligado en la governación del Reyno, guardando lealtad á su hermano Mulahazen, y se fueron con Avdilí, Governador, a su casa, haziéndole mucha honra. El Governador aquel mismo día mandó pregonar, al son de añafiles y atabales, «que todos los que recibieren agravios, que viniessen a él, que él les haría desagraviar y les guardaría justicia». Toda Granada quedó espantada de tal caso, y se holgaron con el nuevo Governador, por estar todos mal con el Rey Chico. Avéys de saber agora que por donde se pensó apaziguar el daño de Granada, por allí se le recreció mayor, y las guerras entre los ciudadanos fueron mayores; porque como el Rey Chico supo lo que su padre avía hecho, aunque lleno de temor por ello, confiado en los Zegrís, y Gomeles, y Maças, y todos los que estavan de su vando, hazía cosas peores que hasta allí avía hecho. Los Zegrís y los de su parcialidad, llenos de temor de aquel caso, se consultaron en lo que devían de hazer, y entre ellos fué acordado que siempre siguiessen su opinión contra los Abencerrages

y sus valedores, pues ellos eran muchos y ricos, y que no desamparassen al Rey Chico hasta la muerte o salir con su pretensión. Y ansí le dixeron al Rey Chico que no temiesse, que él sólo avía de ser Rey y no otro alguno, o todos morirían en la demanda. Entendido esto, el Rey Chico mandó a los Zegrís y a los demás de su vando que a qualquier cavallero o ciudadano rico, o mercader, official, o hombre de campo que fuesse de la parte contraria, que luego fuesse preso y traydo a su casa, y allí fuesse degollado. Y si caso fuesse que se quisiesse defender, que le matassen. Desta manera fueron muchos degollados y muertos, porque no querían seguir la parte del Rey Chico. Lo qual, sabido y entendido por Mulahazen y por el Governador Avdilí, mandaron a los de su parte lo mismo. Desta manera morían muchos de un cabo y de otro, con tanta crueldad como tuvieron en Roma las civiles guerras. Vino a tanto la destruyción de Granada, que toda la gente della se partió en tres partes: la una seguía a Mulahazen, y éstos eran Abencerrages, Gazules, Alabezes, Aldoradines, Vanegas, Azarques, Alarifes, y con ellos la mayor parte de la gente común, respecto de querer mucho a los Abencerrages. Al Rey Chico seguían Zegrís, Gomeles, Maças, Langetes, Benarages, Alagezes y otros muchos cavalleros y gente común. Al Governador (y nuevo Rey digamos) seguían Almoradís, Almohades, Merines y otros muchos cavalleros, por ser éstos de dos linages de los Reyes de Granada. Deste modo estava la desventurada ciudad repartida, y de cada día avía mil escándalos y muertes, que eran gran compassión ver las crueldades que en ella passavan. La ciudadana gente, mercaderes, officiales y gente de campo, no osavan salir de sus casas. Los cavalleros y gente principal no salían menos de veynte o treynta juntos, porque si les acometiessen los contrarios, pudiessen hazer resistencia. Si acaso salían tres o quatro, y aunque fuessen diez, luego eran acometidos y presos, y al punto degollados; si se defendían, allí los matavan cruelmente. Desta suerte no faltavan cada día en la ciudad escándalos y pesadumbres, llantos tristes, lloros esquivos. Tres mezquitas avía en Granada y a cada una acudía su vando; en lo llano de la ciudad avía una, donde agora es la iglesia mayor; a ésta acudía el Rey Chico y sus gentes. Otra avía en el Albayzín, que agora se llama San Salvador; a ésta acudía el Governador y su gente. En el Alhambra avía otra mezquita, que agora es muy linda iglesia, y a ella acudía Mulahazen y los de su vando, cada vando conocía su districto y jurisdicción. ¡O Granada, Granada!: ¿qué desventura vino sobre ti? ¿Qué se hizo tu nobleza? ¿Qué se hizo tu riqueza? ¿Qué se hizieron tus passatiempos? ¿Tus galas, ju-

tas y torneos, juegos de sortija? ¿Qué te hizieron tus deleytes, fiestas de San Juan? ¿Y tus acordadas músicas y zambras? ¿Adónde se escondieron los bravos y vistosos juegos de cañas, tus altivos zebohos en las alboradas, cantados en la huerta de Generalife? ¿Qué se hizieron aquellas bravas y bizarras libreas de los gallardos Abencerrages? ¿Las delicadas invenciones de los Gazules? ¿Las altas pruevas y ligerezas de los Alabezes? ¿Los costosos trajes de los Zegrís, y Gomeles, y Maças? ¿Qué se ha hecho, al fin, toda tu nobleza? Todo veo que se ha convertido en tristes llantos, dolorosos sospiros, en crueles guerras civiles, en lagos de sangre, derramada por tus calles y plaças, en crueles tyranías. Y ansí era la verdad, que de tal suerte andava Granada, que muchos se salían della y se yvan a vivir a otras tierras. Y muchos cavalleros se yvan a sus haziendas por no hallarse en semejantes escándalos y pesadumbres, y aun de sus haziendas los trayan y los degollavan, cosa que, si no fué en Roma, jamás fué vista. Pues andando las cosas desta suerte, sin aver remedio de apaziguarlas, el valeroso Muça, lleno de cólera y enojo, procurava los mejores medios que podía para apaziguar tan crecidos males como en Granada passavan. Y ansí él, y un linage de cavalleros que se llamavan los Alquifaes, y el buen Sarrazino y Reduán, andavan de un Rey a otro rogando que viniessen en un concierto las enemistades. Y como estos cavalleros Alquifaes fuessen muchos y ricos y de clara sangre, y no estuviessen acostados a ninguna parte apassionadamente, sino siempre a la obediencia de Mulahazen, cada uno de los vandos desseaban tenerlos por amigos. Y ansí les quisieron complazer, dando assiento en aquellos vandos, viendo que de cada día se menoscavavan muchos cavalleros de la Corte, assí con muertes, como ausentándose de la tierra. Y también porque Muça avía amenaçado a qualquier que no dexasse aquellas comunidades, y avía prometido de darle con su mano la muerte, aunque fuesse a su proprio padre. Y tanto hizo Muça en esto con ayuda de los cavalleros Alquifaes y el buen Sarrazino, y Reduán, y Abenámar, que vinieron a poner pazes entre todos los cavalleros de los vandos, prometiendo que no passarían más crueldades ni muertes, sino que hasta la fin de Mulahazen cada uno siguiesse su Rey como se estava Granada, y que cada Rey conociesse de las causas de su vando. Que Mulahazen y su Governador todo era una misma cosa, que oy no avía que hazer innovaciones, ni partidos, y al Rey Chiquito siguiesse quien le diesse gusto. El Rey Chico pidió que los Abencerrages cumpliessen el destierro, siendo cumplidos ya los dos meses que les dió de término. Mulahazen dezía que no avían de salir los Aben-

cerrages de Granada hasta que él fuesse muerto. En esto estuvieron confiriendo algunos días, y era la causa que los Zegrís lo pedían al Rey Chico, y todos los más cavalleros contrarios lo defendían. Finalmente, quedó que los Abencerrages saliessen de Granada, porque ellos mismos lo pidieron assí a todos los de su vando; y era la causa, porque se querían tornar Christianos y passarse en servicio del Rey Don Fernando, que de otra manera jamás salieran de Granada, porque tenían toda la gente común de su parte y la flor de los cavalleros della. Assí quedó Granada apaziguada por algunos días, aunque no duró mucho en ella la paz, como adelante diremos. Y por todas estas passiones y guerras civiles, que passaron en Granada, se cantó el romance que se sigue:

Muy rebuelta está Granada,
en armas y fuego ardiendo
y los ciudadanos della
duras muertes padeciendo,
Por tres Reyes que ay, esquivos,
cada uno pretendiendo
el mando, sceptro y corona
de Granada y de su Reyno:
El uno es Mulahazen,
que le viene de derecho;
el otro es un hijo suyo,
que lo quiere a su despecho;
El otro es Governador,
por el Mulahazen puesto.
Almoradís y Almohades
a éste le dan el sceptro.
Al Rey Chico, los Zegrís,
diziendo que es heredero;
Vanegas y Abencerrages
se lo van contradiziendo;
Dizen que no ha de reynar
ninguno, hasta ser muerto
el viejo Mulahazen,
pues es viuo y tiene el Reyno.
Sobre esto, Guerras Civiles
el Reyno van consumiendo,
hasta que el valiente Muça
en ello puso remedio.

Finalmente, por el buen Muça y los cavalleros Alquifaes, y por Reduán y Sarrazino y el buen Abenámar, fueron apaziguadas las pesadumbres y puesta en paz la tierra: de modo que todos podían andar

por la ciudad seguramente. Pues será agora bueno que tratemos cómo los cavalleros Abencerrages salieron de Granada, y con ellos los Aldoradines y Alabezes, con desseo de ser christianos y servir al Rey Don Fernando en las guerras que tenía contra Granada. Y assí, aviéndose estos cavalleros consultado los unos con los otros, acordaron de escrivir al Rey Don Fernando una carta, la qual dezía desta suerte:

«*A ti, Fernando, Rey de Castilla, lleno de todo bien y virtud, ensalçador de la santa fe de Christo, salud. Para que con ella puedas aumentar tus estados y tu fe vaya adelante, nosotros, los cavalleros Abencerrages, y Alabezes, y Aldoradines, besamos tus reales manos y dezimos y hazemos saber: que siendo informados de tu gran bondad, desseamos de yr te a servir, pues por tu valor merece que todos los hombres te sirvan. Y ansí mismo queremos ser christianos y morir en la Santa Fe que tú y los tuyos tenéys. Y para esto queremos saber si tu voluntad es de nos admitida debaxo de tu amparo, y que estemos en tu servicio. Y haziendo ansí, te demos fe y palabra de te servir bien y lealmente, como fieles vassallos, en esta guerra que tienes contra Granada y su reyno. Y haremos tanto en tu servicio, que te prometemos de darte a Granada en tus manos y gran parte de su reyno. Y en esto haremos dos cosas: la una, servirte a ti como a señor y Rey nuestro; y la otra, tomaremos vengança de la muerte de nuestros deudos degollados tan sin razón por el Rey Chico, aquien professamos ya y reconocemos por odioso y mortal enemigo. Y no siendo para más, cesamos besando tus reales manos, Los Abencerrages.*»

Escrita esta carta, la dieron a un captivo cristiano y le dieron libertad. Y encargándole el secreto, una noche, ocultamente, lo sacaron de Granada y le acompañaron hasta ponerle en parte segura. El qual tomó su camino a gran priessa, y no paró hasta llegar adonde estava el Rey Don Fernando y su Corte, en Talavera. Y en llegando el mensagero delante la real presencia del Rey, hincando las rodillas en el suelo, le habló deste modo delante de los grandes que con el Rey estavan: «Alto y podereso señor, después de besar tus reales pies, te hago saber que ha seys años que he estado captivo en Granada y siempre con hierros a los pies, adonde he passado grandes trabajos. Y si no fuera por un cavallero Abencerrage que cada día me hazía charidad, ya yo fuera muerto. Y agora este mismo cavallero una noche me llevó a su casa y me hizo quitar los hierros, y él y otros dos me acomodaron deste vestido a la usança mora, y me saca-

ron de los muros fuera de Granada, y me acompañaron dos leguas, enseñándome por donde yo podía salir a mi salvo, y allí me dieron dineros para passar camino y esta carta, la qual me mandaron que pusiesse en tus reales manos. Dios ha sido servido de dexarme llegar delante tu real presencia con ella; hela aquí: y con esto cumplo con aquellos cavalleros que tanto bien y merced me hizieron en darme libertad.» Y diziendo esto besó la carta y la dió en las manos del Rey Don Fernando, el qual la tomó, y abrió, y leyó para sí, y después la dió a Hernando del Pulgar, su secretario, para que la leyesse publicamente. Y siendo leyda, todos los grandes tuvieron grande plazer en saber que aquellos cavalleros querían ser christianos y servir al Rey en las ocasiones de la guerra contra Granada. Y dezían que si aquellos cavalleros tenía el Rey de su parte, que Granada y su reyno sería puesto en las manos del Rey luego. Y ansí, con este contento, el Rey mandó a Hernando del Pulgar que escriviesse en respuesta de aquella carta. La qual luego fué escrita y embiada a Granada con mensagero cierto y secreto y puesta en las manos del cavallero Abencerrage que dió libertad al captivo christiano, el qual se llamava Alí Mahamad Barrax. El qual tomó la carta, y de secreto hizo que se juntassen todos los Abencerrages, y Aldoradines, y Alabezes. La carta abierta y leída dezía desta suerte:

«*Abencerrages nobles, famosos Aldoradines, fuertes Alabezes: recebimos vuestra carta, con la qual se alegró toda nuestra Corte, entendiendo que de vuestra nobleza no puede redundar cosa que no sea noble como de pechos nobles: especialmente, teniendo el verdadero conocimiento de nuestra sancta fe cathólica, en la qual seréys del todo mejorados por la virtud della. Dezís que nos serviréys contra los infieles en las guerras que contra ellos tenemos. Por ello os offrecimos doblados sueldos y esta nuestra Real Casa tendréys por vuestra: porque entendemos que vuestro buen proceder lo merecerá. De Talavera, do al presente está nuestra Corte, El Rey Don Fernando.*»

Grande fué el contento destos cavalleros Moros, aviendo entendido lo que el Rey Don Fernando les embiava en respuesta de la suya. Y ansí luego entre ellos fué acordado de salir de Granada, y para hazer mejor su negocio, determinaron que luego se fuessen los Abencerrages a servir al Rey Don Fernando, y los Alabezes, y Aldoradines, y Gazules, y Vanegas quedassen en Granada, dando orden que se le diesse la ciudad y el reyno. Para lo qual los Alabezes escrivie-

ron a sesenta y seys Alcaydes, parientes suyos, que estavan en fuerças importantes guardando el reyno, en el río de Almería y Almançora y tierra de Filabres, haziéndoles saber lo que tenían acordado, y lo que le escrivieron al Rey Don Fernando, y lo que les fué respondido. Todos ellos Alcaydes estuvieron bien en ello y no uvo ninguno que lo contradixesse, considerando la pesadumbre de Granada, y que en ella avía tres Reyes, y que cada uno quería mandar, de donde no podría resultar bien ninguno. También escrivieron los Almoradís, y Vanegas, y Gazules a parientes suyos, también Alcaydes en fuerças del reyno, y también estuvieron en ello guardando con secreto el trato y concierto. Y desta suerte todos alistados para quando fuesse tiempo, los cavalleros Abencerrages, tomando sus bienes, aquellos que pudieron llevar, oro, plata y joyas, se salieron de Granada un día a medio día, despidiéndose de todos sus amigos y valedores, diziendo que ellos salían desterrados de Granada, y avían dado palabra de salir della por evitar escándalos y pesadumbres. ¡Quién os podría contar los llantos que toda Granada hazía por la despedida de los nobles cavalleros Abencerrages, que eran más de cien cavalleros los que se salían! De nuevo lloraron a los que avían sido degollados, de nuevo lloravan los que al presente se salían y desamparavan a Granada. Lloravan los demás cavalleros sus amigos, maldezían las pesadumbres y vandos, maldezían a los Zegrís, que eran causa dellos. Sólo se alegravan los Gomeles, se alegravan los Maças, alegrávanse los Zegrís y el Rey Chico con ellos, porque tan grande estorvo para su intento se les quitava delante. No faltó quien le dixesse al Rey Chico: «¿Qué es esto, Infante Aboavdilí? ¿Cómo dexas salir de Granada la flor de los cavalleros della? ¿No sabes que todo el común estava colgado de las voluntades destos nobles cavalleros y que todos los demás le seguían? No pienses que sólo pierdes á ellos, que también pierdes otros muchos claros linages de cavalleros, guarda y defendimiento de Granada y su reyno. Pues mira lo que te digo, que algún día los has de echar menos y te ha de pesar por averlos desterrado sin culpa.» Bien sentía el Rey lo mal que lo hazía en desterrar tan nobles cavalleros: mas por no dar su brazo a torcer ni bolver atrás lo que tenía començado, hazía sus orejas sordas, aunque es verdad que oya los llantos que por la ciudad se hazían por el ausencia de tan principales cavalleros. Desta manera salieron de Granada los Abencerrages, y muchos ciudadanos se fueron con ellos diziendo: que adonde los Abencerrages fuessen, avían de yr. Muy desconsolada quedó Granada, muy tristes quedaron las damas, tristes los cavalleros, tristes los Christianos captivos, pues perdían

mucha charidad y limosnas que los Abencerrages les davan y hazían. Ydos los Abencerrages, el Rey Chico se metió por sus haziendas dellos, mandó que se pregonassen por traydores; lo qual, Muça y los demás, no consintieron, porque si tal passava, se avían de renovar las guerras entre ellos. Aviendo cessado este propósito del Reyezillo, se sossegaron los cavalleros que estavan de la parte de los Abencerrages. Fué en este tiempo avisado Mulahazen cómo los Abencerrages se avían salido de Granada desterrados: de lo qual le pesó mucho, que no quisiera él que tales cavalleros salieran de su reyno, y dixo que él los tornaría, a pesar de su hijo, a Granada. Los Abencerrages hizieron su camino a donde estava el Rey Don Fernando, yendo con ellos el fuerte Sarrazino y su muger Galiana, y Reduán y su hermosa Haxa, y Abenámar y su querida Fátima, y Zulema y su linda Daraxa; porque el Rey le avía quitado el alcaydía que le avía dado. Todos éstos llevavan intención de ser Christianos, como lo fueron, porque siendo llegados adonde estava el Rey Don Fernando, fueron dél y de su Corte muy bien recebidos. Y tornados todos Christianos, con gran plazer del Rey y de sus grandes, les fueron assentadas plaças de grandes y aventajados sueldos. Las damas moras, siendo Christianas, la Reyna Doña Isabel las hizo damas de su estrado. Los Christianos cavalleros fueron puestos en la lista de la milicia y dadas muchas pagas adelantadas; fueron sentados debaxo el estandarte de Don Juan Chacón, señor de Cartagena, que tenía a su cargo una grande compañía de gente de a cavallo. El qual hizo su teniente a un cavallero Abencerrage muy principal, llamado quando moro Alí Mahomad Barrax, y Christiano Don Pedro Barrax. El fuerte Sarrazino, y Reduán, y Abenámar también fueron tenientes de otros capitanes y caudillos de cavallo. Sarrazino, de Don Manuel Ponze de León; Abenámar, de Don Alonso de Aguilar; Reduán, del famoso Portocarrero. En las quales compañías los nuevos Christianos lo hazían en todas las ocasiones muy bien, mostrando su gran valor y esfuerço, donde los dexaremos por tornar a hablar de Granada y de la hermosa sultana, Reyna de ella, que será razón que hablemos della y de su pleyto. Pues es de saber que los treynta días passados de plazo en que la Reyna avía de dar cavalleros que la defendiessen, y no aviéndolos dado, mandó el Rey Chico que la Reyna fuesse sentenciada a quemar, porque assí lo mandava la ley. A lo qual el valeroso Muça respondió contradiziendo que no avía lugar de executar tal sentencia, por quanto la Reyna no avía podido dar cavalleros ni señalarlos en su defensa, atento las guerras civiles que avían passado en Granada, y que por

esto no podía aver lugar en lo que el Rey dezía. A Muça ayudaron todos los cavalleros de Granada, salvo Zegrís, y Gomeles, y Maças, por ser éstos de un vando, y los Zegrís acusadores de la Reyna. Anduvieron muchos dares y tomares sobre el caso, y al fin quedó determinado que se le diessen a la Reyna otros quinze días de término para que señalasse o buscasse cavalleros que la defendiessen. Lo qual le fué a la Reyna notificado, y quien se lo notificó fué el valiente Muça. El qual entró en la torre de Comares por tener la licencia y no otro alguno. Y en entrando, halló á la hermosa Sultana triste por su negocio, y más porque el fuerte Sarrazino se avía llevado a su esposa Galiana y hallávase sin ella, puesta en grande ausencia, aunque con ella avía quedado la hermosa Zelima, su hermana. Sentándose el valeroso Muça junto de la Reyna, le contó todo lo que avía passado, y cómo le avían dado quinze días más de término para que señalasse cavalleros que la defendiessen. Que mirasse qué era lo que pensava hazer sobre aquel caso y qué cavalleros pensava señalar, que lo dixesse. La Reyna le respondió assí diziendo, su hermoso rostro bañado en vivas lágrymas: «Valeroso y fuerte Muça, jamás tuve entendido del ingrato Rey la cruel y acerba perseverancia que contra mi inocencia tiene. Yo no he hecho ninguna diligencia en este caso, por dos cosas: la una, por hallarme libre y sin culpa del crimen que me es puesto, y la otra, por los grandes escándalos y civiles guerras que la ciudad ha tenido dentro de sus mismas entrañas. Mas agora que veo que la maldad passa tan adelante contra mi limpia castidad, yo buscaré quien de tal maldad me defienda, no faltarán Christianos tan valerosos y de tanta piedad llenos, que si yo les pido auxilio y favor no me lo den, porque de moros no tengo de confiar un caso de tanta importancia, no por la vida, que la tengo en nada, quanto por otra cosa fuera, sino por no dexar una tan fea mancha en mi honra sin aver ocasión para ello.» Con estas palabras, la infelice Reyna, con ansia dolorosa, más aumentava su doloroso llanto, derramando infinidad de lágrymas por sus hermosas mexillas. Y tanto, que no fué parte el coraçón robusto del valeroso Muça, que viendo aquel espectáculo de lágrymas, no se enterneciesse, de forma que, sin poderlo dissimular ni sufrir, le vinieron las lágrymas a los ojos; y esforçándose lo más que pudo, porque su flaqueza no fuesse sentida, le dixo a la hermosa Reyna lo siguiente: «No tanto lloro, señora Sultana; no más tanto llanto; que doy fe, como cavallero, que yo haga de modo que vos, señora, quedéys libre, aunque por ello sepa yo matar a mi hermano el Rey; y me ofrezco, a su pesar, de ser el uno de los quatro cavalleros que

os defiendan. Por tanto, señora, no os aquexéys tan demasiadamente, que querrá Dios ser en vuestra ayuda.» Y tantas cosas dixo el buen Muça, que consoló a la Reyna. Y después de aver hablado en muchas cosas, la Reyna se resumió en que avía de escrivir a tierra de Christianos para buscar quien su honra defendiesse. La hermosa Zelima habló muy largo con el buen Muça, estando muy triste por el ausencia de su hermana Galiana. Al cabo de una gran pieça, el buen Muça se despidió de la Reyna y de la hermosa Zelima, dexando a la Reyna llorando y llena de pena por su desventurada prisión; y quexándose de la variable fortuna, dezía de esta suerte, recogida en su aposento:

Fortuna que en lo excelso de tu rueda
con illustrada pompa me pusiste,
porqué de tanta gloria me abatiste.
Estable te estuvieras, firme y queda,
y no abatirme assí tan al profundo
adonde fundo
dos mil querellas
a las estrellas;
porque en mi daño
un mal tamaño
con influencia ardiente promovieron
y en penas muy estrañas me pusieron.

O, tres y cuatro vezes fortunados,
vosotros Bencerrages, que muriendo
salistes de trabajos; feneciendo
los males que os estavan conjurados;
os puso en libertad gloriosa muerte,
aunque era fuerte;
mas yo, cuytada,
aprisionada,
con llanto esquivo
muriendo vivo;
y no sé el fin que avrá mi triste vida,
ni a tantos males cómo avrá salida.

Si la cometa ardiente que me instigue,
con violencia cruda y inexorable
constriñe a la fortuna ser mudable,
y con acerbo mal tanto me sigue,
no puedo tener fruto de esperança
que aya bonança
en la procela
del mar que buela

con furia al cielo
de desconsuelo,
porque las olas bravas levantando,
del mal me van contino amenazando,

Naufragio triste passa mi ventura,
en lágrymas se anega mi contento,
secóse ya mi flor, llevóse el viento
mi bien, dexado en mí gran desventura.
¿Adónde está lo excelso de mi pompa?
Bien es que rompa
con llanto eterno
el duro infierno.
Yo favor pida
como afligida,
diziendo: que ya el cielo no me quiere,
que me abra y me tenga si me quiere.

Si el vulgo no dixera que mi honra
de todo punto estava ya manchada,
yo diera con aguda y dura espada
el postrimero fin a mi deshonra;
mas si me doy la muerte, dirá luego
el vulgo ciego
que avía gran culpa
y no disculpa,
pues con mi mano
tomé temprano
la muerte aborrescible, dura y fuerte,
y ansí no sé si viva ni dé muerte.

Si del horrendo laço, el negro signo
del cárdeno color no se estampasse,
de suerte que en el cuello declarasse
la causa del furor tan repentino,
yo diera el tierno cuello al laço estrecho
y muy de hecho.
La infamia temo
en grande extremo,
que de otra suerte,
aquesta muerte
ya fuera por mi mal bien escogida,
y ansí muriendo, quedara yo con vida.

Dichosa tú, Cleopatra, que tuviste
quien del florido campo te truxera
la causa de tu fin, sin que supiera

ninguno por quál modo teneiste,
a penas se hallaron las señales,
ya funerales,
del ponçoñoso
áspid piadoso
que, con dulçura,
en la blancura
de tu hermoso braço fué bordando
con ponçoñoso diente tierno y blando.

Y ansí de captiverio y servidumbre,
illustre Reyna, fuyste libertada,
y en la sobervia Roma no llevada
en triumpho como avía de costumbre.
¿Mas yo qué espero? Muerte sin remedio,
por no aver medio
qual tú le uviste;
gran mal me enviste
y mi enemigo
hará conmigo
un triumpho desygual a mi limpieza,
pues se ha de dar al fuego mi nobleza.

Mas ya que el áspid falte a mi remedio,
yo romperé mis venas, y la sangre
haré que en abundancia se desangre,
de suerte que el morir me sea buen medio;
y ansí el Zegrí sangriento, que levanta
con furia tanta
el mal horrible
y tan terrible
en daño mío,
en Dios confío
que no triumphe de mí en aqueste hecho,
pues no verá partirme el duro pecho.

Estas y otras cosas muy lastimosas y de grande compassión hablava la hermosa Reyna Sultana, y todo con propósito de abrir sus delicadas venas de sus braços con un pequeño cuchillo de su estuche o con las tixerillas de su labor. Y después de aver acordado muy bien en lo que avía de hazer, resulta ya de darse este genero de muerte, no con ánimo de muger condenada a la muerte, sino de varón libre y desapassionado, llamó a la hermosa Zelima y a una Christiana captiva que estava en su compañía para que le serviesse; la qual tenía por nombre Esperança de Hita, natural de la villa de Mula, hija de un hidal-

go. Ésta fue captiva, llevándola a desposar a la villa de Lorca, y en el camino, yendo con ella su padre y dos hermanos, los Moros de Xiquena y Tirieça dieron en ellos, tomándolos salteadamente. El padre y hermanos de la donzella fueron muertos, aviendo ellos muerto diez y seis Moros antes que les matassen los cavallos y a ellos prendiessen, y quando los prendieron, ya estavan todos mortalmente heridos. La donzella fue captiva y llevada a los Vélez y de allí a Granada y presentada al Rey; el qual la dió a la Reyna, por ser la donzella muy discreta y hermosa, para que la sirviesse. Y ansí agora en este doloroso trance de la Reyna, esta hermosa donzella y la hermosa Zelima estavan con ella. Y como la Reyna las llamasse, ellas vinieron delante della y la Reyna les habló deste modo, llorando: «Hermosíssima Zelima, y a ti, hermosa Esperança, aunque tu alegre nombre no acude ni frisa con mi terrible desconsuelo, ya tendréys entendida la causa de mi injusta prisión, y cómo se ha passado el tiempo en que yo avía de dar cavalleros que me defendiessen, y no los he dado por los alborotos y guerras civiles que en la ciudad han passado. Y también entendiendo que el Rey mi marido uviera venido en conocimiento de mi innocencia: y agora veo que de nuevo se me ha dado prorogación de quinze días para que dé cavalleros que me descarguen de lo que me acusan. El tiempo es breve, y no sé quién pueda tomar esta demanda por mí. Tengo acordado de darme yo misma la muerte, y para esto tengo escogida una manera de morir, fácil y muy honrosa, que será abriéndome las venas de mis braços, dexando salir toda la sangre que me alimenta. Y esto hago porque los traydores Zegrís y Gomeles no me vean con sus ojos morir, holgándose con mi muerte, por quedar ellos con su mentira hecha verdad. Sólo una cosa os ruego, y si lo puedo mandar, mando, que esto ha de ser lo último y postrero: que al punto que yo acabe de espirar, tú, Zelima, pues sabe adonde en esta Real Casa se entierran los cuerpos de los Reyes de Granada, abras los antiguos sepulchros, y allí pongáys este mi cuerpo Real, aunque desdichado. Y tornando a poner las losas como de antes estavan, me dexéys, cayando el secreto, el qual a las dos os encargo. Y tú, Esperança, libre te dexo, pues eres mía y el Rey te me dió en tiempo que me quería más que agora. Y tómate mis joyas todas, que yo sé que serán bastantes para tu casamiento. Y mira que te cases con un hombre que sepa conocerte, y toma exemplo en esta triste Reyna. Esto es lo que os ruego y de merced os pido, y en esto no me faltéys, pues todo lo demás me ha faltado.» Con esto dió la Reyna fin a sus razones, no cessando de llorar con grande amargura. La hermo-

sa Esperança de Hita, también llorando, movida a compassión de la hermosa Reyna, con muy discretas palabras ansí la dixo consolándola:

« O, hermosíssima Sultana, no te aflijas
ni a lágrymas no des tus lindos ojos,
y pon en Dios inmenso tu esperança
y en su bendita Madre, y desta suerte
saldrás con vida, junto con victoria,
y a tu enemigo acerbo en un instante
verás atropellado duramente.
Y para que esto venga en cumplimiento,
y en tu favor respire el alto cielo,
pon toda tu esperança con fe viva
en la que por mysterio muy divino
fué madre del que hizo cielo y tierra,
el qual es Dios, inmenso, poderoso,
y por mysterio altivo, sacrosanto,
en ella fué encarnado, sin romperse
aquella intacta y limpia carne santa.
Quedó la infanta virgen y donzella,
antes del sacro parto y en el parto,
también después del parto, Virgen pura.
Nasció della hecho hombre, por reparo
de aquel pecado acerbo quel primero
padre que tuvimos cometiera,
nació de aquesta Virgen, como digo;
después en una cruz pagó la offrenda
que al muy inmenso Padre se devía;
allí en todo rigor la fué pagando
por darle el pecador eterna gloria.
En esta Virgen, pues, Reyna y Señora
agora te encomienda en este trance
y tenla desde hoy más por advogada
y tórnate Christiana; y te prometo,
que si con devoción tú la llamasses,
que en limpio sacaría esta tu causa.»
La Reyna estava a todo muy atenta
y llena de consuelo allá en su alma,
con las palabras dulces y discretas
que la Esperança dize, y consolada,
aviendo en su memoria ya rebuelto
aquel mysterio altivo de la Virgen;
teniendo ya imprimido allá en su idea,
que gran bien le sería ser Christiana,
poniendo en las Reales y virgíneas
manos sus trabajos tan inmensos.

Y ansí, abraçando, dize a su Esperança:
«Han sido, mi Esperança, tus razones
tan vivas y tan altas, que en un punto
con penetrante fuego han allegado
a lo que muy más íntimo tenía
allá en mi coraçón y más secreto,
y con affecto grande se han impresso.
Y tanto, que querría ya que fuesse
llegado el feliz punto tan dichoso
en que Christiana fuesse; yo prometo
tomar por advogada a la que madre
de Dios inmenso fué por gran mysterio.
Y ansí lo creo yo como tú dizes,
y a ella me encomiendo yo y me offrezco,
y en sus benditas manos mis angustias
con esperança viva de remedio
yo pongo desde oy, y en Dios confío
por su bondad inmensa que él me saque
de mis excelsos males a buen puerto.
Por tanto tú, Esperança, mi bien, todo,
de mí jamás te apartes, porque quiero
que con la fe de Christo me consueles
y en ella tú me enseñes, como es justo,
los frutos que se esperan divinales.
Y pues en ella tú me tienes puesta,
prosigue y no te canses de enseñarme,
pues no me cansaré jamás de oyrte.»

Atenta estava a todas estas cosas la hermosa Zelima, y enternecida en lágrymas, viendo ansí llorar a la hermosa Reyna, determina de seguir sus mismos motivos y de tornarse Christiana. Y ansí con amorosas palabras le dixo a la Reyna: «No pienses, hermosa Sultana, que aun tú te tornes Christiana, yo desearé de seguir tu compañía, para que de mí sea lo que de ti fuere; yo también quiero ser Christiana, porque entiendo que la Fe de los Christianos es mucho mejor que la mala secta que hasta agora avemos guardado del falso Mahoma. Y pues todas estamos de esse parecer, si se ofreciere, muramos por ello, que el morir por Christo nos será eterna vida.» Oyendo la Reyna a Zelima cómo tanta instancia y tan de veras dezía aquéllo, la abraçó, llorando muy de coraçón. Y tornándose a la hermosa Esperança, le dixo: «Ya que tenemos acordado ser Christianas, ¿qué consejo tendremos que sea tal que de aquí salgamos?, aunque yo holgaría que saliéssemos de aquí para recebir martirio por Christo, y que fuéssemos baptizadas con nuestra propria sangre.» A las quales razones la her-

mosa Esperança respondió a la Reyna desta suerte: «Con la confiança de tu buen propósito, hermosa Sultana, te daré un muy acertado consejo, para que con él quedes libre de la maldad de que estás acusada. Avrá de saber, Reyna y señora, que ay un cavallero llamado Don Juan Chacón, señor de Cartagena, el qual cavallero está casado con una dama muy hermosa, llamada Doña Luysa Faxardo, hija de Don Pedro Faxardo, Adelantado y Capitán General del Reyno de Murcia. Este Don Juan Chacón es valeroso por su persona, y muy amigo de hazer bien a todos aquellos que poco pueden. Escrívele, Señora, y encomiéndate en él, pidiéndole su favor y auxilio, que él es tal cavallero que luego te favorecerá. Y para ello él tiene tales amigos y tan buenos, que por su respecto trastornaran un mundo entero, quanto más hazer por ti una batalla. Que te prometo que si el Don Juan Chacón solo la emprendiesse, que es tal, y su valor tan grande, que le daría un muy honroso y glorioso fin: quanto más que él tiene amigos como tengo dicho, que le ayudarán a tal empresa.» «¿Y a dónde estará esse tal cavallero agora —dixo Zelima—, que ya le he oydo nombrar muchas vezes?» «Siempre anda con el Rey Don Fernando — respondió Esperança de Hita—, sirviéndole en la guerra contra los Moros de este Reyno.» «Tomar quiero tu consejo en todo y por todo —dixo la Reyna—, y luego lo quiero poner por la obra.» Y ansí, pidiendo recaudo de papel y tinta, de su propia mano escrivió una carta en lengua castellana, que dezía desta suerte:

«*La infelice Sultana, Reyna de Granada, del antiguo y claro Morayzel hija, a ti Don Juan Chacón, señor de Cartagena, salud. Para que con ella, ayudado de la razón que está tan entera de mi parte, puedas darmel favor que mi necessidad te pide, en la qual muy estremadamente estoy puesta por un falso testimonio que me han levantado los cavalleros Zegrís y Gomeles, tratándome de adúltera, poniendo lo a mi castidad y limpieza, sin aver causa para ello. Siendo esta maldad parte para que los nobles cavalleros Abencerrages fuessen degollados sin tener culpa. Y no bastando esto, aver por ello en esta desdichada ciudad muy civiles guerras, de las quales han resultado muchas y grandes muertes de cavalleros, y grande derramamiento de sangre noble. Y de todo ello lo que más siento es hallarme sin culpa pressa, condenada a muerte de fuego, si dentro de quinze días no doy quatro cavalleros que defiendan mi causa contra otros quatro Zegrís y Gomeles, que falsamente me han acusado. Y siendo informada de una Christiana captiva de tu valor y nobleza, acompañada de muy soberana virtud, llena de entrañable miseri-*

cordia, para reparo de aquellos que poco pueden, acordé de escrivirte, suplicándote, valeroso cavallero, que te duelas de esta desdichada Reyna, puesta en tantas angustias y penas, para que con tu valeroso braço defiendas mi honra y castigues aquellos que tan falsamente me han acusado. Y yo confío en la Virgen María, madre de Dios verdadero, en quien yo creo bien y verdaderamente, en cuyas piadosas manos pongo mi causa, que saldrás con victoria contra mis enemigos, resultándome a mí della crecida honra y alegre libertad. Y confiada en tu nobleza, cesso. De Granada, Tu servidora, Sultana, de Granada Reyna.»

Acabada de escrivir la carta, la hermoso Reyna la leyó a Zelima y a Esperança, de que holgaron mucho viendo su buen proceder. Y cerrada y sellada, y puesto el sobrescrito, embiaron a llamar al valeroso Muça, con un pajecillo de la hermosa Zelima, que tenía licencia de las guardas para entrar y salir en la torre de Comares, donde estava presa la Reyna. El page llamó a Muça, el qual venido, la Reyna le dió la carta, diziéndole que la embiasse con mensagero cierto a la Corte del Rey Don Fernando, y que fuesse con todo secreto. La hermosa Zelima también se lo rogó de su parte, y Muça tomó a su cargo poner la carta en cobro, por darle contento a la Reyna y gusto a Zelima. Y ansí, aquel mismo día, el buen Muça la despachó con mensagero cierto y secreto. El qual partió de Granada a gran priessa, y no paró hasta llegar a donde el Rey Don Fernando estava, a donde halló a Don Juan Chacón, señor de Cartagena; y dándole la carta, Don Juan la abrió y leyó, y visto lo que la carta contenía, luego escrivió a la Reyna una carta en respuesta de la suya, la qual assí dezía:

CARTA DE DON JUAN CHACÓN, SEÑOR DE CARTAGENA, A SULTANA, REYNA DE GRANADA.

«A ti, Sultana, Reyna de Granada, salud, para que con ella yo pueda besar tus Reales manos, por la singular merced que se me hace, señalándome para que averigue un caso de tanta gravedad, aviendo en la Corte del Rey Don Fernando tantos y tan buenos cavalleros, en cuyas manos se pudiera poner el negocio de tu honra. Mas, pues a mí particularmente me mandas que defienda tu innocencia, lo haré, confiando en Dios y en su bendita Madre y en tu bondad, que estará de tu parte la victoria. Y ansí digo que el mismo día de tu sentencia, yo y otros tres cavalleros amigos, que se holgarán de te servir en este caso, seremos dentro de essa ciudad de Granada, y tomaremos a nuestro cargo la ba-

talla. De esto sólo encargo el secreto, porque partiremos de aquí sin licencia del Rey Fernando; porque sería possible, si pidiéssemos, no darla, por donde se impidiría nuestra yda. Y no siendo para más, cesa. De Talavera, besando tus Reales manos, como se deve a tan alta señora, Don Juan Chacón.»

La carta escrita la cerró y selló con su sello de Lobos y flor de Lises, blasón claro, suyo y de sus passados; y dándola al mensagero y lo necessario para el camino, lo imbió a Granada. Y llegado, luego dió al valeroso Muça la carta que Don Juan Chacón le avía dado, y Muça subió luego al Alhambra, como solía, a ver a la Reyna, y le dió la carta. Y después de aver hablado en muchas cosas con Zelima, su señora, y la Reyna, se despidió. Y ansí como Muça fué salido de la torre de Comares, la Reyna abrió la carta y la leyó en presencia de Zelima y de la captiva Esperança, con tanta alegría que no se puede pensar. Y encargándole a las dos el secreto por Don Juan Chacón encomendado y por ellas ansí prometido, quedaron aguardando el día de la batalla. En esta sazón ya se sabía por toda Granada cómo los cavalleros Abencerrages se avían tornado Christianos, y el buen Abenámar, y el fuerte Sarrazino, y Reduán, de que no poco temor tuvo el Rey Chico. Y luego les mandó tomar sus bienes y tornarlos a pregonar por traydores, y esto por orden de los Zegrís y Gomeles. A todo lo qual, el linage de los Alabezes, y Aldoradines, y Gazules, y Vanegas, y todos los de su parte, no quisieron hazer cosa ninguna por no mover nuevos escándalos, y también porque tenían confianza que muy pronto los Abencerrages serían puestos en possessión de sus bienes y haziendas, conforme a lo que tenían tratado. Y ansí aguardavan su punto y hora, donde los dexaremos por hablar del señor de Cartagena, Don Juan Chacón. El qual, aviendo despachado el mensagero de la Reyna, se puso en grande cuydado, desvelándose sobre aquel caso, imaginando a qué cavalleros hablaría, que fuessen tales que él pudiesse muy confiadamente llevarlos a la batalla contra aquellos quatro valerosos Moros que acusavan a la Reyna Sultana. Estava determinado de emprender él solo aquel hecho sin dar dello noticia a otro ninguno. Y muy bien lo pudiera acometer, porque avéys de saber que Don Juan Chacón era de bravo coraçón, lleno de toda bondad y fortaleza, era cavallero muy membrudo, suffridor de grandes trabajos, alcançava grandes fuerças. Le aconteció de un golpe de espada cortar todo el cuello a un toro a cercén. Finalmente, estava dispuesto de hazer él solo aquella batalla por la Reyna; mas lo avino que

un día, estando en conversación con otros cavalleros muy principales y de gran cuenta, el uno era Don Manuel Ponze de León, Duque de Arcos, descendiente de los Reyes de Xérica y señores de la casa de Villa García, salidos de la Real Casa de León, de Francia, por señalados hechos que hizieron, los Reyes de Aragón les dieron por armas las Barras de Aragón, roxas, de color de sangre, en campo de oro, y al lado de ellas un león rapante, que era su antiguo blasón, en campo blanco; armas muy deslumbradas del famoso Héctor Troyano, antecessor suyo, como lo dizen las Chrónicas francesas. El otro cavallero era Don Alonso de Aguilar, hombre de mucho valor, magnánimo grandemente de coraçón, amigo de hallarse con los Moros en batallas; y tanto era su ánimo acerca desto, que al fin le mataron Moros, mostrando él el grande valor de su persona, como adelante diremos. El otro cavallero era Don Diego de Córdova, varón de grande virtud y fortaleza, amigo de pelear con los Moros; siempre seguía la guerra; amigo de soldados y gente de guerra y de hazer bien a los que poco podían. Éste dezía que más estimava un buen soldado que su estado, y que un buen soldado, podía dezir con verdad, que era tan bueno como un Rey, y que podía comer con él a la mesa. Finalmente este claro varón, Alcayde de los Donzeles, y Don Manuel Ponze de León, y Don Alonso de Aguilar, y Don Juan Chacón, señor de Cartagena, estavan en conversación, como es dicho, hablando en las cosas del Reyno de Granada. Y tratando de unas cosas y otras, vinieron a dar en la muerte de los Abencerrages tan sin culpa, y la causa dello, y la prisión de la hermosa Sultana, Reyna de Granada, y la sin razón que su marido el Rey Chico le hazía aviéndole puesto su causa en condición de batalla de quatro cavalleros; porque todo esto muy bien lo sabían en la Corte del Rey Fernando. Y ansí diziendo y passando adelante, Don Manuel Ponze dixo: «Si lícito fuera, de muy buena voluntad yo me holgara de ser el primero de los quatro que defendieran la causa de la Reyna.» «Yo, el segundo —dixo Don Alonso de Aguilar—, porque a fe de cavallero, que me duelo de los infortunios de la Reyna y de sus trabajos; porque al fin es muger y tiene grandes contrapesas en la causa presente.» El valeroso Alcayde de los Donzeles replicó, diziendo: «Yo me holgara de ser el tercero, porque de hazer bien no se pierde nada, antes se gana muy mucho; especialmente en un negocio de tanta gravedad como el de la Reyna de Granada. Porque de hazer bien a la Reyna resulta ganar honra y hazer lo que los cavalleros deven a la orden de la cavallería.» «Sepamos, señores—dixo Don Juan Chacón —, ¿qué cosa illícita halláys para que la Reyna no

sea favorecida en este caso? Agora respondo yo a lo que dixo el señor Don Manuel Ponze de León, que dixo que si fuera cosa licita, que él fuera el primero en favorecer a Sultana.» «Dos cosas lo impiden —dixo Don Manuel—: la una, ser Sultana Mora, y siendo Mora no permite nuestra ley que a ningún Moro se le dé favor ni ayuda en nada. La otra, no se puede hazer sin licencia del Rey Don Fernando.» «La licencia era lo de menos—dixo el famoso Alcayde de los Donzeles—; porque sin que el Rey lo entendiera, se pudiera muy bien hazer.» «Pregunto —respondió Don Juan Chacón—: si la Reyna escribiera a cualquiera de vuessas mercedes pidiéndole favor, y que entrasse por ella en esta batalla, y que ella quería ser Christiana, qualquiera de vuessas mercedes, ¿qué haría?» Entonces todos respondieron, que ellos tomarían a su cargo la demanda de la Reyna, aunque supiessen morir por ella. Don Juan Chacón, como aquéllo oyó, muy alegre metió la mano en el pecho y sacó la carta de la Reyna, diziendo: «Tomad, señores; leed esta carta, y en ella hallaréys cómo Sultana pone su negocio en mis manos; yo no sé por qué, aviendo en la Corte del Rey Fernando otros mejores cavalleros que yo. Y no puedo dexar de hazer lo que a cavallero soy obligado. Y si caso fuere que no huviere otros tres cavalleros que me acompañen, solo pretendo entrar en la batalla contra los quatro cavalleros Moros. Y yo confio en Dios, todo poderoso, y en la innocencia de la Reyna, que saldré con victoria. Y si no saliere y fortuna me fuere contraria y muero en la demanda, no por esso avré perdido cosa ninguna, antes avré ganado demasiada honra, sabiendo la causa de mi muerte. Los tres cavalleros, aviendo leydo la carta de la hermosa Sultana, y viendo en ella cómo quería ser Christiana, y la determinación del señor de Cartagena, dixeron que ellos le acompañarían en aquella jornada de muy buena voluntad. Y conjurados todos quatro, que entonces ni en ningún tiempo lo descubririan a nadie, y el juramento hecho en ley de cavalleros, ordenaron de se partir, sin dar cuenta al Rey ni pedirle licencia para ello. Y ansi concertado entre los quatro valerosos cavalleros, el audaz y astuto guerrero Alcayde de los Donzeles dió por parecer que todos fuessen vestidos en trage Turquesco, porque en Granada no fuessen conocidos de alguna persona, especialmente aviendo en ella tantos captivos Christianos que los podrían conocer. Todos dieron por muy bueno el acuerdo del famoso Alcayde de los Donzeles, y ansi luego aderecaron lo necessario para la partida, con todo el secreto del mundo, que ni aun escuderos no quissieron llevar consigo por no ser descubiertos, dexando dicho en sus posadas que salían a monte; se partieron una noche a

gran priessa, porque no les quedava sino seys días de término para la batalla. Al lugar que llegavan, no entravan dentro, sino por fuera se passaron de largo. Si les faltava algo, a qualquier hombre le pagavan porque se lo truxera. Desta suerte llegaron a la vega de Granada, dos días antes que se avía de hazer la batalla; y metidos en el Soto de Roma, que ya lo avéys oydo dezir, descansaron todo un día muy secretamente. Y allí durmieron aquella noche, sin hazérseles de mal, por ser noche de verano, y la mayor parte della tratando cómo se avían de aver en la batalla. La mañana venida, alegre y resplandeciente, se adereçaron para yr a Granada, que estava dos leguas de allí, sacando de sus maletas ropas turquescas que ellos mandaron hazer, muy ricas y vistosas. De las quales fueron vestidos sobre las armas, que eran muy fuertes. Y aviendo comido algo de lo que ellos llevavan, los vestidos de camino los pusieron dentro de sus maletas, y los escondieron entre muy espesas çarças que allí avía, donde no pudieran ser hallados de nadie, sino por ellos mismos, y subiendo sobre sus buenos y ligeros cavallos, salieron a lo raso de la vega, dexando ciertas señales para poder acertar a la buelta a aquel lugar donde dexavan sus maletas. Y ansí tomaron la buelta de Granada muy seguramente con el trage turquesco, que no huviera ninguno que los viera de aquel modo que no los tuviera por Turcos; especialmente que Don Juan Chacón sabía la lengua turquesca muy bien, y la arábiga mejor; y también Don Manuel, y Don Alonso, y el Alcayde de los Donzeles sabían muy enteramente el arábigo y otras muchas lenguas, assí como latina y francesa, italiana y cántabra; las quales lenguas con mucha curiosidad avían aprendido. Yendo, pues, los quatro famosos cavalleros a Granada, como es dicho, atravessando por la vega, dieron en el real camino de Loxa, por el qual vieron venir un cavallero Moro, a gran priessa, tropellando el camino, a media rienda. Parecía el Moro ser de mucho valor, según se mostrava en el aspecto y garbo. Traya una marlota verde de muy fino damasco, con muchos texidos de oro; sus plumas eran verdes, y blancas, y azules; su adarga era blanca, hermosa, y en medio pintada una ave Fénix, puesta sobre unas llamas de fuego, con una letra en torno que dezía: «Segundo no se le halla». Su cavallo era bayo, de cabos prietos. Traya el bizarro Moro una gruessa lança, y en ella un hierro de Damasco, muy fino, y en la punta, junto al hierro, un pendoncillo verde y roxo; parecía tan bien, que a todos qualesquiera que lo miraran, diera muy crecido contento. Los quatro famosos cavalleros que assí lo vieron venir con tanta priessa, agradados de su buen talle, le aguardaron en medio del camino. Y

como el bizarro Moro llegó a ellos, les saludó en arábigo muy cortésmente, y el buen Alcayde de los Donzeles le bolvió las saludes en la misma lengua, como aquel que la sabia muy bien. El gallardo Moro, aviendo saludado a los cavalleros, se los paró a mirar, maravillado de su buena apostura y gallardía. Y parando con las riendas el presuroso curso de su cavallo, se paró, aunque la priessa de su camino y la gravedad del caso que le aguardava le ponía agudos azicates para que no parasse; el desseo de saber quiénes eran aquellos cavalleros le ponia forçoso freno. Y ansí parado dixo: «Aunque de importancia era mi priessa, señores cavalleros, avré de parar sólo por saber quién tales y tan gallardos cavalleros son. Por tanto os suplico que satisfagáys a mi deseo si os diere gusto, porque yo le tendré muy grande en saberlo, si ya no es que perdéys algo en me lo dezir; porque cavalleros tan apuestos y de tan estraño trage no los solemos ver por estas partes, sino es quando de la parte del Mar Lybico vienen a negociar algo con el Rey de Granada, o a tratar algo de algunas mercancias de grande cantidad y calidad. Mas estos que yo digo, verdad es que vienen en esse bizarro y galán trage, mas no tan apercebidos de cavallos y armas, las quales yo entiendo que traéys muy finas debaxo la turquesca ropa. Y por esto holgaría saber quién soys y de qué tierra; porque a fe de Moro hidalgo, que me parecéys tan bien, que holgara de no apartarme de vuestra compañía un solo punto; por tanto, no me hagáys dessear lo que con tanta instancia os pido.» Don Juan Chacón, por hazerle entender que eran turcos de nación, le respondió en turquesco, que eran de Constantinopla. Mas el afficionado Moro no la entendió, y dixo: «No entiendo essa lengua, habládme en arábigo, pues que lo entendéys, pues en él me respondistes quando os saludé.» Entonces, el famoso Alcayde de los Donzeles le dixo en algarabia: «Nosotros somos de Constatinopla, Genízaros de nación, y estamos en guarnición en Mostagán quatrocientos de nosotros, ganando sueldo del Gran Señor. Y como avemos oydo dezir que en tierra de Christianos avia muy valientes cavalleros en las armas, especialmente en estas fronteras, venimos a probar nuestras personas y fuerças si son de tan alto estremo como las suyas. Y ansí para esto nos embarcamos en una fragata de quinze bancos, nosotros quatro y los marineros della, y aportamos en un lugar que está detrás de aquella sierra Nevada que allí parece, y desembarcamos allí; el lugar se llama Adra, si bien me acuerdo, que assí nos lo dixeron los marineros de nuestro navio. Y tomando lo necessario, nos venimos la costa en la mano hasta otro lugar que se llama Almuñécar, y de allí venimos a Granada, y no entramos en ella por

gozar de ver primero esta hermosa vega, que es la mejor, a mi parecer, que aya en el mundo. Avemos andado por ella dos días, pensando hallar algunos Christianos con quien pudiéssemos probar nuestras personas, y no avemos hallado cosa alguna que de contar sea, sino es a vos, buen cavallero, y agora vamos a ver a Granada y a hablar con el Rey della, y luego yrnos donde nos aguarda nuestra fragata. Esta es la verdad pura de lo que nos avéys, señor cavallero, preguntado; y pues os avemos satisfecho en vuestra demanda, será justa cosa que vos nos satisfagáys en dezirnos quién soys, que no menos deseo nos ha puesto vuestra vista para que os lo preguntemos, que la nuestra os pudo poner para que nos preguntássedes.» «A mí me plaze—dixo el valeroso Moro—de daros cuenta de lo que pedís; mas pues vamos todos a Granada, piquemos para que alleguemos temprano, y de camino sabréys mi hazienda y algo de lo que passa en Granada.» «Vamos»—dixo Don Alonso de Aguilar. Y diziendo esto, todos cinco començaron a caminar hazia Granada. Y el gallardo Gazul, que era el Moro que avéys oydo, començó a dezir: «Avéys de saber, señores cavalleros, que a mí me llaman Mahomad Gazul; soy natural de Granada; vengo de San Lúcar, porque allí está la cosa que más quiero y amo en esta vida, que es una muy hermosa dama llamada Lindaraxa, de casta de los famosos Abencerrages. Salióse de Granada por respecto que el Rey de Granada mandó que los Abencerrages fuessen desterrados della sin culpa, aviendo ya degollado dellos treynta y seys cavalleros que eran la flor de Granada. Por esta ocasión, como digo, mi señora se fué a San Lúcar a estar con un tío suyo, hermano de su padre. Yo la acompañé en esta jornada, y llegados a San Lúcar, con la vista de mi señora, yo vivía en gloria y passava una vida muy a mi contento. Supe después que los Abencerrages que avían quedado, no permitiendo el Rey que tomassen a su cargo la defensa de la Reyna, ni reparassen por armas la acusación contra ellos hecha, se avían passado con el Rey Don Fernando, y se avían buelto Christianos, y que en Granada avía grandes alborotos y guerras civiles, y la Reyna Sultana puesta en prisión, y su causa remetida y puesta en juyzio de batalla, de quatro a quatro. Y yo, como sea de la parte de la Reyna y todos los de mi linage, acordé de venir a Granada por ser uno de los quatro cavalleros que han de defender su partido, y porque oy es el postrero día de su plazo en que se ha de hazer la batalla, voy con tanta priessa por llegar a tiempo. Por tanto, señores cavalleros, démonos priessa antes que se nos haga más tarde, pues con esto he satisfecho a vuestra demanda.» «Por cierto, señor cavallero—dixo Don Manuel Ponze—que

nos avéys admirado; y a fe de cavallero que me holgaría que la señora Reyna quisiesse y gustasse que nosotros quatro fuéssemos puestos y señalados en su defensa, que por ella haríamos todo lo possible y último de potencia hasta perder las vidas.» «Pluguiesse al Santo Allá que ello ansí fuesse, que yo confío de vuestra bondad, que saldríades con victoria de la batalla; y a fe de Moro hidalgo, que yo lo procure con todas las veras del mundo, que no valgo yo tan poco en Granada que no lo pueda muy fácilmente acabar. Aunque he oydo dezir que la Reyna no quiere poner su causa en manos de Moros, sino de Christianos.» «Quando esso sea — dixo Don Manuel —, nosotros no somos Moros, sino turcos de nación, genízaros y hijos de Christianos, y esto es cierto como lo digo.» «No dezís mal — respondió el valiente Gazul —, que por essa vía sería possible que la Reyna os escogiesse para que le defendáys su causa.» «Dexando esso a parte — dixo Don Juan Chacón —, que en Granada se verá, sepamos, señor Gazul, qué cavalleros Christianos son los de más fama en estas fronteras deste Reyno, que holgaré mucho de saberlo.» «Señor — respondió Gazul —, los cavalleros Christianos de más valor, a lo menos los que más nos corren la vega, son el Maestre Don Manuel Ponze de León, y éste es un bravo y valeroso, y sin éste ay otro, Don Alonso de Aguilar, y Gonçalo Fernández de Córdova, y el Alcayde de los Donzeles; y desta casa de Córdova son todos muy escogidos y valientes cavalleros, y sin éstos ay otros muchos, tal como un Puerto Carrero, un Don Juan Chacón, señor de Cartagena; y sin éstos, otros muy grandes señores que sirven al Rey Fernando, que sería muy largo de contar.» «Mucho holgáramos de vernos con esos cavalleros en batalla» — respondió Don Alonso de Aguilar. «Pues yo os digo — dixo Gazul — que hallaréys cualquiera dellos, especialmente en los que os he nombrado, un poderoso Marte, y quando estemos en Granada de espacio, os contaré cosas que estos cavalleros tienen hechas en esta vega, que os pondrán grande admiración.» «Nosotros holgaremos de las oyr, sólo por llevar a nuestra tierra algo que contar» — respondió Don Manuel. Y con esto caminavan a gran priessa todos cinco cavalleros a Granada, que no quedava más de media legua para llegar a ella. Donde les dexaremos hasta su tiempo, por contar lo que passava en Granada en aquella sazón.

CAPÍTULO QUINZE, EN QUE SE PONE LA MUY PORfiada batalla que passó entre los ocho cavalleros sobre la libertad de la Reyna, y cómo la Reyna fué libre y los cavalleros Moros muertos, y otras cosas que passaron.

Triste y confusa estava la ciudad de Granada porque se avía acabado el término que se le avía dado á la hermosa Sultana, en que avía de dar quatro cavalleros que por ella hiziessen batalla. Y porque se acabava aquel día, muchos cavalleros quisieran que aquel negocio no passara adelante, pues la Reyna no avía dado cavalleros que la defendiessen; y ansí tratavan muchos de los más principales de la ciudad con el Rey, que cessasse y se pusiesse bien con la Reyna y no diesse crédito a lo que los Zegrís dezían. Mas por mucho que los cavalleros lo procuraron, jamás pudieron con el Rey acabar nada, respecto que los acusadores le yvan a la mano por hazer verdadera su maldad. Y ansí el Rey dava por respuesta que procurasse la Reyna dar por todo aquel día quien la defendiesse, sino que la avía de hazer quemar; y desto jamás le pudieron persuadir a otra cosa. De forma que luego, por su mandado, fué hecho un tablado muy grande en la plaça de Bivarambla, para que la Reyna estuviesse y los Juezes que la causa avían de determinar. Los quales el uno fué el valiente Muça, aunque su hermano no quiso; y con el valiente Muça fueron Juezes dos cavalleros muy principales: el uno Azarque y el otro Aldoradín, los quales desseavan todo bien a la Reyna y estavan puestos de la favorecer en todo y por todo. El tablado fué cubierto de paños negros y los mismos Juezes acompañados de la flor de la cavallería de toda Granada. Subieron al Alhambra para llevar a la hermosa Sultana a la ciudad y ponella en el tablado que avéys oydo, por lo qual la ciudad començó a alborotar, y muchos estavan determinados de salir y quitar a la Reyna y ponerla en libertad, y matar al Rey Chico por el notorio agravio que le hazía, abrasarle y quemarle la casa. Y quien se disponía a hazer esto eran todos los Almoradís y Marines, y para ello se juntaron con ellos Alabezes, Aldoradines, Gazules, Vanegas. Mas fueron aconsejados que no lo hiziessen en manera ninguna; porque aunque la Reyna quedasse libre del peligro, no quedava saneada su honra, sino más llena de mancha y escurecida; porque siempre la

fama diría que porque no se declarasse la verdad avían remitido a las manos su libertad, no consintiendo que su causa fuesse puesta en juyzio la batalla. Lo qual era en favor de los acusadores, dexándolos con su honra enteramente, haziendo averiguada verdad su falsa acusación. Y ansí por esta causa dieron de mano a su pretensión, confiando en Dios que la Reyna saldría libre y con toda su honra. Pues aviendo llegado los Juezes al Alhambra acompañados de gran cavallería, el Rey viejo Mulahazen no los quiso dexar entrar, diziendo que la Reyna no devía nada, que él no quería consentir que la llevassen. El valiente Muça y los demás cavalleros le dixeron que era muy bueno para la Reyna ponerse en aquel juyzio, porque al fin quedaría libre y su honra no menoscabada, sino más augmentada; y que si él no la dava, los acusadores quedavan con su honra. Estas y otras cosas le dixeron al Rey Mulahazen para que consintiesse que la Reyna fuesse llevada y puesta en juyzio de la batalla que estava assignada. El Rey les preguntó si tenía ya la Reyna cavalleros que la defendiessen. Muça le respondió que sí; y que quando todo faltasse, y cavalleros que la defendiessen no se hallassen, que él en persona la defendería. Con esto el Rey dió licencia que entrassen, y ansí Muça y los demás Juezes entraron, quedándose toda la demás cavallería fuera del Alhambra aguardando que saliesse la Reyna. Llegado Muça a donde estava la hermosa Sultana, la halló hablando con Zelima, sin ninguna pena de lo que esperava: ya sabía ella que aquel día se le cumplía el plazo. Mas confiada en que Don Juan Chacón no le faltaría la palabra, estava muy consolada y sin pena alguna, como aquella que no tenía culpa en aquel caso. Y también tenía hecha su cuenta, que si Don Juan Chacón no venía, y por no tener cavalleros que la defendiessen moría, que muriendo Christiana, no moría, antes començava a vivir; y con esto estava la más consolada muger del mundo. Mas assí como vió Muça acompañado de aquellos cavalleros que con él venían, luego presumió a lo que yvan, por lo qual tuvo un poco de turbación y pesadumbre; mas con ánimo varonil hizo en esto la resistencia que pudo por no mostrar flaqueza alguna. El buen Muça, como llegó á la Reyna y a la hermosa Zelima, con los demás, le hizieron el devido acatamiento, y luego Muça le dixo: «Grande ha sido el descuydo que vuestro Alteza ha tenido en no aver señalado y nombrado cavalleros que se muestren de su parte oy en este día que es cumplido el plaço de su causa.» «No os dé pena, señor Muça — respondió la Reyna —, que no faltarán cavalleros que me defiendan; y yo confío en Dios y en la Virgen su Madre, que a mis enemigos tengo de ver oy atropellados y

puestos por tierra. Por tanto, haga el Rey lo que le pareciere; y si acaso no los tuviere y me dieren muerte, y por ella perdiera vida y Reyno, a pesar del malvado Rey y de mis ponçoñosos enemigos, he de vivir y reynar en otro mejor Reyno que es éste, donde tendré mejor vida de la que tengo.» Maravillado Muça de las palabras de la Reyna, respondió: «De todo bien que vuestra Alteza tenga, seré yo muy contento y todos los demás. Pero agora el presente es menester que vuestra Alteza se ponga en un poco de trabajo y afrenta, para que después la honra quede más fina y apurada, assí como el oro que se pone en fuego, y con él queda más hermoso y más cendrado. Y para esto, yo y estos cavalleros hemos venido a llevar a vuestra Alteza a la ciudad, donde oy se ha de ver el oro de la honra puesto en muy subidos quilates. Y si vuestra Alteza no tuviere cavalleros, yo sé que ay quatro, y seys, y mil, y dos mil, que defenderán vuestro partido, y yo el primero. Y para ello sabrá vuestra Alteza que soy uno de los Juezes, y estos cavalleros que conmigo vienen son los otros, y todos harán lo que yo hiziere y quisiere y ordenare. Por tanto, vuestra Alteza se cubra y venga con nosotros, que a la puerta de la Casa Real está aguardando una litera para que vuestra Alteza vaya y la señora Zelima para que la acompañe.» «Vamos de buena voluntad — respondió la Reyna —, y conmigo tengo de llevar a mi criada Esperança, que la quiero mucho, y quiero que en esta jornada me acompañe juntamente con Zelima.» Y diziendo esto se levantó, y Zelima y Esperança con ella, y entrando en su aposento todas tres se pusieron vestidas de negro, de tal forma, que era gran piedad y compassión de verlas, especialmente a la Reyna. Y saliendo del aposento, la Reyna le dixo a Muça: «Señor Muça, haráys me un gran plazer, y es que toméys la llave deste mi aposento a vuestro cargo; y si yo desta vez fuere condenada a muerte y muriere, todo lo que está dentro se lo deys a mi criada Esperança, y que la deys libertad, pues que yo se la doy, porque es donzella que todo lo merece y me ha hecho muy buenos servicios.» No pudo la Reyna dezir estas palabras sin vertir grande abundancia de lágrymas; y tanto, que el mismo Muça y los demás cavalleros la acompañaron en ellas sin poderlas dissimular ni resistir, y sin le poder hablar palabra, la tomaron de braço, y ansí llorando la sacaron fuera de la Real Casa, adonde avía una litera aprestada para la Reyna, la qual estava puesta de luto por dentro y fuera. La Reyna, y Zelima, y Esperança de Hita entraron dentro, y tapadas las ventanas della, caminaron y salieron de la famosa Alhambra, a cuya puerta estavan aguardando muchos y muy

principales cavalleros, donde eran Alabezes, y Gazules, y Aldoradines, y Vanegas, y otros muchos linages Almoradís, parientes de la Reyna, y Marines. Todos los quales estavan cubiertos de luto, que era gran compassión ver tanta cavallería puesta en tan grande tristeza. Mas debaxo de aquellas marlotas y albornozes negros llevavan todos muy finas y muy buenas armas, con intento de romper aquel día con los Zegrís, Gomeles y Maças si a caso fuesse necessario. Y ciertamente que si no fuera porque la honra de la Reyna no quedara escurecida, que todos estavan determinados para que aquel día se perdiera Granada. Y ansí con este recelo, los Zegrís, y Maças, y Gomeles, con todos aquellos de su vando, aquel día, debaxo de sus marlotas y alquizeles, yvan muy bien armados por sustentar su maldad; y si acaso sus contrarios les acometían, que los hallassen bien apercebidos. Nunca Granada en todos sus trabajos y guerras civiles y sus passiones estuvo tan al cabo de ser totalmente perdida ni destruyda, sino fué este día. Mas quiso Dios que sin pesadumbre ni escándalos civiles se acabassen aquellas cosas, como diremos. Pues assí como la litera en que venía la Reyna salió del Alhambra, todos aquellos cavalleros, mostrando grandíssima tristeza, la rodearon y la fueron acompañando, mostrando un grande sentimiento y lágrymas. De tal forma, que era muy gran dolor ver un tan tristíssimo expectáculo. Mas ansí como toda la cavallería llegó a la calle de los Gomeles, por todas las ventanas se assomavan dueñas y donzellas, llorando muy agramente la desventura de la Reyna; de manera que a los gritos de las damas y niños toda la ciudad fué puesta en alboroto, y maldezían al Rey y a los Zegrís a grandes vozes y gritos. Desta manera entró la Reyna en la calle del Zacatín, donde más se augmentó la grita dolorosa y tristes llantos; de suerte que en toda Granada no se sentía otra cosa sino lastimeras vozes, y querellas, y lloros. Llegada la Reyna a la plaça de Bivarambla, fué puesta la litera junto del tablado; y abiertas las puertas o ventanas de la litera, el valeroso Muça y los otros Juezes sacaron a la cuytada infelice Reyna, y con ella a la hermosa Zelima y Esperança de Hita, y las subieron al tablado por ciertas ventanas de una casa. Y en el tablado avía un estrado negro de paños gruessos, y allí se assentó la triste Reyna, y a la par della la hermosa Zelima, y a los pies de la Reyna su criada Esperança de Hita. ¡Quién os diría los llantos que en toda la plaça se movieron aquella hora que vieron a la hermosa Sultana cubierta de negro y puesta en un tan riguroso trance de fortuna como aquél! Todas las ventanas, y balcones, y açoteas, estavan llenas de gentes, y hasta encima de los tejados estavan llenos y ocupados de

gentes. No avía ninguno en todas estas partes que no llorasse y hiziesse grande sentimiento. A un cabo de tablado, en otro estrado, se assentaron los Juezes para juzgar la causa de la Reyna. Y al cabo de una gran pieça, por una calle se oyeron trompas de guerra; y visto lo que podía ser, era que los quatro cavalleros acusadores de la Reyna venían muy bien armados y puestos a punto de batalla, encima de muy poderosos cavallos. Trayan sobre las armas ricas marlotas verdes y moradas, pendoncillos y plumas de lo mismo. Trayan por divisa en las adargas unos alfanges llenos de sangre, con una letra en torno que dezía: «Por la verdad se derrama.» Llegaron desta forma los quatro mantenedores de la maldad, acompañados de todos los Zegrís, y Gomeles, y Maças, y todos los demás de su vando, hasta llegar a un grande y espacioso palenque que estava hecho junto del tablado; y era el palenque tan grande, quanto una buena carrera de cavallo, ansí de ancho como de largo. Y abierta una puerta del palenque, entraron los quatro cavalleros; conviene a saber: Mahomad Zegrí, el principal inventor de la maldad, y un primo hermano suyo llamado Hamete Zegrí, y Mahardón Gomel, y su hermano Mahardín. Ansí como entraron, sonaron de su parte mucha diversidad de músicas de dulçaynas y añafiles. Y todos los de aqueste vando se pusieron a la parte de la mano yzquierda del tablado, porque de la otra estava el vando de los Almoradís, lleno de cólera y saña, los quales holgaran mucho de romper con sus enemigos; mas por las causas ya dichas, se estavan ya quedos, aguardando lo que la fortuna haría en aquel caso. Esto sería a las ocho horas de la mañana, y serían ya las dos de la tarde y no parecía cavallero que por la Reyna bolviesse. De lo qual todos tuvieron mala señal, y no sabían qué sería la causa, y espantávanse de la Reyna no averse proveydo de cavalleros que la defendiessen. Y ansí mismo la Reyna estava muy triste, porque tanto se tardava Don Juan Chacón, donde después de Dios tenía puesta su esperança, y no sabía a qué se atribuyesse la tardança suya. Y visto que no venía, consolávase con morir, porque avía de morir Christiana. En esto el valeroso Malique Alabez y un Moro famoso llamado Aldoradín, y otros dos de su linage, se fueron al tablado, y en altas vozes dixeron, que la Reyna y los Juezes lo pudieron oyr, que si la Reyna gustava y era consiente, que ellos entrarían en campo en su favor. A lo qual respondió la Reyna que aun avía harto día, que quería aguardar otras dos horas; y que si no viniessen los cavalleros que ella tenía apercebidos, que ella holgaría que ellos por ella hiziessen la batalla. El bravo Malique Alabez y los demás que allí se offrecieron, se tornaron a

donde estavan de primero, aguardando lo que sería. Mas no passó media hora, quando por las puertas de Bivarambla se oyó un grande tumulto de ruydo y alboroto, al qual toda la gente bolvió por ver lo que podía ser. Y vieron que por las puertas de Bivarambla entraron cinco cavalleros muy bien adereçados, vestidos a la turquesca, sobre poderosos cavallos; los quatro venían a lo turquesco, y el uno a lo moro, el qual luego fué de todos bien conocido ser el valeroso Gazul. A los quatro Turcos nadie los pudo conocer por no averlos visto jamás, y para verlos concurría a ellos toda la gente de la plaça. Todos se maravillaron de su buen talle y gallardía, y todos dezían que en su vida no habían visto cavalleros de mejor apostura y garbo. Y por ver lo que querían y saber si estos tales Turcos venían a defender la Reyna, todos se yvan tras dellos. Todos los cavalleros de la parte de la Reyna le davan el para bien venido al valeroso Gazul, y más sus deudos, que eran muchos, preguntávanle si conocía aquellos cavalleros que con él venían. Y él dezía que no, sino que allí en la vega se avian juntado. Y ansí con esto, llegaron al cadahalso donde estava la Reyna y los Juezes, que estavan maravillados en ver aquellos cavalleros Turcos, y desseavan saber la causa de su venida, los quales, assí como llegaron al tablado, le contemplaron muy bien, donde vieron a la Reyna de tal forma, que les puso gran compassión y manzilla verla en tal estado. Y bolviendo los ojos a todas partes, reconocieron toda la gran plaça de Bivarambla, tan nombrada en el mundo; en ella vieron el gran palenque, que estava hecho para la batalla, y los quatro acusadores de la Reyna dentro. Y después de averlo todo visto, espantados del gran número de gentes que allı avía, Don Juan Chacón se llegó más al tablado y dixo a los Juezes en turquesco si podía hablar con la Reyna dos palabras. Los Juezes dixeron que no lo entendían, que hablasse en arábigo. Entonces el buen Don Juan Chacón, bolviendo la lengua en arábigo, les tornó a dezir si podría hablar con la Reyna. Entonces el valiente Muça, desseando todo bien a la Reyna, dixo que sí, que subiesse en buena hora. El valeroso Don Juan, sin más se detener, saltó del cavallo como un ave y subió al tablado por unas gradas que en él estavan hechas, y estando encima, aviendo hecho su acatamiento a los Juezes, se fué para la Reyna, y estando junto della le habló desta suerte, que todos los Juezes lo entendieron: «Con la procela del mar, Reyna y señora, fuymos arribados a la costa del mar de España, juntos destos cercanos puertos de Málaga; y de allí, con desseo de ver lo bueno desta famosa ciudad de Granada, entramos esta mañana en su hermosa vega, en la qual fuymos avisados

del riguroso trance que estávades puesta, y que no teníades cavalleros que os defendiessen. Y también supimos cómo no queríades ni era vuestra voluntad que vuestra causa defendiessen Moros, sino Christianos. Yo y mis tres compañeros somos Turcos, Genízaros, de Christianos hijos; doliéndonos de vuestra adversa fortuna, movidos a piedad de vuestra innocencia, nos venimos a offrecer a vuestro servicio, y por vos entraremos en batalla contra aquellos quatro cavalleros que la están aguardando. Si soys servida, dadnos licencia y poned vuestra causa en nuestras manos, que yo me offrezco por mí, y por mis tres compañeros, hazer en ello lo possible hasta la muerte.» Quando esto dezía el buen Don Juan, tenía la carta de la Reyna en la mano, y muy al descuydo la dexó caer en las faldas de la Reyna, sin que nadie echasse de ver en ello. Y quiso Dios que cayó la carta el sobrescrito arriba. La Reyna, por ver lo que al Turco se le avía caydo de las manos, baxó los ojos a sus faldas y vido la carta; y al punto que la vido, luego conoció su letra, y que aquella carta era la que ella avía embiado al señor de Cartagena; y al punto cayó en lo que podía ser, como discreta que era, y dissimuladamente tapó la carta porque nadie la viera. Y mirando a su criada Esperança de Hita, la vió que estava mirando de hito a don Juan, que ya lo avía conocido; y bolviendo a la Reyna dissimuladamente, le hizo del ojo; por donde la Reyna, enterada y satisfecha que aquel era Don Juan Chacón, muy maravillada de su buen disfraz, le respondió de esta manera, alçando un poco los ojos para verle el rostro, que hasta allí los avía tenido baxos: «Por cierto, señor cavallero, que yo he estado aguardando hasta agora quien por mí quisiesse tomar esta demanda, y ciertos cavalleros a quien avía escrito no han venido; no sé por quál razón ha sido su tardança, y veo que el día de oy se passa sin hazer nada en mi disculpa; atento esto, digo que yo pongo mi negocio en vuestras manos y de vuestros compañeros para que me defendáys. Y sed cierto que es falsía lo que me han levantado, y dello hago juramento, tal qual se deve para el caso.» Oydo esto, el buen Don Juan llamó a los Juezes para que entendiessen bien lo que la Reyna dezía. Lo qual oydo por los Juezes, mandaron que se escriviesse aquel aucto y lo firmase la Reyna, lo qual lo firmó de muy buena voluntad. Entonces el buen Don Juan Chacón, aviendo hecho el acatamiento devido a la Reyna, se baxó del tablado y fué donde sus tres compañeros le aguardavan, y el valeroso Gazul, que le tenía el cavallo de las riendas, en el qual subió sin poner pie en el estribo, diziendo: «Señores, nuestra es la batalla; por tanto, demos orden que se haga luego, antes que más

tarde sea.» Todos los cavalleros del vando de la Reyna se llegaron y rodearon a los quatro valerosos compañeros con grande alegría, haziéndoles mil offertas, rogándoles que hiziessen todo su poderío en aquel caso; los valerosos cavalleros lo prometieron hazer. Y ansí toda aquella hidalga cavallería los llevaron passeando por toda aquella plaça, mostrando gran regozijo, y haziendo venir mucha música de añafiles y trompetas, al son de los quales los Turcos cavalleros fueron metidos en el palenque por otra puerta que los contrarios no entraron. Y siendo dentro, siendo juramentados que en aquel caso harían el dever o morir, cerraron el palenque. En todo este tiempo, el Malique Alabez no partía los ojos de Don Manuel Ponze de León, porque le parecía averle visto, mas no se acordava dónde, y dezía entre si: «Vala me Dios, y cómo le parece aquel cavallero a Don Manuel Ponze de León.» El rostro le dava crédito dello, mas el trage turco lo desacreditava; mirava el cavallo y le parecía al mismo de Don Manuel, que ya él avía tenido en su poder otro tiempo. Ansí el buen Malique Alabez andava muy dudoso en si era o no era, y llegándose a un cavallero Almoradí, tío de la Reyna, le dixo: «Si aquel cavallero de aquel cavallo negro es el que ymagino, si no me engaño, dad a la Reyna por libre.» El cavallero Almoradí le dixo: «¿Quién es? ¿Por ventura vos le conocéys?» «No sé—dixo Alabez—; después os lo diré; veamos agora cómo les va en la batalla.» Diziendo esto pararon mientes a los cavalleros, los quales en aquel punto sacavan sus escudos de las fundas en que venían metidos, los quales eran hechos de cierta forma a la turquesca, muy rezios y vistosos. Agora será muy bien tratar de qué color eran las ropas turquescas de los quatro cavalleros turcos, pues dellas no avemos hecho mención. Todas quatro marlotas eran azules, de paño finíssimo de color celeste, todas guarnecidas con franjones de fina plata y oro, todo hecho a mucha costa. Lo mismo llevavan los quatro albornozes, los quales eran de la misma color, y éstos eran de una fina seda. Los cavalleros llevavan cada uno un turbante de unas tocas de riquíssimo precio, todas vandeadas de vandas de finíssimo oro, y otras vandas de seda azul muy fina, que no avía toca de aquellas que no valiesse muy gran cantidad; los turbantes, hechos de maravillosa forma, de modo que no se podían desbaratar aunque se cayessen, y se podían quitar y poner, sin que se deshiziessen, muy fácilmente. Por la parte de arriba del turbante salía una pequeña punta del bonete, sobre que yba armado, y en ella puesta muy delicadamente media luna de oro pequeña. Llevava cada uno un muy rico penacho de plumas azules, verdes y roxas, todo poblado de

mucha argentería de oro. Los pendoncillos de las lanças eran azules, y en ellos las armas mismas y divisas de sus escudos; porque Don Juan Chacón llevava en su pendoncillo una flor de lis de oro, y ansí mismo en su escudo llevava él un quartel de sus armas, que era un lobo en campo verde, el qual lobo aquel día parecía que despedaçava un Moro. Encima del lobo avía un campo azul a manera de cielo, y en él una flor de lis de oro. En la orla del escudo una letra que assí dezía: «Por su maldad se debora.» Significando que aquel lobo se comía aquel Moro por su maldad y testimonio que a la Reyna le avía levantado. El valeroso Don Manuel Ponze llevava en su escudo el león rapante de sus armas en campo blanco, y el león dorado no quiso aquel día poner las vandas de Aragón; el león tenía entre las uñas un Moro que lo despedaçava, con una letra que dezía ansí:

Merece más dura suerte
quien va contra la verdad,
y aun es poca crueldad
que un León le dé la muerte.

En el pendoncillo, que también era azul, llevava puesto un león de oro. El famoso Don Alonso de Aguilar no quiso aquel día poner ningún quartel de sus armas por ser muy conocidas. Para aquel día puso en su escudo, en campo roxo, una hermosa águila dorada, muy ricamente hecha, con las alas abiertas, como que bolava al cielo, y en las fuertes uñas llevava una cabeça de un Moro toda bañada de sangre que de las heridas de las uñas le salía. Esta divisa desta águila la puso Don Alonso a memoria de su nombre; llevava una letra que dezía desta suerte, muy bien hecha:

La subiré hasta el cielo
para que dé más cayda
por la maldad conocida
que cometió sin recelo.

Ansimismo llevava en el pendón de su lança este bravo cavallero el águila dorada como en el escudo. El valeroso Alcayde de los Donzeles llevava por divisa en su escudo, en campo blanco, un estoque, los filos sangrientos; la cruz de la guarnición era dorada; en la punta del estoque que estava hazia baxo, una cabeça de Moro, que la tenía clavada, con unas gotas de sangre que parecía salir de la herida, con una letra en arábigo que dezía desta suerte:

Por los filos de la espada
quedará con claridad
el hecho de la verdad
y la Reyna libertada.

Muy maravillados quedaron todos aquellos cavalleros circunstantes, ansí los de la una parte, como los de la otra, en ver la braveza de aquellos quatro cavalleros, y más en ver las divisas de sus escudos, por los quales todos conocieron claramente que aquellos cavalleros venian al caso determinadamente y con acuerdo, pues las divisas y letras de sus escudos lo manifestavan y que la Reyna los tenia apercibidos para su defensa. Pero se maravillavan cómo en tan pocos dias vinieron de tan lexas tierras: mas considerando que por la mar muy bien podian aver venido en aquel tiempo, con esto no curaron de más inquirir ni saber el cómo, sino ver el fin de la batalla en qué parava. El valeroso Muça y los otros Juezes se maravillaron de ver tales divisas como aquéllas; y Muça, para poder mejor gozar de las ver, abaxó del cadahalso y pidió á sus criados un cavallo, del qual luego fué servido, y subiendo en él mandó a un criado suyo que luego le truxesse una lança y una adarga, y que con ella se estuviese allí junto del cadahalso por si le fuese menester, porque de lo demás él estava muy bien apercebido. Los otros Juezes se estuvieron quedos para acompañar a la Reyna, la qual le estava diziendo a su criada Esperança: «Dime, amiga, ¿paraste mientes en aquel cavallero que subió a hablarme? ¿Por ventura le conociste?» «Muy bien le conocí —respondió Esperança—. Aquél es Don Juan Chacón que yo os dixe; y aunque más disfraçado viniera, no dexara de le conocer.» «Agora digo —dixo la Reyna—, que es cierta mi libertad y la vengança de mis enemigos.» El valeroso Muça, estando ya a cavallo, como dixe, se fue llegando al palenque a aquella parte que los quatro cavalleros Christianos estavan, por gozar más de su vista. Con él fué el buen Malique Alabez, y el valeroso Gazul, y toda la demás cavallería rodeó toda la palestra o palizada. En esto, los quatro valerosos Christianos, sin ser de nadie conocidos, aviendo quitado las fundas, como os avemos dicho, de los escudos, y arrojados sus ricos albornozes allí a un lado del palenque, el valeroso Alcayde de los Donzeles puso su cavallo por el campo, con tan buen continente, que a todos dió muy gran contento de su persona y esperança que lo avia de hazer muy bien en la batalla. Sossegando el valeroso Alcayde su cavallo, passo entre passo se fué hazia la parte de los cavalleros acusantes, y allegando a ellos, en alta voz, que todos lo oyeron, dixo desta manera: «Dezid, señores cavalle-

ros, ¿porqué tan sinrazón avéys acusado a vuestra Reyna y avéys puesto dolo en su honra?» Mahomad Zegrí, que era el principal de los acusantes, respondió: «Hezimos lo por ser ansí verdad y por bolver por la honra de nuestro Rey.» El valeroso Alcayde, ya lleno de cólera, le respondió: «Qualquiera que lo dixere, miente como villano y no es cavallero, ni se tenga por tal. Y pues estamos en parte que se ha de ver la verdad muy patente, apercebíos todos los traydores a la batalla, que oy avéys de morir confessando lo contrario de lo que tenéys dicho.» Y diziendo esto, el valeroso Don Diego Fernández de Córdova terceó con presteza su lança, y con el cuento della le dió al Zegrí tan duro golpe en los pechos, que el Zegrí se sintió muy lastimado dél. Y si como fué con el cuento, fuera con el hierro, sin duda alguna allí passara, aunque más armado fuera. El valeroso Zegrí, como se vido desmentido y recebido aquel cruel golpe, como era cavallero de gran valor y esfuerço, aunque traydor, en un punto movió su cavallo con gran furia contra el Alcayde para le herir. Mas el buen Alcayde, como hombre de grandíssimo valor y muy experimentado en la guerra y en la escaramuça, con grande presteza tomó de presto el campo necesario, rodeando su cavallo, que era estremado, en el ayre. Y rebolviendo sobre el Moro que sobre él venía, començaron entre los dos a escaramuçar con grande braveza. Visto las trompetas esto començaron a tocar haziendo señal de batalla, a la qual señal los otros cavalleros movieron los unos contra los otros con grande furia y braveza. Al valeroso Ponze de León le cayó en suerte Alihamete Zegrí, bravo moro y de gran fuerça. A Don Alonso le cupo en suerte Mahardón, también hombre de grande fortaleza. A Don Juan Chacón le cupo por suerte Mahardín, hermano de Mahardón, tan valeroso en pelear como todos los demás lo eran. Reconociendo ya cada uno el contrario con quien avía de pelear, se començó entre todos una brava escaramuça, entrando cada uno y saliendo a herir a su enemigo, mostrando el valor que en aquel menester alcançava. Los quatro moros eran escogidos y en todo el reyno no se pudieran hallar hombres de mayor esfuerço y fortaleza, mas poco les vale su valentía, porque lo avían con la flor de los Christianos en el hecho de las armas. Y ansí andando escaramuçando con grande braveza, dándose grandes lanças por todas las partes que podían. Don Juan Chacón fué herido en un muslo malamente, porque Mahardín era muy diestro en la escaramuça, aunque a Don Juan no le faltava nada en este particular. Mas sucedió que el Moro, estando muy junto, le tiró un golpe, con tanta presteza, que Don Juan no le pudo resistir con el escudo, y ansí por debaxo dél passó la

punta de la lança, y rota la falda de la loriga, fué herido Don Juan en el muslo. El qual, como se sintiesse assi tan presto herido y que el contrario se salió tan francamente sin llevar respuesta de aquel golpe, encendido en saña ardiente assi como un león, aguardó, como hombre experimentado en aquel menester, que el Moro tornasse para él, para envestillo a toda furia y que no se le fuesse de las manos. Y ansí como lo pensó, le salió, porque el bravo Moro, muy gozoso, sintiendo que lo avía herido, bolvió para él como una ave dando grande algazara, diziendo: «A lo menos, Turco, desta vez sabrás si los Moros granadinos son para la pelea tan buenos y mejores que los Turcos.» Y diziendo esto, se vino, llegando a Don Juan Chacón por le tornar a herir otra vez. Don Juan, que lo aguardava, viendo que le venía de vuelo derecho, apretó las espuelas a su cavallo tan recio, que el cavallo movió assi como un passador quando sale expelido del azerado arco: y dando una gran voz le dixo: «¡Agora lo verás, traydor, villano, cómo sabes pelear!» Y diziendo esto, el brazo poderoso levanta, blandiendo la lança por el ayre, passa el cavallo ágil como el viento y al enemigo encuentra de tal forma que pareció en el duro encuentro que dos gruesas torres se avían encontrado. El cavallo del buen Don Juan era de gran valor y fuerça y más aventajado que el del Moro, y el encuentro fué tal, que el Moro, del golpe de la lança del valeroso braço, fué malamente herido, siendo falsadas sus azeradas armas; y su cavallo del poderoso encuentro puso las ancas en el suelo y al fin se dexó caer de un lado. También quedó deste encuentro Don Juan herido, porque la lança del Moro venía guiada con estraño valor del Moro, pero la herida no fué peligrosa. Mas como el cavallo del Moro cayó de todo punto, el de Don Juan, con el poder y fuerza que llevava, passó por cima, dando de ojos, tropezando en él. De manera que el Moro y su cavallo y Don Juan y el suyo andavan rodando por tierra. Don Juan, como era hombre de grandes fuerças y bravo de coraçón, sin tener aquella cayda de nada, muy presto se puso en pie, aviendo de la cayda perdido la lança. El bravo Moro, no porque se viesse en tan riguroso trance y su cavallo caydo, no desmayó, aunque malamente herido; antes, quando vido que su cavallo puso las ancas en el suelo, saltó dél como una ave, y embraçando su adarga, puso mano á su agudo alfange, y con apresurados passos se fué a Don Juan Chacón por le herir cruelmente; y ansi le dió por encima del fuerte escudo un tal golpe, que le abrió una gran parte dél. El valeroso Don Juan, como se vido acometer de aquella suerte, confiado en su estremada fuerça, teniendo el Moro tan junto de si que le pudo herir, le

tiró un golpe de revés con tal fuerza, que el adarga en que fué recebido fué casi toda cortada y el Moro herido por encima del hombro, junto del cuello, de una mortal herida. Y el golpe, como fué dado con tanta fortaleza, le hizo bambolear a un cabo y a otro. Lo qual, visto por Don Juan, arremetió con él y le dió con el escudo un tal encuentro, que el Moro, desapoderado, vino al suelo muy falto de sus fuerças. Apenas fué caydo, quando el valeroso Don Juan le segundó otro tan grande golpe por una pierna, que toda se la llevó a cercén. Hecho esto, viendo que ya el Moro no le podría dañar, limpió su buena espada y la metió en la vayna; y alçando los ojos al cielo, dió a Dios gracias dentro de su coraçón por la victoria que le avía dado contra aquel Moro tan feroz y bravo. Y tomando un troço de lança de aquel suelo, se arrimó a él por el dolor que le causava la herida del muslo, y se puso a mirar la batalla que sus compañeros hazían con los Moros. Apenas aquel Moro fué vencido, quando el vando de la Reyna mandó tocar muchos añafiles y dulçaynas por la alegría de la victoria de aquel valeroso Turco. Lo qual fué bastante causa que los cavalleros Christianos que hazían la batalla tomassen grande ánimo, lo qual en los Moros era muy al contrario, porque casi perdieron el ánimo y las fuerças, y perdieron la esperança de la victoria. Y más quando se oyeron en una ventana dar muy dolorosos gritos y hazerse triste llanto; y quien los gritos dava y el doloroso llanto hazía, era la muger del valeroso Mahardín y unas hermanas suyas y parientas, viendo que se andava con la rabia de la muerte rebolcando en su misma sangre. Los cavalleros Zegrís mandaron que aquellas mugeres se quitassen de las ventanas y que más llantos no hiziessen, porque no fuessen causa que los cavalleros de su parte desmayassen. Los llantos no se oyeron más ni el son de las dulçaynas de la parte de la Reyna, porque assí fué mandado por los Juezes. En este tiempo, los cavalleros que combatían andavan tan revueltos en su batalla, que parecía que en aquel punto la començavan, haziendo tanto ruydo con las armas que parecía que batallavan treynta cavalleros. Don Juan Chacón, que la batalla estava mirando, visto que sentía gran dolor de sus heridas, como se avían resfriado, especial de la herida del muslo, acordó de subir en su cavallo por si algo sucediesse, que lo hallassen a cavallo. Y ansí fué a donde su cavallo estava, rebuelto en cruda pelea con el cavallo de Mahardín, los quales se davan grandes cozes y bocados, hundiendo toda aquella plaça con espantosos relinchos y bufidos; mas como Don Juan llegó a ellos, con el troço de la lança que llevava los despartió, y tomando su buen cavallo de las riendas, de un salto muy ligero se

puso en la silla, llevando su escudo colgado en el arçon, se paró a mirar a sus compañeros por ver el estado de la batalla Y quisiera yr a ayudarles: mas no fué por respecto de guardarles el punto de la honra, y también porque no tenían necessidad de su ayuda. Estando, pues, peleando los valerosos seys cavalleros, el valiente Mahardón, que peleava con Don Alonso de Aguilar, como viesse a su querido hermano Mahardín tendido en el campo hecho pedaços, reboleando en su sangre, con íntimo y gran dolor que sintió de su muerte, dexó a Don Alfonso y se fué a Don Juan Chacón diziendo: «Déxame, valeroso cavallero, yr a tomar vengança de aquel que mató a mi hermano, que después yo y tú daremos fin a nuestra començada batalla.» Don Alfonso se le puso delante diziendo: «No trabajes en vano, fenece conmigo la batalla, pues tu hermano, como buen cavallero, quiso fenecella y hizo en ella lo que pudo. Y tú no dudes que también te has de ver puesto en aquel estado por tu maldad cometida contra la Reyna y contra los Abencerrages cavalleros, cuya inocente sangre clama delante de Dios, pidiendo justicia contra ti y los demás traydores.» Y diziendo esto, lo envistió con gran furia y le dió un crecido golpe de lança y lo hirió en un costado, aunque no mucho. Lo qual, visto por el Moro valiente, assí como una serpiente ponçoñosa, revolvió contra Don Alonso, y sin mirar de enojo lo que hazía, le arrojó la lança, la qual salió del poderoso braço rugiendo por el ayre. Don Alonso, que la vió venir con tal presteza, mas no lo pudo hazer tan a su salvo que no llegasse la lança del valeroso Mahardón, la cual acertó al buen cavallo de Don Alonso de Aguilar, de tal forma, que le passó las dos hijadas de una vanda a otra, saliendo todo el pendoncillo de sangre bañado. El buen cavallo, viéndose herido de tal suerte, començó a dar muy grandes saltos a un cabo y a otro, de tal manera, que no era bastante la dureza del freno a le poder corregir ni sossegar. Visto por el valeroso Don Alonso de Aguilar el desvariado y cruel golpe que su cavallo avía recebido, muy pesante dello porque lo tenía en muy grande estima, se arrojó de la silla en el suelo, temiendo que su cavallo no se pusiesse en algún aprieto, aunque él se puso en muy grande, estando su enemigo a cavallo: mas confiando en Dios y en su bondad, se puso a todo peligro. Grande contento y alegria sintió el vando de los Zegrís y Gomeles en ver aquel cavallero en el suelo, a pie; holgóse mucho y fuese para él diziendo: «Agora me pagarás tu la muerte de mi hermano, pues no me dexaste que la fuesse a tomar de quien se le dió.» Arremetió el cavallo para le tropellar, con el alfange sacado: mas el buen Don Alonso era muy suelto y hizo señal de lo que queria

aguardar: mas al tiempo que llegó el cavallo, dió un gran salto al través, de suerte que el cavallo, sin le topar, passó de largo. Mahardón, muy sañudo, tornó sobre él dos o tres veces, mas jamás lo pudo encontrar, y Don Alonso le dixo: «Moro, si quieres que no te mate el cavallo, apéate dél, sino, matarte lo he y podrá ser que te suceda peor de lo que piensas.» El Moro estuvo advertido en lo que Don Alonso le dezía, y le pareció que no le dezía mal, y porque estimava mucho su cavallo, y por no le perder, saltó dél como una ave, y embraçando su adarga, se vino a Don Alonso, esgrimiendo su azerado alfange, diziendo: «Quiçá me diste el consejo por tu mal.» «Agora lo verás» —dixo Don Alonso—; y soltando la lança, que aun tenía en la mano, tomó su buena espada, que era Esclavona, de las mejores del mundo, de grandes azeros y filos, y se fué para Mahardón, que ya venía para él. Y entre los dos se començó una brava batalla y muy dudosa, porque los dos eran muy buenos cavalleros. Casi media hora anduvieron ansí, hiriéndose por todas las partes que podían, destroçándose los escudos. Las marlotas ya mostravan las armas por algunas partes, por ser cortadas con los golpes que se davan. Don Alonso, ya muy enojado y corrido porque le durava tanto aquel Moro en batalla, se llegó a él lo más cerca que pudo, y alçando el braço de la espada, hizo señal de tirarle un golpe a la cabeça; con gran presteza el Moro hizo con su adarga reparo por guarecerse de aquel golpe, mas no le salió ansí como lo pensó, porque Don Alonso, que assí lo vió cubierto, con una ligereza increyble, derribó el golpe de revés y le hirió en un muslo, con tal fortaleza, que le rompió la fina jacerina facilíssimamente, y la espada llegó a la carne, y no parando allí le cortó gran parte del hueso. El Moro, que assí se sintió burlado y tan malamente herido, descargó un tan gran golpe de alto abaxo, que el fino escudo del Aguila de oro fué partido hasta la mitad, y la punta del fino y templado alfange llegó a la cabeça, y cortando todo el turbante llegó al azerado caxco, el qual también fué roto, aunque no mucho, quedando Don Alonso herido en la cabeça; y a no ser el caxco tan bueno y de tan fino temple, la cabeça fuera hecha dos partes. Deste golpe fué Don Alonso tan cargado, que dió dos passos atrás bamboleando, y si no fuera de tan grande coraçón, cayera. Desto el buen Don Alonso corrido, viéndose descompuesto, tornándose a componer, ya la cara llena de sangre que de la herida salía, le tiró al Moro una estocada, con tanta furia, que la dura adarga fué passada de claro, y con la fortaleza del golpe arrimado a los pechos de Mahardón, no parando la punta hasta romper cota y carne y entrar más de quatro dedos dentro del

cuerpo. Y como Mahardón casi ya se tener no podía, respecto de la cruel herida del muslo derecho, recibiendo aquel duro golpe de estocada, vino a caer de espaldas, arrojando grandes borbollones de sangre por las heridas del pecho y de la pierna, que bañava todo el campo. El bravo Don Alonso, viéndole herido, de presto fué sobre él antes que se levantasse por le cortar la cabeça, le puso la rodilla en los pechos y vió que el Moro acabava, y ansi no le quiso más herir. Y levantándose de sobre él, limpió su buena espada y la metió en la vayna, y en su coraçón dió gracias a Dios por la victoria. Y visto que le salía mucha sangre de la herida de la cabeça, con las dos manos rodeó el turbante, apretándolo bien, poniendo lo roto de un lado de la cabeza. Y siendo de aquella forma la llaga apretada, estancó la sangre, y mirando por su cavallo, le vió rendido en el campo muriéndose, y de compassión que dél uvo fué y le sacó la lança con que estava travessado. Y tomando el cavallo de Mahardón, que era muy bueno, subió sobre él con gran ligereza y se fué adonde estava Don Juan Chacón. El qual le abraçó, dándole el parabién del vencimiento. En este punto los añafiles de la parte de la Reyna y dulçaynas sonaron con grande alegría; todo lo qual era a par de muerte para los Zegrís. La música de las dulçaynas passada, todos se pararon a mirar la cruda batalla que los quatro cavalleros hazían, la qual era muy reñida y porfiada demasiadamente. El valeroso Don Manuel Ponze de León y el fuerte Alihamete Zegrí hazían su batalla a pie, respecto que sus cavallos se les avían cansado y no podían concluyr su batalla como querían y andavan muy llenos de corage, procurando cada uno herir su contrario por donde mejor podía; despedaçávanse las armas y la carne con los duros filos de la espada y cimitarra; claro testimonio dello dava la sangre que dellos salía. El buen Ponze estava herido de dos heridas y el Moro de cinco, mas no por esso el Moro mostrava punto de flaqueza en el pelear, antes muy sobrada cólera. Y ansi andava muy ardid y lleno de viva saña, hiriendo a Don Manuel muy a menudo por donde podía. Mas poco le vale su ardimiento, porque lo ha con la flor de Andalucía en hecho de las armas, y ninguno podía decir en este particular que era mejor que él. El qual, como viesse que ya Don Juan y Don Alonso avían vencido a sus contrarios, y el Alcayde de los Donzeles andava con el suyo muy revuelto, y en punto de traerle a aquel fin, cobró muy grande yra, porque su enemigo tanto le durava. Y ansi con este enojo se llegó muy junto de Alihamete, y de toda su fuerça le dió un tan desapoderado golpe por encima de la adarga, la qual el Moro se puso encima de la cabeça por hazerle reparo, que cortada gran parte

della, llegó la fina espada el caxco. El qual fué roto muy ligeramente, y hirió de una grande herida al Moro en la cabeça, de tal suerte que el Moro bravo, desatinado de aquel desaforado golpe, dió de mano en el suelo. Mas como se viesse en tal aprieto, recelando la muerte no le sobreviniesse en aquel trance, se levantó procurando la vengança de la ofensa recebida, y ansí alçó su fina cimitarra, y desatinadamente dió un golpe a Don Manuel, en un hombro, tan pesado, que roto el templado jaco le hirió malamente. Mas este golpe le costó la vida al bravo Alihamete, porque Don Manuel le assentó otro en descubierto por la cabeça, junto de la otra herida, de tal forma que dió con él tendido en el suelo medio muerto, virtiendo mucha sangre de las heridas que tenía, que eran siete, y más de las dos de la cabeça, que era mortales. Los añafiles del vando de la Reyna sonaron luego con grande alegría por el vencimiento de aquel valeroso Moro. Don Manuel tomó su cavallo y subió en él con gran ligereza, y se fué con Don Alonso y Don Juan Chacón, los quales le recibieron muy alegremente, diziendo: «Bendito sea Dios que os ha escapado de las manos de aquel cruel pagano.» En este tiempo, quien mira a la hermosa Sultana, bien claro conociera el alegría de su coraçón, viendo assí desmembrados sus mayores enemigos. Y bolviéndose a la hermosa Zelima le dixo: «Sabes, amiga Zelima, que veo que si Don Juan Chacón tiene fama de valiente, y lo es, que sus tres compañeros no lo son menos que él, pues con tanta valentía han vencido los mejores y más valientes del Reyno de Granada.» Esperança le respondió, diziendo: «¿No le dixe yo a vuestra Alteza que Don Juan tenía por amigos muy principales cavalleros?; mira, Señora, si mis palabras han salido verdaderas.» «Dexemos estar agora esso —dixo Zelima—, no lo entiendan los Juezes, y veamos en lo que paran los dos cavalleros que quedan, que ausadas que no sean menos que los otros.» Y parando mientes en la batalla, vieron cómo los dos andavan muy rebueltos y encendidos en su batalla, porque la adarga del uno y el escudo del otro estavan hechos rajas, y sembradas por aquel campo ellos y sus cavallos, en muchas partes heridos; otrosí las lanças rajadas y arrojadas por los pies de los cavallos, y los pendoncillos dellas todos rotos, y no que en ellas huviese señal de cansancio, por ser los dos muy estremados en bondad de armas. El valeroso Moro hazía la batalla con gran dolor y rabia de su coraçón, viendo allí cerca dél a su primo hermano muerto, y más adelante a los dos buenos cavalleros Gomeles por la misma orden, y él puesto en notable peligro, donde esperava passar ni más ni menos la muerte. Y ansí, con esta ansia, peleava como hombre aborrecido, considerando la infamia suya

y de su linage, por no aver salido con su intención adelante. Y desta suerte tirava tajos y reveses, muy fuera de orden, a todas partes, por vengar la muerte de su primo y amigos. Mas si él peleava furioso y lleno de braveza, no menos andava el buen Alcayde de los Donzeles muy enojado consigo proprio y lleno de invidia porque sus compañeros avían dado fin a sus batallas y ya estavan holgando, y él avía sido el postrero. Y considerando que todo el mundo lo mirava y lo tenía por floxo, pues no dava fin a la batalla que tenía entre las manos. Por hazer algo que pareciesse a valeroso cavallero, cansado ya de dar y recebir golpes por todas partes, acordó de ponerlo todo a la ventura, que hiziesse lo que el hado tenía determinado. Y assí, con este ánimo y pensamiento, poniendo los ojos en su enemigo, lleno de furia y saña porque tanto durava la batalla con él, apretó las espuelas al cavallo con grande fuerça y arremetió para el valeroso Zegrí, que assí ni más ni menos estava determinado de envestir a su contrario por vengar la muerte de su amado primo. De suerte que, movidos entrambos de un mismo pensamiento, arremetieron a una el uno para el otro, con ímpetu y braveza no pensada, y se encontraron con los cavallos y los cuerpos, tan reciamente, que entrambos huvieron de venir al suelo sin tener lugar de se herir. Mas no fueron caydos, quando fueron levantados; yéndose el uno para el otro se començaron de herir, cada uno mostrando dónde llegava la fortaleza de su braço y el ánimo de su coraçón. Verdad es que el valeroso Zegrí andava muy orgulloso, entrando y saliendo, hiriendo al buen Alcayde por donde mejor podía; pero los golpes que alcançava, no empecían muy demasiadamente al buen Alcayde por tener muy buenas armas. Mas el golpe que el valeroso Alcayde alcançava, rompía, cortava, destroçava, tan sin piedad, con la fortaleza de su braço, que no tocava vez con la espada que no hiziesse herida grande o pequeña. Porque a los dulces filos de su espada no parava delante cosa fuerte que cortada no fuesse. Lo qual visto por el bravo Zegrí, lleno de saña crecida, confiando en sus demasiadas fuerças, arremetió para el buen Alcayde por venir con él a los braços; el qual no le rehusó la parada, antes apretó con él, y echándose los braços por cima el uno al otro, assí como si fueran dos montes, cada uno sentía la pesadumbre de su enemigo. Luego començaron a dar grandes bueltas por derribarse; mas era en vano su fortaleza, porque cada uno hallava a su enemigo firme como un roble. El Zegrí era grande de cuerpo y de rezios miembros, y alto y doblado, que parecía un jayán, y con las demasiadas fuerças que alcançava, muchas vezes levantava en alto al buen Alcayde y lo dexava caer muy rezio por lo derribar;

mas quando el Alcayde sentía llegar con los pies al suelo, se ponía tan firme como una roca. De suerte que el Zegrí jamás por buena diligencia que pussiese para le derribar, pudo salir con su intento, de lo que estava maravillado. Y visto el buen Alcayde que el Zegrí assí le aventajava en fuerças como en el cuerpo, puso mano a un puñal muy fino que traya en la cinta, buydo de tres agudas esquinas, hecho dentro de Bolduque, tan agudo y penetrante que un grueso arnés passara, aunque fuera de un fino diamante formado y hecho, y con él le dió dos crueles golpes a su contrario por baxo del braço yzquierdo. Y tales, que el Moro dió dos grandes gritos, sintiéndose herido de muerte; y al punto sacó una daga de la cinta y con ella dió al Alcayde otras dos heridas: mas como era la daga ancha y no muy aguda de punta, no le dañó mucho, aunque fué algo herido. El buen Don Diego le dió otro golpe al valeroso Zegrí por la hijada izquierda, más abaxo un poco de las otras dos heridas, que con él acabó de rematar la dudosa pelea; porque aquel valeroso Moro, herido de tal suerte y de tan penetrantes heridas, luego cayó en el suelo, dando el alma poco a poco por las crueles heridas, rebuelta con la sangre, que le salía en grande abundancia. Y al tiempo de caer se llevó tras sí el buen Alcayde, el qual cayó encima, porque siempre le tuvo muy asido hasta que cayó. Y como dió en tierra el bravo Moro, luego las fuerças y ánimo perdido, afloxó los braços, de suerte que el buen Alcayde se pudo levantar de rodillas encima dél. Y levantando el potentado y vencedor braço, le dixo: «¡Date por vencido, Zegrí, sino aquí te acabaré de matar, y luego confiessa la verdad de tu trayción!» El Zegrí, que se vido de muerte herido y en tierra debaxo de tan valeroso contrario, dixo: «No ay necesidad de más herirme, porque para morir bástame las heridas que tengo. Pides me, o valeroso cavallero, que confiesse la maldad; esso siento más que la dura muerte; mas ya que muero a manos de tan buen cavallero, lo avré de decir: Tú sabrás que todo fué trayción por mí urdida de imbidia de los famosos cavalleros Abencerrages, y por mi trayción fueron muertos tan sin culpa, y la Reyna no debe nada de lo que yo la levanté acerca del adulterio de que fué acusada, y esta es la verdad: y llegado he a punto que de lo que he hecho estoy bien arrepentido.» Todo lo que el Zegrí dezía estavan oyendo muchos cavalleros, assí del vando de la Reyna, como del vando de los Zegrís, y para más justificar la causa de la Reyna, llamaron a los Juezes para que a ellos les constase lo que el Zegrí dezía. Luego llegó el valeroso Muça, y los que estavan en el cadahalso baxaron y llegaron al palenque, y entrando dentro oyeron lo que el Zegrí dezía, lo qual los otros

sus compañeros también dixeron, que aun estavan vivos, mas no tardó mucho que todos quatro no murieron. Luego sonaron con grande alegría muchas chirimías y dulçaynas por la victoria tan grande que aquellos quatro valerosos cavalleros avían alcançado, descubriendo la verdad del caso. Por una parte sonavan los añafiles y por otra se oyan grandes gritos y llantos que los deudos y parientes, assí hombres como mugeres de los muertos cavalleros, hazían. Los cavalleros vencedores fueron sacados del campo con grande honra, hecha por toda la mayor parte de los cavalleros de Granada, que eran del vando de la Reyna, assí como Alabezes, Gazules, Aldoradines, Vanegas, Azarques, Alarifes, Almoradís, Marines y otros muy claros linages de Granada. Los vencedores cavalleros llegaron a la Reyna, que ya estava dentro de la litera en que avía venido, y le dixeron si avía más que hazer en aquel negocio. La Reyna se les humilló mucho agradeciendo les lo que por ella avían hecho, con palabras muy humildes, y les rogó que se fuessen con ella a su posada para que allí fuessen curados de sus heridas. Y quien más los interrogó fué un cavallero muy principal, tío de la Reyna, llamado Morayzel. Los quatro cavalleros lo aceptaron, porque el valeroso Gazul les dixo: «Muy bien podéys, señores cavalleros, hazer lo que la Reyna os pide, porque allí, avrá posada tal qual vuestras personas merecen.» Con esto salieron de la plaça, llevando la música de añafiles delante. Todo lo qual era muy al contrario en los cavalleros Zegrís y Gomeles, que con dolorosos llantos sacaron los despedaçados cuerpos de sus deudos y amigos del campo y los llevaron á enterrar según sus ritos y costumbres. Y muchas vezes estuvieron determinados de romper con su contrario vando y procurar dar muerte a los estrangeros cavalleros: mas no se determinaron por entonces, aunque de allí adelante huvo entre ellos vandos y passiones mayores que hasta allí, como adelante diremos. La batalla que avéys oydo se començó á las dos y media de la tarde y duró hasta las seys, que ya muy poco quedava hasta la noche. Los Christianos cavalleros llegaron a la posada de la Reyna, y apeados de sus cavallos y la Reyna de su litera, los quatro valerosos amigos fueron puestos en un muy rico aposento y en quatro lechos alojados y curados con gran diligencia de grandes cirujanos. Y ellos advertidamente pusieron sus armas cada uno junto de sí por si algo les sucediesse. Y aquella noche, después de aver cenado la Reyna, y la hermosa Zelima, y Esperança de Hita, fueron a visitar a los quatro Christianos cavalleros. Y después de aver hablado muy largo en sus trabajos y otras cosas acerca de la muerte de los Abencerrages tan sin culpa.

la Reyna se llegó un poco más al lecho de Don Juan Chacón, sentándose allí en una hermosa alcatifa de seda y unos cogines de lo mismo, le començó a hablar desta suerte: «El alto Señor, criador de cielo y tierra, y su bendita Madre, que lo parió virgen por divino mysterio, os dé, señor cavallero, salud y os pague la buena obra que a esta triste y desconsolada Reyna le avéys hecho, aviéndola librado de la muerte que tan duramente la amenazava, llena de tan grande infamia. Mas quiso la voluntad de Dios de librarme, y que vos, señor cavallero, fuéssedes el instrumento de mi libertad; y ansí os soy en obligación para toda mi vida, la qual pienso gastar sirviendo a Dios y a su Madre, porque pienso ser verdadera Christiana como en mi carta os escriví. Y más os quiero hazer saber que la mayor parte de los cavalleros de Granada están de mi opinión y no aguardan más de que el Rey Fernando comience la guerra contra Granada y su Reyno. Y esto está ansí concertado desde que se fueron los cavalleros Abencerrages, y el buen Abenámar, y Sarrazino, y Reduán, cavalleros de gran cuenta de quien tenemos cartas cada día; y Muça, hermano del Rey, está deste mismo propósito. Por tanto, assí, señor, como seáys llegados, dad traça y orden con el Rey Christiano que ponga en execución la guerra de Granada. Y también quiero, señor Don Juan, que me digáys quién son los cavalleros que en esta jornada os han acompañado, que en ello recebiré merced muy grande, porque sepa a quién soy deudora.» «Excelente señora—respondió Don Juan Chacón—, los cavalleros que comigo han venido a os servir son muy principales en el Andaluzía. El uno se llama Don Alonso, señor de la Casa de Aguilar, y el otro se llama Don Diego Fernández de Córdova, cavalleros de grande estima, y que ya los avéys oydo otras vezes nombrar.» «Sí he oydo—respondió la Reyna—, que muchas vezes han entrado en la Vega de Granada, a donde han hecho maravillas por sus personas, y en toda Granada son bien nombrados y conocidos por sus famas, hechos y nombres. Aunque agora nadie los ha conocido por la gran dissimulación del traje turquesco, que ha sido la más alta del mundo todo. Y pues ellos son de tan gran valor, será muy justo que yo les hable y dé las gracias por el bien que de su venida me ha redundado.» Y diziendo esto, la hermosa Morayzela se levantó del estrado donde estava y se fué a donde estavan los tres valerosos cavalleros, hablándoles a todos con muy donosa gracia y buen continente, dándoles las gracias de su venida y favor que le avían dado. «Señora Reyna—dixo el Alcayde de los Donzeles—, allí al señor Don Juan se le den las gracias, que él ha sido el todo de vuestro negocio; que

nosotros poco es lo que avemos hecho, según lo mucho que os desseamos servir.» «Gran merced —respondió la Reyna—, señores cavalleros, del nuevo offrecimiento; esso es para más obligarme a os servir, que lo que hasta aquí se ha hecho por mí no sé con qué poderlo pagar, sino rogar a Dios que me dé vida para que yo pueda pagar alguna cosa por el bien que de vuestra parte tengo recebido. Y porque me parece, señores cavalleros, que es hora que os deys al reposo y descanséys, yo me quiero recoger a mi aposento y a dar orden en vuestras cosas; por tanto, dormid y reposad seguros, que yo os prometo que todo el Reyno de Granada, aquí donde estáys, no os enoje.» «No hay que tratar, señora Reyna, de esso, que estando debaxo de vuestras Reales manos —respondieron ellos— estamos tan seguros como en nuestras proprias casas.» Con esto la hermosa Reyna se salió y con ella la hermosa Zelima, y los dexó hablando en cosas que les cumplía. Mas la Reyna, como discretíssima que era, no confiada en los Zegrís ni los de su vando, recelando no les cercassen la casa para tomar vengança de los quatro cavalleros Christianos, aunque muy segura estava ella que no eran conocidos por tales, mas por aver muerto a sus deudos y parientes, podrían hazer algún desaguisado, habló con su tío Morayzel, diziéndole el recelo que tenía de los Zegrís y Gomeles. Lo qual al buen Morayzel no le pareció mal, y ansí con gran brevedad dió dello aviso al buen Muça, que bien sabía él que estava propicio a las cosas de la Reyna su sobrina. Y ansí el valeroso Muça puso de guarda en aquella calle ción cavalleros amigos suyos, y que eran del vando de la Reyna, los quales eran Gazules, y Alabezes, y Aldoradines. Y no fué errada la tal prevención, porque ya los Gomeles y Zegrís y los más de su vando tenían determinado cercar la casa y matar a los quatro cavalleros Christianos; mas como supieron que avía guarda en las calles, y que Muça la tenía puesta, se estuvieron sossegados, con gran dolor de su coraçón, por no poder ser vengados de aquellos que mataron sus parientes. Don Juan Chacón y sus tres amigos acordaron de partirse otro día de mañana, porque el Rey Fernando no les echasse menos ni los demás cavalleros de la Corte. Y ansí, la mañana venida, dixeron a la Reyna, que luego les fué a ver, cómo era cosa que les cumplía partirse de Granada, que se querían yr. «Pues, ¿cómo, señores, estando assí tan mal heridos, os queréys poner en camino? —dixo la Reyna—. Tal no consentiré. ¿Por ventura os falta algo para regalo de vuestras personas? ¿No tenéys la necessaria?» «Sí tenemos, señora —respondió Don Juan Chacón—: mas ya os avemos dicho que tenemos necessidad de yrnos, porque en la casa de nuestro

Rey no seamos echados menos, que sería caer en gran falta.» «Pues que assí es—dixo la Reyna—, tornaos a curar y hazed vuestro camino muy en buena hora. Y por Dios que no me olvidéys, y dad priessa a vuestro Rey que comience la guerra contra Granada, para que todos los que tienen propósito de ser Christianos, se les cumplan sus desseos.» Los cavalleros se lo prometieron, y ansí se lo cumplieron; porque ansí como fueron llegados estos cavalleros al Andaluzía, luego se dió orden de ganar a Alhama. La Reyna, visto que determinadamente los cavalleros se querían partir, mandó llamar a los cirujanos para que los curassen; y siendo curados, cada uno fué armado de sus armas, poniendo sobre ellas sus ricas marlotas turquescas, aunque rotas por algunas partes, y sobre sus finos caxcos, sus turbantes; aviendo almorçado y recebido de la Reyna algunos dones de valor, subieron en sus cavallos, despidiéndose de ella y de su tío Morayzel. La qual quedó llorando el ausencia de tan buenos cavalleros. El valeroso Muça, y el buen Malique Alabez, y Gazul, que supieron que los cavalleros se yvan de Granada, aunque no quisieron, les acompañaron con más de docientos Moros, todos cavalleros principalíssimos, más de media legua, la buelta de Málaga. Mas como los Moros fueron dellos despedidos, luego dieron buelta hazia el soto de Roma, y llegaron a aquella parte, donde dexaron sus maletas, y tomando sus vestidos christianos se adornaron dellos, dexando allí arrojados los turquescos, y los escudos se partieron a gran priessa. Y en entrando en tierra de Christianos, supieron cómo el Rey Don Fernando y la Reyna Doña Isabel se avían ydo a Écija, ellos se fueron a Talavera, donde avían salido, y hallaron sus criados gentes que les estavan aguardando. Allí estuvieron ocho días curándose de sus llagas muy secretamente; y estando dellas ya mejores, se partieron para Écija, donde estava el Rey, y aun no los avían echado menos en ocho días que avían hecho de ausencia. De allí el Alcayde de los Donzeles, y el señor de la casa de Aguilar, y Don Manuel Ponze de León, se fueron cada uno a su tierra con licencia del Rey, donde ellos y otros cavalleros dieron orden de tomar a Alhama; y siendo juntos muchos y muy principales cavalleros, la cercaron y la combatieron. Donde los dexaremos combatiendo, por dezir lo que passó en Granada en este medio y sazón, y también porque a mí no me toca tratar en esta guerra de Alhama.

CAPÍTULO DIEZ Y SEYS, DE LO QUE PASSÓ EN LA ciudad de Granada, y cómo se tornaron a revolver los vandos della, y la prisión del Rey Mulahazen en Murcia, y de la prisión del Rey Chico, su hijo, en el Andaluzía, y otras cosas que passaron.

Muy triste y desconsolada quedó la hermosa Sultana con el ausencia de los valerosos cavalleros, y de buena voluntad en su camino les tuviera compañía, y aun estuvo determinada a ello, mas dexólo por no poner en alboroto la ciudad de Granada; mas si ella quedó con tristeza por su ausencia, con mayor tristeza y dolor quedaron los Zegríes, y los Gomeles, y los demás de su vando, por los cavalleros que en la batalla murieron. Y ansí quedaron indignados a la cruel vengança con sangrientos ánimos, aunque affrentados y corridos por las cosas passadas; muy dissimulando el juego, dexavan correr el tiempo, siempre guardando ocasiones de pesadumbres. Digamos agora del Rey Chico, que será razón tratar algo dél, el qual, como supo la muerte de los que acusavan a su Reyna la muger, y la confessión que avían hecho en su disculpa, descubriendo la péssima y horrible maldad, enojado de sí mismo, no sabía qué se hazer. Poníasele delante la culpa de su ceguedad y la muerte tan sin culpa de los nobles cavalleros Abencerrages, la gran deshonra que avía puesto en su muger la Reyna, el destierro que tan sin causa hizo a tan nobles cavalleros y cómo por su causa se avían tornado Chistianos, y a él toda Granada le aborrecía, y tenía creado a otro Rey a quien todos casi obedecían, y cómo toda la flor de Granada estava contra él amotinada, y hasta su mismo padre le procurava quitar el Reyno. Pensando en esto y en otras cosas, que dello resultava, venía casi a perder el seso. Muchas vezes se maldezía a los Zegrís y a los Gomeles, que tan mal consejo le dieron, y llorando todas estas desventuras se tenía por el más abatido Rey del mundo, y no osava de vergüença parecer, y aun por ventura de temor. Por lo qual los Zegrís y Gomeles, sabiendo esto, no le visitavan. Bien holgara el que le dieran a su amada Sultana, y que Granada tornara como solía; mas este su pensamiento era muy vano, porque sus deudos jamás se la dieran, ni ella con el tornara. Mas el desventurado Rey, con este desseo, habló con cavalleros muy principales para que a la Reyna le bolviessen, los quales con el buen Muça

lo procuraron, mas no uvo remedio para que della tal se recabasse ni de sus deudos, diziendo que costumbre de Moros era tener seys o siete mugeres, que buscasse otra muger y dexasse aquélla, pues en tan mala fama la avía puesto. Con esto el Rey se deshazía de pena, mas dava passada a su mal, poniendo aquel negocio en las manos del tiempo, que todo lo madura y lo acaba. Y ansí, con este propósito, procurava tener propicios todos los grandes de Granada y todo el común, pidiendo que lo perdonasen, porque avía sido mal aconsejado, y quien se lo aconsejó lo tenía pagado. Y como era heredero del Reyno, muchos grandes le obedecían, y casi toda la gente común, sino los Almoradís, y Marines, y Gazules, y Vanegas, y Alabezes, y Aldoradines, que estos linajes seguían la parte del Rey viejo y la de su hermano el Infante Avdilí. Y ansí andava Granada muy divisa con tres Reyes hagamos cuenta. En este tiempo, el Rey Mulahazen, como hombre valeroso, no aviendo perdido sus bríos y braveza de coraçón, ordenó de hazer una entrada en el Reyno de Murcia. Y ansí, juntando mucha y muy luzida gente, prometiendo buenos sueldos a los de a cavallo y de a pie, salió de Granada, llevando dos mil hombres de a pie y de a cavallo, se fué a la ciudad de Vera. Y tomando el camino de la costa por dexar a Lorca, salió a los Almaçarrones, y de allí fué a Murcia y le corrió todo el campo de Sangonera, captivando mucha gente. Don Pedro Faxardo, Adelantado del Reyno de Murcia, salió con la más gente que pudo a resistir al Moro. Y encima de las lomas del (azud que dizen), día del bienaventurado San Francisco, se rompió la batalla entre los Moros y los Christianos, la qual fué muy reñida y sangrienta. Mas fué Dios servido, y el bienaventurado Santo, que Don Pedro Faxardo, con la gente de Murcia, mostrando grandíssimo valor, venció los Moros y prendió al Rey y mataron muchos Moros y captivaron. Los Moros, viéndose desbaratados, huyendo se tornaron por donde avían venido, hasta llegar á Granada, donde se supo la rota de sus vanderas, y cómo el Rey Mulahazen quedava captivo en Murcia, en poder del Adelantado. De lo qual Granada hizo grande sentimiento, sino fué el Infante Aboavdilí, hermano de Mulahazen, que se holgó de la prisión de su hermano, porque por allí pensava alçarse con todo el Reyno. Y ansí, de presto escrivió al Adelantado Don Pedro que le hiziesse merced de tener al Rey, su hermano, preso, hasta que muriese, que por ello le daría las villas de Vélez, el Blanco y el Rubio, y Xiquena y Tirieça. Mas el valeroso Adelantado, considerando la trayción que el Infante quería hazer, no lo quiso hazer, antes muy libremente dexó yr al Rey a Granada y a todos los que con él fueron captivos.

El qual, como llegó a Granada, halló a su hermano, apoderado del Alhambra, diziendo que su hermano se le avía dexado en poder y guarda. Mulahazen, muy enojado desto, y más de la trayción que le avía querido hazer, se retiró en el Albayzín, adonde él y su muger estuvieron muchos días. La madre de Mulahazen, vieja de ochenta años y más, aviendo visto la liberalidad y grandeza del Adelantado Don Pedro, y cómo le avía dado libertad sin rescate, le embió diez mil doblas por él. Las quales el Adelantado no quiso recebir, embiándole a dezir que aquel dinero se lo diesse a su hijo para que gastasse en la guerra contra su hermano. La madre del Rey, visto que el Adelantado no avía querido dineros, acordó de le embiar ciertas joyas muy ricas y doze poderosos cavallos, enjaezados de gran riqueza, los quales recebió el buen Don Pedro Faxardo. No passaron muchos días que el Rey Mulahazen tornó al Alhambra, porque su hermano se la dexó libre, entendiendo que el Rey no sabía nada de las cartas que le avía embiado a Don Pedro Faxardo. Mulahazen dissimuló por entonces aquel negocio, y lo guardó para su tiempo, malamente indignado contra su hermano y contra los que le fueron favorables, y todavía le dexó la administración del govierno que le avía dado. A este Mulahazen le llamaron el Zagal y Gadabli, mas su nombre propio y más usado era Mulahazen. Esta batalla que avéys oydo y prisión deste Mulahazen, escrivió el Coronista deste libro, y yo doy fe que en Murcia, en la Iglesia Mayor, en la capilla de los Marqueses de los Vélez, ay una tabla encima del sepulchro de D. Pedro Faxardo en que se cuenta el sucesso desta batalla. Bolviendo, pues, agora a lo que haze al caso, el Rey Mulahazen, muy enojado por lo que su hermano avía hecho, hizo en vida su testamento, diziendo que en fin de sus días fuesse su hijo heredero del Reyno, y que echasse dél al Infante, su hermano, a pura guerra, si caso fuesse que pretendiesse el Reyno, y a los que fuessen de su vando. Esto dezía él, porque al Infante seguían y obedecían muchos cavalleros Almoradís y Marines, los quales sustentavan la parte del Infante. Y por este testamento uvo después en Granada grandes alborotos y entre sus ciudadanos crueles guerras civiles y pesadumbres, como después diremos a su tiempo. Pues estando Mulahazen ya en el Alhambra, y Granada, como solía, debaxo de la governación de tres Reyes (digamos), no por esso dexavan los Almoradís de buscar modos y maneras para que totalmente el Rey Chico fuesse privado del Reyno; mas no podían hallar comodo alguno, respecto que los Zegrís y Gomeles estavan de su parte con otros muchos cavalleros que reconocían que aquél era finalmente el heredero del

Reyno; mas toda vía de todas partes buscavan assechanças y mil ocasiones el tío contra el sobrino y el sobrino contra el tío. Mas como el Rey Chico toda vía fuesse odiado de los más principales de Granada, no pudo salir por entonces con su intento en nada, ni expelir a su tío del cargo que tenía. Y ansí aguardava su tiempo y oportuna coyuntura para poder executar su intención. Y por alegrarse un día, se passeava con otros principales cavalleros por la ciudad, por dar alivio a sus penas, rodeado de sus Zegrís y Gomeles; le vino una triste nueva: cómo era ganada Alhama por los Christianos. Con lo qual embaxada, el Rey Chico ayna perdiera el seso, como aquel que quedava heredero del Reyno. Y tanto dolor sintió, que al mensagero que la nueva le traxo, le mandó matar, y descavalgando de una mula en que se yva passeando, pidió un cavallo, en el qual subió y muy apriessa se fué al Alhambra, llorando la gran pérdida de Alhama. Y llegando al Alhambra, mandó tocar sus trompetas de guerra y añafiles para que con presteza se juntasse la gente de guerra y fuessen al socorro de Alhama. La gente de guerra toda se juntó, al son belicoso que se oya de las trompetas. Y preguntándole al Rey que para qué los mandava juntar haziendo señal de guerra, él respondió que para yr al socorro de Alhama que avían ganado los Christianos. Entonces un Alfaquí viejo le dixo: «Por cierto, Rey, que se te emplea muy bien toda tu desventura, y aver perdido a Alhama, y merecías perder todo el Reyno, pues mataste a los nobles cavalleros Abencerrages, y a los que quedavan vivos mandaste desterrar de tu Reyno, por lo qual se tornaron Christianos, y ellos mismos agora te hazen la guerra; acogiste a los Zegrís, que eran de Córdova, y te has fiado dellos. Pues agora ve al socorro del Alhama y di a los Zegrís que te favorezcan en semejante desventura que ésta.» Por esta embaxada que al Rey Chico le vino de la pérdida de Alhama, y por lo que este Moro viejo Alfaquí le dixo reprehediéndolo por la muerte de los Abencerrages, se dixo aquel romance antiguo tan doloroso para el Rey, que dize en arábigo y en romance muy dolorosamente desta manera:

Passeávase el Rey Moro
por la ciudad de Granada,
desde las puertas de Elvira
hasta las de Bivarambla.
¡Ay de mí, Alhama!
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada;
las cartas echó en el fuego

y al mensagero matara.
¡Ay de mí, Alhama!
Descavalga de una mula
y en un cavallo cavalga,
por el Zacatín arriba,
subido se había al Alhambra.
¡Ay de mí, Alhama!
Como en el Alhambra estuvo,
al mismo punto mandava
que se toquen sus trompetas,
los añafiles de plata.
¡Ay de mí, Alhama!
Y que las caxas de guerra
a priessa toquen al arma,
porque lo oygan sus Moriscos,
los de la vega y Granada.
¡Ay de mí, Alhama!
Los Moros que el son oyeron
que al sangriento Marte llama,
uno a uno y dos a dos,
juntado se ha gran batalla.
¡Ay de mí, Alhama!
Allí habló un Moro viejo,
desta manera hablava:
«¿Para qué nos llamas, Rey?
¿Para qué es este llamada?»
¡Ay de mí, Alhama!
«Avéys de saber, amigos,
una nueva desdicha,
que Christianos con braveza
ya nos han ganado a Alhama.»
¡Ay de mí, Alhama!
Allí habló un Alfaquí
de barba crecida y cana:
«Bien se te emplea, buen Rey;
buen Rey, bien se te emplea.
¡Ay de mí, Alhama!
Mataste los Bencerrages,
que era la flor de Granada,
cogiste los Tornadizos
de Córdova la nombrada.
¡Ay de mí, Alhama!
Por esso mereces, Rey,
una pena bien doblada:
que te pierdas tú y el Reyno
y que se pierda Granada.»
¡Ay de mí, Alhama!

Este Romance se hizo en arávigo en aquella ocasión de la pérdida de Alhama, el qual era en aquella lengua muy doloroso y triste, tanto, que vino a vedarse en Granada que no se cantasse, porque cada vez que lo cantavan en qualquiera parte, provocava a llanto y dolor, aunque después se cantó otro en lengua castellana de la misma materia, que dezía:

Por la ciudad de Granada
el Rey Moro se passea,
desde la puerta de Elvira
llegava a la plaça Nueva.
Cartas le fueron venidas
que le dan muy mala nueva:
que se avía ganado Alhama,
con batalla y gran pelea;
El Rey, con aquestas cartas,
grande enojo recibiera,
al Moro que se las traxo
mandó cortar la cabeça;
Las cartas pedaços hizo
con la saña que le ciega,
descavalga de una mula
y cavalga en una yegua.
Por la calle del Zacatin
al Alhambra se subiera,
trompetas mandó tocar
y las caxas de pelea,
Porque lo oyeran los Moros
de Granada y de la vega,
uno a uno y dos a dos
gran esquadrón se hiziera.
Quando les tuviera juntos
un Moro allí le dixera:
«¿Para qué nos llamas, Rey,
con trompa y caxa de guerra?»
Avréys de saber, mis Moros,
que tengo una mala nueva,
que la mi ciudad de Alhama
ya del Rey Fernando era,
Los Christianos la ganaron
con muy crecida pelea»;
allí habló un Alfaquí,
desta suerte le dixera:
«Bien se te emplea, buen Rey,
buen Rey, bien se te emplea;
mataste los Bencerrages
que era la flor de esta tierra;

Acogiste los Tornadizos
que de Córdova vinieran,
y ansí mereces, buen Rey,
que todo el Reyno se pierda,
y que se pierda Granada
y que te pierdas en ella.»

Vengamos agora a lo que haze al caso y lo que passó sobre la tomada de Alhama. Dize, pues, el Moro, nuestro Coronista, que assí como el Rey juntó gran copia de gente, al punto, sin poner más dilación, partió de Granada para yr a socorrer a Alhama a muy gran priessa. Mas todo su affán fué en vano, porque quando llegó, ya los Christianos estavan apoderados de la ciudad y del Castillo y de todas sus torres y fortalezas. Mas con todo esso uvo una grande escaramuça entre los Moros y Christianos; allí murieron más de treynta Zegris a manos de los Christianos Abencerrages, que allí avía más de cinquenta, que estavan por orden del Marqués de Cádix. Finalmente, por el valor de los cavalleros Christianos, fueron desbaratados los Moros. Lo qual visto por el Rey de Granada, se bolvió sin hazer en aquella hazienda cosa de provecho. Assí como llegó a Granada, tornó a hazer más gente y en más cantidad, y bolvió sobre Alhama, y una noche, secretamente, le hizo echar escalas, y entraron algunos Moros dentro; mas los Christianos, recordando y trocando arma, pelearon con los Moros que avían entrado y los mataron todos, y defendieron que no entrassen. Mas visto el Rey de Granada que su trabajo era en vano, se tornó a Granada. Y muy triste y lleno de enojo por no aver podido remediar algo, embió por el Alcayde de Alhama, que se avía recogido a Loxa debaxo del amparo del Alcayde de aquella fuerça, llamado Vencomixar. Los mensageros del Rey, presentando los recaudos que para prender le llevan, le prendieron, diziendo que lo mandava prender el Rey, y que le cortassen la cabeça y la llevassen a Granada a poner encima de las puertas del Alhambra, porque fuesse castigo para él y a otros fuesse escarmiento, pues avía perdido una fuerça tan noble. Con esto fué el Alcayde preso, aviendo respondido que él no tenía culpa de aquella pérdida; que el Rey le avía dado licencia para que fuesse a Antequera a hallarse en unas bodas de su hermana, que el buen Alcayde de Narváez la casava allí con un cavallero y la hazía libre de captiva que era, y que el Rey le avía dado ocho días más de licencia que él le avía pedido. Y que él estava muy pesante dello; porque si el Rey avía perdido Alhama, él avía perdido muger y hijos. No bastante esta disculpa del Alcayde de Alhama,

como digo, fué a Granada preso; allí le cortaron la cabeça y la pusieron en el Alhambra. Y por esto se dixo aquel sentido y antiguo romance, que dize:

Moro Alcayde, Moro Alcayde,
el de la vellida barba,
el Rey te manda prender
por la pérdida de Alhama,
Y cortarte la cabeça
y ponella en el Alhambra,
porque a ti castigo sea
y otros tiemblen en miralla,
Pues perdiste la tenencia
de una ciudad tan preciada.
El Alcayde respondía,
desta manera les habla:
«Cavalleros y hombres buenos
los que regís a Granada,
dezid de mi parte al Rey
cómo no le devo nada;
Yo me estava en Antequera
en las bodas de mi hermana
(mal fuego queme las bodas
y quien a ellas me llamara),
El Rey me dió la licencia,
que yo no me la tomara,
pedilla por quinze días,
diómela por tres semanas,
De averse Alhama perdido
a mí me pesa en el alma,
que si el Rey perdió su tierra
yo perdí mi honra y fama,
Perdí hijos y muger,
las cosas que más amava;
perdí una hija donzella
que era la flor de Granada;
El que la tiene captiva
Marqués de Cádiz se llama,
cien doblas le doy por ella,
no me las estima en nada.
La respuesta que me han dado
es que mi hija es Christiana
y por nombre le avían puesto
Doña María de Alhama.
El nombre que ella tenía
Mora Fátima se llama.»
Diziendo assí el buen Alcayde
lo llevaron a Granada,

Y siendo puesto ante el Rey,
la sentencia le fué dada:
que le corten la cabeça
y la lleven al Alhambra;
executóse la justicia
anssí como el Rey lo manda.

Pues aviéndose hecho esta justicia de este Alcayde de Alhama, se començó a tratar entre todos los cavalleros que el tío del Rey saliesse con la gente de su vando a tomar vengança de la pérdida de Alhama o a buscar otras ocasiones para vengarse de los Christianos. A lo qual el otro respondía que harto hazía en guardar la ciudad y tenerla en paz, y que por esta causa no salía él ni los de su vando della, tratando en estas cosas todos los cavalleros que estavan a la obediencia al hijo, y que de ley y de razón al hijo se devía y no al hermano; y que guardar este pelo era de cavalleros nobles y ahidalgados. Y como esto se considerasse y fuesse tratado en muy pensado acuerdo, todos los más principales linages de Granada se allegaron al Rey Chico y le dieron y guardaron obediencia, assí como los Gazules, Aldoradines, Vanegas, Alabezes y todos los deste vando, que eran enemigos de los Zegrís, con todos los demás principales cavalleros de Granada, que les seguían y guardavan amistad, no parando mientes en las enemistades passadas, pudiendo más la razón que el rencor y mandando más la nobleza que la malicia. De suerte que con el tío no quedaron sino Almoradís y Marines y algunos otros cavalleros ciudadanos; pues todos éstos, como avemos dicho, dezían que el Infante saliesse a buscar algunas ocasiones contra Christianos, de suerte que se vengasse la presa de Alhama, y que no estuviesse arrinconado como hombre inútil y de poco valor, pues pretendía tener sceptro y corona. A todo esto respondía el Infante lo que avéys oydo, que él quería guardar a Granada, y lo mismo dezían los Almoradís y Marines. Y dando y tomando palabras acerca deste negocio, el Malique Alabez, lleno de cólera y saña, les dixo que eran covardes y ruynes, y no hazían ley de cavalleros no salir a buscar Christianos con quien pelear, y querer hazer por fuerça Rey a quien no lo merecía ni por su persona ni porque le venía de derecho. Los Almoradís, oyendo estas palabras, luego pusieron mano a las armas contra los Alabezes, y los Alabezes contra ellos. Los Gazules no holgaron viendo este acometimiento, antes pusieron mano a las armas y dieron en los Almoradís y en los Marines de tal forma, que en poca pieça mataron más de treynta dellos, y los Almoradís también mataron muchos Gazules y Alabezes.

De tal manera se rebolvieron todos los vandos unos con otros, que se ardía Granada y se derramava mucha sangre de una parte y de otra. Mas siempre llevaron lo peor los Almoradís y Marines, aunque tenían de su parte gran copia de la común gente y otros linages de cavalleros. Y tanto les fué de mal, que se uvieron de retirar todos al Albayzín. Los dos Reyes salieron cada uno a favorecer su parte; y sino fuera por los Alfaquís y por muchas señoras de Granada de estima que se pusieron de por medio, las damas assiendo las unas a sus maridos y teniéndolos, las otras a sus hermanos, otras a sus deudos y parientes, y también porque el valeroso Muça, con mucha gente de a cavallo y otros muchos cavalleros que se pusieron en medio, aquel día quedara Granada destruyda de todo punto. Mas los Alfaquís dezían tales palabras y hablavan tales cosas, que al fin la cruel y civil guerra se apaziguó con harta pérdida de los Almoradís. Muça no sabía qué se hazer o contra quién fuesse, porque el Rey Chico era su hermano y el Infante era su tío; mas toda vía se acostó a la parte del hermano, por ser Rey de derecho. Acabada esta passión y civil guerra, un Alfaquí Morabito, en la plaça Nueva, les hizo un largo sermón y parlamento, el qual quiso poner aquí el Moro Coronista como cosa dicha de un hombre señalado y de tanta calidad en su secta, el qual parlamento comiença ansí:

Contra vuestras entrañas, Granadinos,
¿moveys las duras armas con violencia?
No sé quál furia os mueve a cosas tales.
Dexáys de pelear con los Christianos
y defender las fuerças deste Reyno,
y days en derramar la sangre vuestra;
atroz en summo grado disparate.
¿No veys, ilustres gentes, que vays fuera
de toda la razón y de propósito,
y no guardáys los ritos y las leyes
de Mahomad profeta, mensagero
de Dios, que os encargó el bien de todos
aquellos que guardassen sus escritos?
¿Por qué, pues, lo hazéys tan malamente?
¿Por qué contra vosotros hazéys guerra
moviendo las belígeras espadas,
que ya de derramar humor sangriento
de vuestra misma patria se han cansado?
Mirad todas las calles y las plaças
el testimonio dello, quán sangrientas
están, y quántos cuerpos destroçados
avemos enterrado cada día:

que casi ya de los varones ilustres
ninguno queda en pie para que pueda
tomar honroso cargo de milicia.
¿No veys que destas cosas son juntas
y destas insolentes desventuras
y está bañando en agua de mil flores
el Christianismo vando, y se regala,
con gloria que en su ánimo se assienta,
por vuestra desconcordia y vuestros males,
que son inmensos, graves y pesados?
Bolved, por Mahomad, las armas fieras
con furia a los pendones del Christiano;
mirad que vuestra tierra se consume
y ya Granada no es quien ser solía,
se va de todo punto ya perdiendo.
Parece que ya veo que sus muros
están atropellados y deshechos
y aportillados todos en mil partes.
Bolved sobre vosotros, no deys causa,
con vuestra guerra atroz, que vuestra Alhambra
se vea de Christianos oprimida
y sus doradas torres por el suelo,
y sus costosos baños derribados,
que son de mármol blanco fabricados,
a donde vuestros Reyes se recrean.
Mirad que el estandarte antiguo de oro
que de África passó con tal victoria,
no venga a ser despojo de Fernando,
que con orgullo inmenso lo procura.
Juntaos, no andéys divisos en tal tiempo;
que si divisos vays, seréys perdidos:
porque un diviso pueblo fácilmente
se pierde y se arruyna y se atropella.
Con esto que os he dicho, me parece
que os basta a reduzir en amicicia;
no quiero ser prolixo, sino al punto
bolváys contra el Christiano vuestras armas
y que aya entre vosotros paz inmensa,
pues la dexó encargada Mahometo.

Estas y otras muchas cosas dixo este Alfaquí este día que en Granada huvo tan gran rebuelta, lo qual fué causa para que el furor del amotinado pueblo, los unos con los otros, se aplacasse, y se hiziesse un crecido esquadrón de gente de a cavallo y de a pie. El qual, como el Rey Chico viesse con gana y voluntad de yr a pelear contra los Christianos, propuestos todos de morir o vengar la pérdida de Al-

hama, salió de Granada con todo aquel esquadrón, llevando acuerdo de no parar hasta meterse bien dentro del Andaluzía y hazer una gran cavalgada o tomar algún lugar de Christianos. Y ansí, con este propósito, marcharon hasta llegar cerca de Lucena, legua y media della, adonde el Rey mandó hazer de toda la gente tres batallas: la una tomó el Rey a su cargo, y la otra dió a un Alguazil mayor suyo, y la otra dió a un bravo Capitán llamado Alatar, de Loxa. Y llegando allí donde avemos dicho, corrieron toda la tierra y hizieron grande cavalgada y presa. Esta corredurία de los Moros se supo luego en Lucena, y Vaena, y Cabra; por lo qual el Alcayde de los Donzeles y el Conde de Cabra salieron con mucha gente a pelear con los Moros. Los quales, como viessen venir tal tropel de Christianos contra ellos, sus tres batallas juntaron en una, tomando la cavalgada en medio. Los valerosos Andaluzes dieron en ellos de tal forma, que, después de aver muy bien peleado los Moros y ellos, fueron los Moros desbaratados por el gran valor del Alcayde de los Donzeles y el Conde de Cabra. Y junto de un arroyo, que se llamó el arroyo del puerco, que otros le llaman el arroyo de Martín Gonçalez, fué preso el desventurado Rey de Granada y otros muchos con él. Los Moros, viéndose desbaratados y su Rey preso, huyeron la buelta de Granada. El Rey Chico fué llevado preso a Vaena, y de ay a Córdova, para que lo viesse el Rey Don Fernando. Estando en Córdova, le vinieron al Rey Fernando mensageros de rescate por el Rey Moro. Y sobre si se rescataría o no, uvo entre los Grandes de Castilla y los demás capitanes grandes pareceres y dares y tomares. Finalmente, fué el Rey Chico rescatado y dado por libre, hiziéndose vassallo del Rey Fernando, con juramento que el Moro hizo de guardar siempre amistad y lealtad, a condición que el Rey le diesse gente y favor para conquistar algunos pueblos que no le querían obedecer, sino a su padre. El Rey Don Fernando se lo prometió y dió cartas, para todos los Capitanes Christianos que estavan en las fronteras de Granada, para que le ayudassen en todo lo que el Rey Chico quissiese. Otro sí, que los Moros que saliessen de Granada a labrar las tierras y a sembrar, no los enojassen. Con esto, aviéndole dado el Rey Christiano Fernando, al Rey Chico, muchos presentes de gran valía, quedando las amistades hechas y firmadas de una parte y de otra, el Rey Chico se fué a Granada. Los Moros de Granada y el tío del Reyezico, como supieron que el Rey Christiano le avía prometido gente, les pareció mal aquel trato y concierto, y, recelándose por esta causa no se perdiesse Granada, hizo el tío a todos un largo parlamento desta manera: «Claros illustres varones de Granada: los que ansí

con tanta riguridad me tenéys odio, sin porqué, muy bien sabéys cómo mi sobrino fué alçado por Rey de Granada, sin ser muerto mi hermano y su padre, a pura fuerça, por causa muy ligera: sólo porque degolló quatro cavalleros Abencerrages que lo merecían; y por esto le quitasteys la obediencia y alçasteys a su hijo por Rey, contra toda razón y derecho. Y mi sobrino, aviendo con vuestro favor degollado treynta y seys cavalleros Abencerrages sin culpa alguna, y aviendo levantado un tal testimonio a su muger, Reyna nuestra, por donde tantos escándalos, y muertes, y guerras civiles ha avido en la ciudad, le tenéys obediencia y le amáys, sin mirar que no es digno de ser Rey, pues su padre es vivo. Y sin esto, mirad agora lo que ha hecho y concertado con el Rey Don Fernando de Castilla: que le ha de dar gente belicosa para hazer guerra con ella a los pueblos que no le han querido obedecer y siempre han estado a la obediencia de su padre. Y más, le da al Rey Christiano tantas mil doblas de tributo, después de averse él y los suyos perdido en esta entrada que ha hecho tan sin causa. Ya que Alhama era perdida, no tenía necessidad, sino de reparar las demás fuerças; pues Alhama no se podía cobrar al presente, lo qual se pudiera hazer andando el tiempo. Pues considerad agora, cavalleros de Granada, a vosotros digo, Zegrís, y Gomeles, y Maças, y Vanegas, allegados a mi sobrino con tanta vehementia, si agora metiesse gente de guerra christiana mi sobrino en Granada, ¿qué esperança podríades todos tener y qué seguridad, para que los Christianos no se levantassen con la tierra? ¿No sabéys que los Christianos son gente endiablada, feroz y belicosa? Todos con ánimo levantados hasta el cielo, sino mirad lo de Alhama; ¿cómo ha sido, quán presto lo han atropellado? Pues Alhama gente de guerra tiene dentro para poder la defender. Mirad cómo no la defendieron. Pues si entrassen éstos en Granada y tuviessen lugar de ver sus murallas y torres, ¿quién quita que luego no fuesse ganada por los Christianos? Abrid agora los sus ojos, y no deys lugar a mayores males. Mi sobrino no sea admitido por Rey, pues se ha hecho amigo del Rey Christiano. Mi hermano es Rey, y por ser ya viejo tengo yo el govierno de la Corona Real, si él se muere: mi padre fué Rey de Granada; pues ¿porqué no lo seré yo, pues de derecho me viene, y la razón lo pide, y la necessidad lo demanda? Agora cada qual responda a lo que aquí tengo propuesto y dicho tocante al bien universal de nuestro Reyno.» Estas y otras cosas supo dezir también el tío del Rey Chico, que todos los Alfaquíes y cavalleros de Granada, especialmente los Almoradís y Marines, fueron de común acuerdo que el Rey Chico no fuesse admitido en Granada, y que el tío fuesse

alçado por Rey, y entregada el Alhambra. Todo lo qual le fué dicho al Rey viejo Mulahazen; el qual, agravado de males, lleno de pesadumbres, salió del Alhambra por su voluntad y aposentado en el Alcaçava él, y toda su casa, y su hermano el Infante, entregado en el Alhambra con título de Rey, aunque contra la voluntad de los Zegrís, y Gomeles, y Maças, y aun de los Gazules, y Alabezes, y Aldoradines, y Vanegas; mas dissimulando el juego, se dispusieron a yr con el tiempo por ver en qué pararían todas estas cosas. El Rey Chico vino á Granada cargado de ricos presentes que el Rey Fernando le avía dado. Mas los de Granada le recibieron y no le quisieron recoger, diziendo que el Moro Rey que tratava paz con Christianos, no se podía fiar nada dél. Visto que los Moros de Granada no le querían recebir en la ciudad, sabiendo que su tío estava apoderado del Alhambra, dexó a Granada y se fué a la ciudad de Almería, que era tan grande como Granada y de tanto trato, y cabecera del Reyno por su antigüedad, adonde fué bien recebido como Rey. Desde allí requirió a algunos lugares que le diessen obediencia, sino que los destruyría. Los lugares no se la querían dar, por lo qual el Rey Chico les hazía guerra con Christianos y Moros. En esta sazón murió el Rey viejo Mulahazen; con cuya muerte se renovaron los vandos, porque visto el testamento que tenía hecho en vida, hallaron en él la trayción que su hermano avía intentado y cometido contra él, y cómo dexava su hijo por heredero del Reyno, y que fuesse obedecido de todos, sino que la maldición de Mahoma viniesse sobre ellos. Por esto se començaron nuevos escándalos y pesadumbres, porque muchos dezían que el Reyno le venía al hijo de Mulahazén y no a su tío. En esto estuvieron muchos días, en los quales fué el tío aconsejado que fuesse a Almería y matasse a su sobrino, y que su sobrino muerto él reynaría en paz en Granada. Este consejo tomó el tío y luego puso por obra de yr a Almería a matar el sobrino. Y para ello escrivió primero a los Alfaquís de Almería lo que el sobrino avía tratado con el Rey Fernando, de lo qual los Alfaquís no gustaron mucho y le embiaron a dezir que fuesse a Almería, que ellos le darían entrada secretamente para que le pudiesse prender o matar; vista esta respuesta, el tío se partió para Almería secretamente, llevando gente consigo. Y en llegando, los Alfaquís lo metieron dentro por partes muy secretas, y cercando la casa del Rey Chico, su sobrino, procuró de le prender o matar; mas no le salió a luz su pensamiento, porque con el alboroto de la gente, el Rey Chico fué avisado y se escapó, huyendo con algunos de los suyos que lo quisieron seguir, y fuésse a tierra de Christianos. El tío quedó muy

enojado por avérsele escapado el sobrino; mas allí, en Almería, halló un hermano del Rey Chico, muchacho, y lo hizo degollar; porque si el Rey Chico moría, pudiesse él reynar sin que nadie se lo impidiesse. Passado esto bolvió para Granada, donde estuvo apoderado del Alhambra y ciudad, y obedecido por Rey del Reyno, aunque no de todos; porque toda vía entendían que aquél no era señor natural; mas aguardavan su tiempo y razón por ver en qué paravan las cosas. El Rey Chico se fué donde estava el Rey Don Fernando y la Reyna Doña Isabel, y les contó todo su negocio, de lo qual le pesó al Rey Fernando, de modo que dió cartas al Moro para los Capitanes fronteros del Reyno de Granada, especialmente a Benavides, que estava en Lorca con gente de guerra en guarnición. Y dándole al Rey Moro muy grande cantidad de dineros y otras cosas de valor, lo embió a Vélez el Blanco, donde fué bien recibido él y los suyos, y ansí mismo en Vélez el Rubio, donde estava un Alcayde Moro cavallero, que se dezía Alabez; y en Vélez el Blanco, por lo semejante, un hermano suyo. Estando aquí, el Rey Chico entrava y salía en los Reynos de Castilla a cosas que lo cumplían, donde era de los Chistianos favorecido, por mandado del Rey Don Fernando. Ya en este tiempo avían ganado los Christianos muchos lugares del Reyno de Granada, [illegible] como Ronda y Marbella, y otros muchos lugares comarcanos de Ronda, y se avía ganado Loxa y su comarca. El tío del Rey Chico, que estava, como avemos dicho, en Granada, no se assegurava un punto, porque tenía el Reyno tyránicamente; y siempre procurava la muerte del sobrino porque no reynase, y dava grandes dádivas a quien le matasse con yervas o otras cosas, y no faltaron Moros que le prometieron matar. Y para esso embió estos Moros como mensageros al sobrino con cartas, porque no se recelasse dellos, atento que el tío siempre le hazía cruda guerra y le avía hecho. Y agora, a manera de paz, le embiava aquel mensage, lleno de blandas y arreboladas palabras:

«*Amado sobrino: No embargante las* [illegible] *que los dos avemos tenido por el Reyno, sabiendo ya verdaderamente que el Reyno es vuestro; porque mi hermano y vuestro padre dexó en su testamento que vos sólo fuéssedes heredero dél, he acordado que en él seáys entregado y lo recibáys* [illegible] *Rey y Señor dél, dándome a mí un* [illegible] *que passe mi vida; que con esto estaré muy contento y siempre a vuestra orden. Y mirad que os lo requiero de parte de Dios, todo poderoso, y de Mahoma, su fiel mensagero, porque el Reyno de Granada todo se va*

perdiendo, sin que en nada aya reparo. Por tanto, visto estos mis recaudos, os vení a Granada muy seguro como Rey y Señor della, y de lo passado nada se os ponga en la memoria, porque de todo ello estoy muy pesado y arrepentido y espero de vos perdón como de mi Rey y Señor. Y considerad que si andamos divisos y con civiles guerras, el Reyno será todo perdido; porque vos, no viniendo más al de Granada, yo pondré el Reyno en las manos de vuestro hermano Muça, el qual no tiene mala voluntad de governar. Y si él una vez entra en el Reyno y lo juran los Grandes por Rey, muy malo será de sacalle de sus manos. Cesso de Granada, Vuestro tío, Muley Aboavdili.»

Esta carta escrivió el tío al sobrino, y la dió a quatro Moros valientes, conjurados, para que en acabándosela de dar lo matassen, y si no lo pudiessen hazer dissimuladamente se bolviessen a Granada. Todo esto no faltó quien lo dixesse al Rey Chico y le diessen aviso de la maldad, que se guardasse. Llegados los mensageros a Vélez el Blanco preguntaron al Alcayde Alabez por el Rey; el Alcayde respondió que aquí estava, qué es lo que querían. «Traemos le ciertos recados del Rey, su tío, de Granada.» Alabez le respondió: «Pues ¿cómo puede su tío ser Rey, aviendo Rey natural del Reyno?» «Esso no sabemos nosotros — respondieron los quatro mensajeros —; mas de quanto nos mandó él venir aquí con estos recados y ciertos presentes para su sobrino.» «Pues dadme a mí las cartas, que yo se las daré, porque vosotros no le podéys hablar» — dixo el buen Alcayde. «No las daremos, sino en sus manos — dixeron los quatro mensajeros.» «Pues aguardad aquí — respondió Alabez —, que yo os lo llamaré.» Y entrando dentro habló con el Rey, diziendo que allí estavan mensageros de Granada de parte de su tío; qué pensaba hazer, si les dexaría entrar o no. El Rey mandó que los dexasse entrar, para ver qué es lo que querían, y llamando doze cavalleros Zegrís y Gomeles, que siempre le acompañavan, les mandó que estuviessen con él puestos a punto por si avía alguna trayción. Esto assí hecho, el Alcayde, no menos adereçado que los demás, fué a los mensageros y les dixo que entrassen. Los mensageros entraron adonde estava el Rey, y quando vieron que estava acompañado de tantos cavalleros, se maravillaron; mas haziendo el acatamiento devido, el uno dellos alargó la mano para darle al Rey los despachos. Mas assí como la alargó, el buen Alcayde llegó y se los tomó de la mano al mensagero y se los dió al Rey, el qual los abrió y leyó todo aquello que avéys atrás oydo. Y como ya el Rey Chico estava avisado de la trayción, mandó luego que aquellos Moros

fuessen presos, y al punto los mandó ahorcar de las almenas del castillo, y antes que los ahorcassen los apremió a que dixessen la verdad de aquel negocio; lo qual todo fué por ellos confessado. Ahorcados estos, luego escrivió una carta en respuesta de la de su tio, que dezía ansi:

«*El muy poderoso Dios, criador de tierra y cielo, no quiere que las maldades de los hombres estén ocultas, sino que a todos sean patentes, como ha hecho agora, que tu maldad ha descubierto. Recibí tu carta, más llena de engaños que el cavallo de los Griegos. ¿Agora me prometes amistad, que estás harto de perseguirme, matando mis familiares y cavalleros que me seguían y me servían? Traygo por testigos desto a los de Almería, que lo saben, y mi inocente hermano niño, que degollaste. No se por quál razón hiziste tal crueldad. Mas yo confio en Dios que algún día me lo pagarás con tu cabeça, y los de Almería no quedarán sin castigo. El Reyno que tienes era de mi padre, y de derecho es mío; queréys me todos mal los que son de tu parte porque trato con Christianos. Muy bien sabéys todos que tratando con ellos, los Moros de Granada seguramente labran sus tierras, y tratan sus mercaderías, lo qual no hazen estando debaxo de tu dominio, contra toda razón. Aviso te que algún día he de estar sobre tu cabeça, y me pagarás la trayción que a mi padre cometiste, y a mí agora querías hazer engañándome con blandas palabras. Pues sábete que dentro en Granada tengo quien de tus maldades me da aviso. Embiaste quatro Moros de tu vando, tan malos como tú, para que me matassen de qualquier modo que pudiessen. Ellos han pagado su maldad, como tú pagarás algún día la tuya. Las joyas que embiaste, quemé, receándome de tus trayciones; no sé yo para qué las usas, pues eres de casta de Reyes y te tienes por Rey. No más. De Vélez el Blanco. Tu sobrino, el natural Rey de Granada.*»

Esta carta escrita la embió a Granada con otra que le escrivió a su hermano Muça, el qual la dió al tío; y leyda, como supo que los mensageros que él envió para matar a su sobrino los avia ahorcado y que avían confessado la trayción, se halló muy confuso y no sabia qué se hazer. Mas dissimulando por entonces, no andava nada descuydado en el recato de su persona. El valeroso Muça leyó la carta de su hermano, que assí dezía:

«*No sé, amado Muça, cómo tu valor consiente que assí un tyrano, sin razón ni ley, tenga usurpado el Reyno de nuestro padre y agüelos, y que tan sin causa me persiga y tenga desterrado de mi Reyno. Si están mal*

conmigo los Almoradís y Marines por la muerte de los Abencerrages, quien dello fué causa pagó su culpa; yo, como Rey, usava de justicia. Si siendo yo captivo traté amistad con Christianos, fué por mi libertad y por el mejoro de Granada; porque con el favor dellos, las tierras se labran, las mercancías se tratan. Poco hazía al caso pagar al Rey tributo, dexando a nuestro Reyno en paz. Agora veo que va peor teniendo Granada a otro Rey; porque los Christianos se van apoderando del Reyno a más andar, y ensanchando el suyo. Por un solo Dios te ruego, pues que tu valor es para todo bastante, que tomes a tu cargo mi defensa y tu honra, y tengas cuenta cómo esse tyrano, tan sin culpa, ha derramado la sangre de nuestro inocente hermano. Yo no digo más por agora, y dame aviso de lo que passa. De Vélez el Blanco, Tu hermano, el Rey.»

Assí como el valeroso Muça leyó lo que avéys oydo, luego fué mal indignado contra su tío, especialmente por la muerte del hermano niño, que en Almería mató sin culpa. Y ansí tomó aquella carta, y la mostró a sus amigos los cavalleros Alabezes, y Aldoradines, y Gazules, y Vanegas, y Zegrís, y Gomeles y Maças; por ser éstos amigos de su hermano y porque con él avía algunos en Vélez. Y los que estavan en Granada andavan mal con el Rey, tío del Chico, porque en Almería avía muerto algunos Zegrís y Gomeles. Aviéndoles, como es dicho, mostrado la carta y la disculpa que dava acerca de la muerte de los Abencerrages y de su muger la Reyna, acordaron entre todos los Alabezes, Gazules, Aldoradines, Vanegas, Azarques y otros principales cavalleros, de le escrivir y dezille que secretamente viniese a Granada. Y esto assí acordado con secreto, le avisaron que viniesse al Albayzín por una puerta que se dezía Fachalança, que por allí le darían entrada en la casa y fortaleza de Bivalbulut, antigua casa de los Reyes, y estava en ella Muça por Alcayde. Ésta fué embiada al Rey Chico, el qual, assí como la leyó y vió la firma de su hermano Muça y de algunos otros cavalleros, luego se dispuso para yr a Granada, y también porque algunos Moros que con él estavan, se yvan y no le quedavan ya sino pocos; y ansí tomó su camino para Granada y llegó una noche oscura a la parte del Albayzín, a la puerta de Fachalança, con solo quatro de a cavallo, porque los demás avía dexado apartados un poco. Y ansí como llegó, tocó a las puertas de la ciudad que avemos dicho: Las guardas le preguntaron quién era. El respondió y dixo: «Abrí a vuestro Rey.» Las guardas, como le conocieron, y como estavan ya avisadas de Muça, que si viniesse le abriessen, al punto le abrieron, y él entró con todos los que traya. Muça supo luego

su venida y lo fué a recebir, y lo metió en la fuerça del Alcaçava, antiguo Alcáçar de los Moros. Aquella misma noche, el mismo Rey fué a casa de algunos cavalleros de los más principales del Albayzín a hazerles saber su venida y cómo venía a cobrar su Reyno. Todos los cavalleros le prometieron su favor: finalmente, aquella noche se supo en todo el Albayzín su venida, de que no holgaron poco todos: porque al fin era su legítimo Rey. Otros dizen que nadie supo esta venida del Rey Chico, ni los guardas; sino que Dios le puso en su coraçón que le abriessen las puertas, y que los Moros con buena voluntad lo recibiessen. Sea como se fuere, que él se quedó apoderado del Alcaçava, fuerça muy buena y fuerte del Albayzín. Otro día por la mañana se supo por toda la ciudad de Granada la venida del Rey Chico, y tomaron las armas para le defender como a Rey y no le offender como a enemigo. El Rey viejo, su tío, que estava en el Alhambra, como supo la venida del sobrino, hizo armar gente de la ciudad para yr a pelear contra los del Albayzín; y entre los del Albayzín y los de la ciudad uvieron una cruel batalla, en la qual murieron de ambas muchos. De la parte del Rey viejo, tío del moço, eran Almoradís, Marines, Alagezes, Benarages y otros muchos cavalleros de Granada. De la parte del Rey Chico, eran Zegrís, Gomeles, Maças, Vanegas, Alabezes, Gazules, Aldoradines y otros muchos cavalleros principales de Granada. Andava la cosa tan rebuelta y tan reñida, que parecía que se hundía el mundo. No se vió en Roma, en el tiempo de sus guerras civiles, tanta mortandad ni tanta sangre derramada en un día, como el día desta batalla se vertió, ni tantas muertes uvo. El valor de Muça, que seguía la parte de su hermano, era causa que los de la ciudad lo passassen peor, aunque los de la ciudad ya les tenían aportillado el muro por tres o quatro partes. Lo qual, visto por el Rey Chico, embió a pedir socorro a Don Fadrique, Capitán general, puesto por el Rey Don Fernando, haziéndole saber cómo estava en el Albayzín en gran peligro, porque su tío le hazía cruda guerra. Don Fadrique luego les corrío, y por mandado del Rey le embió mucha gente de guerra, todos espingarderos, y por Capitán dellos á Hernando Álvarez, Alcayde de Colomera. Con este socorro los Moros se holgaron mucho, especialmente por que Don Fadrique les embió a decir, que peleassen como varones por su Rey, que era aquél; que él les dava la palabra que seguramente podían salir a la vega a sembrar y a labrar sus tierras sin que nadie les enojasse. Con este favor, los Moros tomaron grande ánimo y peleavan como leones, con el ayuda de los Christianos, a los quales no les faltava nada de lo que avían menester. Estas batallas duraron

desta vez cincuenta días, que no dexaron de pelear de día y de noche. Al cabo los de la ciudad se retiraron con grande menoscabo de su gente, por el valor de los Christianos y del buen Muça. El Rey Chico reparó luego todas las murallas que estavan rotas, y puso grandes defensas en el Albayzín, para estar seguro él y los de su vando. Los Christianos fueron muy bien tratados y pagados. Los Moros del Albayzín salían a la vega a sus campos a labrar sus tierras y nadie no los enojava. Lo qual fué causa para que todos casi quisiessen seguir el vando del Rey Chico. Mas no por esso se dexavan las continuas batallas y assaltos entre los de la ciudad y los del Albayzín. Los Moros de la ciudad tenían más trabajo, porque peleavan con los Christianos de las fronteras, y con los Moros del Albayzín, de suerte que no les faltava guerra a la contina. En este tiempo fué cercada Vélez Málaga por el Rey Don Fernando: los Moros de Vélez embiaron a pedir socorro a los de Granada. Los Alfaquís amonestaron y requirieron al Rey viejo, que fuesse a favorecer a los Moros de Vélez Málaga. El Rey, quando lo supo, se turbó, que no pensó jamás que los Christianos osarían entrar tan a dentro y entre tan ásperas sierras; y él no quisiera salir de Granada, con recelo que si él salía, luego su sobrino se le avía de alçar con la ciudad y apoderarse del Alhambra. Los Alfaquís le davan priessa, diziendo: «Di, Muley, ¿de qué Reyno piensas ser Rey, si todo lo dexas perder? Essas sangrientas armas que tan sin piedad movéys en vuestro daño aquí en Granada los unos con los otros, movedlas contra los enemigos y no matando los amigos.» Todas estas cosas y otras los Alfaquís le dezían al Rey viejo, predicando por las calles y plaças, que era cosa justa y conveniente que Vélez Málaga fuesse socorrida. Tanto dixeron los Alfaquís, que al fin se determinó de yr a socorrer a Vélez Málaga. Llegando allá se puso en lo alto de una sierra, dando muestra de su gente. Los Christianos le acometieron, no les osó él aguardar, porque él y los suyos bolvieron huyendo, dexando los campos poblados de armas, que se dexavan por yr más ligeros. El Rey fué a pasar a Almuñécar, y de allí a Almería, y de allí a Guadix. Todos los demás Moros se tornaron a Granada, donde sabiendo los Alfaquís y Moros principales lo poco que el Rey avía hecho en aquella jornada, y cómo avía huydo, luego llamaron al Rey Chico y le entregaron el Alhambra y lo alçaron por su Rey y señor, a pesar de los cavalleros Almoradís y Marines y los de su vando, aunque eran muchos; porque los de la parte del Rey Chico eran más y todos muy principales. Aviendo entregado al Rey el Alhambra y todas las demás fuerças de la ciudad, en las quales puso gente de con-

fiança, los Moros de Granada le suplicaron que recabasse del Rey Don Fernando seguro para que la vega se sembrasse. Lo qual hizo el Rey de muy buena voluntad, y ansí lo embió a suplicar al Rey Fernando, y él se la otorgó. Otrosí, suplicó el Rey Chico al Rey Fernando, que hiziesse a todos los lugares de los Christianos que le obedeciessen a él y no a su tío, y que por ellos les daría seguro que pudiessen sembrar y tratar en Granada segura y libremente. También esto lo otorgó el Rey Fernando y la Reyna Doña Isabel por le ayudar. Y ansí el Christiano Rey luego escrivió a los lugares de los Moros que obedeciessen al Rey Chico, pues era su Rey natural, y no a su tío, y que él les dava seguro de no hazerles mal ni daño, y que pudiessen sembrar y labrar sus tierras. Los Moros con este seguro lo hizieron ansí. Assi mismo escrivió el Rey Christiano a todos sus Capitanes y Alcaydes de las fronteras, que no hiziessen mal a los Moros fronteros. Lo qual ansí hecho y cumplido, andavan los Moros muy alegres y contentos, y se pusieron en obediencia del Rey Chico como antes solian estar. El Rey Chico, aviendo hecho esto y dado contento a sus ciudadanos y aldeanos, mandó cortar las cabeças de quatro cavalleros principales Almoradís que le avían sido muy contrarios: ansí pararon las sangrientas y civiles guerras de Granada por entonces. Y porque la intención del Moro coronista no fué tratar de la Guerra de Granada, sino de las cosas que passaron dentro della y las guerras civiles que en ella uvo en estos tiempos, no pone aquí la guerra, sino pondrá el nombre de los lugares que se rindieron, tomada la ciudad de Vélez Málaga, que son los que aquí se nombran:

Bentomiz.
La villa de Comares.
Narija.
Gedalia.
Competa.
Almexía.
Maynete.
Venaquer.
Aboniayla.
Benadaliz.
Chinbechillas.
Padulipa.
Beyros.
Sitanar.

La villa de Castillo.
Canillas.
Alchonahe.
Canillas de Albaydas.
Xauraca.
Pitargis.
Lacus.
Alharaba.
Acuchauda.
Alhitain.
Daymas.
Alborgi.
Morgaça.
Machara.

Benicorán.	*Haxar.*
Casis.	*Cotetrox.*
Buas.	*Alhadaque.*
Casamur.	*Almedira.*
Avistas.	*Aprina.*
Xararaz.	*Alatín.*
Carbila.	*Ririja.*
Rubir.	*Marro.*

Estos y otros muchos lugares del Alpuxarra se dieron al Rey Fernando y a la Reyna Doña Isabel. De todo lo qual les pesava a los Moros de Granada, teniendo gran recelo de se perder, como los demás lugares se avían perdido. Pues vengamos agora a lo que haze al caso: después de ser ganada Vélez Málaga, los Christianos pusieron cerco en Málaga y los pusieron en tanto aprieto, que les faltó el mantenimiento y otras municiones de guerra: de suerte que estavan por darse. Los Moros de Guadix, sabido este negocio, les pesó mucho dello, y los Aifaquís le rogaron al Rey viejo, tío del Chico, que le fuesse a socorrer a Málaga. El Rey Chico de Granada supo este socorro que su tío quería hazer, mandó juntar mucha gente de pie y de cavallo, y mandó a su hermano Muça que se pusiesse en parte que les impidiesse el passo y los desbaratasse. Ansí lo hizo Muça, que los aguardó y les salió al encuentro, y los de Guadix y los de Granada tuvieron una cruel batalla, en la qual fueron muertos de los de Guadix gran parte, y los demás huyeron y se tornaron a Guadix, espantados del valor de Muça y de los suyos. Luego el Rey Chico escrivió al Rey Fernando lo que avía passado con los Moros de Guadix que yvan al socorro de Málaga. De lo qual el Rey Fernando holgó mucho, y se lo embió a agradecer y le embió un rico presente. Y ansí mismo el Rey de Granada imbió al Rey Fernando presente de cavallos con riquíssimos jaezes, y a la Reyna puños de seda y preciosos perfumes. Los Reyes Christianos escrivieron a todos los Capitanes y Alcaydes fronteros de Granada y sus lugares, que le diessen favor al Rey Chico contra su tío y que no hiziessen mal ni daño a los Moros ni tratantes de Granada que fuesen a sembrar o labrar sus tierras. Embió el Rey de Granada al Rey Fernando que tenía noticia cómo los Moros de Málaga no tenían bastimientos que los guarde por mar y por tierra; que no teniendo bastimientos, Málaga se les daría. Finalmente, el valor de los Christianos fué tal, que fué ganada Málaga y los lugares a ella vezinos y comarcanos. Puesto el Rey Fernando en orden las

cosas de Málaga y en las demás fronteras de aquella parte, los cavalleros Alabezes, y Gazulés, y Aldoradines, escrivieron una carta al Rey Don Fernando y a la Reyna Doña Isabel, la qual carta dezía assí:

«Los passados días, poderoso Rey de Castilla, hezimos saber a tu señoría, los cavalleros Alabezes, y Gazules, y Aldoradines, y otros muchos cavalleros desta ciudad de Granada, que son todos de un vando, en el qual vando entra el valeroso Muça, hermano del Rey, cómo está tratado de bolverse Christianos y estar a tu servicio. Pues agora, que con glorioso fin has dado fin a la guerra desta parte del Andaluzia, comiença la por la parte del Reyno de Murcia, que te hazemos cierto, que todos los Alcaldes y Capitanes Moros del río de Almançora y los de las fuerças fronteras de Lorca, se te darán sin batalla: porque assí está concertado y tratado. Y siendo ganada Almería y su río, que es lo más dificultoso, y Baça, sin parar ni ocuparse en otras cosas, pon cerco sobre Granada, que te damos fe, como cavalleros, de hazer tanto en tu servicio, que Granada se te entregue, a pesar de todos los que en ella viven. De Granada, Y Muça en nombre de los arriba contenidos tus vassallos, besa tus Reales manos.»

Escrita esta carta, fué embiada al Rey Cristiano, el qual, como entendió sus razones, y viendo cómo los cavalleros Abencerrages que andavan en su servicio procedían tan bien como lo avían escrito, luego se puso en camino para Valencia, y allí el Christiano hizo Cortes. Y con desseo que tenía de acabar de cobrar del todo aquel Reyno de Granada, se vino a Murcia, y allí dió orden cómo avía de entrar por las partes de Vera y Almería. Y acabado de resumirse en lo que avía de hazer, se fué a la villa de Lorca, para desde allí entrar en el Reyno de Granada. Fueron de la ciudad de Murcia con el Rey Don Fernando muchos hidalgos y muy principales cavalleros que en la ciudad de Murcia vivían, los quales será bueno poner aquí algunos dellos, porque su valor lo merece.

Fueron Faxardos hombres de claros linages:

Albornozes.	*Laras.*
Ayalas.	*Guiles.*
Carrillos.	*Galteros.*
Calvillos.	*Salares.*
Guzmanes.	*Fusteres.*
Riquelmes.	*Andosillas.*

Avellanedas.
Villaseñores.
Comontes.
Rafones.
Pereas.
Fontes.
Avalos.
Varcárceles.
Pachecos.
Tizones.
Paganes.
Fauras.
Zambranas.
Cascales.
Sotos.
Sotos mayores.
Valibreras.
Peralejas.
Saurines.
Moncadas.
Monçones.
Guevaras.
Melgarerejos.
Torrezillas.
Llamas.
Mulas.

Loaysas
Jufres.
Sayavedras.
Hermosillas.
Palaçones.
Balboas.
Ulloas.
Alarcones.
Tomases.
Cildranes.
Bernales.
Alemanes.
Rodas.
Biveros.
Hurtados.

De la villa de Mula.

Pérez de Ávila y Hitas.
Lázaros.
Votias.
Peñalueros.
Escamez.
Datos.
Resales.
Xerezes.
Los Gómez.
Melgares.

De Lorca salieron:

Marines.
Alburquerques.
Loritas.
Ponzes de León.
Guevaras.
Lisones.
Manchirones.
Leoneses.
Otros Ponzes de León.
Rosiques.

Portales.
Caçorlas.
Pérez de Tudela.
También Hurtados.
Quiñoneros.
Piñeros.
Falconetas.
Matheos.
Rendones.
Munceras.

Leyvas.
Corellas.
Maças.
Moratas.
Burgos.
Alarcones.
Ramones.

Finalmente, destos lugares referidos, Murcia, Mula y Lorca, salieron todos estos cavalleros y hidalgos en servicio del Rey Don Fernando, contra los Moros del Reyno de Granada; y sin éstos, otros muchos que aquí no se ponen por la prolixidad: todos los quales hizieron maravillas de sus personas en todas las ocasiones que se les offrecieron: En Lorca dexó el Rey, en Sancta María, una Custodia de oro y una Cruz de crystal toda guarnecida de fino oro. Pues aviendo puesto el buen Rey sus gentes en concierto, se partió para Vera, en la qual estava un bravo cavallero Moro por Alcayde, descendiente del bravo Alabez que murió preso en Lorca, y assí también este Alcayde se llamava Alabez, no menos valiente que el otro. El qual, como supo la venida del Rey, luego se dispuso a le entregar la ciudad y fuerça: porque sus parientes, los que estavan en Granada, se lo avian avisado que assí lo hiziesse. Y assí, en llegando el Rey a una fuente que le llaman de Pulpi, fué del buen Alabez recebido con mucha alegria y le entregó las llaves de la ciudad de Vera y de su fuerça. Y el Rey se apoderó della y le puso nuevo Alcayde. No avía el Rey estado seys días justos en Vera, quando le entregaron las llaves de todas aquellas fronteras, que son éstas:

Vera.
Antas.
Lobrín.
Sorvas.
Teresa.
Cabrera.
Serena.
Turre.
Mojácar.
Uleyla del Campo.
Guebro.
Tabernas.
Inox.
Albreas.
El Box.
Santopetar.
Las Cuevas.
Portilla.
Overa.
Zurgena.
Guércal.
Vélez el Blanco.
Vélez el Rubio.
Tirieça.
Xiquena.
Purchena.
Cúllar.
Benamaurel.
Castilleja.
Orze.
Galera.
Guéscar.

Oriacantoria.	*Tíjola.*
Portaloba.	*Almuña.*
Finis.	*Bayarque.*
Aluanahez.	*Sierro.*
Jumuytín.	*Filabres.*
Venitagla.	*Vacares.*
Urraca.	*Durca.*

Y sin éstos, otros muchos lugares de todo el río de Almançora. Los tres Alabezes luego suplicaron al Rey que los mandasse hazer Christianos; conviene a saber: Alabez, Alcayde de Vera; Alabez, Alcayde de Vélez el rubio; Alabez, Alcayde de Vélez el blanco. El Rey holgó mucho dello; y por ser principales cavalleros mandó que les baptizasse el Obispo de Plasencia. Y del Alcayde de Vera fué padrino Don Juan Chacón, Adelantado de Murcia. Y del Alcayde de Vélez el rubio fué padrino un principal cavallero llamado Don Juan de Avalos, hombre de grande valor, del Rey y de la Reyna muy estimado por su bondad. Este Avalos fué Alcayde de la villa Cúllar, y él y otros tres cavalleros, naturales de la villa de Mula, llamados Pérez de Hita, pelearon con los Moros de Baça, que cercaron la dicha villa de Cúllar, tan bravamente, que jamás se vió en tan pocos Christianos tan brava resistencia; y al fin los Moros no la tomaron por ser tan bien defendida. Esta batalla escrive Hernando del Pulgar, Coronista del Rey Don Fernando. Del nombre deste Alcayde Avalos se llamó el Alcayde de Vélez el ruvio Don Pedro de Avalos, a quien el Rey Don Fernando le hizo grandes mercedes por su valor y le dió y otorgó grandes privilegios, en que pudiesse tener armas y tener ahidalgados officios en la República. Del Alcayde de Vélez el blanco, hermano del que avemos dicho, fué padrino un Cavallero llamado Don Fadrique. Destos tres famosos Alcaydes oy en día ay deudos y parientes, especial de Avalos. De esta suerte se yvan tornando Christianos algunos de los más principales Alcaydes destos lugares, entregados sin batallas y peleas. El Rey, siendo apoderado de todas estas fuerças ya dichas, determinó de yr a Almería, por aver su assiento y ponelle cerco, dando lugar á los Moros que se avían dado, que los que quisiessen se fuessen en África ó donde les pareciesse: y que los que se quisiessen estar quedos, que se estuviessen. Con esto el Rey fué a Almería, donde sus gentes tuvieron con los Moros bravos recuentros. Partióse de Almería el Rey, dexando el cerco para después: assimismo lo hizo en Baça, después de avella reconocido y visto donde po-

dría poner sitio y real. Tuvo con los Moros de Baça grandes encuentros, donde murieron muchos Moros. Aquí hizo Don Juan Chacón, Adelantado de Murcia, con su gente, grandes cosas. Levantó el Rey el Real, y fué a Guéscar, la qual luego se le dió como avemos dicho. Aquí mandó despedir la gente de guerra, y él se fué a Caravaca a adorar la Cruz que en ella estava, y de ay se partió para Murcia, a donde estava la Reyna Doña Isabel, donde descansó aquel año. En este tiempo tuvo grandes rebeliones en los lugares que se avían dado: mas el Rey Fernando los apaziguó, embiando gente de guerra sobre ellos. Luego, el año siguiente, el Rey Fernando puso cerco sobre Baça, muy fuerte, donde huvo grandes batallas y escaramuças entre Moros y Christianos, los quales el Christiano Coronista tiene escritas. Vino Baça a tanta necesidad, que pidió socorro al Rey viejo que estava en Guadix, y al Rey de Granada, su sobrino: mas el de Granada no quiso embiar socorro. Su tío embió gran socorro de gente y mantenimientos. Muchos Moros de Granada començaron a alborotar la ciudad, diziendo que los Christianos ganavan el Reyno y no eran los Moros socorridos, que era mal hecho. Con esto se salían muchos Moros secretamente a socorrer a Baça. El Rey Chico, enojado contra éstos que hizieron el alboroto, hizo pesquisa dello, y sabido cortóles las cabeças. Finalmente Baça se dió, y Almería, y Guadix, porque el Rey viejo se las entregó. Don Fernando de Castilla, victorioso Rey, le hizo merced al Rey viejo de ciertos lugares en que viviesse con la renta dellos: mas el Moro, al cabo de pocos días, se passó en África. Como se dió Almería, y Guadix, y Baça, se le entregaron al Rey Christiano todas las fuerças, y Castillos, y lugares del Reyno de Granada, que no quedava más de Granada por ganar. Agora tornaremos al Rey Moro de Granada, que es tiempo que se dé fin a nuestra Historia y Guerras Civiles de Granada. Bien tendréys en la memoria cómo el Rey Chico fué preso por el Alcayde de los Donzeles, Don Diego Fernández de Córdova, señor de Lucena, y por el Conde de Cabra; y cómo el Rey Don Fernando le dió libertad, a condición que el Moro le avía de dar ciertos tributos. Otrosí, entre estos dos Reyes fué concertado que, acabado de ganar Guadix, y Baça, y Almería, y todo lo demás del reyno, el Rey Moro de Granada le avía de entregar al Rey Fernando la ciudad de Granada y Alhambra, con el Alcaçava, y Albayzín, y Torres Bermejas, y Castillo de Bivataubín, con todas las demás fuerças de la ciudad; y que el Rey Fernando le avía de dar al Rey Moro la ciudad de Purchena y otros lugares en que estuviesse y con las rentas dellos viviesse hasta su fin. Pues aviendo el Rey Christiano ganado a Baça, y

Guadix, y Almería, con todo lo demás, luego embió sus mensageros al Rey Moro que le entregasse a Granada y fuerças della, como estava puesto en el concierto y trato, y que él le daría a Purchena y los lugares prometidos con sus rentas. A esto el Rey de Granada, como estava arrepentido del trato hecho, respondió al Rey Fernando: «que aquella ciudad era muy grande y populosa y llena de gentes naturales y estrangeras de aquellas que se avían escapado de las ciudades ganadas, y que avía grandes y diversos pareceres sobre la entrega de la ciudad, y aun se començavan nuevos escándalos en ella. Y que aunque los Christianos de la ciudad se apoderassen, que no la podrían sojuzgar: por tanto, que su Alteza pidiesse dobladas parias y tributos, que lo pagaría; y no le pidiesse a Granada, que no se la podía dar, y que le perdonasse.» Quando el Rey Don Fernando entendió que el Rey Moro le quebrava la palabra y que no le quería dar a Granada, enojóse y tornóle a replicar, diziendo: «que hasta allí le pensava dar a Purchena y otros lugares, y que, pues se quitava de su promessa, no le daría sino otros pueblos no tan buenos como Purchena: y que pues dezía que Granada no podía ser sojuzgada, que no tuviesse él pena dello, que él se avendría con la gente della. Y para esto que le diessen todas las armas defensivas y offensivas y las fuerças de la ciudad; y que no haziendo esto le daría cruel guerra, hasta tomar a Granada; y que después de tomada que no esperasse dél ningún partido que bien le estuviesse.» Turbado desto el Moro desta resolución del Christiano, juntó los de su Consejo y todos los del Consejo de guerra, con los quales comunicó aquel caso, y sobre ello huvo grandes pareceres. Los Zegrís dezían que no hiziesse tal ni por pienso, ni diesse las armas. Los Gomeles y Maças estuvieron deste parecer. Los Vanegas, y Gazules, y Aldoradines, y Alabezes, que pensavan ser Christianos, dezían que el Rey Fernando pedía justicia; pues estava ansí tratado y concertado; pues debaxo de aquel concierto el Rey Don Fernando les avía dado lugar de cultivar sus haziendas y labores, y dado lugar a los mercadantes para entrar y salir en los Reynos de Castilla a tratar con sus cartas de seguro. Y que agora no era cosa justa hazer otra cosa: que no era de buen Rey quebrar la pa'abra, pues el Christiano no la avía quebrado. Los Almoradís y Marines dezían que no convenía darle al Rey Fernando nada de lo que pedía: que si él avía dado lugar a los Moros para cultivar sus labores, también los Moros no le avían corrido los campos de las fronteras; que también ellos gozavan de aquella paz y concierto, ansí como los Moros y mejor. Toda la demás gente de guerra estuvo muy firme en este parecer, y quedó re-

suelto que no diesse nada de lo que el Christiano pedía, y assí le fué respondido al Rey Christiano. Visto el Rey Don Fernando la resolución del Rey Moro y que los Moros de Granada ya començaron a correr la tierra de los Christianos y hazerles guerra, mandó reforçar todas las fronteras con gente de guerra y poner provisiones y mantenimientos en todas partes, bastantes; con acuerdo de poner cerco sobre Granada el siguiente verano. Y ansí se fué a Segovia a tener el imbierno venidero y descansar del trabajo passado.

CAPÍTULO DIEZYSIETE: EN QUE SE PONE EL CERCO de Granada por el Rey Don Fernando y la Reyna Isabel, y cómo se fundó Sancta Fe.

El verano siguiente, luego el Rey Don Fernando vino a Córdova, y de allí tuvo ciertas escaramuças con los Moros de Granada, y quitó el cerco de Salobreña, que estava sitiada por el Rey de Granada. Hecho esto, Don Fernando, Rey de Castilla, fué a Sevilla a concertar y tratar ciertas cosas para la guerra y cerco de Granada. Partió el Rey Don Fernando de Sevilla y vino á Córdova, y de Córdova entró en la vega de Granada y destruyó todo el valle de Alhendín, y mataron los Christianos muchos Moros, y hicieron gran cavalgada de Moros, y fueron nueve aldeas destruydas y quemadas. Y en una escaramuça que allí uvo, murieron muchos Moros Zegrís a manos de los Christianos Abencerrages. Y un Zegrí, principal cavallero, fué huyendo a Granada a dar esta nueva al Rey Moro. El Rey Don Fernando bolvió a la vega y puso su real a la vista de Huécar, a veynte y seys días del mes de Abril, adonde fué fortificado de todo lo necessario, poniendo el Christiano toda su gente en escuadrón, formado con todas sus vanderas tendidas y su Real estandarte, el qual llevava por divisa un Christo crucificado. Por esto se dixó aquel Romance tan bueno y tan antiguo que dize ansí:

Mensageros le han entrado
al Rey Chico de Granada;
entran por la puerta Elvira
y paran en el Alhambra.
Esse que primero llega,
Mahomad Zegrí se llama;
herido viene en el braço
de una muy mala lançada.

Y assí como llegó
desta manera le habla
(con el rostro demudado,
de color muy fría y blanca):
«Nuevas te traygo, Señor,
y una mala embaxada:
por esse fresco Genil
mucha gente viene armada.
Sus vanderas traen tendidas,
puestos a son de batalla;
un estandarte dorado,
en el qual viene bordada
Una muy hermosa Cruz
que mas relumbra que plata,
y un Christo crucificado
traya por cada vanda,
y el General desta gente,
el Rey Fernando se llama.
Todos hazen juramento
en la imagen figurada
de no salir de la Vega
hasta ganar a Granada.
Y con esta gente viene
una Reyna muy preciada,
Llamada Doña Isabel,
de grande nobleza y fama.
«Veysme aquí, herido vengo
agora de una batalla
que entre Christianos y Moros
en la Vega fué travada.
Treynta Zegrís quedan muertos
passados por el espada.
Los Christianos Bencerrages,
con braveza no pensada,
con otros acompañados
de la Christiana manada,
hizieron aqueste estrago
en la gente de Granada.
Perdóname, por Dios, Rey,
que no puedo dar la habla,
que me siento desmayado
de la sangre que me falta.»
Estas palabras diziendo
el Zegrí allí desmaya;
desto quedó triste el Rey,
no pudo hablar palabra.
Quitaron de allí al Zegrí
y lleváronle a su casa.

Otros cantaron este romance de otra manera, y porque no se le haga agravio al que lo compuso, lo pondremos aquí, aunque los romances tienen un sentido, y dice:

Al Rey Chico de Granada
mensageros le han entrado,
entran por la puerta Elvira
y en el Alhambra han parado.
Esse que primero llega
es esse Zegrí nombrado,
con una marlota negra
señal de luto mostrando,
Las rodillas por el suelo,
desta manera ha hablado:
«Nuevas te traygo, señor,
de dolor en sumo grado:
Por esse fresco Genil
un campo viene marchando,
todo de luzida gente,
las armas van relumbrando,
Las vanderas traen tendidas
y un estandarte dorado.
El General desta gente
se llama el Rey Don Fernando.
En el estandarte traen
un Cristo crucificado;
todos hazen juramento
morir por el figurado,
Y no salir de la vega,
ni a trás bolver un passo,
hasta ganar a Granada
y tenerla a su mandado.
Y también viene la Reyna,
muger del Rey Don Fernando,
la cual tiene tanto esfuerço
que anima a cualquier soldado.
Yo, buen Rey, herido vengo,
un braço traygo passado
y un esquadrón de tus moros
ha sido desbaratado.
Todo el valle de Alhendín
queda roto y saqueado.»
Estas palabras diciendo,
cayó el Zegrí desmayado.
Mucho lo sintió el Rey Moro,
de gran dolor ha llorado;
quitaron de allí al Zegrí
y a su casa lo han llevado.

Dexando agora los romances, y bolviendo a lo que haze al caso, el Rey Don Fernando assentó su Real y lo fortificó con gran discreción, conforme práctica de milicia. Y en una noche se hizo allí un lugar en quatro partes partido, quedando hecho en cruz; el qual lugar tenía quatro puertas, y todas cuatro se veyan estando en medio de las quatro calles. Hízose esta población entre quatro grandes de Castilla, y cada uno tomó su quartel a su cargo. Fué cercado de un firme baluarte de madera todo, y luego, por cima, cubierto de lienço encerado, de modo que parecía una firme y blanca muralla, toda almenada y torreada, que era cosa de ver, que no parecía sino labrada de una muy fuerte cantería. Otro día por la mañana, quando los Moros vieron aquel lugar hecho y tan cerca de Granada, todo torreado, murado y almenado, se maravillaron mucho de le ver. El Rey Don Fernando, como vió aquel lugar assí hecho con tanta perfición y fuerte, lo hizo ciudad y le puso por nombre Sancta Fe, y le dotó de grandes franquezas y privilegios, como oy en día parece. Y porque esta ciudad se hizo desta suerte, se cantó aquel Romance que dize, en muy antiguo estilo, ansí:

Cercado está Santa Fe
con mucho lienço encerado,
al derredor muchas tiendas
de seda y oro y brocado,
Donde están duques y condes,
señores de grande estado
y otros muchos Capitanes
que lleva el Rey Don Fernando;
Todos de valor crecido,
como ya lo abréys notado
en la guerra que se ha hecho
en el granadino estado.
Quando a las nueve del día
un Moro se ha demostrado,
encima un cavallo negro
de blancas manchas manchado,
Cortados ambos ocicos,
porque lo tiene mostrado
el Moro, que con sus dientes
despedace a los Christianos.
El Moro viene vestido
de blanco, azul, encarnado
y debaxo esta librea
traya un muy fuerte jaco,

Y una lança con dos hierros
de acero muy templado,
y una adarga hecha en Fez
de un ante rezio estremado.
Aqueste perro, con befa,
en la cola del cavallo,
la sagrada Ave María
llevava, haziendo escarnio;
Llegando junto a las tiendas,
desta manera ha hablado:
¿Quál será aquel cavallero
que sea tan esforçado,
que quiera hazer comigo
batalla en aqueste campo?
Salga uno o salgan dos,
salgan tres o salgan quatro;
el Alcayde de los Donzeles
salga, que es hombre afamado;
Salga esse conde de Cabra
en la guerra experimentado;
salga Gonçalo Fernández,
que es de Córdova nombrado,
Ó si no Martín Galindo,
que es valeroso soldado;
salga esse Puerto Carrero,
señor de Palma esforçado,
Ó el bravo Don Manuel
Ponze de León llamado,
(aquel que sacara el guante
que por industria fué echado
donde estavan los leones
y él lo sacó muy osado);
Y sino salen aquestos,
salga el mismo Rey Fernando,
que yo le daré a entender
si soy de valor sobrado.
Los cavalleros del Rey
todo lo están escuchando,
cada uno pretendía
salir con el Moro al campo.
Garcilasso estava allí,
moço gallardo, esforçado,
licencia le pide al Rey
para salir al pagano.
«Garcilasso, soys muy moço
para cometer tal caso;
otros ay en mi Real
que darán mejor recaudo.

Garcilasso se despide
muy confuso y enojado
por no tenella licencia
que al Rey le ha demandado;
Pero muy secretamente
Garcilasso se avía armado,
y en un cavallo morzillo
salido se avía al campo;
Nadie no le ha conocido,
porque sale disfraçado;
fuésse donde estava el Moro,
desta suerte le ha hablado:
«Agora verás el Moro
si tiene el Rey Don Fernando
cavalleros valerosos
que salgan contigo al campo.
Yo soy el más menor dellos
y vengo por su mandado.»
El Moro quando lo vido
en poco lo avía estimado,
y dize de aquesta suerte:
«yo no estoy acostumbrado
Hazer batalla campal
sino con hombres barbados;
buélvete, rapaz, le dize,
y venga el más estimado.»
Garcilasso, con enojo,
puso piernas al cavallo,
y arremete para el Moro,
y un gran encuentro le ha dado.
El Moro que aquello vido
rebuelve ansí como rayo;
comiençan la escaramuça
con un furor muy sobrado.
Garcilasso, aunque era moço,
mostrava valor sobrado,
dióle al Moro una lançada
por debaxo del sobaco,
el Moro cayera muerto,
tendido se avía en el campo.
Garcilasso con presteza
del cavallo se ha apeado,
cortado le ha la cabeça
y en su arçón la ha colgado.
Quitó el Ave María
de la cola del cavallo,
y hincando las rodillas
con devoción la ha besado,

y en la punta de su lança
por [illegible] la avía colgado.
Subió en su cavallo luego
y el del Moro se ha tomado,
cargado destos despojos
al real se avía tornado
Donde están todos los grandes,
también el Rey Don Fernando;
todos tienen a grandeza
aquel hecho señalado;
También el Rey y la Reyna
mucho se han maravillado
en ser Garcilasso moço
y aver hecho un tan gran caso.
Garcilasso de la Vega
desde allí se ha intitulado,
porque en la Vega hiziera
campo con aquel pagano.

Como dize el romance, el Rey y la Reyna y todos los del Real se maravillaron de aquel gran hecho de Garcilasso. El Rey le mandó poner en sus armas las letras del Ave María, por justa razón, por avérsela quitado aquel Moro de tan mala parte y por ello averle cortado la cabeça. De ay en adelante los Moros de Granada salían a tener escaramuça con los Christianos allí en la vega, en las quales siempre los Christianos llevavan lo mejor. Los valerosos Abencerrages Christianos suplicaron al Rey que le diesse licencia para hazer un desafío con los Zegrís. El Rey, conoziendo su bondad y valor, se los otorgó, y les dió por caudillo al valeroso cavallero Don Diego Hernández de Córdova, Alcayde de los Donzeles. Hecho el desafío a los Moros Zegrís, salieron fuera de la ciudad, y el desafío se hizo de cincuenta a cincuenta; y no muy lexos del Real se hallaron los Zegrís muy bien adereçados, todos vestidos de su acostumbrada librea pagiza y morada, plumas de lo mismo: parecían tan bien, que el Rey y la Reyna y todos los demás del Real se holgavan de los ver. Los bravos Abencerrages salieron con su acostumbrada librea azul y blanca, todos llenos de ricos texidos de plata; las plumas de la misma color; en sus adargas, su acostumbrada divisa: salvages que desquixalavan leones, y otros, un mundo que lo deshazía un salvage con un bastón. Desta forma salió el valeroso Alcayde de los Donzeles. Y llegándose los unos a los otros, uno de los cavalleros Abencerrages les dixo a los Zegrís: «Oy a de ser el día, cavalleros Zegrís, en que nuestros prolixos vandos avrán fin, y vuestra maldad pagará lo que a los Abencerrages

devéys.» Á lo qual fué replicado de la parte de los Zegrís, que no avia necessidad de palabras, sino de obras, que no era tiempo de otra cosa. Y diziendo esto, entre todos se començó una brava escaramuça; la qual se holgava el Rey de ver y todos los demás del Real. Duró la escaramuça quatro horas buenas, en la qual hizo el valeroso Alcayde de los Donzeles maravillas de su persona, y tanto, que fué parte su bondad a que los Zegrís fuessen desbaratados y muchos muertos, y los demás puestos en huyda. Los valerosos Abencerrages les fueron siguiendo, hasta meterlos por las puertas de Granada. Esta escaramuça puso a los Zegrís en gran quebranto, y al mismo Rey de Granada, que lo sintió mucho, y de allí adelante se tuvo por perdido. Otro día siguiente la Reyna Doña Isabel tuvo gana de ver el sitio de Granada y sus murallas y torres, y ansí acompañada del Rey y de grandes señores y gente de guerra se fué a un lugar llamado la Cubia, media legua de Granada, y allí puesta, la Reyna se puso a mirar la hermosura de la ciudad de Granada. Mirava la hermosura de las torres y fuerças del Alhambra; mirava los labrados Alixares; mirava las Torres bermejas, la brava y sobervia Alcaçava y Albayzín, con todas las demás lindezas de sus torres, y castillos, y murallas. Todo holgava de ver la Christiana y curiosa Reyna, y desseava verse dentro y tenerla ya por suya. Mandó la Reyna que aquel día no uviesse escaramuça; mas no se pudo escusar, porque los Moros, sabiendo que estava allí la Reyna, la quisieron dar pesadumbre, y ansí salieron de Granada mas de mil dellos y travaron escaramuça con los Christianos. La qual se començó poco a poco y se acabó muy de veras y a gran priessa, porque los Christianos les acometieron con tanta fortaleza, que los Moros uvieron de huyr. Los Christianos siguieron el alcance hasta Granada, y mataron mas de quatrocientos dellos, y prendieron mas de cincuenta. En esta escaramuça se señaló bravamente el Alcayde de los Donzeles y Puerto Carrero, Señor de Palma. Este día casi acabaron todos los Zegrís, que no quedaron diez dellos. También esta buelta sintió grandemente el Rey de Granada, porque fué mucha pérdida para sus cavalleros y para la ciudad. La Reyna se bolvió al Real con toda su gente, muy contenta de Granada y de su assiento. En este tiempo unos leñadores Moros hallaron las quatro marlotas y los quatro escudos de los Turcos que hizieron la batalla por la Reyna, y como entraron por Granada con ellos y los escudos, el valeroso Gazul los encontró, y conoziendo las marlotas y escudos por sus divisas, se los tomó a los leñadores, preguntándoles dónde avían avido aquellas ropas y escudos. Los leñadores dixeron que los avían hallado

en lo mas espesso del soto de Roma. Gazul, sospechando mal, les tornó á preguntar si avían hallado algunos cavalleros muertos. Los leñadores respondieron que no. El buen Gazul tomó las marlotas y se fué con ellas y los escudos en casa de la Reyna Sultana, y se los mostró, diziendo: «Señora Sultana, ¿no son éstas las marlotas de los cavalleros que os libraron de la muerte?» La Reyna las miró y conoció y dixó que sí. «Pues ¿qué es la causa —dixo Gazul— que unos leñadores les han hallado?» «No sé — dixo la Reyna — qué causa sea.» Luego sospecharon que los Zegrís y Gomeles los avían muerto, y que otra cosa no podía ser. Y assí el buen Gazul contó lo que passava a los Alabezes, y Vanegas, y Aldoradines, y Almoradís: los quales por ello trataron mal de palabra a los Zegrís que quedavan, y a los Gomeles y Maças. Éstos, como estavan fuera de este negocio, defendían su partido, y sobre esto se metió entre estos linages de cavalleros una tal rebuelta, que ayna se perdiera toda Granada, que harto tuvo el Rey y los Alfaquís que apaziguar. Dezían los Alfaquís: «¿Qué hazéys, cavalleros de Granada? ¿Por qué bolvéys las armas contra vosotros mismos, estando el enemigo a las puertas de vuestra ciudad? ¡Mirad que lo que ellos avían de hazer, hazéys vosotros! ¡Mirad que nos perderemos, no es tiempo agora de estar divisos!» Tanto supieron dezir estos Alfaquís, y tanto hizo el Rey y otros cavalleros, que todo este escándalo fué apaziguado, con gran pérdida de los cavalleros Gomeles y Maças y algunos de sus contrarios. El valeroso Muça, que desseava que la ciudad se diesse al Christiano, viendo aquella gran división armada de nuevo entre los más principales cavalleros de Granada, holgó mucho, para lo que él y los de su vando pretendían, que era ser Christianos y dar la ciudad al Rey Don Fernando. Y ansí un día, viéndose con su hermano el Rey solos, le dixo: «Muy malamente has mirado, Rey, la palabra dada al Christiano Rey, en avérsela quebrada, y no es de honrado Rey quebrar lo que promete. Agora veamos qué es lo que has de hazer en tu ciudad de Granada, que solamente te queda de todo su Reyno. Bastimentos fallecen; en división está puesta; los rencores contra él no olvidados por la muerte de tantos Abencerrages y su destierro tan sin aver para qué; la deshonra de tu muger la Reyna, que aunque fué bien vengada, los Almoradís, sus parientes y Marines, te odian; no quisiste de mí jamás tomar ningún consejo, que si tú lo tomaras, no vinieras al estado en que estás puesto; no tienes de ninguna parte socorro; la pujança del Rey Christiano es muy grande: ¿dime tu pensamiento en este aflicto trance? ¿No hablas? ¿No respondes? Pues que no quisiste

tomar en tiempo mi parecer, toma lo agora si de todo punto no quieres ser perdido. El Rey Fernando te da donde vivas, con renta para tu persona y familia; entrégale a Granada; mira no le indignes más contra ti de lo que está. Cumple la palabra de grado; porque si no la cumples de grado, la has de cumplir por fuerça. Advierte que están determinados los más principales cavalleros de Granada de passarse con el Rey y te dar cruel guerra. Y si quieres saber quién son, has de saber que los Alabezes y los Gazules, Aldoradines y Vanegas, Açarques, Alarifes y otros de su parcialidad, que conoces muy bien, y yo el primero, queremos ser Christianos y darnos al Rey Fernando. Por tanto, consuélate, y mira si éstos que te digo te faltan, ¿qué harás, aunque tengas en tu favor todo el restante del mundo?; porque todos éstos quieren guardar sus haziendas y bienes, y no quieren ver su patria cara destruyda y saqueada ni puesta a sacomano de Christianos, ni ver sus reales vanderas rotas con violencia no vista, y ellos cautivos y esclavos por diversas partes de los Reynos de Castilla repartidos. Muévete a hazer lo que te digo, mira con quánta piedad y misericordia el Rey Fernando ha tratado a todos los demás pueblos del Reyno, dexándoles vivir con libertad en sus propias casas y haziendas, pagando lo mismo que a ti pagavan, y en su hábito y lengua observando su ley de Mahoma.» Muy admirado y confuso halló el Rey Moro de Granada con las razones que Muça su hermano le dezía y con la libertad que le hablava; y dando un doloroso suspiro, començó de llorar sin tener consuelo alguno, viendo que de todo punto le convenía dar su tan hermosa ciudad, pues que no tenía reparo de hazer otra cosa, imaginando que tantos y tan buenos cavalleros querían ser de la parte del Rey Christiano, y su mismo hermano con ellos. Y considerando, si no dava la ciudad, los males que la gente de guerra en ella podrían hazer, assí de robos, como de fuerças a las donzellas y casadas, y otras cosas que los victoriosos soldados suelen hazer en las rendidas ciudades, dixo el Rey Chico que estava de parezer de dar la ciudad y ponerse en manos del Rey Fernando. Y para ello le dixo á su hermano Muça que le llamasse y juntasse todos los cavalleros y linages que estavan de aquel parecer; lo qual Muça hizo luego. Y siendo juntos en la Torre de Comares, en el Alhambra, se trató con ellos, si le darían al victorioso Fernando a Granada. Todos los que estavan allí: Alabezes, Aldoradines, Gazules, Vanegas, Azarques, Alarifes, y otros muchos cavalleros deste vando, dixeron que la ciudad se entregasse al Rey Don Fernando. Visto el Rey que la flor y lo mejor de los cavalleros de Granada estavan de parecer que la ciudad se entre-

gasse, mandó tocar sus trompetas y añafiles, al son de los quales se juntaron todos los cavalleros ciudadanos de Granada. Y quando el Rey Chico los vió juntos, los contó todo lo que estava tratado, y que por dolerse de su ciudad y no verla puesta por el suelo, se la quería dar y entregar al Rey Christiano. La ciudad, alborotada y escandalizada por ello, creó mil pareceres y mil votos. Los unos dezían que la ciudad no se diesse; otros dezían que anduviesse la guerra, que les vendría socorro de África; otros dezían que no vendría. En todos estos dares y tomares estuvieron treinta días, al cabo de los quales fué entre todos determinado de dar la ciudad y ponerse a la misericordia del Rey Fernando, a condición que todos los Moros de la ciudad viviessen en su ley, y en sus haziendas, y hábito, y lengua, assí como avían quedado las demás ciudades, villas y lugares que al Rey Christiano se le avían dado. Acordado esto desta manera, comencaron de tratar entre ellos de los que avían de yr a hablar al Rey Don Fernando sobre ello, y al fin los que fueron a tratarlo eran los Alabezes, y Aldoradines, y Gazules, y Vanegas, y Muça por cabeça de todos ellos; todos los quales salieron de la ciudad y se fueron a Santa Fe, donde estava el Rey Don Fernando acompañado de sus grandes y cavalleros. El qual, como viesse venir tan grande esquadrón, mandó que todo el Real se apercibiesse por si fuesse menester, aunque ya el Rey por cartas sabía lo que passava en Granada, que Muça le dava aviso de todo. Llegando todos los Granadinos cavalleros al Real, los más principales se apearon y entraron en Santa Fe en la casa de Don Fernando; y dellos fué Muça, y el Malique Alabez, y Aldoradín, y Gazul; los quales llevavan comissión de tratar este negocio. Todos los demás cavalleros Moros quedaron fuera del Real, passeándose y hablando con los cavalleros Christianos, admirados de ver tanta braveza de cavallería Christiana y de ver aquel fuerte Real y su assiento. Finalmente, los comissarios Moros hablaron con el Rey sobre el negocio que yvan, y puso la plática dello Aldoradín, cavallero muy estimado y rico en Granada, y dixo con palabras que bolavan desta suerte:

RAZONAMIENTO DE ALDORADÍN AL REY DON FERNANDO.

«No las sangrientas armas, ni el belicoso son de acordadas trompetas y retumbantes caxas ni arrastradas vanderas, ni muerte de varones, de varones ínclytos, claro y poderoso Rey de Castilla, a

sido parte para que nuestra famosa ciudad de Granada viniesse a se te entregar, y dar y abatir sus bélicos pendones, sino sola la fama de tu soberana virtud y misericordia, que con tus súbditos usas y tienes, como claro sabemos. Y confiados en que nosotros los moradores de la dicha ciudad de Granada no seremos menos tratados ni honrados que los demás que a tu grandeza se han dado, nos venimos a poner en tus Reales manos, para que de nosotros y de todos los de la ciudad hagas a tu voluntad; el Rey te besa tus Reales pies y manos, y pide perdón de averte rompido la palabra y juramento dado. Y porque tu grandeza vea esto ser assí, toma una carta suya, la qual mandó que yo pusiesse en tus Reales manos.» Y diziendo esto, desabrochó una aljuba de brocado que traya, y sacó del seno una carta, y besándola y hincando las rodillas en el suelo, la dió al Rey Fernando en sus manos. La qual tomó muy alegremente, y leyda, por ella entendió el Rey ser ansí como Aldoradín le avía dicho, y que su Alteza fuesse a Granada y tomasse possessión de la ciudad y del Alhambra. El buen Aldoradín pasó adelante con su práctica, diziendo las condiciones arriba dichas: «que los Moros que quisieren yrse a África, se fuessen libres; y los que se quisieren quedar, que le dexasse sus bienes, y que los que quisiessen vivir en su ley, viviessen, y en su lengua y hábito. Todo lo qual el buen Rey Don Fernando les otorgó alegre y fácilmente. Y ansí el Cathólico Rey y Doña Isabel, su muger, Reyes de Castilla y Aragón, fueron con gran parte de sus gentes á Granada, dexando su Real a muy buen recaudo. Y día de los Reyes, a treynta días de Deziembre, le fué á los Reyes Cathólicos entregada la fuerça del Alhambra. Y a dos días del mes de Enero, la Reyna Doña Isabel y su Corte, con toda la gente de guerra, partió de Santa Fe para Granada; y en un cerro que estava cerca de ella, se puso a mirar la hermosura de la ciudad, aguardando que se hiciesse la entrega della. El Rey Don Fernando, también acompañado de sus grandes de España, se puso a la parte de Genil, adonde salió el Rey Moro, y en llegando le entregó las llaves de la ciudad y de las fuerças, y se quiso apear para le besar los pies. El Rey Don Fernando ni lo uno ni lo otro le consintió que hiziesse. Finalmente, el Moro le besó en el braço y le entregó las llaves; las quales les dió el Rey al Conde de Tendilla por le aver hecho merced de la Alcaydía, la qual tenía bien merecida. Y ansí entraron en la ciudad y subieron al Alhambra, y encima de la Torre de Comares, tan famosa, se levantó la señal de la Santa Cruz y luego el estandarte de los dos Christianos Reyes. Y al punto los Reyes de Armas, a grandes bozes, dixeron: «¡Viva el Rey Don Fer-

nando; Granada, Granada, por su Magestad y por la Reyna su muger.» La sereníssima Reyna Doña Isabel, que vió la señal de la Santa Cruz sobre la hermosa Torre de Comares, y el su estandarte Real con ella, se hincó de rodillas y dió infinitas gracias a Dios por la victoria que le avía dado contra aquella populosa y gran ciudad de Granada. La música Real de la Capilla del Rey luego a canto de órgano cantó *Te Deum Laudamus*. Fué tan grande el plazer, que todos lloravan. Luego del Alhambra sonaron mil instrumentos de música de bélicas trompetas. Los Moros amigos del Rey que querían ser Christianos, cuya cabeça era el valeroso Muça, tomaron mil dulçaynas y añafiles, sonando grande ruydo de atambores por toda la ciudad. Los cavalleros Moros que avemos dicho, aquella noche jugaron galanamente alcancías y cañas, las quales holgaron de ver los dos Christianos Reyes. Andava Granada aquella noche con tanta alegría y con tantas luminarias, que parecía que se ardía la tierra. Dize nuestro coronista, que aquel día de la entrega de la ciudad, el Rey Moro hizo sentimiento en dos cosas: La una es que passando el Rey Moro algún río, los Moros que yvan a la par dél, le cubrían los pies, lo qual el Rey Moro no quiso consentir. La otra costumbre, que subiendo el Rey alguna escalera, los çapatos que se descalçava o plantufles, dexava al pie de la escalera, y los Moros mas principales que yvan con él, se los subían, lo qual el Rey Moro aquel día no consintió. Y ansí como el Moro Rey llegó a su casa, que era en el Alcaçava, començó a llorar lo que avia perdido. Al qual llanto le dixo su madre: «Que pues no había sido para defendella como hombre, que hazia bien de llorar la como muger.» Todos los grandes le fueron a besar las manos al Rey Don Fernando y Reyna Doña Isabel, y a jurarlos por Reyes de Granada y su Reyno. El Rey y la Reyna hizieron grandes mercedes a todos los cavalleros que se avían hallado en la conquista de Granada. Entregada la ciudad, fueron puestas todas las armas de los Moros en el Alhambra. Acabado de dar assiento el Rey Don Fernando en las cosas de la ciudad de Granada, mandó que a los cavalleros Abencerrages se les bolviessen todas sus casas y haziendas, y sin esto les hizo grandes mercedes. Lo mismo hizo con el buen Sarrazino, y con Reduán, y Abenámar; los quales siempre le avían servido en la guerra bien y lealmente. Muça se tornó Christiano y la hermosa Zelima, y los casó el Rey, y les dió grandes averes. La Reyna Sultana fué a besar las manos de los Cathólicos Reyes, la qual recibieron benigna y amorosamente, y ella dixo que quería ser Christiana, y assí fué hecho. Baptizola el nuevo Arçobispo, y le puso por nombre Doña Isabel de Gra-

nada. Casóla el Rey con un principal cavallero y le dió dos lugares mientras viviesse. Todos los Alabezes, y Gazules, y Vanegas, y Aldoradines, se tornaron Christianos, y el Rey les hizo grandes mercedes, especialmente al Malique Alabez, que se llamó Don Juan Avez, y el mismo Rey fué compadre suyo, y de Aldoradín, al qual llamó de su propio nombre Fernando Aldoradín. El Rey mandó que si quedavan Zegrís, que no viviessen en Granada, por la maldad que hizieron contra los Abencerrages y la Reyna Sultana. Los Gomeles todos se passaron en África, y el Rey Chico con ellos, que no quiso estar en España, aunque le avían dado a Purchena en que viviesse, y en África le mataron los Moros de aquellas partes, porque perdió a Granada. Nuestro Moro coronista nos advierte de una casa, y es, que los cavalleros Moros llamados Maças no era éste su propio nombre, sino Abembizes, y deste nombre Abembiz uvo dos linages en Granada, y no muy bien puestos los unos con los otros, porque cada uno dezía ser de más claro linage que el otro. Sucedió que el un vando destos Abembizes, en el tiempo del Rey Don Juan el primero, Rey de Castilla, tuvieron una batalla en la vega de Granada con los Christianos; y de los Christianos se llamava el Capitán y el Alférez, que era su hermano, Don Pedro Maça y Don Gaspar Maça. Dezían ser estos cavalleros del Reyno de Aragón, y que esta batalla fué muy reñida, de manera que los Capitanes de ambas partes murieron, y ansí ni más ni menos los Alférez, y los estandartes fueron trocados; que el de los moros se llevaron los Christianos y el de los Christianos se llevaron los Moros; y fueron captivos, anssí de una parte como de otra; y respecto desta batalla, por la memoria della, en Granada, en diziendo o nombrando los Abembizes, preguntavan: ¿quáles Abembizes?, respondían los Maças o los otros. De manera que fueron llamados los Abembizes Maças, y se quedaron con aquel nombre. El Rey Don Fernando les hizo á los cavalleros Vanegas grandes mercedes y privilegios, que pudiessen llevar armas, y assí mismo a los Alabezes y Aldoradines, sabiendo quánto ellos hizieron en su servicio, y porque se les diesse la tierra. La hermosa Reyna (que solía), llamada Doña Isabel de Granada, siendo casada como ya avemos dicho, a su criada Esperança de Hita dió libertad y grandes joyas, y la embió á Mula, donde era natural, al cabo de siete años que fué captiva. No muchos días después de tomada Granada, fué hallada una cueva llena de armas, de lo qual se hizo pesquisa, y descubierta la verdad, se hizo justicia de los culpados. Algunas cosas destas no llegaron a noticia de Hernando del Pulgar, coronista de los Cathólicos Reyes, y ansí no las escrivió, ni la batalla

que los quatro cavalleros Christianos hizieron por la Reyna, porque dello se guardó el secreto. Y si algo destas cosas supo y entendió, no puso la pluma en ella, por estar ocupado en otras cosas tocantes á los Cathólicos Reyes. Nuestro Moro coronista supo de la hermosa Sultana, debaxo de secreto, todo lo que passó, y ella le dió las dos cartas, la que ella embió a Don Juan Chacón, y la que Don Juan Chacón le embió a ella, y ansí él pudo escrivir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiesse quién ni cómo hasta agora. Este moro coronista, visto ya todo el Reyno de Granada ganado por los Christianos, se passó en África, y se fué a vivir a tierras de Tremecén, llevando todos sus papeles consigo; y allí en Tremecén murió y dexó hijos; y un nieto suyo, de no menos habilidad que el aguelo, llamado Argutaafa, recogió todos los papeles del aguelo, y entre ellos halló este pequeño libro, que no lo estimó en poco, por tratar la materia de Granada; y por grande amistad hizo presente dél a un Judío llamado Rabbí Santo; el qual judío le sacó en hebreo para su contento; y el que estava en Arábigo lo presentó al buen Conde de Baylén, Don Rodrigo Ponce de León. Y por saber bien lo que el libro contenía de la guerra de Granada, porque su padre y aguelo se avían hallado en ella, o su aguelo y visaguelo, le mandó sacar al mismo judío en castellano. Y después el buen Conde me hizo a mí merced de me le dar, no aviéndolo servido. Y pues ya avemos acabado de hablar de la guerra de Granada (digo de las civiles guerras della, y de los vandos de los Abencerrages y Zegrís), diremos algunas cosas del buen cavallero Don Alonso de Aguilar; cómo le mataron los Moros en Sierra Bermeja, con algunos Romances de su historia; y pondremos fin a los amores del valeroso Gazul con la hermosa Lindaraxa. Es, pues, de saber que el buen Gazul, assí como fué ganada Granada, y él y los de su vando Christianos, aviéndole hecho el Rey mercedes muy grandes, y dado privilegios de armas y otras cosas, pidiendo licencia al Rey, se partió para San Lúcar. Y en llegando, con el desseo que tenía de ver a su señora, un día le hizo saber con un paje su venida; y ella, al enojada de ciertos celos, no quiso oyr al page; de lo qual el moro se puso triste, y sabiendo que en Gelves se jugavan cañas, porque el Alcayde de allí les avía ordenado, porque estavan los Reynos en paz y ganada Granada, el Moro sabiendo este juego que estava ordenado, se quiso hallar en él por mostrar su valor. Y ansí un día se puso muy bizarro y galán; de librea blanca, y morada, y verde, con plumas de lo mismo, llenas de grande argentería de oro y plata; el cavallo, muy ricamente enjaezado de lo mismo; y quando se quiso partir a Gelves, passó

por la calle de la hermosa Lindaraxa, por ver si la vería antes que se partiesse. Y él que llegava a sus ventanas, y la dama que acertó a salir a un balcón: el valeroso Gazul que la vió, lleno de alegría, arremetió el cavallo, y en llegando junto del balcón, le hizo arrodillar y poner la boca en el suelo, assí como aquel que le tenía amaestrado en aquello para aquella hora. Començóle de hablar, diziendo: «que le mandava para Gelves, que yva allá a jugar cañas, y que con averla visto, llevava esperança que lo haría bien en aquella jornada». La dama, llena de cólera, le respondió: «Que a la dama que servía, le fuesse a pedir favores; que a ella no avía para qué, que no curasse de engañar a nadie.» Y diziendo esto, echándole muchas maldiciones, se quitó del balcón y cerró la ventana con gran furia. El buen Gazul, viendo aquel gran disfavor de su dama, arremetió el cavallo a la pared y allí hizo la lança pedaços, y se bolvió a su posada, y se desnudó para no yr a las cañas. No faltó quien desto dió noticia a la hermosa Lindaraxa, la qual ya estava arrepentida de lo que avía hecho; y muy presto, con un page, embió a llamar al buen Gazul para que se viesse con ella en un huerto o jardín que ella tenía. El buen Gazul, lleno de alegre esperança, vino a su llamado, y se vió en aquel jardín, donde ella se disculpó y pidió perdón de lo hecho, y allí se casaron los dos. Y para que fuesse a Gelves, ella le dió muy ricas empresas. Y por esto se dize aquel romance, que dize ansí:

Por la plaça de San Lúcar,
galán passeando viene
el animoso Gazul,
de blanco morado y verde:
Quiere se partir gallardo
a jugar cañas a Gelves,
que haze fiestas su Alcayde
por las pazes de los Reyes.
Adora un Abencerraxa,
reliquia de los valientes
que mataron en Granada
los Zegrís y Gomeles.
Por despedirse y hablalle
buelve y rebuelve mil vezes,
penetrando con los ojos
las venturosas paredes.
Al cabo de una hora de años,
de esperanças impaciente,
vióla salir a un balcón
haziendo los años breves.

Arremetió su cauallo
viendo aquel sol que amanece,
haziendo que se arrodille
y el suelo en su nombre bese.
Con voz turbada le dize:
« No es possible sucederme
cosa triste en esta ausencia,
viendo assí tu vista alegre.
Allá me llevan sin alma
obligación y parientes,
bolveráme mi cuydado
por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa en memoria
y no para que me acuerde,
sino para que me adorne,
guarde, acompañe y esfuerce. »
Celosa esta Lindaraxa,
que de celos grandes muere
de Zayda, la de Xerez,
porque su Gazul la quiere,
y de esto la han informado
que por ella ardiendo muere.
Y ansí a Gazul le responde:
« Si en la guerra te sucede
como mi pecho dessea
y el tuyo falso merece,
no bolverás á San Lúcar,
tan ufano como sueles,
a los ojos que te adoran,
y a los que más te aborrecen.
Y plegue a Alhá que en las cañas
los enemigos que tienes
te tiren secretas lanças,
porque mueras como mientes.
Y que traygan fuertes jacos
debaxo los alquiceles,
porque si quieres vengarte
acabes y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
tus contrarios te atropellen
y que en hombros dellos salgas
quando a servir damas entres.
Y que en lugar de llorarte
las que engañas y entretienes,
con maldiciones te ayuden
y de tu muerte se huelguen. »
Piensa Gazul que se burla,
que es propio del inocente.

y alçánaose en los estribos
tomarle la mano quiere.
«Miente—le dize—, Señora,
el Moro que me rebuelve,
a quien estas maldiciones
le vengan porque me venguen.
Mi alma aborrece Zayda,
de que la amo se arrepiente,
malditos sean los años
que la serví por mi suerte.
Dexóme á mí por un Moro
más rico de pobres bienes.»
Esto que oye Lindaraxa,
aquí la paciencia pierde.
Á este punto passó un page
con sus cavallos ginetes,
que los llevava gallardos
de plumas y de jaezes.
La lança con que ha de entrar
la toma y fuerte arremete,
haziéndola mil pedaços
contra las mismas paredes,
y manda que sus cavallos
jaezes y plumas truequen,
los verdes truequen leonados
para entrar leonado en Gelves.

Ya contamos cómo aviendo passado estas palabras, la hermosa Lindaraxa y el fuerte Gazul, ella se quitó del balcón muy enojada y confusa, dió con la mano en las puertas de la ventana, y con mucho furor la cerró inconsideradamente. Mas después, siendo dello arrepentida, como aquella que amava de todo coraçón al animoso Gazul, y sabiendo cómo desesperadamente avía trocado sus adereços verdes, y blancos, y azules, en leonado, y roto la lança con enojo en la pared, propuso de le hablar como avemos atrás dicho. Y embiándole a llamar a un jardín suyo, trató con él largas cosas, y entre los dos se casaron, y ella le dió para yr a Gelves ricas prendas y preseas por su memoria. Y desto se haze un galán romance, de los nuevos, que ansí dize:

Adornado de preseas
de la bella Lindaraxa,
se parte el fuerte Gazul
a Gelves a jugar cañas.
Quatro cavallos ginetes
lleva cubiertos de galas

con mil cifras de oro fino,
que dizen Abencerraxa.
La librea de Gazul
es azul, blanca y morada;
los penachos, de lo mismo
con una pluma encarnada.
De costosa argentería
de fino oro y fina plata:
pone el oro en lo morado,
la plata en lo rojo esmalta.
Un salvage por divisa
llevava en medio el adarga,
que desquixala un león:
divisa honrosa y usada
De los nobles Bencerrages
que fueron flor de Granada,
de todos bien conocida
y de muchos estimada,
Llévala el fuerte Gazul
por respecto de su Dama
que era de los Bencerrages
a quien en extremo amava.
Una letra lleva el Moro,
que dize: «Nadie le yguala»;
desta suerte el buen Gazul
de Gelves entró en la plaça,
Con treynta de su quadrilla
que ansí concertado estava,
de una librea vestidos
que admira a quien lo mirava,
Y una divisa sacaron
que ninguno discrepava,
sino fué sólo Gazul
en las cifras que llevava.
Al son de los añafiles
el juego se començava
tan travado y tan rebuelto
que parece una batalla.
Mas el vando de Gazul
en todo lleva ventaja;
el Moro caña no tira
que no aportille una adarga.
Míranlos mil damas Moras
de balcones y ventanas;
también lo estavan mirando
la hermosa Mora Zayda,
La qual dizen de Xerez,
que en la fiesta se hallava

vestida de leonado
por el luto que llevava:
Por su esposo tan querido
que el bravo Gazul matara.
Zayda bien lo reconoce
en el tirar de la caña.
Acuérdase en su memoria
de aquellas cosas passadas,
quando Gazul la servía
y ella le fué mal mirada.
Muy ingrata á sus servicios
y a lo mucho que él la amava,
sintió tanto el dolor desto
que allí cayó desmayada.
Y al cabo que tornó en sí
le hablara una criada:
«¿Qué es esto, señora mía,
por qué causa te desmayas?»
Zayda le responde ansí,
con voz muy baxa y turbada:
«Advierte bien a aquel Moro
que agora arroja la caña.
Aquél se llama Gazul,
cuya fama es muy nombrada,
seys años fuy dél servida
sin de mí alcançar nada.
Aquél mató a mi marido
y dello yo fuy la causa;
con todo esto lo quiero
y lo tengo acá en mi alma.
Holgara que él me quisiera,
pero no me estima en nada;
adora una Abencerraxa
por quien vivo desamada.»
En esto se acabó el juego
y la fiesta aquí se acaba,
Gazul se parte a San Lúcar
con mucha honra ganada.

Muy maravillados quedaron en Gelves de la bondad y fortaleza del valeroso Gazul y de quán bien lo avía hecho en el juego de las cañas, y de su valor quedaron muchas damas amarteladas y se holgaron de ser amadas de tan buen cavallero. Llegado Gazul a San Lúcar, luego fué a ver a su dama Lindaraxa, la qual no holgó poco de su venida, preguntándole muy por extenso de todo lo que en Gelves avía passado. De todo lo qual Gazul le satisfizo con mucha alegría, contándole

de lo bien que en aquella jornada le avía ydo. Y no faltó quien desta buelta de Gelves le hizo un romance al valeroso Gazul, el qual dize ansí:

De honra y tropheos lleno,
más que el gran Marte lo ha sido,
el valeroso Gazul
de Gelves avía venido.
Vínose para San Lúcar,
donde fué bien recebido
de su dama Lindaraxa,
de la qual es muy querido.
Estando ambos a dos
en un jardín muy florido,
con amorosos regalos
siendo cada qual servido,
Lindaraxa, afficionada,
una guirnalda ha texido
de clavelinas y rosas
y de un alhayli escogido,
Cercada de violetas,
flor que de amantes ha sido,
se la puso en la cabeça
a Gazul, y ansí le ha dicho:
«Nunca fuera Ganimedes
de rostro tan escogido;
si el gran Júpiter te viera,
él te llevara consigo.»
El fuerte Gazul la abraça,
diziéndole con un riso:
«No pudo ser tan hermosa
la que el Troyano ha escogido.
Por la qual se perdió Troya
y en fuego se avía encendido,
como tú, señora mía,
vencedora de Cupido.»
«Si hermosa te parezco,
Gazul, cásate comigo,
pues que me diste la fe
que serías mi marido.»
«Plázeme—dize Gazul—,
pues yo gano en tal partido.»

Estas y otras amorosas palabras passaron entre Lindaraxa y su amante Gazul. Y ansí ordenaron de se casar. Gazul la demandó en casamiento a su tío, hermano de su padre, que la tenía a su cargo desde que fueron degollados los cavalleros Abencerrages, como atrás

os avemos contado. El tío holgó mucho dello, por ser Gazul de claro linage, y valeroso por su persona, y rico. Y ansí se celebraron las bodas en San Lúcar; las quales fueron muy costosas y ricas, y se hallaron en ellas muchos y muy principales cavalleros, ansí Christianos como Moros: porque vinieron los cavalleros Gazules de Granada y los Christianos Abencerrages y Vanegas. Uvo en estas fiestas bravos regozijos de cañas, y toros, y sortija; también se halló en ellas la hermosa Daraxa, hermana de Lindaraxa, y su marido, y los dos Christianos y muy queridos del Rey Christiano. Duraron estas fiestas de las bodas dos meses, al cabo de los quales todos los cavalleros que avían venido de Granada se bolvieron, llevando consigo a Gazul y a su esposa. El qual, luego que llegó á Granada, acompañado de sus deudos y amigos, fué a besar las manos al Rey Don Fernando y a la Reyna Doña Isabel, los quales holgaron con ellos. Y los bienes del padre de Lindaraxa mandó que se les entregassen a Gazul y a su esposa, pues eran suyos, della y de su padre. Hiziéronse los desposados Christianos, y en la fe de Christo estuvieron hasta su fin ellos y los que dellos vinieron. Llamáronle a él Don Pedro Anzul y ella Doña Joana. Dexando, pues, agora esto, y tornando a lo que haze al caso, digo que, acerca desta historia de Gazul, se queda por poner otro romance, que era primero que el de San Lúcar, mas por no ser bueno ni averlo entendido el autor que lo hizo, no se puso en su lugar. Mas porque no quede con aquella ignorancia, diremos la verdad del caso. El romance que digo es aquel que dize: *Sale la Estrella de Venus*, y el que lo hizo no entendió la historia. Porque no tuvo razón ninguna de dezir que se casava Zayda, hija del Alcayde de Xerez, con el Moro Alcayde de Sevilla y su fuerça: porque Gazul, que mató el desposado de Zayda, no fué en aquel tiempo que Xerez ni Sevilla eran de Moros, sino en tiempo de los Reyes Católicos, como se da a entender en el romance de San Lúcar, quando dize: *Reliquia de los valientes;* pues en este tiempo ya eran ganadas Xerez y Sevilla de Christianos mucho tiempo antes. Mas has de entender desta manera el romance y su historia. Zayda la de Xerez era nieta ó visnieta de los Alcaydes de Xerez, y siendo tomada de Christianos, quedaron Moros en pleytesía, gozando de sus libertades, lengua y hábito, viviendo en su ley de Mahoma, siendo los Christianos señores de la ciudad y fortaleza; lo mismo fué en Sevilla: que aquel Moro rico que dize el romance que se casava con Zayda, por ser Alcayde en Sevilla, no porque lo fuera él, sino su agüelo ó visagüelo, y el Moro vivía en Sevilla con los demás Moros que en ella quedaron, y entre ellos se hizo aquel casa-

miento que dize el romance. Pues viniendo agora al caso, Gazul en el tiempo que se trató el casamiento de Zayda y del Moro, servía la hermosa Zayda, y nunca jamás pudo Gazul della alcançar cosa; porque ella sabía muy bien que sus padres no la querían casar con él, sino con el Moro sevillano, por tener algún deudo y más hazienda que Gazul, y por esto le dava desvío, aunque de secreto lo amava en el coraçón: mas no podía hazer otra cosa, sino lo que sus padres quisiessen. Pues estando ya tratado el casamiento, una noche, en cierta zambra que se hazía en la casa de Zayda, se halló Gazul, porque entonces avía licencia para entrar de paz los Moros en las tierras de los Christianos a tratar o hablar con Moros que estavan en ellas. Pues como allí se hallasse y dançasse Gazul la zambra con la hermosa Zayda, estando dançando assidos de las manos, como era en aquel bayle costumbre, no pudo refrenar Gazul tanto, que con el demasiado amor que a Zayda tenía, que al tiempo que acabó de dançar no la abraçasse estrechamente. Lo qual, visto por el Moro sevillano que avía de ser su esposo, assí como un león lleno y ciego de cólera, puso mano a su alfange y fué por herir con él a Gazul; el qual se puso en defensa, y aun uviera ofendido malamente, sino fuera por la gente que presto se puso por medio. Alborotada la sala de Zayda por esta ocasión, sus padres de ella se enojaron demasiadamente con Gazul, y le dixeron que se fuesse de su casa. Gazul, sin replicar en cosa alguna, se salió muy enojado de allí y juró de matar al desposado, y para ello aguardó tiempo y lugar oportuno. Y sabiendo él cómo y quándo Zayda se desposava, y a qué hora, se adereçó muy bien y subió sobre un buen cavallo, y partió de Medina Sidonia para Xerez, y entró a boca de noche, quando salía Zayda y su desposado acompañado de muchos cavalleros, assí Christianos como Moros, de su casa para yr a otra, donde se avían de celebrar las bodas. Lo qual, visto por Gazul, viendo la buena ocasión que se le ofrecía, no la quiso perder, antes assiéndole por los cabellos, con ánimo de un león, arrancó de un estoque fuerte y agudo y arremetió para el desposado, que nadie fué parte para defenderle, y le hirió de una penetrante estocada, de modo que allí le tendió muerto, diziendo: «Toma, goza de Zayda si puedes.» Todos los circunstantes que allí se hallaron, admirados de tal hazaña, no sabían qué dezirse ni hazerse: mas los deudos del muerto y los de Zayda arremetieron con las armas sacadas para matar a Gazul por lo que avía hecho, apellidando «Muera el traydor». Mas el valeroso Gazul no turbado ni amendrentado del alboroto grande y confuso, se defendió de todos aquellos que le querían offender. Y hiriendo no se quedan-

tos dellos puso las piernas a su buen cavallo, viendo que con el alboroto se recrecía mucha gente, se salió de entre todos sin que dél pudiese aver ningún derecho. Y por la muerte deste Moro Zayde, y por este hecho ansí acontecido, se dixo aquel romance siguiente, el qual se avía de poner primero que los demás puesto de Gazul: mas pues avemos declarado la causa de todo ello, diremos agora el romance, pues en cosas de romances haze poco al caso sea el primero que el postrero, pues se ha declarado la causa dello:

Sale la estrella de Venus
al tiempo que el sol se pone,
y la enemiga del día
su negro manto descoge.
Y con ella un fuerte Moro,
semejante a Rodamonte,
sale de Sydonia ayrado,
de Xerez la vega corre.
Por do entra Guadalete
al mar de España, y por donde
de Santa María el puerto
recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
que, aunque es de linage noble,
lo dexa su dama ingrata
porque se sueña que es pobre.
Y aquella noche se casa
con un Moro feo y torpe,
porque fué Alcayde de Sevilla
del Alcáçar y la Torre.
Quexávase gravemente
de un agravio tan enorme,
y a sus palabras la vega
con el eco le responde.
«Zayda — dize — más ayrada
que el mar que las naves sorbe,
más dura e inexorable
que las entrañas de un monte.
¿Cómo permites, cruel,
después de tantos favores,
que de prendas que son mías
agena mano se adorne?
¿Es possible que te abraces
a las cortezas de un roble
y dexes el árbol tuyo
desnudo de fruto y flores?
¿Dexaste un pobre muy rico

y un rico muy pobre escoges,
y las riquezas del cuerpo
a las del alma antepones?
¿Dexas al noble Gazul,
dexas seys años de amores,
y das la mano a Albençayde
que a penas no le conoces?
Alhá permita, enemiga,
que te aborrezca y le adores,
que por celos lo sospires
y por ausencia le llores,
y en la cama le enfastidies,
y que a la mesa le enojes,
y que de noche no duermas
y de día no reposes;
ni en las zambras, ni las fiestas
no se vista tus colores;
ni el almayzal que le labres,
ni la manga que le bordes,
y se ponga el de su amiga
con la cifra de su nombre;
y para verle en las cañas,
no consienta que te assomes
a la puerta ni ventana
para que más te alborotes;
y si le has de aborrecer,
que largos años le gozes;
y si mucho le quisieres,
de verle muerto te assombres,
que es la mayor maldición
que te pueden dar los hombres:
y plega Alhá que suceda
quando la mano le tomes.»
Con esto llegó a Xerez
a la mitad de la noche,
halló el palacio cubierto
de luminarias y vozes.
Y los Moros fronterizos
que por todas partes corren
con mil hachas encendidas,
con las libreas conformes.
Delante del desposado
en los estribos se pone,
que también anda a cavallo
por honra de aquella noche.
Arrojado le ha una lança,
de parte a parte passóle,
alborotóse la plaça,

desnudó el Moro su estoque
y por en medio de todos
para Medina bolvióse.

No ay cosa más endiablada ni rabiosa que son los celos, y ansí están las escrituras llenas de casos acontecidos y desastrados por los celos. Y con mucha verdad dizen los que dellos tienen experiencia, que es cruel mal de rabia, y esto nace de los amantes que son mal considerados. Y sino miradlo por esta hermosa Zayda de Xerez, que después de seys años de amores, y de otros dares y tomares con el valeroso Gazul, inconsideradamente bolvió la hoja, y lo olvidó por el Moro Zayde de Sevilla, por ser hombre poderoso y rico, y porque Gazul no lo era tanto, no mirando el valor de las personas, que eran muy diversas; porque Gazul, aunque no era cavallero muy rico, era noble de linage, como lo dize el passado romance; y sin esto era valeroso y valiente, de cuerpo gentil y gallardo, como atrás avemos dél contado. Y no era tan pobre que no tenía hazienda que valía treynta mil doblas, y muy emparentado en Granada, y todos los de su linage eran por lo semejante muy ricos y en Granada muy estimados; mas porque el Moro Zayde era de mayor riqueza, lo escogió por marido. Mal aya la riqueza, que muchas vezes por ella pierden muchas personas nobles muy buenas ocasiones; por no ser ricas, como tenemos exemplo en Gazul, que fué desechado, porque se sonava que no era tan rico como Zayde, según nos avisa el romance de ello. Mas a mí me parece que no es cosa de creer que Zayda olvidasse a Gazul, ni lo dexasse por pobre, al cabo de seys años que la servía, en los quales no podía Zayda ignorar si Gazul era rico o no. Y amores de seys años me parece a mí que son muy malos de olvidar. A una cosa lo podemos echar este mudamiento de Zayda: que sus padres o parientes la casaron por fuerça con el Moro Zayde por ser tan rico, y ella no osaría hazer más de aquello que sus padres o parientes ordenassen. Y assí parece en aquel romance que trata del juego de cañas de Gelves, donde ella a su criada le confiessa querer a Gazul, y que lo tenía en sus entrañas, por donde se collige ser casada contra su voluntad. Pues bolviendo al caso, este romance que avemos contado su principio, da muy fuera del blanco de la historia. Y aunque tiene buenos conceptos, son algo fríos, y su tonada no es nada gustosa respecto de la intricación que lleva, y también porque a los fines viene a declararse la historia suya. Agora, salva paz de su autor, va algo enmendado, declarando fielmente la historia; porque como avemos dicho, el romance passado hazía que Gazul fuesse en tiempo que Sevilla y Xerez eran de Moros,

y era muy al contrario. Porque no fué sino en tiempo de los Cathólicos Reyes; y Sevilla y Xerez ya eran de Christianos: Sevilla ganada por el Rey Don Fernando el III, y Xerez, por el Rey Don Alonso el XI. Y ansí no faltó otro poeta que hizo otro romance de lo mismo, que, a mi parecer, deve de ser más liso y más gustoso en letra y tonada. El qual romance dize:

No de tal braveza lleno
Rodamonte el Africano,
qual llamaron Rey de Argel
y de Carça intitulado,
Salió por su Doralice
contra el fuerte Mandricardo,
como salió el buen Gazul
de Sidonia adereçado
para emprender un gran hecho
tal qual nunca se ha intentado.
Y para esto se adorna
de jazerina y un jaco,
y al lado puesto un estoque
que de Fez le fué embiado,
Muy fino y de duros temples,
que lo forjaría un Christiano
que allá estava en Fez captivo
y del Rey de Fez esclavo.
Más lo estimava Gazul
que a Granada y su Reynado.
Sobre las armas se pone
un alquizel leonado,
lança no quiere llevar
por yr más dissimulado.
Pártese para Xerez
do lleva puesto el cuydado,
toda la vega atropella
corriendo con su cavallo;
Vadeando passa el río
que Guadalete es llamado,
el que da famoso nombre
al puerto antiguo y nombrado
que llaman Santa María
deste nuestro mar Hispano.
Assí como passa el río,
más aprieta su cavallo
por allegar a Xerez
no muy tarde ni temprano,
Porque se casa su Zayda
con un Moro sevillano,

por ser rico y poderoso,
y en Sevilla emparentado,
Y bisnieto de un Alcayde
que fué en Sevilla nombrado,
del Alcáçar y su Torre
Moro valiente, esforçado.
Pues con éste la su Zayda
el casamiento ha tratado.
Mas aqueste casamiento
caro al Moro le ha costado,
porque el valiente Gazul,
como a Xerez ha llegado,
A dos horas de la noche,
que ansí lo tiene acordado,
junto a la casa de Zayda
se puso dissimulado.
Pensando está qué haría
en un caso tan pesado.
Determina de entrar dentro
y matar al desposado;
Ya que en esto está resuelto,
vido salir muy despacio
mucha caterva de gente
con mil hachas alumbrando;
La Zayda venía en medio
con su esposo de la mano,
que los llevan los padrinos
a desposar a otro cabo.
El buen Gazul que los vido,
con ánimo alborotado,
como si fuera un león
se avía encolerizado.
Mas refrenando la yra,
se acerca con su cavallo
por acertar en su intento,
y en nada salir errado,
Y aguarda llegue la gente
a donde él está parado.
Y como allegaron junto,
a su estoque puso mano,
Y en alta voz, que le oyeron,
desta manera ha hablado:
«No pienses gozar de Zayda,
Moro baxo y vil villano.
No me tengas por traydor,
pues te aviso y te hablo:
pon mano a tu cimitarra
si presumes de esforçado»,

Estas palabras [illegible]
un golpe le [illegible]
de una [illegible]
que lo passó al otro [illegible].
Muerto cayó el triste Moro
de aquel golpe desastrado,
todos dizen: «¡Muera, muera,
hombre que ha hecho tal daño!»
El buen Gazul se defiende,
nadie se llega a enojarlo.
Desta manera Gazul
se escapa con su cavallo.

Atónitos, y espantados, y muy atemorizados quedaron todos aquellos que llevavan a la hermosa Zayda, y aun algunos dellos quedaron descalabrados por querer offender al buen Gazul. Mas visto que no tuvieron dél ningún derecho por yr a cavallo, y considerando que el alboroto no era parte para reparar el daño recebido, tomaron al Moro, ya del todo punto muerto, y haziendo grandes llantos, sus parientes le tornaron a la casa de la hermosa Zayda. La qual toda aquella noche no cessó de llorar a su esposo; no le quedó de sus lágrymas y sus llantos sino un consuelo, y fué, que pensava que el animoso Gazul la tornaría a servir como solía y que se casaría con ella; lo qual no le avino ansí como lo pensó, como después diremos. La mañana venida, fué el muerto muy honradamente enterrado, assí como hombre poderoso y rico, no sin falta de llantos de una parte y de otra; los parientes se conjuraron de seguir a Gazul hasta la muerte, por vía de la justicia; porque de otra suerte no tenían remedio. Pues bolviendo a nuestro Gazul, ansí como uvo hecho aquel endiablado caso, como hombre desesperado se fué a Granada, donde tenía su hazienda y parientes, mas a pocos días que fué llegado, le fué puesta acusación criminal delante del Rey de Granada, sobre la muerte del sevillano Moro, que también se llamava Zayde. Mucho le pesó al Rey de aquella acusación, porque amava en extremo a Gazul por su valor; mas vista y entendida la causa, no pudo menos de dar contento á los acusantes. Finalmente, el mismo Rey puso la mano en el negocio y con él otros cavalleros de los más principales de Granada, y tanto hizieron en ello, que al fin condenaron al buen Gazul en dos mil doblas para las partes, y ansí fué libre deste negocio. En este tiempo Gazul puso los ojos en la hermosa Lindaraxa y se dió a la servir como atrás avemos dicho; y ella lo quiso bien; y sobre ella, el buen Gazul y Reduán tuvieron aquella brava batalla que os avemos contado. Finalmente, por respecto

del valeroso Muça, Reduán se apartó de los amores de Lindaraxa y quedó por Gazul. El qual la sirvió hasta que succedió la muerte de los cavalleros Abencerrages, donde fué muerto su padre de Lindaraxa, y por ello ella se salió de Granada como desterrada, y se fué a San Lúcar, y con ella el buen Gazul y otros amigos suyos. Estando en San Lúcar, estos dos amantes se hablavan y visitavan con grande contento; después como el Rey Don Fernando cercó a Granada, fué Gazul llamado de sus parientes para que se hallasse con ellos en el trato que se avía de hazer con el Rey de Granada, para que al Rey Christiano se le entregasse la ciudad. Gazul se partió para Granada, y en aquella ausencia no faltó quien le dixesse a Lindaraxa todo lo que Gazul avía passado con la hermosa Zayda, y la muerte que le dió a su esposo, y aun la dixeron que Gazul estava en aquella sazón en Xerez y no en Granada, de lo qual la hermosa Lindaraxa recibió demasiada pena y concibió mortales celos en su ánimo. Y esta fué la causa que Lindaraxa se le mostró cruel y desabrida al buen Gazul quando bolvió de Granada a San Lúcar, al tiempo que Granada quedó de todo punto por los Christianos, como avéys oydo. Pues como vino Gazul a San Lúcar y halló tanta mudança en Lindaraxa, estava maravillado y no sabía que fuesse la causa de ello, y moría por vella y hablalle: mas ella se guardava muy bien, mostrándose todavía cruel y severa con esconderse. En este tiempo fué en Gelves concertado aquel juego de cañas que avemos dicho, y Gazul, combidado para él; para lo qual se puso galán, de blanco, azul y morado, como diximos. Y antes que se partiera para Gelves, moría por ver á su señora; y ansí dize el romance de San Lúcar: *Buelve y rebuelve mil vezes*. El qual romance avía de entrar aquí en este lugar. Mas por contar los celos de Lindaraxa, y por qué causa fueron, está mejor primero puesto; quanto más que muy poco va en ello para el que es discreto, pues avemos sacado en limpio la historia del buen Gazul. El qual ya tenemos puesto en Granada con su querida muger Lindaraxa, y la hermosa Zayda se quedó al sesgo; aunque algunos dizen que se casó con un primo hermano de Gazul, hombre rico y poderoso en Granada; que este casamiento hizo el Rey Moro, porque la Zayda perdiesse la querella que tenía contra Gazul. Pues dexemos ahora todo esto y tornemos al hilo de nuestra historia, pues nos queda aún que dezir de ella. Pues como el Rey Don Fernando tuvo por suya á Granada, todos los lugares del Alpuxarra se tornaron a revelar y alçar; por lo qual convino que el Rey Don Fernando mandasse juntar todos sus Capitanes, que aun estavan con él; y quando los tuvo a todos juntos les habló, diziendo: «Muy bien sabéys, nobles ca-

valleros y valerosos Capitanes, cómo Dios por su bondad nos ha puesto en possesión de Granada, y esto por su misericordia y vuestra bondad y valentía, que ha sido el segundo instrumento de nuestras vitorias. Agora todos los lugares de la sierra se han tornado a revelar, y es menester yrlos a conquistar de nuevo. Por tanto, ved, nobles capitanes y valerosos cavalleros, quál de vosotros a de yr a la Sierra contra los Moros levantados, y poner mis Reales pendones encima de las Alpuxarras: porque yo tendré en mucho este servicio, y el que fuere no perderá nada, antes aumentará en su gloria y blasón.» Con esto el Rey dió fin a sus razones, aguardando quál de los cavalleros respondería. Todos los Capitanes que allí estavan se miraron los unos a los otros, por ver quál respondería y tomaría aquella empresa, y ansí se detuvieron un poco en responder al Rey; y por ser peligrosa aquella yda y muy dudosa la buelta, y assí todos concibieron en sus ánimos un cierto temor. El valeroso Don Alonso de Aguilar, visto que ninguno respondía tan presto como era necessario, se levantó en pie, se quitando el sombrero de la cabeça, y respondió al Rey, diziendo: «Esta empresa, Cathólica Magestad, para mí está consignada, porque mi Señora la Reyna me la tiene prometida.» Admirados quedaron todos los demás cavalleros de la promesa hecha por Don Alonso, con la qual también el Rey holgó mucho. Y luego otro día mandó que se le diessen a Don Alonso mil infantes, todos escogidos, y quinientos hombres de a cavallo. Entendiendo el Rey y los de su Real Consejo que con aquella gente avría harto para tornar a apaziguar aquellos pueblos levantados y rebeldes. Don Alonso de Aguilar, acompañado de muchos cavalleros sus deudos y amigos que en aquella jornada le quisieron acompañar, se partió de Granada con mucha gallardía, y comenzó a subir por la sierra. Los Moros, que supieron la venida de los Christianos, con gran presteza se apercibieron para defenderse, y ansí tomaron todos los pasos angostos y estrechos del camino, para impedir a los Christianos la subida. Pues marchando Don Alonso con su esquadrón y metido por los caminos más estrechos, los Moros con grande alarido dieron sobre los Christianos, arrojando gran muchedumbre de peñascos las cuestas abaxo, los quales hazian muy notable daño en la Christiana gente, y tanto que matavan muchos de los Christianos. La gente de cavallo del todo punto desbaratada y rompida se uvo de retirar atrás por no poder hazer allí ningún efecto, y allí murieron muchos dellos. Visto el buen Alonso el poco provecho de sus cavallos y la destrucción total de los infantes, a grandes vozes animava su gente; subiendo toda vía, ¿mas qué provecho desto tiene? Que los Moros en

pelear matavan muchos Christianos con las peñas desgarradas en aquellos angostos lugares. De tal suerte fué la rota, que antes que Don Alonso llegase a lo alto, ya no le quedava gente de quien pudiesse recebir favor ninguno, y los que con él subieron, que fueron muy pocos, cansados y mal heridos, sin aver podido ellos hazer nada contra los Moros. Y ansí, llegando arriba a un llano no muy grande, donde pensaron pelear, cargó sobre ellos grande morería, y tanta, que en breve tiempo fueron todos muertos y con ellos el valeroso Capitán Don Alonso de Aguilar; aviendo peleado con los Moros poderosamente, y aviendo muerto el solo más de treynta de ellos. Algunos de a cavallo, huyendo, se tornaron a Granada, donde contaron la rota de la Christiana gente; de lo qual pesó mucho al Rey Don Fernando y a todos los demás de su Corte. Este fué el fin del buen cavallero Don Alonso de Aguilar. Y desta batalla y su muerte se dixo aquel romance muy antiguo que entonces se cantó, que dize ansí:

Estando el Rey Don Fernando
en conquista de Granada,
donde están Duques y Condes
y otros señores de salva
Con valientes Capitanes
de la nobleza de España,
de que la uvo ganado
a sus Capitanes llama;
Quando los tuviera juntos
desta manera les habla:
«¿Quál de vosotros, amigos,
yrá a la sierra mañana
al poner el mi pendón
encima del Alpuxarra?
Míranse unos a otros
y el sí ninguno le dava,
que la yda es peligrosa
y dudosa la tornada;
Y con el temor que tienen
a todos tiembla la barba,
sino fuera a don Alonso
que de Aguilar se llamava;
Levantóse en pie ante el Rey
desta manera le habla:
«Aquesta empresa, Señor,
para mí estava guardada,
Que mi señora la Reyna
ya me la tiene mandada.»

Alegróse mucho el Rey
por la offerta que le dava.
Aun no es amanecido,
Don Alonso ya cavalga
con quinientos de cavallo
y mil Infantes que llevava;
Comiença a subir la sierra
que la llamavan Nevada.
Los Moros, que lo supieron,
ordenaron gran batalla,
y entre ramblas y mil cuestas
se pusieron en parada.
La batalla se comiença
muy cruel y ensangrentada;
porque los Moros son muchos
tienen la cuesta ganada;
Aquí la cavallería
no podía hazer nada;
y ansí con grandes peñascos
fué en un punto destroçada.
Los que escaparon de aquí
vuelven huyendo a Granada;
Don Alonso y sus infantes
subieron a una llanada;
Aunque quedan muchos muertos
en una rambla y cañada,
tantos cargan de los Moros
que los Christianos matavan.
Sólo queda Don Alonso,
su compaña es acabada,
pelea como un león
mas su esfuerço no vale nada,
Porque los Moros son muchos
y ningún vagar le davan;
en mil partes ya herido,
no puede mover la espada;
De la sangre que ha perdido
Don Alonso se desmaya;
al fin cayó muerto en tierra
a Dios rendiendo el alma.
No se tiene por buen Moro
el que no le da lançada;
llevávonle a un lugar
ques Ogíxar la nombrada.
Allí le vienen a ver
como a cosa nombrada,
mirando Moros y Moras
de su muerte se holgavan.

Llorávalo una captiva,
una captiva Christiana,
que de chiquito en la cuna
a sus pechos le criara;
De las palabras que dize
qualquiera Mora llorava:
«¡Don Alonso, Don Alonso,
Dios perdone la tu alma,
que te mataron los Moros,
los Moros de la Alpuxarra!»

Este fin que avéys oydo hizo el valeroso cavallero Don Alonso de Aguilar. Agora, sobre su muerte, ay discordia entre los poetas que sobre esta historia han escrito romances; porque el uno, cuyo romance es el que avemos contado, dize que esta batalla y rota de Christianos fué en la Sierra Nevada. Otro poeta, que hizo el romance de *Río verde*, dize que fué la batalla en Sierra Bermeja; no sé a quál me arrime. Tome el lector el que mejor le pareciere, pues no va mucho en ello; pues al fin todas las dos Sierras se llamavan Alpuxarras. Aunque me parece a mí, y ello es ansí, que la batalla passó en Sierra Bermeja, y ansí lo declara un romance muy antiguo, que dize desta manera:

Río verde, río verde,
tinto vas en sangre viva,
entre ti y Sierra Bermeja
murió gran cavallería.
Murieron Duques y Condes,
señores de gran valía;
allí muriera Urdiales
hombre de valor y estima,
Huyendo va Sayavedra
por una ladera arriba;
tras dél yva un renegado
que muy bien lo conocía;
Con algazara muy grande
desta manera dezía:
«Date, date, Sayavedra,
que muy bien te conocía,
Bien te vide jugar cañas
en la plaça de Sevilla,
y bien conocí tus padres
y a tu mujer Doña Elvira.
Siete años fuí tu captivo
y me diste mala vida;

agora lo seréis mío
o me has de costar la vida.
Sayavedra que lo oyera,
como un león revolvía.
tiróle el Moro un quadrillo
y por alto hizo vía;
Sayavedra con su espada
duramente le hería;
cayó muerto el renegado
de aquella grande herida;
Cercaron a Sayavedra
más de mil Moros que avía;
hiziéronle mil pedaços
con saña que dél tenían.
Don Alonso en este tiempo
muy gran batalla hazía;
el cavallo le avían muerto,
por muralla le tenía;
Y arrimado a un gran peñón
con valor se defendía.
Muchos Moros tiene muertos,
más muy poco le valía;
Porque sobre él cargan muchos
y le dan grandes heridas,
tantas que allí cayó muerto
entre la gente enemiga.
También el Conde de Ureña,
mal herido en demasía,
se sale de la batalla
llevado por una guía
Que sabía bien la senda
que de la sierra salía.
Muchos Moros dexa muertos
por su grande valentía.
También algunos se escapan
que al buen Conde le seguían.
Don Alonso quedó muerto,
recobrando nueva vida
con una fama inmortal
de su esfuerço y su valía.

Algunos poetas, teniendo noticia que la muerte de Don Alonso de Aguilar fué en la sierra Bermeja, alumbrados en ello de las Chrónicas Reales: aviendo visto el romance passado, no faltó otro poeta que hizo otro nuevo a la misma materia aplicado: el qual comiença y dize:

Río verde, río verde,
quánto cuerpo en ti se baña
de Christianos y de Moros
muertos por la dura espada,
y tus ondas crystalinas
de roja sangre se esmaltan.
Entre Moros y Christianos
se travó muy gran batalla:
murieron Duques y Condes,
grandes señores de salva;
Murió gente de valía
de la nobleza de España;
en ti murió Don Alonso
que de Aguilar se llamava,
El valeroso Urdiales
con Don Alonso acabava.
Por una ladera arriba
el buen Sayavedra marcha;
Natural es de Sevilla,
de la gente más granada.
Tras dél yva un renegado,
desta manera le habla:
«Date, date, Sayavedra,
no huyas de la batalla;
yo te conozco muy bien,
gran tiempo estuve en tu casa
Y en la plaça de Sevilla
bien te vide jugar cañas;
conozco tu padre y madre,
y a tu muger Doña Clara;
Siete años fuí tu captivo,
malamente me tratavas
y agora lo seras mio
si Mahoma me ayudara
Y tan bien te trataré
como tú a mí me tratavas.»
Sayavedra que lo oyera
al Moro bolvió la cara;
Tiróle el Moro una flecha,
pero nunca le acertara;
mas hirióle Sayavedra
de una herida muy mala.
Muerto cayó el renegado
sin poder hablar palabra.
Sayavedra fué cercado
de mucha Mora canalla
Y al cabo quedó allí muerto
de una muy mala lançada.

Don Alonso en este tiempo
bravamente peleava.
El cavallo le avian muerto
y lo tiene por muralla;
mas carganle tantos de Moros
que mal lo hieren y tratan;
De la sangre que perdía
Don Alonso se desmaya.
Al fin, al fin cayó muerto
al pie de una peña alta.
También el Conde de Ureña
mal herido se escapara.
Guiávale un adalid
que sabe bien las entradas;
Muchos salen con el Conde
que le siguen las pisadas;
muerto quedó Don Alonso
eterna fama ganada.

Esta fué la honrosa muerte del valeroso Don Alonso de Aguilar, y como avemos dicho, della les pesó mucho a los Reyes Cathólicos; los quales, como viessen la brava resistencia de los Moros, por estar en tan ásperos lugares, no quisieron embiar contra ellos por entonces más gente. Mas los Moros de la Serranía, viendo que no podían vivir sin tratar en Granada, los unos se passaron en África y los otros se dieron al Rey Don Fernando, el qual los recibió con mucha clemencia. Este fin tuvo la guerra de Granada, a gloria de Dios nuestro Señor sea.

FINIS

Impressa en Çaragoça
en casa Miguel Ximeno Sanchez. Año 1595.

VARIANTES

DE LA EDICIÓN DE SEVILLA 1613

Ha parecido útil indicar algunas variantes importantes de la edición de Sevilla 1613, primera en que se ha cambiado el texto primitivo. El cotejo con la de 1595 enseñará cuánta diferencia hay entre las dos ediciones.

EDICIÓN DE SEVILLA 1613

Capítulo I, folio 2 (compárese arriba, pág. $2_{[illegible]}$): Hízose esta ciudad famosa, rica y populosa hasta el infelice tiempo en que el Rey don Rodrigo perdió a España. Lo qual no se declara por no ser a propósito de nuestra historia. Sólo diremos...

Capítulo I, folio 5 (comp. arriba, pág. 5_{31}): Señor: holgaría que tu Alteza me diesse licencia para hazer una entrada en tierra de Christianos en los campos de Lorca, Murcia y Cartagena: que confiança tengo de venir con ricos despojos y cautivos. El Rey le dixo: conocido tengo tu valor, y te otorgo licencia como lo pides, y también porque se exercite la gente de la guerra; pero temo mal sucesso porque son muy soldados los Christianos de estas tierras que quieres correr. Respondió Abidbar...

Capítulo II, folio 15 v. (comp. arriba, pág. 10_{30}): Pero el cavallero Lisón se defendió con gran destreza, y ofendió y acosó de suerte al Moro, que en poco rato le hirió en dos partes. Y como se vido herido, se encendió en más cólera, y procuró la muerte al contrario.

Capítulo II, folio 16 (comp. arriba, pág. 11_{18}): La batalla estava sangrienta, porque avía tantos cuerpos de hombres y cavallos muertos que apenas podían andar: y con los alaridos, vozería y polvareda casi no se podían ver, pero no por esso dexaran de pelear con mucho esfuerço ambos exércitos. El valiente Alabez...

Capítulo IV, folio 23 (comp. arriba, pág. [illegible]): Y a quien más pesó de este desafío fué a la hermosa y discreta Fátima, de linaje Zegrí, que amava mucho de secreto a Muça. Pero él adorava a la hermosa Daraxa.

Capítulo VI, folio 39 (comp. arriba, pág. 45_{35}): lo qual él sentía mucho, y lo mostrava hasta en los trajes y vestidos, porque conforme á la passión que sentía, assí traya el vestido: y por él juzgavan los Cavalleros y damas de Granada los efectos de su causa, y de sus amores...

Capítulo VI, folio 40 v. (comp. arriba, pág. 47_{20}): No fué tardo el bizarro Moro en su yda y llegándose quanto pudo al balcón muy gozoso: le dixo su dama: «¿Cómo, Zayde, todavía perseveras? ¿No sabes que me infamas? Advierte la nota que das. Considera que mis padres me tienen puesta en vida estrecha. Vete antes que seas sentido dellos, porque an jurado, que si no ay enmienda, que me an de embiar a Coyn. Y no imagines que te he olvidado, que tan en mi alma te tengo como antes. Passen estos nublados, que Alhá nos embiará bonança, y queda con él que no puedo estar más aquí.» Y llorando se apartó de su amante dexando a su amado Moro en tinieblas...

Capítulo VI, folio 41 (comp. arriba, pág. 47_{37}): En este sarao y fiesta se halló el gallardo y bizarro Zayde, Cavallero Abencerrage, el qual amava a su bella Zayda, y ella á él, y era en tanto extremo el amor que se tenían, que no excedía un punto de su gusto el uno del otro; y entreteníanse ambos sin gozarse con solo el verse y hablarse hasta que llegase el venturoso día de su desseado casamiento. Un día la bella mora hizo una trença de sus hermosos cavellos (que eran más que ebras de oro de Arabia), y con sus propias manos se la puso en el turbante a su querido Zayde...

Capítulo VI, folio 47 (comp. arriba, pág. 55_{18}): Y con mucha razón eran tan queridos de damas, porque todos ellos eran galanes, gentilhombres y hermosos, dotados de mucha discreción, muy bien criados y de muy buenos respetos. Ninguno llegava a qualquiera dellos con necesidad que no se la remediasse. Deshazedores de agravios. Quietadores de la república. Padres de huérfanos. Amigos por estremo de la conservación y obediencia a sus Reyes devida. Eran muy amigos de Christianos, y por esta y otras muchas causas eran tan queridos de todo el Reyno...

Capítulo VII, folio 54 (comp. arriba, pág. 64_{1}): Pero yo os certifico, señora de mi libertad, que es mayor la guerra que en mi alma y pensamiento haze vuestra beldad y hermosura. Muerto me an vuestros ojos de amor. Mi pecho se abrasa y arde en amorosa llama; si no acudís al remedio, sin duda morirme; recebidme en vuestro servicio, bella señora; no seáys ingrata a mi amorosa voluntad; y suspirando cessó en su plática. Galiana estuvo atenta...

Capítulo VIII, folio 57 (comp. arriba, pág. 68_{2}): Quando el Maestre vido al Rey y a la Reyna, y a las damas, alçó la celada y hizo la reverencia devida. Y por todos conocido le fué hecha cortesía. Hecho esto puso el Maestre un pendoncillo roxo en la punta de la lança, que era señal de batalla. Mostafa, alcayde de Almería, pidió licencia al Rey...

Capítulo IX, folio 74 (comp. arriba, pág. 88_{2}): No tengo cuenta con esso (respondió Fátima); pero si aora le a ydo mal, podrá ser que le vaya bien después, y tanto que te pese, lo qual veremos al fin. Bien dizes (dixo Xarifa) y esso aguardo y cree que los buenos principios siempre traen buenos fines. Esso niego (dixo Fátima) y espero que me dirás que tengo razón por este símil. Bien as visto o oydo, que un enamorado galán (en las primicias de sus amores) sirve a su dama con gran cuydado, siendo puntual en darla gusto, en regalarla, en darle músicas, en rondarle la casa y en idolatrarla. Házele mil promessas que

mientras más fuere, más le servirá y querrá, y que tan impossible será el dexarla y quererla, como dexar el Sol de calentar en el estío, y querer arrebatar con la mano la luziente Luna de su lugar, y como mover [illegible] de una parte a otra en un instante: y otros muchos impossibles que dizen. Y sobre todo el casarse con ellas. Todo con motivo y fundamento de gozar la dama a quien dessean. La inocente obligada con obras y promessas, entrégale su libertad, viene en su deseo y gózala. Aqueste son buenos principios Xarifa? Ella respondió: Sí. Dixo Fátima. Pues a penas a gozado la rendida dama el fraudulento amante, quando porque passando un Cavallero por su casa le quitó el bonete, por cortesía: diciendo luego, que es su galán, y que no se admira, que quien le entregó su onor a él lo entregará a muchos. No queriendo advertir el perverso y fementido amante, que debaxo de sus promessas y juramentos se le rindió la desdichada dama. Y aun en más fuerte caso (mira Xarifa quánta es la malicia de los que esto usan y traen por flor) que por solo que le dió algún rayo de sol en su balcón, desisten de la amistad de la recogida Dama, y la dexan burlada, presa de amor y desonrada: por cuya causa viene a tener desastrado fin. Son estos buenos fines? No por cierto, dixo Xarifa: y confiesso ser assí lo que dizes, y passar assí oy en el mundo, y conozco yo algunas hijas dalgo pobres, cuya hermosura an gozado algunos Cavalleros, y sólo por ser pobres les an dexado, y están arrinconadas y perdidas para siempre. Y assí devemos las Donzellas escarmentar encabeça agena, y no creer a nadie de ligero, si no yr con el gusto de nuestros padres. Y si te parece, miremos a los justadores...

Capítulo IX, folio 70 (comp. arriba, pág. 80[illegible]): Y Sarrazino se salió de la plaça, junto con los Cavalleros que le acompañaron. Abenámar mandó poner los ricos despojos a los pies del retrato de Fátima, su señora, sonando al poner los muchos instrumentos músicos. El gozo y alegría que sintió la discreta y hermosa Fátima fué grande por la alcançada vitoria, y más quando vido a los pies de su bello retrato trofeos tan ricos y estimados. Aunque todo este regocijo lo celebrava entre sí por dissimular el mucho amor que tenía a Abenámar, porque ella no quería que con certidumbre supiessen lo que sospechavan: en lo qual era de diferente gusto que las otras Damas de palacio, que se [illegible] que sus negocios supiessen...

Capítulo XI, folio 102 (comp. arriba, pág. 124_{15}): Muy atento avía estado Muça a las palabras del nuevo Christiano, y tanto sentía su mal que no pudo dexar de hacer un muy tierno sentimiento considerando el estado en que estava un tan valeroso cavallero: y verle tendido en el duro suelo rebolcándose en su sangre, de la qual avía un lago, y sin poder restañar la poca que le quedava. Y llegándose á él para consolarle, vido cómo el nuevo convertido hizo la señal de la Santa Cruz y la besó, diziendo Iiesus, rindió el alma a su Criador. Lastimóse tanto de ver al nuevo Christiano muerto, que derramó muchas lágrimas sobre el difunto, con el dolor que tenía de la muerte de su caro amigo...

Capítulo XII, folio 112 (comp. arriba, pág. 133_{8}): Puestos los cavalleros en cura, se partió Muça a Granada, llevando el cavallo de Albayaldos. Y a puestas de sol llegó a la ciudad, y entrando por ella se reboçó con el cabo del capellar por no ser conocido. Y assí llegó a la Alhambra, agora que el Rey su hermano se sentava a cenar...

Capítulo XIII, folio 140 (comp. arriba, pág. 169_{13}): Desta suerte va este romanze diziendo, pero éste y el passado contienen una cosa en sustancia. Y aun-

que son viejos, es bien traerlos a la memoria, para que quien ignora el fundamento de la historia lo sepa. Sucedió esta batalla...

Capítulo XIII, folio 148 (comp. arriba, pág. 173_{4}): Pues vámonos a la ciudad (dixo el fácil Rey) y se dará la orden que pide mi vengança. O desdichada ciudad, y qué rebuelta y cisma se te ordena por dar crédito al mal aconsejado Rey, a las Sirenas que le cantavan al oydo. Con esto partieron a Granada, y en entrando en la Alhambra, se fueron al palacio Real, a donde la Reyna con sus damas le salieron a recebir...

Capítulo XIII, folio 157 (comp. arriba, pág. 182_{22}): Pues como viesse Muça la mayor parte de la ciudad reduzida a su voluntad, para que bolviesse su hermano a ser obedecido, procuró saber a dónde estava. Y supo cómo se avía retirado al cerro del Sol, a una mezquita que estava allí, huyendo de la voz que oía, cuando dezían todos: muera el Rey y los traydores.

Capítulo XIV, folio 164 (comp. arriba, pág. 190_{26}): A lo qual respondió la Reyna: «Mientes como traydor tú y todos vosotros, y yo confío en el poderoso Alhá que ha de descubrir la verdad y os a de costar caro...

NOTAS

1_2 Sobre la hija del Rey Hispan y la fundación de Granada, véanse *Las cuatro partes enteras de la crónica de España que mandó* [illegible] *Rey don Alonso, llamado el Sabio*; Zamora, 1541; cap. X, fol. VII.

1_{10} Véase *Minuta de carta que don Fernando de Zafra* [illegible] *sobre el oro del Darro.—Documentos inéditos*, L. U., pp. 517 y 533.—Oro que se sacaba del Darro.

El Xennil, antiguo Singilis y Guadaxenil, y el Hadarro ó Darro, el cual se llamó en otro tiempo Çalom. El autor del diccionario árabe titulado: *Marasid ithilà*, dice: «Atraviesa por Granada el río nombrado *Çalom*, donde se recogen granos de oro puro, y sobre el cual, dentro de la ciudad, hay muchos molinos; baja del monte llamado del Arrayán y corre por medio de la población, surtiendo sus acequias y baños. También la baña otro río llamado *Singil*, que surca la otra mitad de la población.»—Juan de la Encina: *Tribagia o vía sacra de Hierusalem, 1519.—Santiago, Jerusalem, Roma: Diario de una peregrinación*, por don José Fernández Sánchez, 1881, t. II, p. 445.—Andrés Navagero: *Viaje en España y Francia;* Venecia, 1563, fol. 27 v.—Véase por Granada, lettera V, da Messer Andrea Navagero, gentilomne veneziano a Giovani batista Rannuscio, Mayo 1526.

1_{14} Sobre la fundación de Granada, véase Ibn Aljatib. [illegible] —Al Maccari: ed. de Leyde, t. I, p. 95.—Garibay: *Compendio histórico de las crónicas y universal historia de todos los reynos d' España*; 1571, lib. XXXIX, capítulo III.—Francisco Bermúdez de Pedraza: *Antigüedad y excelencias de Granada;* Madrid, 1608.—Dozy: *Recherches sur l' histoire d' Espagne;* t. I, p. 336.—Eguilaz Yanguas: *Origen de las ciudades de Garnata e Iliberi y de la Alhambra* (en homenaje a Francisco Codera, p. 333).

«Y la ciudad de Granada tuvo su origen en la época de la sublevación de España. La capital de la provincia estava antes en Elvira y sus habitantes emigraron y se trasladaron a Granada. La convirtió en ciudad, la rodeó de muros y edificó su alcazaba Habbus el Sinhechi, y después le sucedió su hijo Badisben-Habbus, quien acabó las construcciones comenzadas y el establecimiento de la población como subsiste en el día de hoy.»—Edrisi, siglo XII. *(Descrip. de l' Afr. et de l' Esp.* Trad. Dozy y Goeje; Leyde, 1866.)

3$_{21}$ Estevan Garibay Çamalloa: *Compendio historial de || las chrónicas y universal historia de || todos los reynos de España, donde se escri- || ven brevemente las historias de los Moros de Gra- || nada hasta que esta ciudad y su Reyno vinieron a || poder de Reyes Christianos. Es fin de || todo el discurso suyo.* || Compuesto por Estevan de Garibay y Çamalloa, de nación cántabro, vezino de la villa de Mondragón, de la provincia de Guipúzcoa; 1571.

3$_{22}$ Véase la cronología de los Benu Nasr en Simonet: *Descripción de Granada.*=Apéndice, Lafuente Alcántara: *Historia de Granada*, t. I, p. 292.

13$_{19}$ Batalla de los Alporchones, 1452. Para todos los romances de las guerras, véase nuestro estudio, p. LI. Para esta batalla véase también el canto XIV del poema épico de Lorca, del mismo autor:

« . . . .
Los añafiles suenan de una parte,
de otra, las trompetas de Dios Marte;
después que los de Lorca habían llegado,
el apellido dan a Santiago;
la rambla de un encuentro la han pasado
y hacen en los Moriscos grande estrago;
del Granadino vando renegado
todos con saña envisten como un drago;
revuelven la gente de manera
que no se ve pendón ya ni bandera.
La polvoreda sube al alto cielo,
no se ven caballos ni peones,
comiença a resonar muy gran duëlo
por medio de los fuertes escuadrones;
de muertos ya se puebla todo el suelo,
caballos salen muchos sin arzones,
ya rueda por el suelo mucha malla,
del todo ya es trabada la batalla.
Ya empieça el crudo asalto a hacer efecto,
anda ya la batalla con ruïna,
de sangre está bañado cualquier peto,
la cota ya se rompe jazarina;
ya rueda allí cortado el fino almeto,
la espada allí la corta siendo fina,
ya anda muy revuelto el crudo asalto,
ya muestra el bravo Marte cruel esmalto!»...

16$_{21}$ Mohammed-Abo-Abdillah, llamado el «zaki» (el mezquino), que los españoles han traducido por el Chico. Se le apoda también el «zogoïbi» (el desgraciado). — Dousseau: *Gren(ade*, p. 70.

«Avía entrado aquel día en la batalla (Lucena) el Rey de Granada Muley Boabdeli, a la gineta, según su usança, de que era bien diestro, en un cavallo rucio, blanco, enjaezado ricamente; armado su persona de unas fuertes corazas, forradas en terciopelo carmesí, con clavazón dorada; capacete granado y dorado; espada gineta guarnecida de plata; puñal Damasquino; marlota de terçiopelo carmesí, y brocado, adarga y lança fuertes... Era el Moro (Boabdil) de razonable estatura, buena trabazón de miembros, rostro largo, moreno; cabello, barba y ojos negros y graves, con muestra de melancolía, si ya no era compostura real: tal nos lo pintan muchos retratos que oy vemos suyos en Luçena, Vaena, Granada y otras partes.» — *Historia de la casa de Córdoba;* Ms. 32-71 de la Biblioteca Nacional, fol. 318.

Véase en el *Seman*[illegible] reproducción de un retrato de Boabdil, quien «llevava corona de oro y perdería de rubí y esmeralda, marlota mitad carmesí y mitad verde, recamada de [illegible] y rosas doradas, y argolla de cobre al cuello, con cadena tirante.» En las ar[illegible] de los condes de Cabra, un escudo con 22 banderas por orla, y en lo bajo de él el torso de una figura, tocada a lo morisco, coronada y con una cadena al cuello es el torso de Muley Boabdeli «al siguiente día (después de la batalla de Lucena) embiaron a decir los Reyes al Conde con Fernando Alvarez de Toledo, su secretario y del su consejo, truxese la cabeza del Rey de Granada que avía vençido y presso, dentro del escudo de sus armas, en lo baxo dél, y por orla dellas, pusiese las veynte y dos vanderas que en la batalla se avían ganado a los Moros»...—Ms. 3.271, folios 330 y 421.

17$_{18}$ Por lo que trata de las pinturas de la Alhambra y del Generalife, véase: *Paseos por Granada*, del P. Juan de Echeverría (tít. 1.°, paseo XXII), donde habla de una sala de la Alhambra donde estavan *los retratos de los Reyes Moros*. Véase la descripción de tales retratos en *Granada y sus monumentos árabes*, de D. José y D. Manuel Oliver Hurtado. (Málaga, 1875; páginas 329-335); y sobre las otras pinturas, páginas 336-344. Véase también, por dichas pinturas y trajes moriscos de hombres y mujeres de la época, el *Panorama Universal de España*, láminas 27, 28 y 29.

24$_{20}$ Véase Al Maccari: ed. de Leyde, t. I, p. 188.—«Los Abencerrages —dice—, poderosa milicia oriunda de Africa, que interviene a cada momento en la historia granadina del siglo xv, imponiéndose a los emires de Granada tal una guardia pretoriana, sosteniendo ya usurpador y pretendientes; cuando podían se vengaban los reyes degollando algunos.»

Dice Fernando de Baeza: «Que dezían aben çerrajes, que quiere dezir los hijos de el sillero, los quales eran naturales de allende y avían passado en esta tierra con deseo de morir peleando con los cristianos, y en la verdad ellos eran los mejores cavalleros de la gineta y de la lanza que se cree que ovo jamás en el Rreyno de Granada; y aunque fueron casi los mayores señores del Reyno, no por eso mudaron el apellido de sus padres, que eran silleros: porque entre los moros no suelen despreciarse los buenos y nobles, por venir de padres oficiales».—Edición Müller, p. 65.

32$_{2}$ Para semejantes descripciones de combates, véase las *Leyendas Moriscas*, de Robles. «Y levantose Ali contra Amir y comenzaron los golpes y feridas; y tiróle Alí un tajo y recibióle en l'adarga y la toca y firióle una ferida muy fuerte en la cabeza... y estaba Alí como un León bravo y cada uno quiere vence[illegible] compañero»...—Leyenda de Mahoma y Alharito, t. II.

39$_{40}$ Léese en Al Maccari el siguiente expresivo pasaje, que pone a continuación de los versos del talismán de la Casa del Gallo: «y dijo verdad el autor de esta poesía, pues vino sobre esta región, que no tiene pareja en hermosura, una calamidad producida por el desacuerdo de sus arraezes, próceres, almocadenes, cadís, emires y alguaciles; todos los cuales, codiciando ardientemente para sí el poder, arrimaban el fuego a su alcorza, mientras que los cristianos, maldígalos Dios, herían en ellos con fraude, engaño y artería, pegando a Amrú con Zaide, hasta que, acrecentando su poder, lograron hacerse dueños del reino. (Al Maccari: t. II, p. 797.) En la relación contemporánea de los fechos del Condestable de Castilla, D. Miguel Lucas Iranzo, año 1462, «daba fee que

tan grande confusión e discordia entre los Moros había, y tan quebrantados se sentían de la guerra que este señor les facía, que todos los comunes, en especial los del Alcazaba e Albaizín, eran de intención que se diesen al Rey nuestro Señor y viviesen por modéjares en aquella ciudad y su tierra».—*Memorial histórico,* t. VIII, p. 95.

46$_{8}$

Pleurs qui ne pouvez m'affranchir
D'une rigoureuse souffrance,
Retournez a la mer lieu de votre naissance
Et toi, sort inhumain que rien ne peut fléchir.

Plus dur que les rochers vois ma peine éternelle
Et le tourment qu'on souffre pour aimer,
Et si ta haine est inmortelle,
Laisse du moins mes pleurs aller grossir la mer.

MADAME DE VILLEDIEU: *Galanteries Grenadines.*

80$_{30}$ Dice Andrés Navagero: «Hay en ella (Granada) una calle principal, ancha y larga, llamada la calle Elvira, cuyo nombre lleva también la puerta en que se termina esta calle; y se llama así con un vocablo corrompido del de Iliberia... Esta calle conduce a una plaza no muy grande, debajo de la cual, por una bóveda, pasa el Darro. Llegando a la plaza, a mano derecha, se encuentra otra calle recta y llena de toda clase de artistas, que se llama el *Zacatín,* y es razonablemente ancha, la cual desemboca en otra plaza hermosa y grande, cuadrada y regular, pero un poco más larga que ancha, con una bellísima fuente en uno de sus ángulos»... — Lettera V.

95$_{9}$ Muy antigua expresión en la lengua, cuyo sentido nos explican las *Siete Partidas:*

«Bondades son llamadas las buenas costumbres que los homes han naturalmiente en sí, a que llaman en latín virtudes: et entre todas son quatro las mayores, assí cuemo cordura, et fortaleza, et *mesura,* et justicia»...—*Siete Partidas:* Partida 2.ª, ley IV, título XXI.

En los *Castigos y documentos del Rey don Sancho* se encuentra:

«Muchos son aquellos que cuidan por no saber que la piedat et la *mesura* es toda una cosa, e non es assí. La piedat es bondat del alma del home, que tomó en sí sé, habiendo piedat del alma de su hermano; e la *mesura* es bondat del cuerpo del home, la qual bondat se raiga y por buenas costumbres. Destas buenas costumbres e de la verguenza que ha en sí se face la mesura.» — *Castigos y documentos...,* cap. XIII.

Argote de Molina, en su *Vocabulario de la lengua antigua castellana,* explica *mesura* por *comedimientos.*— Ed. del Conde de Lucanor, Sevilla, 1575.

174$_{10}$ Una creencia tradicional aún en la Alhambra, enlazada por la fantasía popular a la muerte de los Abencerrages, se encuentra aplicada en las *Relaciones*, de Hernando de Baeza. Nos refiere que Abul Hassan, siendo príncipe, hizo prisionero al Rey Muley Zad, competidor de su padre, «y lo truxo al Alhambra, y el padre le mandó degoller y ahogar con una *tovaja* a dos hijos suyos de harto pequeña edad; y porque al tiempo que lo degollaron, *que fué en una sala que está a la mano derecha del quarto de los Leones, cayó un poco de sangre en una pila de piedra blanca, y estuvo allí mucho tiempo la señal de la sangre,*

hasta hoy los moros y los [illegible] *ban a los Reyes.*» — Hernando de Ba[illegible]

«Estando, pues, este rrey metido en sus vicios, visto el desconcierto de su persona, levantáronse ciertos cavalleros en el rreyno, assí criados de la rreyna como de el rrey, su padre de ella, y alçaron la obedencia del rrey y hiciéronle cruda guerra: entre los cuales fueron ciertos de los que decían Abençarrages, que quiere dezir los hijos del sillero, los quales eran naturales de allende, y avían passado en esta tierra con deseo de morir peleando con los christianos. Y en verdad, ellos eran los mejores Cavalleros de la gineta y de la lança que se cree que ovo jamás en el rreyno de Granada, y aunque fueron casi los mayores Señores del Reyno, no por esso mudaron el apellido de sus padres, que eran silleros; porque entre los Moros no suelen despreciarse los buenos y nobles por venir de padres oficiales. El Rrey, pues, siguió la guerra contra ellos y prendió y degolló muchos de los cavalleros, entre los quales un día degolló siete de los Abençerrages y, degollados, los mandó poner en el suelo, uno junto con otro, y mandó dar lugar a que todos los que quisiessen los entrassen a ver. *Con esto puso tanto espanto en la tierra, que los que quedavan de los Abençerrajes, muchos de ellos se passaron a Castilla, y unos fueron a la casa del Duque Medinasidonia, y otros a la casa de Aguilar, y estuvieron haziéndole mucha honrra a ellos y a los suyos,* hasta que el rrey chiquito, en cuyo tiempo se ganó Granada, rreynó en ella, que se bolvieron a sus casas y haziendas; los otros que quedaron en el rreyno poco a poco los prendió el Rey, y dizen que de sólo los Abençarrajes degolló catorze, y de los otros cavalleros y hombres esforçados y nombrados por sus personas fueron, según dizen, ciento veinte y ocho.» — Hernando de Baeza: *Relaciones de los últimos tiempos de Granada*, p. 9. — Véase también Al Maccari, que refiere la muerte de los principales jefes de tribus. Ed. de Leyde, t. II, p. 800.

«Era Abul Hasan hombre viejo y enfermo, y tan sujeto a los amores de una renegada que tenía por muger, llamada la Zoraya (no porque fuesse este su nombre propio, sino por ser muy hermosa, la comparaban a la estrella del alba, que llamaron Zoraya), que por amor della había repudiado a la Ayxa, su mujer principal, que era su prima hermana, y con grandissíma crueldad *hecho degollar algunos de sus hijos sobre una pila de alabastro que se ve hoy día en los alcázares de la Alhambra*, *en una sala del cuarto de los Leones*, y esto a fin de que quedase el Reyno a los hijos de la Zoraya. Mas la Ayxa temiendo que no le matasse el hijo mayor, llamado Abi Abdiehi o Abi Abdalá (que todo es uno), se lo había quitado de delante, descolgándolo secretamente de parte de noche por una ventana de la Torre de Comares con una soga hecha de los almaizares y tocas de sus mujeres; *y uno caballeros llamados los Abencerrajes* habían llevado a la ciudad de Guadir, queriendo favorecerle, porque estaban mal con el Rey *a causa de haberles muerto ciertos hermanos y parientes, so color de que uno dellos había habido una hermana suya doncella dentro de su palacio*, de la Ayxa, y por esto se temía dellos. Estas cosas fueron causa de que toda la gente principal del Reyno aborreciessen a Abul Harén, y contra su voluntad trajeron de Guadix a Abi Abdilehi, su hijo; y estando un día en los Alixares, le metieron en la Alhambra, y le saludaron por Rey; y cuando el viejo vino del campo, no le quisieron acoger dentro, llamándole cruel, que había muerto sus hijos y la nobleza de los Caballeros de Granada.» — Mármol Carvajal: *Historia del rebelión y castigo de los Moriscos del reino de Granada*; Málaga, 1600; lib. I, cap. XII.

En 1484-1485 el Zagal entra en la Alhambra, mata al hermano de Boabdil y haze prisionero Ayxa. Pulgar añade: «Con fría indiferencia entregó luego el cuchillo del verdugo a varios Caballeros Abencerrages, sin mas delito que el ser consejeros y agentes de su sobrino.» — PULGAR: *Crónica...*, parte III, cap. XXXVI.

251$_{30}$ Para la abdicación de Abul Hasán, que cegó, véase AL MACCARI, ed. de Leyde, t. II, p. 803.

260$_{16}$ Véase por la derrota de Lucena y cautividad de Boabdil: PEDRO BOLATERANO: *Museo Español de Antigüedades*, t. V, p. 394. Ms. 7.595 de la Biblioteca Nacional de Madrid, folios 34 y 35. — *Historia de la Casa de Córdova;* Ms. Y 40, de la misma biblioteca, folios 120 y 169 v. — GARIBAY: *Compendio histórico...*, p. 413. — ZURITA: *Anales de Aragón*, t. IV, lib. XX, cap. XLVIII, folio 322 v. — EGUÍLAZ YANGUAS: *Reseña histórica de Granada*, p. 17. — «Es una derrota y prisión interesante, porque deste acontecimiento principian las primeras negociaciones entre Boabdil y los Reyes Católicos sobre la entrega de Granada.» — *Colección de documentos ineditos*, t. LXXXVIII, p. 496.

286$_{7}$ Véase AL MACCARI: ed. Leyde, t. II, p. 813: En la *Crónica Serafina de Fray Eusebio González*, hecha con la de Fray Pedro de Alcalá, se relatan numerosas conversiones: «Entre los reos de esta clase se halló un cavallero Moro, *llamado Zegrí*, de la antigua prosapia de los Abencerrages, que por su naturaleza, su valor y su espíritu, tenía ganada toda la estimación de los suyos; y no sólo presumía deshacer toda la obra de las conversiones, sino recuperar el reino, volviendo a tomar las armas. Probó la mano el santo Arzobispo para poner en razón este delirio con los suaves medios de la benignidad... Pero viéndolo obstinado, le dejó preso en casa de un Capellán suyo, llamado Pedro León... Este Capellán trató a Zegrí asperísimamente: no porque no se convertía o para que la violencia le convirtiese, sino para castigarle el delito de impedir las conversiones y sublevar a los suyos contra los Reyes»... En el bautismo tomó este caballero el nombre de D. Gonzalo Fernández Zegrí... *Crónica Serafina escrita por el R. P. Fray Eusebio González de Torres, de la regular observancia y cronista general de toda la religión de N. P. San Francisco;* Madrid, 1737; lib. II parte VIII, cap. XXII.

288$_{24}$ Véase «Relación de la gente que entró en Granada con su Alteza y cómo han de yr las batallas», pp. 49 y siguientes de la obra intitulada: *Documentos escogidos del Archivo de la casa de Alva*, publicados por la duquesa de Berwickz y de Alva; Madrid, 1891, pp. 18 y siguientes. — SALVÁ Y SAINZ DE BARANDA: *Colección de doc. inéd. para la historia de España*, t. VIII, p. 437. — *De la prise de Granada par le Roy D'espaigne,* escrita por uno de los caballeros que asistieron en esta memorable jornada, y publicada a principio del siglo XVI en una compilación llamada *la mer des Histoires.* — BERNÁLDEZ: *Historia de los Reyes Católicos*, cap. CIX. — Juan de la Encina hizo un villancico pastoril con ocasión desta toma de Granada:

«Levanta, Pascual, levanta:
Aballemos a Granada,
que se suena ques tomada.»

Antología de poetas líricos castellanos; Madrid, 1893; t. IV, p. 158.

289$_{15}$ Un cronista continuador de Pulgar, refiere lo siguiente:

«El Rey Chiquito tenía consigo a su madre, que se decía de nación cristiana,

y fué captiva cuando los Moros robaron a Cieza, que es una villa del reyno de Murcia, y como al tiempo era chiquita, con halagos y otros medios tornóse mora, y salió de buen gusto y mujer de bien, y el Rey Muley Buazén casó con ella, por que entre los moros era esto tenido en mucho que el Rey u otro qualquiero caballero pudiese casar una doncella que de cristiana tornase mora. Deste casamiento nació el Rey Chiquito, y esta reina era de grande y valeroso ánimo, y contradecía con toda posibilidad que el Rey Chiquito, su hijo, entregase el reino a los Reyes Católicos y se concertara con ellos, antes era su deseo que esperase la fortuna postrera o muriese Rey, y por esto el Rey Chiquito se guardaba que su madre supiese que él trataba con los Reyes Católicos de entregarles el Reino. Que concluído ya la capitulación, como está dicho, lo supo la reina su madre, y disimuladamente se dice que le tomó por la mano y le entró a la torre de Comares, que es el lugar donde mas se descubre la grandeza de Granada, y después de haberle traído a la redonda por la torre y echados entrambos de pechos y entre dos almenas, le dijo: «Mira qué entregas y acuérdate que todos tus pasados murieron reyes de Granada, y que el reino acaba en ti.» — *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. CXXXIII, p. 375; Valencia, 1780.

Antonio de Guevara, cronista de Carlos V, en sus *Epístolas familiares* (Valladolid, 1539; *Biblioteca de Autores Españoles*, t. XIII), refiere esta leyenda, pretendiendo que la conoce por un morisco viejo que le acompañó en el camino del valle de Lecrin, y que se la contó enseñándole el lugar famoso conocido con el nombre de «El Suspiro del Moro».

Mármol Carvajal, que pretende haber recogido esta tradición de boca de los moriscos, hace el siguiente relato:

«Hecha reverencia al rey católico, caminó Boabdil con su familia la vuelta de la Alpujarra, y en llegando a un viso que era cerca del lugar del Padul, que es de donde últimamente se descubre la ciudad, volvió a mirarla, y poniendo los ojos en aquellos ricos alcázares que dejaba perdidos, comenzó a suspirar reciamente y dijo: «Alabaquibar, Alloh Akbar» (Dios es grande), que es como si dijésemos: «*Dominus Deus Sabaoth*, Poderoso Señor, Dios de las batallas», y que viéndole su madre suspirar y llorar, le dixo: «Bien haces, hijo, en llorar como muger lo que no fuiste para defender como hombre.» Después llamaron los Moros aquel viso el Fex de Alabaquibar, en memoria de este suceso.» — *Historia de la rebelión y castigo de los Moriscos*, lib. I, cap. XX.

Es extraordinario que esta leyenda tan popular se conserve en las crónicas y no se haya utilizado en ninguna novela ni romance.

Hernando de Baeza describe de una manera llena de curiosas circunstancias las escenas que entonces pasaron en el Alcázar de la Alhambra, asegurando que el Rey Boabdil «acordó con sus cavalleros de salir con la más gente que pudiera y dar batalla y morir todo antes que recebir tal afrenta en que una ciudad tan grande se entregase así. Con este acuerdo otro día de mañana el rrey se levantó y adobó su cuerpo como suelen hacer los moros quando se ponen a peligro de muerte, y pidió sus armas, y a la puerta de la sala de la Torre de Comares, siendo presente su madre, muger y hermanos, quando se acabó de armar pidió la mano a su madre, y dixo que le diese su bendición». [1] Movió

---

1 Páginas 42, 43 y 44. — [illegible] *ñoles*, III.

tal actitud una tierna porfía entre el hijo y la madre, que intentaba disuadirlo de su resolución, a cuyas razones el desventurado monarca respondió: «Señora, muy mejor es morir de una vez, que viviendo morir muchas bezes.» Palabras son éstas que revelan un ánimo más esforzado del que han supuesto mostrarse el último Rey granadino los escritores posteriores a la reconquista.

Después de la toma de Granada, para distraerse y dar esparcimiento a sus penas, andaba Boabdil, desde su arribo a Anderax, ocupado constantemente en la caza con alcones y galgos, mientras que el alguacil Jusuf Aben Comixa vendía su hacienda a los Reyes Católicos.—Véase la carta de Hernando de Zafra a los Reyes Católicos, de Diciembre de 1492.—Salvá y Sainz de Baranda: *Col. de doc. inéd. para la historia de España;* t. VIII, p. 457; y sobre su salida para África, la carta del mismo personaje.—Véase *ob. cit.;* t. XI, pp. 536 y 554.

Boabdil estuvo mucho tiempo perplejo sobre el punto de la morisma a donde refugiarse, si Túnez, Fez ó Alejandría. Antes de pasar a Fez, Boabdil mandó al soberano de este imperio, el Jeque el Watasi, una larga carta. Epístola a que respondió el sultán de Fez; pero Boabdil no quería dejar a España (Al Maccari, t. II, p. 815) y decía «que había dado su reino para estar en paz, que no iría a reino ajeno a estos en cuestión, en especial so la seguridad de alárabes».—Véase Salvá y Sainz de Baranda: *Col. de doc. inéd. para la historia de España;* t. XI, páginas 507 y 508.

Hay que considerar como una fábula forjada por Diego de Torres *(Relación del origen y suceso de los Xarifes*, Sevilla 1586; pp. 101 y 102, y reproducida por Mármol: *Descripción general de África*, t. I, lib. 2.º, fol. 247) la de haber perecido Boabdil en la batalla de Guadi el Asuad (el río de los negros), que tuvo lugar en 1536. Según Al Maccari, murió en Fez el año de 924 (1518) y notó el lugar en que se dió sepultura a su cadáver.—Véase *Flores de los jardines*, acerca de las noticias de Yyyodls, Ms. árabe núm. 36 de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, fol. 35.

Al Maccari refiere también que «después de desembarcar en Melilla Boabdil fué a Fez con sus mujeres y sus hijos y construyó en esta ciudad palacios al gusto de Andaluzía, que yo he visto, y en las que he entrado. Murió en Fez en el año 940 y fué enterrado enfrente de Moçalla, fuera de Beb Ech Echaria. Existen aún descendientes de este sultán en Fez en el año 1037, que recibían una pensión procedente de las rentas de bienes de manomuerta constituída para socorrer a los pobres e indigentes, siendo considerados como mendigos.»

Para la muerte del Zágal en Tlemun en 1494, véase *Memoria epigráfica histórica sobre las tumbas de los Emires Beni-Zeyan, descubiertas en Tlemen*, por M. C. Brosselard; París, 1876.

DOCUMENTOS

RELATIVOS Á LOS MOROS Y Á LOS REYES CATÓLICOS EN LA ÉPOCA DE SUS CONQUISTAS EN ANDALUCÍA Y TOMA DE GRANADA

1.º Salvá: *Documentos inéditos.*

Capitulaciones con moros y caballeros de Castilla entre los Moros de Purchena y villas y lugares del río de Almanzor y Almería y de Baza.—Tomo VIII, páginas 407, 411 y 463.

Sobre el cerco de Baza.—Tomo XI, p. 461.

Capitulaciones de Almería en 1490.—Tomo XI, p. 475.

Cartas de Fernando de Zafra a los Reyes Católicos después de la toma de Granada y sobre Boabdil.—Tomo XI, pp. 480 y 571.

Carta de los Reyes Católicos a la ciudad de Baza, haciéndole saber la victoria conseguida en la batalla de Toro.—Tomo XIII, p. 397.

Copia de minuta de instrucción para asentar conciertos con Muley Audalla y otro cualquier moro poderoso, dada por el Rey Católico al conde D. Pedro Navarro.—Tomo XXXVI, pp. 561, 455 y 419.

Capitulación ajustada entre los Reyes Católicos y el último Rey de Granada Baudili sobre los intereses de éste después de la entrega de dicha ciudad. Noviembre, 1491.—Tomo VIII, p. 411.

Copia de una petición de la ciudad de Segovia y su tierra, para que contribuyan los judíos en el servicio, cebada, harina y pago de peones para la guerra de los Moros. 22 de Junio de 1482.—Tomo XXXIX, p. 418.

Carta del Rey Mahomad Baudili a la reina Isabel, fecha en el Alcazaba de la ciudad de Granada, quinto día del mes de Yumedí, año ochocientos noventa y dos (1487).—Tomo 88, p. 496.

2.º *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos de España:* «Documentos árabes de la corte Nazarí de Granada.»

Tomo I de 1910: Primeros pactos y correspondencia íntima entre los Reyes

Católicos y Boabdil sobre la entrega de Granada; pacto hipotético entre los Reyes Católicos y Boabdil sobre la entrega de Granada, 1486.—Página 262.

Primeros tratos y correspondencia entre los Reyes Católicos y Boabdil sobre su cautividad en Lucena y la entrega de Granada.—Página 421.

Perfecto tratado de mutua defensa y ayuda contra un enemigo que consideraban como común, y era el emir Mohamad, hijo de Sad el Zogol, que ya en vida de su hermano el sultán Abul Hacen retenía para sí el trono debido a su sobrino.

Tomo II de 1910: Carta de Boabdil a la reina católica doña Isabel, pidiendo socorro contra los suyos y su rival (1489). (Texto árabe y traducción.)—Página 143.

Carta de Boabdil a los Alcaides, hombres viejos y regidores del partido de Ugijar, 1489. (Texto árabe y traducción.)—Página 415.

Carta de Boabdil a los Reyes Católicos, refiriéndose a la entrega de Granada; Enero, 1490. (Texto árabe y traducción.)—Página 419.

3.° *Bibliófilos españoles: «Epístolas de Mosén Diego de Valera».* — Tomo XVI.

Epístola que Mosén Diego de Valera embió al Rey nuestro Señor después que los Moros tomaron a Zahara. — Página 55.

Epístola después de la toma de Alhama. — Página 60.

Carta escrita poco después de la toma de Alhama; demuestra el aplauso que mereció generalmente este suceso.

Epístola sobre cómo ha de tomarse Granada. — Páginas 62-66.

Sobre la toma de Loxa. — Página 75.

Después de la toma de Ronda. — Página 86.

Para lo que toca a descripciones de Granada y su Alhambra, se han de consultar unas antiguas relaciones de viaje, como por ejemplo:

Viaje del flamenco Guillebert de Lannoy (1386-1462) que vino a Granada en 1403 y en 1407 con el Conde de la Marche, se encuentra incorporado en el ejército que conducía el Infante Don Fernando contra los Moros del reino de Granada. En 1411 tomó parte en la conquista de Antequera. «Acabada esta guerra y hechas las treguas entre el Rey de Granada y el de Castilla, me presenté al Rey, con ayuda de un salvoconducto del Infante, en su ciudad de Granada, donde estuve nueve días viendo su Estado y su corte, su ciudad, su palacio, sus casas y jardines de placer, así como también las de los otros Príncipes que la rodean, que son cosas bellas y maravillosas de ver.»—*Sociedad de bibliófilos de Mons*, bajo el siguiente título: *Voyages et ambassades de Messire Guillebert de Lannoy;* Mons, 1840.—En 4.°

En el siglo XV, Jacques de Lalain, que vino a España con el objeto de pelear a caballo y a pie con el paladín que aceptase su desafío, dejó escritas sus impre-

siones.—*Histoire de bon chevalier messire Jacques de Lalain*; Bruxelles, 1634. En 4.°

En 1446-1448, un Alemán anónimo que recorrió España, dejó sus impresiones de viaje. Gayangos descubrió el manuscrito deste viaje en el Museo británico (Add. Ms. 14.326, en 4.°); se halla escrito en pergamino, con iluminaciones que parecen del tiempo y texto en alemán antiguo.—Traducción española de Doña Emilia G. de Riaño; Madrid, 1883.

Des Schwaebischen Ritters Georg von Ehingen Reisen nach der Ritterschaft. Stuttgart, 1842. En 4.°—Jorge Ehingen viajó por los años de 1454 á 1457. Es curioso el hecho que consigna acerca de cómo los Reyes de Castilla anunciaban en el extranjero los preparativos que hacían en contra de los moros, con el objeto de que viniessen caballeros de fuera. Aludiendo a esto, dice que, estando en París, se recibieron mensajes de Enrique IV, y pedía que el Rey hiciera pregonar por toda la Francia, si había algún caballero que desease tomar parte con esta guerra, y el Rey de Francia mandó que así se hiciese. Habiendo mostrado Ehingen y sus compañeros este desseo, cuenta que el monarca francés regaló a cada uno un precioso arnés, un caballo, doscientas coronas y un salvo conducto para el Rey de España.—Páginas 17 y siguientes.

Pedro Mártir de Angleria (Cartas dirigidas desde Granada al Cardenal Don Pedro González de Mendoza, comenzó a escribirlas en el año de la conquista, 1492), comparando esta ciudad á las de Florencia, Roma y Milán, su país natitivo, llamaba a la Alhambra «Palacio Real único en el mundo».

Relación de Antonio de Lalaing, señor de Montigny; 1502.—Collection de Chroniques belges inédites, collection des voyages des sonocrains des Pays Bas; Bruxelles, 1876.—Tomo I.—In folio.

Además de su descripción de Granada, ha dejado una muy importante descripción de la Alhambra, diez años después de la conquista. «El martes 20 fueron a ver el castillo llamado la Alhambra, el cual les enseñó un caballero, natural de Bohemia, lugarteniente del Conde de Tendilla»...; y después de la descripción del patio de los leones, añade: «A un extremo de este patio, en una gran sala, con el pavimento de mármol blanco, solía acostarse el Rey moro para ser más fresco, y tenía su cama en un extremo de la sala, y la de la Reina en el otro. En el techo de esta habitación están pintados al vivo todos los Reyes de Granada desde largo tiempo... Un poco más alto que el referido Castillo, contiene la dicha montaña un jardín llamado el Generalife, que es el hermoso entre los hermosos, y el exceso entre los bien labrados; está lleno de todos géneros de árboles extraños, con los que se forman numerosos follajes, entre los

quales saltan varias fuentes: a su extremo se ve un cuerpo de habitación muy lindo y bien trabajado, con sus techos bien labrados y dorados a la manera morisma.»

Andrés Navagero *(Viaje en España y Francia;* Venecia, 1563; fol. 27 v.) nos ha dejado una importante descripción de Granada en su lettera V, a último de Mayo de 1526:

Lettera V

«El veintiocho del presente llegué á Granada vadeando el Genil, que llamaron Singilis los antiguos, el cual nace en Sierra Morena y pasa por los muros de la ciudad, por medio de la cual atraviesa otro riachuelo que se llama el Darro. Granada está situada parte monte y parte llano, la parte montuosa forma tres colinas distintas, una llamada el Albaizín, porque allí habitaron los moros que vinieron de Baeza cuando los Cristianos tomaron su tierra; a otra llaman la Alcazaba, y a la tercera, la Alhambra, que está más separada de las dos primeras que éstas entre sí, y en el intervalo hay un vallecito poco poblado, por donde pasa el Darro. La Alhambra está ceñida de murallas y es como un castillo separado de la ciudad, a toda la cual domina; dentro hay gran número de casas, pero la mayor parte del terreno lo ocupa un hermoso palacio, que era de los Reyes Moros y que es en verdad muy bello, y labrado suntuosísimamente de finos mármoles y otras cosas; los mármoles no están en los muros, sino en el suelo; hay en este palacio un grande y hermosísimo patio rodeado de estancias, y en uno de sus lados, una torre que llaman de *Comares*, en la que hay cámaras y salas muy bellas con gentiles ajimeces y con hermosos arabescos, así en los muros como en los techos; los arabescos son parte de yeso con mucho oro y parte de marfil y oro, todos bellísimos, en especial los de la sala más baja. El patio está embaldosado de finos y blanquísimos mármoles, algunos muy grandes; por medio hay una especie de canal por donde corre el agua de una fuente que entra en el palacio y se reparte por todo él, hasta en las salas; a un lado y otro de dicho canal hay una enramada de arrayanes con algunos naranjos. De este patio se va a otro más pequeño, también solado con mármoles, rodeado de habitaciones y una galería de arcos; las salas son hermosas, bien labradas y muy frescas en el verano, aunque no tan bellas como las de la torre antedicha; en medio del patio hay una hermosa fuente, que por estar formada con varios leones que echan el agua por la boca, da su nombre al patio que se llama de los leones; sostienen éstos el vaso de la fuente y están hechos por tal arte, que cuando no echan agua, hablando, por muy bajo ó paso que sea, en la boca de uno de los leones, oyen claramente los que pongan el oído en la de cualquiera de los otros; entre otras cosas hay en este palacio algunos hermosos baños bajo tierra, soldados de mármol y con sus pilas, les entra la luz por el techo y los muros están labrados de azulejos.

Se sale de palacio por una puerta secreta fuera de las murallas, y se entra en un hermosísimo jardín de otro palacio que está más arriba, en el mismo monte, y que se llama el Generalife, que si no muy grande, es bello y bien labrado, y por sus jardines y corrientes aguas lo más hermoso que he visto en España;

tiene muchos cuadros o arriates con agua abundantísima; pero entre ellos hay uno con agua corriente por medio, lleno de arrayanes y naranjos, en el cual hay una galería alta que, por la parte que mira hacia fuera, tiene debajo mirtos o arrayanes tan grandes que casi llegan a los balcones, y son tan espesos e iguales que no parecen copas de árboles, sino un verde y llanísimo prado que tiene seis a ocho pasos de ancho; bajo los mirtos hay infinito número de conejos que se ven a través de las ramas. Corre el agua por todo el palacio y aun por las cámaras o salas cuando se quiere, lo cual las hace muy apacibles en el verano. Al patio, cubierto de verdura con hermosos árboles, se hace llegar el agua de tal manera que cerrándose algunos canales, sin que el que en él está sepa cómo, ve crecer el agua bajo sus pies de manera que todo se moja. Hay otro patio cuyos muros están cubiertos de hiedra con algunos balcones que miran a un precipicio, por cuyo fondo pasa el Darro, descubriéndose una hermosa vista. En medio de este patio hay una bellísima fuente que arroja el agua a una altura de más de diez brazas, y como el caño es grueso, hace al caer dulcísimo murmullo, y esparce alrededor menuda lluvia que refresca el ambiente. En la parte superior del jardín hay una ancha escalera por donde se sube a una meseta, y de un peñasco que hay en ella brota toda el agua que baja al palacio, y allí se guarda con varias llaves, de manera que se le da salida como se quiere y quando se quiere. La escalera está hecha de modo que en todos los peldaños hay un hueco donde puede recogerse el agua; los pasamanos de un lado y otro tienen las piedras de encima acanaladas; en lo alto están las llaves de cada parte, separadas de manera que, cuando se quiere, corre el agua por los pasamanos o por los canales, o por las dos partes a un tiempo, y se puede hazer manar tanta agua, que no cabiendo en los conductos a ella destinados, reboso por todas partes, lavando los escalones y mojando a los que suben, haciendo con esto mil burlas. En suma, no creo que falte a este sitio ninguna belleza ni deleite, como no sea una persona que los sepa gustar, viviendo en él con sosiego y virtud, dado al estudio y a los placeres adecuados a un hombre de bien y que no tenga ningún otro deseo.

»En tiempo de los reyes moros, del Generalife, subiendo un poco, se entraba en otros bellísimos jardines de un palacio que se llamaba los Alijares, y mas allá, en otros del palacio llamado *Daralharoza*, que ahora llaman Santa Elena, y todos los caminos que iban de uno a otro palacio estaban cubiertos por ambos lados de arrayanes; ahora está casi todo destruído; sólo se ven algunos trozos de jardín; los estanques sin agua por haberse roto las cañerias, y de las raíces de los mirtos brotan algunas ramas a lo largo del camino. Daralharoza estaba sobre el Generalife por la parte del Darro, y los Alijares, saliendo de la Alhambra, a mano derecha, en lo alto por la parte por donde viene el Genil, teniendo hermosas vistas hacia la Vega; por esta misma parte, siguiendo mas adelante el valle por donde corre el Genil, y como a media legua de los Alijares, hay otro palacio de los reyes moros menos destruído, en sitio muy ameno y mas solitario que los anteriores, junto a la margen del río, y se llama la Casa de las Gallinas. Más adelante, y ya casi en el llano que está debajo del monasterio de Santa Cruz, hay otros jardines y palacios medio arruinados que fueron también de los reyes moros, pero quedan en pie algunos restos y se conoce que el sitio era muy ameno, viéndose todavía algunos arrayanes y naranjos. En la llanura, más abajo, y pasado ya el puente sobre el Genil, mucho

más a la izquierda de los referidos, hay otro palacio que en gran parte se conserva todavía entero, con un hermoso jardín y gran estanque, y con muchos arrayanes, que es también lugar muy apacible, al cual llaman el Huerto de la Reina. A lo que puede inferirse de tantos restos de sitios y palacios amenos y ricos, se ve que los reyes moros tenían todo lo que era menester para gozar una vida alegre y de deleites.

»En el collado donde está la Alhambra, y bajando por la mano izquierda, se ven unas cavernas ó cuevas donde dicen que los moros encerraban á los esclavos cristianos, que son como ergástulos. Mas abajo, por aquella parte, y en la falda del monte, hay fuera de la ciudad un arrabal llamado Antequeruela, porque los moros de Antequera, perdida su ciudad, se establecieron en aquel sitio como los de Baeza en el Albaycín; mas abajo aún, y ya en el llano, hay otro arrabal extramuros que se llama el Realejo, en el cual hay muchas casas, algunas muy hermosas; por este lado se extinde la parte de la ciudad que está en la llanura, y sobre ella las otras dos colinas que hemos dicho, esto es, el Albaicín y la Alcazaba, ambas muy habitadas y con muchas casas, aunque pequeñas, porque son de los moros, que tienen la costumbre de vivir apiñados y estrechos. Estas colinas son abundantísimas de agua, que entra y corre por todas las partes de la ciudad, de modo que no hay casa que no tenga su fuente. En el Albaicín entra un torrente que viene de Alfácar, a legua y media de Granada, donde brota de una fuente grande y hermosa que llaman la fuente de Alfácar, cuyas aguas son muy sabrosas y saludables, y de ella beben casi todos los moriscos, que siguen su costumbre de alimentarse principalmente con frutos y con agua. Esta fuente corre primero por lo alto y luego desciende a la parte baja de la ciudad, que tiene buenas casas y que está habitada por los españoles que han acudido aquí después de la conquista: hay en ella una calle muy larga y bastante ancha, que se llama la calle de Elvira, corrupción del nombre Hiberis, y se denomina así porque está en direción a esta antigua ciudad, cuyas ruinas ó vestigios se descubren como a una legua de Granada; esta calle desemboca en una plaza no muy grande, bajo la cual corre el Darro por una cloaca; llegando por esta calle á la plaza, empieza en ella, a mano derecha, otra llena de toda especie de tiendas, que se llama el *Zacatín;* es medianamente ancha y desemboca en otra plaza grande, hermosa y rectangular, que tiene en uno de sus frentes una pila con muchos caños de agua. Viniendo por el Zacatín, antes de llegar a esta plaza, hay a la derecha una puerta pequeña que da entrada a la Alcaicería, que es un lugar cerrado con dos puertas, cruzado de callejuelas llenas de tiendas de moros que venden sedas y otras mercancías y objetos diferentes, que es como entre nosotros una Mercería o Rialto.

»Hay aquí infinita variedad de cosas y especialmente obras de seda. Esta parte de la ciudad que está en el llano es abundantísima de agua, que va por cañerías, y cuando la ciudad está llena de fango, se abren y la lavan toda, esto es, la parte llana.

»Tiene Granada dos ríos: el Darro, que atraviesa la ciudad, y el Genil, que pasa junto a ella por la parte izquierda que está en el llano. A cinco o seis leguas de Granada hay una alta montaña que por tener siempre nieve se llama la Sierra Nevada, y no produce frío en el invierno por estar al Mediodía la ciudad, refrescando el ambiente en verano por la mucha nieve que hay en ella, la cual usan para las bebidas en tiempo de los grandes calores.

»Como antes la ciudad no era de Cristianos hay en ella pocas iglesias.

. . . .

»Por todas partes al rededor de Granada, así en los collados como en la llanura, hay tantas casas de moriscos, aunque muchas las cubren los árboles, que todas juntas formarían otra ciudad no menor que Granada; las más son pequeñas, pero todas tienen agua y rosas, mosquetas y arrayanes, y están muy cultivadas mostrando que el país era más bello que ahora, cuando estaba en poder de los moros, pues se ven muchas casas arruinadas y jardines abandonados, porque los moriscos disminuyen en vez de aumentar, y ellos son los que cultivan la tierra y los que han sembrado los muchos árboles que hay. Los españoles, lo mismo en el Reino de Granada que en el resto de España, ni son muy industriosos, ni siembran, ni cultivan de buena voluntad la tierra, sino amigos de la guerra y van a ella o a las Indias para adquirir riquezas por estos caminos mejor que por otros. Aunque no haya en Granada tanta gente como en tiempo de los moros, es todavía muy populosa, y no hay en España país donde acudan más forasteros. Los moriscos hablan su antigua y nativa lengua, y muy pocos quieren aprender el español; son cristianos a la fuerza y están poco instruídos de nuestra fe, pues en esto se pone poquísimo cuidado, por ser más provechoso a los clérigos que estén así y no de otra manera, de suerte que en secreto son tan moros como antes, o no tienen ninguna religión; son muy enemigos de los españoles, que no los tratan por cierto muy bien. Las mujeres todas visten a la morisca, que es un traje muy fantástico; llevan la camisa que apenas les cubre el vientre, y zaragüelles, que son una especie de bragas de tela pintada, en los que basta que entre un poco la camisa; las calzas que se ponen encima son de paño ó de otra tela y muy anchas y arrugadas, de manera que hacen las piernas muy gruesas; no gastan chinelas, sino zuecos pequeños y ajustados; se visten sobre la camisa un jubón ajustado y corto con las mangas asimismo ajustadas como una casaca morisca de dos colores vivos, y encima un manto de tela blanca que las cubre hasta los pies, en el que se rebozan de modo que como ellas no querían no se les ve el rostro; el cuello de la camisa es ordinariamente labrado; las que son ricas, con oro; así como el manto, que suele tener una cenefa de oro; en lo demás del traje también se diferencian mucho las ricas de las que no lo son, aunque la forma es siempre la misma. Todas llevan los cabellos negros y se los tiñen con una cosa que no tiene muy buen olor. Todas se quiebran los pechos para que crezcan y cuelguen mucho, porque juzgan que es esto bello; píntanse las uñas con alcohol, que es de color encarnado; se ponen un tocado redondo que da al manto que las cubre la misma forma; usan mucho los baños, así los hombres como las mujeres, pero éstas principalmente.

Dicen que en tiempo de los moros el rey de Granada tenía más de cincuenta mil de a caballo; hoy no hay casi un caballero, y la gente que queda es plebeya y vil, salvo muy pocos. . . . .

. . . .

»La ciudad tendrá cuatro millas y media o poco más de circuito, pero sería más extensa si fuese llana; tiene muchas puertas, y las principales son la de Elvira, la de Guadix y la de la Rambla, donde está la tela.

»Los Reyes Católicos tuvieron gran trabajo para ganar este reino a los moros con los que siguieron una larga guerra, y al fin io lograron con gran paciencia y porque la discordia estalló entre los dos Reyes de Granada, tío y sobrino. El

tío tenía la Alhambra y la Alcazaba, y el sobrino, el Albaicín; éste capituló con el Rey Católico, y aun con media ciudad en su poder costó al Rey mucho fatiga dar fin a esta empresa. La Reina Isabel acompañó siempre a su marido en esta guerra, y con su claro ingenio, ánimo varonil y esfuerzo poco común en los hombres, cuanto más en las mujeres, no sólo le prestó grande ayuda, sino que, según se afirma en toda España, fué quien más hizo para la conquista de este reino.

» La guerra de Granada fué notable; no había entonces tanta artillería como después se ha inventado, y se conocían mejor los hombres valerosos que ahora pueden conocerse; todos los días se andaba á las manos y se hacía alguna hazaña: toda la nobleza de España acudió a la guerra, y todos deseaban señalarse y ganar fama, de suerte que en esta guerra se formaron los hombres animosos y los buenos capitanes de España.

» A más de estos estímulos, la Reina con su corte lo fué grandísimo; no había caballero que no estuviese enamorado de alguna dama de la corte, y como estaban presentes y eran testigos de cuanto se hacía, dando con su propia mano las armas a los que iban a combatir, y con ellas algún favor, o diciéndoles palabras que ponían esfuerzo en sus corazones, y rogándoles que demostrasen con sus hazañas cuánto les amaban, ¿qué hombre, por vil que fuese y por cobarde y débil, no había de vencer tras esto el más poderoso y valiente enemigo, y no había de desear perder mil veces la vida antes que volver con vergüenza ante su señora? Por esto se puede decir que en esta guerra venció principalmente el amor.

» De Granada, el último de Mayo de 1526. »

En la obra de L. Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España*, se encuentran unas páginas describiendo Granada:

« Mas las casas, aunque por la mayor parte son de ladrillos, empero no solamente las casas reales, más también otras muchas muy hermosas y de grandes aposentos, son capaces y suficientes para gran familia y gente. Mas los barrios y calles, que son muchas, por la gran espesura de los edificios, por la mayor parte son angostas, y también las plaças y mercados donde se venden los mantenimientos... Demás de las cosas dichas, ay en la ciudad de Granada cosas dignas de memoria e insignes, y dexadas las otras hay siete principales. Conviene, a saber: tres casas muy alegres y deleitosas, el Alhambra (de que arriba hicimos mención), otra que se llama Generalife, muy alegre, y otra que está apartada de la ciudad casi mil pasos, que llaman los Alixares, que fué en otro tiempo obra y edificio meravillosa, las quales yo no sin justa causa solía llamar luxuriosas y deleites de los reyes, en las quales moravan muy contino los reyes moros por causa de placer y deleite. La quarta cosa es una gran plaça y llana que poco ha se edificó por los christianos, que llaman los moros *Bivarambla*, y dicen que significa puerta arenosa, cuya forma es quadrada, pero a semejança de mesa, porque la longura es mayor que la anchura y tiene en largo seiscientos pies y en ancho ciento y ochenta, en la qual ay una fuente alta y insigne, y todo el campo en deredor claro y apacible, con las casas emblanquecidas y muchas ventanas, y a esta plaça y mercado está ayuntada una cosa no indigna de ser relatada, que

es una casa que llaman A[illegible], en la qual [illegible] tiendas en que de continuo se venden las sedas y paños y todas las otras mercaderías, y esta casa (que se puede decir pequeña ciudad) tiene [illegible] puertas...

En el *Libro de Grandezas y cosas memorables de España* compuesto por el maestro Pedro de Medina, vecino de la ciudad de Sevilla (Sevilla 1548, en folio), cap. CXL, se encuentra descrita Granada y sus afueras: «De la muy nombrada y gran ciudad de Granada, de su fundación y nombres y muchas cosas notables que en ella a avido y ay»: «Granada, gran ciudad y muy nombrada, del tiempo en que primeramente fué fundada, dice Fr. Juan Anio sobre Beroso, en aquella obra que intituló á los Reyes Católicos, que el Rey Hispan, de »quien España tiene nombre, tuvo una fija que se llamó Iliberia, y que ésta »fundó la ciudad de Granada y la llamó de su nombre «Iliberia», y Pomponia »Mela la llama «Coliberis», de quien se hace particular y propia mención, di»ciendo aver sido ciudad de España muy grande y rica»... Medina indica las principales leyendas sobre la fundación y nombre de Garnate, y nos describe la ciudad con sus más famosas calles y plazas y sus palacios.

ÍNDICE GENERAL

Págs.